

May 14/77 27
Registrado n.º 16, folio 16

HISTORIA
DE
SANTA MÓNICA

ESCRITA POR

MONSEÑOR BOUGAUD

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE ORLEANS.

20778
[27/1847]

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

1878.

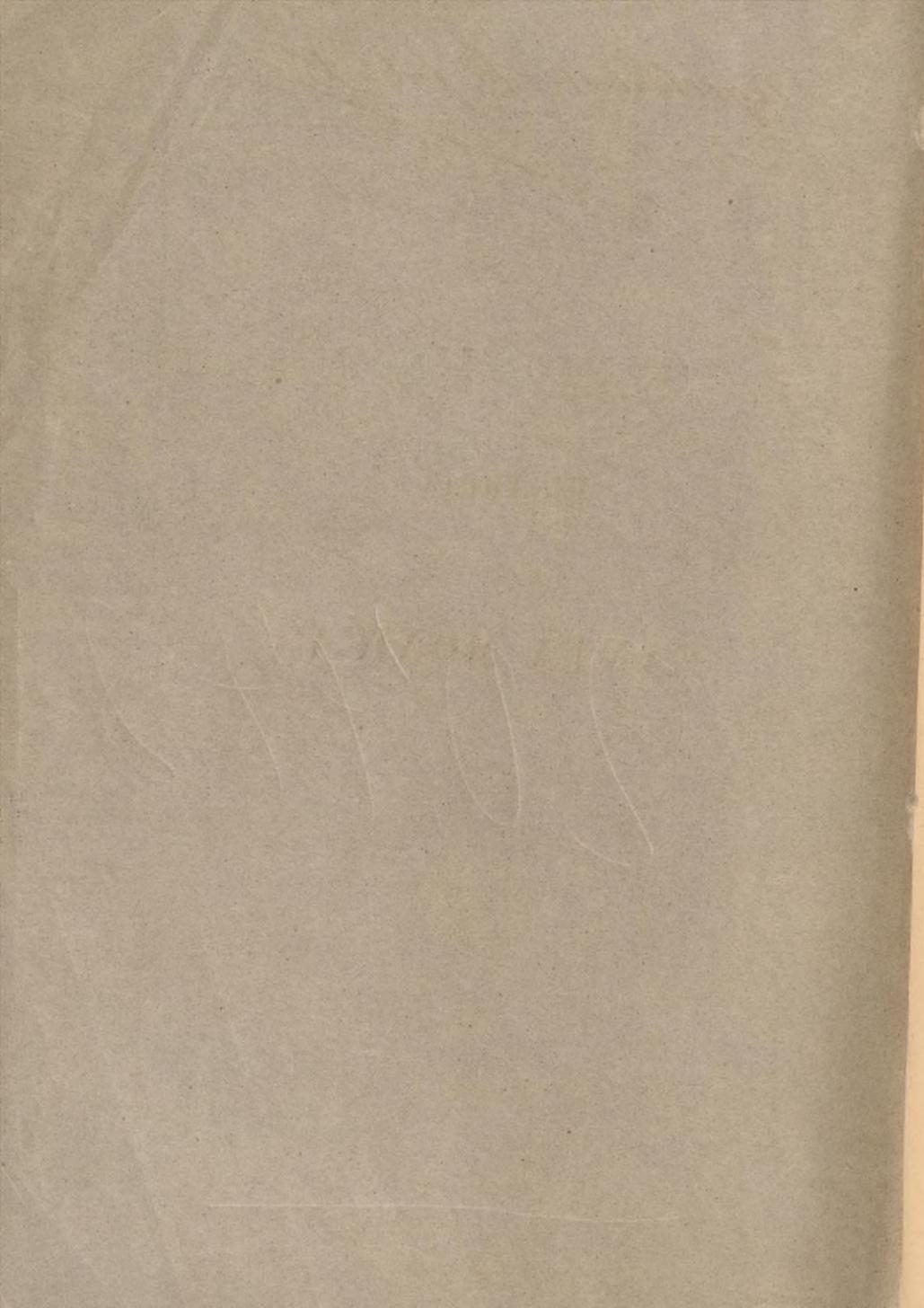
Establecimiento tipográfico de Miñon

a cargo y dirección de

Máximo Alonso de Prado

LEON.

3504



L47-2811

3304

HISTORIA
DE
SANTA MÓNICA.

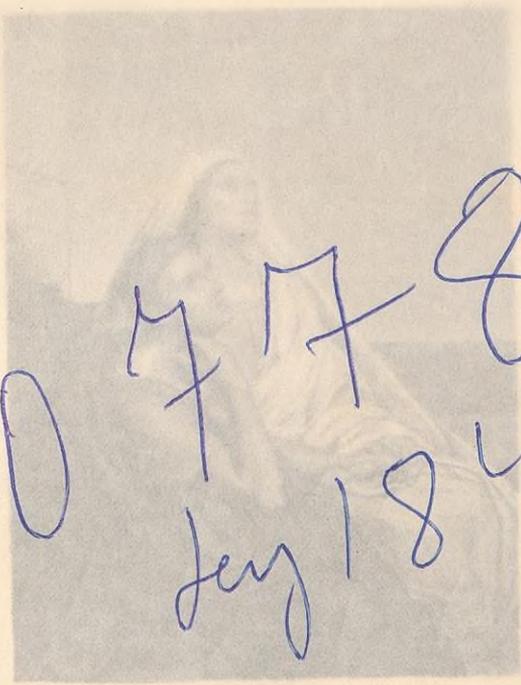
M2-5

HISTORIA

Es propiedad del Editor.

SAETA MONICA

20778
Jug 1847



Imprimé de DUBOIS & Co. Libraires à Angoulême & Paris

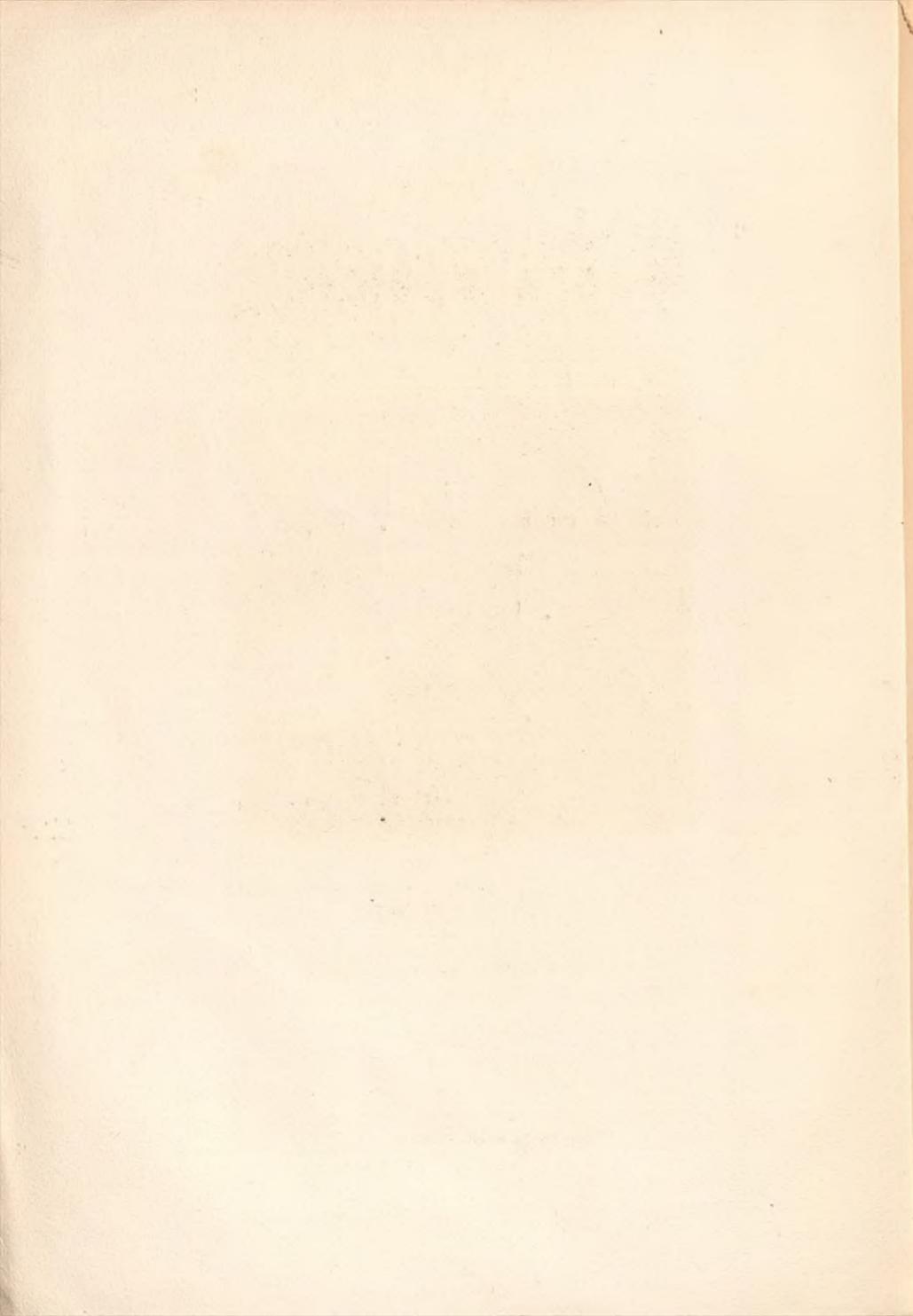
ST AUGUSTIN ET ST MONIQUE

Handwritten text in blue ink, possibly a signature or initials, consisting of several stylized characters and symbols.



Progrès de DUSACQ & C^{ie} Éditeurs à Louviers en France

ST AUGUSTIN ET S^{TE} MONIQUE



HISTORIA
DE
SANTA MÓNICA

ESCRITA EN FRANCÉS

por

MONSEÑOR BOUGAUD

VICARIO GENERAL DE ORLEANS

Y

traducida al español, de la 7.^a edición,

POR ***

REVISADA POR EL PRESBITERO

G. V.

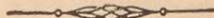
Y PUBLICADA POR EL MISMO

CON LICENCIA

DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Leed la Historia de Santa Mónica,
y en ella vereis el cuidado que tuvo
de San Agustín, y muchas cosas que
os consolarán.

(*Cartas de San Francisco de Sales
á la Sra. de Chantal.*)



LEON.—1877.

Imprenta Miñon.

HISTORIA

DE

SANTA MONICA

DE LA CIUDAD DE

LA

CIUDAD DE SANTA MONICA

DE LA CALIFORNIA

Traducida del español de la 2.ª edición de

por

de la

G. W.

de la

—

1877-1878

Impreso en

A LAS MADRES CRISTIANAS.

El deseo de proporcionar á las Madres católicas de España una lectura amena y provechosa, me ha movido á publicar este libro, que con gusto dedico en general á todas; pero muy especialmente, á las que, en Santander forman la Asociacion de Madres cristianas.

Recíbanle pues éstas, como una prueba de que, si bien separado por la distancia, vive cerca de ellas por los recuerdos

G. V.

PREFACIO

DE LA SEGUNDA EDICION.

Cuando nos resolvimos á escribir la historia de Santa Mónica, de la que nadie aún se habia ocupado, debemos confesar que, conocido el pensamiento por nuestros amigos, no faltaron entre ellos quienes manifestasen cierta admiracion, y no poca inquietud; porque ¿dónde, decian, hallar los datos y materiales necesarios al efecto? y ¿cuál podría ser el interés de semejante historia? Los materiales! hacía ya mas de un año, que veníamos estudiándolos, cada dia con mayor entusiasmo; y en cuanto al interés de la historia ¿dónde hallar un asunto mas interesante, que el que ofrece este drama, en que se nos presenta un hijo salvado por las lágrimas de su madre, consiguiendo ese rocío vivificador, hacer de él, un gran génio, y un gran santo? Resolvimos pues pasar adelante en nuestra empresa, contando con la bendicion de Dios, y con

que si en ella habia algo de temerario, el corazon de las madres habia de absolvernó. En efecto, publicada la primera edicion de esta obra, la numerosa tirada, que de ella hicimos, quedó agotada en muy pocas semanas, sin que, aún deseándolo vivamente, nos haya sido posible corresponder antes de ahora, al afan con que el público ha venido pidiéndonos una segunda edicion.

Pero lo que, más que esta solícita benevolencia, entraña para nosotros una prueba de la bendicion de Dios sobre este libro, son los sentimientos con que ha sido acogido. Desde que se publicó, no pasa un solo dia, sin que recibamos alguna carta, las mas veces de personas para nosotros desconocidas, pero que expresan siempre las tristes ansiedades de las madres que las escriben. Seis meses hace ya que sentimos el latido de sus corazones y el grito de sus almas, recogiendo incesantemente testimonios inequívocos de un reconocimiento particular.

Apenas se publicó la Introduccion á nuestra historia, cuando, una Señora de posicion, víctima de las mayores desgracias, á cuya circunstancia debia el haberse elevado á muy alto grado de virtud, nos pedia permiso para hacer de ella una tirada de cien mil ejemplares; «con objeto, decia en su carta, de procurar á una multitud de madres,

»el consuelo que yo misma he hallado con su lectura.» A la vez, recibimos tambien de un padre de familia, hombre de fé y de corazon, como se encuentran pocos en la sociedad moderna, la siguiente carta, de la cual nos vemos obligados à suprimir algunos párrafos, por la excesiva benevolencia con que se sirve tratarnos. «Al leer
»vuestro prefacio de la Vida de Santa Mónica, un grito de admiracion se escapa de todos los pechos. Semejantes acentos han sido escritos para
»consolar muchas miserias, y para devolver la esperanza á no pocos corazones abismados en el dolor. Las madres al oirlos se enternecen profundamente, y hasta los padres enjugan sus lágrimas. Sí, Monseñor, creo ser el eco fiel de todos
»los gefes de familia, al deciros que nos habeis subyugado. Vuestra emocion nos ha conmovido;
»vuestros acentos, tan verídicos, tan elocuentes, y tan apasionadamente expresados, han hecho vibrar las más profundas fibras de nuestra sensibilidad, obligándonos á entrar de nuevo en el camino de los severos, pero seguros goces que proporcionan la fé, y despertando á la vez la energía de
»nuestra voluntad, por el amor más noble, y más puro, que pueda jamás inflamar el corazon. Gracias, Señor, el servicio que nos habeis prestado no tiene precio; pero si de algo vale el reconoci-

»miento de un padre, dignaos aceptar los homena-
»jes, etc.»

Escuchemos ahora la voz de una madre: «Si
»reflexionára en mi atrevimiento al escribiros, no
»cogería la pluma; pero cedo á los impulsos vehe-
»mentes de mi alma abrumada por el dolor, y que
»aún teme entregarse á la esperanza. Acabo de leér
»vuestro libro, y he bañado con lágrimas, la
»página donde decís que una madre puede salvar
»á su hijo, si ella quiere. Pero, ¿podré yo conse-
»guirlo, no siendo más que una pobre pecadora?
»Hubiera debido ser santa, pues que estuve ca-
»sada con un hombre de bien, á quien Dios se
»sirvió probar de mil maneras; que ha sido vendi-
»do, calumniado y arruinado; y con el que he vi-
»vido entre llantos y lágrimas, durante catorce
»años; terminando su vida el último pasado á fuerza
»de disgustos. Me queda un hijo; pero ¡ah! que él
»ha sido amargo manantial de las lágrimas de
»mi pobre marido. Rogad por este desgraciado hi-
»jo, á fin de que tenga el valor de abandonar la
»vida que hoy lleva, y por la cual lo ha sacrificado
»todo: su padre, su madre, su nombre y su fortu-
»na. Ah! ¡al ménos que no pierda su alma! Oh! Se-
»ñor; Santa Mónica debe amaros mucho; pedidla
»por una madre que muere de dolor, al pensar
»en los peligros de la salvacion de su hijo, etc.»

Tengo á la vista más de cincuenta cartas bañadas con las mismas lágrimas; é hijas de iguales emociones. Entre todas ellas, elegiré una escrita en bien diferente tono, pero que tambien ha impresionado mi corazon. Es de una Señora del mundo, que lleva nombre muy respetable; un alma grande que cayó cierto dia, pero que despues se levantó más grande, transfigurada por el arrepentimiento, y por el doloroso sacrificio que la arrancó el amor de Dios. Despues de algunas palabras sobre el conjunto del libro: «Os referiré ahora, »añade, mi emocion al leér las páginas, que aun- »que rápidamente, se ocupan de *la desgraciada »jóven que olvida á Dios por Agustín..... y por la »cual Agustín olvida á Dios!* Para mí, *esta figura »velada*, no tiene velos. Es mi misma alma, que »lucha hace quince años, que al fin huye, que no »halla consuelo sino en Dios, y que pasa el resto »de su vida en orar, en purificarse, y en amar. La »historia no dice nada de las eficacísimas gracias »que fueron necesarias para arrancarla del lado de »Agustín y de Adeodato; mi alma reconocida está »allí para contarlas. La historia no refiere tampoco »que ella lo abandonára todo, para entregarse en- »teramente á Dios, á fin de que su hijo hiciera otro »tanto; para aprisionar su jóven alma en los mil »lazos de sus contínuas oraciones, y á fin de que si

»algun dia llegaba á conocer la verdad, ó conocida,
»se estraviaba, supiese la manera de levantarse; y
»por último que ella habia llorado tierna y constan-
»tamente la desgracia que le hizo nacer! Pues allí
»estoy yo tambien para decirlo. Mi mal es de difi-
»cil curacion; pero no dudo que curada ó sin curar,
»he de terminar mis dias en el amor de Dios, que
»es más fuerte que todas las cosas. Rogad por mí,
»y pedid conmigo la perfecta realizacion de los
»designios de Nuestro Señor Jesucristo sobre mis
»ruinas. Yo la espero llorando y orando sin cesar,
»pero tranquila.» Aludiendo luego á un pasage de
mi obra, añade esta Señora, «Dios está en el Cielo,
»y los que yo he amado consagrados se hallan á
»Dios y rescatados á fuerza de lágrimas! esto me
»basta. ¿Y qué otra cosa más es necesaria, aún pa-
»ra ir al Cielo, que un arrepentimiento, lleno de
»amor mas que de temor?»

He aquí ahora otros acentos, por cierto bien diferentes. Es una Señorita muy jóven, uno de esos ángeles de piedad, de pureza y de modestia, que en las familias numerosas, pero pobres y poco afortunadas, se consagran á ayudar á la madre, y á suplir su falta cuando llegan á perderla; y que, aún cuando jóvenes todavia, á los diez y siete, ó veinte años, han sentido sus corazones virginales todas las penas de la maternidad. «Hacia al-

»gun tiempo, me escribe, que habia leído el prefa-
 »cio de vuestro libro, en los *Anales de Orleans*,
 »experimentando cierto movimiento de disgus-
 »to, al considerar esta doble vida, gracias á la
 »cual puede una madre dar á luz sus hijos, y de
 »la que yo parecia excluida. Habia ido á quejar-
 »me de ello á Dios Nuestro Señor que me hizo en-
 »trever vuestro pensamiento; pero al léer en vues-
 »tra obra, la nota que habeis añadido al prefacio,
 »referente á Eugenia Guerin, (1) mi buen humor
 »ha reaparecido, y me encuentro del todo consola-
 »da. Oh! es que yo tambien tengo Agustines; pe-
 »queños Agustines. Dios, infinitamente bueno, los
 »ha creado *proporcionados á su Mónica*, y al léer
 »hoy vuestra historia, he comprendido mejor que
 »hasta aquí, la necesidad de sacrificarme com-
 »pletamente por ellos. La debilidad, el desaliento,
 »y la poca fé que he tenido, me afligen so-
 »bremenara; si hubiese creído mejor en Dios, y
 »si hubiere esperado con más confianza en las
 »abundantes lágrimas que por ellos llevo vertidas,
 »acaso serían hoy unos santos. Por otra parte; ¿es
 »que no hay más almas que las de los míos en
 »que deba yo pensar? ¡veo tantas! Ah! quisiera que
 »la Iglesia sola poseyera todos los corazones!»

(1) Véase la nota, páginas 23 y 24.

Tócase aquí como con la mano, ó más bien sientete el corazon, esa dulce comunicacion con las almas, de que con tanto fervor hablaba el P. Lacordaire, cuando al principio de su ilustre apostolado, empezaba á conocer sus encantos. «La comunicacion, el trato con las almas, escribía, era para mí una revelacion. Esta comunicacion constituye la verdadera felicidad del sacerdote, cuando es digno de su mision; y hace que se complazca en el sacrificio de haber abandonado por Jesucristo, los lazos, las amistades, y las esperanzas del mundo. Veía yo nacer estas afecciones y estos sentimientos, que no pueden proceder de ninguna disposicion natural, y que unen el hombre al apóstol con lazos, cuya dulzura y cuya fuerza son igualmente divinas. Una vez iniciado el hombre en estos goces, que son como aroma anticipado de la otra vida, todo lo demás desaparece, y el orgullo no sube yá al espíritu sino como un hálito impuro, cuya fetidez no puede engañarle. Había ya experimentado esta dulce comunicacion con las almas, al leér la *Historia de Santa Chantal*; pero la de Santa Mónica, me la revela hoy con más viveza y ternura.»

No era de creer que un libro de este género, cayese siempre en manos tan piadosas; extraviáse alguna vez en manos completamente mundanas;

pero aún de allí, nos llegan acentos que tienen también su luz y encanto. «Preciso es que os lo »confiese, Monseñor, me escribe una madre; jamás »había cogido en mis manos la vida de un santo, »como lectura interesante; y si mi hijo no me hu- »biese remitido vuestro libro, que había ganado en »una lotería, nunca, sin duda, me le hubiera yo »proporcionado. Doy gracias al cielo por su bue- »na suerte, y porque ha tenido la idea de hacer- »me este regalo, sin preveer que esa obra, iba »á ser en mí una nueva y poderosa manifesta- »cion de Dios, al alma que le busca. Porque San »Agustin, particularmente, es á quien debo tanto »bien, encontrando, ah! mucha mas analogía entre »su alma atormentada y la mia, que entre mis mi- »serias y la incomparable virtud de Santa Mónica. »¿Queréis autorizarme para expresar mi parecer »acerca de vuestra obra? Temo que el modelo que »ofreceis á las madres sea tan perfecto, que nin- »guna se sienta con bastante valor para seguir- »le. Somos tan débiles! amamos tan poco á Dios! »y sí amamos mucho á nuestros hijos, los ama- »mos tan poco para Dios! Yo creia amar á mi hijo »como buena madre cristiana, especialmente des- »de hace algun tiempo, que recibí del cielo la »gracia de ser un poco mas grave que antes; y »habiendo triunfado de todos los obstáculos,

»que se me presentaban, para ponerle en una casa
»de educacion cristiana, creia haber hecho todo
»lo que debia. Pero cuan desengañada he quedado,
»Monseñor, á la vista del modelo que me habeis
»puesto delante! Ah! ¿quién en nuestros tiempos
»podrá elevarse jamás á tanta altura? Estoy casi
»desanimada: me pregunto á mí misma si Dios
»exige de todas las madres un amor semejante, y
»si lo exige ¿cómo conquistarle? ¡Amar á sus hijos
»hasta desear perderlos antes que se manchen con
»el pecado! Algunas veces, en mis oraciones, yo
»tambien digo á Dios que tal es mi deseo, pero qué
»de reticencias! Me parece que al decirlo blasfemo
mi amor.»

Oh! nó, no blasfemas, no maldices tu amor,
ó madre que empiezas á vislumbrar las cum-
bres divinas de la perfeccion, y que vacilas en lle-
gar á subirlas: valor, que no está lejos la hora en
que seas una verdadera madre.

Qué podré yo añadir á las cartas que acabo de
citar? Es una felicidad para un libro como este, que
habla, y se dirige á los sentimientos mas nobles
del alma, el llegar á penetrar hasta en regiones
que se hallan completamente separadas de noso-
tros, y excitar allí tambien emociones llenas de es-
peranza. Entre otras cartas, he aquí una venida
de Inglaterra, y firmada por un ministro protes-

tante, hombre de esos que se afanan por hallar la verdad, y de los que hay no pocos en ese noble país. «Acabo de leér, por fortuna, vuestro bello libro sobre Santa Mónica, y me apresuro á daros las gracias. Paréceme que tiene tanto mas de actualidad, cuanto que nuestro siglo mismo podría compararse con el fogoso Agustin. Ah! que la voz divina resuene victoriosa! *Toma y lee*, y la Escritura haga que vuelva al seno de la Iglesia; de esta madre afligida, cuya mision es la de perseverar en la oracion y en el llanto. Porque, ¿no pensais como yo, Monseñor, que se aproxima el dia en que, segun la promesa de Malaquías, el corazon de los padres y el de los hijos se reconciliarán? Setecientos millones de criaturas humanas esperan nuestra union, para abrazar el Evangelio. Procuremos, como Santa Mónica en otro tiempo, apresurar su libertad á fuerza de oraciones, de suspiros y de santos ejercicios. La noche misma que acabé la lectura de vuestro libro, lo presenté en cierta reunion protestante á una Señora de elevada posicion, grande admiradora de la Sra. Chantal, y que ha copiado para su edificacion, muchas de las páginas que habeis escrito. El sentimiento nos ha dominado á todos al pensar en los males de este siglo: es menester que suframos por él, las angustias de Mónica por su Agustin.»

No me cansaré de ojear estas cartas que, con acento tan verídico, tan profundo y tan vivo expresan ese gran amor paternal y maternal, hoy nuestra suprema esperanza, y en las que se ve á la vez, cuan profundas son las dolencias, pero tambien, gracias al Señor, cuan grandes son los remedios. Citemos todavia otro ejemplo, y otra carta; nada más consolador que sus palabras. «Permitid á una simple mujer, á una madre Vendeana, conmovida aún con la lectura de vuestra *Vida de Santa Mónica*, que os dirija las mas vivas acciones de gracias, en nombre de todas las madres cristianas. Creo que no habrá ni una sola que, al leér vuestro libro, deje de levantar su corazon á Dios, profundamente conmovida, y entusiasmada por la grandeza de su vocacion y la sublimidad de sus deberes. Sí, Monseñor, vos teneis razon: si por salvar la vida temporal de un hijo, debe arrostrarse todo, hasta la muerte ¡con cuanta mas razon cuando se trata de salvar su alma! Y cuando se abriga esta decision en el corazon, sí, yo lo creo, estoy de ello segura, es imposible no obtener el triunfo. Me he estremecido al leér las páginas, en que representais á la madre de los Macabeos, á la de San Siforiano y otras muchas, excitando ellas mismas á sus hijos, jóvenes aún, á morir antes que ofen-

»der á Dios. Pero ¿cómo es que solo citais á las
 »madres de la antigüedad? ¿creeis á las de hoy in-
 »capaces de tanto heroismo? ¿no conoceis iguales
 »ejemplos en los tiempos modernos?» Y esta
 madre, poseida de una noble envidia, me citaba el
 de dos ó tres mujeres que, durante los horrores
 de la revolucion, se habian puesto á la altura de
 cuanto hay de mas sublime, en la historia de la
 madre de los Macabeos. La Señora de la Ro-
 che Saint-André, por ejemplo, que, condenada á
 muerte con sus tres hijas, pide y obtiene que estas
 suban antes que ella al cadalso, *à fin de que yo vea*
asegurado, decia, *todo lo que mas amo*. O la Señora
 Saillous de Saumur, que conducida al cadalso
 con su jóven hija, de diez y ocho años y extre-
 madamente bella; observando con inquietud el vivo
 interés que la demostraba un oficial de la escolta,
 conocido por un miserable; y viendo en su hija
 ciertas vacilaciones que de continuar acaso podrian
 salvarla de morir en el cadalso, ofreció al Verdugo
 una recompensa, para que el fruto de sus entrañas,
 su hija idolatrada, muriese antes que ella. Esta Se-
 ñora vió rodar la cabeza de su hija, y en el momento
 en que la suya iba á sufrir igual suerte, desatando
 sus cabellos, saca algunas piezas de oro que ha-
 bia ocultado, las dá al Verdugo, y muere conten-
 ta, pensando en que ha salvado la virtud de su hija.

Esto me escribía una madre Vendeana, y á estos dos hechos heróicos, hubiera podido añadir todavía la historia de otra madre irlandesa que citaba un dia O'Connell. Vacilaba su hijo en presencia de un voto contrario á la libertad de Irlanda, por el temor de qué, si nó le daba, tanto su anciana madre, como su jóven esposa y tiernos hijos pudieran ser arrojados de la casa, y condenados al hambre y á la miseria; cuando de repente, en el momento mismo en que, bajo la impresion de tan afflictivas imágenes, iba á sucumbir, depositando un voto culpable, le coge del brazo y le grita: «Acuérdate «de tu alma y de la libertad de tu patria.»

Lloraba yo al leér esta carta, y me decía en medio de mi llanto: Oh! sí, este siglo está muy agitado; pero el corazon de las madres late de un modo demasiado fuerte y eficaz, para que no deba esperarse todo de ellas. Sí, sí, el siglo de los Agustines, será rescatado por el siglo de las Mónicas.

Para ayudar tal movimiento he escrito esta historia; y bendigo á Dios que ha hecho que produzca en las almas tales ecos; como bendigo tambien á las madres que han completado mi pensamiento, y sabido hallar en él, por la intuicion de su amor, lo que mi débil ingenio no habia acertado á expresar.

Comprendo bien que esta obra, debería corresponder á la grandeza de su argumento, mas ¡ay de mí! que ni siquiera responde á la idea que me habia propuesto. Pero entre las diversas objeciones que han podido hacérseme, hay una que yo no puedo admitir; tal es la de haberme ocupado de San Agustin con demasiada extension. «Dejad que digan lo que quieran, me escribía uno de nuestros mejores oradores; la historia de Santa Mónica no será nunca otra que la de San Agustin. En esto precisamente consiste su grandor y su belleza: allí están la novedad y la originalidad de vuestro libro.» Y una madre me escribía igualmente: «Los que se atreven á quejarse de que en la historia de Santa Mónica, San Agustin ocupe el primer término, es decir el puesto de preferencia, no saben lo que es una madre. La felicidad de las madres consiste en colocar siempre á sus hijos en el primer lugar, ocultándose ellas detrás; pero al obrar así continúan siendo sus directoras. Viven con sus hijos; y por mi parte y por lo que á mi hace, no concebiría jamás la historia de una madre, á la que no fuese unida la de sus hijos.»

Ahora bien, lejos de haber disminuido en esta nueva edicion, la parte relativa á San Agustin, he creido deber darla mayor extension, siguiendo con

gusto el consejo que en una atentísima carta, me daba uno de los grandes defensores que la Iglesia de Dios ha tenido en este siglo. (1) Despues de expresar los temores que su buen afecto le habia hecho abrigar, al simple anuncio de la *Historia de Santa Mónica*, añadía lo siguiente: «Gracias á Dios »que ha bendecido vuestro desinterés y vuestro »piadoso celo. Mis temores han cedido el puesto á »la mas grande satisfaccion, porque la *Historia de »Santa Mónica* está tan bien escrita como la de »*Santa Chantal*, si bien con mas vigor: hay en ella »mas entusiasmo, pero no menos correccion. Ha- »beis salvado con buen éxito el escollo que el ar- »gumento ofrecia; habeis ganado en profundidad »y elevacion, lo que os faltaba en variedad y en »extension; y mas corta y de menos plan que la »de Santa Chantal, vuestra nueva obra no describe »una época ni un acontecimiento de la historia de »la Santidad; es más, y es menos. Es una figura »realzada por otra figura, como el cuadro d' Ary »Schefer; pero son la madre y el hijo, y por tanto »habeis ido, é ireis aún mas adelante en la hu- »manidad cristiana. La sencillez y la exigüedad »misma del argumento, harán de vuestra Santa »Mónica como una flecha guarnecida con las plu-

(1) Augusto Nicolás.

»mas de San Agustin.» Y á continuacion de estas palabras, por cierto demasiado lisongeras para mí, añadía en su carta: «¿Me atreveré á deciros, que un capítulo escrito para demostrar, sumariamente y en sentido retrospectivo, el vuelo del ingenio y de la santidad de San Agustin despues de la muerte de Santa Mónica, ¿sería acaso un bello fondo de oro, sobre el cual esta Santa Madre aparecería aún mas realzada?

Dócil á los consejos de tan buen maestro, he ensayado escribir este capítulo; pero para hacer de él un bello fondo de oro, debiera yo tener el pincel del elocuente apologista que se ha servido darme la idea.

Esta es, por lo demás, la única variacion que he hecho en esta segunda edicion; y si á ella se añaden algunos retoques de los lugares mas difíciles, algunas pinceladas hijas del sentimiento y del gusto, que benévolamente me han sido indicadas, y que he aceptado con gratitud, se comprenderá fácilmente la diferencia que existe entre esta segunda edicion y la primera.

¡Emprenda pues de nuevo su carrera, este libro que Dios se ha dignado bendecir! ¡que de nuevo tambien, vaya á consolar y á fortificar las madres! ¡que su lectura las enseñe á engrandecerse dedicándose con abnegacion á salvar este siglo y

salvarse á sí mismas, amando el alma de sus hijos! Un historiador protestante decia de la antigua Francia, que era un reino creado por los Obispos; ay de mí! ni los Obispos, ni los sacerdotes podrán regenerar el mundo moderno, si las madres cristianas no vienen en su apoyo; porque Dios ha confiado á estas la cuna del hombre: la cuna, es decir casi todo!

MEURSEAULT 29 de Julio de 1866.

INTRODUCCION.

La historia, que me propongo narrar, no debiera escribirse; debía cantarse, porque es un poema. Es el poema del amor más bello que haya existido jamás; del amor más profundo y más tierno, el más elevado y el más puro, como tambien el más fuerte, el más paciente y el más invencible; que á través de veinte y cinco años de pruebas y de lágrimas, sin siquiera un momento de descanso, no se debilita ni por un instante, antes bien, crece con las contradicciones, y viene á ser más ardiente y más tenaz cuanto mayores son los obstáculos que tiene que vencer; y que triunfando al fin, (porque ¿quién sería capaz de resistir á tanto amor?), termina dichoso en una especie de arrobamiento y de éxtasis.

¿Habeis visto alguna vez la bella pintura de Ary Scheffer, que representa á Santa Mónica y San Agustin á la orilla del mar? San Agustin que aparece sentado en primer término, es un jóven como de treinta años de edad. Su rostro es apacible, y agradable pero algo triste, como el de un enfermo que

entra en la convalecencia; sus ojos negros, y hundidos, no expresan quizá toda la sensibilidad y ternura que debieran, pero brota de ellos un fuego admirable; su boca comprimida, y cerrada, es la de un hombre habituado á trabajos intelectuales. Sus cabellos cortados por igual al rededor de la cabeza, dejan al descubierto su ancha frente, sobre la que se refleja un rayo de luz, simbolo del estado en que á la sazón se encuentra su poderosa inteligencia. El codo derecho se apoya sobre la rodilla, y el antebrazo parece levantarse para sostener una cabeza fatigada; pero la cabeza no tiene necesidad de apoyo, está firme, un tanto inclinada hácia atrás, á fin de que sus ojos se dirijan libremente al cielo. Con su mano izquierda estrecha Agustín las manos de su madre, como para demostrar, que si despues de tantos errores, decepciones y luchas, puede al presente dirigir hácia Dios una mirada pura y feliz, lo debe solo á ella.

Y esta madre, ¡como brilla al lado de su hijo! La luz la baña por completo, mientras que Agustín, está un poco á la sombra cual conviene al penitente. Su cabeza domina la figura de Agustín, como para demostrar que ella le ha precedido, y que hasta aquí se ha elevado más que él en la senda de la verdad y del amor. Yo hubiera deseado que en la expresion de su rostro, radiante de alegría, se dejasen percibir un poco más las huellas de sus lágrimas; pero ¡cuán bellos son sus ojos! como lo son todos los que miran al cielo ¡cuánta ternura en esa alma enamorada deja ver su boca entreabierta! y como revela la alegría pura, serena y reco-

nocida de una madre que ha vuelto á encontrar á su hijo! Vestida de blanco, y envuelta en largos velos, que sobre ella se pliegan como las alas del cisne cuando reposa, diríase que solo espera una señal para echar á volar. Y en el estado en que se encuentra, habiendo hecho ya que su Agustín se vuelva de nuevo á Dios, dejándole cristiano, arrepentido y en camino de ser santo, ella, en efecto, levantaría su vuelo en busca de otras regiones mejores, si con sus manos no estrechase la de su hijo. Hé aquí lo que la retiene todavía; pero mirando de cerca estas dos manos, que no estrechan tanto la de su hijo, como la de éste estrecha las de su madre que parece van á abrirse, preséntese que este último lazo, no la retendrá por mucho tiempo.

La historia de esta madre es la que me hé propuesto escribir. Quisiera contarla, para consolar á tantas madres, que lloran hoy como ella lloró en otro tiempo; para advertir á las que, mas jóvenes, no tienen aun sinó vagas inquietudes; para revelar á todas la fuerza que han recibido de Dios, cuando se trata de la salud eterna de sus hijos, y los recursos desconocidos, pero inagotables que Él ha ocultado en esa cosa augusta llamada la Paternidad y la Maternidad.

Leibnitz decia «que se reformaría el mundo, si se reformára la educacion:» yo á mi vez digo, que se reformaría el mundo, y los hijos y la juventud, y se sacaría al presente siglo de la terrible crisis religiosa que viene atravesando, si se llegára á trasformar á las madres. ¿Y qué sería menester para trasformarlas? Una cosa bien sencilla, y sin embargo muy ra-

ra, de que carecen aun las madres que están consideradas como mejores; á saber, la conciencia de las fuerzas divinas con que la maternidad las ha dotado, y el valor de llegar hasta el fin, cuando se trata del alma de sus hijos.

Generalmente hablando, hay pocos hombres que lleguen hasta donde sus fuerzas alcanzan: ¿cuál es el pensador que vá hasta donde su razon termina? ¿cuál el orador que sabe sacar de su corazon todos los acentos que en él se contienen? ¿Dónde está el hombre público ó privado, dónde el cristiano que aplicado á un trabajo del tiempo ó á una obra de la eternidad, sepa ocuparse de este trabajo y de esta obra con toda su alma? Para llegar hasta el final de las fuerzas del ingenio ó del corazon, se necesita un penosísimo esfuerzo, ante el cual casi todos retroceden, y esta precisamente es la causa de (que haya tan pocos héroes ó Santos. De la misma manera, y bajo otro punto de vista, lo que constituye la desgracia de nuestra época y sus terribles peligros, es que ya casi no se encuentran madres, que para salvar á sus hijos, lleguen hasta donde alcanzan las fuerzas divinas de la maternidad.

¿De qué teneis miedo? decía yo un dia á una madre cristiana á quien atormentaba el porvenir de su jóven hijo, y que me confiaba sus inquietudes; «vuestro hijo será lo que vos le hagáis; bueno, noble, generoso, próbo, temeroso de Dios, no teniendo nada que temer si vos misma guardais estas virtudes en vuestra alma, y si sabeis infundírselas en el corazon tan profundamente que nada pueda arrancárselas.» ¿Lo creéis así? me dijo, ¿mas las pasiones, el aire cor-

rompido del siglo y otros mil peligros que una madre no puede preveer ni conjurar? Sin duda, replicaba yo, que hay peligros que una madre no puede preveer; pero peligros que una madre no pueda alejar no existen, si ella sabe emplear bien las fuerzas que Dios le ha dado. Podrá el hijo sucumbir al mal por un momento, pero saldrá del abismo y la virtud le regenerará el dia que su madre quiera. ¿El dia que su madre quiera?—Si, solo querer. ¿Y si yo lo quiero con todas las fuerzas de mi alma, salvaré á mi hijo?—ciertamente que sí.—Pues bien, yo lo haré, replicó esta madre con un acento, un ademan y un gesto que jamás olvidaré. En efecto, esta noble y cristiana madre ha querido y quiere aún salvar á su hijo; y aun cuando no esté todavía completamente regenerado, pues aun fluctúa como débil barquilla, á impulsos de las tempestades que originan sus diez y nueve años, todo anuncia que la voluntad de la madre vencerá al fin; y será mas fuerte que todos los vientos, y que todas las vacilaciones del hijo.

Tal es la doctrina del libro que ofrezco hoy al pueblo cristiano. Pero antes de traer en su apoyo un ejemplo memorable, séame permitido insistir aquí en algunas de mis ideas; porque esta doctrina tan sencilla, y tan elemental, fuera de la que la maternidad se convierte en un doloroso suplicio, no siendo otra cosa que un ministerio sin fuerza; esta idea tan popular en otro tiempo, que hacía latir entusiasmados los corazones de los buenos, es una de las que más se han olvidado en nuestros dias. Confieso que no puedo comprenderlo, ni mucho menos consolarme de que así suceda.

Mirad, en efecto, á la vida temporal; fijaos en ella y vereis lo que ha hecho Dios, aún bajo este punto de vista, para que tanto la paternidad, como la maternidad, tengan en ella una especie de poder soberano. Nace el niño, fruto de una afeccion preexistente, que es la mas tierna, la mas dulce, y la mas profunda de todas las afecciones. Largo tiempo antes de venir al mundo, vive ya en el pensamiento de su padre; ocupa, es objeto de los ensueños de su madre; y cuando por fin llega á sentarse en el hogar paterno, no es ni un desconocido, ni un extraño. Es la misma vida de sus padres; lleva su sangre en sus venas; tiene en sí la doble imágen de sus rostros; de tal manera, que cuando el padre le mira, encuentra sobre sus labios, y en su sonrisa, algo del encanto de la que se le ha dado; y que esta, á su vez, cuando mira á su hijo, descubre igualmente en sus ojos, y sobre su frente, algo de la inteligencia y de la nobleza de aquel al cual le debe. (1) Y como si estos lazos tan poderosos no fuesen bastante fuertes todavia, para asegurar al hijo una proteccion eficaz, en el momento en que por decirlo así, sale del corazon de sus padres, él les inflama, llenándoles de una afeccion, una ternura, un desinterés y una abnegacion verdaderamente admirables; y porque no habria nada más triste que un amor semejante, si estuviese desarmado, añádele una

(1) ¿Quién no recuerda las admirables palabras que la madre de S. Juan Crisóstomo dirijía á su hijo, y este nos refiere en el primer libro del *Sacerdocio*? «Yo no podía, dice, cansarme de mirarte, porque me parecía ver en tu rostro la imágen de mi amado esposo, que ya no existe.» (*De Sacerd.*, lib. 1.º n.º 5.)

fuerza incomprensible, que no es de la tierra: ¿En qué consiste que ese jóven ligero, disipado, profundamente vicioso haya cambiado tanto? Consiste en que es ya padre. Esa jóven que ayer necesitaba un alimento delicado, finas ropas, y blando lecho; y á quien incomodaba el mas ligero viento, hoy no la importan nada un pan áspero, un vestido ordinario, un gergon, y un puñado de paja por cama, con tal que tenga en sus pechos una gota de leche con que alimentar á su hijo, y en su andrajosa vestidura, una punta de manto con que cubrirle. (1) Ayer, la mas insignificante mirada de un hombre la intimidaba; hoy ¿dónde están los ejércitos, los rayos, y los peligros que la hagan palidecer? Cítase una madre, que sabiendo que su hijo habia sido robado por los bárbaros se lanzó en medio de ellos, haciéndoles retroceder, con la majestad de su dolor, y el grito augusto de su amor. ¿Y quién no ha oido hablar de esa otra madre, que viendo á su hijo arrebatado por un leon, le sigue como loca y encuentra en sus entrañas un sollozo, capaz de enternecer á aquella fiera indomable?

Esta fuerza y este amor tienen tal elevacion, y emanan tan sensiblemente del corazon del mismo Dios, y de las entrañas de su infinita bondad, que puede decirse sin exageracion, que el corazon de un padre y el corazon de una madre, son la obra mas hermosa salida de sus manos. Podrán perecer todas las demás; pero en tanto que exista en este mundo un corazon de madre, habrá en él una prueba irrecusable de la bondad divina: porque si humildes mujeres ha-

(1) Chateaubriand, (*Genio del Cristianismo.*) non cessat

cen tales cosas por sus hijos ¿qué no hará Dios por los suyos? ¿y qué milagros de generosidad y de fuerza no brotarán de ese océano de infinito amor, si una sola gota de ese mismo amor, depositada por Dios en un corazon frágil, los produce á veces tan grandes?

Por eso la Iglesia, que desconfía de todos los amores de la tierra, porque conoce su fragilidad, la Iglesia, que dice al hijo, aun de la mejor de las madres «Hijo mio, ama siempre á tu madre, y no olvides nunca el seno que te ha concebido,» la Iglesia, que dice á los jóvenes esposos, en el momento en que risueños y felices se aproximan al altar, para prometerse allí un amor eterno: «Hijos míos, amaos siempre;» la Iglesia, en fin, que, como los ancianos, no creé en la eternidad de los juramentos, y en la duracion de las amistades de este mundo, no experimenta ni temor, ni inquietud, aún tratándose de la mas humilde de las madres: cuenta siempre con su corazon, y el amor maternal es el único de que no desconfía.

Dios mismo, cuando quiere excitarnos á la confianza y hacernos comprender la grandeza de su amor para con nosotros, y por tanto la seguridad de su socorro omnipotente, no busca otra imágen que la de una madre. «¿Puede una madre olvidar á su hijo, y »dejar de venir al socorro de aquel que ha llevado en »sus entrañas? No. Pues bien, aun cuando vuestra madre os olvidára, yo no os olvidaré jamás.» (1) Hé aquí el padre y la madre tales como salieron del cora-

(1) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui (*Isaie, II, 15.*)

zon de Dios! hé ahí ese incomparable amor, esa fuerza invencible, á cuya sombra crecen en paz los niños!

¿Pero acaso ha obrado Dios tales milagros por solo la vida miserable del tiempo? Por cosas pasajeras y perecederas; por una vida que ha de extinguirse en la cuna, Dios ha hecho la Paternidad tan grande ¿y por el alma no habrá hecho nada? ¿Y cuando se trata de esta vida divina, que Dios nos ha dado y que tantos enemigos pretenden arrancarnos, habrá dejado la maternidad desarmada é impotente; miserable expectadora de peligros que no puede conjurar y de ruinas que nunca podrá reconstruir? Ah! no blasfememos así de la obra de Dios. Con relacion á la primera vida la madre puede mucho, pero cuando se trata de la segunda, lo puede todo. Sí, todo! y el mundo se salvaría, si las madres llegáran á convencerse de esta verdad.

El Conde de Maistre escribia un dia á su hija, la viva y espiritual Constancia, que no encontraba bastante bello el papel de las mujeres en la sociedad, y queria que tomasen la pluma para convertirse en literatas: «como te engañas, mi querida niña, acerca del »verdadero poder y la verdadera mision de las mujeres! Las mujeres no han escrito ni la Iliada, ni la »Eneida, ni la Jerusalem libertada, ni Fedra, ni la Atalía, ni los discursos sobre la Historia Universal, ni el »Telemaco, etc.; ellas hacen otra cosa mas grande que todo esto; forman sobre sus rodillas lo que »hay de más excelente en el mundo.» (1) He aquí la primera de las fuerzas divinas que Dios ha concedido

(1) De Maistre. Cartas inéditas. t.º 1.º p. 194.

á la maternidad. No solo la ha dado el poder formar el cuerpo de su hijo, sino que la ha concedido tambien el grande honor de formar su alma.

No hay que dudarle; si el padre es de un carácter tan vulgar, que no se distingue por ninguna cualidad especial, y si la madre se ocupa solo de futilidades y bagatelas, no llegarán á infundir en el alma de su hijo mas que sus mismas vulgaridades. Pero figuraos una verdadera madre, una de esas almas llenas de fé y de fervor, que preferirían morir antes que hacer traicion á su Dios, y á su conciencia, segun la heróica divisa de nuestros padres: *Potius mori quam scđari*; é imaginaos tambien lo que acontecerá en el alma de un niño durante los nueve meses que duerme en un seno santificado con semejante amor; y en los dos ó tres años en que, inclinada la madre sobre su cuna, le prepara para la virtud y para el honor, al mismo tiempo que para la sociedad. Representaos esa dulce primavera de la adolescencia en que el niño cree en su madre, y por decirlo así, no cree mas que en ella; y mas tarde considerémosle tambien en esa juventud tan peligrosa, en la que, no recibiendo ya la verdad de nadie, todavía la escuchamos de la boca de una madre cristiana; y toda la vida en fin, porque en tanto que tenemos madre, brota de su corazon como de dulce sol una influencia que ilumina, enardece y vivifica: ¿qué es lo que sucederá? que aquello que una madre semejante ha grabado en el corazon de su hijo no se borrará jamás, resistirá á toda profanacion. O el hijo subirá á la luz y será virtuoso, permaneciendo allí siempre, ó si por un momento llega á sucumbir, conservará al menos los restos del fuego

sagrado que mamára; chispas de probidad y de honor prontas á reanimarse; tristezas y disgustos que le probarán con evidencia, que no ha nacido para el mal; y mil señales divinas que revelarán al menos avisado, que ha tenido una madre cristiana; á la manera de esas estátuas antiguas que sin respeto á su mérito mutilára la mano de los vándalos, pero que, á través de sus deformidades y destrozo conservan aún señales evidentes del gran artista que las esculpió.

Quisiera que el tiempo me permitiese desarrollar aquí los anales de la Paternidad y de la Maternidad cristianas, en cuyo caso pondria de manifiesto para inflamar los corazones de un generoso entusiasmo, las dos generaciones de las almas grandes: las que derechamente marchan hácia la luz y la virtud, y las que no siguen esta senda, segun el mismo De Maistre, sino describiendo una curva, ó mejor dicho, un círculo vicioso, que de nuevo las conduce al punto mismo de donde habian partido; (1) y tanto en las unas como en las otras, patentizaría cuanta es la profundidad de ese carácter divino, cuando ha sido grabado sobre el alma por una verdadera madre. ¿Quién formó á S. Bernardo? por ejemplo: ¿quién le creó tan

(1) Si la madre se ha impuesto el deber de imprimir hondamente sobre la frente del hijo, el carácter divino, casi puede asegurarse que la mano del vicio no le borrará jamás. Sin duda que este hijo podrá llegar á extraviarse; pero si me es permitido usar de esta expresion, él describirá una curva, y círculo vicioso, que le conducirá de nuevo al punto de partida. (*De Maistre, Soirées de Saint-Petersbourg, t.º 1.º, p. 87.*)

puro, tan fuerte, tan abrasado en el amor de Dios? Su padre Tescelin, su Santa madre Aleth. ¿Y á Santa Chantal? ah! esta no tenía madre, pero no vacilaré en asegurar que tuvo un padre, ó una madre, ó ambos á la vez, en ese incomparable magistrado, el presidente Frémyot. ¿A quién debió Sta. Sinforosa el heroismo de su vida y de su muerte, sinó á su intrépida madre Augusta? ¿Es posible pronunciar el nombre de Orígenes, de ese genio tan grande y tan ilustre, sin descubrir á su venerable padre Leonidas, recostado sobre la cuna y besando con respeto el pecho de su hijo, como el templo del Espíritu Santo? ¿Y S. Juan Crisóstomo, elevado, aun siendo ya Obispo, á tan nobles pensamientos y á tan magnánimas resoluciones, por el valor y la decision de su sublime madre? ¿Y S. Atanasio, y S. Ambrosio, y S. Gregorio el Grande? y más tarde S. Luis, S. Eduardo, S. Francisco de Asís? y en los tiempos modernos ¿S. Francisco de Sales y Sta. Teresa? Sería menester citar todos los héroes, y todos los Santos, porque tal vez jamás se habrá visto aparecer siquiera uno, sin que Dios le haya dado un padre ó una madre dignos de él; un precursor capaz de prepararle á sus grandes destinos. Y si las sombras de la historia, no permiten siempre descubrir las manos venerables que formaron su alma, no vacileis en afirmar su existencia; á la manera que cuando veo una escultura de Miguel Angel, ó un cuadro de Rafael ¿me importa poco que estén ó nó firmados? Los miro, y á través de las sombras que cubren sus autores, y que cuando mas, me ocultan un nombre vano, saludo al genio que los ha concebido y que ha dotado al mundo de ellos.

Hace mucho tiempo que dijo un brillante y profundo escritor, profundo á pesar de su ligereza: «*Fortes creantur fortibus et bonis*: los fuertes nacen de los fuertes; los buenos son creados por los buenos.» (1) Y la Santa Escritura se explica mejor aún, porque sobre este bello pensamiento proyecta un rayo de luz que viene del cielo: «*Generatio rectorum benedicetur.*» «Los justos engendrarán hijos dignos de ser bendecidos por Dios;» lo cual, para honra de las madres cristianas, será siempre una verdad.

Respecto á esas almas, buenas tambien, que antes de volver á encontrar el camino de la luz, permanecen un momento en las tinieblas, si bien siempre tristes, inquietas, atormentadas por la ausencia de la verdad, y sufriendo á causa de la herida que su madre les ha inferido; creo presentar en este libro un ejemplo de tal naturaleza, que hará inútil citar otros. Por él se verá como se infunde en el alma de un hijo ese carácter divino; y si es posible que las pasiones, aun las mas violentas, puedan jamás borrarlo, cuando ha sido obra de una verdadera madre.

¡Pero cuánto, oh madres, es menester que sufráis, para que vuestros consejos profundicen en el alma de vuestros hijos! nada son los dolores del parto, al lado de aquellos! y esto por lo demás es justo, puesto que se trata de formar lo mas grande que hay en este mundo. Un autor, decia al concluir una de sus obras: «He terminado este duro trabajo en el silencio de diez y siete noches; y temblando todavía por los sufrimientos que me ha causado, le considero con

(1) Horacio.

»inquietud, y me pregunto, si mi voz será escuchada
»por los hombres.» ¡Oh madres! ¿Podeis vosotras de-
cir otro tanto? ¿Tembláis tambien al contemplar lo
que habeis sufrido, á causa de vuestros desvelos para
formar el alma de vuestros hijos? y, ¿se podrá escribir
un dia de vosotras, lo que Agustin ha dicho de la ma-
dre admirable cuya vida os presento? «Ella ha sufrido
»más para engendrarme á la verdad y á la virtud que
»para darme al mundo.» Esta es la primera leccion
que encierra este libro; y creo que en los tristisimos
tiempos que atravesamos, no carece de interés, ni de
oportunidad.

Pero encierra aun otra segunda verdad, importan-
tísima tambien, que es una consecuencia necesaria
de la primera. ¿De qué hubiera servido, en efecto,
que Dios diera á las madres la fuerza divina de im-
primir en el alma de sus hijos una huella sagrada, si,
cuando se despiertan las pasiones y amenazan borrar
esta huella, Dios no hubiese investido á estas mismas
madres, de una fuerza soberana é infalible tambien,
para proteger eficazmente á sus hijos, y arrancarlos,
si ellas quieren, de todos los peligros?

¿No es precisamente por esto, que Dios ha he-
cho esa ley admirable, segun la cual, cuando el jó-
ven sube las cimas abrasadoras de la vida, el padre
las baja; y cuando la jóven doncella aproxima á sus
lábios la copa encantada en que á los diez y seis
años cree beber la felicidad, la madre acabe de vaciar-
la hasta las heces; y que pierda esta el encanto de las
vanidades é ilusiones mundanas, precisamente cuan-
do sus hijos, corren el peligro de dejarse deslumbrar
de esas mismas ilusiones y peligros? ¿Por qué todo

esto sino para que puedan hallar en lábios, de cuya sinceridad no sospecharán jamas, la única palabra capaz de salvarles, sacándoles de su error.

¿No será tambien por esto mismo, que Dios ha revestido la Paternidad, de una especie de intuicion que revela al padre y á la madre, los peligros á que está expuesto su hijo, y el camino que es preciso hacerle seguir, para evitar los escollos? ¿Y no será tambien por iguales razones, y á fin de que el hijo tenga un director en senda tan peligrosa, por lo que el Señor ha hecho santa la paternidad, á veces á pesar suyo; y ha condenado á tantos padres á esos sublimes contrasentidos, que se ven frecuentemente en la vida, y no se sabe cómo definir, pero que á la vez, hacen sonreír y llorar?

Conocí un magistrado, hombre de bien, muy amable y de mucho talento, pero del que nunca se habia servido sino para burlarse más ó ménos agradalemente de las cosas santas. Una de las veces que fuí á verle, tenia sobre las rodillas á su hija, encantadora niña de once años, que se preparaba para la primera comunión. Hacíala recitar el catecismo, y en el momento de entrar yo, acababa de explicarla lo que es un misterio; que los hay en todas partes, en la naturaleza, en la sociedad, y sobre todo en el hombre, no siendo de admirar que se encuentren tambien en Dios; y todo enagenado, y encantado de la vivacidad con que su pequeña hija había aprovechado las lecciones, me repetía sus respuestas; y algunas de esas palabras felices que tan grato es recoger de los lábios de los niños. Esta conmovedora escena me hizo recordar á Diderot, conduciendo á su hija á la doctrina de la iglesia de

S. Sulpicio, y haciéndola él mismo la esplicacion de cada capítulo; y me trajo tambien á la memoria, otro escritor que no quiero nombrar porque vive todavía, que absolutamente ha prohibido á sus hijos la entrada en el despacho, por miedo de que sus ojos se manchen, leyendo los papeles que están sobre su mesa. Quiere corromper el mundo, pero es padre, y no quiere corromper á sus hijos. Inconsecuencias felices y dignas de respeto, que observamos á cada paso en tiempos como los nuestros. Con frecuencia el hombre es superficial, escéptico, impío, y se burla hasta de las cosas mas santas; pero el padre en cuanto padre, es siempre santo: Dios lo ha querido así para proteger á los hijos.

Para esto, sobre todo, ha creado Dios en el corazon de los padres y en el de las madres esa fuerza invencible, de que acabo de citar tan grandes ejemplos, y que saben emplear cuando peligran sus hijos. Gracias sean dadas al Altísimo por tanta bondad; pues por grandes que sean las aflicciones sufridas por las madres para salvar la vida temporal de sus hijos, todavía han hecho mas para salvar sus almas. Las ha habido que, para evitar á sus hijos crueles sufrimientos, no han temido la fiereza de un leon; han desafiado el furor guerrero de ejércitos enemigos; y han pasado dias, noches, y semanas enteras sin comer ni dormir á la cabecera de la cama de sus hijos enfermos. Yo lo he visto con frecuencia, admirado de su fuerza mas que de su amor ¡y tambien las he visto morir por ellos! ¡Qué mas puede hacerse por aquellos á quienes se ama? Sin embargo, lo repito, para salvar sus almas han hecho mil veces mas; por-

que morir por los que se ama, oh! nó, este no es el último esfuerzo del amor, porque no es el colmo del sacrificio: el colmo del sacrificio, la cima suprema del dolor, no consiste en dar su propia vida; el gran martirio para una madre está en dar la vida de su hijo. Consiste en amar la verdad, la virtud, el honor, la verdadera hermosura del alma, y la vida eterna de su hijo hasta tal punto, que prefiera verle muerto, á ver marchitarse en su alma cosas tan preciosas y tan santas.

No recuerdo qué filósofo, preguntándose á sí mismo, que es el hombre? halló esta sublime respuesta: «El hombre es un ser capaz de dar la vida por la justicia.» La madre cristiana es una maravilla de otro género muy diferente: es un ser capaz de dar la vida de su hijo por la justicia; es un ser que ama tanto la verdad y la justicia, es decir, á Dios habitando en el alma de su hijo, que para que no salga de este santuario, en donde ella misma le ha depositado, veria con satisfaccion romperse y desaparecer para siempre su emboltorio material. Qué digo? es un ser, que cuando la persecucion estalla, y cuando se descubre el mal; en la terrible alternativa de que perezca su hijo en el tiempo, ó de perderle para la eternidad, no vacila un momento en presentarle ella misma al verdugo, prefiriendo la muerte del cuerpo á la condenacion de su alma. Hé aquí lo que la antigüedad pagana no pudo sospechar, y de lo que Jesucristo ha dado al mundo un sublime y admirable espectáculo, creando la madre cristiana. En efecto, tan luego como apareció Jesucristo, viéronse humildes mujeres, que tomando á sus hijos sobre las rodillas, entre los besos y caricias que interpolaban con las austeras lecciones de la

fé; «hijo mio, decían, preferiría verte caer muerto á mis piés, á que cometieras un solo pecado mortal.»

Y estas sublimes criaturas, lo hacian segun lo decían. Unas, como la madre de los tres Santos Gemelos de Langres, bajaban á las prisiones, donde sus jóvenes hijos habian sido encerrados por la fé; besaban sus cadenas, y yendo de uno al otro radiante de alegría: «Oh! hijos míos, les decía; de todos mis gloriosos antepasados, ninguno ha relegado á mi nombre una aureola tan brillante como la que ha de resaltarle del inmortal honor de vuestra muerte.»

Otras, como la madre de S. Sinforiano de Autun, sabiendo que á su hijo le iban á cortar la cabeza por profesar la fé de Jesucristo; cuando ya caminaba á la muerte, temblando ella de que en la flor de su juventud, á los diez y seis años, pudiera tener un momento de vacilacion ó de pena por la vida que iba á perder, corre en su busca, y así que le divisa desde lejos; «hijo mio, le grita, no te van á quitar la vida, vas á cambiarla por otra mejor.»

En fin otras, como Santa Dionisia, que se mantiene firme delante del potro que martiriza á su hijo idolatrado, le anima con sus miradas cuando estaba agonizando, y luego que muere, carga con su cuerpo macerado y deshecho, y le dá sepultura entonando los cánticos de la alegría cristiana, mezclados con los dolorosos gemidos del amor maternal.

Y si por acaso no fuesen suficientes las miradas y las exhortaciones de una madre, para confortar á su hijo sobre el cadalso; y por si todavía era preciso añadir á estas las lágrimas y los ruegos, veíasela tambien

caer á los piés de su hijo, y pedirle que, por piedad para con ella, muriera con valor: semejante á la heroica madre de los Macabeos, que si bien naciera antes que Jesucristo, ardiendo ya en el fuego que este iba á esparcir sobre la tierra, ha dejado á las madres cristianas tan grande ejemplo de valor y de fortaleza. Despues que esta heroína había animado á los seis primeros hijos á morir con valor; y cuando otras tantas veces con el alma transida de dolor, pero con frente serena, había recibido la incurable herida que causa en el corazon la muerte de un hijo; al llegar al sétimo, el más jóven de todos, hermoso niño de trece años, y que era su Benjamin; temiendo que careciese de valor para imitar á sus hermanos, se arroja á sus plantas, y mostrándole su pecho: «hijo mio, le dice, acuérdate »que te he llevado nueve meses en mis entrañas, y »que te he alimentado con mi leche durante tres años: »por piedad, por conmiseracion hácia mí, no tengas »miedo al verdugo; muere valerosamente como lo han »hecho tus hermanos.» (1)

Lo que una mujer, lo que una madre sobre todo, debe sufrir en tales momentos; cuánta debió ser la amargura, cuán profundo, y cuán desgarrador el dolor de una Sinforosa, de una Felicidad, y de tantas otras que las imitaron, jamás pluma alguna podrá expresararlo. Concibiéndose bien que para semejantes madres, que así llevan al cielo sus hijos, una eterna fe-

(1) Fili mi, miserere mei, quæ te in utero novem mensibus portavi et lac triennio dedi et alui.... Peto, nate, ut aspicias in cælum..... Suscipe mortem, ut in illa miseratione cum fratribus tuis te recipiam. (I Machab. vii. 23, 27, 28 y 29.)

licidad sin separarse nunca de ellos, no es escesiva recompensa.

Verdad es que Dios no exige sino muy rara vez esta clase de sacrificios; pero tampoco es menos cierto, que la madre que no sea capaz de dar la vida temporal de su hijo, para salvar su vida eterna, no es una madre cristiana: que la madre que no se siente con el valor de arrojarle entre su hijo y un crimen, entre su hijo y una villanía, es una madre degradada, é indigna de llevar este glorioso nombre. Ahora bien, cuando una madre está decidida á sacrificarlo todo, su tiempo, sus sentimientos, su vida, y la vida misma de su hijo, antes que verle sumergido en el mal ¿podrá perecer este hijo? No, ciertamente: podrán sí arrastrarle las tempestades de un siglo malvado; podrá fluctuar á impulsos de la tempestad, marchar por algunos instantes sin rumbo seguro por el camino del mal, pero perecer, jamás! Réstale siempre un áncora; y ¿sabeis dónde 'está? en las manos de su madre: ved aquí por qué nada podrá hacerle sucumbir. Esta historia nos presenta un ejemplo sensible de esta verdad; y me atrevo á creer, que no habrá madre alguna que termine su lectura, sin comprender que en lo más fuerte de la tempestad debe sostener las áncoras, para impedir que zozobre la débil barquilla de sus hijos.

Pero por mas conveniente que sea, recordar á las madres cristianas el doble poder que han recibido de Dios, para formar y proteger el alma de sus hijos, si este libro enseñase solo estas dos lecciones, acaso no le habria escrito. Al publicarle, hé querido poner de manifiesto una doctrina mucho mas sublime; enseñar á las madres un secreto mas importante de-

masiado ignorado en nuestros dias; y que á la vez que constituye la grandeza mas augusta de la Paternidad cristiana, es su recurso supremo en los dias de crisis.

Jamás olvidaré la emoción que se apoderó de mí, cuando por primera vez tuve que ejercer mi ministerio, al lado de un pobre jóven moribundo. Todavía veo desde aquí á su padre, que mudo, abatido, y agoviado de ese dolor sin lágrimas que hace tanto daño, se paseaba por la habitacion; y á su madre que sentada ante aquel lecho de muerte, dejaba estallar los sollozos, contenidos durante la agonía de su hijo. Yo estaba al costado de esta infeliz madre, con el corazon desgarrado; pero mudo, no sabiendo como consolar á ambos esposos, y sin determinarme á intentarlo. Recuerdo muy bien que durante el largo silencio, que se guarda despues de los grandes dolores, porque ¿qué podría decirse en estos casos? me preguntaba á mí mismo, por qué misterio, Dios, que es la bondad misma, podía permitir tales cosas, y causar heridas tan crueles en el corazon de una madre. Mas lo que yo me preguntaba entonees, lo he comprendido dos años despues, al asistir en la misma habitacion, y ¡ay de mí! al pié del mismo lecho, á la agonía de esta pobre madre; y al oir salir de sus labios moribundos, estas palabras, que casi fueron las últimas que pronunció, y que me causaron honda agitacion: «Voy á volver á encontrar á mi hijo.» Entonces fué cuando, apoderándose de mí una luz sobrenatural, comprendí que la vida de este mundo no es la última palabra de las cosas; y que si Dios, para elevar las almas, para purificarlas, y para hacer surgir de ellas grandes virtudes, separa algunas veces á los que se aman, es porque pue-

de reunirlos de nuevo en una region, en que se amarán más, para no volver á separarse. Yo cerré, con dedo tembloroso por la emocion, los ojos de esta madre; y muchas veces, despues, pensando en ella y su hijo, ambos ya fuera de este mundo y al presente reunidos en el Cielo, me hé preguntado, qué es lo que podía quedar en esta madre y en este hijo, de la cruel herida que dos años antes habian recibido; y hallo que apenas conservarán algun recuerdo. ¿Y quién sabe si acaso este recuerdo no es todavía una felicidad mas?

Pero, permitaseme decirlo; hay aún otro lecho de muerte, en presencia del cual no se concebiría que Dios hubiese dejado á la madre absolutamente impotente. Suponed que en lugar de ver morir á su hijo por un día, ó por dos años; la madre cristiana le vé morir por toda la eternidad: figuráos que una madre verdaderamente santa, y que ama á Dios sobre todas las cosas, vé á su hijo separarse para siempre de ese mismo Dios y atraer sobre sí la maldicion eterna; é imagináos que en el momento en que va á consumarse la terrible separacion, esta madre no puede hacer nada para salvarle. Yo no interrogo á las Sagradas Escrituras, escucho á mi razon, á mi buen sentido, á mi corazon, á mi corazon especialmente que, despues de todo, no puede ser mejor que el de Dios, y digo sin vacilar; nó, esto no es posible; en presencia de semejante desgracia, no ha podido Dios dejar á una madre desarraigada é impotente: Dios ha debido ocultar en lo mejor y mas puro de su alma, en las profundidades más augustas de la maternidad, un no sé qué; un arranque, un esfuerzo, un grito, una lágrima, ó un sollozo,

que acaso no sabrán encontrar todas las madres, como no todas habrían hallado el grito que conmovió al Leon de Florencia; pero que está allí sin embargo, y que si sale del alma, como saldrá siempre bajo la doble influencia del amor de Dios y del amor del hijo, salvará infaliblemente el alma de este hijo: es lo que yo creo.

Sí, cuando una madre, para hacer volver al buen camino á su hijo culpable, ha agotado los consejos, las advertencias, las reconvenções, y aparentemente ya nada puede, quedala todavía una fuerza, la mas grande de todas; la quedan sus lágrimas. Que ruegue, que llore, que vaya á buscar una cierta lágrima que Dios ha hecho y ocultado allá en las mas secretas profundidades del corazon, en donde, por decirlo así, se tocan el alma de madre, y el alma de cristiana, y el hijo se habrá salvado. Véanse diariamente jóvenes que habiendo abusado de todo cuanto hay, despues de arrastrarse por toda clase de ignominias, han vuelto al camino de la virtud, porque sus madres han llorado mucho. (1)

(1) Lo que digo de las madres, lo digo igualmente respecto á las esposas, á las hijas, y á las hermanas. Para acabar de alistar en esta doble cruzada de la oracion á todas las almas dignas de entrar en ella, citaré un caso sumamente conmovedor que puede servir de ejemplo. ¿Quién no ha oido hablar de ese encantador grupo fraternal que tan pronto ha desaparecido de este mundo, Mauricio y Eugenia Guerin? Arrastrado Mauricio por las disipaciones de París, habia olvidado por algun tiempo á Dios y la fé de su infancia. ¿Qué hacia entre tanto su jóven hermana? temblaba por él, gemía y oraba. «Mauricio, escribía esta buena hermana despues de su muerte; yo te creo en el cielo. Oh! sí,

«Cuán acordes están con estos consoladores pensamientos las Santas Escrituras! Leéd en los días de vuestras grandes amarguras, la historia de Agar arrojada de las tiendas de Abrahan, internándose en el desierto, y llevando de la mano á su hijo. El sol arde sobre su cabeza; la arena abrasa sus piés; su hijo, devorado por la sed, llora y vá á morir á su presencia. Detiénese un instante y busca con ansiedad algun socorro; pero el horizonte es de fuego, y por ningun lado descubre esa gota de agua, que ella pagaría con su misma vida! Entonces, desesperada, sintiendo venir la muerte que ya se aproxima, deposita á su hijo debajo de una palmera, y se aleja de él diciendo: «al menos »no veré morir á mi hijo.» Pero bien pronto, porque no estaba muy lejos, y si no quería verle morir, tampoco quería perderle de vista, bien pronto decimos, cuando esta desgraciada madre, se apercibe de que los suspiros de su hijo iban debilitándose, loca de dolor cae

»tus sentimientos religiosos, y la confianza que me inspira
 »la misericordia de Dios, me hacen creerlo así. Dios tan bueno,
 »no, tan compasivo, tan amante, y tan buen padre, no habrá
 »tenido misericordia de un hijo que ha vuelto á Él? Oh! tres
 »años ha que me afligen tus extravíos: quisiera borrarlos
 »con mis lágrimas!...» «Yo fundaba en tí todas mis esperanzas,
 »decía, como una madre en su hijo; porque yo no era
 »tu hermana, sino tambien tu madre. ¿Te acuerdas cuando
 »me comparaba yo misma á Mónica llorando por Agustin?
 »¿cuando hablábamos de mis aflicciones por tu alma, esta
 »alma querida que vivía en el error? Oh! cuanto he pedido
 »á Dios su salvacion! cuanto he orado y suplicado por ella!
 »Un venerable sacerdote me decia: *vuestro hermano volverá...*
 »Oh! sí, ha vuelto y despues me ha dejado para ir al cielo...
 »al cielo, yo lo espero!...»

de rodillas, exhála un grito desgarrador que llega hasta el corazon de Dios, y en el instante mismo brota á sus piés un manantial de agua: como si con este hecho milagroso, hubiese querido Dios demostrar, que no sabe resistir al dolor de una madre, que le pide la vida de su hijo. Ahora bien, siendo esto así, ¿con cuanta mas razon escuchará los ruegos de esta madre, cuando llora por un hijo extraviado, culpable y expuesto á la única muerte que no tiene remedio, pues que no tendrá fin?

Pero esta consoladora leccion aparece aún con mayor ternura y con dulzura infinita en el Nuevo Testamento. ¿Habéis visto jamás que el grito de un padre, ó de una madre, hayan encontrado insensible el corazon amantísimo de Nuestro Señor? Cuando el Centurion, por ejemplo, vá á decirle: «Señor, mi hijo está muy malo» ¿qué responde este buen Maestro? «Marcha, tu hijo está curado.» Jairo y su mujer desconsolados se arrojan á sus piés, (habian perdido una hija de doce años, en esa edad amable, en que la infancia que se retira y la juventud que viene, dán á los niños tan inefable encanto,) conmovido Nuestro Señor, lo deja todo, les sigue, entra en la casa, y tomando á la niña de la mano, se la vuelve á su madre. Cier-to es que hace esperar un poco más á la Cananea aparentando indiferencia; pero es para que arranque de su corazon un grito de fé mas profundo, y cuando ese grito se ha exhalado. «Ó madre, qué grande es tu fé, »la dice el Salvador; marcha, tu hija está curada.» ¿Quién no ha leído la conmovedora historia de la viuda de Naín? Esta no vá á encontrar á Nuestro Señor, ni siquiera le vé: sigue, absorta en su dolor y cegada

por las lágrimas, el féretro de su hijo único; pero Jesucristo la vé, se conmueve, se aproxima á ella y deteniendo el cortejo fúnebre; «Ó madre, no llores, la dice, y la devuelve su hijo!»

¿Qué se proponía Nuestro Señor al multiplicar tales milagros? preparar á las madres, para hacerlas comprender el inmenso poder que en ellas ha depositado; enseñarlas á encontrar en su corazon ese grito á que nada se resiste; decidir las por consiguiente á no desanimar jamás, cualesquiera que sean las tempestades que se levanten en el alma de sus hijos; y como precisarlas á acosarlos con sus lágrimas, atrayéndolos de nuevo á Dios á fuerza de oraciones, de sufrimientos y de inmolarsé por ellos.

Pero era tal la importancia de esta enseñanza, y tan necesario grabarla profundamente en las almas, que estos ejemplos por conmovedores que fuesen, no podian bastar; necesitábase aun mayor luz, para encender en el corazon de las madres, la llama de una esperanza inquebrantable; y Dios resolvió dársela en un ejemplo tal, que el mundo no pudiese olvidarle jamás.

Veráse aquí, en esta historia, un jóven educado por la más santa de las madres, objeto durante toda su infancia de una activa vigilancia, y de una protección tan tierna como fuerte; dotado el mismo del más raro talento, y de un corazon todavía superior á su espíritu; que ama á su madre con pasión, y que por todas estas razones debiera tener despues de la infancia más pura, la más feliz y casta juventud. Y la habria tenido en efecto, si su madre hubiesé sido solamente la encargada de su educacion; pero por desgra-

cia estaba casada con un insensato. ¿qué otro nombre puede darse á un padre, que, tan poco cuidadoso de la virtud de Agustin como de la suya propia; violento y despótico en su proceder, parece mofarse durante quince años de la inocencia de su hijo, y le abandona de buen grado á los mayores peligros? Víctima de las temeridades de su padre, se vé á este pobre jóven marchar bien pronto de precipicio en precipicio, conocer muy luego todas las tempestades del corazon, y atraído fuertemente por la excesiva ternura de su alma, y aprisionado por una primera cadena, ennoblecida, si el vicio puede ennoblecerse alguna vez, por un resto de honor y de fidelidad inviolable, vésele caer en una segunda cadena completamente vergonzosa; y desde el principio de sus desórdenes hasta el fin pasar diez y seis años en degradante esclavitud. Mas tarde, como las tinieblas del espíritu son por lo comun castigo de los desórdenes del corazon; despues de haber extinguido y luego abdicado públicamente la fé de su infancia, se le verá fluctuar á impulsos de todo viento de doctrina: enamorarse de la filosofia antigua, pero disgustarse de ella bien pronto; y con razon, porque no le ofrecía sino un terreno arenoso y movedizo, sobre el cual, su gran ingenio, nada seguro podia fundar: arrojarse entónces en una heregia seductora á la vez que grosera, y á pesar de sus dudas é inquietudes, agitarse en ella siempre intranquilo por espacio de nueve años; y por último cansado de tantos esfuerzos impotentes, y desesperando de la verdad sin dejar de amarla, caer desanimado, triste, y enfermo, en el último de los abismos, el excepticismo; en visperas

por consiguiente de perecer por completo corazon, conciencia, genio; y en camino de ser no San Agustin, sino un sofista, un Libanio acaso, ó cuando más un Symmaco.

Pero, ¡cosa singular! cuando ya todo parecía perdido, le vereis de repente que vuelve á emprender su vuelo; primero lentamente como un águila herida; con mas viveza luego, y por último con toda rapidez; batiendo sus alas al percibir la luz, y saludando con gritos de la más divina elocuencia la *Verdad* que de nuevo encontraba, ó mas bien recibiendo humildemente con suspiros y lágrimas esta *Belleza*, siempre antigua y siempre nueva, que él habia conocido demasiado tarde, y demasiado tarde habia amado; y desde los abismos de la pasion y de la duda, veréisle remontarse por fin triunfante á las cimas de la luz y del divino amor.

En vano buscareis la causa de una conversion tan admirable; aun cuando interrogárais al mismo Agustin, no encontraríais mas que una, las oraciones de su madre; los llantos, y las lágrimas poderosísimas de Mónica! Porque despues que hubo formado el corazon de su hijo, como jamás madre alguna formára el de ningun otro; despues que conoció que en el alma de Agustin comenzaban á despertarse las pasiones; cuando para mejor protegerle aún, hubo asimismo atraido á su madre política, convertido á su marido, y purificado, demasiado tarde ¡ay! la detestable atmósfera en que se habia visto precisada á criar un hijo tan querido; despues en fin que le hubo seguido en sus viages á Cartago, á Roma, y Milán, haciendo por todas partes resonar en sus oidos las palabras más dulces y más

penetrantes, acompañadas de la más viril energía; viendo que todo era inútil, que su hijo no escuchaba nada, antes por el contrario corria de precipicio en precipicio, se vuelve resueltamente á Dios, y, como en otro tiempo la desgraciada Agar, cierto dia en que el peligro era mas inminente, exhala de su corazon un grito tan penetrante, y un sollozo tan profundo y conmovedor, que no sabiendo Dios resistirse á él, como en tales casos no resistirá jamás, la devolvió su hijo. Esta madre murió de gozo, y completamente dichosa, dejando á todas las madres que lloran, como ella había llorado, el secreto de consolarse por los mismos medios. Esta es la historia de Santa Mónica segun que yo la concibo, y como aspiro á escribirla, si Dios, que me ha hecho la gracia de inspirarme la idea, se digna bendecir y dirigir mi pluma.

Acaso se me pregunte dónde he encontrado los materiales para escribir esta historia; pero yo á mi vez preguntaré á los que tal hicieren, si creen que Dios ha creado semejantes maravillas, para que permanezcan ocultas; é inflamado tales astros para que no deramen su luz. Dios mismo ha provisto los materiales para la historia de Santa Mónica, preparando tambien un historiador, digno de ella: y ¿qué otro podia ser este historiador sinó *el hijo de tantas lágrimas?* Agustin amaba con delirio á su madre; hablaba de ella sin cesar, y ha embalsamado con su recuerdo, cási todos los escritos que salieron de su pluma. Mas de veinte años despues de la muerte de su madre, envejecido por el trabajo más que por los años; encanecido en la penitencia; y cuando hubo llegado á ese momento en que parece que el amor de Dios, habiendo

roto ya todos los diques, é inundado el corazon, debería haber destruido en el de Agustin todos los demás amores, no le era posible recordar á su madre, aun cuando estuviese en el púlpito, sin que asomára á sus ojos una lágrima. Abandonábase entónces á los encantos de este recuerdo; dejábase llevar hasta el punto de hablar de él á su pueblo de Hipona, y allí, en sus sermones, á donde no se esperaba hallar nada semejante, sembraba palabras encantadoramente bellas, que á la vez respiraban la reconocida piedad del hijo, y la doble elevacion de la ciencia y de la santidad. En ninguna parte, sin embargo, es necesario decirlo, ha hablado de su madre esta grande alma con más detalles, mayor alegría de corazon, y emocion más profunda, que en el libro de sus *Confesiones*; y sin embargo, al leer esta obra, se comprende que Agustin no lo dice todo. Una especie de pudor detiene su pluma, y en muchos lugares, se vé bien claramente que él mismo amortigua exprofeso la aureola de su madre, temeroso de que algun rayo de luz, fuera á reflejarse sobre su propia frente. Pero lo que él no dice, el corazon lo sospecha, la tradicion lo indica y á menudo lo canta la Iglesia. La Iglesia que es tambien madre, y que no sabe hablar friamente de sus hijos, ha celebrado á Santa Mónica con esa elocuencia, propia únicamente de la esposa de Jesucristo. Los Santos que pasaron por este mundo, los doctores, los pontífices, las vírgenes, los grandes escritores y los grandes oradores, todos la han aclamado á su vez, por espacio de muchos siglos, con palabras dignas de ser conocidas. Yo he recogido de ellos varias perlas y compuesto este precioso estuche que hoy ofrezco á las madres cristianas.

Por lo demás, me apresuro á decirlo, la idea de esta obra no me pertenece; la debo á un hombre á quien soy deudor de muchos beneficios; á un grande y Santo Obispo, que desde hace algunos años sobre todo, derrama con manera especial sobre mi vida, torrentes de luz y de paz; y que entre otros dones que guardo en el secreto de mi corazon, me ha enseñado á consagrar mi alma al culto de la verdadera grandeza, que no es otra que la verdadera santidad. Este Santo Obispo, tan amable como grande, cuyo nombre no necesito revelar á los que han leído la *Historia de Santa Chantal*, es San Francisco de Sales. Al estudiar sus obras, he quedado admirado de su devocion á Santa Mónica, y del tierno entusiasmo que la Santa le habia inspirado, de lo cual se hallará una prueba en el curso de esta obra. Al presente diremos solo que San Francisco habla de la Santa en todas las páginas de sus obras; que sin cesar la presenta por modelo á todas las Señoras; á las casadas, á las madres y con especialidad á las que tienen Agustines; y haremos notar más particularmente, que cuando San Francisco de Sales, quiso elevar á la Señora de Chantal, al grado de perfeccion que Dios exigía de ella, no la buscó otra patrona que Santa Mónica; queriendo que durante los primeros años de su viudez, en que sin abandonar el mundo la enseñaba á hacerse santa, tuviese constantemente ante sus ojos á la heroina de nuestra historia; y á ella tambien quiso que dirigiese sus miradas, cuando se propuso separar á la Señora de Chantal, del deseo de hacerse religiosa, en una época en que sus hijos, demasiado jóvenes todavia, necesitaban de sus cuidados: y por último, no hay para que decir,

que mas tarde, durante la brillante pero peligrosa juventud de Celso Benigno su hijo, cuando la madre le veía empeñado en esas amistades y en esos duelos que la hacían estremecer al pensar en el riesgo que corria su alma, San Francisco de Sales la representaba mas á menudo, y mas tiernamente aún, la imágen, y el modelo de Sta. Mónica. Al lado de la imágen de la madre de los dolores que el Santo Obispo la habia enviado, y que tenia colgada en su gabinete á los piés del Crucifijo, quiso que suspendiese tambien para contemplarla á menudo, la de esta madre afligida, sobre cuyo corazon reposaba el hijo que ella habia salvado con sus lágrimas; y por fin, cosa aún poco conocida, cuando el Santo Obispo habia ya desaparecido de la tierra, dejando á la venerable madre de Chantal con sus dolores y sus inquietudes, inquietudes como fundadora y dolores como madre; un dia en que estos dolores la afligían más que nunca, porque corria la voz de que su Celso Benigno podría ser decapitado como lo habia sido el Duque de Boutteville, á causa de su funesta é incorregible costumbre de batirse en duelo; un dia, digo, en que Santa Chantal sucumbía al peso de su dolor, San Francisco de Sales podría decirse que salió de su tumba, para obligarla á leer de nuevo la historia de Santa Mónica; pues cuando esta afligida madre, Santa Chantal, estaba arrodillada al pié del altar, oyó una voz, que reconoció ser la de su bienaventurado Padre, que le decia: «*lee el libro octavo de las Confesiones de San Agustin.*» Y al leer de nuevo estas páginas admirables, en donde se vé á San Agustin redimido por las lágrimas de su madre, tuvo el pensamiento de que ella tambien salvaría á su Celso Benig-

no, á fuerza de orar, de llorar y de inmolarse por él, lo cual sucedió en efecto. Repito, pues, que todas estas cosas han de verse naturalmente desarrolladas en el curso de esta historia, como podrán convençerse mis lectores.

Creo haber dicho lo bastante para explicar como vino á mi mente la idea de esta obra, y para rendir un homenaje de reconocimiento al amable y Santo Obispo que me la ha inspirado. Si en el siglo XVII, presentándoles como modelo á Santa Mónica, San Francisco de Sales ha sostenido, consolado y fortificado á multitud de madres afligidas ¿por qué hoy ese mismo ejemplo no ha de producir los mismos frutos? El mundo entonces se mostraba oscurísimo; la reforma desgarraba el seno de la Iglesia; los escándalos se multiplicaban; las apostasías públicas y privadas asustaban las almas; las madres temblaban; y para asegurarlas y consolarlas, y para enseñarlas que no hay peligros sobre la cabeza del hijo que su madre no pueda conjurar; San Francisco de Sales gritaba á todas las madres: «Leed la »historia de Santa Mónica, y en ella vereis el cuidado »que tuvo de San Agustín, y muchas cosas que os »consolarán.»

Hoy el mundo no es mas dichoso que lo era á fines del siglo XVI; los peligros no son menores, ni menos apremiantes; con los principios han desaparecido las costumbres; el aire que respira la juventud está impregnado de sofismas; turbado el hogar doméstico; la cuna de los pequeñuelos no está mas segura; quizás nunca como hoy las esposas y las madres, dignas de su mision, estén llamadas á llenar tan grandes deberes. Por tanto, séame permitido decir las, si no ya con

la autoridad de un San Francisco de Sales, ni mucho menos con el encanto de su palabra, siquiera con un corazon que comprende sus dolores, y que sabe compadecerlos: *Leed la historia de Santa Mónica: aprended de esa esposa y de esa madre á pedir, á rogar como ella, á esperar siempre, á no desanimaros jamás, y no olvideis que, si la juventud corre hoy tan grandes peligros, es porque no hay bastantes lágrimas en los ojos de las esposas y de las madres.*

EM. BOUGAUD,

Vicario general de Orleans.

Orleans, la Vispera de Todos los Santos de 1865.

HISTORIA
DE
SANTA MÓNICA.



CAPÍTULO PRIMERO.

NACIMIENTO Y FAMILIA DE SANTA MÓNICA.

PRIMEROS AÑOS DE SU JUVENTUD.

..... SU MATRIMONIO.

AÑOS 332 AL 353.

El camino, que de las ruinas de Cartago conduce á las de Hipona, pasando por la antigua *Sicca Veneria*, atraviesa uno de los países mas bellos de la tierra. Los antiguos alababan su fertilidad; y en efecto, aunque por espacio de doce siglos, el desierto ha enviado sobre este contorno sus estériles y abrasadores vientos han bastado últimamente algunos golpes de la azada francesa, para que renaciesen en él selvas enteras de olivos, limoneros y naranjos; y bosques de rosales y vides, que producen abundantes cosechas. No ha sido menester más, y hánse manifestado de entre las arenas, que apenas les cubrían, una multitud de monumentos del más bello arte romano, fragmentos de estatuas, trozos de co-

lumnas, y sarcófagos cubiertos de inscripciones; las ruinas de los teatros, de las termas y de los templos, vias romanas, y en fin las huellas todas de una brillante civilizacion. Cuando despues de haber viajado algunas horas por medio de este renacimiento de la naturaleza, y de estos preciosos restos del arte, se remonta el viajero con el pensamiento á la época en que la naturaleza y el arte ostentaban unidos sus maravillas; y cuando se recuerda el paso por tan dilatados horizontes de esa valiente raza, que al mando de Amilcar, Annibal y Yugurta, hizo vacilar, aunque momentáneamente, la omnipotencia romana; y que, mas tarde, movida por Jesucristo y aceptado su yugo, despues de rechazar todos los otros, dió á la Iglesia un San Cipriano, un Lactancio, un Arnobio y un San Agustin; y entre las vírgenes y los mártires una Santa Perpétua, una Santa Felicita y á tantas otras; se comprende que se pisa uno de esos suelos fecundos, en donde, como cantaba Virgilio, las cosechas crecen aun con menor prontitud y gallardía, que los hombres.

Como á la mitad de este camino, y á corta distancia del famoso campo de batalla de *Zama*, en la vertiente de dos colinas, doradas por el sol de levante, y á la sombra de espesos olivares, se encuentra un simple lugarcillo, que los árabes llaman hoy *Sonk-arras*. Sus blancos edificios, todavía poco numerosos, se levantan sobre una pequeña parte del sitio que ocupára un dia la antigua ciudad romana, llamada Thagaste. En otra parte por cierto de bastante amplitud, sobre una extensa meseta formada de muchas eminencias, se descubren diferentes ruinas, que yacen medio se-

pultadas en la arena. Bosques de Acantos, Algarrobos y preciosas Angélicas crecen en medio de estas ruinas, prestándolas un poco de sombra. Al pié de la meseta, se extienden bastantes praderas, refrescadas por varias corrientes, que ván á perderse en la *Medjerda*, la antigua *Bragadas* de los Romanos. Mas lejos, se descubren esos terrenos incultos y arenosos que el hombre no ha podido arrebatarse aun al desierto; y por último frondosos y sombríos bosques de Alcornuques cierran el horizonte con su verde cortinaje. A larga distancia y sin que se divise desde la poblacion, está el mar con sus calmas y sus tempestades.

Allí, sobre estas ignoradas colinas, de las que á pesar de la belleza de su situacion, ningun autor antiguo se ha ocupado, pues que nadie ha hablado de Thagaste, si se exceptúa Plinio que en una preciosa frase, hace alusion al orgullo de la raza que la habitaba; allí, digo, bajo de estos horizontes llenos de luz y de vida, colocó Dios la cuna de Santa Mónica, cuya historia me he propuesto escribir (1).

Parece que al escojer semejante sitio, Dios pensaba ya en San Agustin; y que para él habia creado esa encumbrada meseta, que se eleva como el nido del águila en el seno de una inmensa campiña; pero tambien colocó allí la cuna de Santa Mónica, á fin de enseñarnos, que en una madre todo está ordenado con

(1) No puede ponerse en duda que Souk-arras, ocupa efectivamente si no el todo, al menos una parte del sitio donde estuvo la ciudad de Thagaste, como prueba damos los documentos que han llegado á nuestras manos, y se hallarán en la nota 1.ª del apéndice. (N. del A.)

relacion á sus hijos; hasta el sitio mismo de su nacimiento, y el en que recibe la vida que mas tarde ha de comunicarles.

Era el año 332, hacía diez y ocho que el Papa San Silvestre gobernaba la barca de San Pedro, y veinte que el Emperador Constantino, vencedor de Magencio, habia proclamado el triunfo de la religion cristiana. La Iglesia salia de las catacumbas, y á la manera que, despues de un largo invierno, bajo la influencia de los primeros rayos del sol de Mayo, se siente en la naturaleza una especie de agitacion vital, indicio claro de que todo va á desarrollarse, así tambien la Iglesia, fecundada por tres siglos de dolores y de humillaciones, se preparaba á dar á luz los mas sublimes frutos. Y en efecto, el mismo año en que, Santa Mónica vino al mundo en Thagaste, nació San Gerónimo en Stridon (Dalmacia); San Gregorio Nacianceno habia nacido hacia cuatro años; San Basilio, tenia tres y San Gregorio de Nisa dos, San Hilario de Poitiers y San Martin de Tours tenian más edad; este estaba próximo á cumplir los diez y siete años, aquel estaba á punto de hacerse sacerdote. Ni San Ambrosio, ni San Juan Crisóstomo, ni San Paulino de Nola, habian nacido aun, pero las piadosas jóvenes llamadas por Dios al honor de ser sus madres, se recogian y preparaban ya, á la gran mision que habian de llenar, y que por cierto no sospechaban siquiera. Completaba este brillante grupo San Atanasio, que jóven aun y cuando tenia apenas veintisiete años, fué elevado á la silla episcopal de Alejandría, que habia de ocupar durante medio siglo, siempre firme, invencible, y llevando el peso de toda la lucha,

como para dar lugar á que esos grandes hombres llegasen al completo desarrollo y madurez.

Por aquel tiempo, entre los mártires que acababan de morir víctimas de las persecuciones parciales, que el mismo Constantino no podia impedir, y de los doctores que se apresuraban á nacer; en un hogar de paz, de honor y de antiguas virtudes, apareció la niña, privilegiada entre todas, porque Dios la habia escogido para ser madre de San Agustin, el Doctor mas ilustre de aquel siglo, la cual al nacer recibió el nombre de Mónica; nombre que ninguna Santa habia llevado hasta entonces, y que ella habia de convertir en un símbolo, sumamente expresivo y eficaz, de consuelo y de esperanza.

Su padre, cuyo nombre se ignora, y su madre, que parece se llamaba Faconda (1), eran cristianos y piadosos. (2) No es fácil averiguar el puesto que ocupaban en la sociedad: créese que pertenecian á una de esas familias nobles, que se ven en los siglos perturbados por las revoluciones, las cuales conservan cierto brillo que heredaron de sus mayores, pero no la fortuna; que tienen aun numerosos sirvientes, pero viven en estrechez; bien relacionadas y emparentadas con familias de distincion, pero cuya vida es cada vez mas retirada y mas oculta. Veinte años antes, cuando casi toda la ciudad de Tha-

(1) Es una tradicion en todas las órdenes que siguen la regla de San Agustin; y en todas las liturgias agustinianas se la dá el nombre de *Faconda* ó *Facundia*.

(2) Erudivit eam (Monicam) in timore tuo virga Christi tui, regimen unici Filii tui, in domo fideli, bono membro Ecclesie tuæ. (*Confess.* lib. IX. cap. VIII.)

gaste se habia dejado seducir por las novedades del cisma de Donato, esta familia habia permanecido católica, lo cual habia aumentado tambien su aislamiento, á la vez que las desgracias del imperio aceleraban su ruina; y si al advenimiento de Constantino y del cristianismo, hubo un momento en el que los padres de Santa Mónica, lo mismo que las antiguas y ricas familias de provincia, arruinadas por el fisco, pudieron esperar algun alivio en sus males; como los esfuerzos, de Constantino y de Diocleciano fueran inútiles, esta esperanza empezaba á desvanecerse, y los padres de Santa Mónica pudieron preveer que del antiguo esplendor, su hija no conservaría sinó un recuerdo y un nombre (1).

Los padres de Santa Mónica trabajaron vigorosamente, para fijar, de un modo indeleble, en el al-

(1) Esto es lo que resulta del detenido estudio de las *Confesiones* de San Agustín, y de la confrontacion de muchos textos importantes: por ejemplo los en que se habla de numerosos criados en la casa de Santa Mónica. (Lib. IX Cap. VIII y IX): de continuas relaciones, con las familias más distinguidas (lib. IX, cap. IX); y de su parentesco con las personas nobles y de elevada gerarquía. (*Cartas de San Agustín*, 39.^a en la edicion Benedictina). Los en que San Agustín dice, que su patrimonio era poco considerable (*Confes.* Lib. II. cap. III), que era pobre y nacido de padres pobres (*Serm.* 356); lo cual no debe tomarse tan á la letra, porque esto lo decia en el discurso por un sentimiento de humildad. Noble, pero arruinada por las desgracias de los tiempos, como todos los nobles de su época; consideramos que de este punto de vista debe partirse, para conocer la verdadera posicion de la familia de Santa Mónica.

ma de su hija, estos pensamientos, que á la vez abatian y entristecian á todos; y probablemente á ellos debia la Santa ese precoz desprecio de lo perecedero, y ese vivo entusiasmo por la eternidad, que constituyeron hasta el fin de sus dias, uno de los mas bellos rasgos de su fisonomía (1).

Pero cuando Santa Mónica hablaba de su primera educacion, no solo alababa el celo de su madre, sino que tambien recordaba agradecida, la vigilancia de una antigua criada, á cuyo cuidado estuvo confiada durante la infancia. Esta criada, habia sido nodriza del padre de Santa Mónica, y le habia llevado á la espalda como las muchachas grandecillas acostumbra á llevar los niños pequeñitos; (2) y despues de haberle visto crecer y asistido á su matrimonio, respetada y venerada á cau-

(1) San Agustin nos ha dejado pocos detalles sobre la juventud y primeros años de su madre, pero felizmente la tradicion ha venido á suplir esta falta, dándonos á conocer un cierto número de hechos del mayor interés, que sirven para completar la fisonomía de Santa Mónica. Estos hechos son los mismos en todas partes: se encuentran consignados en antiguos documentos, y muy particularmente en las diferentes *Liturgias* de las órdenes que siguen la regla de San Agustin. Los Canónigos regulares, sea cual fuere su congregacion; los Ermitaños de San Agustin; los Servitas ó Siervos de María; los religiosos Premostratenses, los Hermanos Predicadores, todos conservan y celebran la memoria de estos hechos, con un acuerdo tal, que no es posible dudar de su autenticidad.

(2) *Quæ patrem ejus infantem portaverat, sicut dorso grandiuscularum puellarum parvuli portari solent.* (Cenfas. lib. IX, cap VIII).

sa de estos recuerdos, como tambien por su ancianidad y pureza de costumbres; habia pasado á ser la sirvienta, y mejor aun la segunda madre de sus hijos. Celosa, prudente, austera, un poco dura y regañona, pero íntimamente unida á su jóven pupila; verdadero tipo de esos antiguos sirvientes que el cristianismo empezaba á dar á conocer al mundo, y que no eran por cierto una de sus menos bellas creaciones, rodeada de la más activa vigilancia aquella cuna, que contenia tan grandes y gloriosos destinos.

Preservada así de todo peligro, y cultivada con exquisito esmero, jamás planta alguna se vió tan luego coronada de flores y de frutos como nuestra santa niña. Aun era pequeñita, y acechando el momento de que nadie la mirase, marchaba sola á la iglesia, (1) y allí, oculta en un rincon, en pié, con las manos juntas, y los ojos modestamente bajos, encontraba tanto encanto en conversar con Dios, que olvidaba el momento de volver á su casa. Cuando aparecia en ella tímida y medrosa, por el temor que la causára su tardanza y el haber salido sola, era severamente corregida, y aun castigada algunas veces; pero ni los golpes, ni las reconvencciones, pudieron arrancarla jamás una queja, ni mucho menos disminuir en nada, el afectuoso re-

(1) Dum adhuc puella esset, sæpe domo parentum se subtrahens, ad ecclesiam fugiebat. Ibi, aliquandiu in angulo permanens, virginales orationes ad Christum fundebat. (*Breviario de los Canónigos Regulares del Orden de San Agustín*), París, 1523; en 16.º caractéres góticos. *Ad prim. Noct. lect. 1.º*

conocimiento que profesaba á su aya (1).

Algunas veces tambien, estando en diversion con sus amigas y compañeras, desaparecia instantáneamente, y se la encontraba inmóvil y recogida, al pié de un árbol, olvidada del juego por la oracion. Levantábase amenudo por las noches con el mayor sigilo, arrodillábase en el suelo, y juntando sus manos, recitaba con un recogimiento y fervor impropios de sus años, las oraciones que su buena madre la habia enseñado. (2) Sin duda que Dios, al penetrar tan de lleno en su alma queria familiarizarla desde muy niña, con el divino arte de la oracion, que mas tarde habia de poseer tan maravillosamente; y enseñarla con anticipacion á manejar esta arma poderosa, con que habia de obtener tan grandes triunfos.

Despertábase al mismo tiempo en el corazon de Santa Mónica un grande amor á los pobres. (3) Muchas veces, estando en la mesa, ocultaba en su seno una parte del pan que se le daba, y procurando que no la viesen, corria á la puerta de la

(1) Dum autem domo tarde rediret, á bajula sua verberatur. Et totum ipsa puella patienter portabat. (*Coll.* 4 de mayo).

(2) Et frequenter in nocte de lecto surgens, flexis genibus, orationes, quas á matre sua, nomine Facundia, didicerat, Domino devote offerebat. (*Breviario de los Canónigos Regulares etc. Ad prim. noct. lect. II.*)

(3) Mirum in modum ab infantia secum crevit miseratio. Ita ut quasi naturali affectu pauperes diligeret. (*Dicho Breviario. Ad prim. Noct. lect. II.*)

casa en busca de algun pobre á quien socorrer. (1) Habia dos clases de pobres, los caminantes y los enfermos, á quienes esta piadosa niña miraba con especial predileccion. Siempre caritativa con ellos, cuando alguno se dirigia hácia el techo hospitalario de sus padres, le hacia sentar sobre un banco; aunque muy niña todavía, reclamaba para sí el honor de lavarle los piés, segun la costumbre antigua; y visitaba además á los pobres enfermos, prestando á todos aquellos servicios, que podia una niña de su edad y de corazon como el suyo. (2)

Observábanse al mismo tiempo en Santa Mónica, una dulzura y una paz encantadoras: cuando jugaba con sus compañeras, era bastante una palabra suya para apaciguar las pequeñas disputas. En su rostro, en su voz y en su porte, habia una serenidad tal, que sin querer se comunicaba aun á los mayores; trasmitiendo á todos su propia tranquilidad. (3)

A estos dones, que venian del cielo, y con los cuales Dios la preparaba desde luego, al honor de crear un Santo, uníanse otras virtudes, debidas á la austera vigilancia de su aya. «Usando, dice San Agustin, segun las circunstancias, de un prudente rigor para corregirla, y de una admirable prudencia para su instruccion, venia preparándola desde un principio, á la

(1) Sæpe panem de mensa in sinu collocabat, et de paterna domo fugiens, pauperibus tribuebat. (*Boll.* 4 mayo).

(2) Hospites et infirmos visitabat, pedes eorum semper lavabat, et eis, ut puella poterat, serviebat. (*Boll.* 4 mayo).

(3) Litigantes, ut erat mansuetissimi ingenii puella, reprehendebat. (*Breviario de los Ermitaños etc.* Un tomo en 12.º, 1475, edic. góticas.)

»práctica de las mas sublimes virtudes. Fuera de las
»horas de su modesta comida, que hacía la niña en
»la mesa de sus padres, no la permitia beber ni
»una gota de agua, por mucha sed que tuviera, á fin
»de habituarla á la sobriedad, formar en ella un alma
»fuerte, y dotarla del espíritu de abnegacion; sin
»cuyas virtudes no es posible que la mujer sea ni
»cristiana, ni esposa, ni madre, ni Santa.» «Asi es,
»Dios mio, como vos la formásteis, esclama San Agus-
»tin, sin que ni su padre, ni su madre llegaran á sos-
»pechar nunca, lo que habia de ser con el tiempo.
»Pero vos habias ya preparado para su niñez una casa
»fiel, de las mejor arregladas de vuestra Iglesia; y en
»ella bajo la direccion de vuestro unigénito Hijo, iba
»poco á poco creciendo en este Santo amor de Dios,
»que es el principio de la sabiduría (1).»

En medio de estos dulces resplandores de na-
ciente virtud, vióse, sin embargo, aparecer en San-
ta Mónica, no precisamente una mancha, pero sí
una de esas ligeras sombras, que Dios permite á
veces, para hacer que sus Santos sean mas vigilan-
tes, y mas humildes. Habíase encargado á esta pia-
dosa niña, segun se acostumbra, cuando se quiere
que las jóvenes de cierta edad vayan iniciándose en
el gobierno doméstico, de ir todos los dias á la des-
pensa, en busca del vino necesario para la mesa.
«Acontecia algunas veces, nos dice San Agustin,
»que despues de haber llenado el vaso, y antes de
»verterle en el frasco, la niña le aproximaba á sus
»lábios; no precisamente por aficion al vino, puesto
»que hasta la causaba cierta repugnancia, sino mas

(1) Confesiones, lib. IX, cap. VIII.

»bien por esa travesura y propension de la juven-
»tud á hacer precisamente lo que le está prohibi-
»do; travesura, y propension, que desaparece bien
»pronto bajo el peso de la autoridad paterna. Mas
»como al despreciar las pequeñas faltas, se cae poco
»á poco en otras mayores, aconteció que añadiendo
»cada dia gota á gota, concluyó por beber una
»copa casi llena.» ¿Dónde estaba entónces su anti-
gua é inteligente directora? ¿Qué habia sido de sus
austeras prohibiciones? ¿Cómo remediar un mal que
tan cuidadosamente se ocultaba, si Vos, Señor, no
vigilarais sobre nosotros? En ausencia de sus pa-
dres, Vos que siempre estais presente, y que salvais
las almas aun por la mano misma de los malva-
dos ¿qué hicisteis, ó Dios mio? por qué medios la
curásteis? Bajaba siempre á la bodega con Santa
Mónica una de las sirvientas de la casa, siendo por
consiguiente testigo complaciente de su falta; y de
ella fué de quien Dios se valió como de un invisible
acero, para cortar de raiz esta gangrena, haciendo
salir de sus lábios un sarcasmo frio y penetrante.
Cierta dia que las dos estaban solas, disputando como
suelen la sirvienta y señorita, echóla aquella en
cara su defecto, y sin intentar corregirla, y si solo
sonrojarla llamóla con insultante desprecio «bebe-
dora de vino puro.» Este ataque tan directo hizo
avergonzar á Mónica, que reconociendo la feal-
dad de su falta, se condenó á sí misma severamente,
y corrigióse de una vez para siempre (1).» Dícese
tambien que entónces tomó la resolucion de no be-
ber mas que agua; pero de cualquier modo, esta

(1) Confes. lib. IX, cap. VIII.

falta tuvo para la piadosa jóven las mas felices consecuencias, como sucede casi siempre en la vida de los Santos: hizo brotar de sus ojos las primeras lágrimas de arrepentimiento; inspiróle deseo de mortificarse; hízola humilde y desconfiada de sí misma, y, sin que de ello se apercibiese, la preparó de antemano á rodear de la mas tierna y activa vigilancia, la cuna que un dia habia de confiársela. Mientras esto sucedia, por los años 348 ó 349, fué testigo Mónica de un acontecimiento, que llenándola de profunda alegría, acabó de madurar los frutos de su bella juventud. Como hemos dicho ya anteriormente, la Ciudad de Thagaste se habia dejado arrastrar por los errores y cisma de Donato, y hacia veinte años, que esta heregía violenta venia siendo origen de continuas luchas. En la época á que nos referimos, estas habian llegado á ser tan graves y tan continuas en todas las ciudades de Africa; y ocasionaban tantos robos y aun asesinatos, que los Emperadores, tuvieron que intervenir para cortarlos; y en su virtud Constantino promulgó una ley prohibiendo la profesion pública de esta heregía. Gran número de ciudades, y en particular Thagaste, volvieron al culto de la fé católica, pero esta lo hizo con un entusiasmo tan vivo, tan unánime y tan sincero, que quedó evidenciado, que solo el temor de las violencias la habia mantenido en el cisma. Pocos años despues, segun el dicho de San Alipo, en vano se habria buscado en Africa una ciudad mas dichosa, mas unida y mas obediente á la Iglesia Romana (1).

(1) August. *Ep.* 48. Labbe, *Conc.*, t.º 11, cap. CXXXVI.

Cuando se realizó este dichoso acontecimiento, gracias al cual, Thagaste, ciudad natal de nuestra heroína, oprimida hasta entónces por un partido fanático, y privada de su libertad, pudo volver al cristianismo, Santa Mónica llegaría á la edad de diez y seis años. Es indudable que, al asistir y presenciar este nuevo abrazo de la Iglesia y de su patria, debió entusiasmarse y hasta conmoverse profundamente; y si, como algunos han creído, la libertad religiosa de Thagaste coincidió con otro hecho no menos glorioso para Santa Mónica, el de su bautismo y su primera comunión, debió causar en su alma una de esas poderosas emociones, que forman época en la vida, y de que no es posible olvidarse.

A la vez que Santa Mónica crecía en años desarrollábanse también sus dotes naturales. De recto criterio, y de elevado y penetrante ingenio, ha merecido los elogios mas entusiastas del único capaz de juzgarla, y de quien puede decirse con certeza que, no obstante ser su madre, jamás la habría ensalzado, á costa de la verdad. San Agustin afirma en muchas ocasiones, que Santa Mónica tenia una gran penetracion; y en efecto, mas tarde vémosla tomar parte en las mas importantes cuestiones, tanto filosóficas como religiosas; y á su lado San Agustin y sus amigos, que la rodean «creyendo, dice este, escuchar las doctrinas de un hombre de gran talento.» Desde luego empezó á manifestarse en ella un profundo y raro ingenio, sintiendo al mismo tiempo sed insaciable de saber. Era todavía pequeñita, cuando dejaba sus juegos y compañeras, para seguir atentamente las conversaciones de los mayores; sobre to-

do, si eran personas instruidas, y dignas de consideracion. Veíasela pasar horas enteras á los piés de su abuela, mujer venerable por su edad y su fé, y contemporánea de los mártires, cuyas conmovedoras historias entusiasmaban á la piadosa jóven (1).

A estos dones de inteligencia con que Dios la habia dotado, para que ejerciese sobre Agustin toda clase de influencias, unia Mónica otros dones, todavia mas excelentes; una dulzura indecible, con una rara constancia, y una paz que no se agotaba nunca; un carácter firme á la vez que intrépido, y un corazon siempre tierno, y sin embargo lleno de energía en el amor y en la accion. Era una de esas naturalezas privilegiadas, de las que se ven muy pocas, y en que se juntan las mas raras armonías con los mas sorprendentes contrastes.

En cuanto á los dones exteriores, á cuya investigacion conduce naturalmente el órden de esta historia, aun tratándose de una Santa, nos es mucho mas difícil satisfacer por completo la legítima curiosidad de nuestros lectores. Parece, sin embargo, que era bastante alta y singularmente agraciada. Al menos cuando se hallaba en la edad de 18 á 20 años, la fé, la piedad, la modestia, el amor

(1) Inerat quoque in ea quedam insatiabilis adiscendi cupiditas.... Et propterea jugiter satagebat aliquid preclarum aut audire, aut adiscere. Et idcirco quam maxime aviam suam christianissiman, pro modulo suæ capacitatis, sequebatur, eidemque adhærebat. (*De plurimis claris mulieribus* á Fr. Jacobo Philippo Bergomensi, Ordinis Heremitarum Divi Augustini. 1. vol. in folio, 1493, edicion gótica.)

de Dios y del prógimo, brillaban en ella de tal modo, que el autor de uno de los mas antiguos monumentos, referentes á la historia de Santa Mónica, se declara impotente para hacer su retrato. Y esto se concibe, porque de la belleza de los Santos hay que decir con la Sagrada Escritura, refiriéndose á la tranquilidad en que viven. «*Exuperat omnem sensum*» que es una hermosura de orden especial y superior á toda idea. La belleza de los justos, es semejante á la de los templos, porque eleva el alma á Dios.

La mas natural modestia venía tambien á aumentar su encanto. Los padres, orgullosos de su hija, como lo son generalmente todos, aun los mas cristianos, no pensaban mas que en realzar su belleza, al paso que esta rechazaba con una dulce firmeza los preciosos y perfumados tisús, de que deseaban verla adornada. (1) Santa Mónica habia aprendido de los grandes doctores del Africa, Tertuliano y San Cipriano, cuánto valen la sencillez y la modestia; como igualmente, cuán difícil es conservar un corazon mortificado y dispuesto siempre al sacrificio, bajo esos lujosos trajes; y por lo tanto, prefería á los adornos preciosos la sencilla túnica blanca, sin franjas ni bordados, que llevaban entonces las jóvenes cristianas, segun se ven representadas en las pinturas antiguas de las Catacumbas.

Así pasó la primera infancia de Santa Mónica;

(1) Cum autem parentes ejus, more secularium, vestibus delicatis eam ornare voluissent, ipsa contristata respuebat (*Boll.* 4. mayo.)

bella aurora que anuncia un día todavía mas bello. Cuando de la adolescencia salía, y entraba ya en la edad de la juventud, fué solicitada para contraer matrimonio. Sus padres accedieron á esta demanda, y por un incomprensible designio de la Providencia divina, esta jóven vírgen, que hubiera acaso preferido seguir las huellas de las Ineses y las Águedas, esta Santa y amable niña que, aun permaneciendo en el mundo, parecia destinada á bodas mas dichosas, fué concedida á un hombre que, al parecer, era el menos digno de aspirar al honor de semejante enlace.

Patricio, á quien nos es indispensable empezar á conocer, puesto que fué el escogido para esposo de Santa Mónica, habia nacido en Thagaste; y aun cuando ningun crítico ha llegado á disipar las espesas sombras, que ocultan su origen y su cuna, es probable que perteneciese á una antigua y noble familia, quizás mas noble aún que la de su prometida; esto al menos han conjeturado los antiguos, no hallando otro medio de explicar semejante matrimonio. En efecto, Patricio tenia pocos bienes, (1) y la posicion que ocupaba en Thagaste era menos elevada que lo que han creido algunos historiadores, puesto que solo era curial; es decir, del número de los magistrados que administraban la Ciudad. Pero entonces este cargo era obligatorio para todo el que poseía veintiseis fanegas de tierra; y si siempre en las pequeñas poblaciones habia sido de escasa importancia, en

(1) (*Confesiones*, lib. II, cap. III.)

Thagaste habia llegado á ser de tal modo oneroso, á causa de una ley que obligaba á los curiales á recaudar los impuestos á su costa y riesgo, y á completarlos de su propio peculio, que todos á porfía huian de honores tan tremendos, en una poblacion que no podia ya pagar mas, y en presencia de un fisco hambriento que no queria oír sus quejas. (1) Arruinado, pues, ó en vísperas de arruinarse, como casi todos los curiales de aquel tiempo, pero noble y de antigua raza; tal parece haber sido la posicion de Patricio.

Respecto á sus cualidades personales, San Agustín asegura que tenia el corazón mas grande, que la fortuna, y así lo dió á conocer en adelante; (2) pero estas cualidades, que poco á poco, veremos desarrollarse bajo la mano delicada del ángel que Dios le habia dado por compañera, no solo se habian disminuido por entonces en su alma, hasta el punto de que era difícil percibir las, sino que se hallaban oprimidas y como sofocadas, por las mas tristes y vergonzosas pasiones. Patricio, ante todo, era pagano; lo cual en pleno siglo iv, á la raíz del

(1) Posidio afirma en su *Vida de San Agustín*, que Patricio era Curial ó decurion, lo cual quiere decir que era del número de los magistrados, que en las colonias y en los municipios, administraban la Ciudad. Formaban para ello una especie de consejo municipal, *curia decurionum*, y sus decretos los recuerdan las inscripciones con los signos D. D. *Decretum Decurionum*. Para aspirar á la Curia era preciso tener 25 años y poseer en propiedad mas de 25 fanegas de tierra.

(2) Confesiones, lib. ix, cap. ix.

Concilio de Nicea, y en el momento mismo en que brillaban los Atanasios, los Pablos y los Antonios, indicaba bien claramente, ó una deplorable indiferencia respecto á las cuestiones mas importantes de la vida, ó una extraña ceguedad, causada acaso por secretas pasiones. Y en efecto, de todo habia en el alma de Patricio: su indiferentismo religioso era tal, que diez y ocho años de union con una santa, apenas lograron conmovele; le eran tan indiferentes el vicio y la virtud, que por satisfacer la soberbia, expuso mil veces á su hijo al peligro de corromperse; uniendo á todas estas un carácter tan violento, que dificilmente podría formarse hoy una idea aproximada. Veíanse todos los dias en el rostro de las jóvenes casadas, parientas ó amigas de Santa Mónica, marcas de los brutales tratamientos de sus maridos, y apenas esto llamaba la atencion: tan acostumbrada estaba á estos proceder indignos aquella bárbara sociedad de africanos, que el cristianismo no habia tenido aún tiempo de trasformar; (1) y sin embargo, todos temblaron cuando se supo que Mónica iba á casarse con Patricio, porque tenia la reputacion de ser mas violento y brutal que ningun otro.

Pero, aun mas todavía: para ser marido digno de Santa Mónica, y para hacerla feliz y ser él dichoso con ella, érale necesario conocer ese Santo amor que llenaba su corazon; esa reserva, esa modestia, esa delicadeza, ese respeto mútuo, y todas las excelencias en fin, que constituyen el ho-

(1) Confesiones, lib, ix, cap. ix.

nor, el encanto y la santidad del matrimonio. Mas ay! que esto era imposible; porque Patricio habia llevado hasta entonces una vida deshonrada por sus vergonzosas debilidades, en las cuales le veremos reincidir casi al dia siguiente de sus bodas. Y por si esto no bastára para poner de manifesto tan triste situacion, diremos que mientras Mónica no habia cumplido veintidos años, Patricio contaba mas del doble; y habremos de convenir por consiguiente en que esta diferencia de edades, á la vez que de espíritu, de corazon, de carácter, de gustos y, sobre todo, de principios, no dejaban lugar á esos sueños de felicidad tan propios en casos semejantes; antes bien todo presagiaba inevitables tristezas, grandísima soledad de espíritu y de corazon, y como consecuencia de esto, muchos peligros, y acaso muchas faltas; al menos que, para sobrellevar noblemente estas tristezas, para evitar estas faltas, y acaso, ¿quién sabe? para trasfigurar y disipar estas sombras, nuestra jóven desposada supiese elevarse á la virtud más heroica. Al consignar y al reflexionar sobre estos hechos, preguntámonos instintivamente, cómo es que los padres de Santa Mónica pudieron decidirse á aceptar un enlace semejante; porque al fin la vida tiene cargas bastante pesadas, sin que voluntariamente se aumenten; y la naturaleza humana es de suyo demasiado frágil, para llegar hasta el heroismo. Por otra parte, puesto que eran cristianos y hasta piadosos, ¿ignoraban acaso lo que es el matrimonio? ¿cuán penosa es su cadena cuando une á dos seres que no han sido hechos el uno para el otro? y por último, ¿qué el asociar una jóven piadosa con un libertino

é indiferente, es tanto como coronarla de rosas amariguísimas, y condenarla, jóven todavía, á un martirio sin fin? Los antiguos usaban uno muy parecido á este: ataban el hombre vivo á un cadáver, y los encerraban así unidos en una habitacion.

Si los padres de nuestra Santa hubiesen pensado en estas cosas, que la fé, y, á falta de esta, la razon, la experiencia ó por lo menos el corazon debieran enseñarles, se habrian estremecido y tal vez retrocedido en su empeño; pero no hay circunstancias, en que los padres, aun los mas cristianos, se dejen cegar y deslumbrar tanto, como cuando tratan de casar á sus hijos. Patricio era pagano, indiferente y sin principios religiosos; pero Mónica le convertiria. Era violento, y colérico; pero tenia buen corazon: en su proceder era ligero; pero la juventud y el fuego de las pasiones habian pasado; y como por otra parte descendia de buena raza, y de una antigua familia, mostrándose leal, probo y honrado, ¿qué más se necesitaba? Hé aquí como se decide un matrimonio, ó mejor dicho, como se condena á la mas digna jóven á una vida de lágrimas, tanto mas dolorosa, cuanto que se verá precisada á verterlas en secreto.

En cuanto á Mónica, posible es que ignorase muchas de estas cosas, nada satisfactorias; creyó á su madre y descansó en el juicio de su padre; y como la mayor parte de las jóvenes piadosas y buenas hijas, al unir su mano con la de Patricio, mas que otra cosa realizó al pié del altar santo, un acto de obediencia filial.

Sin embargo, hay autores que dicen que Santa Mónica experimentó repugnancia á este matri-

monio; que hizo á sus padres humildes y respetuosas observaciones (1); y que obligada á ceder, ya que Dios tenia dispuesto que á fuerza de amarguísimas pruebas, llegára al honor de ser la madre de San Agustin, se consoló pensando en el bien que podria hacer á la pobre alma del que iba á ser su esposo; y casándose se sacrificó heroicamente. No consta de cierto nada de esto, pero sí, que despues de haber orado mucho, y recibido en cambio, porque nunca se oró en vano, tesoros de fé y de generosidad, ignorando su suerte ó resignada con ella, compareció ante el altar con tal brillo de virtud, que enterneció á cuantos estaban presentes.

»Oh! esclama un antiguo escritor al hablar de Santa Mónica, ¡Quién sería capaz de expresar como se presentó esta Santa jóven al pié del altar, para pronunciar los sagrados juramentos que iban á ligarla por toda su vida! Qué santo pudor, qué belleza de alma aparecerian en su rostro! qué incomparable modestia!» Pero estas cosas no es posible decirlas sin haberlas presenciado (2).

(1) *Monicam nobili viro, de número curialium sed gentili, licet plurimum renitentem parentibus, tamem non obsistentem, in conjugem tradiderunt. (Breviario de los Cánónigos Regulares de San Agustin, 1.^o noct.^o, lec. 1.^a)*

(2) *Bollandos, 4 de mayo.*

CAPÍTULO SEGUNDO.

INTERIOR DE UNA FAMILIA PAGANA.

DULZURA Y PACIENCIA DE SANTA MÓNICA.

DIOS LA CONSUELA HACIÉNDOLA MADRE TRES VECES.

PRINCIPIO DE LA EDUCACION

..... DE AGUSTIN.

... AÑOS 355 AL 369.

Nada mas triste que la primera temporada de una union inconveniente; cada dia se desvanece un ensueño; y las ilusiones desaparecen una á una como las hojas de los árboles en dia de otoño. Se descubre la desigualdad y oposicion de carácter, las diferencias en el modo de ver las cosas, y viene, por último, la dura realidad; y si la fé y el amor de Dios no nos ayudáran, caeríamos en la postracion, nos dominaria el desaliento y desaparecería toda esperanza.

Santa Mónica que hasta entonces habia vivido en medio de la paz de un hogar cristiano, no sospechaba, ni podia sospechar, lo que eran las interioridades de una familia, donde Dios no preside, y donde las pasiones desencadenadas convierten la vida en tempestad continua. Su madre política vivia aun, y como si todo se conjurára para hacer mas penosa la posicion de Mónica, las circunstancias iban á obli-

garla á vivir en su compañía. Pagana aquella, como su hijo Patricio, semejábasele tambien por su génio y por su carácter. Era una mujer imperiosa, violenta á la par que astuta, y para que nada la faltase, era además zelosa, como acostumbran las suegras. Los criados eran dignos de tales amos: no pudiendo herirla de otro modo, motejaban á su jóven señora; y bien pronto veremos, que para complacer á la suegra, calumniaban bajamente á la nuera. Si, aun contando ciertamente con el apoyo de su esposo amante, seria esta posicion cruelísima para una jóven de veinte y dos años, ¿cuánto más lo sería para Mónica, que diariamente descubria los mil abismos que la separaban de Patricio? Este no comprendia la vida de su Santa compañera. Sus oraciones le causaban hastío; sus limosnas le parecian excesivas, y juzgaba una extravagancia el que su esposa visitára los pobres y los enfermos, y tratase con amor á los esclavos. A cada paso encontraba nuestra Santa en su camino las mil trabas descritas por Tertuliano, que una mujer cristiana, hallará siempre en la compañía del marido que no participa de su misma fé. ¿Cómo, decia en otro tiempo este gran observador, podrá servir á Dios una mujer cristiana, teniendo á su lado un hombre que no le adora? Si debe asistir al templo, él la citará para el baño antes de la hora acostumbrada: si debe ayunar, dispondrá un festin para el mismo dia; y si piensa salir de casa, jamás los criados habrán estado más ocupados. ¿Permitirá este marido que su mujer vaya de calle en calle, visitando las tristes moradas de sus pobres hermanos, que viven en la miseria? ¿Llevará á bien que se levante

para asistir por la noche á las solemnidades de la Pascua? ¿La tolerará acercarse á la mesa Santa, que tanto desacreditan los paganos? ¿Encontrará plausible el que su mujer penetre en las prisiones, para besar las cadenas de los mártires y para lavar los piés á los santos? Si fuere necesario dar alguna cosa á los extrangeros y caminantes, el granero y la cueva todo estará cerrado! (1)

Esta era la vida de Santa Mónica, ó mejor dicho, su martirio de cada dia. Sin duda que se habria resignado á todo, si la pureza de su corazon no hubiese hallado en ello peligro alguno; pero, ay! continúa Tertuliano; ¿acaso la mujer cristiana dejará de ser estimulada por su marido pagano á complacencias paganas? no exigirá de ella un primor, unos adornos, un cuidado de su cuerpo, y un género de amor que Dios no aprueba? (2)

Mónica experimentó estas cosas desde los primeros dias, y aunque jóven aún, y sobremanera inocente, conoció al instante, y no sin admiracion, cuantas debilidades se albergan en el corazon del hombre, que no ha sido tocado todavía de la gracia de Jesucristo. Pero esta perspectiva no debilitó sus fuerzas; lejos de aba-

(1) Ut si statio facienda est, maritus de die condicat ad balneas: Si jejunia observanda sunt, maritus eadem die convivium exerceat. Si procedendum erit, nunquam magis familiarie occupatio adveniat. Quis denique in solénnibus Paschæ abnoctantem securus sustinebit? Quis in carcerem ad osculanda vincula martyris reptare patietur? aquam sanctorum pedibus offerre, etc. (Tertulano *Ad uxorem*. lib. II. cap. IV.)

(2) Tertuliano *Ad uxorem* lib. II cap. IV.

tirse, como suelen por lo comun tantas cristianas; y en lugar de alejarse del techo conyugal, como acababa de hacerlo Fabiola, (noble romana, que habia casado con un insoportable pagano, harto parecido á Patricio,) levantando su corazon á regiones mas elevadas, comprendió que Dios no la habia enviado aquella pobre alma para que la abandonase, sino que al contrario se la habia confiado para que procurase su curacion, la convirtiera y la iluminara. ¿Para qué, en efecto, el matrimonio con su dignidad, sus gracias y sus estrechos lazos, sinó es para la iluminacion recíproca de las almas de ambos esposos? ¿Para qué el amor natural cuando Dios le dá, y el sobrenatural que no niega nunca, y debe perfeccionar y transformar el primero, sinó para que sirva de luz? Sí. Que aquel que vive en la luz illustre al que está en las tinieblas! Que el fuerte ayude, como dice el Apóstol, al que está enfermo en la fé! Que el muerto sea resucitado por el que tiene vida! Y si para llenar estos deberes fuera preciso sufrir, padecer, verter lágrimas y dar hasta su sangre, oh! ¡y qué bello martirio para la cristiana que sepa entregarse á él generosamente!

San Agustin, que nos revela este gran pensamiento de su madre, le expresa mejor todavía, exponiendo á la vez clarísimamente el método de que ella se sirvió, para triunfar en tan difícil empresa. «Criada, dice el Santo, en la modestia y en la discrecion, sumisa á Dios y á los padres, desde el momento que contrajo matrimonio, obedeció y respetó siempre á su esposo; y como deseaba ardientemente conquistárselo, oh Dios mio, se esforzaba para que en sus propias costumbres tuviese una revelacion tan sensible, que

»le aproximara á Vos. (1) Es decir, que lejos de valerse de la palabra, de la discusion, ni menos de las reconvençiones, para ganar el corazon de su marido, y hacer que viniese á Dios; y en lugar de predicar la virtud, empezó por practicarla ella misma. Procuraba ser amable, humilde, paciente y completamente consagrada á su esposo; segura de que si en lugar de mostrarle siempre la verdad en sus labios, lo cual, por cierto, no era difícil; conseguia ponérsela de manifiesto con el ejemplo de su propia vida, llegaría un momento en que Patricio no podría resistirse á ella, y cambiaria por completo á la vista de una luz tan suave, tan discreta y tan verdadera. Pero como para realizar esta manifestacion de la verdad por la virtud, se necesitaba algun tiempo y no poco heroismo, Mónica buscaba lo uno y lo otro; y aún cuando conocia las debilidades y mala correspondencia de su marido, nunca le decia ni una sola palabra áspera y desabrida; y todo lo sufría en silencio. (2) Mónica lloraba en ausencia de su esposo; pero como sabia que era una locura exigir á quien no ama á Dios, que ame con fidelidad á las criaturas, contentábase con pedir ardientemente para su débil marido la fé y el amor divino, únicos medios de hacer castos á los hombres. (3)

(1) Sategit eum lucrari tibi, loquens de te illi moribus suis, quibus eam pulchram faciebas et reverenter amabilem atque mirabilem viro. (*Confes.* lib. IX, cap. IX.)

(2) Ita autem toleravit cubilis injurias, ut nullam de hac re cum marito haberet unquam simultatem (*Confes.* lib. IX, cap. IX.)

(3) Expectabat enim misericordiam tuam super eum, ut in te credens castificaretur. (*Confes.* lib. IX, cap. IX.)

Cuando Patricio se dejaba dominar de su carácter soberbio, Mónica guardaba el mismo silencio, mostrando siempre dulzura, humildad, discrecion, y verdadero amor; porque, á la verdad, ¿qué puede decirse á un hombre que no sabe dominarse? Aguardaba á que se le pasara el furor, y entonces, cuando Patricio habia recobrado la razon, aprovechando esos momentos de ternura en que los hombres violentos, pero afectuosos, procuran hacer olvidar sus desarreglos, á los que de ellos fueron víctimas, con gran confianza y no menor delicadeza, y á solas con él, entraba en explicaciones, y aun le hacia alguna reconvencion llena de ternura, que casi siempre era bien recibida (1).

Esta misma destreza y este secreto del silencio y de la abnegacion aconsejaba Mónica á todas sus amigas. Cuando estas venian á quejarse, con el rostro acardenalado, y ultrajadas por las violencias de sus jóvenes esposos: «cuando tal os suceda, les decia con particular agrado, procurad contener vuestra lengua» es decir, guardad silencio.

Y á la verdad que en esto tenia razon, porque á pesar de que su marido era más violento que ningun otro, jamás se permitió castigarla; llegó sí á amenazarla algunas veces en sus excesos de cólera, pero nunca pasó de aquí; porque Mónica supo contenerle siempre con la dulzura de sus mira-

(1) Noverat hæc non resistere irato viro, non tantum factò, sed ne verbo quidem. Jam vero refracto et quieto, cum opportunum videret, rationem facti sui reddebat. (*Confes.* lib. IX, cap. IX.)

das (1). Y no solamente contenerle, lo cual era en Thagaste motivo de admiracion para cuantos habian conocido á Patricio antes de sus bodas; sinó que continuando este método, con la paciencia y fidelidad que se habia propuesto, llegó insensiblemente á adquirir á los ojos de su marido, una belleza especial, y desconocida para él. Cayendo suavemente, pero de continuo sobre el alma de Patricio, esta dulzura, esta delicadeza, y esas mil pequeñas gotas de adhesion y de sacrificio, llegaron, sin que apenas él se apercibiera, á abrir en su alma un surco cuya profundidad no pudo conocer hasta mas tarde. Su amor, porque en medio de las violencias y debilidades él amaba á Mónica, se transformaba insensiblemente, é iba ganando en elevacion y nobleza, apareciendo mezclado con un principio de respeto, de que jamás Patricio habia tenido idea. «Mónica le parecia cada dia mas bella, dice San Agustin, »y esta belleza, que provenia de su virtud, empezaba ya á ganarla el amor respetuoso, y hasta »la admiracion de su marido» (2).

En medio de estas tristezas, y de estas aun bien vagas y lejanas esperanzas; queriendo Dios consolar á Mónica, unirla más y más á Patricio apesar de sus infidelidades, y hacerla tam-

(1) Cumque mirarentur illæ scientes quam ferocem conjugem sustineret, numquam fuisse auditum, aut aliquo indicio claruisse, quod Patricius ceciderit uxorem. (*Confes.* lib. IX, cap. IX).

(2) Pulchram et reverenter amabilem atque mirabilem viro. (*Confes.* lib. IX, cap. IX.)

bien más soportable, y hasta querido, este hogar en donde tanto habia de sufrir; permitióla gustar por primera vez la mayor felicidad que acaso haya en la tierra, despues de la de consagrarse á Dios. Mónica fué Madre, y cuando aun estaba en la flor de su vida, vió sucesivamente colgarse de su cuello tres pequeños niños, que empezaban á hacerla menos amargas sus lágrimas.

El primero que recibió de las manos del Señor, fué este hijo para siempre célebre, bajo el nombre de San Agustin: dióle al mundo á la edad de veintidos años, el 13 de Noviembre del 334. Cuéntase, que durante su embarazo, tuvo revelacion de las maravillas de que su hijo sería un dia el instrumento, si sabia criarle para Dios; y hay que convenir en que leyendo con detenimiento las *Confesiones*, parece confirmada la idea de un presentimiento misterioso; al ménos, que la vehemencia del dolor y las fervorosas oraciones de Santa Mónica durante los estravíos de su hijo, la firmeza de su esperanza, y mas aún la seguridad que parece haber tenido toda su vida de la conversion de Agustin, no proviniesen de su gran fé en Dios y de su extraordinario amor al hijo; cosa á que yo me inclino de buen grado, y que supuesta, haría mas interesante y admirable á nuestra Santa.

El segundo hijo de Mónica se llamó Navigio; dulce y piadoso niño á quien no agitaron las tempestades que á su hermano, pero que tampoco tuvo sus pesares, ni sus sublimes arranques; y que sin elevarse á tanta altura como él en la virtud, dejó sin embargo en la Iglesia una memoria que,

aunque envuelta en el misterio, no carece de belleza. Navigio era instruido, pero tímido, silencioso y enfermizo; uno de esos seres sensibles que pasan su vida, mas ocupados de los otros que de sí mismos. Le veremos aparecer en esta historia dos ó tres veces, siempre al lado de Santa Mónica, á la que puede decirse que no abandonó jamás, y de la que fué siempre, pero muy especialmente durante los estravíos de su hermano Agustin, consolador afectuoso, fiel y constante guardian. Segun se cree, el jóven Patricio, sobrino de San Agustin y Subdiácono de Hipona, (1) era hijo suyo, é igualmente otras sobrinas del Santo Doctor, que muy jóvenes todavía, tomaron el velo de las esposas de Jesucristo. (2) Por esta parte, al menos, resulta que Santa Mónica tuvo poco que sufrir, y experimentó grandes consuelos.

No fueron Agustin y Navigio los únicos hijos que Mónica «concibió en su seno para la vida temporal, y en su corazon para la vida eterna, (3)» segun la magnífica expresion del primero. Tuvo tambien una hija, á la que, se cree, dió el nombre de Perpétua, la célebre mártir de Cartago, y que es hoy Santa muy popular en el Africa. Desgraciadamente esta niña, que ocupó el tercer lugar entre los hijos de Mónica, pasó mas desapercibida

(1) Sermon 336.

(2) Potsidius, XXVI.

(3) *Quae me parterrivit; et carne ut in hanc temporalem, et corde ut in aeternam lucem nascerer.* (Confess. lib. IX, cap. XIII.)

aún que su hermano Navigio; y difícilmente puede hallarse rasgo alguno de su fisonomía. Piadosa como su madre, llegó á contraer matrimonio; pero quedando bien pronto viuda, y al parecer sin hijos, vivió al lado de su hermano Agustin hasta el dia de su ordenacion; porque segun Posidio, á partir de este momento, no permitió que mujer alguna habitara en su casa, inclusa su misma hermana. Entónces se consagró ésta á Dios, abrazando la vida religiosa, en la que llegó á ser superiora de uno de los monasterios fundados por San Agustin; siendo tal el perfume de virtud que desde la cuna á la tumba exhala su vida, que el gran Doctor le dá constantemente el nombre de Santa. (1) Tanto á Perpétua como á Navigio se dá culto en Roma, así como en otros muchos lugares de la cristiandad, donde se les han erigido altares.

Tal es el aspecto que ofrece la familia de Santa Mónica. En vano el padre era pagano; en vano tambien la madre de este, los criados, las criadas, y todos en fin, parece que conspiraban á hacer imposible la educacion cristiana; los tres hijos de Santa Mónica subieron á los altares, como si por este medio se hubiese propuesto Dios, patentizar el poder de una madre cristiana, aún cuando se encuentre absolutamente sola, para educar á sus hijos; y cuanta es la felicidad de estos al ser concebidos en un corazon, do habita el amor de Dios, y en el que se albergan todas las virtudes.

(1) Cartas de S. Agustin. Carta 24.

Mónica, ya que no dichosa, habría tenido al menos algun consuelo, recibiendo de Dios esta pequeña familia, si un dolor mas amargo que cuantos hasta entonces conociera, no hubiese venido á acibarar sus alegrías, y á acabar de emponzoñar su existencia. Patricio se dejaba dominar cada vez más de sus vergonzosas debilidades: ni la hermosura del espíritu y corazón de su Santa esposa, ni el grande y tierno amor que esta le profesaba, ni el nacimiento sucesivo de sus tres hijos, habían sido bastante para encadenar esta alma ligera; y no obstante las lágrimas y ruegos de Mónica, Patricio empezaba á hacer alarde de sus desórdenes. ¿Cómo pintar lo que en semejantes casos sufre una mujer cristiana, una esposa, y una madre? Este es el martirio del alma, de que habla San Ambrosio; el cual, por mas que se realice en el secreto del hogar doméstico, no es por eso menos espantoso, ni menos desgarrador que cualquier otro martirio (1).

Pero nada pudo separar á nuestra Santa de la línea de conducta que se habia trazado á sí misma. Abandonada en la flor de su edad, y vendida por el padre de sus hijos, Mónica, que podria tener entonces veintisiete años escasos, y que despues de cuatro ó cinco de matrimonio, veía desvanecerse las esperanzas, en que se meciera desde los primeros días de sus bodas, lejos de abatirse, redobla, por decirlo así, su fervor y su confianza en Dios; y sin cambiar en nada sus costumbres de silencio, de dis-

(1) Sunt quædam, inter domesticos parietes, secreta martyria. (*Obras de San Ambrosio*, t. 2, pág. 497.)

crecion, de dulce y paciente esperanza respecto á su marido, antes bien perfeccionándolas, se consagró por completo al cuidado de la familia. Todas las madres aman á sus hijos; pero, ¿quién podrá expresar como los aman, las que no encuentran en el estado del matrimonio sino abandono y dolores? Y si el siglo, en que Dios las hace madres y á la vez desgraciadas, es un siglo pervertido; si al dar al mundo sus hijos, estas madres comprenden que van á depositarlos en un terreno insano y corruptor, tanto mas perjudicial á su inocencia, cuanto que no han de hallar en sus padres la necesaria proteccion, ¿quién podrá tampoco pintar su temor, é inquieta vigilancia? Tal es el espectáculo que vamos á presenciar en el curso de esta historia; y que sería mucho mas bello y mas interesante todavia, si un espeso velo no nos ocultára la juventud de los hermanos Navigio y Perpetua. Dejemos pues, aunque con disgusto, estos dos hijos de nuestra Santa, y concentremos toda nuestra atencion, sobre la cuna y primera infancia de Agustin.

¿Será menester decir, que para emprender la grande obra de la educacion de su hijo, no aguardó Mónica á que pudiese hablar? Ni aún esperó á que viniese al mundo; porque á la primera sospecha que concibió, de la felicidad que Dios la habia concedido, Mónica se recogió en sí misma; y como por los libros santos, que desde esta época no abandonó un momento, aprendiera que durante el largo período de nueve meses, en que su hijo y ella iban á disfrutar de una sola y misma vida, podia ya santificarle, y, por decirlo así, bautizarle en el amor

de Dios, redobló su vigilancia, su piedad y su pureza de corazón; á fin de que aquella pequeña alma, que iba á amoldarse á la suya, no recibiese sino impresiones santas. Inquieta también, y con razón, por la responsabilidad que acababa de contraer, levantó sus ojos al cielo; y temblando por no tener tal vez ni bastante luz, ni suficiente amor para tamaña empresa, empezó á ofrecer á Dios su hijo, con todo el ardor de que se sentía capaz. «Santa Mónica, dice »San Francisco de Sales, estando en cinta del gran »San Agustín, le dedicó, con repetidas ofertas, á la »religion cristiana y al servicio de la gloria de Dios, »según el mismo lo atestigua, diciendo «*que en el »seno de su madre habia empezado ya á sentir el gusto de la sal de Dios.*» (1)

Esta expresion tan interesante: »*ab utero matris meæ*, desde el seno de mi madre» se encuentra repetida en todas las páginas de las *Confesiones*. Si Agustín ha aprendido á amar á Jesucristo; si lleva en sí esas fibras, que vibran siempre por Dios y por la verdad; si aún en medio de sus extravíos, ha podido volver á encontrar esas chispas de honor que jamás llegan á extinguirse; si es natural en su corazón el horror á todo lo que degrada y envilece, así como á las cosas fugaces; todo esto, no deja de repetirse, lo adquirió ya desde el seno de su madre, *ab utero matris meæ*; como si, al espresarse así, quisiera hacernos comprender, cuanta habia sido, durante esos nueve meses, la hermosura, la elevacion, la grandeza, y la santidad de los pensamientos.

(1) *Introduccion á la Vida devota*, par. 3.^a cap. 38.

tos y aspiraciones de aquella, que le dió el ser. Apenas hubo nacido, le hizo Mónica conducir al templo; y como en aquella época no se acostumbraba bautizar á los niños inmediatamente despues de su nacimiento, segun se vé por la historia de Constantino, de Teodosio, de San Ambrosio, de San Martin, de Santa Eusebia, y de la de otras muchas, quiso su madre que, al menos, fuese inscripto en el número de los catecúmenos, es decir, en el de los que aspiraban al santo bautismo; é ínterin que Jesucristo tomaba completa posesion de esta alma, que despues de mancharse momentáneamente, habia de tornar á ser tan hermosa, grabóse la cruz sobre su frente; y se depositó la sal simbólica de la fé sobre sus lábios, que tan sublimes intérpretes de la misma, habian de ser algun dia. (1)

No era de temer que una madre, en quien concurrían tan relevantes cualidades, quisiese alimentar á su hijo de otra leche, que de la suya propia. Habria temido que una influencia desconocida, mundana, y acaso tambien culpable, viniese á contrariar el trabajo que ella emprendia, conociendo todas sus dificultades; y para evitar este peligro, se encargó por sí misma, de hacer gustar á su hijo, lo que él llama con belleza inimitable «las delicias de la leche maternal.» (2) Con esta leche hizo beber á su hijo el nombre y el amor de Jesucristo; y como en el seno de su ma-

(1) (*Confesiones*, lib. I, cap. XI.—*De la utilidad de creer*, cap. I.)

(2) *Consolationes lactis humani* (*Confes.* lib. I, cap. VI).

dre habia recibido ya una profunda impresion de fé, tuvo la felicidad de recibir tambien de esta misma madre, entre las caricias que le prodigaba en su cuna, una segunda impresion no menos misteriosa, y aun más profunda que la primera. ¡Felices los hijos que, naciendo de este modo para la vida celestial á la vez que para la terrestre, al despertar en este mundo, leen en los ojos de su madre, la fé, la pureza, el honor y la virtud, que han de comunicarles!

Esta primera felicidad de su infancia, nos la describe San Agustin de una manera, que encanta. «¿De dónde he venido yo, ó Dios mio, á esta »vida, que no sé si la llame vida mortal, ó muerte »vital? Lo ignoro. Lo que sé, segun me han enseñado mis padres, es que al entrar en ella, fui »recibido entre los brazos de vuestra ternura, y »que en su corazon he reposado un instante.» Despues de tan delicada palabra, continúa diciendole: «Recibí en seguida una segunda gracia, que »fué gustar la dulzura de la leche de mi madre. Bendito seais, Dios mio, por este beneficio; porque no era mi madre la que por sí llenaba sus pechos, erais Vos, quien por su medicion me alimentabais. Vos me haciais desearla á »medida que la necesitaba, y Vos tambien inclinabais á mi madre á satisfacer mi deseo. El amor »la inducía á comunicarme sin medida, lo que á »la vez recibia de Vos tambien sin medida; y por »una ley admirable, al hacerme á mí dichoso »ella lo era tambien.... Y en esta leche, que yo »bebía con tanta delicia, mi corazon, todavía mas

»dichoso, bebía amorosamente el nombre de Jesucristo... Esto es lo que yo he sabido despues; »porque entonces ingrato, ¿qué sabía yo? gustar »la leche, saborear el placer, llorar cuando sufría; »y nada más.» (1)

Por grandes y delicados que fuesen estos primeros cuidados de Santa Mónica para con su hijo, no eran sinó el prelude de la grande obra, de que ella se sentía encargada por Dios. Lo primero y mas urgente era formar la conciencia de Agustín. Muy pronto iba á sonar la hora, en que de los cuidados de la madre, debia pasar á ver los ejemplos de su padre; y en que desde el corazon y seno de Mónica, habia de caer en una sociedad hondamente corrompida y hábilmente corruptora; la cual, con seguridad, no atravesaría sano y salvo, de no tener su alma totalmente empapada en la virtud.

Para lograr esto, Mónica exponía sin cesar á la vista de su hijo los grandes principios de la fé, y las vivas y puras luces del Evangelio (2); pero muy especialmente, como un tesoro que ella habia recibido de sus padres, procuraba trasmitirle el desprecio hácia las cosas de la tierra, y el desapego de todo lo que es finito, limitado y perecedero. Mostrábale sin cesar el cielo, y se aplicaba con particular esmero á abrir en su corazon un abismo tan profundo, que nada terreno pudiera cegar. Sabido es, si esta madre llegó á

(1) *Confes.* lib. I, cap. VI.—Lib. III, cap. IV.

(2) *Confes.* lib. I, cap. XI.

conseguir sus deseos. Ese espíritu tan delicado que de todo se desencanta; esas inquietudes tan profundas, y tan melancólicas que, aun humanamente hablando, forman la conmovedora hermosura del alma de Agustín; y esos gritos sublimes: «Vos nos habeis hecho para Vos, ó Dios »mio, y nuestro corazon vivirá siempre agitado, »hasta que repose en Vos,» todo esto, absolutamente todo, lo ha bebido San Agustín de los lábios, y en las primeras instrucciones de su madre.

A esta enseñanza que, repetida continuamente, debia penetrar en lo mas hondo del corazon de su hijo, Mónica añadía otra segunda, que tendia á infundir en él la sensibilidad y la ternura. Háblábale sin cesar del amor de Dios, del pesebre á donde habia descendido, haciéndose por nosotros pobre y esclavo; y de la cruz á donde, todo ensangrentado, habia subido á fin de darnos la medida de su amor (1). Imagínese una enseñanza semejante, cayendo de los lábios conmovidos de una Santa, en corazon tan tierno y tan amante como el de Agustín! La impresion fué tan profunda, que jamás, ni aun en medio de los errores y de las pasiones de la juventud, pudo Agustín olvidar la radiante, y conmovedora figura de Nuestro Señor Jesucristo, «que descendió y se hu-

(1) Audieram enim ego adhuc puer de vita æterna nobis promissa per humilitatem Domini Dei nostri descendentis ad superbiam nostram. (*Confes.* lib. I, cap. XI): He aquí la pauta de las primeras enseñanzas de Santa Mónica á su hijo.

»milló hasta nuestro orgullo»; bastaba, como vamos á verlo, que no hallase en un libro el nombre de Jesucristo, para que, por bueno que fuese, lo rechazára con disgusto (1).

Al mismo tiempo que hacia todo esto, esforzabase Mónica en inspirar á su hijo el horror al mal, y el aborrecimiento de todo lo que mancha el corazon, y le degrada; dando, de esta manera, la última mano á su obra. Con esa abnegacion de las madres, que no temen humillarse para preservar á sus hijos del pecado, le confesaba hasta sus propias faltas. Contábale minuciosamente, y cual ya sabemos, el peligro que habia corrido, siendo niña, en la despensa de sus padres; la copa que aplicaba á sus lábios, cuando bajaba en busca del vino para la mesa; las reconvenciones de la criada que la acompañaba; el duro epíteto con que le arrojó al rostro su falta, y en fin, toda esta humillante historia, con los mas insignificantes detalles; contemplándose dichosa, si por este medio acababa de formar la conciencia de su hijo, inspirándole temor de los menores peligros, y horror á las mas ligeras faltas.

Hablando así con él, teniéndole sobre sus rodillas, y ocupándose alternativamente y segun la ocasion, de la vanidad de las cosas de la tierra, del amor infinito de Dios, de la fealdad del vicio, y del horror al mal, Mónica fué poco á poco formando el alma de Agustin; dióle por decirlo así, una conciencia, de la que jamás pudo des-

(1) *Confes.* lib. III. cap. V.

embarazarse; (y que, aunque en vano, ensayó estinguir, para tener al menos algun sosiego ya que no hallaba la felicidad) que le siguió por todas partes; que llevó siempre adherida á sí, cual el ciervo lleva la sangrienta flecha que le ha herido; y que le torturó sin descanso hasta el día, en que arrepentido y vencido, se volvió hácia el Dios de su cuna y de su madre, pidiéndole la paz, el honor, la dignidad del alma, y la pureza, y la alegría que ardientemente deseaba, y que tanto necesitaba.

Uno de los rasgos que de la primera infancia de Agustín, se ha conservado hasta nuestros días, demuestra cuanto habia penetrado ya en el alma del niño, apesar de la incredulidad de su padre, esta impresion de fé y de piedad; al mismo tiempo que pone de manifiesto, cuan difícil y delicada era la posicion de Santa Mónica, no obstante su tacto y su prudencia.

Necesitamos citar algunas páginas de las *Confesiones*, que contienen un cuadro pequeño, pero bien acabado: «era niño todavía, dice San Agustín, cuando cierto dia fui repentinamente acometido de un dolor de estómago tal, que se me creyó próximo á la muerte. Yo me ahogaba, y se desesperaba de mi vida; pero ya en este estado, Vos sabéis, Dios mio, Vos que erais ya mi guardian, con qué energía, y con qué fé tan ardiente, pedía se me administrase el bautismo de Jesucristo Vuestro hijo, mi Señor y mi Dios. Le pedía á mi madre, le pedía á la iglesia, que tambien es mi madre, é instaba para que se apresurase

»el acto.» (1) Hé aquí el niño: moribundo, cuando apenas tenia de siete á ocho años, y víctima de horribles sufrimientos, solo pensaba en Dios, en su alma y en su eternidad.

La madre es quizá más admirable. «Mi madre, »dice San Agustin, quedó desconcertada, hasta en »el fondo de sus entrañas.» ¿Y por qué? ¿Era acaso por el temor de ver morir á su hijo? Sí, sin duda, porque era madre; «pero Vos sabeis, ó Dios »mio, continúa el Santo, que el anhelo y el deseo, que ella tuvo por llevarme al cielo, fueron »mucho mayores, que la satisfaccion que recibió, »al darme á luz y ponerme en el mundo. Su casto corazon tenia prisa por darme la vida segunda vez, procurándome la vida eterna por medio »del bautismo. No encontraba sosiego en ningun »lado, corria inquieta de una parte á otra, pidiendo, á grandes gritos, el bautismo para mí, á fin »de que fuese purificado de mis faltas, é hiciese »profesion de creer en Vos, ó mi Jesus, que sois »mi Salvador.» (2)

Pero en presencia de tan vivo é impetuoso ar-

(1) Cum adhuc puer essem, et quodam die pressu stomachi repente æstuarem pene moriturus, vidisti, Deus meus, quoniam custos meus jam eras, quo motu animi et qua fide baptismum Christi tui, Dei et Domini mei, flagitavi á pietate matris meæ, et matris omnium nostrum, Ecclesiæ tuæ. (*Confes.* lib. I, cap. XI.)

(2) Et conturbata mater carnis meæ, quoniam et sempiternam salutem meam charius parturiebat corde casto in fide tua, jam curaret festinabunda, ut Sacramentis salutaribus initiarer et abluerer; te, Domine Jesu, confitens. (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

ranque de fé, por parte del hijo y de la madre, hay una cosa que causa admiracion; y es lo que sobre esto dice el mismo San Agustin: «Entretanto los sofocos desaparecieron, el mal cesó repentinamente, y no se pensó más en darme el bautismo,» que no recibió en efecto, sinó despues de más de veinte años de este suceso. Pero mayor y más justa sería la admiracion que causara semejante conducta, si al través de las delicadas y discretas reticencias de San Agustin, que evita nombrar á su padre, para no tener que afeár su conducta en aquellos momentos, no se viese la mano de Patricio; quien, mientras que su hijo Agustin estuvo en peligro, de nada se habia ocupado; en tanto que Santa Mónica sufría y obraba. Habia en el fondo de su alma grande indiferencia religiosa, pero al mismo tiempo era suficientemente honrado y generoso, para contrariar al borde del sepulcro la conciencia de su hijo; y para herir el corazon de Mónica, añadiendo al amargo dolor de perder su Agustin, él mil veces mas amargo todavía de ver expuesta su eternidad, y comprometida la salvacion de su alma. Pero tan luego como cesó el peligro, él indiferente y él pagano reaparecieron, y Patricio significó su voluntad de que se aplazase el bautismo para más adelante (1).

(1) *Nimio dolore stomachi vexatus est, hortante beata matre ut baptizaretur, sed, renuente patre, baptismus dilatus est. (Breviarum secundum ritum almæ Ecclesiæ Arosiensis. In festo Sancti Augustini. Ad matut. secunda lectio.)* Un tomo en 12.º sin fecha, caractéres góticos, aprobado en 1504.)

Por todas partes se encuentran noticias de esta tradicion.

Mónica no insistió, porque sabia bien, que con Patricio era escusado oponerse; y pues que la Iglesia toleraba esta costumbre, y por otra parte no la era posible seguir otro camino, resignóse en silencio, conformándose con las disposiciones de su marido. Pero no hay que estrañar esta resignacion; el estado tristísimo de la nueva sociedad, en que Agustín iba á dejarse ver; el de las escuelas á que necesariamente debia asistir; los libros, los teatros, y los juegos, de los que seria absolutamente imposible alejar su corazon y su espíritu, contribuyeron no poco á que Mónica abrazase valerosamente una determinacion, que por lo demas repugnaba á sus principios. Porque al fin, puesto que la sociedad estaba tan profundamente corrompida, que, á no huir de ella para sepultarse en un desierto, no aprendiendo ni aun á leer, como recientemente habia hecho San Antonio, era casi imposible que un jóven no sucumbiese; y si, como habia dicho San Pablo en uno de sus escritos, que debiera estremecer á todas las madres cristianas, era cierto que despues del bautismo, las faltas son mas graves, las caidas mas profundas, las manchas mas difíciles de borrar, entonces, ¿á qué apresurarse á administrar el bautismo? ¿Por qué no reservar su gracia poderosa, para el dia en que Agustín, si debia estraviarse un momento, volviera al camino de la fé y de la virtud? «Hé aquí, dice San Agustin, lo que »mi madre veía; y como presentía las tentaciones, »las agitaciones y las tormentas, á que yo, por necesidad, estaba reservado; consolándose con la idea; »de que, en lugar de exponer la imágen de Jesucristo »á tantos peligros, abandonaria solo una tierra infor-

»me, sobre la cual esta imágen se grabaría mas adelante. (1)

Pero al resignarse Mónica á seguir este peligroso camino, que la imponia la voluntad de su marido, comprendió tambien, que contraía una obligacion aun mas estrecha que hasta entonces, de vigilar por el alma de su hijo; y advertida por el peligro que acababa de correr, pero á la vez regocijada y fortalecida por la llama de fé, que habia visto brillar en Agustin, resolvió no perderle de vista un momento; y sacrificando mas y mas los placeres mundanos, se constituyó su ángel custodio y su providencia visible.

Mas no se limitó su accion á solo esto: á fin de que nada viniese á contrariarla en su importante tarea, Santa Mónica se aplicó con mas celo que nunca, á observar para con su marido, su suegra, sus parientes y hasta con sus criados, esa conducta dulce y sufrida de que hemos hablado ya, con la cual pensaba desarmarlos á todos; y acaso, ¿quién sabe? hacerles servir un dia de auxiliares en su grande obra.

La suegra, mujer altiva é imperiosa, cuya mala voluntad contra Mónica, se habia agriado mas, por las falsedades, que relativas á esta, la contaban sus esclavas, fué la primera á quien consiguió dulcificar. Mónica la desarmó á fuerza de consideraciones y de res-

(1) Quot et quanti fluctus impendere tentationum post pueritam videbantur, noverat eos jam illa mater, et terram par eos unde postea formarer, quam ipsam jam ef figiem committere volebat. (*Confes.* lib. I., cap. IX.)

peto; y sus preocupaciones fueron desapareciendo poco á poco. «Reconoció, dice San Agustín, la falsedad de las calumnias, y por sí misma, sin prevenir de ello á Mónica, fué á denunciar á Patricio la malicia de aquellas malas lenguas, que turbaban la paz doméstica. Patricio, que no era aficionado á burlas, hizo azotar las esclavas, y despues de la correccion, la suegra misma declaró terminantemente, que cualquiera que en adelante, pensando agradarla, viniere con parecidas relaciones referentes á su nuera, debía prometerse idéntica recompensa.» Desde entonces, ninguna esclava volvió á ocuparse de chismes ni de enredos, y Santa Mónica comenzó á vivir en buena armonía con la suegra, disfrutando de las dulzuras de un afecto, que no debía desmentirse en adelante. (1)

Como las esclavas habian enmudecido obedeciendo al terror, Mónica aspiró á hacerlas callar por el amor, y en efecto, ganó sus corazones viéndose servida de todas con una cariñosa fidelidad.

No hubo un solo pariente, ni vecino de Santa Mónica, que dejára de sentir bien pronto su amable ascendiente. «Vuestra fiel esclava, cuyo seno gracias á Vos, Dios mio, me ha dado la vida, dice San Agustín, habia recibido tambien de Vos un don mas precioso todavia: nunca intervenia en las disputas ó riñas acaloradas de sus convecinos, sin que consiguiera ponerlos en paz.» (2) De esta manera llegó

(1) *Confesiones*, lib. IX, cap. IX.

(2) *Conf.* lib. IX, cap. IX.

poco á poco á ser la confidente de toda la vecindad, y cada uno venia á exponerla sus cuitas. Si alguno, presa todavia de la ira, se permitia pronunciar en su presencia, esas palabras violentas, que se escapan en los primeros momentos del resentimiento, le escuchaba con mucha condescendencia, y concluia por apaciguarle; reconviniéndole á la vez con una dulzura y comedimiento, que nadie como ella sabia emplear. Su gran ciencia consistia en el silencio: todo cuanto se la confiaba caia en su alma, como en uno de esos profundos pozos, de donde nada vuelve á salir. Si de vez en cuando, referia algunas cosas oidas en conversacion, lo hacia únicamente porque con su relato, podia calmar un resentimiento ó cicatrizar alguna llaga. «Yo, continúa San Agustin, alabo aquí á »mi madre, por una virtud que me parecería insignificante, si una triste experiencia no me hubiese »enseñado, cuan grande es el número de los que, no »contentos con referir al hombre irritado, lo que han »oído decir á su enemigo, se complacen en añadir »alguna cosa, como para atizar el fuego; sucediendo »por otra parte, que sirve de poco el abstenerse de »los relatos que agrian y exasperan los ánimos, si á »la vez no se procura extinguir con buenas palabras, »los ódios y malas voluntades que siempre producen.» «De este modo obraba mi madre, añade el »Santo, porque Vos, ó Dios mio, se lo enseñásteis, »allá en la secreta escuela de su corazon.» (1) En una palabra, la paz brillaba á su alrededor, y la casa semejava á esos santuarios, cuyas entradas guarda el

silencio, y que comunican la tranquilidad y el encanto, á cuantos van á depositar en ellos sus agitaciones y sus penas.

Pero si para con alguno desplegaba Mónica todas sus bellas cualidades, empleando los grandes recursos de su noble alma, y las riquezas de su admirable método, era para con su marido. Patricio era pagano, y ella queria ganarle para Dios; era padre, y como tal queria asociarle á su obra, sin que él llegára á sospecharlo, ó conseguir por lo menos que no la contrariase. San Agustin nos describe de una manera, que encanta, ese don y ese arte con que triunfaba de las excesivas dificultades de su posicion. «En aquella época, dice, yo creia, mi madre creia, y toda la casa creia con nosotros; solo mi padre era quien no creia.» (1) Tal era el interior de una familia en el siglo IV. ¡Ah! ¡tambien lo es, el de muchas familias de nuestros dias! Pero escuchemos las palabras que siguen: ¡Cuan bellas son y cuan verídicas, y de cuanto consuelo pueden llenar á ciertas almas! «Sin embargo, continúa San Agustin, mi padre nunca pudo hacer que desapareciese de mi espíritu el ascendiente, que mi madre ejercia sobre él; y por mas seductor que fuese el ejemplo que se me daba, jamás pudo conseguir que dejára de creer en Jesucristo, en quien él no creia.» (2) Esto sucederá

(1) Ita jam credebam, et illa (mater) et omnis domus, nisi pater solus. (*Conf. s.*, lib. I. cap. XI.)

(2) Qui tamen non evicit in me jus maternæ pietatis quominus in Christum crederem, sicut ille nondum crederat. (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

siempre; entre un padre sin creencias, y una madre que cree, el hijo no vacilará jamás, y creará con su madre.

Mónica, que sabia que mas tarde, acaso no seria lo mismo; que vendrian las pasiones y se apoderarian de su hijo, con tanta mas rapidez, cuanto que tenia por excusa el ejemplo de su padre; Mónica, que no ignoraba tampoco, cuan á propósito son los primeros años de la juventud, para formar el corazon de los hijos, no perdía un solo dia: «Ella, dice San Agustin, me enseñaba á poner á Dios sobre todas las cosas, aun sobre mi mismo padre; á no escuchar mas que á él, y á amarle con un amor superior á todos los otros amores (1).»

Verdad es, que mi madre tenia para con su marido infinitas consideraciones y deferencias. Algunas veces se veia obligada á contradecirle, y aun á resistirse en las cosas de la fé; pero siempre, y en todo, le servia con la mayor humildad y dulzura. Mejor que él, es decir, más iluminada y más virtuosa, humillábase siempre en su presencia, complaciéndose en llamarse su servidora (2); y si algunas veces sufría haciendo estos sacrificios, encontraba la recompensa en la libertad que obtenia, para engendrar á Jesucristo en el alma de su hijo. En esto empleaba todo el tiempo; y

(1) Illa (mater) satagebat ut tu mihi pater esses, Deus meus, potius quam ille. (*Confes.* lib. I, cap. XI.)

(2) Et in hoc adjuvabas eam ut superaret virum, cui melior serviebat, quia et in hoc tibi utique id jubenti serviebat. (*Confes.* lib. I, cap. XI.)

trabajaba con todo el corazón, resumiéndose su vida, cada vez más, en solo dos palabras: Dios y su hijo. ¡Su hijo en la tierra y Dios en el cielo! ¡Cautivar al uno, contemplar al otro! Amar á los dos! esto la bastaba. ¿Y qué más se necesita para consolarse en toda clase de aflicciones?

Mas, ay de mí! ¡cuán pronto disipa la inquietud esta clase de alegrías, y cuan poco dura para una madre, el tiempo en que lleva á su hijo en el corazón, y se ocupa solo en instruirle! Apenas salía Agustín de la infancia, y ya era preciso pensar en que comenzase sus estudios; pero Santa Mónica, que temía que al querer dar forma á su cabeza, pudieran desfigurarse su conciencia ó su corazón, no se apresuraba á alejarle de su lado; y le confió á maestros residentes en Tagaste, que bajo su vigilancia maternal, le fueran instruyendo en los primeros rudimentos de la enseñanza.

Era de creer, que un genio tan brillante y tan completo estallaría, por decirlo así, apenas escuchase la voz del maestro; y que por lo menos, en lo relativo á su espíritu, un niño de las dichas cualidades no podría proporcionar á su madre más que satisfacciones; pero no fué así. Lo primero que se manifestó en él, fué una pereza insuperable, y un disgusto por el estudio, que nada podia vencer (1). Aprender á leer y á escribir; oír repetir sin cesar, uno y uno hacen dos; dos y dos son cuatro, era para él, no sola-

(1) (*Confes.* lib. I, cap. XII.)

mente insípido, sinó hasta odioso (1). No tenía menos repugnancia al estudio de la gramática, y si se exceptúa la lengua latina, que aprendió sin trabajo, y como por juego entre las caricias, los chistes y sonrisas de la infancia; y la lengua púnica, que por ser la de su madre y la de su país, miraba con especial predilección, jamás San Agustín pudo dominar el tédio, que le producian estos primeros estudios. Conociendo sus maestros el gran fruto, que se podría esperar de una naturaleza como la suya, emplearon sucesivamente las amenazas y el castigo; pero estas severidades, en lugar de producir resultado alguno, no hicieron mas que redoblar su horror al estudio, y enseñarle á que, para huir del castigo, inventase mil mentiras y pequeñas astucias, con las que engañaba á su padre, á su madre y á sus maestros. (2)

Alarmada Mónica por esta primera aparicion del mal en el alma de Agustín, y comprendiendo que la noble naturaleza de su hijo, necesitaba otro aguijón bien diferente y hasta opuesto al castigo, le confió á la vigilancia de «personas servidoras de Dios, y dadas á la

(1) Illas litteras, ubi legere et scribere et numerare discitur, onerosas pœnalesque habebam (*Confes.* lib. I, cap. XIII.)—Unum et unum duo; duo et duo quatuor odiosa cantio mihi erat. (Id. id.)

(2) Fallendo innumerabilibus mendaciis, et pedagogum et magistros et parentes. (*Confes.*, lib. I, cap. XX.)

»oracion.» (1) que con estímulos mas elevados, le ayudasen á vencer su aversion al estudio. «Yo dice »San Agustin, aprendí de ellos, á conoceros, ó Dios »mio, como un Ser sublime, que, sin hacerse visible, »puede no obstante venir en nuestra ayuda. Empecé »á implorar de Vos el consuelo en mis penas, y á »miraros como mi refugio y mi apoyo; y aunque pe- »queño todavia, os pedia con extraordinario fervor, »hicieseis que no me azotasen en la escuela. Pero, »¡ah Señor! Vos, que queriais mi bien, no me escu- »chabais siempre, y entretanto, hasta mis padres se »burlaban de los palmetazos que recibia; que si para »ellos eran bagatelas, á mí me causaban entonces »gran disgusto y terror.» (2)

Desgraciadamente no era el único defecto de Agustin su aversion al estudio; uníase á esta el orgullo que, en medio de la timidez y de la reserva que le eran naturales, se dejaba traslucir en una pasion desordenada por el brillo y los aplausos, y en un amor singular al juego y á los placeres. «Engañaba, »dice con mil mentiras, á mis padres y á mis maes- »tros; les affigia con mi amor al juego, mi pasion »violenta por los festejos públicos, y mi deseo in- »quieto de imitar lo que veia en ellos. Tanto por sa- »tisfacer mi glotonería, como por tener que dar á los

(1) *Homines rogantes te.* No precisamente, *hombres que oraban* como se traduce comunmente: sino hombres dedicados á la oracion, es decir que evidentemente eran sacerdotes; porque no parece que, en aquel tiempo, hubiese todavia monges en África.

(2) *Confes.* lib. I, cap. IX.

» otros niños, mis compañeros de juego, ocultaba
 » maliciosamente cuanto podia coger de la despensa,
 » y de la mesa de mis padres. En el juego obtenia
 » deslealmente la victoria, para saciar mi deseo de
 » sobresalir entre todos; y así como para triunfar,
 » me valia de las astucias, así tambien pretendia no
 » ser engañado por los otros; hasta tal punto que,
 » si sorprendia á mi amigo infraganti, le increpaba
 » y reconvenia sin piedad; mientras por el contrario,
 » cuando yo era descubierto, montaba en cólera, an-
 » tes que confesar mi falta.» (1) En una palabra, la
 antigua sangre pagana que habia recibido de Patri-
 cio, empezaba á hervir en sus venas.

No debemos ocultar, que si bien Agustin tenia los dichos defectos, á la vez le acompañaban otras buenas cualidades. Era amante de la verdad, celoso de su honra, bueno, sensible, afectuoso, y agradecido. Tenia admirables arranques, pagaba con usura el cariño que los demás le profesaban, y amaba á su madre con delirio. (2) Todo esto, cualidades y defectos, buenos impulsos y malos instintos, comenzaba á fermentar en su alma, á los primeros ardores de la juventud. ¿Qué iba á suceder? ¿de qué lado iba á inclinarse la balanza? ¿dominaría la sangre pagana que tenia de su padre, ó la savia cristiana, que á ella mezclára su madre? ó de otro modo ¿qué habria sido de Agustin, al efectuarse el desarrollo intelec-

(1) *Confes.* lib. I, cap. XIX.

(2) *Veritate delectabar; falli nolebam; memoria vige-
 bam, locutione instruebar, amicitia mulcebar; fugiebam
 dolorem, abjectionem, ignorantiam, etc.* (*Confes.*, lib I,
 cap. XX.

tual, si en sus primeros años no hubiese participado de una influencia sagrada y vigorosa; y si al lado de tantos peligros, no hubiesen crecido tambien la constante é inquieta vigilancia, y las oraciones fervorosas de Mónica?

Precisamente en los momentos, en que nuestra Santa se hallaba inquieta y dominada por tales pensamientos, fué cuando de repente vióse separada de su hijo por primera vez. Agustin empezaba á crecer, y Thagaste era poblacion reducida, y de pocos recursos para la educacion de la juventud. Patricio, orgulloso de su hijo, porque á pesar de la pereza y desapego al estudio, pasaba ya por un niño de grandes esperanzas, acababa de decidirse, no obstante su escasa fortuna, y el disgusto que su resolucion pudiera causar á Mónica, á no retroceder ante ningun sacrificio, ni de dinero, ni de afecto, para que Agustin recibiese una educacion correspondiente á sus talentos.

Existia á seis leguas de Thagaste una ciudad donde, con las tradiciones del gusto, se conservaba aun cierta cultura intelectual: esta ciudad era Madaure, la pátria de Apuleyo (1). Su bello foro, enriquecido con estátuas de todos los dioses, estaba rodeado de sábias escuelas (2). Allí fué á donde Santa Mónica condujo al hijo, y le dejó, despues de haber depositado en el alma de Agustin toda clase de

(1) Hoy *Madaourouche*, á veintiocho kilómetros de Souk-Arras. Ptolomío escribió *Maduros*. La noticia de Numidia cita un Obispo de Madaure, *Mataurensis episcopus*.

(2) *Cartas* de San Agustin, carta 6.ª p. 28.

buenos consejos, acompañados de las amorosas lágrimas, que vierte una madre en tales momentos; dichosa sin embargo al pensar, que allí al menos le tenia próximo, y que al primer peligro podría correr en su auxilio; pero sin que dejara de comprender por esto, que el mal de que ella habia preservado su cuna con tan singular cuidado, y cuyos primeros síntomas acababan de manifestarse, iba á estallar muy pronto, y á causar en el alma de su hijo, alejado de ella por un instante, anchas y profundas heridas.

CAPITULO TERCERO.

JUVENTUD DE AGUSTIN.—

PRINCIPIO DE LA CRISIS DE LAS PASIONES.—

SUS CAUSAS, SUS PROGRESOS, SUS CARACTERES.—

PARA CONSOLAR Á SANTA MÓNICA Y SOCORRER Á AGUSTIN,

DIOS PERMITE QUE PATRICIO DÉ SU PRIMER PASO

HÁCIA LA RELIGION CRISTIANA.—PATRICIO

. ABJURA DE SUS CREENCIAS PAGANAS.

AÑOS 368 AL 370.

«Quiero contar mis faltas pasadas, y las miserables sensualidades que han empañado el brillo de mi corazon. Si las refiero, ó Dios mio, no es porque yo halle en ello complacencia, sinó para escitarme más á vuestro amor. Porque al presente yo os amo, ó Dios mio, é impulsado de este amor, quiero repasar en mi memoria, con amargura y dolor, los desórdenes de la juventud; á fin de que este triste recuerdo me haga saborear mejor vuestra dulzura, y las delicias verdaderas, de que disfruto hoy con tanta seguridad.» (1)

Con estas humildes y magnificas palabras em-

(1) Recordari volo transatas cupiditates meas et carnales corruptiones animæ meæ; non quod amem eas, sed ut amem te, Deus meus. Amore amoris tui facio istud, recolens vias meas nequissimas in amaritudine recogitationis meæ, ut tu dulcescas mihi, dulcedo non fallax, dulcedo felix et segura. (*Confes.* lib. II., cap. I.)

pieza S. Agustin á pintar, como las pasiones fueron tambien despertándose en su alma; á describir esa terrible crisis, que empieza sorda y secretamente en Madaure hácia el año 368, estalla dos años despues en Thagaste, por el 370 y 371, y acaba tristísimamente en Cartago, dentro del 372, con la mas vergonzosa defeccion, y por una esclavitud humillante, que ha de durar por espacio de quince años. Pero hay que oírle describir á él mismo, con esa elocuencia que le caracteriza, el origen de esta crisis, sus progresos, y sus terribles consecuencias, para empezar á ver así, lo que son á veces los dolores de una madre..

Cuando Agustin llegó á Madaure, podría tener de trece á catorce años: era hácia el 367. No se sabe bien, si fué allí donde empezó á rebelarse su grande imaginacion, ó si ya en Thagaste habia dado algunas pruebas de lo que podría llegar á ser; pero es lo cierto, que tan luego como Agustin aprendió los primeros elementos de las letras, y pudo vislumbrar los grandes recursos de la elocuencia y de la poesía, todo cambió en él, desapareciendo su repugnancia al estudio. Leyó á Virgilio, Homero, Ciceron y Ovidio, bastando esto para despertar su génio. Virgilio, sobre todo, causó en él impresion tan extraordinaria, que no podía leer la relacion de los dolores de Dido, sin regarla con sus lágrimas. Si para no excitar su sensibilidad se le prohibía leer este libro, se afligía; y si á impulsos de sus ruegos se le permitía la lectura, lloraba aummas. (1) Su alma esquisitamente tierna, y profun-

(1) Confes. lib. 1, cap. XIII.

damante sensible, no sabía desprenderse de Virgilio. Segun se deduce de lo dicho por el mismo Santo, no era tan aficionado á las obras de Homero. «Este dulce mentor, dice, causaba amarguras en mi alma.» No porque en su grande imaginacion, Agustin dejára de comprender la diferencia entre Virgilio y Homero; quanto mas grande y naturalmente sublime sea este último; y que en la serie de cuadros que comprenden sus obras se descubre un fuego mas profundo, y á la vez mas vivo; sino porque, como él mismo asegura, el poco afecto que tenia á la lengua griega, impedía el dulce sabor de aquellas invenciones, y no le dejaba gustar, como habria deseado, quanto de ingenioso y encantador encierran las bellas ficciones, del mas sublime entre todos los poetas. (1) Acaso tambien, la exquisita sensibilidad de Virgilio, no más profunda que la de Homero, pero sí de expresion mas viva, se adoptaba mejor á su alma. Como quiera que sea, tanto en este periodo de su vida, como despues, Virgilio fué siempre su maestro favorito. Leyó entonces con diversas emociones á Terencio, Plauto y Ovidio; respiró sus perfumes, y embriagado con tales poesías, abrió su alma á todas las imágenes; pero entraron tambien con ellas todos los peligros, porque ¡ay! ¡tambien el veneno se bebe en copas de oro!

Para desarrollar el talento de los jóvenes, se les

(1) *Homerus dulcissime vanus est, et mihi tamen amarum erat puero.... Difficultas omnino ediscendæ peregrinæ linguæ quasi felle aspergebat omnes suavitates græcæ fabulosarum narrationum.* (Confes. lib. I, cap. XIV.)

encargaba á veces la traduccion de las ardientes é inflamadas palabras de la Juno de Virgilio, ó los lastímeros ayos de su Dido. Dábase el premio al que con mayor vigor sabia expresar los arrebatos, las quejas ó las pasiones de esos personajes imaginarios; al que los hacía aparecer mas vivos y naturales, y con language selecto acertaba á sostener la fuerza del discurso y de las ideas. Aquí era donde Agustin triunfaba siempre: los aplausos de sus condiscipulos, y los elogios de sus maestros se lo decian demasiado; pero tambien aquí era donde estaba la ruina de su alma. Movido de los aplausos, para mejor expresar estas pasiones criminales, procuraba sentir las; y como ellas durmiesen aún en su corazon, no contento con leer asiduamente aquellos poetas, que mas al vivo las habian pintado, empezó á frecuentar los teatros, á fin de ver allí representado con la palabra y la accion, cuanto habia oido de la boca de sus maestros.

Ciertamente que si hoy, que tales escenas han perdido ya mucha de su fuerza, á impulsos de diez y ocho siglos de cristianismo, son necesarias no pocas precauciones, para evitar que el casto corazon del jóven escolar se conmueva demasiado; ¿qué sucedería entonces, que no se conocian ediciones expurgadas por la censura, ni habia profesores cristianos, y los teatros se encargaban de sensibilizar, lo que los maestros mismos no habian sabido expresar? El cristianismo acababa de abandonar las catacumbas, y no habia podido purificar, ni siquiera los libros de las escuelas; de manera que se continuaba aun educando á la juventud cristiana, como hasta allí se habia

educado á los paganos. Todo el mundo se lamentaba, es verdad; pero la costumbre, reina del mundo, prevalecia sobre las inquietudes de los padres, y era más fuerte que las lágrimas de las madres. «¡O torrente funesto de la costumbre, exclamaba
»San Agustín, ¿cuándo te secarás? «¿Cuándo dejarás de arrastrar á los hijos de Eva por ese vasto
»y peligroso mar, que aun los marcados con el
»signo de la cruz atraviesan difícilísimamente? ¿No
»hé leído yo en los libros, no sé qué historia de
»un Júpiter, á la vez tonante y adúltero? Seguramente que el poder divino jamás podrá asociarse
»con semejante corrupcion; pero los historiadores
»han armado de mentirosos rayos á un hombre
»culpable, á fin de atraernos de este modo á la
»imitacion de sus crímenes, que son demasiado
»ciertos. ¿No he visto yo á Terencio, traer á la
»escena un jóven libertino, excitándose al mal con
»el ejemplo del Jefe de los dioses, y diciéndose
»á sí mismo: Un Dios, (y qué Dios!), se ha permitido este placer, y yo miserable mortal, tendré vergüenza de imitarle? no ciertamente.... ¡Y
»los hombres retribuyen tales lecciones! ¡y las
»honran en el foro! ¡y los maestros se confiesan á
»la faz de las leyes, recompensadas con un salario privado y otro salario público. «Ahora bien,
»¿quién no comprende, que semejantes palabras son
»muy apropósito para hacer que los hombres cometan estas infamias?

«No es, continúa San Agustín con ese buen sentido y esa mesura, que forman mas de lo que se piensa, lo indispensable del ingenio; no

»es que yo condene esas palabras de los poetas
 »y de los oradores; pero sí condeno el ponzoño-
 »so vino que nos servian en bellas copas de oro,
 »maestros ébrios de corrupcion y de errores. ¡Y
 »se nos castigaba si no bebíamos, no permitién-
 »dosenos apelar de ello á un juez sóbrio!... Y sin
 »embargo, Dios mio, yo que al presente examino
 »mi pasado en vuestra presencia, aprendía todo es-
 »to voluntariamente, y me complacia en ello ¡des-
 »graciado!» (1)

No es difícil comprender el efecto, que tales libros y tales espectáculos debian producir en un jóven dotado de gran sensibilidad, y de corazon exquisitamente tierno; que no estaba bautizado todavia; y que hallándose separado de su madre, no tenia quien le protegiese de tan terribles peligros, fuera de sus maestros, de quienes ha dicho «que estaban más ébrios que él.» «¡Qué maravilla, exclama, que me perdiese de-
 »jándome llevar de las vanidades, y anduviese tan
 »apartado de Vos, Dios mio, en un tiempo en
 »que se me proponian por modelos, unos hom-
 »bres que se habrian avergonzado de confesar una
 »buena accion, cometiendo para ello solecismo;
 »mientras que empleando en la relacion de sus
 »desórdenes licenciosos toda la ciencia y un es-
 »tilo brillante, se gloriaban y regocijaban de los
 »aplausos que por ello recibian! Véase como, ni-
 »ño todavia, y en el umbral de la vida, tuve la
 »desgracia de hallarme expuesto al peligro; y cual

(1) *Confes.* lib. I., cap. XVI.)

»fué mi aprendizaje para los tristes combates que
»debía librar.» (1)

En efecto, bien pronto empezó á circular el veneno por las venas de Agustin. En la flor de su juventud, cuando apenas habia cumplido catorce años; en esta edad peligrosa, á la vez que encantadora, en que el corazon se dilata, pero se marchita tambien como una flor, sintióse acometido de turbacion desconocida. «Yo no tenia más que un pensamiento; amar y ser amado. Pero no me contenia, dice humildemente, dentro de los límites de la amistad casta y luminosa, donde el alma ama al alma. Los vapores groseros que se levantaban del cenagal de la concupiscencia, nublaban mi corazon y mi espíritu de tal manera, que no hallaba diferencia entre la clara serenidad de un amor casto, y la tenebrosa turbacion que produce un amor impuro y culpable. De esta manera se encendia el fuego devorador, y mi juventud, impelida por el violento desarreglo de las pasiones, como á través de escarpadas rocas y espantosos precipicios, se sumergia en un abismo de pecados vergonzosos.» (2)

(1) *Confes.* lib. I, cap. XVIII y XIX.

(2) Quid erat quod me delectabat, nisi amare et amari? Sed non tenebatur modus ab animo usque ad animum quantum est luminosus limes amicitiae; sed exhalabantur nebulae de limosa concupiscentia carnis, et scatebrae pubertatis, et obnubilabant atque offuscabant cor meum, ut non discerneret serenity dilectionis á caligine libidinis. Utrumque in confuso aestuabat et rapiebat imbecillam aetatem per abrupta cupiditatum, atque mersabat gurgite flagitiorum. (*Confes.* lib. II, cap. II y III.)

Poco á poco se apoderaron de su espíritu los mas tristes pensamientos; bien pronto penetraron en su corazón los malos deseos; y como no habia allí quien pudiera arrancarle estas espinas que tanto le punzaban, crecieron con rapidez, colocando á Agustín en los mayores peligros. «Adolescente todavía, dice, deseaba con ardor los placeres criminales, y no me avergonzaba de consumir mi vida en deshonorosos deleites. La bondad de mi alma se marchitaba, y yo, Dios mio, no era á vuestros ojos mas que una llaga hedionda; lo cual, sin embargo, no impedía que me agradase á mi mismo, y procurase agradar, y parecer bien á los ojos de los hombres.» (1) Solamente que tímido y naturalmente reservado, Agustín cubria con el mas tupido velo los desórdenes de su alma; y ninguno, ni aún entre los amigos y condiscípulos, podia sospechar las borrascas, que agitaban ya su corazón.

Entretanto Agustín obtenia diariamente nuevos triunfos: su alma conmovida, pero aún no vencida por el mal, aparecía cada vez mas bella. Empezaba á brotar su elocuencia, y todos predecian que á la edad del completo desarrollo, eclipsaría á los mas ilustres retóricos. Patricio quedó entusiasmado con estas noticias; y así como habia alejado á su hijo de Thagaste, para enviarle á las mejores escuelas de Madaure, así tambien resolvió hacer un supremo esfuerzo, á fin de llevarle, no á Roma, porque sus recursos no alcanzaban á tanto; pero sí á Cartago donde encontraría escuelas, maestros, bibliotecas, un

(1) *Confes.* lib. II, cap. I.

concurso numeroso y escogido de jóvenes, y cuanto pudiera serle necesario, para el perfecto desenvolvimiento de su inteligencia.

Mas para llevar adelante semejante desigño, no bastaba tener corazon tan generoso, y, digámoslo tambien, orgullo tan grande como el de Patricio; no siendo rico, necesitaba tiempo para hacer algunas economías, debiendo imponerse tambien no pocas privaciones; y para ello, cuando á fines del año 369 empezaron las vacaciones, dispuso que su hijo volviera á Thagaste, y que permaneciese en su compañía por el espacio de un año. Agustín volvió en efecto; y no es difícil adivinar con cuanto gozo le recibió su madre, que no tenia noticia de esta disposicion. Al ver de nuevo á su hijo cubierto de tantas coronas, é ilustre ya por su gran talento; orgullosa y feliz, como se siente en tales casos toda madre, así sea la mas humilde de las mujeres, y creyéndole siempre immaculado, pudo depositar todavia en su frente un beso placentero y tranquilo.

Si Agustín hubiese sido inocente, y conservado su pureza; ó si hubiese tenido el valor de confesar á su madre el primer impulso de las pasiones, esta momentánea suspension de sus estudios le habria ocasionado mucho bien, trayéndole á la compañía de Mónica y preparándole bajo su influencia, para mejor afrontar los peligros de Cartago; pero en el triste estado que su alma tenia, y en la resolución, mas triste aún, que habia tomado de ocultar á su madre las pasiones, que sordamente se desarrollaban en su corazon, nada habia de serle mas perjudicial. El reposo involuntario á que se veía condenado; la

falta de un trabajo asiduo, los desvaríos, consecuencia natural de la vida ociosa, y el vacío del corazón, todo debía reunirse para acelerar y acrecentar la explosión de sus pasiones. «Cuando tenía diez y seis años, habla él mismo, algunos negocios domésticos me obligaron á suspender los estudios, y á volver al hogar paterno. Entonces los deseos impuros, que hasta allí no habían hecho mas que punzarme en el alma, crecieron de repente, y se levantaron poderosos por cima de mi cabeza.» (1)

Cuanto mas violento era en Agustín el influjo de las pasiones, menor era la atención que prestaba á la voz de su conciencia; y esto era lógico, porque no hay cosa que debilite mas en un alma el pensamiento, y, sobre todo, el amor de Dios. «En castigo de mi infidelidad, dice él mismo, el ruido de las cadenas, que arrastraba, me impedía oír vuestra voz, ó Dios mio; y privado de los grandes recursos y poderosas fuerzas, que de Vos proceden, me sentía cada vez mas entregado al furor de los malos instintos. Mi corazón se ilusionaba, ardía en un fuego penetrante, imposible de explicar, y todo él se vaciaba, traspasando los límites, dentro de los cuales debiera contenerse, y sumergiéndose en el caos, y en un mar de desórdenes. ¡Qué ceguedad la mía! ¡yo no os escuchaba, y cada vez me alejaba mas de Vos!» (2)

Apresurémonos á decir en honor de Santa Mónica

(1) *Confes.*, lib. II, cap. II.

(2) Et jactabar, et effundebar, et ebulliebam per fornicationes meas. (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

que habia formado ese corazon, y tan profundamente habia inoculado en él la savia de sus virtudes, que en medio de tantos y tan culpables goces, Agustin no era feliz: con sus primeras faltas, habian empezado sus gloriosas tristezas; sufría cruelmente. Buscaba la paz y la felicidad, y ni siquiera hallaba el placer. Cuando salia de una alegría culpable, á que se entregaba como á grato sueño, causábase horror á sí mismo. «Vos, Dios mio, derramabais sobre mis placeres des-»arreglados, amarguísimos disgustos, á fin de preci-»sarme por este medio, á buscar los verdaderos goces,»que no causan pena ni remordimientos. (1) Pero»Agustin no queria dirigir su vista hácia esto, y»agitado siempre vivia en un soberbio envilecimien-»to, á la par que en un abatimiento inquieto.» (2)

Si Agustin no hallaba la felicidad en su olvido de Dios, tampoco encontraba su libertad. Este fantasma brillante, uno de los que mas vivamente impresionan la juventud, es á la vez uno de los que mas la engañan. «Quería ser libre, dice, y era tan»desgraciado, que no veía yo mismo, que me for-»jaba las cadenas. Para gozar de mi pretendida li-»bertad, ponía sobre la cabeza un enorme peso,»que me era imposible sacudir, y cada dia me en-»contraba mas fuertemente aprisionado, en los ter-

(1) Tu semper aderas misericorditer sæviens, et amarissimis aspergens offensionibus omnes illas jucunditates meas.... (*Confes.*, lib. II cap. II.)

(2) Ibam longe á te in plura et plura sterilia semina dolorum, superba dejectione et inquieta lassitudine. (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

»ribles lazos de una voluntad endurecida.»—«Tal era, observa Bossuet, la esclavitud de Agustin, cuando gozaba en el siglo la libertad de los rebeldes.» (1)

Recurría alguna vez á la oracion, levantaba hácia el cielo sus brazos encadenados, y pedia la virtud; pero al mismo tiempo temia ser oido demasiado luego. Rogaba á Dios que le diese la virtud de la castidad, y la continencia; mas á la vez y en el secreto de su corazon, deseaba que esta gracia se dilatase por algun tiempo. Así, culpable y desgraciado, y temiendo consumirse en esta ardentísima fiebre que le devoraba; pero con mas miedo aún de verse curado, sentía que por instantes, á la par de su debilidad, iba en aumento la pesada carga de la corrupcion en que vivia. (2)

Tal era el triste estado de Agustin á los diez y seis años. La obra de Santa Mónica se habia venido á tierra en menos de tres ó cuatro, y esta ruina causaría admiracion, si no fuese fácil indicar sus causas. La indiferencia de un padre, que no teniendo hasta entonces religion alguna, se preocupaba poco de la inocencia y las costumbres de su hijo, con tal que estudiára con buen éxito, y llegára á sobresalir en la elocuencia; las im-

(1) Sermon en una solemnidad para la toma de hábito. Obras completas. Edicion Gautier, t. VI. pág. 188.)

(2) At ego adolescens miser, valde miser, in exordio ipsius adolescentiæ etiam petieram á te castitatem, et dixeram: Da mihi castitatem et continentiam, sed noli modo. Timebam enim ut me cito exaudires et cito sanares á morbo concupiscenti, quam malebam expleri, quam extinguí (*Confes.*, lib. VIII, cap. VIII.)

prudencias de los maestros de Agustin, que no pensaban mas que en excitar su sensibilidad é imaginacion, sin cuidarse de oponer á estas fuerzas peligrosas, el indispensable contrapeso de la razon, de la conciencia y de la religion; la lectura de libros peligrosos, y la frecuente asistencia á los teatros, mas peligrosa aún; las amistades culpables que veremos aparecer, y que sin duda alguna empezaban á rodearle; y, en fin, (lo diremos tambien, no para afear sino para compadecer á una madre piadosa, que casada con un infiel, no pudo dirigir la educacion de su hijo como ella, hubiera deseado; y que á las veces tenia que sufrir el yugo de una voluntad tiránica;) la ausencia de todo socorro religioso, á la edad en que es este para un jóven absolutamente necesario; sin el bautismo ni la confirmacion; y sin la confesion y sagrada eucaristia, en esos momentos terribles en qué, despertándose las malas pasiones del jóven, le suministran, si es que puede contenerlas, una grandeza perfecta, y la ocasion de un gran triunfo; pero que al mismo tiempo, si se deja vencer por ellas, le rebajan, le tiranizan, y le sepultan en un profundo abismo, son, á no dudarlo, causas mas que suficientes, para explicar la inutilidad de los esfuerzos de Santa Mónica, y la poca duracion de una obra, en que habia trabajado con tanto esmero. Pero guardémonos bien de creer, que la obra habia desaparecido por completo; no era así en verdad, porque lo que Dios y una madre cristiana hacen de consuno en el alma del hijo, no perece tan pronto; y si el huracan de las pasiones

puede debilitar, siquiera sea momentáneamente, la llama sagrada de la conciencia, cuando esta llama ha sido animada por una madre cristiana, casi puede afirmarse, que no se extingue jamás.

Entretanto, y cual si Dios, que amorosamente vigilaba sobre el hijo y sobre la madre, hubiese querido consolar á Mónica, y venir al mismo tiempo en socorro de Agustin, presentándole en la misma persona de su padre, un ejemplo que le reanimase, Patricio dió su primer paso hácia la Religion y hácia la Iglesia.

Diez y siete años habian trascurrido desde que Patricio se desposára con Mónica, y los mismos, dia por dia, llevaba esta trabajando con una discrecion indecible en la conversion de su marido; empleando para ello esa dulzura, esa paciencia y ese exquisito tacto, que poseen las mujeres verdaderamente cristianas. Habia hablado poco, nunca amonestado, amado mucho, y orado constantemente; y como resultado de todo esto, empezaba ya á vislumbrar, y á esperar la conversion de su marido: el tiempo, que siempre está de parte de los que saben esperar, habia venido en su ayuda. La calma de las pasiones habia permitido á Patricio, comprender mejor la futilidad de los ídolos, y percibir ese perfume de Jesucristo, que exhalaba el corazon de su Santa esposa. Habia resistido por mucho tiempo, y jurado interiormente que no se dejaria vencer: mucho mas tiempo aún habia vivido incierto, vacilante, pronto á hacer lo que su conciencia le pedia; pero aplazándolo para más adelante, y siempre atento en especial, á ocultar á San-

ta Mónica el estado de su alma. Esta lo adivinaba todo, y no decia nada, mas redoblaba sus oraciones, hasta que por fin, dominado Patricio por la verdad, vino á declarar á su piadosa compañera, que estaba resuelto á abjurar el paganismo. ¡Con cuánto gozo acoge Mónica esta revelacion! ¡que felicidad para ella pensar, que su marido se hacia cristiano, precisamente en el momento en que Agustin, próximo á cumplir diez y seis años, iba á necesitar de una proteccion mas vigilante, y mas eficaz! Mónica rinde gracias al Altísimo con toda la efusion de su alma, y con los ojos bañados en lágrimas, le ruega encarecidamente, que fortificando en Patricio esta resolucion, apresure el dia, en que pueda tener la dicha, de verle inscrito en el número de los catecúmenos.

El catecumenado era entonces, como el noviciado del cristianismo. Cuando existia aun el paganismo, y por consiguiente eran de temer las apostasias, antes de administrarse á los neófitos adultos el Santo Bautismo, se les hacia esperar un poco, con el fin de asegurarse, de que entraban en la Iglesia con entera libertad y verdadera vocacion; y con el fin tambien de instruirles en los grandes deberes, que iban á contraer.

Decidido Patricio á dar este primer paso, se trasladó á la Iglesia, para abjurar públicamente del paganismo, y hacer allí su profesion de fé cristiana. Mónica le siguió radiante de alegría, y Agustin le acompañó tambien, teniendo lugar este acontecimiento, segun todas las probabilidades, al empezar la cuaresma del año 370.

Llegado Patricio al pié del altar, se arrodilla é inclina la cabeza, en tanto que el Obispo le impone las manos, y ruega al Señor le admita en el número de sus hijos. Hácesele al mismo tiempo sobre la frente el signo de la Cruz de Jesucristo, á fin de que entre en la Iglesia honrando, desde el primer paso, las humillaciones del Salvador; y se le impone en los labios la sal bendita, como simbolo de la incorruptibilidad, que el corazon cristiano ha de conservar en lo sucesivo. Desde entonces, su nombre quedó inscripto en los libros de la Iglesia, y se le contó entre los catecúmenos. (1)

Si despues de este acto de fé, se hubiese decidido Patricio á realizar sin dilacion el segundo, es decir, á atravesar con rapidez los diferentes grados del catecumenado, y á recibir el bautismo en las próximas solemnidades de la Pascua, (2) se habria completado la dicha de Mónica; pero Patricio no pensó así.

Habia entonces, á las puertas del cristianismo, una multitud de hombres que no eran ya paganos, pues que habian abjurado del paganismo; pero que tampoco eran cristianos, puesto que, aún cuando se habian inscripto en el número de los catecúmenos,

(1) Tertuliano, *De Penitentia*.—Cipriano Epist. XIII.

(2) La duracion del catecumenado era de dos años en los primeros tiempos, segun el cánon 42 del Concilio de Elvira; si bien añade: *Si bonæ fuerint conversationis*, porque en el caso contrario se prolongaba la prueba; pero en el siglo IV, la Iglesia tendia á abreviar el tiempo de la preparacion.

rehusaban obstinadamente la recepcion del bautismo. En vano los Padres de la Iglesia agotaban su celo en demostrarles la inconsecuencia, y el peligro en que se hallaban; en vano tambien al aproximarse las festividades de la Epifanía y de la Pascua, los Obispos gritaban en variados tonos: «los grandes dias llegan; dad vuestros nombres; preparaos al bautismo;» nada podia destruir su indiferencia. Llevando el titulo de cristianos; pero negándose á aceptar sus deberes; no estando obligados ni á la confesion, ni á la comunión pascual, ni á cumplir con ninguna de las leyes de la Iglesia, puesto que no habian sido bautizados; rechazando tambien algunas veces el freno de la conciencia, segun el triste dicho, que entonces se usaba: «dejadlos pecar, ¿qué importa? no están bautizados;» creyendo por otra parte, que les bastaba recibir el bautismo á la hora de la muerte, para quedar purificados de todas sus faltas y salvarse; jugaban su vida y su eternidad en esta esperanza. Cada siglo tiene sus achaques, sus enfermedades y sus peligros; y esta era la enfermedad de aquel siglo, á cuyo influjo sucumbia una multitud de hombres. (1) Patricio, co-

(1) Este abuso ha sido reprobado enérgicamente por los Padres de la Iglesia, y en especial por San Cipriano (*Epistola XXVI, ad magn.*) por San Gregorio Nacienceno (*Orat. XL.*), por San Juan Crisóstomo (*Homil. XXIII Super. Act. Apostolorum.*) etc; y los Concilios, ocupándose de él, llegaron á amenazar con las mayores penas de la Iglesia, á los que cayeren en dicha falta. Para conocer cuán general era, basta repasar las grandes colecciones de epitafios cristianos. Encuéntrense inscripciones de catecúmenos en *Boldetti*; pág. 807,) *Bosio* (pág. 433,) *Mattei* (*Mus. Veron.* pág. 180,

mo muchos, fué atacado tambien de ella, y se necesitó largo tiempo aún, muchas oraciones, y no pocas lágrimas de parte de Santa Mónica, para decidirle, casi ya á las puertas de la muerte, á recibir por fin el Santo bautismo, y á reconciliarse con Dios.

Por incompleto que fuese este primer paso de Patricio, no dejó sin embargo de alegrar á nuestra Santa; por que, al menos, su esposo ya no era pagano, adoraba al verdadero Dios, creía en Jesucristo; y, si aún no tenia el consuelo de verle aproximar con ella á la mesa Santa, por lo menos iban juntos á la Iglesia: asistian á los primeros rezos y á las instrucciones; y despues de diez y siete años de matrimonio, vislumbraban ya ambos esposos, esa unidad de espíritu y de corazón, por la cual, queriendo ser felices, debieron empezar.

Al leer la descripción de estas antiguas escenas, se presenta á la imaginación, aún sin quererlo, las que todos los días pasan á nuestra vista en este siglo agitado y revuelto, que tanto semeja al siglo IV: ¿Quién de nosotros, testigo de las mismas ruinas, no ha asistido á iguales resurrecciones? ¿Quién no ha visto á algunas jóvenes piadosas, dar su

n.º 3.) *Perrel*, (pl. VI, XVI y LIII) etc. Y estos epitafios se refieren á catecúmenos de todas edades: Fortunato, murió catecúmeno á los treinta y seis años (*Lupi, Dissert.*, t. I, pág. 132.) Perpetuo, á los treinta años (*Rossi*, I, pág. 109.) Inocencio, de veintitres años (*Vignoli. Vel. inscript. rel.* pág. 333.) Junio Basso, de cuarenta y tres años, (*Bosio*, pág. 45.) Stratonica, de cincuenta y cinco años, (*Corsini. Dissert.* II, *pos not. Græc*) etc. Debiéndose tener presente que la mayor parte de estas inscripciones son del siglo IV.

mano y su corazón á hombres indiferentes; y al presenciario, no se ha dicho á sí mismo; Dios mio, qué vá á suceder? Mas, se pasan diez años, y el jóven indiferente dá un primer paso hácia el bien: no practica, es verdad, pero ya empieza á dirigir preces al Cielo. Corren otros diez años, y hé aqui que vuelve al camino casi olvidado de la Iglesia, á donde le conducia su madre siendo niño, y rara vez muere, sin haber antes reconocido y adorado á Jesucristo.

¡O siglo desgraciado, en que un alma cristiana necesita emplear tanto tiempo, para lograr que se abran los ojos de la persona que mas ama, á una luz tan hermosa! Pero tambien; ¡ó grande y conmovedora bendicion la de este tiempo, en qué, si no un dia, otro, el jóven descreido logra ver á su lado una jóven cristiana, que sea para él como Angel de su guarda! Ah! ¡qué esta jóven esposa no olvide nunca la mision que le está confiada! que sepa que tendrá la fuerza misma de los ángeles, á condicion de tener tambien su misma paciencia, su fidelidad, su delicadeza, su tierno y vigilante amor, su dulce silencio, y su continua oracion..... «La mision de las mujeres cristianas, ha dicho un célebre escritor, se parece al de los ángeles de la guarda: ellas pueden dirigir el mundo, haciéndose invisibles como los espiritus.» (1)

(1) *Ozanan*. Obras completas, tomo II, pág. 93.

CAPÍTULO CUARTO.

CONTINÚA LA CRISIS DE LAS PASIONES.

SANTA MÓNICA SE APERCIBE DE LOS PELIGROS, EN QUE SE
ENCUENTRA SU HIJO.—SU CONDUCTA.—

Á MEDIDA QUE AGUSTIN SE ALEJA, DIOS PERMITE PARA CONSOLARLA,
QUE SU MARIDO SE CONVIERTA AL CRISTIANISMO —

. . . . MUERTE CRISTIANA DE PATRICIO. . . .

. . . . AÑOS 370 AL 372. . . .

¿Qué impresion hicieron en Agustin las escenas, que acabamos de referir? no lo sabemos; pero es probable que ninguna, porque hay momentos durante la vida, en que, como dice el Profeta, teniendo ojos, no se vé: al menos, es lo cierto, que la impresion no fué bastante fuerte, para detener la marcha de las pasiones.

En efecto, cuando Santa Mónica empezó á traer á su marido á la religion cristiana, su hijo huye de ésta por completo; y cada dia se deja llevar mas y mas de sus desvarios. Asusta leer en las *Confesiones*, esas páginas de verdad tan elocuente, en las que, á manera de un gran médico, que sigue paso á paso la marcha de cierta enfermedad, describe y analiza Agustin los incesantes progresos del fuego mortífero, que se apoderó de su alma; y al leerlas, no es posible dejar de preguntarse á sí mismo hasta con espanto; ¿qué vá á ser, no ya de su virtud, porque esta habia perecido mucho tiempo hacia, sino de su alma, de su corazon, de su carácter, y de su inte-

ligencia misma. Porque es preciso decir de estas desoladoras combustiones del mal, lo que está escrito en el libro de Job: «que son fuego, que todo lo consume; abrasa los gérmenes de la vida, y reduce á cenizas sus raíces.» (1) Destruye la salud, deseca el corazón, y esteriliza el alma. Los castos movimientos del más puro amor, las poéticas ideas de la adolescencia, próximas á manifestarse, los entusiastas pensamientos de la juventud, el conocimiento de lo infinito, las fuerzas futuras de la razón viril, y las inspiraciones llenas de sensibilidad y de ternura, todo desaparece prematuramente. ¿Y quién no sabe que, de todas estas fuerzas que se destruyen, el amor, la amistad, la caridad y la piedad son las primeras que se aniquilan; y que el corazón, planta tan delicada, perece aún más pronto que el espíritu? (2) Necesitábase, pues, un nuevo y poderoso socorro, ya que la voz de Dios, el ejemplo de su padre, la paz del hogar doméstico, y el santo perfume de las virtudes de su madre habían sido insuficientes para proteger á Agustín, era menester hacer resonar, al oído de este joven arrebatado, la única voz que puede aún impresionar, cuando todas las otras no tienen ya fuerza; y para ello era indispensable, que Santa Mónica, á quien su hijo había llegado á

(1) Ignis est usque ad interuiccionem devorans, et omnia eradicans genimina. (*Job*. XXXI.)

(2) Véase en la obra «*Conocimiento del alma*» del P. Gratry» el lindo capítulo sobre los *dos hogares*, ó bien léase amenudo la admirable conferencia del P. Lacordaire sobre la castidad.

ilusionar, y qué, como tantas otras madres, que no se persuaden nunca de la culpabilidad de los hijos, descansaba tranquila creyéndole inocente, empezára á conocer los vicios de Agustín.

La luz vino de Patricio; porque hay cosas, que el ojo del padre vé mas pronto, y mejor que el de la madre. Convertido poco tiempo hacia, y un tanto superficial en sus cosas; mas sensible á la satisfaccion de ver como su hijo empezaba á desarrollarse, que al peligro de verle perder su inocencia, fué un dia, lleno de regocijo, á confiar á su Santa esposa, que Agustín, el hijo de sus entrañas, llegaba al estado de virilidad; congratulándose ya con la posibilidad de llegar á ser abuelo. A la primera palabra, que pronunciaron sus labios, apoderóse de Mónica una emocion indefinible; porque hasta entonces, todo su reposo, y todas sus alegrías consistian en la confianza, de que su Agustín era todavia niño; pero la idea de que, llegado á la pubertad, las pasiones iban á despertarse en él, que acaso rugirian ya en su corazon, y que la inocencia se veria bien pronto amenazada, la causaba mortales inquietudes, sumiéndola en la mas profunda angustia. «Mi padre, »dice San Agustín, no era mas que catecúmeno, y »esto desde muy poco tiempo;» no es pues de extrañar si sus pensamientos no eran mas levantados; «pero mi madre estaba muy adelantada en la piedad. »Vos habiais comenzado, ó Dios mio, á edificar »vuestro templo en su corazon, y permaneciais en »él por la presencia de vuestro espíritu. Por eso, »ella, en aquel mismo momento, se sintió profun- »damente turbada, apoderándose de su alma un

»temor enteramente cristiano, por los peligros
 »que me amenazaban.» (1) ¡Cristiano temor efectivamente el de Santa Mónica! ¡inquietud sublime y divina la que hace olvidar á una madre, la hermosura y creciente virilidad de su hijo, jóven aún, para no pensar mas que en su inocencia! ¡Y, gracias á Dios, que ese temor é inquietud sublime, á pesar de los tristes dias que atravesamos, no ha desaparecido aún de entre nosotros, y conmueve todavía muchos corazones cristianos!

Corrió Mónica en busca de Agustín y, bien porque él confesase, ó porque, con esa intuición que hay en el alma de las madres, adivinase lo que pasaba en él, empezó á manifestarle con su emoción y sus lágrimas, lo que pensaba del triste estado en que se hallaba. Frecuentemente, paseando á solas con él, le hablaba de Dios, de la fé de su infancia, de la tranquilidad de que disfrutaban los corazones puros, del honor que esta pureza les proporciona, de la fealdad del pecado, y del horror que debe inspirarnos; pero á pesar de que Mónica, al exponer estas cosas á su hijo, lo hacía con ese acento penetrante y conmovedor, que sale naturalmente del corazón de las madres, sobre todo cuando están llenas de fé, y sus hijos en peligro, era un lenguaje este, que Agustín no comprendía; las palabras, que debían penetrar en su alma, no le hacían mella alguna, pasando desapercibidas; y como por otra parte,

(1) Sed matris in pectore jam inchoaveras templum tuum, et exordium sanctæ habitationis tuæ..... Itaque illa exilivit pia trepidatione et tremore. (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

no queria replicar á su madre, empezaba á rehuir su compañía; porque la mirada inquieta y penetrante de Mónica era para él un martirio.

Agustin pasaba dias enteros cazando, solo, errante de una parte á otra, entregado á los mil movimientos, que agitan un alma de diez y seis años; y pasando sucesivamente, de los sentimientos mas nobles y de los sueños mas bellos, á los pensamientos mas bajos y á los mas vergonzosos proyectos; semejante á un barco que, próximo á perderse, sube y baja á merced de los vientos y de las olas, sin que pueda tomar direccion fija. (1)

Cuando no iba á cazar, pasaba el tiempo con sus amigos en conversaciones y juegos indignos, impropios de su profesion y de su clase, «¿Hay »nada mas feo que el robo? ¿á quién se le »perdona? ni aún al indigente impulsado por la »miseria: pues bien, yo, dice San Agustin, yo he »querido robar, y he robado en efecto, sin necesi- »dad, puesto que de nada carecia; por mi poco »amor á la justicia, y en fin, por falta de probi- »dad. Habia inmediato á las viñas de mi padre, »un peral cargado de fruto; y á media noche, des- »pues de haber prolongado nuestros juegos hasta »aquella hora, segun costumbre, una cuadrilla de jó- »venes viciosos y libertinos, nos dirigíamos á aquel »sitio, y sacudiendo fuertemente el árbol, llevá- »bamos grandes cargas de peras; no para regalar- »nos con ellas, sino para arrojarlas á los puercos, y »simplemente por el gusto de hacer mal.» (2)

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXXI.

(2) *Confes.* lib. II. cap. IV.

A estas travesuras maliciosas, propias de niños mal educados, (de las que ni siquiera haríamos mencion, sino hubiesen dado motivo á San Agustín, para elevarse á las mas altas consideraciones filosóficas, sobre la depravacion del hombre, que se complace en hacer el mal; y á las mas profundas reflexiones morales, sobre el peligro de las malas compañías, gracias á las que se cometen faltas, en que sin ellas jamás se incurriría) á estas travesuras se unian desgraciadamente entonces los juegos y conversaciones, mas culpables aún, por la malicia en que iban envueltas. «Ligado á mis amigos, »cuando hacian público alarde de sus desórdenes, »gloriándose tanto mas, cuanto mas infames eran, »me avergonzaba yo de no ser tan corrompido como »ellos; y me precipitaba en el mal, no solo por encontrar placer al cometerle, sino por la vana satisfaccion »de verme aplaudido por los otros. Nada hay mas »vergonzoso que el vicio, y sin embargo, por un »extraño desorden de mi razon, ¡yo era vicioso por »temor á la vergüenza! Y cuando nada habia hecho, »que pudiese igualar á los desórdenes de los mas »perdidos entre mis amigos, aparentaba haber obrado mal, para no aparecer á sus ojos tanto mas »despreciable, cuanto mas inocente, ni tanto mas »vil, cuanto mas casto. Con estas compañías recorría yo las plazas de aquella Babilonia corrompida, »y empezaba á revolcarme en el fango.» (1)

(1) Præceps ibam tanta cæcitate, ut inter coætaneos meos puderet me minoris dedecoris.... Quid dignum est vituperatione, nisi vitium. Ego, ne vituperarer, vitiosior

Es cosa fácil seguir los dolores siempre crecientes de Santa Mónica. No satisfecha de confiar á Dios sus inquietudes, con fervientes y continuas oraciones, hacía resonar en los oídos de su hijo los mas saludables consejos, y, según el mismo San Agustín, las palabras mas penetrantes y mas fuertes. Una vez, en particular, llamóle aparte, y «con qué solicitud, aún me acuerdo de ello, dice el mismo Santo, me rogó que fuese casto, y que si no tenía el valor de abrigar en mi corazón esta virtud tan preciosa, al menos la respetase en el corazón de los demás: y sobre todo, añadía mi madre, no turbes jamás con tus desórdenes, la tranquilidad, el honor, y la unión de las familias.» (1)

Pero, ¡con qué rapidez se desarrollan las pasiones en el alma! y ¡cuan pocos momentos necesitan, para llegar á dominarla por completo! Este amable jóven, de espíritu tan elevado y corazón tan excelente, y que tenía una madre como Mónica, la cual le profesaba amor tan tierno y verdadero, no bien empieza á sentir en su alma el aguijón de las pasiones, cuando ya no escucha

fielam, et ubi non suberat quo admissio æquarer perditis, fingebam me fecisse quod non feceram, ne viderer abjectior quo eram innocentior, et ne vilior haberer quo eram castior. (*Confes.* lib. II, cap. III.)

(1) Volebat enim illa (mater), et secreto memini ut monuerit, cum sollicitudine ingenti, ne fornicaret, maximeque ne adulteraram cujusquam uxorem. (*Confess.*) lib. II, cap. III.)

los consejos de esta madre tan celosa, y lo que es peor aún, ¿para qué ocultarlo? empieza á despreciarla. «Las palabras de mi piadosa madre, dice, no eran ya, á mis ojos, sino palabras de mujer, y yo, jóven como era, me habria avergonzado, de dejarme conducir por una mujer. Hé aquí como la despreciaba; á mi madre! pero nó, ó Dios mio, era mas bien á Vos, á quien «yo despreciaba en ella.» (1) Esto hizo descorrer por completo el velo, si es que aún cubría los ojos de Mónica, y que por primera vez empezara á sentir el gran dolor de las madres. ¡Qué de lágrimas vertería! ¡qué de consejos, aún más enérgicos, debió dar á su culpable hijo! y ¡qué súpticas tan ardientes dirigiría, sin duda, al Altísimo, para que él mismo salvára, y protegiera á su Agustin, á quien ella no sabia ya como proteger!

No obstante todo esto, veinticinco años despues, examinando Agustin el proceder de su madre en esta crítica circunstancia; despues de hablar de sus consejos, de sus lágrimas, de sus oraciones, de su vigilancia, y por último de todo cuanto acabamos de referir; encuentra que no habia hecho todavia lo bastante, para salvar la conciencia de su hijo. Era necesario cortar, rajar, y sacrificarlo todo, hasta sus estudios y su porvenir, antes que dejarle

(1) Qui mihi monitus muliebres videbantur quibus obtemperare erubescerem. In illa (matre) contemnebaris á me, filio ejus, filio ancillæ tuæ, servo tuo. (*Confes.*, lib II, cap. III.)

marchar por un camino, en el que necesariamente iba á perecer su alma. «Mi madre, dice, tuvo el »cuidado, de prevenirme que fuese casto; pero des- »pues de las revelaciones de mi padre, no se cui- »dó bastante, de cortar por lo vivo esos instintos »malos, cuya violencia preveia. A toda costa debió »ponerse remedio á esas nacientes pasiones, aun- »que para ello hubiere sido preciso, casarme segui- »damente en el mismo Thagaste; pero mi madre re- »trocedió ante el remedio, por el temor de que esta »cadena, pudiera destruir mi porvenir. No mi eter- »no porvenir, porque en cuanto á este, mi madre »habia puesto toda su confianza en Dios; sino mi »porvenir literario, del que tanto Patricio como Mó- »nica, se mostraban demasiado celosos para conmi- »go: él, porque olvidado de Vos, ó Dios mio, so- »ñaba lauros para su hijo; ella porque lejos de figu- »rarse, que estos estudios pudieran perjudicarme, »los miraba como escalones, que debian conducir- »me hasta Vos. Entretanto, lejos de dirigirme con »una prudente severidad, las riendas ondulaban li- »bremente, y yo, sin freno alguno, me dejaba ar- »rastrar por mis desordenadas pasiones.» (1)

Así hablaba Agustin de su madre; y porque se contentó con llorar y gemir, en esta primera aparicion de las pasiones de su hijo, dice «que ella marchaba aún lentamente por el camino de la virtud.» (2) ¿Y qué diremos nosotros, gran Dios!

(1) *Confes.*, lib. II, cap. III.

(2) *Ibat tardior mater carnis meæ.* (*Confes.* lib. II, cap. III.)

de tantas cristianas que, débiles para con los suyos, no quieren ver sus desórdenes, cierran los ojos, escusan con facilidad sus vicios, y no comprenden que el primer deber de las madres, despues de formar la conciencia de sus hijos, es el de protegerla, defenderla, y salvarla á toda costa?

Durante este tiempo, el dinero necesario para la continuacion de los estudios de Agustin, se habia reunido. Patricio deseaba apresurar la marcha de su hijo, pero Mónica estaba llena de inquietudes; pues si por una parte, comprendia que era necesario separarle de la vida monotoná, viciosa y peligrosa de Thagaste, por otra le sobresaltaba la idea de tener que dejarle solo, tan lejos y en una ciudad tan corrompida como Cartago. Era preciso, sin embargo, resolverse á esto último, puesto que Patricio lo exigia; así que, llena de inquietudes, y procurando á veces persuadirse á sí misma, de que el estudio de las letras que Agustin iba á emprender, le distraería acaso de sus desórdenes, le condujo á Cartago, hácia fines del año 370; es decir, al abrirse las clases. La historia no nos dice cuantas lágrimas derramaron sus ojos en esta ocasion; ni los saludables y tiernísimos consejos que Mónica diera á Agustin, á fin de que permaneciese puro, y conservara su fé; ni nos refiere en fin, cuales y cuantas fueron las emociones de esta madre al separarse de tal hijo, y en tan criticas circunstancias; pero no es difícil conjeturarlo.

Cartago, reedificada en la época mas brillante de la civilizacion romana, era, por su lujo y sus riquezas, una de las primeras ciudades del Imperio; y

no cedía en ostentacion, ni á Antioquía, ni á Alejandria. Mas moderna que estas dos ciudades, tenía el aspecto de una poblacion nueva, que, sin agradar demasiado á las personas de gusto exquisito, era, sin embargo, ponderada por la generalidad de los que la visitaban. Tenía un hermoso puerto, recientemente construido por Augusto; extensos muelles, calles anchas, rectas y bien ventiladas, regadas por abundantes fuentes, y siempre muy concurridas. Una de estas calles, llamada Celeste ó Celestial, estaba llena de templos; y otra, que se titulaba de los Banqueros, brillaba por el oro y los mármoles, que la adornaban. Mas lejos, estaban las grandes fábricas de telas preciosas; los mercados de trigo, de frutas y de ganados; los cambiantes de monedas, y, para decirlo de una vez, todo el movimiento de una ciudad industrial y mercantil, en que habitaba el antiguo espíritu cartaginés. No por esto estaban descuidadas las ciencias; poco griega por instinto, y de gusto puramente latino, mas inclinada hácia el Occidente que hácia el Oriente, era, por el movimiento intelectual salido de Roma, lo que Antioquía, y sobre todo Alejandria habia sido, por el que recibieran de la Grecia; el foco y centro de las letras. Sus escuelas, que se distinguian por largas banderas blancas, que ondeaban á sus puertas, eran numerosas, y célebres á la vez. Enseñábase en ellas la gramática, la elocuencia y la filosofía; toda la juventud africana afluía allí, y aunque inteligente, era superficial, disoluta y sin freno alguno; aclamaba hoy á un profesor, y entrando mañana tumultuosamente en su

clase, destrozaba con furor y con escarnio, cuanto se le ponía por delante. Los jóvenes que capitaneaban, y dirigían estos desórdenes, los mas libertinos á la vez que los mas elegantes, habían tomado, ó recibido un sobre-nombre, de que ellos mismos se vanagloriaban; llamábanse *Eversores*; como si digéramos, trastornadores y pendencieros.

Al gusto de las letras unía Cartago una afición decidida por las artes: en sus teatros se representaban las obras selectas de la Grecia, y las mas bellas del arte dramático romano. Mas no se contentaba con representar á Sofocles, Euripo, Terencio y Plauto, sino que á todo esto unía los juegos circenses, y los combates de animales y gladiadores; siendo tal la avidez del pueblo por esta clase de espectáculos, y tanta la pasión de los jóvenes en las apuestas, que se hacían durante ellos, que casi siempre terminaban estos juegos, por injuriarse y golpearse los unos á los otros, produciendo con frecuencia tumultos y asonadas. Por lo dicho se concibe cuales podían y debían ser las costumbres de semejante pueblo; así es que, bajo este punto de vista, Cartago rivalizaba con Roma, que es cuanto puede decirse.

Hé aquí lo que era esta ciudad, á donde llega un joven de diez y siete años, dotado de imaginación vivísima, dominado por las pasiones que acababan de estallar en su corazón, y que aún no había entrevisto, mas que como en sueños, esa copa seductora, en la cual, á su edad, se cree hallar la felicidad; pero que estaba decidido á apurarla cuanto antes hasta la última gota. ¿Qué eran los peligros

de Madaure al lado de las seducciones de Cartago? Y si Agustín, inocente aún, había sucumbido tan pronto en Madaure ¿qué iba á ser de ese mismo Agustín, que entraba culpable en Cartago?

Su presencia causó en las escuelas particular sensacion. Agustín poseia ya muchas lenguas, tenia una disposicion singular para la filosofía y la metafísica, grande amor al estudio, un gusto especial por la poesía y las bellas artes, en sus diversos géneros, y sobre todo cierta elocuencia natural, que brotaba sin esfuerzo, de su alma sublime á la vez que apasionada. Dejó pues admirados á sus condiscípulos, y aún á sus maestros, y todo el mundo presintió, que muy en breve llegaria á ser la gloria del Foro de Cartago.

En medio de estos triunfos, su reserva y timidez añadían un encanto singular á su persona. No le gustaba hacer ostentacion de su talento; en esta parte no tenia vanidad. Llevaba en su fisonomía, que cada vez era mas bella, ese candor que tan bien sienta á las naturalezas superiores, y que, al mismo tiempo, es la señal y compañera del verdadero talento. Tal era Agustín á la vista de los hombres; pero él nos confiesa humildemente, que en su interior era muy otro. Que soñaba con la gloria y con el renombre, que sus miras, llenas de ambicion, se dirigían al Foro, y que bajo esa apariencia modesta, de que jamás se despojó, y que le era natural, ocultaba un alma, cada vez mas enamorada de sí misma. «Yo, dice, ocupaba »el primer lugar en las escuelas de retórica, lo »que me ensoberbecía, é hinchaba de vanidad. Sin

»embargo, ó Dios mio, continúa, Vos sabeis que
 »era mas circunspecto que los otros, y que me
 »alejaba de las locuras de mis camaradas llamados
 »*Eversores*. Llegué hasta experimentar una especie
 »de vergüenza, porque no era como ellos, y me
 »complací en su amistad, aunque siempre tenia
 »oposicion y horror á sus desordenadas travesuras,
 »esto es, á los engaños y chascos, con que des-
 »caradamente perseguian, é insultaban la cortedad
 »y vergüenza de los forasteros y desconocidos, in-
 »quietándolos sin razon, ni interés alguno, y so-
 »lo para hacer burla, y fomentar así sus bromas
 »de mal género. Con tales compañeros estudiaba
 »yo entonces la elocuencia, en la cual deseaba so-
 »bresalir, solo por la ambicion de brillar; deseo
 »tanto mas reprehensible, cuanto que era escitado
 »por la vanidad.» (1)

Pero, por grandes que fuesen entonces su vanidad y ambicion, no era esta en Agustín la mayor llaga; su corazon estaba mas enfermo que su espíritu. A los primeros desvarios de las pasiones, que tan violenta y terriblemente se habian manifestado en Thagaste; habia sucedido un cierto mal estar, acaso mas terrible todavia. Su alma, olvidada de Dios y desfallecida, buscaba algo que pudiese satisfacerla; pero este algo que le faltaba y echaba de menos, no sabia donde hallarle; vivia

(1) Et major jam eram in schola rhetoris; et gaudebam superbe, et tumebam typho.... Inter hos ego, imbecilla tunc ætate, discebam libros eloquentiæ fine damnabili et ventoso per gaudia vanitatis humanæ. (*Confes.* lib. III., cap. III et IV.)

en una inquietud indefinible, que le atormentaba continuamente. Consumido en vagos deseos, sin objeto y sin límites, habia llegado á esa situacion, que de ordinario precede las grandes caidas, y que, demasiado amenudo, las anuncia. «Yo no amaba aún, dice, pero deseaba amar; y devoraba por este deseo, buscaba un objeto á mi passion. Vagaba por la Ciudad para encontrarle, y me causaba tedio y aborrecimiento, no hallar luego lo que deseaba.» Continúa Agustin hablando de esto mismo, y lo hace con palabras de una profundidad admirable. «Olyidado de Vos, ó Dios mio, mi corazon desfallecía. Y sin embargo, no era vuestro amor el que le devoraba; el alimento interior é incorruptible faltaba á mi alma, y yo no sentía hambre, antes bien experimentaba hastío: no porque hubiese comido de él hasta saciarme, sino por inapetencia del espíritu; y mi alma enferma, cubierta de úlceras, y muriendo de inanicion, se arrojaba miserablemente fuera de sí misma, mendigando de las criaturas algo, que pudiera calmar sus ánsias. Yo quería amar y ser amado; pero amado con un cariño absoluto, y sin reserva de ninguna clase.» (1)

(1) Nondum amabam et amare amabam, et secretiore indigentia oderam me minus indigentem. Querebam quod amarem, amans amare, et oderam securitatem et viam sine muscipulis. Quoniam fames mihi erat intus ab interiore cibo, teipso, Deus meus; et ea fame non esuriebam; sed eram sine desiderio alimentorum incorruptibilium, non quia plenus eis eram, sed quo inanior, eo fastidiosior. Et ideo non bene valebat anima mea; et ulcerosa projiciebat se foras miserabiliter scalpi avida contactu sensibilium. Sed si non haberent animam, non utiguerent amarentur. Amare et amari dulce mihi erat, etc. (*Confess.*) lib. III, cap. I.

Agustin era pobre y sin posicion, y como tal pasaba desapercibido en una ciudad tan populosa; pero en cambio era jóven, agradable, y de porte distinguido; (1) ¿cómo, pues, para desgracia suya, no habia de caer, un dia ú otro, en aquellas redes en que tanto deseaba verse aprisionado?

Los teatros, á que, desde su llegada á Cartago, concurría con la pasion, que tuvo siempre por esta clase de placeres, acabaron de precipitarle en el abismo. Para su viva imaginacion, y para su sensibilidad tan esquisita, que le hacia llorar á la simple lectura de unos buenos versos, ó al oír la relacion de un acto generoso inspirado por el amor, el teatro tenia un encanto irresistible. «Los teatros » llenos de imágenes de mi miseria, y abundantes » en incentivos del fuego, que en mí ardía, tambien » me arrebatában.» (2) Al salir de allí, estaba tan dominado por las bellezas, y tan conmovido por los grandes sacrificios, que no buscaba sino ocasiones de hacer nacer aquellas en el corazon de alguno, para sentir el mismo placer; y anhelaba realizar parecidos sacrificios, así fuesen tan penosos como los representados en el teatro.

Pero ¡ah! que esta ocasion la buscaba hasta en el templo; pues los primeros dias de su permanencia en Cartago, Agustin asistía aún á los actos religiosos, si bien solo corporalmente; porque su corazon estaba dominado por las pasiones, y

(1) Elegans et urbanus. (*Confes.* lib. III, cap. I.)

(2) Rapiebant me spectacula theatrica, plena imaginibus miseriarum mearum, et fomitibus ignis mei. (*Confes.*, lib. III, cap. II.)

sus ojos no buscaban allí mas que un objeto, capaz de corresponder á sus deseos. No es fácil averiguar qué le aconteció cierto dia, ni cuál fué la sacrilega empresa que le condujo á la Iglesia, como tampoco el castigo, que Dios le impusiera; porque sobre esto no dice sino muy pocas palabras, y habla en sentido demasiado vago. «Mi impudencia, escribe, llegó á tal punto, que en una de vuestras mas solemnes festividades, y en vuestra Iglesia misma, tuve el atrevimiento de concebir un pensamiento culpable, procurando á la vez un convenio funesto, cuyas consecuencias habian de ser necesariamente mortales. Vos me castigasteis por ello muy severamente, Dios mio, pero no en proporcion de mi crimen. ¡Tan grande sois cuando usais de vuestra misericordia! ¡Vos, mi Dios! y mi refugio contra estas temibles pecadoras, con las que yo me es-traviaba presuntuoso y altanero, alejándome de Vos cada vez mas, prefiriendo mis caprichos á vuestros santos mandamientos, y amando mas que vuestra libertad, la de los esclavos fugitivos.» (1)

Han creido algunos que aquí, en esta Iglesia, al pié del altar, y en un dia de gran fiesta, Agustín encontrára lo que, hacia tanto tiempo venia de-

(1) Ausus sum etiam in celebritate solemnitatum tuarum intra parietes ecclesiae, concupiscere et agere negotium procurandi fructus mortis; unde me verberasti gravibus pœnis, sed nihil ad culpam meam, ó tu prægrandis misericordia mea, Deus meus, refugium meum á terribilibus nocentibus, in quibus vagatus sum, præfidente collo, ad longe recedendum á te, amans vias meas et non tuas, amans fugitivam libertatem. (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

seando: como quiera que sea, no tardó en hallarlo, bien que para su infelicidad. «Caí, dice, en esas redes en que tanto deseaba verme aprisionado, ó mi Dios! y de cuanta amargura sazonó vuestra bondad esta miel! Amé y fui amado; y lanzándome en un mar de dolorosos placeres, llegué á conocer los ardientes celos, las sospechas, los temores, las iras y las tempestades del amor.» (1) ¿Quién era esta desgraciada jóven, que olvidando á Dios por Agustin, como este olvidaba á Dios por ella, cautivó de tal suerte su corazon por espacio de quince años; que le siguió por tierra y por mar, á Thagaste, á Cartago, á Roma, á Milán, y que no le dejó hasta el momento de su conversion, en que bañada en lágrimas y convertida tambien, se encerró en un monasterio, dándose enteramente á Dios? No lo sabemos; Agustin, con una reserva llena de delicadeza, ocultó su nombre, particularmente á su piadosa madre, así como tambien el lazo, que encadenaba su vida; el cual, ni los ruegos de Santa Mónica, ni sus muchas lágrimas hubieran podido romper. Bien pronto, sin embargo, se vió obligado á confesar su bochornoso secreto, pues en 372, Agustin tuvo ya un hijo; ese brillante Adeodato, que mas tarde, en los dias de su arrepentimiento, no se atrevia á llamar con otro

(1) Rui etiam in amorem quo cupiebam capi. Deus meus, quanto felle mihi suavitatem illam, et quam bonus aspersisti! Quia et amatus sum, et perveni occulte ad vinculum fruendi, et colligabar lætus ærumnosis nexibus, ut cæderer virgis ferreis ardentibus zeli, et suspicionum, et timorum, et irarum, atque rixarum. (*Confes.*, lib. III, cap. I.)

nombre mas, que con el de hijo del pecado; pero entonces, en los dias de su pasion, y en las primeras emociones de su triste felicidad, le llamó *A Deo datus*, por Dios dado. «Tal era entonces mi vida, exclama San Agustin, pero, Dios mio! era »vida esto?» (1)

Cuando supo Mónica los desórdenes de su hijo, sintió dolor tan profundo, que llegó á temerse por ella. Sus lágrimas corrian dia y noche, y ni aún en público sabia contenerlas. Habia dias en que, cuando salia de orar y volvía del Santo Sacrificio, el puesto que habia ocupado, quedaba todo bañado con los raudales, que brotaban de sus ojos. La Iglesia ha instituido en honor de Santa Mónica, una fiesta, que celebra el dia cuatro de Mayo, y que pudiera llamarse con toda propiedad, la fiesta de las lágrimas de una madre cristiana; porque es de lo que mas especialmente se hace mencion en ella. Escuchemos los términos con que habla:

ANTIFONA 1.^a—Esta madre lloraba y oraba asiduamente, á fin de obtener la conversion de Agustin.

ANTIFONA 2.^a—O bienaventurada madre, que habiais de ser un dia escuchada segun la inmensidad de vuestros deseos! Entretanto, ella lloraba dia y noche, y pedia ardientemente por su hijo.

ANTIFONA 3.^a—Miradla, ahí está esa viuda que sabe llorar; que vertió tan constantes y tan amargas lágrimas por su hijo.

(1) *Talis vita mea; nunquid vita erat, Deus meus?*

(*Confes.*, lib. III, cap. II.)

ANTÍFONA 4.^a—Las lágrimas, que á torrentes derramaba esta Santa, llegaron hasta Vos, Señor.

ANTÍFONA 5.^a—Las lágrimas de esta madre inconsolable no tenían fin. (1)

Hé aquí lo que yo llamo la fiesta de las lágrimas de Santa Mónica; porque todo el oficio continúa en el mismo sentido, y nos revela en esta madre admirable, como mas detalladamente veremos en el curso de esta historia, un dolor, de que no hay segundo en los fastos de la Iglesia.

Una cosa, sin embargo, sostenia algun tanto á nuestra Santa en su dolor, y es que ya no lloraba sola: Patricio, al asociarse á su fé, empezaba á asociarse tambien á sus lágrimas. Verdad es que renacia lentamente, porque venia de muy lejos, pero al fin iba renaciendo visiblemente hácia la virtud, al mismo tiempo que á la verdad.

La Iglesia canta en las bellas oraciones, de su liturgia (2) y San Agustin afirma, (3) que esta con-

(1) 1.—Flebat et orabat assidue pia parens super filium, per quem Dominus impiorum capita conquassavit.—2. Beata mater, quæ implevit desiderium suum, dum pro salute filii plorans jugiter rogaret Dominum. Exaudiste eam nec despexisti lacrymas ejus, cum profluentes rigarent terram.—3. Hæc est illa vere flens vidua, quæ filium diu et amare deflevit.—4. Elevaverunt flumina lacrymarum, Domine, per sanctam matrem, elevaverunt flumina vocem suam.—5. Flevat uberrimis lacrymis, etc. (*Brev. Rom. Aug., 4 Maii.*)

(2) Benedictione tua copiosa, quæsumus Domine, hæc munera sanctifica, quæ, in solemnitate beatæ Monicæ tibi, suis precibus et lacrymis Patritium virum suum lucratae, offerimus, etc. (*Missa Sanctæ Monicæ, 4 Maii.* Miss. Rom. Aug. Secr.)

(3) (*Confes. lib. IX, cap. IX.*)

versión, lo mismo que la suya, se debió á las oraciones y á las lágrimas de Santa Mónica; pero tambien, segun hemos ya indicado antes de ahora, debe atribuirse á la influencia de los encantos y celestiales atractivos de su virtud, cada dia mayor, á su dulzura, á sus sacrificios, y á la humilde, constante y casta ternura, con que siempre habia correspondido á sus desdenes; á ese perfume de piedad que subia hasta el cielo, de aquella alma inmolada, y constantemente ofrecida en sacrificio, por la salud espiritual de su marido. Todas estas virtudes reunidas, habian creado en torno de Patricio, una especie de atmósfera, en la cual, sin que llegara á conocerlo, habia respirado la fé. Cuando el bien, la belleza, y la verdad se encarnan así en la criatura humana, ejercen una especie de fascinacion tan suave y tan invencible, que no se sabe como resistir; es necesario huir ó sucumbir á ella; no hay término medio.

Patricio sucumbió por dicha suya, é iba cambiando en sus procederes de año en año, sin apenas percibirlo; pero desde hacia algun tiempo, sobre todo, habia variado por completo. Obrando en él de antemano, el Sacramento del bautismo que se proponia recibir, habia comprendido cuanto valen la pureza de corazon, y la bondadosa ternura, y, arrepentido del pasado, se esforzaba en hacer olvidar á su esposa las crueles aflicciones, que la habia producido. (1)

(1) Virum suum in extrema vita temporalí ejus lucrata est tibi, nec in eo jam fideli planxit quod in nondum fideli toleraverat. (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

Por mas que el corazon humano haya vivido siempre en la tristeza y los sufrimientos, apenas se derrama en él una gota de cariño, desde aquel instante se olvida de todo. Santa Mónica recogia entonces esta gota preciosa, y despues de diez y siete años de matrimonio, su alma y la de su marido volvian por fin á unirse, con ese amor delicado y sublime á la vez, que tan bien nos describe un autor contemporáneo. «Cuando alguno ha sido, »para una pobre criatura extraviada, el instrumen- »to de la luz que revela su caída, y que la vuel- »ve á levantar á la altura, de que nunca debió »descender, esta cura sublime, que la libra de »una muerte segura y eterna, suele inspirar á »las dos almas un atractivo indefinible, nacido del »bien que la una ha hecho, y de la dicha que »la otra ha recibido.» (1) Patricio y Mónica conocieron este noble atractivo antes de separarse para la eternidad; y la ternura de la una para con aquella alma querida, salvada ya de la muerte eterna, y el reconocimiento del otro para con ese corazon amante, tan dulce como fuerte, que le había arrancado del abismo en que yacía, causaron en sus almas, que ya no eran sino una sola, y precisamente cuando se hallaban al borde del sepulcro, uno de esos amores que no tienen nombre en la tierra.

Ignóranse las circunstancias que concurrieron á la muerte de Patricio; solo se sabe, que habiendo enfermado hácia el año 371, y comprendiendo que se aproximaba la última hora, pidió y recibió el

(1) El P. Lacordaire, *Santa Magdalena*.

bautismo con gran fervor, durmiéndose despues en Jesucristo cristiana y tranquilamente, asistido de aquel ángel, que Dios le diera por esposa; y que á fuerza de dulzura, de paciencia, de afectuoso amor y de sacrificios, habia logrado atraerle desde muy lejos, para devolverle á Dios. Retrocedamos con el pensamiento diez y siete años atrás. Cuando Patricio contrajo esponsales con Mónica, la nobleza, la generosidad, la rectitud y la delicadeza misma, pues que todas estas cualidades se albergaban en el alma de Patricio, estaban comprimidas en él, y como sepultadas tan hondamente, que ni el ojo mas penetrante, aún el del mismo Patricio, habria podido distinguir las: solo el orgullo, la soberbia, el indiferentismo religioso, y las malas pasiones se dejaban oír, y reinaban en su alma. Pero poco á poco, y bajo la suave influencia de Mónica todo habia cambiado; las viles pasiones se retiraron al fondo de aquella alma, mientras que las buenas cualidades, que un dia la embellecieron, abandonando las sombrías mansiones, do se habian refugiado, volvieron á aparecer, y manifestarse. La luz habia concluido por triunfar de todo, y en el instante, en que Patricio exhalaba el último aliento, llenaba de brillantes resplandores su postrera mirada, llena de reconocimiento y felicidad. Mónica asistia á esta escena llorando, á la vez de gozo y de dolor; no acordándose ya, de las flaquezas, ni de los rigores de su marido, y sintiendo mucho perderle precisamente, cuando iba á gozar de su cariñoso afecto. Algun tanto consolada con la idea de volverle á encontrar en dia no lejano, y haciéndole pre-

parar modesta sepultura, reservóse en ella un puesto, á fin de reposar siempre al lado de aquel, cuya alma habia resucitado. (1)

Así consolaba Dios á su sierva, sin dejarla sucumbir á la fuerza del dolor, que producian en ella los extravíos de su hijo. A cada paso que este daba en el mal, habia correspondido en la vida de Patricio, un nuevo paso hácia el bien. Cuando Agustin habia empezado á alejarse de Dios, á frecuentar los teatros, y á dejar arder en su corazon el fuego del mal; Patricio, aproximándose al Ser Supremo, se habia hecho catecúmeno. Cuando Agustin, despreciando los consejos, los ruegos y las lágrimas de su madre, habia encadenado su vida en un amor culpable, é iba á deshonorarse á los diez y ocho años con una vergonzosa paternidad, Patricio habia pedido el bautismo, renaciendo á la vida en sus aguas saludables; y purificándola más y más en las de la penitencia, habia muerto como cristiano. Esto que vemos aquí, al principiar esta historia, lo veremos hasta el fin: constantemente al lado de los dolores de Santa Mónica hallaremos un consuelo. Esta recompensa era bien merecida, y Dios se la dispensaba, obrando como siempre en justicia; porque si en medio de sus dolores, habia tenido tanta resignacion, era debido á su muy ardiente fé; y si lloraba por Agustin, aún mas de lo que debia, era porque profesaba á Dios un amor tan grande, que no reconocía límites.

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. XI.

CAPITULO QUINTO.

SANTA MÓNICA VIUDA.—IMPOSESE LOS MAYORES

SACRIFICIOS PARA TERMINAR LA EDUCACION

DE AGUSTIN.—ROMANIANO LA AYUDA.—

EN MEDIO DE SUS GRANDES AFLICCIONES MÓNICA NO PIERDE

LA ESPERANZA.—PRIMER ESFUERZO DE AGUSTIN

PARA VOLVER Á LA VERDAD.

. AÑOS 372 Y 375.

La primera obra que Dios habia confiado á Santa Mónica, estaba terminada. Habia empleado diez y siete años en cumplir su mision; pues si bien la parte cronológica de esta historia se halla como envuelta en cierta oscuridad, no obstante, todos cuantos se han ocupado de la Santa, están de acuerdo, en que la muerte de Patricio tuvo lugar el año 371. Mónica contaría entonces sobre treinta y nueve años.

Conviene consignar aquí un hecho notable, que constantemente hemos observado, durante nuestros estudios agiológicos; y es, que casi todas las grandes santas han sobrevivido á sus maridos. Santa Mónica, Santa Paula, Santa Isabel de Hungría, Santa Eduvigis, Santa Chantal, la Bienaventurada María de la Encarnacion, y otras muchas presenciaron la muerte de sus respectivos esposos. Ellas entran en el estado del matrimonio, pero no ha-

cen mas que atravesarle; pasan por él de largo; gustan por un instante sus dulces satisfacciones, para enseñar al mundo á gustarlas santamente; pero bien pronto Dios, cual si ambicionára solo para sí la posesion de tales corazones, destruye y desarraiga todo cuanto los rodea; acaso tambien para dar á esas grandes almas, con los dolores que sufren, la facilidad y ocasion de llegar al sumo grado de la virtud, para cuyo logro rara vez hay en el matrimonio la necesaria libertad. Podria creerse que cuanto mas felices son en este estado, mas predestinadas están á quedarse luego viudas. Santa Isabel por ejemplo, contaba solo veinte años, Santa Eduvigis veintitres, y Santa Chantal veintinueve, cuando Dios les arrebató la felicidad purísima de su vida conyugal. Verdad es que Santa Mónica, no fué viuda hasta la edad de cuarenta años próximamente; pero tambien lo es, que Dios no habia esperado á este momento para coronarla de espinas, y que en su matrimonio habia tenido solo dolores, por lo que parecia natural que no se rompiesen tan luego sus cadenas.

Esto no obstante, apenas hubo muerto Patricio, cuando ya empieza Mónica á elevarse á mayor altura. No encontrando ahora obstáculos que vencer, las bellas aspiraciones de su alma, limitadas y comprimidas durante el matrimonio, tienden y marchan rápidamente hasta la virtud mas sublimé.

No consta que Mónica recibiera del Obispo de Thagaste el velo bendito, y el hábito, con que la Iglesia solia vestir las viudas, que se obligaban á perseverar hasta la muerte en aquel

estado, y que consagradas así á Dios, desempeñaban por entonces en la Iglesia, muchos é importantes cargos. (1) Es posible que el deseo de conservar la libertad para poder correr al socorro de su hijo, que tanto necesitaba de ella, la impidiera hacer esta consagracion; pero al ménos es seguro que, por un sentimiento de fidelidad á

(1) Desde su origen pensó la Iglesia para honrar y preservar á las viudas de todo peligro, en transformar la viudez en una especie de consagracion á Dios. San Gerónimo, llama á este estado el *segundo grado de castidad*. (Epístola XXVI,) y mucho tiempo antes que él apareciera, habíase prescrito la forma de esta consagracion. Tenia lugar, no ya en la Iglesia, sino en el *Secretarium* ó Sacristía. Desde entonces la viuda pertenecía á la Iglesia, que debía cuidar de su subsistencia; lo cual es la causa de que en los *títulos* de ciertas viudas cristianas, se haga constar expresamente, que no fueron gravosas á la Iglesia: *Ecclesiam nunquam, ó nihil gravavit*. (Marchi, *Monumentos del arte cristiano*, p. 98.) Desde entonces tambien, se las empleaba en ciertos ministerios apostólicos; en visitar á los enfermos, y en instruir á los catecúmenos, etc. Hallamos además sobre sus epitafios esta fórmula, sorprendente para las personas poco familiarizadas con la disciplina de la Iglesia primitiva: *Vidua sedit, ha tomado asiento* en calidad de viuda veinte años, treinta años, etc. *Venerigine Matri Vidua Quæ sedit vidua annos LX*. Morini, *inscripciones* de Alb, pág. 195.) Se lee tambien sobre un fragmento de piedra (*Boldeti* pág. 452,) *Vidua sedit*, aludiendo á la silla, ó cathedra, sobre que se sentaban las viudas para enseñar, estando fuera de toda duda, que muchas de las que se ven en las catacumbas, estaban destinadas para ellas. (Véase Martini, *Diccionario de las antigüedades cristianas*.) Pero en tiempo de Santa Mónica, esta intervencion de las viudas habia desaparecido; siendo reemplazada con la práctica de buenas obras fuera del templo, que el Obispo les recomendaba, al tiempo de bendecir el hábito.

la memoria de su marido, Mónica juró en su corazón no volver á casarse, y que el resto de su vida no pertenecería sino á Dios. San Agustín mismo nos lo enseña; y al trazar algunos rasgos del retrato de su madre en aquella época, añade: «Vos
 »sabeis, ó Dios mio, lo que era entonces mi madre: era una viuda casta, sobria y llena de caridad para con los pobres; que prestaba á vuestros santos, toda clase de homenajes y de servicios; que no dejaba pasar un solo dia, sin asistir al Santo sacrificio de la misa, y que era tan asidua en la Iglesia que, diariamente permanecía en ella largas horas, recogida, silenciosa, y ocupada, no de las novedades del dia, ni en hablar con las demás, que tambien asistian al templo, sino en conversar con Vos, ó Dios mio, y en escucharos.» (1) Es decir, que era una de esas viudas de que habla Bossuet, que verdaderas viudas y desoladas, puede decirse que se sepultan en la tumba de su marido, enterrando allí, con sus cenizas queridas, todo amor humano; y que solas en el mundo, consagran todo el amor á Jesucristo, como á su nuevo esposo. (2)

A este luto, que llevó toda su vida, y que es singularmente notable, si se tiene en cuenta lo

(1) Viduæ castæ ac sobriæ frequentantis eleemosynas, obsequentis atque servientis tuis, nullum diem prætermittentis oblationem ad altare tuum; bis in die, mane et vespere, ad ecclesiam tuam sine ulla intermissione venientis, non ad vanas fabulas et aniles loquacitates, sed ut te audiret in tuis sermonibus, et tu illam in suis orationibus. (*Confes.*, lib. V. cap. IX.)

(2) Bossuet, *Oracion fúnebre de la Princesa Palatina, y cartas de piedad y de discrecion.* Carta LXXXIII.

que habia sufrido de Patricio, uníase entonces otro luto, que por fortuna no debia ser eterno; pero que era sin duda mas doloroso: la aflicción de una madre que vé perecer el alma de su hijo, y que para salvarle, no puede hacer mas que inmolarsé y orar por él. Por esto, y para que sus lágrimas fuesen mas poderosas, y sus oraciones proporcionadas á la necesidad que tenia Agustin, se encierra en la soledad, y se consagra con mas empeño que nunca, al silencio, á la vida oculta, á consolar toda clase de miserias, y ante todo al puro y generoso amor de Dios.

Jamás, ni aún en su juventud, habia amado Mónica los atavíos mundanos, antes bien miraba con desprecio los adornos y vanidades; así que apenas fué viuda, renunció completamente á todas estas cosas; y empezó á vestirse con aquella severa sencillez, que distingue á las mujeres, de que San Pablo ha dicho muy bien, que son verdaderamente viudas. A estas bellas cualidades, unia tambien la mas austera mortificacion: apenas comia, y sus ayunos eran tan frecuentes y rigurosos, que no habia quien la igualára; apesar de ser aquella una época, en que la mortificacion corporal se practicaba animosamente. Cuando por casualidad no ayunaba, que acontecia solo en dias festivos, no se sentaba á la mesa sinó suspirando; y miraba los alimentos, como uno de esos brevajes amargos que se suministran á los enfermos. (1) El continuo recuerdo de los extrayíos de

(1) Tanta autem gratia ancilla Christi jejunando alios præcallebat, quod diebus quibus ad cenam vocabatur, tanquam ad amaram medicinam accedebat. (Boll. 4 mayo.)

su hijo, y de los dolores de Jesucristo, no la permitian en la mesa ningun goce. Su conversacion era dulce, inocente, humilde, franca y tan completamente cristiana, que cuando murió, y aún mucho tiempo despues, nadie recordaba haberla oido pronunciar una palabra, en que no reflejara su ardiente fé. (1)

Mónica habia amado siempre mucho á los pobres, tanto que podria decirse que este amor fué su primera pasion. Desde la más tierna infancia, sentia gran placer, en esperar los viageros para lavarles los piés, ó en trasladarse á las casas de los enfermos, para prestarles servicios. Su desgraciado matrimonio habia reprimido esta pasion, pero sin destruirla, ó mas bien aumentándola, á la manera de un torrente, cuyo manantial no se destruye, impidiendo solo que se estienda; así es que tan luego como fué viuda, el torrente desbordó, pero aumentado con las aguas de los diez y siete años que habia estado comprimido, tomó de repente una estension tan grande, y altura tal, que ya no se contentaba con dar de comer á los pobres, sinó que tambien los curaba por su propia mano, ungia con aceite sus asquerosas llagas, los besaba con respeto, los cubria de caricias y los bañaba con sus lágrimas; á la vez que los pobres fuera de sí, y llenos de gratitud, no se contentaban ya, como en otro tiempo, con lla-

(1) Nunquam verbum seculare.... Sed in omnibus verbis suis et factis, semper Christum nominabat. (Boll. 4, mayo.

marla su madre, llamábanla su criada. El primero de estos títulos, significaba la ternura y caridad de Mónica para con los mismos pobres; el segundo revelaba su heroísmo, y los humildes y bajos oficios, á que descendia impulsada por el profundo amor que les tenia. (1)

En esta multitud de pobres, de afligidos, de desgraciados y de enfermos, que Mónica llevaba siempre en el corazón, había sus categorías y privilegios, que desde su niñez había creado, y que recobraron su puesto, tan luego como envió.

Su principal contento era cuidar los enfermos pobres, á domicilio y en los hospitales; porque en medio de aquel imperio romano tan comovido,

(1) Ut non solum mater pauperum vocaretur, sed ancilla. Et quia, dum vir ejus vivebat, potestatem proprii corporis non habebat, ideo eleemosynas non ita largiter tribuebat. Sed postea ita vixit, ut non solum eleemosynas largiter tribueret, sed etiam cicatrices pauperum liniret. (*Boll.* 4 maii.)

Hæc egenis ministravit

Et in eis Christum pavit,

Mater dicta pauperum;

Curam gerens infirmorum

Lavit, stravit et eorum

Tersit sordes vulnerum.

(ADAN DE SAN-VICTOR, *Himno de Santa Mónica*)

(2) *Confes.*, ib. V., cap. IX; lib. IX, cap. IX; lib. IX, cap. XIII.

empezaban á nacer ya estos establecimientos; (1) y en tanto que la Iglesia los poblaba de numerosas falanges de hermanas de la caridad, creacion mas hermosa aún que los mismos hospitales, Dios infundia en el corazon de las mujeres cristianas, el pensamiento de servir á los enfermos, y la Iglesia confiaba este cuidado especialmente á las viudas, que alternaban relevándose por el dia y por la noche, de modo que los enfermos siempre tenian asistencia. Santa Mónica era de las mas fervientes y asíduas, y pasaba largas horas á la cabecera de los enfermos, contemplándose feliz cuando servia á Nuestro Señor Jesucristo, en la persona del pobre. (2)

Además del cuidado de estos, obra tan laudable y meritoria, habia otra en aquel tiempo, más necesaria aún, y que recomendaban mucho los obispos á todos los cristianos, pero con especialidad

(1) Estos hospitales, *nosocomia*, que empezaron á crearse en el reinado de Constantino, (porque hasta entonces la Iglesia, sin libertad para obrar, cuidaba de los pobres á domicilio, por medio de los diáconos regionarios, y de las viudas consagradas á Dios), no eran como los hospitales de nuestra época, vastos edificios, que revelan unidad, sino un conjunto de casas, independientes, *domuncule*, de tal modo que cada enfermo tenia su habitacion separada. (*Procope, De Edif.*; Justinian., t. 1., cap. II; *Hist. Bizanto*, III; Gregorio de Nacianceno, Orat III). Véase el nuevo y excelente *Diccionario de las antigüedades cristianas* del Abate Martini.

(2) Die noctuque infirmos visitabat... Sategebat mirabiliter opera pietatis pro posse cordialiter implere, super omnia infirmis servire (idem, ibidem.)

á las viudas; era la de enterrar á los muertos. Procuraba entonces la Iglesia crear un tierno y delicado interés por los restos mortales del hombre, y nada contribuía mas á su desarrollo, que el ver á las Señoras distinguidas, á nobles y elegantes patricias, lavando, por sí mismas, los cuerpos de los pobres y de los esclavos, envolviéndolos con aromas en tiras de lienzo, y dando algunas veces sus mas ricos vestidos para sepultarlos. (1) Santa Mónica seguía estos grandes ejemplos: cuando, por sí misma, habia cuidado y asistido á un pobre, á ninguno cedía el honor de darle sepultura. Le lavaba, le envolvía en un sudario, y como no habia podido llenar este deber con Nuestro Señor Jesucristo, se consideraba dichosa y honrada, llenándole con uno de sus miembros: últimamente, acompañaba el cadáver hasta el cementerio, encargando luego que se pidiese á Dios por el alma del difunto. (2)

Aún habia para Mónica otra cosa que interesaba mucho mas su corazon, que las obras benéficas ya referidas, y á la que se aplicaba con esmerado celo y especial decision. Profesaba grande amor á los niños huérfanos, que se hallaban expuestos á perder la fé, porque no podian aprenderla en el regazo de sus madres. Se esforzaba en servirles de tal, los educaba como á sus propios hijos, y muchas veces hasta los recogía en

(1) August., *De Civit Dei*, lib. XII, cap. XIII. Lactant., *Inst. divin.*, lib. VI; Tertull., *Apolog.*, XLII; Euseb. *Hist. Eccles.* VII, XVI.

(2) Boll. 4 de Mayo.

su propia casa, sentándolos á su misma mesa. ¿Quién no vé en esto, una de las mas bellas inspiraciones de su corazon de madre, y de madre affligida? Mónica daba estos hijos á Dios, para que Dios la devolviese su hijo Agustin; infundia la fé, el amor y la conciencia en estas tiernas almas, á fin de obtener de Dios la conservacion de la fé, de la conciencia, de la virtud, y el renacimiento del amor divino en el corazon de su hijo. (1)

Pero la mas bella de todas las obras, la mas necesaria, y la mas delicada, á la cual se entregaba con todo el corazon, y á la que Dios la habia destinado de una manera admirable y sobrenatural, era el consuelo de las viudas y de las mujeres casadas. (2) Mas ¡ay de mi! que para las primeras aún puede haber consuelo; mas respecto á las segundas ¿quien piensa en ello? mas todavía ¿quién podría hallar medio de consolarlas? No hay á veces, llaga mas dolorosa, pero tampoco mas secreta; se lleva el dolor en el alma, y es necesario tener la sonrisa en los labios. ¡Qué de hogares domésticos, en donde el amor no ha penetrado jamás! ¡Qué de uniones mas tristes todavía, en donde por un instante brilló la llama del amor, y que luego no conocen mas que la indiferencia, el olvido, el abandono, y las cenizas apagadas de los primeros ardores! ¡Qué de almas, cuya suerte es generalmente envidiada, y que llevan en el fondo del corazon, llagas para las que no hay consue-

(1) Boll. 4 de mayo.

(2) *Viduas et maritatas consolari.* (Boll. 4 de mayo.)

lo posible! Santa Mónica lo sabía por experiencia, y por eso empleaba en estas curas difíciles, toda su dulzura, su esquisita delicadeza, y su profundo y luminoso ingenio; obteniendo en esta empresa, maravillosos resultados. Hé aquí algunas obras de caridad, en que Santa Mónica empleaba su vida; mas como acontece que, si los placeres cansan, los continuos sacrificios pueden llegar á fatigar el alma; si alguna vez desmayaba, corria á reponerse, y cobrar nuevos bríos en Nuestro Señor Jesucristo, siempre presente en el Augustísimo Sacramento, y manantial vivo é inagotable de amor y de sacrificio.

Cualquiera que, por la noche ó por la mañana entraba en la Iglesia de Thagaste, veía allí á Santa Mónica absorta en la oracion, inmóvil, arrodillada, (probablemente en el mismo rincon, de que tanto gustaba en su niñez) y llevando sobre su rostro hermoso, pero surcado de lágrimas, una viva expresion de fé y de amor de Dios. Además de las horas en que se celebraban los divinos oficios, á los que Mónica no faltaba nunca, iba regularmente á la Iglesia dos veces al dia, y en cada una de ellas gastaba largas horas en oracion, leyendo entonces los libros santos, que no dejaba de la mano, y muy especialmente los salmos, que regaba con sus lágrimas. (1)

Tenia Mónica una tierna devocion á los Santos, en particular á los mártires; y con frecuencia iba en peregrinacion á sus tumbas, y á los lugares que ha-

(1) *Confes.*, lib. V. cap. IX.—*Bollandos*, 4 de mayo.

bian ilustrado con algun hecho heroico. El dia de la fiesta, llevaba á su altar un canastillo lleno de pan, vino y viandas, que luego depositaba sobre la tumba del Santo; y despues de haber tomado ella algo de su contenido, porque segun la creencia de aquellos tiempos, era esto un medio de participar las virtudes y méritos del Santo, distribuia el resto á los pobres; teniendo particular cuidado de no incurrir en los abusos, que empezaban á deshorrar esta antigua y veneranda costumbre, y que habian de ocasionar su desaparicion. «Cuando ella, dice San Agustín, llevaba á la tumba de los mártires su canastillo de ofrendas fúnebres, gustaba alguna cosa de las mismas, y distribuia el resto, no reservándose sino escasas gotas de vino, y solo las que, el honor de las santas memorias podría exigir de su extrema sobriedad. Si en un mismo dia se celebraba mas de un piadoso aniversario, llevaba para todos los monumentos un solo y pequeño frasco de vino aguado y tibio, que dividia entre los suyos, con el fin único de satisfacer á su piedad, y de ningun modo á su gusto.» (1)

Todas las mañanas asistia Mónica á la Santa Misa, en la que comulgaba con profundo respeto; y ya fuese en la mesa santa, ya en sus oraciones, Dios la colmaba de especialísimas gracias. Pero entre todos los misterios, el que levantaba su alma á mayor altura, y el que mas la enternecía, era el misterio de la Pasion de Nuestro Señor. El pensamiento de Jesucristo en la cruz, era para Mónica

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

ca como intolerable: ¡tanto la extasiaba y sacaba fuera de sí! (1)

Un día, en particular, que contemplaba en la Iglesia el misterio de la redencion, procurando comprender la inmensidad de los beneficios, que derivan de la Pasion del Salvador, llenó Dios su alma de tan brillante luz, y de tan vivo amor; y sintió afluir á sus ojos tal abundancia de lágrimas, que próxima á desfallecer, y queriendo ocultar esta gracia, salió precipitadamente de la Iglesia; pero ya era tarde, sus lágrimas corrían á torrentes. Apresuráronse á socorrerla los que allí se hallaban, procurando consolarla, pues creían que aquellas lágrimas eran producidas por el dolor; pero ¿qué pueden las criaturas en tales momentos? Su corazón acababa de recibir una de esas profundas heridas, que el amor de Dios causa á veces en las almas dignas de él, y sus lágrimas crecían siempre, sin agotarse nunca. (2)

(1) *Crucem ejus in corde ejus infixit et passionem (Boll. 4 maii.)*

(2) *Dum autem quadam die, præventa et visitata á te, Domine, beneficia tua, quæ tu in carne humano generi clemens exhibuisti, ancilla tua consideraret, tantam gratiam, tantamque lacrymarum copiam, torculari tuæ crucis expressam, in passione tua adinvenit, quod vestigia ejus per ecclesiam lacrymæ desuper pavementum defluentes ostendebant; et quanto plus ab effluentia lacrymarum hortabatur desistere, tanto plus fluvius lacrymarum oriebatur. (Boll. 4 maii.)*

O matrona gratiosa
 Quam transfigunt amorosa
 Crucifixi stigmata.
 His accensa sic ploravit,
 Lacrymis quod irrigavit
 Pavimenti schemata.

(Hymn. Sanctæ Monicæ.)

Es el único hecho de este género, referente á la vida de Santa Mónica, que no se ha relegado al olvido. Pero; ¡qué horizonte nos descubre! ¡qué de virtudes indica! ¡qué union con Dios nos hace sospechar! pero tambien, por el contrario; ¡qué disgusto produce en el alma, la imposibilidad de contemplar en todos sus detalles, una vida que ha sido sin duda tan bella y tan perfecta! No será esta, en verdad, la única vez que hayamos de sufrir semejante disgusto; otras muchas se renovará en el curso de la historia. ¿Qué se ha hecho, por ejemplo, la vida de oracion de Santa Mónica? ¿dónde encontrar los detalles de sus mortificaciones y de sus penitencias, que tan prodigiosas debieron ser, durante los estravios de su hijo? y ¿sus ejemplos de desapego á las cosas terrenas, y tambien de abnegacion? y ¿sus humildes virtudes de la vida de familia? ¿y los rasgos heróicos de su caridad? Diríase que Dios ha querido ocultarnos cuanto á ella se refiere: la hija, la esposa, la servidora de los pobres, la mujer contemplativa, y que solo ha querido dejarnos ver la madre.

Pero esta madre se engrandece más y más, á cada prueba por que tiene que pasar; y bajo este punto de vista, si la muerte de Patricio fué para ella una de las más crueles, que hasta entonces habia experimentado, tambien le fué muy beneficiosa. Patricio tenia pocos bienes, y, como hemos dicho antes de ahora, solo á fuerza de privaciones, habia podido atender á los gastos de la educacion de su hijo; y como estos, habian excedido los recursos, dejaba á la viuda en situacion embarazosa.

Ciertamente que Mónica se preocupaba poco de estos sacrificios, en cuanto que pudieran afectar á su persona; porque tenia vocacion á la pobreza, y la pobreza no buscada, es decir, aquella que Dios envía, es á los ojos de los Santos, mejor que otra alguna; pero Mónica era madre, y las privaciones que una madre acepta para sí, no las quisiera para sus hijos; y, como por otra parte considerase, que era una desgracia para el porvenir de Agustín la interrupcion de sus estudios, porque su corazon y su espíritu se debilitarian con la vida ociosa, monótona é insustancial de Thagaste, antes que consentirlo, resolvió imponerse los más duros sacrificios, y condenarse á toda clase de privaciones.

Agustín realizaba entonces, ó mejor dicho, superaba las esperanzas, que habia hecho concebir durante su adolescencia; el esplendor que habia acompañado á los estudios literarios, era nada comparado con el brillante éxito, que coronaba sus estudios filosóficos. Empezábase á preveer que su principal don no seria, ni la elocuencia, en la que sin embargo fué admirable; ni su sensibilidad, que era exquisita; ni aún su ingenio, tan natural, tan brillante, y tan perspicaz; por encima de estas cualidades, que se manifestaron las primeras, debia descollar un don soberano, llamado á eclipsarlo todo; y precisamente el año 372, en el momento en que Mónica era presa de las torturas de una madre, que no halla medio de completar la educacion de su hijo, fué cuando ese don, superior á todo, vino á revelarse con maravilloso estrepito. Veámos como.

Cuando todavía Agustín no se ocupaba más, que de los estudios literarios, había oído hablar muchas veces á sus maestros en retórica, de las *Categorías de Aristóteles*, como de un libro de profundidad tal, que no se podía comprender sin la cooperación de un hábil profesor, y por medio de figuras, que se trazaban en la arena, para hacer mas perceptibles las oscuridades metafísicas que contenía. Impaciente por conocer lo que él consideraba tan extraordinario, y no teniendo la suficiente fuerza de voluntad, para aguardar á que llegara la época, en que estas cosas debían explicársele, abrió este libro, y empezó á estudiar en él por sí solo. Grande fué su admiración, al ver que no encontraba dificultad alguna, marchando fácilmente en medio de esos árdulos problemas; y cuando mas tarde, hubo de asistir á las explicaciones públicas, nada pudo enseñársele, porque él por sí, todo lo había entendido perfectamente. Del mismo modo, sin la ayuda de nadie, leyó todos los libros de dialéctica, de geometría, de música y de aritmética, sin que en todo esto hallase la menor dificultad, que mas bien experimentaba cuando quería explicarlo á los otros; pues entonces era, cuando conocía, y hasta admiraba el trabajo que, también á las personas dotadas de grande inteligencia, costaba el comprenderlas. Era muy pequeño el número, aún entre los de talento mas privilegiado, que pudiese seguirle, y esto siempre á gran distancia. (1) Aún cuando Agus-

(1) (*Confes.* lib. IV, cap. XVI.)

tin no contaba entonces mas que diez y nueve años, era evidente que poseeria muy pronto esa mirada de águila, que no hay luz que pueda ofuscar, y ese poderoso vuelo, que la permite remontarse hasta las más elevadas cimas.

A la par que se descubria el gran génio de Agustin, dábase á conocer tambien su alma, su carácter y su corazon. La rebeldía y el encaprichamiento de su infancia habian desaparecido, siendo reemplazadas por la más encantadora dulzura. Agustin era cada vez más reservado y modesto; no gustaba de elogios ni de aplausos; evitaba las bulliciosas reuniones de sus discípulos; amaba la dignidad; era celoso de su honra; y por último, vivia siempre agradecido á quien le hiciere algun bien; y así como habia en su cabeza una cualidad dominante, llevaba tambien en el corazon un don soberano, que manaba incesantemente delicada ternura.

Empezábase á ver al mismo tiempo, lo que serian sus facciones, su fisonomía, su exterior en fin, así como tambien la forma del vaso precioso, que habia de contener tan brillante ingenio. Su estatura era corta, no pasando de una mediana talla; su temperamento débil, delicado, y nervioso, cual es de ordinario el de las almas grandes, segun observa San Gregorio Nacienceno; tenia la piel fina y trasparente; y la mirada penetrante, pero dulce, reposada, y llena de sensibilidad y de ternura. Su voz era débil, su garganta delicada, su pecho comprimido y muy inflamable, como indicando, que Agustin era más apto para contemplar que

para hablar; ó al menos, mejor para persuadir por la palabra íntima, afectuosa, y persuasiva, que se usa en un círculo de amigos escogidos, que para dominar con arranques de grande elocuencia, en las asambleas tumultuosas. Todo el conjunto, en fin, era sobremanera elegante, y distinguido, (1)

Si hubiese sido Mónica como las señoras del mundo, tal conjunto de cualidades, y un talento tan precoz y tan brillante, la habrían entusiasmado y llenado de orgullo como madre; pero bajo un exterior tan bello, veía los horribles extragos del mal; una llaga que se dilataba cada vez más; una conciencia, un alma inmortal y el alma de su hijo idolatrado, que iba á perecer! Esta perspectiva cubría lo demás con un velo de muerte; y completaba la desolacion de esta madre, el ver que con la virtud, iba desapareciendo del alma de su Agustín, hasta la misma fé. Desde el corazon, do habian nacido, y donde nacen siempre, empezaban las

(1) Así está representado San Agustín en un retrato muy antiguo que se conserva en Milán, y en el que se le pinta jóven, antes de su conversion y hácia la época, en que daba lecciones de elocuencia en aquella ciudad. *El retrato*, nos dice persona muy competente, *le presenta* vestido con un *traje*, que el vulgo llama MANIQUEO, pero verdaderamente propio de aquellos tiempos, ó por lo menos de los países de Africa; y que no difiere mucho del que, aun en nuestros dias, se usa generalmente en Levante. El color es vermejo, tirando á sonrosado; su frente extensa; su mirada penetrante, sí, pero dulce y tranquila; y el conjunto del cuerpo esbelto y gentil. Por lo demás, cuantos autores han hablado del Santo Doctor, nos le pintan con los mismos caractéres.

tinieblas á subir á su espíritu; pudiéndose predecir desde luego, que despues de haber abandonado la virtud, Agustin renegaría de la fé: mejor dicho, ya no habia que predecir; del primer abismo habia caido en el segundo, y la pérdida de la fé, habia seguido inmediatamente á la desaparicion de las costumbres. «Ay de mí, dice San Agustin, «¿de qué me sirvieron entónces esa prontitud y esa «vivacidad de comprension, con la cual y sin auxilio de nadie, penetraba yo las ciencias, y tantos «libros oscuros y dificiles; puesto que habia caido en excesos tan horribles, y en un indiferentismo tan vergonzoso respecto á las obras de piedad? «¿No eran mas dichosos los que, por su poca edad «unos, y otros por el tardío desarrollo de su inteligencia, no se extraviaban como yo, y cobijados en el nido de la Santa Iglesia, esperaban allí «seguros á robustecerse con el alimento de la fé, «y á adornarse con las alas de la caridad? (1)

Mónica seguia los progresos de ese terrible mal sobresaltada, pero sin que decayera su ánimo. Tenia fé en Dios, la tenia en el corazon grande y profundo de Agustin, y confiaba tambien en la solidez y fortaleza de su espíritu; y hé aquí

(1) Quid ergo mihi tunc proderat ingenium per illas doctrinas agile, et nullo adminiculo humani magisterii tot nodosissimi libri enodati, cum deformiter et sacrilega turpitudine in doctrina pietatis errarem? ¿Aut quid tantum oberat parvulis tuis longe tardius ingenium, cum á te longe non recederent, ut in nido Ecclesie tue tuti plumescerent et alas charitatis alimento fidei nutrent? (*Confes.* lib. IV, cap. XVI.)

porqué, esperando que la ciencia le atraería de nuevo á Dios, antes que verle interrumpir sus estudios; se decidió á los mayores sacrificios, imponiéndose, á fin de sostenerle en Cartago, toda clase de molestias y de privaciones. Pero, ah! ¿qué recursos pueden proporcionar las privaciones de una mujer? Mónica sufría silenciosa y discretamente esta pena, que se mezclaba con tantas otras, cuando un amigo de Patricio, (de los principales ciudadanos de Thagaste, y cuyo nombre debe pasar á la posteridad mas remota, rodeado del reconocimiento de la Iglesia y de la humanidad), Romaniano, adivinando las ansiedades de Mónica, vino con estremada delicadeza, á poner á su disposicion quanto fuera menester, para cubrir los gastos necesarios, hasta que Agustin concluyera sus estudios.

Era Romaniano, sobremanera rico, pero su alma, su nobleza, la generosidad y ternura de su corazon, á la par que su clara y bella inteligencia, valian mucho más que toda su gran fortuna. (1) Conoció, y adivinó, mejor dicho, el gran génio de Agustin, y á fin de que pudiese con menos dispendios continuar sus estudios, propuso á Mónica que fuese á Cartago, y se alojáre en una casa de su pertenencia.

Siempre es bueno, por lo demás, obligar corazones como el de Agustin, pues en las páginas todas de sus escritos, se deja oír la voz del reconoci-

(1) August. *Contra Acad.* lib. I., cap. I; lib. II, cap. I et III.

miento. «O Romaniano! ¿cómo podré manifestarte
 »mi gratitud? ¿no fuistes tú, quien al partir yo,
 »jóven y pobre, para continuar los estudios en una
 »ciudad lejana, me ofreciste tu casa, tu bolsillo, y,
 »lo que es mas todavía, tu corazon? Y cuando tu-
 »ve la desgracia de perder á mi padre ¿no fuís-
 »tes tu tambien, quien me consoló con su amistad,
 »me sostuvo con sus consejos, y me ayudó con su
 »fortuna? Sí, en Thagaste, en nuestra pequeña
 »ciudad, me hiciste brillar ya, honrándome pú-
 »blicamente con tu amistad, y poniendo á mi dis-
 »posicion la mitad de tu casa.» (1)

Si grande fué la gratitud de Agustin por tanta generosidad, unida á tan rara delicadeza, todavia fué mayor la de Santa Mónica. Conservó esta siempre en su corazon el recuerdo de tan grandes beneficios; y cuando Romaniano tuvo un hijo, al que llamó Licencio, Mónica cuidaba de él con el amor mas tierno, vigilándole con celosa solicitud y vivo interés, durante su lucida, precoz y peligrosa juventud; queriendo así patentizar que deseaba servir de madre á Licencio, y manifestar á la vez agradecimiento á Romaniano, ya que este habia sido el segundo padre de Agustin.

Sostenido por una generosidad tan oportuna; menos agitado por las pasiones, que en el lazo cul-

(1) Tu me adolescentulum pauperem ad peregrina studia pergentem, et domo et sumptu et, quod plus est, animo suscepisti; tu patre orbatum amicitia consolatus es, hortatione animasti, ope adjuvisti. Tu in nostro ipso municipio favore, familiaritate, communicatione domus tue pene tecum clarum primatemque fecisti. (*Contra Acad.* lib. II, cap. II.)

pable, que encadenaba su vida, parecían tener una especie de freno; elevado quizás á pensamientos mas sublimes, efecto de la muerte de Patricio, pues, aunque entregado al mal, era difícil que tan precioso ingenio y corazón como el suyo, dejarán de comprender la lección de virtud y de inmortalidad, que brota siempre de la tumba de un padre; Agustín emprendió de nuevo sus estudios, hácia los que su madre le empujaba con ahinco. Esta mujer eminente, que parecía tener el presentimiento, de que su hijo había de volver á la senda de la virtud por medio de la ciencia; (1) y que en su clara penetración comprendía, que cuanto eleva al hombre, le aproxima á Dios; demasiado discreta para poner en manos de su hijo los libros santos, de los que su corazón apasionado no habría sacado el menor provecho, ó los escritos de los apologistas cristianos, que su fe debilitada no comprendería, le impulsaba hácia las estensas playas de la filosofía antigua, y, bajo el pretexto de pulir el estilo, le instigaba sin cesar al cultivo de su espíritu. (2)

La excitación de su madre, su imaginación que empezaba á tomar vuelo, y el curso natural de sus estudios, que le conducía hácia las imperecederas obras del pensamiento humano en los tiempos antiguos, hicieron que por entonces, sobre el año 373, cayera en manos de Agustín el *Hortensio* de

(1) Non solum nullo detrimento, ac etiam nonnullo adjumento ad te adipiscendum futura existimabat (mater) usitata illa studia doctrine. (*Confes.*, lib. III, cap. III.)

(2) (*Confes.*, lib. II, cap. IV.)

Ciceron. Era este un libro en que el eminente orador esplicaba, y discutía todos los sistemas filosóficos, y los clarificaba, es decir, los ilustraba con su elevada razon. Descartaba, ó mejor dicho, despreciaba á los miserables sofistas, que con sus sutilezas, habian comprometido la verdadera filosofia, ó que haciendo de ella un objeto de especulacion, la habian deshonorado; y volviéndose hácia Platon y Sócrates, para ensalzar esa filosofía bella y noble, que eleva el alma á Dios, y la separa de la tierra, y de la que Sócrates ha dicho muy bien, que «filosofar es aprender á morir,» hacia brotar de sus labios torrentes de elocuencia, de ciencia y de armonía. Ciceron es uno de los tres ó cuatro hombres, que mejor han hablado, es decir, que han sabido dar mas energía y mas vida á sus escritos; porque la elocuencia no es otra cosa, que un language que arrebatara el alma, y la enagena, hasta olvidarse de sí misma, á la vista del bien y de la belleza. Verdad es que, en Ciceron, ese language es tan ámplio, y está revestido de formas tan espléndidas, que el comun de los hombres se detiene admirado; pero el alma, que late bajo esa elegante vestidura, es todavia mucho mas grande, mas profunda, mas armoniosa y mas espléndida. (1)

San Agustín quedó encantado leyendo el *Hortensio*; sus ideas, que se arrastraban ya por el lodo, se elevaron repentinamente, tomaron nueva fuerza, y despreciando el mundo, la fortuna, la ambicion, los triunfos, y hasta la gloria, empezó á pensar en

(1) Ciceronis cujus linguam fere omnes mirantur, pectus non ita. (*Confes.* lib. III, c. IV.)

Dios con toda la energía de su corazón. «Este libro, dice, renovó mi alma: mis deseos, mis votos, y mis aspiraciones mas profundas tomaron otra direccion; el mundo me pareció vil y despreciable; consumíame en un amor inconcebible, y en una pasión ardiente por esta sabiduría inmortal, y empecé á levantarme, ó Dios mio, para volver á Vos.» (1)

Si esta conmocion se hubiese verificado un año antes ¿quién es capaz de juzgar lo que habria sido de Agustin? Posible es que, sacudiendo sus alas, hasta entonces solo entorpecidas, hubiese volado por el camino de la luz y de la verdad; pero en el año 373, inmediatamente despues de la caída que hemos referido, su alma se encontraba aprisionada, y habia perdido la fuerza, careciendo ya de accion. Porque no solo el Evangelio, sino tambien Platon, á quien Ciceron explana, enseña que el *Bien* es el padre de la *Luz*; que el movimiento del espíritu que sube hácia Dios, debe apoyarse en las fuerzas del amor; que este proceder que llama él con muchísima propiedad, *el movimiento de las alas del alma*, implica una condicion moral, la purificacion del corazón; y que el alma, en fin, no desarrolla sus alas sino por la virtud. (2)

(1) Ille liber mutavit affectum meum.... Vota ac desideria mea fecit aliter.—Viluit mihi repente omnis vana spes, et immortalitatem sapientiæ concupiscebam æstu cordis incredibili, et surgere cæperam ut ad te redirem. (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

(2) Gratry, *Del conocimiento de Dios*, tomo I, cap. II; *Teodicea de Platon*, pág. 51.—Se hallan en ella los testos mismos de Platon.

Pero aunque Agustín no tuviese el valor de remover todos estos obstáculos, y careciese por tanto de verdadera resolución ¡con qué ardor se lanzó en busca de la sabiduría! Oh! esclama, «¡cuán vehemente era, ó Dios mio, el deseo de olvidarme de las cosas de la tierra, para emprender mi vuelo hácia Vos! Sentíame excitado á amar, á buscar, á tocar, y á abrazar ardientemente la sabiduría, cualquiera que fuese. Porque lo que á mí me extasiaba, era que el *Hortensio* no me proponía la eleccion de tal ó cual secta, sinó la misma sabiduría; y no ofrecía á mi amor, á mis deseos, y á mi solicitud mas que su casta posesion; así que me hallaba enardecido, y rebo-sando entusiasmo.» (1) Por espacio de muchos años, fué efectivamente una especie de delirio, constituyendo esto la primera de las grandes crisis, que debia atravesar Agustín en averiguacion de la verdad.

Además de lo que acabamos de referir, existían otras dos causas que, poco á poco, entibiaron su ardor, en el estudio apasionado de la sabiduría antigua. Habia leído con gran avidez, y en breve espacio, cuanto la filosofía ha concebido, en sus diferentes sistemas, sobre Dios, sobre el alma y sobre el mundo; pero la incertidumbre, que bien pronto echó de ver en tales sistemas, le desanimó

(1) Quomodo ardebam, Deus meus, quomodo ardebam revolare á terrenis ad te!... Sapientiam ut diligerem, et quærerem, et assequerem, et tenerem, atque amplexarer fortiter, excitabar sermone isto, et accendebar, et ardebam. (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

por completo. Agustín buscaba la luz, y la deseaba, como la querrá siempre el hombre, abundante, positiva, inmutable, pero no encontraba sino relámpagos, vislumbres y pequeños rayos de esa luz, que tanto apetecía; nada preciso, nada completo y nada seguro. Todo dependía de un hombre, ó mas bien, dependía de él mismo; porque á través de ese caos filosófico, se veía obligado á investigar lo que cada uno habia dicho; á escoger entre todos, y á formar despues un solo cuerpo de aquellas partes, que creia mas en armonia; viniendo de este modo, á ser él mismo su maestro, y su juez. Así lo ensayó en efecto; pero lo que hoy le parecia verdad, mañana palidecía, y habia perdido su fuerza. Cada dia de estudio le ofrecia una nueva luz, y las mas veces, una nueva duda, y así agitado, creyendo cada dia, asir, estrechar entre sus brazos, y haber hallado la verdad; al apercibirse luego de que no era todavía, mas que una sombra y un fantasma, lo que habia creido ser la realidad; semejante al hombre, á quien, devorado por la sed, se le ofreciese solo una gota de agua, empezó á persuadirse, de que la verdad no estaba allí donde la creia, al menos tan segura, y tan positiva cual él la necesitaba.

Pero aún existía otra segunda causa, y otro motivo de que Agustín empezara, á alejarse de este estudio. Encontraba en él admirables luces: Dios, el alma, lo infinito, el bien, la perfeccion, la verdad, el órden, pero ¿por qué no decirlo? no encontraba allí á Jesucristo. «El nombre de Jesucristo, »dice San Agustín, le habia yo bebido, y mamado

»amorosamente con la leche de mi madre, y se
 »había conservado en el fondo de mi corazón. Sin
 »este nombre, no había libro alguno, por lleno
 »que estuviese de doctrina, de elocuencia y de
 »verdad, que fuera capaz de entusiasmarme; que-
 »daban todavía en lo más íntimo de mi ser, bas-
 »tantes fibras, sin conmoverse.» (1) ¿Y qué fibras
 eran estas, tan dichosamente rebeldes? Fácilmente
 se comprende: eran aquellas, que su madre había
 excitado cuando era niño, y que consagradas, y
 como transformadas con esta excitación cristiana,
 no había ya nada capaz de impresionarlas, fuera
 del nombre de Jesucristo.

Dominado por esta viva impresión, devorado
 por el deseo de arribar á la verdadera sabiduría,
 y persuadido de no hallarla fuera de Jesucristo,
 abrió Agustín las Santas Escrituras. Pero, ¡ah! si
 no estaba en estado de volver á Dios por medio
 de Platon, mucho menos podía volver por la vía de
 Jesucristo! Para saborear el Evangelio, se necesita
 un espíritu humilde, un corazón puro y libre de
 inquietudes; los espíritus orgullosos no son dignos
 de comprender tales misterios, y los corazones agi-
 tados y descompuestos no son capaces de llegar á
 percibirlos; así es que apenas había empezado

(1) Hoc solum me in tanta flagrantia refrangebat, quod
 nomen Christi non erat ibi, quoniam hoc nomen secun-
 dum misericordiam tuam, Domine, hoc nomen Salvatoris
 mei, Filii tui, in ipso adhuc lacte matris tenerum cor
 præbiberat et alte retinebat; et quidquid sine hoc nomi-
 ne fuisset, quamvis litteratum, et expolitum, et veridicum,
 non me totum rapiabat. (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

su lectura, cuando la abandonó. «Abrió la Santa
 »Escritura, dice él mismo, y hé aquí lo que yo
 »ví en ella. Un edificio donde no penetrarán los
 »soberbios: entrada baja, bóvedas inmensas, pro-
 »fundidades misteriosas; y yo entonces no era tal,
 »que pudiese entrar en tan magestuoso templo, ni
 »bajar mi cerviz, y acomodarme á su narracion y
 »estilo. Habitado á la palabra sonora de Ciceron,
 »despreciaba el lenguaje sencillo de las Santas Es-
 »crituras, y mi orgullosa mirada no era capaz de
 »penetrar sus profundidades. Despues he co-
 »nocido, que esta doctrina se manifiesta subli-
 »me y elevada, á los ojos, de los que son humil-
 »des y pequeños, mas yo me desdeñaba de ser pe-
 »queño, y en mi orgullo me figuraba muy grande.»

(1) Pero aún dice mas en otra parte, y con mas
 humildad; «Creed á mi experiencia: yo, en la
 »juventud, he intentado leer las Santas Escrituras,
 »pero la vida culpable me impedia su intelligen-
 »cia; y como mi corazon no estaba purificado, no
 »pude jamás penetrar en ellas.» (2)

¡Cosa admirable, en efecto, y que deberia ser
 bastante, para probar la divinidad de los libros san-
 tos! ni el talento, ni la ciencia, ni el ingenio, ni la

(1) Et non eram ego talis ut intrare in eam possem, aut
 inclinare cervicem ad ejus gressus... Visa est mihi indigna
 quam Julianæ dignitati compararem... Verum illa erat.
 quæ cresceret cum parvulis, sed ego declinabar esse par-
 vulus, et turgidus fastu, mihi grandis videbar. (*Confes.*
 lib. III, cap. V.)

(2) Loguor vobis aliquando deceptus, cum primo puer
 ad divinas Scripturas ante vellem afferre acumen discuti-
 endi quam pietatem quærendi, ego ipse contra me perversis
 moribus claudebam januam Domini mei.... *Serm. 65 de Di-*
versis, cap. V.)

pasion por el estudio, han llegado jamás á penetrar los conmovedores, y profundos misterios del cristianismo; se ha necesitado además, unir á estas cualidades, la humildad, la pureza de corazon, el amor sobre todo, y esto por una razon muy sencilla; porque son misterios de amor, y, por consecuencia, de humildad, de pureza y de sacrificio. Esperemos pues, á que un rayo de estas preciosas virtudes, haya penetrado en el corazon de Agustin; y ese libro que hoy cierra sin comprenderle, mañana le abrirá de nuevo, y la primera línea, en que sus ojos se fijen, le arrancará torrentes de lágrimas que, mas aún que el talento, han de perpetuar su nombre. Pero este mañana está todavia lejos, y necesitamos esperarle largo tiempo.

Estudiando la vida de Agustin, en el año décimo nono de su edad, veíase claramente, que no tornaría tan pronto á la verdadera fé; porque para esto era necesario purificar el corazon, y romper los culpables lazos, que encadenaban su existencia, para lo cual no tenia suficiente fuerza; mas tambien podia preverse, que Agustin no volvería al paganismo, ni siquiera á la filosofia puramente pagana, porque hay abismos, á los que no descenden las almas formadas por madres cristianas; y que si algun error, en el estravío de su razon, podia cautivarle por un momento, seria aquel en que encontrase el nombre de Jesucristo, sin tropezar con su cruz; y que le ofreciese las luces del Evangelio sin exigirle ningun sacrificio. Así sucedió en efecto.

The first part of the history is a general account of the
 state of the world at the beginning of the world.
 It is divided into three parts: the first part
 is a general account of the world at the beginning
 of the world; the second part is a general
 account of the world at the beginning of the
 world; and the third part is a general account
 of the world at the beginning of the world.
 The second part of the history is a general
 account of the world at the beginning of the
 world. It is divided into three parts: the first
 part is a general account of the world at the
 beginning of the world; the second part is a
 general account of the world at the beginning
 of the world; and the third part is a general
 account of the world at the beginning of the
 world. The third part of the history is a
 general account of the world at the beginning
 of the world. It is divided into three parts: the
 first part is a general account of the world at
 the beginning of the world; the second part is
 a general account of the world at the beginning
 of the world; and the third part is a general
 account of the world at the beginning of the
 world.

CAPÍTULO SEXTO.

PRINCIPIO DE LA CRISIS MANIQUEA.—
AGUSTIN, DESPUES DE HABERSE APROXIMADO UN INSTANTE
AL CRISTIANISMO, CAE EN EL MANIQUEISMO,
POR FALTA DE HUMILDAD Y DE PUREZA.—CONDUCTA INCOMPARABLE
DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA.—ES IMPOSIBLE
QUE PEREZCA
. . . . EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS. . . .
. . . . AÑOS 374 AL 377. . . .

Habíase propagado por entonces cierta doctrina, que ejercía sobre los espíritus un encanto singular, la cual aunque de origen antiguo, no se conocía con precisión la época en que naciera, sabiéndose solo, que procedía de la mezcla de las doctrinas persas, caldeas y egipcias, á las que, fusionadas entre sí, se habia unido la filosofía griega, inmediatamente despues de las conquistas de Alejandro, y de las expediciones Romanas, hasta el Asia. ¿A quién se debió esta mezcla singular? difícil era saberlo, y á la verdad que nadie procuraba averiguarlo. Decíase que un Arabe llamado Escitiano, y que vivió hacia ya un siglo, habia ocupado sus ratos de ocio, en confeccionar dicho sistema, pero que no ofreciéndole porvenir alguno, habia cedido sus trabajos á un amigo llamado Térebinte (Terebinto); que éste habia procurado su propagacion, y no habiendo hallado prosélitos, le habia legado al morir, á una viuda ri-

ca, única que habia creído en él, y que por esta razon hízola su heredera; que esta, no teniendo hijos, habia comprado un esclavo, llamado Manés, le adoptó é hizo instruir encomendándole á su fallecimiento, esta famosa doctrina, que aunque contaba mas de un siglo, permanecia aún inédita: esto se contaba por el pueblo; mas la historia importaba poco, porque fuese inventada ó fuese recibida, es un hecho que esta doctrina viene de Manés: él es quien la dió el espíritu, que reanima las ideas, y la forma que produce la vida; él quien la lanzó al mundo en dos distintas épocas, pero la primera bajo una forma puramente pagana, no obteniendo por eso éxito alguno. Esto le hizo comprender, que el cristianismo estaba muy estendido, y que un sistema, en el que no se le mencionaba para nada, no podia progresar: abrió pues el Evangelio, y mezclándole hábilmente con las doctrinas del Oriente y del Occidente, formó por fin ese célebre sistema, condenado por todos sin interrupcion, y á la vez lleno de vida; que los emperadores persiguieron, sin lograr extinguirle; que reapareció en la edad media, poniendo en peligro á la Europa cristiana, precisamente cuando la Iglesia llegaba á su mayor influencia; y que por entonces volvió á desaparecer, pero que acaso no está hoy completamente muerto: porque ¿quién se atreverá á responder, de que en la actualidad no haya sociedades secretas que, por una sucesion no interrumpida, se remonten hasta Manés?

Bien pronto los hechos nos dirán que Agustín

cayó en una heregía ridícula, la menos sólida, y la mas irracional de todas. (1) Nada mas cierto en verdad, porque ¿hay cosa mas ridícula, que el suponer dos principios eternos, el uno del bien, y el otro del mal? ¿dos dioses irreconciliables, que uno á otro no pueden tolerarse, ni tampoco vencerse? ¿qué cosa mas absurda, que suponer dos almas en el hombre, la una que le impele hácia la justicia, y la otra que le determina á pecar? No solamente no hay nada mas absurdo, sino que tampoco mas inmoral. Si el hombre pudiera convenirse, de que una necesidad fatal le impele á obrar, y que puede considerarse completamente irresponsable de sus acciones, no hay duda, sus pasiones se excitarian sobremanera, y escandalizaria al mundo, con la grandeza de su corrupcion. Esta era sin duda la doctrina de Manés; pero guardóse bien de presentarla con tanta franqueza. Solo la perfecta hermosura de la verdad no necesita velos que la cubran; pero el error los toma siempre de los tiempos en que nace, y de las ideas y de las pasiones de los hombres, á fin de no aparecer como es en sí; mas cuando se conoce el estado del espíritu humano y de la sociedad en el siglo IV, no es difícil señalar el origen de la doctrina de Manés, ni el porqué del incontestable atractivo, que entonces ejercía.

Acababa el cristianismo de despertar la inteligencia humana, que cansada de examinar los grandes problemas sin poder llegar á resolverlos, se

(1) Tillemont *Hist. Eccles.*, tomo XIII, p. 18.

habia dormido en el indiferentismo, ó se recreaba en el sofisma. Rejuvenecida y fortificada por esta luz, el espíritu se entregaba con ardor al exámen de esas cuestiones, que serán siempre objeto obligado del pensamiento humano: Dios, el alma, la caída del hombre, la lucha del bien y del mal, el porvenir del mundo, y el triunfo definitivo de la verdad. Hacia tres siglos que acerca de estos puntos, aparecian sin interrupcion, multitud de sistemas curiosos, profundos, y tambien peligrosos; descubriéndose en ellos á la vez, las viejas ideas del oriente sobre la lucha de los dos principios; las doctrinas de Pitágoras, sobre la caída de las almas; las de Platon, sobre la purificacion del corazon; y en una palabra, todas las tradiciones del oriente y del occidente, unidas y armonizadas, segun ellos, en Jesucristo; porque en todos estos sistemas, y particularmente en el de Manés, que habia nacido el último, y que más que ningun otro se apoyaba en el Evangelio, se hablaba sin cesar de Jesucristo. La venida del Mesías, la encarnacion del Verbo, la redencion por la Cruz, y la iluminacion por el Espíritu Santo, todo esto, aunque interpretado, es verdad, á su manera, formaba la base, y era como el eje principal del sistema de Manés.

Al lado de las cuestiones eternas, Dios y el alma, tratábase en él tambien la temporal, la cuestion de la Sociedad. Sufria esta entonces como pocas veces, y cualquiera doctrina, que hubiese pasado indiferente al lado de sus dolores, sin prometer remedio á sus gravísimos males, no habria conmovido una sola alma; pero el maniqueismo anun-

ciaba la reforma del mundo; una mejora completa de sus leyes, de sus costumbres, y de sus instituciones; y una regeneracion inmediata y absoluta por la efusion del Espíritu Santo. Doctrina bastante mística, no lo negamos, y que hoy seduciria á muy pocos; pero que se adaptaba perfectamente á una época, en que nada se esperaba ya del hombre, y en que el mundo, desanimado al ver, que los esfuerzos de los emperadores cristianos no daban mejores resultados, que los de los Césares paganos, creia que nadie más que Dios, podia sacarle de su fatal estado.

Hé aquí el maniqueismo: era á la vez filosofía y teología, religion y culto, con la perspectiva además de una próxima y completa reforma social. No hay duda ninguna, que á todas estas ideas, poco acordes entre sí, les faltaba el lazo de la lógica; pero ¿cuándo la lógica ha gobernado el mundo? y sobre todo ¿quién hay en él que se esfuerce, por ser siempre consecuente? Sin disputa que en este caos, pues no puede dársele otro título, habia varias cosas absolutamente inútiles; pero estaban mezcladas con ideas sublimes, con aspiraciones elevadas y no faltándole tampoco consecuencias bochornosas, se proponia la consecucion de un fin divino con medios irrealizables; es decir, precisamente lo que se necesita, para seducir á los jóvenes inconsecuentes y ardorosos. Mostradles una idea grande, un fin elevado, y los vereis precipitarse, sin que de ello se aperciban, en un cúmulo de absurdos.

A estos atractivos añadamos el gran encanto de las iniciaciones sucesivas y misteriosas;

porque el maniqueismo era una sociedad secreta, y su doctrina no se revelaba á los sectarios sino poco á poco, y en medias palabras, lo cual hacia creer al espíritu, si hallaba algo incomprendible, que esta dificultad desaparecería mas adelante, y que llegaría el día en que, por una revelacion completa, brillaría la luz con todo su esplendor; dando esto ocasion tambien, á que la profunda corrupcion que deshonoraba la secta, se ocultára bajo un velo que no se descorría, sino muy poco á poco.

Pero no era este aún el último lazo que la secta empleaba para aprisionar las almas; avanzando paso á paso en la iniciacion, el espíritu privado conservaba su absoluta independencia, y no habia autoridad alguna que gobernase la razon; la severa y tremenda autoridad de la Iglesia, como decia entonces San Agustin, era escarnecida y despreciada, creyendo cada uno, lo que más le convenia. ¡Mil años antes que Lutero apareciese, la libertad del libre exámen estaba erigida en dogma!

¿Qué mas se necesitaba para seducir á un jóven cansado del yugo de la autoridad, é infatigado con la fuerza de su razon; (1) ávido de verdad, pero queriendo hallarla con sus propias fuerzas; (2) apasionado por la solucion de los grandes problemas, mas no concibiendo que pudieran resolverse

(1) *De utilitati credendi*, cap. 1.º, pág. 35.

(2) (*Confes.*, lib. III, cap. VI.)

sin Jesucristo; (1) y consumido de pasiones, pero anhelando una doctrina, que le dispensára la enmienda, y le librase de remordimientos? (2) Allí estaban todas las seducciones, y en ellas quedó aprisionado Agustín: protegido en vano por la Iglesia, á la que ya no escuchaba, y sin consultar á su madre, antes bien ocultándose de ella, renunció públicamente á la fé de su infancia, y mandó se le inscribiese en el número de los oyentes, que constituían el primer grado de iniciación en la secta.

Detengámonos aquí un momento, para contemplar el inmenso espacio, que antes de los veinte años habia corrido Agustín; asusta pensar en ello. ¡Cuán rápida y espantosa es la marcha de las pasiones! A los diez y seis años, las siente Agustín rugir en su alma, y léjos de sofocarlas, las deja crecer: á los diez y nueve le vemos ya aprisionado, con el corazón encadenado por una paternidad culpable, y sumergido en una de esas situaciones miserables y vergonzosas, que envenenan la vida, y que habia de durar por espacio de quince años; sucediendo que, á la vez que su corazón se corrompía, se oscurecía también su inteligencia, las tinieblas se espesaban, y su fé se extinguía. Agustín busca la verdad, y no descubriéndola en la Iglesia, porque aquella solo se deja ver de los corazones puros, se arroja, humillada su cabeza, en una herejía grosera, en la que, por espacio

(1) *Confes.*, lib. III, cap. IV.

(2) *Confes.*, lib. IV, cap. VII y VIII.

de nueve años, ha de agitarse miserablemente. Aún no había llegado á los veinte, y arrastraba ya dos cadenas á la vez: ¡una mujer ilegítima, y una doctrina inmoral! ¡Oh eterno Rey de los siglos! esclamaría aquí Bossuet, ¡he aquí á lo que Agustín dá la preferencia, olvidándose de Vos! he aquí lo que ha seducido esta alma grandísima!; tanta es la fuerza de las pasiones, y tanto llegan á ofuscar el espíritu, y á cegar el corazón! (1)

La entrada de Agustín en el catecumenado de los maniqueos, se fija en el año 374: mas tarde veremos porque no salió jamás de los primeros grados, ni fué elegido siquiera sacerdote entre ellos; al presente diremos solo que, apénas fué admitido en la secta, manifestó el ardor, la sinceridad y la decision, con que siempre habia obrado en las investigaciones de la verdad; cualidades que á la vez que le dieron mucho honor, fueron tambien su salvacion en medio de los diversos errores que abrazára. Hizose apóstol del maniqueismo, propagándole por doquiera que iba. Invitó á los católicos para unas conferencias, que aceptaron, y en las que desgraciadamente para estos, Agustín rayaba siempre muy alto; aunque más desgraciadamente para el mismo Agustín, pues semejantes triunfos le envanecian más y más, y poco á poco le iban conduciendo al mayor peligro en que caen, los que viven en el error: la obstinacion y la terquedad. (2)

(1) *Oracion fúnebre de la Princesa Palatina.*

(2) August. *De duabus animabus*, cap. IX.

Escusado es decir, que en ninguna parte causaba Agustín mayor número de víctimas, que entre sus amigos y discípulos. (1) Empezaban á agruparse en torno suyo, esas amistades tan bellas y tan íntimas, que la ternura de su alma, el encanto infinito de su imaginación y de su palabra, así como el ardor de su cariño, habían de conservar siempre fieles. Conocemos ya á Romano, y conoceremos luego á cada uno de sus amigos: el dulce y casto Alipio, á Nebridio, adolescente todavía, pero de un carácter admirable, (2) y á Honorato á quien la palabra «Verdad» bastaba para conmoverle. ¡Cuán arduosamente los amaba Agustín, y con qué entusiasmo ha cantado la felicidad de vivir en su compañía «Comunicación amistosa de alegres proyectos, dice él mismo, lecturas agradables hechas en común; bromas, chistes honestos, afectuosos obsequios, pocas disputas, y estas sin incomodarse, cual las tiene uno consigo mismo, y en que la tradición, pone más de manifiesto la intimidad de las almas; instrucción recíproca, impaciente anhelo por los ausentes, alegre acogida de los que volvían; dulces testimonios de afecto, que nacen de los corazones que se aman, y que los labios, los ojos y la lengua revelan en mil movimientos llenos de ternura; y hogares

(1) August. *Ad Prosperum et Hilarium* lib. II, cap. XX, *Confes.* lib. IV, cap. I, et lib. III, cap. XII.

(2) Nebridio adolescenti, mirabilis animæ (*Confes.*, lib. VII, cap. VI.)

»diversos en que el fuego de la amistad funde los
»pareceres, convirtiéndolos en uno solo ¿quién
»podrá describir los atractivos poderosos que en-
»cerrabais, y que se apoderaron de mi alma en-
»cantando su juventud?» (1) Ved ahí el corazón
de Agustín; amaba mucho y por esto era amado
sobremanera; y tal era el ascendiente que ejercía
sobre sus amigos, que la mayor parte dejaron el
Africa, para seguirle á Roma, á Milan, á Ostia
y á donde quiera que fuese. Una vez conocido
Agustín, no era posible vivir sin él, ¿cómo pues
sus errores no habian de seducir á los amigos?
Ah! que casi todos sucumbieron: Alipio, Honora-
to, Nebridio, Romaniano mismo, y hasta otro jó-
ven amigo, cuyo nombre ignoramos, pero cu-
ya muerte arrancó de Agustín tiernísimas lágrimas.

Santa Mónica vivía alerta, y seguía á su hijo
con mirada tan atenta, que no le pasaba desapercibido uno solo de sus pasos. Ya había visto que,
al triunfo de las pasiones en el corazón de Agustín,
había seguido la debilitación de la fé; y si
por un instante pudo concebir alguna esperanza
viendo despertarse en su hijo el amor á la verdad,
y el disgusto del mundo con la lectura del Hortensio;
el desprecio con que Agustín cerró los libros
santos, la orgullosa confianza que en sí tenía, y
el desden con que miraba la autoridad de la Iglesia,
hacíanla presentir nuevas catástrofes, sumer-
giéndola de nuevo en la mas grande aflicción. Mó-

(1) *Confes.*, libro IV, cap. VIII.

nica contemplaba esta recrudescencia de las malas pasiones en el corazón de Agustín, semejante á una madre que desde la orilla del mar, vé á su hijo en medio de las olas irritadas, y sintiendo desgarrarse las velas del buque, y romperse sus amarras, cree asistir á un naufragio inevitable, abismándose impotente en un profundo dolor.

Pero cuando despues de tantos estravíos, supo Mónica, de improviso, que Agustín habia apostado públicamente, cosa que jamás habia temido; cuando las desoladas familias de Alipio, de Romano y de otro jóven amigo, todos de Thagaste, la refirieron el hecho, y la tenacidad de Agustín en su herejía ¿quién podrá describir la consternacion y el dolor, que de ella se apoderaron? San Agustín busca una comparación para hacerlo comprender, y despues de habernos dicho bajo mil formas diferentes, que las lágrimas de su madre corrian copiosamente, que por su abundancia semejaban á los rios, y que inundaban la tierra; no contento con estas imágenes imperfectas, y buscando otra mejor, no encuentra que el dolor de Mónica pueda compararse mas, que al de una madre que ha perdido su hijo único. «Mi madre dice San Agustín, me veia muerto ante Vos, ó Dios mio, me veia con los ojos de la fé, y por medio de esa clara luz que Vos habias puesto en ella; así que vertía por mi mas lágrimas, que jamás madre alguna ha derramado sobre el féretro de su hijo.» (1)

(1) Flebat amplius quam flent matres corporea funera.
(*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

No obstante, al saber Santa Mónica tan terrible nueva, no se contentó con llorar; esto era bueno para cuando Agustin solo tenia el corazon enfermo, sobreviviendo á esta ruina la conciencia, y brillando todavía la fé en su espíritu, cual refulgente luz, pues entonces aún quedaba alguna esperanza; pero al presente, que, no satisfecho de ofender á Dios con sus crímenes, habia apostatado de Jesucristo y de su Santa Iglesia, no bastaba llorar y pedir la salvacion de su hijo, era preciso desplegar todas las fuerzas, con que Dios ha dotado á las buenas madres.

Aproximábanse las vacaciones, y Agustin iba á volver á Thagaste. Santa Mónica resolvió aguardarle, á fin de cerciorarse mas de su apostasia; porque no podia creer, que su hijo hubiese sido capaz de tan gran crimen, y como todas las madres, esperaba todavía contra la esperanza misma. Pero cuando ya no fué posible hacerse ilusiones, y cuando al volver Agustin á la casa paterna, se presentó en ella con el orgullo del sectario; á la primera palabra que dejó escapar referente á su herejía, Santa Mónica, ¡ó deberes de las madres cristianas, cuán terribles sois! se erguió indignada, y hasta diré que ultrajada, sintiéndose herida en lo que tenia de mas delicado, y mas hondamente arraigado en el alma. Entonces su amor á Dios, su adhesion á la Santa Iglesia, la ternura para con su hijo estraviado, el temor de verle perdido para siempre, y su horror al pecado, todo esto unido, la inspiró uno de los actos mas heroicos de energía cristiana, que nos recuerda la

historia de los Santos: Mónica arrojó á Agustin de su casa; le declaró que no queria verle, ni en su mesa ni bajo su mismo techo; y detestando las blasfemias de que hacia alarde, llena de ese augusto enojo que reviste á la madre de una autoridad irresistible, ordenó á Agustin que saliese de su morada, y que no volviese á aparecer en ella. A semejantes órdenes no era posible resistir: Agustin bajó la cabeza, y se refugió en casa de Romaniano. (1)

No cabe duda que estos deberes son dolorosos; y lo son tanto, que si Dios no viniese inmediata y directamente con su auxilio, hay madres que no sobrevivirian á un dolor semejante. Tal era el estado de nuestra Santa, pudiendo decirse que acababa de destrozar su corazon y sus entrañas un dolor inesplicable, y mucho mas profundo que todos los dolores de la tierra. Pero Mónica que tanto amaba al hijo, y que no podia pasar sin verle un solo dia, luego que Agustin salió de su casa, de la que ella misma le habia despedido, se acordó de que era madre, y dejando correr sus lágrimas, cayó de rodillas, llamando á Dios en su ayuda. (2)

Dios la escuchó; pues luego, acaso la noche misma que siguió á este terrible dia, y cuando la Santa agotadas sus fuerzas, reposaba inquieta, tuvo un sueño que la tranquilizó, devolviéndole la esperan-

(1) August. *Contra Acad.* lib., II, cap. II.

(2) *Confes.* lib. III, cap. XI.

za. «Parecíale, dice San Agustín, estar en pié sobre una regla de madera, sumamente triste y abatida, cuando vió venir un jóven radiante de luz, y con rostro alegre y risueño. Al acercarse preguntóle por la causa de sus lágrimas, pero en su aire y manera de decir, indicaba claramente que no la desconocía y que solo interrogaba para consolarla. Habiéndole respondido Mónica que lloraba la pérdida de su hijo: *Oh! replicó aquel jóven, no os inquieteis así*, y señalándola con el dedo la regla de madera sobre la cual estaba, *mirad vuestro hijo, está á vuestro lado, y en el mismo sitio que vos*; y en efecto, dice Agustín, mi madre miró entonces con mas atención, y se apercibió de que yo estaba á su lado, en pié sobre la misma regla.—Y ¿de dónde, esclama, podía venir esta consoladora luz sino de Vos, ó Dios mio, que os dignasteis escuchar los gritos y gemidos de su corazón?»

Mónica, cuya alegría brillaba á través de sus lágrimas, corrió conmovida á casa de Romaniano en busca de su hijo, contándole el sueño que acababa de tener. Escuchó este con serenidad la relacion que le hacia su madre, sin ponerla en duda, porque conocía bien su sinceridad; y trató de interpretarla en su favor. La vision, segun Agustín queria significar, que algun dia Santa Mónica iria á donde él estaba. «Nó, nó, replicó la Santa, el jóven aparecido no ha dicho, donde él está, tu estarás, sino él estará, donde tu estás;» (1) y llena

(1) Non, inquit, non enim mihi dictum est: Ubi ille et tu: sed ubi tu et ille. (*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

con esto de esperanza y seguridad, de que Dios la devolvería su Agustín, cuando hubiese llorado bastante por él, acusándose humildemente de no saber ni orar bien, ni inmolarsé debidamente, levantó una prohibición, tan dolorosa para ella como para el mismo Agustín, devolviéndole su puesto en la casa y mesa paterna.

* Estos acontecimientos debieron tener lugar el año 374, durante las vacaciones de Setiembre. Poco después, Agustín, que contaba entonces veinte años, y había terminado sus estudios, dejó definitivamente á Cartago; y en tanto que podía entrar en el foro, hácia el cual le arrastraban sus inclinaciones y su talento, volvió á fijarse en Tagaste, abriendo allí una clase pública de gramática. (1) Mas ah! que Agustín no volvió solo, y aún cuando Mónica le hubiese levantado la prohibición, que le cerraba la entrada de su casa, no pudiendo, acompañado como venia de otras personas, habitar en la de su madre, aceptó de la generosidad de Romaniano, una de las que este poseía en la ciudad; permaneciendo en ella todo el tiempo que enseñó en Tagaste. Esto no obstante, Agustín estaba continuamente al lado de Santa Mónica, porque «mi madre, dice él mismo, »me amaba tanto que no podía ni verme triste, »ni dejar pasar un solo día sin visitarme»; y por otra parte, apesar de sus pasiones y de las preocupaciones de la herejía, Agustín era siempre un hijo tierno, amante y respetuoso.

(1) Pssidius, *Augustini vita*, cap. I.

Entre madre é hijo no habia nunca discusiones, y ambos las evitaban con cuidado: Agustín por respeto á su madre, Mónica, porque tal habia sido siempre su táctica, y porque en cuanto á su hijo, esperaba mas de las oraciones que de todas las controversias. «En tanto que yo rodaba de abismo en abismo, y me revolcaba en el fango, escribe San Agustín, esta viuda casta, piadosa, y sobria, como Vos las quereis, ó mi Dios, llena de esperanzas, pero no por eso menos asídua en llorar y gemir, no cesaba en las horas de oracion, de elevar por mí sus ruegos en vuestra presencia. Vos los acogisteis, ó Dios mio, aún cuando todavia no habia llegado la hora, de retirarme de las tinieblas en que estaba sumergido.» (1)

Pero si Mónica evitaba toda discusion con su hijo, porque en su humildad temia no poder convencerle, y tierna como era, tenia miedo de herirle inútilmente; en cambio, buscaba por todas partes los hombres de mas autoridad y de mas talento, que pudieran influir sobre Agustín. Ella misma se hacia enconradiza, y les rogaba con ardor que discutiesen con su hijo; pudiendo decirse que les asediaba, á fin de que procuraran demostrarle claramente la verdad y la belleza de la fé católica.

Un dia, en particular, supo Mónica la llegada

(1) Cum illa vidua casta, pia et sobria, quales amas, jam quidem spe alacrior, sed fletu et gemitu non signior, non desineret horis omnibus orationum suarum de me plangere ad te... Cum profluentes lacrymæ rigarent terram sub oculis ejus, in omni loco orationis ejus... (*Confess.*, lib. III, cap. XI.)

á Tagaste de un venerable y sabio Obispo, cuyo nombre por cierto no se ha conservado, el cual tenia profundo conocimiento de los misterios cristianos, y de las Santas Escrituras; reuniendo á la vez la ventaja de haber sido maniqueo, antes que católico. Era esto hallar reunido en un solo hombre cuanto podia desearse: Mónica corre en su busca rebotando de esperanza, firmemente persuadida de que iba á realizarse su sueño; cuenta al venerable prelado todos los estravíos de Agustín, y le suplica venga en su ayuda; pero este anciano Obispo, que poseia la ciencia de las almas y el discernimiento de los espíritus, mejor aún que las demas ciencias, respondiéndola meneando la cabeza, «que no era aún llegado el momento, que su hijo era todavia demasiado novicio en la herejía, y por consecuencia demasiado indócil, á causa de la presuncion y vanidad, de que este error le habia llenado. «Dejadle, la dijo, rogad por él mucho, es lo único que podeis hacer,» y entonces, para consolarla, porque Mónica lloraba al escuchar este consejo, la contó su propia historia. El mismo Obispo en su mas tierna infancia, fué entregado á los maniqueos por su propia madre, á quien habian seducido. Ya en la edad madura, se habia dedicado á leer, y aún á copiar casi todas sus obras, y haciendo este trabajo, sin controversia y sin lucha de argumentos, habia visto cuán abominable era tal herejía, saliendo de ella por sí, y sin que nadie le ayudara con sus consejos. Esto añadió, sucederá con vuestro hijo; él por sí mismo reconocerá la vanidad de esta secta.

Mas como á Santa Mónica costase trabajo el creerlo, y deshecha en lágrimas le apremiase para que viera á Agustin, y discutiese con él, marchad, marchad, la dijo el Obispo enternecido al verse tan importunado: «Es imposible que perezca el hijo »de tantas lágrimas.» (1)

Estas palabras sentenciosas hirieron en lo más vivo el corazon de Santa Mónica, pareciéndola que bajaban del Cielo; y en efecto venian de allí para su consuelo, y tambien para alivio é instruccion de todas las madres, que un dia habian de semejarse á ella; y si ahora fuese la ocasion y lugar oportuno, y si nuestros lectores no tuviesen demasiado anhelo por llegar al término de esta historia, trataríamos de hacer ver en breves frases, cuanta luz, cuanto consuelo, y cuan profunda instruccion encierra esta sencilla y bellísima sentencia. «Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.»

Segun nuestro modo de ver al expresarse así el anciano Obispo, su dicho tenia dos significaciones, y envolvia dos sentidos. Era ante todo uno de esos grandes pensamientos que inspira la fé, una intuicion viva de la bondad, de la ternura, y del amor infinito de Dios á el hombre, y de la imposibilidad en que se encontrará siempre el Supremo Hacedor, de no inclinarse dulcemente hácia el ser que sufre, que llora y que se humilla invocándole. Quería decir, que si el hombre

(1) Vade, fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat. (*Confess.*, lib. III, cap. XII.)

logra enternecer á su semejante á fuerza de ruegos y de súplicas, es imposible que ruegue á Dios, pidiéndole con lágrimas del corazón y humildad, y que Dios permanezca insensible. Quería decir, que si llegaban días tan tristes, en que la oración desapareciese de los labios del hombre, hay una oración que no se extinguirá jamás, la de la madre que llora por su hijo; y que si amaneciesen días mas tristes aún, en que Dios justamente indignado, se propusiese no escuchar ya las oraciones de los hombres, existen lágrimas que Dios acogerá siempre; las lágrimas que vierte una madre por el alma de su hijo, espuesta á perecer. Quería decir, que si Dios no escuchase una oración semejante, la mas elevada, la mas pura, la mas perseverante, la mas desinteresada, la que mas entenece, y aún me atreveré á decir, que la mas divina de todas las preces; si este grito, que algunas veces ha conmovido hasta las bestias mas feroces, encontrase á Dios insensible, sería porque Dios no tuviese ni corazón ni entrañas. Pero en tal caso ¿cómo sería Dios el Ser grande y bueno en quien confiamos, hasta cuando no hay ya motivo alguno de esperanza? Por consecuencia, vosotras ¡ó madres! cuyos hijos se extravían, no acuseis de ello al Cielo, acusaos á vosotras mismas: haced penitencia, llorad por no saber llorar bastante, y estad seguras de que los hijos extraviados os serán devueltos, el día en que hayais llenado la medida de lágrimas, que exige la redención de un hijo.

Ved aquí el primer sentido de esta celebre

sentencia: «¡Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas!»

Pero al lado de este pensamiento, acaso el mas elevado, habia, segun nuestro sentir, otro tan profundo y no menos admirable por su belleza, intuicion propia no de teólogo, sino de moralista; y no del hombre de fé que conoce á Dios, sino del hombre de experiencia que ha estudiado las almas. Este notable dicho, «es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas» hubiera podido traducirse así: «es imposible que perezca el hijo de una madre semejante!» como si el anciano Obispo, viendo á Mónica abismada en un dolor tan sublime, se hubiese dicho á sí mismo: es imposible que la madre que llora de esta manera por un hijo extraviado, no haya creado en él una conciencia imperecedera; que no le haya comunicado algo del fuego sagrado, que arde en su pecho y la consume; que una madre, en fin, que tiene fé tan inquebrantable, tan grande horror al mal, y amor de Dios tan intenso y tan puro, no haya impregnado y embalsamado el alma de su hijo hasta el punto, á donde las pasiones no descenderán jamás.

Sin duda que éste hijo podrá extraviarse un momento, y el fuego de la juventud y la corriente del siglo podrán arrastrarle; pero aún cuando olvidára la fé que mamára en su infancia, y pudiera llegar á renegar, y aún á apostatar del Dios de su madre, ah! que esta madre no se desanime, que no pierda la esperanza, porque el fuego está oculto bajo la ceniza; la flecha está en la he-

rida, y debajo de las lavas ardientes de las pasiones, quedará siempre en la conciencia creada por una madre cristiana, algo de las lecciones que de ella recibiera, y cierta huella de fè que no se borrarà nunca; como sucede en los bellos vasos de alabastro que han encerrado un bálsamo precioso, los cuales á través de mil profanaciones, conservan siempre perfumado aroma de lo que contuvieron.

Este era el significado de tan bella y profunda sentencia, pronunciada por aquel venerable prelado. Mónica volvió á su casa meditando en ella, y como sucede á veces, que con el último rayo de luz cesan los vientos, y vuelve la serenidad á la atmósfera, así tambien la sola palabra del anciano, unida á la vision que habia tenido en sueños, comenzó á tranquilizarla, y á reanimar su esperanza.

Por lo demás, Dios añadió todavia otras señales, que Agustin no ha creído oportuno darnos á conocer: «arras preciosas que Mónica conservaba »en su corazon; especie de promesa firmada por la »mano misma del Señor, y que ella le presentaba »incesantemente en sus oraciones, á fin de que »se acelerase el cumplimiento.» (1)

(1) Absit ut tu falleres eam in illis visionibus et responsis tuis quæ jam commemoravi, et quæ non commemoravi; quæ illa fidei pectore tenebat, et, semper orans, tanquam chirographa tua ingerebat tibi. (*Confess.*, lib. V., cap. IX.)

CAPÍTULO SÉPTIMO.

RESTOS DEL FUEGO SAGRADO.

LLEGADA DE FAUSTO.—EMPIEZA Á VERSE LO QUE PUEDEN

LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE.

. . . . FIN DE LA CRISIS MANIQUEA. . . .

. . . . AÑOS 377 AL 383. . . .

Bastaba observar á Agustin en medio de los peligros de su juventud, y en el primer ardor de sus pasiones, para conocer cuan claramente habia visto el anciano Obispo, lo que pasaba en el alma de aquel. Su corazon y su espíritu se habian alejado de Dios, pero no le aborrecian; un resto de fuego divino se ocultaba aún en los pliegues mas secretos de su conciencia; la fé habia desaparecido, pero la probidad, el honor, la elevacion y delicadeza de sentimientos, el amor á la verdad, y, en medio de sus extravíos, un cierto pudor, se albergaban en su alma como bálsamo, que impedia el que la corrupcion se hiciese irremediable. Estas eran las asas, segun la expresion de San Francisco de Sales, por las que Dios, debia coger un dia esta alma, sacándola del caos en que estaba sumergida. (1)

Háblase mucho de los desórdenes de San Agustin, pero es menester comprenderlos, y no abusar de las palabras, que su humildad ha pronunciado mas de una vez. Sin duda que el corazon

(1) *Tratado del amor de Dios*, 1.^ª parte.

estaba dañado, y su voluntad muy enferma; pero al menos no habia descendido hasta ese exceso de desórdenes, de donde no se sale nunca, y en los que, á la vez que la conciencia, perecen por completo el honor, la fidelidad, y toda clase de afecciones. Unido inviolablemente á la madre de Adeodato, (1) consagrado á este hijo tan llorado en las confesiones, el cual tuvo ya á los diez y nueve años, y del que como hacen tantos otros jóvenes, le habria sido fácil renegar, y dedicándose además á trabajos ingratos que le paralizaban el porvenir, y fatigaban su imaginacion, para no abandonar ni á la madre ni al hijo, y procurarles lo necesario, «conservó, dice muy oportunamente Villemain, la dignidad del alma, hasta en medio de los desórdenes que tan amargamente se ha reconvenido á sí mismo.» (2)

No puede dudarse que el espíritu de Agustín estaba tambien enfermo como su corazon, pero no tanto que pudiera decirse depravado. El error, que habia acogido, que esparcia por todas partes, y del que se hacia como apóstol para con sus parientes y amigos, solo le habia hecho suyo, y predicaba, porque creia hallar en él la verdad. «O »Verdad, Verdad, cuán entrañablemente, y desde »lo íntimo de mi alma suspiraba yo por Vos, aún »entonces, cuando los maniqueos me hablaban »frecuentemente de tí, ya de palabra, ya tam-

(1) In illis annis unam habebam.... Sed unam tamen, ei quoque servans tori fidem. (*Confess.*, lib. IV, cap. II.)

(2) *Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV.*, p. 378.

»bien en sus libros que eran muchos y grandes;
 »pero en los que, así como en sus labios, érais
 »solo un sonido sin significacion alguna! Ansioso
 »como estaba, de hallaros y saciarme de Vos, en
 »lugar de hacer que os conociera como sois, me
 »presentaban solo fantasmas luminosos; pero érais
 »Vos á quien yo buscaba, ó Verdad; yo que te-
 »nia hambre y sed de conoceros.» (1) Y más ade-
 »lante continúa: «¡Pobre infeliz de mí! ¡por qué gra-
 »dos fui cayendo, hasta dar en el profundo abismo
 »en que me hallaba! Pues yo, Señor, á quien con-
 »fieso todas mis miserias, ya que os mostrásteis
 »misericordioso antes que pensase confesarlas, con
 »mucha fatiga y ánsia, por hallarme hambriento de
 »la verdad, os buscaba, Dios mio, con los ojos y
 »demás sentidos del cuerpo, y no con la po-
 »tencia intelectual, en la que Vos quisisteis que
 »me distinguiese, y aventajase á los irracionales,
 »siendo así que Vos estábais en lo más íntimo de
 »mi alma, y sobre mis más elevados pensamien-
 »tos.» (2) He aquí lo que Dios descubria en el

(1) O veritas, veritas, quam intime etiam tum medullæ animi mei suspirabant tibi; cum te illi sonarent mihi frequenter et multipliciter voce sola et libris multis et ingentibus?... Te, veritas, esuriebam et sitiebam! (*Confess.*, lib. III, cap. VI.)

(2) Laborans et æstuans inopia veri, cum te, Deus meus, (tibi enim confiteor, qui me miseratus es et nondum confitentem), cum te non secundum intellectum mentis, sed secundum sensum carnis quærerem. Tu autem eras interior intimo meo, et superior summo meo. (*Confess.*, lib. II, cap. VI.)

fondo de la conciencia de Agustín: él estaba adherido al error, pero en realidad no le amaba; buscaba solo la verdad.

Es indudable en fin, que el orgullo dominaba su alma; que se creía con alas y ojos de águila; que quería subir, y brillar; que era fanático por la gloria, y que soñaba con los aplausos del teatro y las coronas del circo, que se adjudicaban en los certámenes de poesía y de elocuencia; pero para llegar á estas alturas, ni habría vendido su pluma, ni hecho jamás traición á su conciencia, y mucho menos se hubiera deshonrado. «Me acuerdo, dice, que resolví entrar en un concurso público, en el cual se recitaban ciertos versos que había yo compuesto, y como un adivino me mandase á preguntar, que estaba dispuesto á darle por obtener el triunfo, yo le rechacé indignado.» (1) Lo cual, por lo demás, no impidió que obtuviese el premio, pues el Pro-Cónsul Vindiciano, le coronó en pleno teatro, según todas las probabilidades, hácia el año 378.

Mostraba Agustín la misma probidad y elevación de sentimientos, en el desempeño de sus deberes como profesor de gramática y retórica. La divina ciencia de la palabra estaba entonces muy decaída, y los sofistas habían degradado este arte, el más sublime de todos, y en el cual, no dudó decirlo, para que ostente toda su belleza, ha de

(1) *Confess.*, lib. IV, cap. II.

entrar así la virtud, como el ingenio: para algunos habia llegado á ser un juego, para otros un monopolio, y para todos un oficio. Este espectáculo sublevaba el ánimo de Agustin, que soñaba con hacer que la palabra fuese, lo que siempre debió haber sido; el órgano incorruptible de la verdad, de la virtud, de la justicia, y del derecho, con frecuencia desatendidos y despreciados en este mundo, y solo para este gran ministerio se proponia instruir y formar á los jóvenes, cuya educacion le estaba confiada.» (1) Tal era Agustin á los veinte y dos años: sepultado, repetimos, en el error, seducido por un amor culpable, alejado de la verdadera fé y corriendo hácia el abismo; pero conservando aún bellos restos, de lo que su madre le habia enseñado y como infundido desde la infancia, la elevacion de espíritu, la dignidad, la delicadeza, la abnegacion, y la fidelidad, virtudes que, si no escusan los grandes desórdenes, piden al menos perdon para el culpable, y le obtienen á menudo. «Esto, ó Dios mio, fué, dice, lo que »descubriais en mí; y en tanto que vacilante, re- »corria camino tan resbaladizo, Vos veiais bri- »llar en mi alma, como en el centro de una es- »pesísima humareda, las últimas chispas de la pro- »bididad y del honor.» (2)

Santa Mónica, que en la desolacion profunda á que la habian conducido las pasiones y los errores de Agustin, tenia gran necesidad de esperar,

(1) *Confess.*, lib. IV., cap. II.

(2) *Confess.*, lib. IV., cap. II.

y que por tanto miraba con ardiente interés, la mas insignificante ráfaga de luz que viera aparecer en el alma de su hijo, presenció por entonces, una nueva prueba, mas palpable que las otras, del fuego santo que ardia aún en aquel corazón. La muerte inesperada de uno de sus amigos abrió en él semejante manantial de lágrimas, que para quienes conocen el corazón humano, era evidente que el de Agustín no estaba del todo corrompido; porque los desórdenes matan la sensibilidad, y el que ha entregado su alma á los excesos de un amor culpable, no sentirá jamás los sencillos, dulces y delicados goces de la verdadera amistad.

«En los primeros años de mi enseñanza en Tagaste, dice San Agustín, adquirí un amigo que, por haber estudiado con él, ser de mi edad, y estar ambos en la flor y lozanía de la juventud, llegó á serme muy querido; juntos nos habíamos criado, juntos habíamos ido á la escuela, y juntos tambien nos habíamos divertido. Pero entonces no me era tan querido como me fué después; aunque nuestra amistad, añade, no haya sido jamás verdadera, pues que lo es solo la que formais Vos, entre los que están unidos por la caridad, que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo.» (1)

(1) In illis annis, quo primun tempore in municipio in quo natus sum docere cœperam, comparaveram amicun societate studiorum nimis carum, cœvun mihi et conflorantem flore adolescentiæ. Mecum puer creverat, et pariter in scholam ieramus, pariterque luseramus. (*Confess.*, lib. IV., cap. IV.)

Después de esta declaración, salida de la pluma del anciano Obispo al escribir sus *Confesiones*, reaparece el joven Agustín, y continúa diciendo: «Pero no obstante, aquella amistad era para mí »dulcísima, y estaba sostenida por el ardor en los »estudios y aspiraciones, que nos eran comunes; »pues también le había yo desviado, aunque no »entera y radicalmente, de la verdadera fé que se- »guía en la juventud, y le había inclinado á aque- »llas falsedades supersticiosas y perjudiciales, que »tanto hicieron llorar á mi madre; de modo, que »aún en el error éramos iguales, y mi alma no »podía hacer nada sin él.» (1)

Había corrido próximamente un año, desde que Agustín y su amigo vivían en tan dulce unión, cuando se declaró la enfermedad mortal, que iba á destruirla para siempre. En un momento en que devorado por la fiebre, sin conocimiento, y bañado en ese sudor frío, síntoma fatal de la proximidad de la muerte, no había ya esperanza alguna de salvarle, se administró el bautismo á este joven, sin que de ello pudiera apercibirse; pues como la mayor parte de los jóvenes de la época, no era más que catecúmeno. Presente Agustín al acto, preocupóse poco de él, persuadido de que un poco de agua, derramada sobre el cuerpo de su amigo, no sería capaz de borrar en su alma, los sentimientos que él le había inspirado: «Así, »continúa, cuando yo pude hablarle, que fué en

(1) Sed tamen dulcis erat nimis, coacta fervore parilium studiorum... Non poterat anima mea sine illo. (*Confess.*, lib. IV., cap. IV.)

»el momento en que él pudo oirme, pues no me se-
»paraba de su lado, y mutuamente pendíamos el
»uno del otro, quise burlarme del bautismo, que
»le habian administrado cuando se hallaba sin co-
»nocimiento ni sentido, creyendo yo que él tam-
»bien se burlaría, puesto que no ignoraba entonces
»que la hubieran bautizado; pero me rechazó con
»horror, cual si fuera su mayor enemigo, y lue-
»go, con una libertad admirable, é invocando nues-
»tra amistad, me prohibió hablarle de aquel mo-
»do.» (1)

Admirado Agustín guardó silencio, y contuvo los impulsos de su alma, esperando que la convalecencia del enfermo, le permitiera razonar con él á su gusto; pero Dios habia resuelto librar á este jóven del peligro que le amenazaba, y algunos dias despues, justamente cuando Agustín se habia ausentado, un nuevo ataque de fiebre le arrebató la vida.

Difícilmente podria comprenderse la grandeza del dolor de Agustín, cuando á su vuelta no encontró ya á su amigo; ni las lágrimas que vertiera, ni lo profundo é inconsolable de su afliccion; sí él mismo, para mitigar su dolor, no lo contara. «Sentí tanto su pérdida, dice, que mi corazón se llenó de tinieblas, y en todo cuanto miraba no veia mas que la muerte. Mi país mismo era para mí un suplicio, la casa de mis padres la morada mas infeliz é insoportable; y el recuerdo de cuanto habia tratado y comunicado

(1) *Confess.*, lib. IV, cap IV.

»con él, se convertía en cruelísimo tormento vién-
 »dome sin mi amigo. Por todas partes le busca-
 »ban mis ojos, y en ninguna le encontraban;
 »aborrecia todas las cosas, porque en ninguna de
 »ellas le hallaba, ni podían ya decirme como an-
 »tes cuando vivía, y estaba fuera de casa ó au-
 »sente: espera, que ya vendrá. Todo mi ser se
 »había convertido en un confuso enigma, y pre-
 »guntando á mi alma, *por qué estaba triste, y por*
qué me affigia tanto, nada sabía responder: solo
 »me consolaba el llorar. (1)

En vano su madre procuraba consolarle y los amigos distraerle: como su alma no abrigaba pen-
 samiento alguno religioso, que mitigára el dolor é
 hiciese mas llevadera la carga, sucumbía bajo su
 peso. «Me acongojaba, dice, suspiraba, lloraba, an-
 »daba turbado, é incapaz de descanso ni conse-
 »jo. Traía mi alma como despedazada; ensan-
 »grentada, y mal avenida conmigo mismo, no sa-
 »biendo donde ponerla. No encontraba reposo al-
 »guno, ni en los bosques frondosos, ni en los
 »verdes prados, ni en los jardines olorosos, ni
 »en los banquetes espléndidos, ni en los deleites
 »del lecho, y finalmente no le hallaba ni en los

(1) ¡Quo dolore contenebratum est cor meum! et quid-
 quid aspiciebam, mors erat. Et erat mihi patria suppli-
 cium, et paterna domus mira infelicitas; et quidquid cum
 illo communicaveram, sine illo in cruciatum immanem
 verterat. Expetebant eum undique oculi mei, et non da-
 batur mihi; et oderam omnia, quia non haberent eum,
 nec mihi jam dicere poterant: Ecce veniet, sicut cum
 viveret, quando absens erat. *Confess.*, lib. V, cap. IV.)

»libros, ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz, y cuanto no era mi amigo, érame insufrible, y odioso; todo menos el gemir y llorar, pues en esto hallaba algun consuelo.» (1)

Por tanto Agustin, no pudo ya vivir donde su amigo habia muerto: las calles que habian paseado juntos, las plazas públicas en que tantas veces se habian encontrado, las casas testigos de sus estudios, de sus juegos, y de su pura y estrecha amistad, todo le causaba hastío. Cuando como en otro tiempo, las veía concurridas, y frecuentadas por hombres de negocios, que iban y venian, deteníase indignado de que pudiera haber quien viviese, despues de la muerte de su amigo. «Me admiraba, dice el Santo, de que los demás mortales viviesen, despues de la muerte de aquel á quien yo amaba como si fuese inmortal; y me maravillaba mas aún, de que habiendo muerto mi amigo, pudiese yo vivir, siendo otro él. ¡Oh! que bien decia Horacio, cuando hablando de un amigo suyo, le llamó la mitad de su alma; porque yo creia que la mia y la suya habian sido una sola alma en dos cuerpos; y

(1) *Æstuabam suspirabam, flebam, turbabar, nec requies erat nec consilium. Portabam enim concisam et cruentam animam meam, impatientem á me portari, et ubi eam ponerem non inveniebam..... Horrebam omnia, et ipsa lux, et quidquid non erat quod ille erat, improbum et odiosum erat, præter gemitum et lacrymas. Nam in eis solis aliquantula requies. (Confess., lib. IV, cap. VII.)*

»por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir á medias y como dividido.» (1)

Habiéndose empezado á temer por la salud de Agustin, á causa de la debilidad interior que le consumia, y porque pasaba los dias enteros llorando, sin dedicarse á sus habituales tareas, fué preciso arrancarle sin dilacion de tales emociones, y con este intento, le aconsejaron que dejando á Tagaste, se trasladara de nuevo á Cartago; en lo cual consintió Agustin, persuadido á que la variacion de lugar, el ruido de una ciudad mas populosa, y los árduos trabajos que deberia emprender, dulcificarian en parte su dolor. (2)

Santa Mónica sufrió sin duda viendo partir á su hijo; pero se resignó, pues que se interesaba en ello la salud y acaso tambien la vida de Agustin; pero ¿cómo no habia de inquietarse al verle volver á Cartago? Allí habia perdido su inocencia y su fé; ¿cómo pues no temer al considerar, que pudiera desaparecer por completo en ese pais abominable lo poco bueno que el mal habia respetado en él; y como si digéramos los últimos restos del fuego sagrado?

Felizmente el dolor es una gran escuela, so-

(1) Mirabar cæteros mortales vivere, quia ille quem quasi non moriturum dilexeram, mortuus erat; et me magis, quia illi alter eram, vivere, illo mortuo, mirabar. Bene quidam dixit de amico suo: Dimidium animæ meæ. Nam ego sensi, animam meam, et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus. (*Confess.*, lib. IV. cap. VI)

(2) Posidius, *Vita sancti Augustini*, cap. 1.

bre todo para las almas grandes: Agustín volvió á Cartago, no ya convertido, porque aún estaba lejos su conversión; ni siquiera desilusionado y desencantado, pues al contrario, parece que sus ideas ambiciosas le trasladaron á aquella ciudad (1); pero sin embargo, había empezado á comprender ya la vanidad de este mundo. El gemido de Job había subido á sus labios, y Agustín empezaba á recitar ese gran canto de muerte, que restituye la calma, apenas se han entonado sus primeras notas.

El canto á que nos referimos, abraza dos partes: la primera es triste; todo pasa, todo se agosta, y todo se seca en los labios de quienes desean beber y refrescarse; pues bien este lúgubre canto era precisamente el que ocupaba á Agustín en su viage á Cartago. «O Dios mio, decia; »á donde quiera que se vuelva el corazón del »hombre, ha de tener que sufrir, si no se vuelve »hácia Vos; y esto aunque se abraza á las criaturas mas bellas que se hallen fuera de Vos. Ellas »no tuvieran ser alguno, á no haberle recibido de »vuestra bondad; nacen ahora y luego mueren; »naciendo empiezan á ser; crecen seguidamente »para perfeccionarse, y despues de perfectas envejecen y acaban, porque todo decrece, y todo muere. De modo que cuando nacen y caminan á ser »mas, la prisa con que andan para lograr el lleno de su ser, esa misma se dán para no ser.... »¡Que mi alma, Dios mio, no se aficione á ellas,

(1) August. *contra Acad.*, lib. II, cap. II.

»porque ellas se van, y el alma que las ama, queda sumergida en el dolor!... Pero en estas cosas transeuntes y pasajeras el alma no puede reposar, porque ellas como no paran, huyen, se alejan, y ¿quién es capaz de seguirlas con los sentidos, ni de retenerlas aún cuando están presentes?» (1)

Tal es el primer canto de la muerte: canto muy provechoso para el alma, aunque solo se conozca su primera nota, y no se haga mas que dirigir sobre el mundo una triste mirada. ¿Qué sucederá, pues, al subir mas alto y llegar hasta la segunda parte del canto, en donde la tristeza se convierte en gozo? Sí, todo pasa, pero para volver, todo se seca, pero para florecer de nuevo; todo muere, pero para renacer y transfigurarse! Esto cantaba San Agustin algunos años despues, con elocuencia verdaderamente divina; cuando convertido, bautizado, y elevado al mas alto grado del amor de Dios, llegó á encontrar el gran sentido de la vida, y á comprender lo que la vida representa. «O alma mia, esclamaba, ¿qué es lo que tu conoces? algunas partes del todo y nada mas. Desconoces ese conjunto admirable, del que cada criatura es una partícula, ¡y tu te complaces en estas particillas! Ah! si conocieses el todo, el conjunto y la reunion de todas ellas! Si Dios, para castigar tu orgullo, te hubiese reducido á no ver mas que fragmentos ¡con qué entusiasmo y con qué impaciencia solicitarias, que

(1) *Confess.*, lib. IV, cap. X.

»lo que existe hoy, pasára pronto, á fin de poder
»llegar á ver el todo! Cuando escuchas un discurso
»¿deseas que el que le pronuncia se detenga de
»repente? ¿no quieres que le continúe con rapidez
»á fin de conocerle por completo? Lo mismo pues
»sucede con el mundo, en el que, si cada una
»de sus partes es hermosa, el todo es mucho mas
»admirable todavia.» (1)

He aquí la gran idea que calma los dolores y sostiene al alma en el cambio continuo de las cosas: feliz el que las mira desde un punto de vista tan elevado, y entusiasmado, ó al menos complacido, asiste á esta sucesion. Pero en los tristes dias á que se refiere nuestra historia, Agustín no habia llegado todavia á tanta altura; amargas quejas se escapaban constantemente de sus lábios, y aún cuando ensayaba dirigir sus miradas hácia el cielo, el cielo estaba vacío, y solo hallaba allí un fantasma, incapaz de consolarle. ¿Qué hacer pues en este caso? entregarse en cuerpo y alma al estudio, para distraerse y olvidar. Esto fué lo que Agustín hizo, y tomando la pluma, escribió su primer libro.

El argumento que eligió para este trabajo, revela cual era la elevacion de sus ideas en aquellos dias, que daban una especie de tregua á sus estravíos: queria tratar de lo bello. ¿Qué amamos nosotros mas que lo bello? ¿qué busca la juventud en sus sueños? ¿á dónde se dirige el an-

(1) *Confess.*, lib. IV, cap. XI.

ciano en sus recuerdos de lo pasado? ¿qué pedimos á la naturaleza, al cielo, al mar, á las grandes montañas, al hombre y al arte? ¿cuál es el suspiro de todas nuestras facultades? ¿no es siempre lo bello? Y entonces Agustín con sus recuerdos de Platon y de Ciceron, y con las bellas ideas que empezaban á llenar su cabeza, definia, describia y pintaba lo bello, lo ideal, y lo sublime.

Este libro, cuya lectura sería hoy de mucha utilidad, pues nos daria á conocer el espíritu de San Agustín en su primera edad, y nos revelaria el estado de su corazón al cumplir los veinticuatro años, nadie debió leerle bajo este punto de vista con mas interés que Santa Mónica; y aún por lo que dice San Agustín, debemos creer que esta madre tan buena, halló en su lectura bastante gozo y consuelo. Nada al menos, habia en él que pudiera herir su fé; nada que dejara traslucir al sectario ocupado, como otras veces, en quitar á los demás la fé que él habia perdido; y ¿quién sabe tambien si la belleza de estilo, la elevacion de ideas y la pureza de sentimientos, no fortificaron en su corazón tan maternal, y que tenia vivísimas intuiciones, el presentimiento, de que un alma de tal temple, no podia permanecer mucho tiempo alejada de Dios, único bien que podia satisfacer todas sus aspiraciones? Pero sobre este particular nos vemos precisados á simples conjeturas, porque el libro no se ha conservado: primer tallo de una elocuencia que acababa de nacer, ha desaparecido como esos crepúsculos de luz, que preceden á la salida del sol, y de

los que nadie se cuida, una vez que el astro ha aparecido por completo.

A los bellos estudios de la poesía y del arte, que ocupaban á Agustin con frecuencia, y á los que podria decirse que se dedicó toda la vida, unia entónces otro estudio mas austero, y mas sublime aún; el de las ciencias fisico-matemáticas y astronómicas. Estudiábalas con la pasion que él solía, aplicando las fuerzas de su luminoso ingenio á resolver los mas difíciles problemas, dejándose encantar por las relaciones, que empezaba á descubrir entre los números y el arte, la armonía, la música y la poesía misma; relaciones que habia de desarrollar mas adelante con tanta originalidad y maestría; reanimando así estos estudios, engrandeciéndolos por los conocimientos generales que le prestaba la filosofía, y remontándose por el arte, por la poesía y por la astronomía, por la fisica, por los números, y por todas las vías, hasta llegar á Dios, á quien él descubría en la base, en el medio y en la cima de todas las cosas, segun el profundo método de los grandes ingenios, que por lo demás nadie como él debia aplicar en mayor estension, ni con resultados mas felices.

Estudiando detenida y concienzudamente las ciencias, y en particular la fisica y las matemáticas, el espíritu de Agustin empezó á sentir alguna duda sobre la verdad del Maniqueismo, cosa que le heria en lo mas vivo. Hecho singular y no obstante de fácil esplicacion, que iba á confirmar los presentimientos de su madre; porque es pre-

ciso no olvidar, que esta le empujaba constantemente á los estudios profundos, persuadida de que un día la ciencia le habia de conducir de nuevo hácia el Dios que nunca debió abandonar. Veamos como se realizó.

A las doctrinas que Manés enseñaba sobre Dios y el alma, erróneas sin duda alguna, pero que tenían al menos el aliciente de explicar con novedad los eternos problemas sobre el destino humano, habia añadido el mismo Manés, no se sabe por qué, una multitud de nociones sobre el curso de los astros, los equinocios, los solsticios y los eclipses, que él decia habian sido divinamente reveladas, como todo lo demás; pero que tomadas de autores antiguos, y ordenadas por hombres nada peritos en aquellas ciencias, estaban indudablemente falsificadas en muchos puntos, y desmentidas por recientes descubrimientos, y por las mas exactas observaciones de la astronomía romana. No pudiendo Agustín volver de su admiracion ¿«Quién ha inspirado, decia, á este hombre la temeridad de hablar en cosas que no sabía? ¿Qué confianza puedo ya tener en él? Si en lo que me es posible comprobar ha errado de este modo, ¿cómo creer que dice verdad en lo que se halla fuera de mi alcance?» (1). Preciso ó, mejor dicho, obligado por esto á examinar mas de cerca las doctrinas de Manés, al empezar su detenido estudio, descubrió desde luego formidables objeciones.

Además de esto hacia poco tiempo, que un tal

(1) *Confess.* lib. V, cap. V.

Helpidio habia predicado y disputado públicamente en Cartago contra los maniqueos, demostrando que esta doctrina, en contradiccion consigo misma, lo estaba igualmente con clarísimos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento; y sus explicaciones (que Agustin habia escuchado con atencion) causaron en el alma de este ciertas heridas que al principio despreció, pero que renovadas luego, y cuando ménos lo esperaba, producian en él honda ansiedad. (1) Ya cinco años antes habia abandonado la filosofía antigua, porque solo le ofrecia un terreno movedizo sobre el cual nada cierto podia fundar; y he aquí que hoy en el momento que sufre, y cuando tanta necesidad siente de hallar algo sólido, sobre que pueda reposar su cabeza fatigada, las doctrinas de Manés palidecian á su vez, y Agustin veía oscilar en su alma esa luz fija y soberana, que le era tan necesaria, y que por largo tiempo habia esperado hallar en el maniqueismo, encontrándose al presente atormentado por la inquietud.

Añadamos para no salir de lo exacto, y comprender bien lo que es esta cosa tan complicada que llamamos alma, que la necesidad de luz, de certeza y de paz que experimentaba San Agustin, no provenia solamente de las bellas condiciones de su naturaleza, sino que tenia tambien su origen en lo más bajo y abyecto de su ser. En el fondo, Agustin se hallaba contento en este error cómodo, que no molestaba sus pasiones, y deseaba

(1) *Confess.*, lib. V. cap. XI.

instintivamente permanecer en él; pero inquieto con la naciente vacilacion, temeroso de que sus dudas pasasen mas adelante, y rezelando caer de nuevo en esas ansiedades que tanto le habian hecho sufrir, fué á consultar á los maniqueos. Por mas que presentára sus dificultades con toda claridad y precision á los que en la secta pasaban por mas sábios, y que como tales ocupaban en ella los primeros puestos, no pudo obtener las soluciones de que tanta necesidad tenia; tan hábiles y elocuentes cuando refutaban las doctrinas opuestas, manifestábanse extremadamente débiles cuando se trataba de sostener las suyas. Semejantes, decía nuestro Santo, á esos diestros cazadores que tienden sus lazos al rededor de una fuente, y que para atraer á ella los pájaros sedientos, desecan ó cubren con ramage todos los demás manantiales, así los maniqueos creian haber hecho bastante, cuando habian destruido los sistemas opuestos al suyo.

Tratándose de espíritus vulgares, semejante sistema podia efectivamente darles resultado, pero Agustin era de entendimiento harto elevado y penetrante para no comprender cuanta debilidad ocultaba; así es que su alma, tan sedienta de la Verdad infinita (única que podia llenar sus deseos) no hallando sino vanas conjeturas, habia empezado á agitarse y á sufrir: reproducía sus consultas, acosaba á los maniqueos y multiplicaba las cuestiones, pero sin obtener soluciones capaces de devolverle la tranquilidad que buscaba.

Para calmarle algun tanto, y quitarle la impa-

ciencia, anunciaron sus correligionarios la próxima llegada de Fausto, uno de sus Obispos, y hombre, según ellos, de gran doctrina, que refutaría victoriosamente sus objeciones, disiparía sus inquietudes, y le aclararía por completo las cosas mas oscuras. Recibió Agustín con alegría esta noticia, porque en realidad deseaba confirmarse en sus errores, que no ponian traba alguna á las pasiones, y que engañando su desco de llegar á la verdad, le habian proporcionado algunos años de calma, aparente es verdad, pero agradable, y de la cual queria aún disfrutar. (1)

Ninguna de las agitaciones de Agustín habia pasado inadvertida, nótese bien, al ojo vigilante de su madre: todo lo habia visto y observado, siguiendo su curso con satisfaccion; y propensa como todas á concebir esperanzas, llena por otra parte de confianza en el sueño que habia tenido, y en lo que sobre el mismo sueño habíase dicho, luego que vió á Agustín intranquilo y turbado, creyole ya convertido. A consecuencia de esto presentó ante el altar santo un corazon en que por el momento la confianza habia triunfado de la inquietud; pero cuando supo que debia llegar muy pronto Fausto, y que públicamente se anunciaba la fuerza fascinadora de la elocuencia de este hombre peligroso, empezó á temblar de nuevo: sus lágrimas se multiplicaron, y encerrándose en soledad mas profunda, y multiplicando las

(1) *Confess*, lib. V, cap. VI.—*De utilitate credendi*, cap. III.

oraciones y austeridades, esperó con la ansiedad de una madre que presente vá á decidirse la vida ó la muerte de su hijo.

Llegó por fin Fausto, precedido de una gran reputacion: no era solamente, al decir de algunos, un orador ilustre, sino tambien una de esas almas nobles y bellas, que se sacrifican por la verdad, y que habia abandonado sus padres, sus hijos, su mujer y hasta su pais, para entregarse de lleno á las fatigas del apostolado. Fausto despreciaba las riquezas; contento con el pan de cada dia, no se cuidaba del siguiente; y pobre, dulce, pacífico, de corazon puro, y de espíritu elevado y generoso, se hubiera contemplado feliz en sufrir y morir por la justicia (1). Esto al menos, era lo que entonces se decia; pues por lo demás, el tiempo se encargó de probar que no era tanta su abnegacion; mas como esto se ignoraba entonces, la doble reputacion de elocuencia y de virtud, atrajo al pié de su cátedra una concurrencia inmensa.

Agustín, que acudió de los primeros á escuchar al nuevo apóstol, quedó enamorado de él. La finura y vivacidad de la imaginacion de Fausto, el giro acertado que daba á sus ideas, la modestia y dignidad de su rostro y continente, así como la belleza de la palabra, todo le encantó. «Confieso, escribia Agustín, que me deleitaba el oírle, le alababa y ensalzaba como los demás, y

(1) August. in Faustum, lib. I, cap. I, et lib. V, cap. V, *Confess.*, lib. V, cap. III, et VII.

»tambien mucho mas que ellos.» (1) Mas tarde oyó á San Ambrosio, y su palabra tan pura y tan armoniosa, no le hizo olvidar la de Fausto. Hablando Agustin de la elocuencia de aquel Santo Obispo, se expresa en estos términos: «Deleitábame »con la dulzura y suavidad de sus sermones, que »eran mas doctos y llenos de erudicion que los »de Fausto; pero no tenian ni el encanto, ni la »seduccion que los discursos de este.» (2) Como se vé, el peligro era inminente, mas por fortuna, Mónica estaba prevenida y oraba.

Despues de la primera impresion que produce toda palabra elocuente, Agustin empezó á reflexionar y examinar. Lo primero que se le ocurrió, como efecto de sus observaciones, fué que Fausto no enseñaba nada nuevo. «Vé, dice, que era un »hombre dulce, de palabra agradable, y que las »mismas cosas que los demás decian de una ma- »nera vulgar, las espresaba él con mucha mas gra- »cia; pero ¿de qué servian á mi sed, añade, sus »bellas frases? eran vasos preciosos, ofrecidos de »muy buena voluntad, y hasta con elegancia, pe-

(1) Delectabar cum multis, vel etiam præ multis laudamur ac efferebam (*Confess.* lib., V, cap. VI.)

(2) Delectabar suavitate sermonis (Ambrosii), quanquam eruditioris, minus tamen hilarescentis atque mulcentis quam Fausti erat, quod attinet ad dicendi modum. Cæterum rerum ipsarum nulla comparatio. *Confess.* lib. V, cap. XIII.)

»ro completamente vacíos.» (1) En efecto, si la palabra de Fausto era mas brillante que la de otros maniqueos, no por eso era mas sólida. Manejaba las cuestiones difíciles con mas destreza, pero no las resolvía mejor; y cuando Agustín, agitado en su espíritu, esperaba con ansiedad, que resolviese alguno de los formidables problemas que atormentaban su alma, y le veía, ó esquivar la cuestion con destreza, ó dar solo una contestacion de ningun valor, entonces experimentaba un despecho que no podia contener. Agustín hubiera deseado interrumpirle, precisar el punto difícil, y sin tanta armonía y gracejo en el lenguaje, obtener de él una respuesta luminosa; que disipase sus dudas. Pero entonces, como hoy, no estaban en uso tales interrupciones en la enseñanza pública, y rogó á sus amigos le proporcionasen ocasion de ver á Fausto, y de conversar con él á solas.

No fué difícil hallar esta ocasion. Ya en su primera visita, Agustín espuso á Fausto una de las dudas que le agitaban, y entonces vió claramente confirmado lo que empezaba á sospechar, que Fausto no era filósofo; y en efecto solo habia estudiado las bellas letras, y aún estas muy superficialmente. Habia leído algunos discursos de

(1) Ergo ubi venit, expertus sum hominem gratum et jucundum verbis, et ea ipsa quæ illi solent dicere multo melius garrientem.... Sed quid ad meam sitim prætorum colorum decentissimus ministrator? (*Confess.*, lib. V, cap. VI.)

Ciceron, ciertos tratados de Séneca, versos de varios poetas y los mejores libros de la secta; mas como se ejercitaba mucho en hablar, y además era por naturaleza elocuente, habia adquirido la facilidad de dar gran encanto á su palabra; pero nada mas que encanto. Agustín, pues, salió profundamente disgustado de esta primera entrevista; porque cuando habia esperado y hasta confiado hallar la paz que tanto anhelaba, veia desvanecerse lo que por tanto tiempo habia sido el consuelo de su vida, y esto precisamente cuando creia que iba á tocarlo.

Queriendo hacer una segunda prueba, volvió algunos dias despues en busca de Fausto, y le consultó sobre un punto enteramente distinto, no ya de filosofía sino de ciencias. Recordarán nuestros lectores, que lo que empezó á turbar á Agustín, era la oposicion que existía entre los datos científicos y matemáticos de Manés, y las observaciones de los astrónomos romanos mas exactos en sus cálculos. Los maniqueos no habian podido nunca aclararle esta duda; pero le habian prometido que Fausto la desharía por completo, así como las demás que le preocupaban. Un poco más confiado esta vez, llegóse á Fausto, pero desde la primera palabra este se escusó, y se resistió modestamente á responderle. «No era, dice San Agustín, del número de esos grandes habladores, de quienes tanto he sufrido, y que pretendiendo instruirme no decian cosa de fundamento. Era franco y modesto como los hombres de honor; y aun cuando con respecto á Dios, viviese en la

»ceguedad, no sucedía otro tanto con relacion á
 »sí mismo: conocia su ignorancia, y no se aver-
 »gonzó de confesármela.» (1)

Esta conducta de Fausto aumentó la estimacion
 en que Agustin le tenia, pero tambien le desilu-
 sionó por completo; y puesto que el hombre, á
 quien los maniqueos presentaban como el primero
 entre todos, y del que decian que era un ser di-
 vino enviado para enseñar la verdad, no habia po-
 dido aclararle sus dudas, se convenció de que nin-
 guuno llegaría jamás á disiparlas. (2) «A partir de
 »este dia, continúa Agustin, cesaron mis esfuerzos
 »por avanzar en la secta, y sin romper del to-
 »do con sus secuaces, me resigné por entón-
 »ces á falta de cosa mejor, á permanecer en ella espe-
 »rando á que una nueva luz determinase otra elec-
 »cion mas acertada. De este modo, sigue dicen-
 »do, ese Fausto, que para tantos habia sido un
 »lazo mortal, empezó, sin pretenderlo, á sacarme
 »del en que yo me habia enredado.» (3)

¿A quién era debido este feliz resultado de una
 conferencia que tan peligrosa parecía? Aquí como
 siempre, el reconocido corazon de Agustin se apre-
 sura á proclamarlo: «¡O Dios mio! esclama, si Vos
 »no me abandonasteis en estos críticos momentos,

(1) *Confess.*, lib. V, cap. VII.

(2) *De utilitate credendi*, cap. VIII.)

(3) Ita ille Faustus, qui multis laqueus mortis extitit,
 meum quo captus eram relaxare jam ceperat, nec volens
 nec sciens. (*Confess.*, lib. V, cap. VII.)

»fué debido á que mi madre lloraba noche y dia,
 »y vertia por mi en sacrificio toda la sangre de
 »su corazon.» (1)

Es menester observar cuanta fuerza va adquiriendo la palabra de Agustin, y cuanta energía, á medida que vamos avanzando en la historia de Santa Mónica. Ya no eran lágrimas las que derramaba esta madre incomparable, como en los primeros dias de los extravíos de su hijo; era sangre la que brotaba de su corazon. ¡Tan herido y destrozado habia quedado este al considerar el inminente peligro de Agustin!

Así terminó, despues de nueve años, la crisis maniquea, es decir, el segundo gran peligro que corrió Agustin en sus investigaciones para hallar la verdad; y no obstante la gran escasez de documentos, creemos vislumbrar con alguna claridad la conducta admirable de Santa Mónica durante estos nueve años de terribles ansiedades. Al principio advierte á su hijo la grandeza del mal con aquel arranque de santa energía que dejamos mencionado, arrojándole de su casa, y prohibiéndole volver á su presencia. Luego, mientras dura la crisis, le sostiene con sus lágrimas, nunca interrumpidas, con sus consejos y sus diarias amonestaciones; con la mediacion de hombres eminentes por su ciencia, los teólogos y Obispos que le en-

(1) Manus tuæ, Deus meus, non déserebant animam meam, et de sanguine cordis matris meæ, per lacrymas ejus diebus ac noctibus, pro me sacrificabatur tibi. Et egisti mecum miris modis. (*Confess.*, lib. V, cap. VII.)

vía; con los sacrificios de humildad, de abnegacion y de penitencia que sin cesar ofrece á Dios por él; y por último, despues de haberle advertido al principio de la crisis, y sostenido durante ella, en la hora suprema del peligro le protege con mas eficácia que nunca, y le salva haciendo salir de sus entrañas una oracion tan eficaz y un grito tan doloroso, que San Agustín mismo no sabiendo como explicarse, le compara á la sangre que mana de un corazon herido. ¡Revelacion incomparable de lo que puede una madre, y leccion elocuente de lo que está obligada á hacer!

Pero Santa Mónica no tuvo tiempo para regocijarse del feliz resultado que sus lágrimas habian alcanzado, porque en esto recibió una carta de Agustín, que le causó nueva inquietud; y armándose de fuerza, preparó su alma para pruebas mucho mas dolorosas. Agustín no estaba aún dispuesto á volver al cristianismo; ó, para expresarnos con mas claridad, de la crisis que acababa de pasar, iba á caer en otra todavia mas peligrosa, y de la cual, su madre iba á sacarle tambien; pero desplegando para ello mucho más celo aún, haciendo mayores sacrificios, multiplicando sus oraciones, y con una abnegacion y amor tal de Dios y de su hijo, que va á rayar en lo heróico.

CAPÍTULO OCTAVO.

SALE AGUSTIN PARA ROMA.—
SU ENFERMEDAD EN ESTA CIUDAD.—CADA VEZ
SE VÉ MAS Á LAS CLARAS CUANTO VALEN LAS LÁGRIMAS
DE UNA MADRE.—NUEVA CRISIS, MAS TERRIBLE
QUE LAS ANTERIORES.—LA DUDA ABSOLUTA.—APRESÚRASE
MÓNICA Á IR EN SOCORRO DE SU HIJO.
AÑOS 383 AL 385.

Agustin escribió á su madre, que habia resuelto dejar á Cartago para ir á establecerse en Roma, á lo cual sus amigos hacía largo tiempo le impulsaban, presagiándole que en la ciudad eterna haria fortuna, y que obtendria á la vez grandes aplausos; y aunque atendia Agustin á esas esperanzas, no era este el único, ni aún el verdadero motivo de su partida, sinó el estar cansado de la grosería é insolencia de los estudiantes de Cartago, y esperar que habria en Roma discipulos mas atentos, mas respetuosos, y mas entusiastas por el estudio de la filosofia y bellas letras. (1)

No obstante las nobilísimas razones que Agustin alegaba para tomar semejante resolucion, Santa Mónica experimentó un terrible sentimiento al leer esta carta; porque, si penoso le era separarse de su hijo, á quien nunca habia dejado, sino antes le habia tenido siempre tan próximo á sí, que

(1) (*Confess*, lib, V, cap. VIII.)

en cada nuevo peligro habia podido correr en su auxilio, la sola idea, que nunca le habia ocurrido, de ver partir á su hijo para Roma, la hacía estremecer sobre manera.

Roma en aquella época no estaba aún transfigurada como lo habia de estar despues; y no era todavía país apacible, lleno de santas imágenes y tranquilos templos, á donde se vá para olvidar el mundo y dar reposo al alma, con recuerdos y sentimientos que solo allí se encuentran. Al final del siglo IV, á los ojos de una cristiana y de una Santa, Roma era siempre la perseguidora de Dios; era el pueblo de donde salieron las órdenes que habian hecho correr tantos torrentes de sangre, é inmolar millones de víctimas; la tierra donde el paganismo, arrojado de todas partes, se habia refugiado, y conservaba aún su imperio; y el foco permanente de las malas costumbres, de los teatros impuros y de los bailes culpables. Jerónimo habia estado á punto de naufragar allí; y el riesgo de las peligrosas asambleas de Roma, atormentando á este gran atleta, retirado ya al desierto, acababa de arrancarle palabras de arrepentimiento y de terror, que se conservan aun frescas en la memoria de las madres cristianas.

Júzguese cual seria la inquietud de Santa Mónica al saber resolucion semejante. Si Agustín se hubiera conservado sano de espíritu y de corazón, piadoso y ferviente, aún esta buena madre se habria alarmado, y no poco; pero verle partir para Roma, extinguida su fé, con un espíritu que, vacilante en materias religiosas y ansioso de encontrar

la verdad, se dejaba arrastrar fácilmente por todo viento de doctrina, y con un alma consumida por las pasiones, era para ella como ver que se precipitaba en un abismo: por eso tomó al instante su determinacion. Era Mónica muy resuelta, y tenia tal energía y fuerza de voluntad para llevar adelante sus proyectos, que nada era capaz de hacerla retroceder; así que movida de su grande amor á Agustin, decidió que este no partiera para Roma, ó en caso de partir, ir ella con él; y que en el grave peligro en que el alma de su hijo se encontraba, ella no le abandonaría por nada de este mundo.

No pensaba lo mismo Agustin, que queria ir á Roma solo y sin la compañía de Mónica, pues habia perdido ya aquella ternura de corazon, y aquel amor filial, que hacen que los hijos nunca se consideren mas dichosos, que cuando se hallan bajo el ojo vigilante de su madre; y no habia llegado todavia Agustin á esa segunda edad de la vida, en la que viendo algunos pasar los años sobre la venerable cabeza de una madre, no atreviéndose á pensar en el porvenir y queriendo gozar aún de los restos de existencia tan querida, experimentan un nuevo amor, que se eleva en el alma hasta llegar á ser una especie de culto. Agustin tenia solo treinta años, y para sentir este divino afecto treinta años son una edad nada á propósito: el corazon no conserva ya su primitiva inocencia, y es aún demasiado vehemente; así que, jóven, libre, atrevido, entreviendo la vida y dispuesto á entrar en ella, Agustin hallaba en su madre un obstáculo, y, por mas que la amase tiernamente, resolvió marcharse solo.

Pero Agustin no se dió mucha prisa: así, que cuando se ocupaba en los preparativos de su viaje, Mónica se presentó repentinamente. Habia pasado á Cartago á la primera noticia que tuvo de este proyecto, y decidida á impedirlo, se arrojó al cuello de su hijo, le estrechó fuertemente entre sus brazos, y anegada en lágrimas, le rogó que no partiese, ó en otro caso que la llevára en su compañía. Fué tal en esta ocasion la vehemencia de sus arranques, y tanta la fuerza de sus ruegos y razones, que no sabiendo Agustin cómo desembarazarse de ella, y por otra parte, conmovido profundamente ante el dolor de una madre á quien tanto amaba, le prometió que no se iría del Africa. (1) Esto, no obstante, continuó en secreto sus preparativos, y llegado el momento, pidió permiso á su madre para acompañar hasta el buque á un amigo, con el cual habia arreglado su viaje, reiterando la promesa de no partir, y prometiendo volver inmediatamente despues de la marcha de aquel. «Yo »mentí así á mi madre ¡ó Dios mio! y á una »madre como ella! exclama San Agustin; pero Vos »me habeis perdonado este crimen, como tambien »otros muchos.» (2)

Al mentir así á su madre y al querer enganarla, Agustin habia creido que le dejaría ir so-

(1) Quae me profectum atrociter planxit, et usque ad mare secuta est. Sed fefelli etiam violenter me tenentem ut aut revovaret aut mecum pergeret. (*Confess.* lib. V., cap. VIII.)

(2) Et mentitus sum matri, et illi matri! (*Confess.* lib. V. cap. VII.)

lo con su amigo hasta el puerto; pero Mónica pensó de otra manera, y siguiendo sus pasos, bajó con él á la orilla del mar.

La noche se aproximaba ya, y el mar agitado por la tempestad se iba apaciguando lentamente; pero sus olas se estrellaban aún contra las rocas. Un viento de alta mar traía los buques á la costa, y el en que Agustín debia partir, aguardaba anclado el cambio del aire, para hacerse luego á la vela.

En tanto que esto sucedia, y llegaba la noche, á cuyo tiempo esperaban la variacion, paseábanse Agustín y su amigo por la ribera con Mónica á su lado, cada vez mas embarazados por la insistencia de la Santa. Pero las horas corrian; los últimos resplandores del dia habian desaparecido, la noche se echaba encima, y como continuase el viento, tanto Agustín como su amigo, empezaron á decir que no se podia marchar aquella noche, y que era necesario retirarse á descansar, sobre todo Mónica, que estaba abrumada de fatiga y de emocion; consiguiendo por fin á fuerza de ruegos, y despues de prometerla otra vez Agustín que no dejaria el Africa, decidirla á retirarse, y descansar un poco.

Habia sobre la misma ribera muy cerca del buque detenido por falta de viento favorable, una pequeña capilla dedicada á San Cipriano, el ilustre Obispo de Cartago, cuyas ruinas se ven hoy aún. Mónica consintió en retirarse á ella, porque en la gran emocion que dominaba su espíritu, más que de reposo, tenia necesidad de entregarse

á la oracion. Allí pasó la noche llorando: (1)
 «Y qué os pedía mi madre, ó Dios mio! exclama
 »San Agustin. Os pedía que no consintiérais es-
 »te viaje; y Vos, Señor, que nos mirabais de muy
 »alto, oyendo benigneamente su súplica en cuan-
 »to al punto principal de sus deseos, no tuvis-
 »teis á bien acceder á lo que solicitaba enton-
 »ces, para que algun dia viese que obrabais en
 »mí lo que ella constantemente pedía.» (2)

En efecto, el viento cambió durante la noche; levantáronse las anclas, hincháronse las velas, y antes que rayára el alba, Agustin, sentado sobre la popa, fijos sus ojos sobre la pequeña capilla donde oraba su madre, vió desaparecer poco á poco la costa de su patria.

Quando habia ya amanecido, salió Santa Mónica de la capilla, y al ver la playa desierta, y que el buque no estaba allí tampoco, adivinó la marcha de su hijo, y loca de dolor (3) vagaba sobre la orilla del mar gritando desesperada, acusando á su hijo, y quejándose á Dios, porque no habia escuchado sus oraciones en aquel momento. (4) Deseaba unirse á su Agustin sobre

(1) Illa autem remansit orando et flendo. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

(2) Et quid á te petebat, Deus meus, tantis lacrymis, nisi ut navigare non sineres? Sed tu, alte consulens et exaudiens cardinem desiderii ejus, non curasti quod tunc petebat, ut in me faceres quod semper petebat. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

(3) Illa insaniebat dolore. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

(4) Et querellis et gemitu implebat aures tuas contentiones ista. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

las mismas olas en que podia perecer sin estar ella á su lado; más cuando reflexionó que su hijo, dentro de pocos dias, iba á entrar en un mundo mucho más tempestuoso todavía que el mismo mar, cayó en un desmayo y abatimiento tal, que ya no fué dueña de sí misma. «Es que »mi madre me amaba, dice San Agustín, como ja- »más madre alguna ha amado á sus hijos! y llo- »raba y exhalaba dolorosos gemidos, porque ig- »noraba el porvenir, y porque no comprendia, ó »Dios mio, las satisfacciones que Vos la prepara- »bais con mi ausencia: y al hijo que en otro »tiempo diera á luz con tantos dolores, pediale »ahora á grandes gritos, con el corazon desgarrado del dolor más intenso.» (1) Por último, agotadas sus lágrimas, abatida, casi sin fuerzas, después de haber acusado á su hijo de cruel y engañador (2) y no teniendo medio alguno de seguirle, Mónica volvió á Tagaste, para derramar allí, «hasta el dia de mi conversion, dice Agustín, esos rios de lágrimas con que ella inundaba diariamente el sitio donde oraba.» (3)

(1) Amabat enim secum præsentiam meam more matrum, sed multis multo amplius, et nesciebat quid in illis gaudiorum facturus esses de absentia mea... Nesciebat: ideo flebat et ejulabat cum gemitu quærens quod cum gemitu pepererat. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

(2) Post accusationem fallaciarum et crudelitatis meæ, conversa rursus ad deprecandum te pro me, abiit ad solita. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

(3) Flumina maternorum oculorum, quibus pro me quotidie tibi rigabat terram sub vultu suo. (*Confess.*, lib. V, cap. VIII.)

San Agustín llegó á Roma el año 383, probablemente en el mes de Setiembre, durante las vacaciones. Sería digno de saberse qué impresion experimentó á la vista de aquella gran ciudad; porque Roma conservaba aún todo su esplendor, los bárbaros no la habian destruido, y el tiempo no habia tocado á sus célebres monumentos, mas que lo justamente preciso para darles ese color de oro y bronce que tanto contribuye á su belleza. Veinte años antes, un jóven dálmata, San Gerónimo, la habia paseado con viva emoción, corriendo sin cesar del Capitolio al Panteon, y del Coliseo al Mausoleo de Adriano, y habia relatado largos períodos de Ciceron en el Foro, y hasta en las Catacumbas, á que descendia con sus amigos, llevando siempre en los lábios estos versos de Virgilio:

Luctus ubique pavor et plurima mortis imago:

¿Hizo otro tanto Agustín? Su alma era menos entusiasta que la de San Gerónimo; pero en cambio era más fina, más tierna y de una delicadeza exquisita. Aquellos monumentos de tan elevado estilo, encerrados en el más bello horizonte; aquellos acueductos, aquellos templos, aquellos palacios, aquellos arcos de triunfo, testimonios del poder y de la grandeza de los hombres, y aquella campiña llena de ruinas y de tumbas, testimonios tambien, y magníficos por cierto, de la vanidad romana, debieron penetrar en lo más profundo de su alma: y si es verdad que en esta tierra, petrificada con las cenizas del género humano, cuanto mayor es la pena de un corazón,

tanto más se complace este en medio de ella. Agustín debió hallar allí un encanto infinito.

No obstante, el año que pasó en Roma, fué para él de amarguras. Las pocas creencias que conservaba, desaparecieron por completo; y viólas caer una á una de su alma como las hojas secas caen de los árboles en un día de otoño; indicando sus tristes despojos cada paso que daba Agustín por las calles de la ciudad eterna.

Habitaba en Roma la casa de un maniqueo á quien estaba recomendado; pues áun cuando no creía ya las doctrinas del maniqueísmo, conservaba relaciones con los de la secta. Allí, ya fuera porque viviese mas familiarmente con ellos, ya porque no habiendo dado á conocer sus dudas, se tomasen con él menos precauciones, vió claramente lo que en Cartago no habia hecho más que sospechar: costumbres abominables, orgías escandalosas, y una corrupcion cuyo extraño carácter consistia en que se aumentaba con las iniciaciones y las dignidades; pero lo que acabó de abrir sus ojos, fué, que esta corrupcion era el resultado de la doctrina más secreta del maestro, y estaba justificada con sus más confidentiales enseñanzas. El alma noble de Agustín se sublevó al presenciar semejantes escenas, y juró que en lo sucesivo, dejaria de tener relaciones con los discípulos de Manes. (1)

Este era ya un gran paso, no restándole al parecer otra cosa que dirigir sus miradas á la

(1) August. *De Moribus Manichæor*, cap. XIX et XX.)

Iglesia Católica, y pedirla esa Verdad que en vano habia buscado en otra parte; con lo cual habria abreviado mucho el doloroso camino que aún habia de recorrer antes de llegar á ella.

Brillaba la Iglesia con esa luz hermosa, pero mezclada de las sombras que Dios, para probarnos, permite en su santa Esposa solo durante los dias de su destierro. Veíanse alguna vez en los fieles y en los sacerdotes manchas que hacen reir á los impíos y causan llanto á los fieles; pero al lado de estas sombras, ¡qué admirables resplandores! San Dámaso, que gobernaba la barquilla de Pedro, era un Santo y un gran Papa. Tenia por Secretario á ese mismo Gerónimo, cuyo entusiasmo y cuyas faltas acabamos de mencionar, el cual, domado por la penitencia, y transformado por el amor de Dios, empezaba á llenar la Iglesia de los resplandores de su elocuencia. Un año antes de la llegada de Agustín á Italia, el Papa, para resolver ciertas cuestiones que agitaban los ánimos, habia convocado en Roma un Concilio general, al que concurrieron los Obispos más ilustres de la cristiandad: San Ambrosio de Milán, San Epifanio de Chipre, San Valeriano de Aquilea, Paulino de Antioquia, y una porcion de ancianos, célebres por su virtud. Entrando pues en Roma, Agustín presenció una de esas espléndidas pruebas de universalidad é indefectibilidad, que ha dado Dios á su Iglesia solo diez y ocho veces.

Bajo otro punto de vista la Iglesia Romana ofrecia un espectáculo aún más á propósito para

conmover el corazón de Agustín. La virginidad y la caridad, esas dos hermanas nacidas en un mismo día al pie del Calvario, continuaban atravesando el mundo yendo de la mano, y sembrando su camino de lises y de rosas. Veíase en Roma misma á los descendientes de los Escipiones, de los Gracos, de los Camilos y de los Marcelos, crear hospitales, y á sus jóvenes hijas sirviendo en ellos á los enfermos, curando sus llagas, besando sus pies, y obligando al mundo entero á reconocer la verdad en el amor. Pero como las almas santas, alejadas de este triste mundo por los ardores de la fé y de la piedad, aspiran siempre á encontrar quien las guíe, y les ayude á elevarse cada vez más, veíase á esas almas admirables, las Paulas, las Fabiolas, las Eustaquias, las Marcelas, y á otras muchas, agruparse al rededor de San Gerónimo, que les explicaba los libros santos, y derramaba sobre sus cabezas torrentes de luz, que transmitidos al alma se convertían, como sucede de continuo, en heroico desprendimiento y en inmolación absoluta. (1)

Si Agustín hubiera dirigido una simple mirada hácia semejante espectáculo, no hay duda que le habria admirado; pero hay situaciones de espíritu en las que no se mira, y situaciones del corazón en las que se mira sin ver. Pues bien,

(1) En un excelente libro que en breve publicará mi buen amigo el Sr. Abate Lagrange, Vicario general de Orleans, que se titulará *Historia de Santa Paula*, se hallarán interesantes detalles sobre el estado de la Iglesia en la época á que nos referimos. (N. del Autor.)

Agustin estaba de tal manera persuadido de que la Iglesia Católica enseñaba sobre Dios y sobre el hombre cosas absurdas, incompatibles con la razon humana y pesadas para la inteligencia, que ni siquiera pensó en mirar hácia este lado (1). Sin embargo, como su alma era naturalmente recta, vinole la idea de conferenciar con algun hombre sabio de la Iglesia Romana, que pudiese explicarle la verdadera doctrina; pero ya porque él se persuadiera de la inutilidad de este paso, ó acaso tambien por un temor secreto é instintivo de la verdadera luz y de los sacrificios que ella exige, lo cierto es, que no puso por obra tan buena idea (2).

Preocupado con la de que en la Iglesia Católica no estaba la verdad; habiendo conocido por experiencia propia, que no se hallaba en la doctrina de Manes; recordando que la buscó inútilmente hacia ya mucho tiempo en los escritos de los filósofos; y teniendo muy presente que jamás habia podido conseguir la tranquilidad de su espíritu por el conocimiento claro de la verdad, Agustin llegó á dudar de todo, y diciéndose á sí propio con amargura, que la verdad no era mas que un sueño, entró en la escuela de unos filósofos que se llamaban *Académicos*, y enseñaban que nada se sabe con certeza.

¡Estraña miseria la del hombre! ¡la mas bella inteligencia, el ingenio más penetrante, el más ca-

(1) *Confess.*, lib. V, cap. X.

(2) *Confess.*, lib. V, cap. XI.

paz, el más activo, el que durante larga série de años se dedica sin descanso á la investigacion de la verdad, despues de haber fluctuado como buque sin timon, llevado acá y allá por los vientos y las olas, concluye por plegar sus alas, y por desesperar de la verdad! ¡Todo es dudoso para él! la luz no existe en ningun lado, y por todas partes la burla, la befa y el escarnio! ¡Ved aquí la almohada en que deseaba Agustín entónces apoyar su cansada cabeza y cerrar sus ojos centellantes de desesperacion! *Et nunc, reges, intelligite!* Y ahora reyes de la inteligencia, aprended; y los que buscáis la luz, instruíos!

¿Es posible que alguno pueda disfrutar sobre este lecho de dudas, no ya del sueño tranquilo, que calma la fatiga, pero ni siquiera del agitado y amargo que dá Dios áun en las mayores penas? Lo ignoro; pero sé ciertamente que Agustín no pertenecía á esa clase de hombres: su espíritu era muy elevado y su corazón, aunque corrompido, no abrigaba la depravacion que hace que el hombre se complazca en las tinieblas: por tanto, ni las distracciones de Roma, ni los placeres intelectuáles que allí gustaba, ni el éxito de que veía coronados sus trabajos, llegaban á calmar las agitaciones de su alma. Le consumía una profunda tristeza; y como el enfermo que no halla postura cómoda para descansar un momento, se volvía y revolvía en ese lecho, que no servía para él.

Bien pronto se presentó la fiebre, y una enfermedad fruto de tales inquietudes, le acometió con

tal violencia, que en muy pocos dias puso en peligro su vida. «Yo me moría, dice Agustin, y ca-
»minaba á la tumba cargado de todos los críme-
»nes que habia cometido contra Dios, contra mí
»mismo y contra el prógimo: fardo pesado, al que
»habia que añadir el pecado original, del cual aún
»no estaba purificado.» Pero agravaba mas el
peligro, que Agustin ni siquiera pensaba en di-
rigir al Cielo una mirada suplicante. Veintidos
años antes, niño todavía, y teniendo delante una
madre cristiana, habia olvidado el mal que le de-
voraba, para pensar en su alma y en la eterni-
dad; mas hoy, hombre ya, extraviado en una gran
ciudad, y léjos de la vigiláncia protectora de su
madre, Agustin moria sin arrepentimiento, sin
oracion, sin Cristo y sin Dios; ó mejor di-
cho, iba á morir con el sarcásmo en los lá-
bios, y la impiedad en el corazon. «En peligro
»tan grande, dice el Santo, yo no pedía el bautis-
»mo; y no solo no pensaba en él, sino que me
»reía y me mofaba. ¡Oh Dios mio! añade, ¿adón-
»de habria yo ido si hubiese muerto en aquel
»momento? A las llamas del infierno, y á los tor-
»mentos que merecian mis crímenes, segun el
»órden inmutable de Vuestra soberana providen-
cia.» (1)

(1) Neque enim desiderabam in illo tanto periculo bap-
tismum tuum; et melior eram puer quando illum de mater-
na pietate flagitavi... Sed in dedecus meum creveram, et
consilia medicinæ tuæ demens irridebam... ¿Quo irem, si
tunc hinc abirem, nisi in ignem atque tormenta digna fac-
tis meis in veritate ordinis tui? (*Confess.*, lib. V, cap. IX.)

Por fortuna la enfermedad detuvo sus estragos; poco á poco fué declinando la fiebre, las fuerzas reaparecieron, y al cabo de algun tiempo Agustin estaba fuera de peligro.

Con ese grande y profundo espíritu que hacia que Agustin buscara la causa ó razon de todo, preguntábase despues á sí mismo, por qué Dios le habia sacado de aquel peligro, y cuál era la mano que, en el momento mismo de hallarse al borde del sepulcro insultando á Dios, habia detenido la cólera divina pronta á castigarle; y aquí como siempre, no vacila en proclamar que solo á su madre puede atribuir tan grande beneficio. «Mi madre, dice, ignoraba que yo estuviese enfermo, pero pedía constantemente por mí, pues no he explicado, ni podré explicar jamás el tiernísimo amor que me tenía, y como procuraba dar á mi alma el ser y vida de la gracia aún con mayor dolor, que el que tuvo para darme al mundo.» (1) Despues de esto con la elocuencia mas sublime que puede brotar de los labios ó mas bien del corazon del hombre, concluye diciendo: «Vos, Dios mio, no habeis permitido que yo muriese en un estado tan funesto, porque mi muerte que sería eterna, hubiera traspasado las entrañas de mi amorosa madre, infiriendo á su corazon una

(1) Et illa hoc nesciebat, et tamen pro me orabat absens. Non enim satis eloquor quid erga me habebat animi, et quanto majori sollicitudine me parturiebat spiritu quam carne pepererat. (*Confess.*, lib. V, cap. IX.

»herida de tal naturaleza, que nunca se habría curado.» (1)

Dícese que las madres no se consuelan jamás de la pérdida de sus hijos. Hay efectivamente en su corazón, y mejor aún en sus entrañas una cosa que queda herida para siempre; y cuyo dolor no dulcifica el tiempo, ni hay quien se atreva á procurarle consuelo. ¿Qué sería pues, si la madre cristiana viese morir á su hijo en la impiedad, y sumergido en el crimen? Imaginaos una alma completamente entregada á la religion, y que no sabe mirar al crucifijo ó al tabernáculo sin cierta emocion de fé y de amor; pues bien suponed que viera al hijo de sus entrañas y la mejor mitad de su alma separarse de Dios, para siempre! «¡Nó, nó, dice San Agustin, una herida semejante no se hubiera curado jamás en mi madre!

«Y por otra parte, continúa elocuentemente, ¿de qué hubieran servido, ó Dios mio, sus oraciones, tan vivas, tan ardientes, tan continuas y que solo á Vos buscaban? Y qué, ¡Dios de misericordia y de amor! ¿habriais despreciado las lágrimas de una viuda casta y sobria, que hacía tantas limosnas, que servía con sumision á vuestros santos y que no dejaba pasar dia alguno sin contribuir con su ofrenda al sacrificio del altar? Y qué lágrimas las suyas, ¡ó Dios mio, no eran esas con que se os pide el oro, la plata y demás cosas perecederas, sinó lágrimas san-

(1) Quod vulnere si feriretur cor matris, nunquam sanaretur. (*Confess.*, lib. V, cap. IX)

»tas, con las cuales mi madre os pedia única-
 »mente el alma de su hijo. Vos con cuya gracia
 »era ya tan virtuosa, ¿habríaís desatendido y re-
 »chazado las oraciones y lágrimas de una ma-
 »dre que os pedia favor y auxilio? Oh ¡no Dios
 »mio! esto no es posible, y no sucederá jamás!
 »así que Vos oísteis á mi piadosa madre, y os
 »preparasteis á hacer lo que en sus oraciones pe-
 »dia, pero procediendo segun el órden inmutable
 »de vuestro supremo amor.» (1)

En efecto, segun hemos dicho ya, Agustin sa-
 lió bien pronto de la enfermedad, y emprendió de
 nuevo sus estudios y escursiones por Roma,
 frecuentando las bibliotecas y visitando los monu-
 mentos, que en ella se encerraban; pero no recu-
 peró ni su fé ni su alegría, antes bien, conti-
 nuándo en la duda de todo, persuadido de que
 nada cierto hay en el mundo, y decidido á no
 ocuparse ya mas de cuestiones de doctrina, fué
 acometido de tristezas mucho mayores que las
 que hasta entonces habia tenido.

(1) Et ubi essent tantæ preces et tam crebræ sine inter-
 missione? Nusquam nisi ad te. An vero tu, Deus misericor-
 diarum, sperneres cor contritum et humiliatum viduæ castæ
 et sobriæ, frequentantis eleemosynas, obsequentis atque
 servientis sanctis tuis, nullum diem præmittentis obla-
 tionem ad altare tuum; bis in die, mane et vespere, ad ec-
 clesiam tuam venientis, non ad fabulas et aniles loquacita-
 tes; sed ut te audiret in tuis sermonibus, et tu illam in suis
 orationibus. Hujusne tu lacrymas, quibus non á te aurum
 et argentum petebat, nec aliquod mutabile aut volubile bo-
 num, sed salutem animæ filii sui contemneres et repelleres
 etc. (*Confess.*, lib. V, cap. IX.)

Sobrevinole ademas otra clase de disgustos: habia abierto en Roma una escuela libre, pero apesar de su gran talento, no pudo reunir sino algunos discipulos poco estudiosos y tan faltos de delicadeza, que hiriéron profundamente su hermosa alma, acabándole de disgustar. (1) Agustin pues, dudaba de Dios y empezaba á dudar de los hombres: ¡qué martirio para una imaginacion, y sobre todo para un corazon como el suyo!

En tal estado hallábase ya próximo al abatimiento, cuando súpo que estaba vacante la cátedra de elocuencia de Milán; posicion que le alhagaba mucho, y parecia como creada para él. Puesto y retribuido el Profesor por la ciudad, no estaba ya á merced de jóvenes inconstantes y sin delicadeza, hallando á la vez en el honor de la enseñanza pública, consideracion, fortuna y sobre todo libertad. Esta cátedra tenia mucha importancia, particularmente desde que los emperadores, fijando en Milán su residencia, habian hecho de aquella ciudad la nueva capital del mundo. Agustin solicitó sin demora, y habiéndola obtenido despues de un ejercicio público que hizo con grandes aplausos en presencia del célebre Símaco, Prefecto de Roma, se apresuró á partir para Milán un tanto consolado por este honor, y por ver mas claro su porvenir; pero dudando como nunca de la verdad, decidido á no ocuparse ya de ella, y dispuesto á consagrar en adelante su gran genio solo al estudio de la forma. (2)

(1) (*Confess.*, lib. V, cap. XII.)

(2) (*Confess.*, lib. V, cap. XIII)

Entretanto, Santa Mónica que no olvidaba un instante á su hijo, bien fuese por las cartas últimas de este empapadas en tristeza, ó porque ella sintiera resonar en su corazón de madre los hondos gemidos del corazón de su hijo, resolvió marchar y reunirse con él. El viaje era largo y penoso, debía atravesar todo el Mediterráneo, dejar su país, su casa, sus costumbres, y como era pobre, ¿quién sabe si para sufragar los gastos, no se vió también obligada á vender lo poco que tuviera? ¿Pero qué sacrificio hay capaz de contener á una madre, sobre todo cuando es santa?

Mónica se embarcó el año 385, probablemente en el mismo puerto donde un año antes había sido abandonada por su hijo; y si para ello tuvo tiempo, de suponer es que haría oración en la pequeña capilla de San Cipriano, (en la cual pasó entonces una noche tristísima) para pedir á Dios la dicha de volver á ver á su hijo, y la más grande aún de consolarle y convertirle.

Hubiérase dicho á primera vista que Dios no quería concederle esta felicidad, porque apenas se había separado de las costas africanas, cuando se desencadenó una horrible tempestad. La mar estaba profundamente agitada, las amenazadoras olas se precipitaban sobre el buque, y se estrellaban en sus costados con imponente estruendo; toda la tripulación temblaba, y los marineros mismos estaban asustados; sola Mónica estaba serena: pues qué ¿había de perecer sin volver á ver á su hijo? ¿y la impediría Dios que fuese á convertir á Agustín? Ella veía claramente y sentía en el fondo de su

corazon de madre, de cristiana y de santa, que esto era imposible; y así, en pié sobre el puente del buque, tranquila y firme, declaraba y aseguraba á los marineros con acento penetrante, que la tempestad pasaría luego, y que llegarían con felicidad al puerto. Bien pronto en efecto los vientos se apaciguan, y disipándose las nubes, dejáronse ver las risueñas costas de la Italia. (1)

Mónica, que deseaba abrazar á Agustin y juzgar por sí misma del estado de su alma, marchó seguidamente en direccion á Roma; pero júzguese de su sorpresa cuando al llegar á la ciudad, no encontró en ella á su hijo, que habia salido ya para Milán. Es de creer que durante el viaje se cruzára con la carta en que Agustin la comunicaba su marcha, pues no es posible admitir, que un hijo tan respetuoso y tan amante de su madre, dejáse de participarla sus designios; y hasta es probable que esas mismas cartas que hemos mencionado, llenas de tristeza, de desaliento y de irresolucion, fuesen las en que digera á su madre que no queria continuar en Roma, que habia cerrado su escuela y que iba á trasladarse á Milán; y las que conmoviendo profundamente el alma de Santa Mónica, la determináran á partir tan de re-

(1) Jam venerat mater pietate fortis, terra marique me sequens, et in periculis omnibus de te secura. Num et per marina discrimina ipsos nautas consolabatur, á quibus rudes abyssi viatores, cum perturbantur, consolari solent; pollicens eis perventionem cum salute. (*Confess.*, lib. VI, cap. 1.)

rente. Pero entretanto se habia precipitado la marcha del negocio, y Agustin habia partido apresuradamente para Milán, despues de escribir á su madre, sin figurarse que ella pudiera venir á donde él, ni mucho menos que estuviese ya en camino.

Por grande que fuese la afliccion de Mónica al encontrarse con que su hijo no estaba ya en Roma, no vaciló, sin embargo, en la resolucion que debía tomar. Milán está á doscientas leguas, y para trasladarse allá, hay que atravesar los montes Apeninos; pero ¿qué importaba esto á una madre, que, por entre las olas irritadas, acababa de hacer un viaje de cuatrocientas leguas? Partió pues inmediatamente llena del mismo ardor, sosteniéndola, en medio de las fatigas de aquel gran viaje, la fé inquebrantable que tenia de ver de nuevo á su hijo, y de traérle al buen camino.

Para sentir dicha fé basta ser madre y amar á Dios sobre todas las cosas; mas al presente Dios la aumentaba en el corazon de esta madre admirable, para que no hallase obstáculo capaz de detenerla. Era necesario que Mónica estuviese en Milán, porque Agustin iba á entrar en la gran crisis que precede al renacimiento de la fé; iba á adquirir la felicidad de creer, á costa de una agonía la mas dolorosa de cuantas hasta entonces se habian conocido; y la que tanto habia llorado para conseguirlo, no podia estar ausente en tales momentos: era necesario que prestára á su hijo el último y supremo socorro.

Despues de tantos años de angustias, de in-

quietudes y de lágrimas. Dios habia resuelto consolar á su sierva, y he aquí por que la traia á Milán en el momento mismo, en que Agustin iba á salir de las tinieblas y á penetrar en la luz. Ella habia asistido á la muerte de su hijo, y era muy justo que estuviese presente en el momento de la resurreccion y de la gloria.

CAPÍTULO NOVENO.

ÚLTIMA CRISIS.—

LAS DUDAS DE AGUSTIN LLEGAN HASTA EL ESTREMO.—

SANTA MÓNICA LLAMA EN SU AYUDA

Á SAN AMBROSIO, Y REDOBLA SU FERVOR PARA

ADQUIRIR LA SEGURIDAD

DE QUE SALVARÁ Á SU HIJO.

AÑOS 384 AL 386.

Agustin habia llegado á Milán y tomado posesion de su cátedra de elocuencia, en la peligrosa situacion que hemos indicado últimamente, habiendo buscado la verdad por todas partes y no hallándola en ninguna; amándola siempre, pero desesperanzado de encontrarla, y persuadido de que eran verdaderos sábios los que de todo dudaban: último abismo, el más profundo, el más oscuro y el menos á propósito para Agustin que iba á sumergirse en él por espacio de dos años enteros, y de donde debia salir cristiano por dicha suya, pues de no ser así, allí se habría embrutecido. Por esto y porque Agustin corría el mayor de los peligros, Dios le enviaba á Santa Mónica, para que le ayudara á encontrar de nuevo el camino de la luz.

Mas por necesaria que fuese para Agustin la presencia de su madre en esta suprema crisis, no bastaba sin duda. Los corazones maternales formanse de pureza, de ternura y de fuerza; y sin embargo me atreveré á decir, que no son ni bas-

tante fuertes, ni quizá bastante puros, para que los hijos puedan renacer por ellos á la luz del evangelio que perdieran. Para esta obra verdaderamente divina, son necesarias almas que en una consagracion altísima hayan bebido mayor fuerza de vida y de resurreccion. Lo que la madre empieza con sus lágrimas, el sacerdote lo acaba con la autoridad y la sangre de Jesucristo; y cuanto más sumergido esté en el abismo aquel á quien se quiere salvar, mayor es el cuidado con que Dios prepara á la madre cristiana y al sacerdote, que han de trabajar de consuno en esta cura sublime. Por esto Dios, despues de dar á Agustin una madre como Mónica, dispone que San Ambrosio la ayude en tan gran empresa.

Parecía que este eminente Obispo habia sido hecho de intento para comprender á Agustin, jóven inquieto, triste, ardiente, é igualmente dispuesto á reflorcer como á extinguirse segun la influencia que le dominára. Habia pasado aquel su juventud en el mundo, y en medio de los negocios y de los estudios, lo cual establecia cierta armonía entre su alma y la de Agustin. Posteriormente se habia dedicado al estudio de la elocuencia, y jóven aún, habia adquirido en el foro grandísima celebridad, lo cual era una segunda armonía; y por último, nacido como Agustin de madre cristiana, habia permanecido catecúmeno como él hasta que hizo los treinta años; si bien debemos consignar que Ambrosio catecúmeno no habia conocido ni las dudas, ni los desórdenes ni los errores de Agustin. Pero acaso esto fuese

una razon más de simpatía, porque para inclinarse con ternura hácia el corazon culpable; y para sentir profunda y delicadamente las agitaciones dolorosas de un alma, es bueno, y mejor algunas veces, haber vivido siempre en la serenidad, en la luz y en la paz. Se vé pues que á excepcion de las faltas, estas dos vidas habian tenido singulares semejanzas hasta la edad de treinta años.

En cuanto á Ambrosio, un acontecimiento imprevisto habia cambiado de repente su carrera. La silla episcopal de Milán estaba vacante, y dos partidos se disputaban la eleccion con una animosidad, que podia llegar á ensangrentarse: Ambrosio que era Prefecto de la Ciudad, se presenta en la Iglesia para apaciguar el desórden, y mientras él habla al pueblo con arrebatadora elocuencia, hé aquí que un niño esclama «Ambrosio Obispo! Ambrosio Obispo!» Esta voz de la inocencia parece como venida del Cielo, acógenla todos unánimes, y los dos partidos se ponen de acuerdo, para proclamar á Ambrosio Obispo de Milán.

Este que era solo catecúmeno, recibió con tal motivo el bautismo, y despues de ocho dias de retiro y de soledad, de oraciones y de lágrimas, fué ordenado primero sacerdote, y seguidamente Obispo, el dia 7 de Diciembre del año 374. Entonces, como flor que para derramar sus perfumes, espera solo un rayo de luz, Ambrosio se desarrolló bajo la bendicion del Obispo consagrante, y se manifestaron los tesoros de su bellissima alma. Obispo y hombre de estado á la vez; ocupado en procurar el bien de las almas y el de la Sociedad á un mismo tiempo;

corriendo por el mundo para establecer la paz y hacer que príncipes degenerados respetáran el honor; encerrándose horas enteras con los pecadores á quienes enternecía con sus lágrimas; escribiendo á los reyes cartas atrevidas, y componiendo cánticos de una ternura y pureza exquisita para las vírgenes consagradas á Dios, Ambrosio era el hombre de todas las edades, de todas las posiciones, de todos los peligros, y de todas las virtudes; tal como Dios quiere al Obispo y aquella sociedad tuvo la dicha de hallarle.

Pero estas cosas no eran mas que preludeos: avanzando cada dia en santidad, este ilustre Obispo se preparaba á dos actos que ni aún podia preveer; pero que iban á coronar su cabeza de una aureola inmortal, y para los cuales acaso Dios le habia creado tan grande. ¿Quién no ha oido hablar de esa escena admirable, en que Ambrosio detuvo á las puertas de su Catedral al Emperador manchado todavía con la sangre de Tesalónica? Mas Teodósio fué digno del Obispo; y estos dos actos, tan bellos el uno como el otro, no se olvidarán jamás en la sucesion de los tiempos, y marcarán siempre una larga huella de honor y de dignidad.

No obstante, por poderosa que fuese la palabra de Ambrosio en ese dia, ha pronúnciado otra que habia de procurar á Dios mayor gloria. Entrémos en la morada del Santo Obispo; fijémonos en el jóven que allí se presenta, y escuchemos las palabras que van á brotar de los lábios de San Ambrosio; ellas han regenerado á Agustin

haciéndole Santo, y ellas tambien son las que han dado á la Iglesia el mas grande entre los doctores.

Uno de los primeros pasos de Agustin á su llegada á Milán, fué visitar á San Ambrosio; paso que debia dar, viniendo á ejercer un cargo público en la misma Ciudad donde el Obispo residía; pero que Agustin daba tambien por simpatías de otro órden mas elevado. «Es gran cosa para un jóven, ha dicho cierto escritor, que sus primeras visitas se dirijan á los hombres que no son de su edad y que les han precedido en la vida pública, sobre todo, cuando la gloria parece guardar el umbral de su morada.» (1) Con mas razon pues, debe rendirse este tributo de veneracion y de respeto, cuando á la gloria va unida la santidad y ambas aureolas se hallan juntas en un sugeto.

«Estando ya en Milán, dice San Agustin, fui »á ver al Obispo Ambrosio, conocido en todas »partes como una alma de las más grandes, y como vuestro piadoso servidor, ó Dios mio! Yo estaba ciego, y vuestra mano me dirigía á él, para que me abriese los ojos y me condujese á »Vos. Este hombre venerable me recibió como un »padre, y tuvo á bien decirme con la caridad »propia de su ministerio, que mi llegada á Milán »le habia llenado de alegría. Desde entonces yo »le amé; pero no era el Doctor de la verdad á »quien yo amaba en él, pues entonces habia per-

(1) *Notice sur Frederic Ozanan* del P. Lacordaire.

»dido la esperanza de poder hallarla en la Iglesia;
 »lo que yo amaba era solamente al hombre be-
 »névolo para conmigo.» (1)

El Santo é ilustre Ambrosio recibiendo al jóven Agustin; la paz del uno y las agitaciones del otro; ese astro que va á ocultarse en la luz, y este otro astro mas grande, pero rodeado aún de sombras, forman una de esas escenas conmovedoras y solemnes que deberia ser descrita por maestro de primer órden.

Despues de haber visitado á Ambrosio, quiso Agustin oírle hablar en público. El Santo Obispo instruía todos los domingos á su pueblo, explicaba la Santa Escritura con sencillez evitando la controversia, y reemplazádo la erudicion con finas é ingeniosas alegorías, derramaba mucha luz sobre los pasages mas oscuros de los libros santos. Nada mas conveniente que esta palabra dulce, elegante, armoniosa y elevada, para el alma herida y enferma de Agustin, que la escuchaba con un encanto indecible, sin temor alguno y sin sospecha siquiera de que language tan poco acerado pudiese causar heridas profundas.

Pero apenas hubo escuchado á San Ambrosio, sintió que la llaga de su corazon se iba di-

(1) Et veni Mediolanum, ad Ambrosium episcopum, in optimis notum orbi terræ, pium cultorem tuum; suscipit me paterne ille homo Dei, et peregrinationem meam satis episcopallyter dilexit. Et eum amare cœpi; non primo quidem tanquam doctorem veri, quod in Ecclesia tua prorsus desperabam, sed tanquam hominem benignum in me. (*Confess.*, lib. V, cap. XIII.)

latando; que las dudas que respecto al maniqueísmo conservaba aún, se desvanecían por completo, y que los últimos restos de sus creencias huían del alma; vió claramente la vanidad de cuanto hasta entonces habia admitido; y juzgando, sin examinar con detencion tan importante asunto, que la verdad no existía en la Iglesia Católica, desesperó mas que nunca de poderla hallar en otra parte. ¿Qué le restaba hacer? despreciar las doctrinas, no volver á ocuparse de las cosas, y dedicarse exclusivamente á la forma, al estilo y á sus diferentes matices; en una palabra, al arte por el arte, única cosa en que Agustín creía todavía. «Hé aquí, dice él mismo, adonde habia yo »llegado; perdiendo la esperanza de poseer la »verdad, habia caido en el mas profundo de los abis- »mos; (1) pendiente de las formas de la palabra, »habia llegado á ser indiferente y desdeñoso en »cuanto al fondo, (2) y nada me conmovía, á ex- »cepcion del arte de hablar, único amor que ha- »bia sobrevivido en mi alma á la ruina de to- »dos los amores.» (3) Es decir, que Agustín

(1) Et diffidebam et desperabam de inventione veri. (*Confess.*, lib. V, cap. I.)—Dubitabam de omnibus, et inveniri posse viam vitæ minime putabam. (*Confess.*, lib. V, cap. XIII.)

(2) Verbis suspendebar intentus; rerum autem incuriosus et contemptor astabam. (*Confess.*, lib. V, cap. XIII.)

(3) Cum enim non satagerem discere quæ dicebat, sed tantum quemadmodum dicebat audire (ea mihi quippe desperanti ad te viam patere homini, inanis cura remanserat.) (*Confess.*, lib. V, cap. XIV.)

estaba en camino para ser un sofista, un artista de la palabra, un buscador de antítesis, y un simple coordinador de frases; corriendo por consecuencia el más terrible de los peligros no ya en su alma solamente y en su conciencia, sinó en la inteligencia también.

Santa Mónica llegó á Milán precisamente en estas circunstancias, y no es difícil adivinar lo que sería la entrevista de tal hijo y de tal madre. Jamás se sienten mejor las puras y profundas afecciones de familia que en momentos de tristeza: Agustín y Mónica pasaban por ellos, así que sus almas se unieron en largo y estrecho abrazo mezclándose al mismo tiempo las lágrimas de sus ojos.

Luego que pudieron hablarse, Agustín para consolar á su madre que á la vez que lloraba, le dirigía una mirada inquieta y escudriñadora, se apresuró á decir que ya no era maniqueo. Al comunicarle esta noticia, esperaba Agustín verla llena de alegría, pero no fué así; Mónica no demostró ni admiración ni contento. (1) No se admiró, porque ¿tenía acaso algo de particular que Agustín no hubiese podido fijarse en arena tan movidiza y en tierra tan miserable como la heregía de Manés? así lo esperaba ella. No se mostró contenta, porque era poco para Mónica que su hijo hubiese abandonado el error, y esperaba mas de sus lágrimas; quería que Agustín se hiciera cristiano, y católico ferviente. Todo esto descaba, y estaba segura de obtenerlo.

(1) (*Confess.*, lib. VI, cap. I.)

Mónica replicó vivamente á Agustin, que su aspiracion era hacerle católico; y mezclando en un arranque la intuicion de la madre con la fé viva de la santa, predijole con energía y repetidas veces, que antes de morir le vería convertido. Agustin meneó la cabeza, y respondió con una sonrisa llena de amargura; porque dudando de todo y desesperando de la verdad, estaba decidido segun hemos dicho ya, á no ocuparse mas de cuestiones de doctrina. (1)

Pero esto precisamente llenaba de esperanza el corazon de Mónica: conocía demasiado á su hijo, para persuadirse de que hubiera de permanecer en semejante vacío; sabia que era propenso á creer y amar, y por eso, viéndole sumergido en una duda absoluta, y sin tabla alguna de salvacion en medio del naufragio, nuestra Santa comprendió que estaba en el principio de la suprema crisis, y que si al presente le ponía esta aunque momentáneamente al borde del abismo, ella misma habia de traerle á la vida. Consolada con esto aunque temblando todavía, resolvió no perder ni un minuto y redoblar sus oraciones, sus sacrificios, y sus piadosas gestiones, para obtener de Dios que

(1) *Invenit me periclitantem quidem graviter desperatione indagandæ veritatis. Sed tamen ei cum indicassem non me quidem manichæum, sed neque catholicum christianum, non quasi inopinatum aliquid audierit exilivit lætitiæ... Placidissime et pectore pleno fiduciæ respondit mihi credere se in Christo quod priusquam de hac vita emigraret, me visura esset fidelem catholicum, et. (Confess., lib. VI, cap. I.)*

abreviara los días de estravío, y apresurase el día de la conversión. (1)

Fija en esta idea, su primer pensamiento después de abrazar á su hijo, fué ir á ver á San Ambrosio, porque sabía que él había puesto á Agustin en la crisis que atravesaba. Tenía deseos de manifestarle su agradecimiento, y anhelaba también saber lo que el Santo pensaba de su hijo, confiarle sus dudas, sus temores, sus presentimientos y sus esperanzas, ansiando verdaderamente rogar al anciano Obispo, á quien ya conoció en Tagaste, que entablase relaciones con Agustin, á fin de hacerle cristiano á la mayor brevedad.

Ambrosio recibió á Santa Mónica con entrañable ternura, y no se cansaba de contemplar á esta madre, sobre cuyo rostro el amor de Dios y el afectuoso cariño de su hijo extraviado habían abierto tan venerables huellas. La entrevista no se borró jamás de su memoria, y cuantas veces hablaba con Agustin, siempre le felicitaba por tener una madre semejante. (2)

Santa Mónica á su vez, se conmovió hasta deramar lágrimas en presencia de quien esperaba la salvación de su hijo, al cual con sus primeras palabras había puesto Ambrosio en un estado inquieto,

(1) Tibi autem, fons misericordiarum, preces et lacrymas densiores, ut accelerares adjutorium tuum, et illuminares tenebras meas, et studiosius ad ecclesiam currere, et in Ambrosium ora suspendi. (*Confess.*, lib. VI. cap. I.)

(2) (*Confess.*, lib. VI, cap. II.)

es verdad, pero lleno de esperanzas. La piedad, la dulzura, la ciencia y la modestia del Santo Obispo encantaron á Mónica, aumentando sus esperanzas; y así animada le abrió su corazón, profesándole desde luego el elevado y profundo afecto, que tendrá siempre una madre para el hombre de Dios que dirige, que salva, y sobre todo, que convierte el alma de su hijo. (1)

Debe tenerse por cierto, que nuestra heroína confió también al Santo Obispo la dirección de su propia conciencia; y que este grande hombre, que pasaba una parte de su vida en oír á los pecadores y en llorar con ellos, tuvo el consuelo de confesarla todo el tiempo que la santa permaneció en Milán. ¿A quién mejor podía Mónica encargarse la dirección de su alma, que al que, según presentía, había Dios escogido para la conversión de su hijo? ¿No era esto parte esencial de su vida en esta época? No tenía efectivamente más que un solo pensamiento; rogar por su hijo, llorar por él y atraerle á Dios á fuerza de lágrimas. Si se ocupaba de su propia alma; si velaba con una delicadeza cada vez mayor sobre sus pensamientos, aún los más insignificantes; si cada día se esforzaba por ser más humilde, y más recogida, todo era mirando á su hijo; con el fin,

(1) Diligebat autem illum virum sicut Angelum Dei, quod per illum cognoverat me interim ad illam ancipitem fluctuationem jam esse perductum per quam transitorium me ab ægitudine ad sanitatem, intercurrente arctiore periculo, quasi per accessionem quam criticam medici vocant, certa præsumebat. (*Confess.*, lib. VI, cap. I.)

de que las oraciones siendo mas puras, y estando su corazon mas unido á Dios, pudiera tener la seguridad de que sus clamores le conmovieran. ¿Quién pues, como Ambrosio estaba en estado de comprender un alma semejante, y quién mejor que él podía darle la direccion que tanto necesitaba?

Pero Mónica, aunque jóven aún, no debía permanecer ya en el mundo mas que dos años, los mas bellos de su vida y aquellos en qué, como enseña la historia de los Santos, su alma iba á madurar rápidamente, dando preciosísimos frutos. En los designios de la Providencia estaba decretado, que los pasára bajo la vigilancia y siguiendo los consejos del mejor Director de conciencias que habia en aquella época, cosa que hace Dios con frecuencia; pues cuando un alma se ha robustecido en la soledad, y se aproxima la hora del desarrollo, la trasplanta de repente y la coloca al lado de algun santo director, que ha preparado como en secreto, y á quien encarga de dar la última mano en tan bella obra.

De acuerdo ya con el Santo Obispo de Milán, Mónica procuró que las relaciones entre este y su hijo fueran mas frecuentes y mas íntimas. A menudo y siempre que visitaba al Santo Obispo, iba acompañada de él. De cuando en cuando, ya con un pretexto ya con otro, le enviaba á casa del Prelado; en la apariencia para pedirle consejo sobre cualquier punto que la concernía, pero en realidad, para proporcionar á Agustin la ocasion de conversar con el gran Obispo.

Un día, por ejemplo, Mónica no sabía si debía ayunar, era sábado, y en tal día ella con la Iglesia de Africa acostumbraba siempre á hacerlo; pero no siendo en Milán día de ayuno, preguntaba si debería seguir la costumbre de Tagaste ó la de Milán. Bien pudiera informarse por sí misma del Santo Obispo, pero por una de esas piadosas industrias que inventa fácilmente el corazón de las madres, prefería enviar á Agustin, y fué este á quien dió San Ambrosio la respuesta que tan célebre ha llegado á ser: «Seguid la costumbre de la Iglesia, en que os halleis: Si estais en Roma ayunad con la Iglesia de Roma; pero si estais en Milán no ayuneis, porque la Iglesia de Milán no ayuna.»

Un hecho de diversa naturaleza demostró por entonces, cuán íntimamente enlazados estaban en Santa Mónica el amor que profesaba á su hijo, y la veneracion, obediencia, y profundo respeto con que miraba á San Ambrosio. Era costumbre de la Iglesia Africana, que en las fiestas de los Santos mártires se llevase á sus santuarios pan, vino y tortas que se depositaban sobre las respectivas tumbas, dándose en seguida una parte á los pobres, y comiendo los fieles lo restante. Segun las ideas de la antigüedad cristiana, que hemos mencionado ya, habia en esto una especie de comunicacion de los méritos y de la vida del Santo. El primer día de fiesta que Santa Mónica pasó en Milán, fué por la mañana á la Iglesia con su pequeño canasto en los brazos, lleno de ofrendas segun acostumbraba en Africa; pero al llegar al dintel del templo,

el portero la detuvo y prohibió la entrada; pues temiendo los abusos que empezaban á introducirse con ocasion de esta costumbre tan bella y tan venerable en sí misma, Ambrosio la habia suspendido y dado órden al portero de no permitir el cumplimiento de este rito. Nuestra Santa que ignoraba la prohibicion, era natural que al verse detenida pública y bruscamente á la puerta de la Iglesia, sufriera algun disgusto; pero no le manifestó, ni dejó percibir en su rostro señal alguna de desagrado. «Ella, dice San Agustin, renunció de buena voluntad y con gran contento á esta costumbre, y en lugar del canasto lleno de frutos de la tierra, llevó en lo sucesivo á la tumba de los mártires el corazon lleno de los más puros votos. Más no por esto perdieron nada los pobres, porque Mónica les daba en su casa lo que solía repartirles en la Iglesia, reemplazando ella los frutos de la tierra con que se alimentaba sobre la tumba de los Santos, con el cuerpo divino del Salvador.» (1) Hé aquí como obedecía. «Yo creo sin embargo, añade San Agustin con una gran delicadeza, que mi madre habria tenido mas pena en dejar esta costumbre, si se hubiese prohibido por otro á quien ella no amase tanto, como amaba á San Ambrosio; pero le quería por ver en él un instrumento de mi salvacion, y San Ambrosio por su parte queria á mi madre por su vida ejemplar, su asiduidad en la Iglesia y su fervor espiritual en el ejercicio de las buenas

(1) (*Confess.*, lib. VI, cap. II.)

»obras. El Santo Obispo no podía dejar de alabar-
 »la en mi presencia, y me felicitaba por tener una
 »madre semejante; pero él no sabia, añade hu-
 »mildemente Agustin, que hijo tenia ella en mi.» (1)

Cuando se estrechaban más y más estas relaciones, bastante íntimas ya entre Mónica y San Ambrosio, Dios disponia las cosas, para que con noble entusiasmo se inclináran hácia el Santo Obispo, no solamente el corazon de la madre, sino tambien el del hijo. Habia llegado Ambrosio á uno de esos momentos en que el alma grande se sublima, y en que el empuje de la persecucion y de la calumnia, rugiendo en torno suyo, sirven solo para revelar mejor su magnanimidad y su grandeza. La Emperatriz Justina que, hacía algunos años cometió la falta de introducir en Milán una falange de cortesanos pertenecientes todos á la secta arriana, y que á esta falta añadia la mas grande aún de dejarse dominar por esa minoria turbulenta, un poco antes de la Pascua del año 385 ordenó, que se pidiese á San Ambrosio en nombre de su hijo Valentiniano todavía niño, la cesion á los arrianos de una de las

(1) Sed tamen videtur mihi non facile fortasse de hac amputanda consuetudine matrem meam fuisse cessuram, si ab alio prohiberetur, quem non sicut Ambrosium diligebat; quem propter salutem meam maxime diligebat; eam vero ille propter ejus religiosissimam conversationem, qua in bonis operibus tam fervens spiritu frequentabat ecclesiam: ita ut sepe erumperet, cum me videret, in ejus predicationem, gratulans mihi quod talem matrem haberem; nesciens qualem illa me filium. (*Confess.*, lib. VI, cap. II)

Iglesias que ocupaban los católicos en la Corte, ya fuese la basílica *Portia*, que estaba fuera de muros, ó la misma basílica nueva, es decir la en que Ambrosio celebraba ordinariamente, y que era además la iglesia metropolitana de la ciudad. El Santo Obispo habia denegado la referida petición, y con noble entereza mandó responder á la Emperatriz, que no podia un sacerdote entregar el templo como ella queria. Por tales palabras, y por la negativa que encerraban, vióse sin tardar espuesto á las iras de una mujer, que á su gran poder unía la cualidad de no saber respetar nada; así es que los soldados se apoderaron de la basílica *Portia*, y la misma Iglesia donde se hallaba Ambrosio, fué rodeada tambien por las tropas; pero como la poblacion en masa se mostrase favorable al Santo Obispo, se retiraron los soldados á la basílica *Portia*, llevando tras de sí una gran parte del pueblo á la vez conmovido é indignado, y dando esto por resultado, que durante muchos dias reinára en Milán una especie de guerra civil, fruto de la noble indignacion de los católicos.

Mientras tanto, Ambrosio permanecía constantemente en su Iglesia, unas veces al pié del altar Santo, con los ojos bañados de lágrimas, pidiendo á Dios fervorosamente que por su culpa no se vertiese sangre alguna; y otras, sentado en el púlpito, explicando los libros santos, calmando al pueblo, invitándole á la clemencia y al respeto á las leyes, y haciendo resonar al mismo tiempo en sus oidos, las mas enérgicas y magníficas frases, sobre la libertad de las almas y sobre la de

la Iglesia, que es como la pátria, el refugio y la verdadera madre de aquella preciosísima libertad.

A los grandes y á los tribunos, por ejemplo, que venian á intimarle que entregára prontamente la Basilica, diciéndole que era un derecho del emperador á quien todo pertenecía. «Si el emperador, contestaba, me pidiese lo que es mio, aun-» que todo lo mio sea patrimonio de los pobres, no» se lo negaría; pero las cosas divinas no me per-» tenecen. Si se quieren mis bienes tómense en» buena hora; si se busca mi cuerpo, yo me pre-» sentaré. ¿Quereis encadenarme y conducirme á la» muerte? Me felicitaré por ello; no me rodearé del» pueblo para defenderme, ni me abrazaré á los» altares pidiendo la vida. Tengo en mucha estima» ser inmolado por defender los derechos de Dios» y de su Iglesia.»

Al eunúco Calígono prefecto de la cámara del emperador, que le decía: «tu desprecias á Valen-» tiniano; pues yo te cortaré la cabeza.» Ambrosio» contestaba con mayor energía aún y á la vez con noble intrepidez: «Dios permita que cumplas tu» amenaza; y en tal caso, yo sufriré como Obispo,» y tu obrarás como eunúco.»

Por último, á los oficiales del emperador que, viendo á las muchedumbres enardecerse y temiendo un motin, venian á rogarle que apaciguase el pueblo: «De mí depende el no escitarle; reponía,» pero cuando se alborota, solo Dios puede calmar-» le» y como gritasen, llamándole tirano, y diciéndole que abusaba de su influencia sobre el pueblo, para echar por tierra el trono de Valentinia-

no. «Oh! Oh! decia sonriendo, Máximo no dice
»que yo sea enemigo de Valentiniano; él se que-
»ja mas bien de haberle yo detenido cuando queria
»pasar á Italia.» Y en efecto, Ambrosio habia sido
el que, cuando Máximo combatía el imperio de Val-
entiniano, habia atravesado los Alpes, y viniendo
presuroso á defender la causa del niño huérfano,
la habia llevado á feliz término. «Por lo demás,
»continúa Ambrosio, si yo soy un tirano ¿qué os
»detiene, y por qué no me castigais? No tengo otras
»armas que el valor de afrontar el peligro, y estoy
»dispuesto á morir; pero Dios me libre de entregar
»la herencia de Jesucristo; la herencia de mis pre-
»decesores; la herencia de Dionisio que por la fé
»ha muerto en el destierro; la herencia del Santo
»Confesor Eustorgio; la herencia de Mirocles, y
»la de todos los Santos Obispos mis antecesores y
»mis padres. Doy al César lo que es del César,
»pero á Dios lo que es de Dios.» Y para demos-
trar que estaba pronto á obedecer, dejaba su puer-
ta abierta dia y noche, y permanecía en la habi-
tacion donde acostumbraba á estar, pronto á
partir para el destierro ó para la prision, segun
se le ordenára.

Asustada de tan noble y firme actitud, Justi-
na retrocedió, mas solo por el momento; pues po-
co tiempo despues urdió en secreto un nuevo
complot lleno de astucia. Cierta Doctor arriano
tomó de repente el título de Obispo de Milán, y
negándose Ambrosio á comparecer ante el tribu-
nal nombrado por la Emperatriz para juzgar en-
tre él y su competidor, el Santo Obispo fué de-

clarado intruso y condenado al destierro, yendo seguidamente los soldados á apoderarse de su persona, para conducirle fuera de Italia. Ambrosio entonces se refugió en su catedral como la primera vez, y era espectáculo admirable ver que un anciano inerme, en quien se personificaban todos los derechos de la conciencia, permanecía en el Santuario invencible, aunque desarmado; mientras que se estrellaba impotente ante las gradas del átrio de la Iglesia la mayor potencia de la época. Entretanto el pueblo no abandonaba el templo; fiel á sus creencias, agrupábase al rededor del Obispo; y allí pasaba las noches armado, y en actitud amenazadora (1).

Esta especie de asedio duró ocho ó nueve dias al aproximarse la Pascua del año 386, y entonces fué cuando, para ocupar santamente tanto tiempo, introdujo Ambrosio en la Iglesia de Milán el canto alternado de los salmos tal como le practicaba ya el Oriente, y se adoptó luego en todo el Occidente. Con objeto de darle variedad, y de animarle algun tanto, añadió Ambrosio los himnos que habia compuesto en vista de aquellas circunstancias, los cuales acabaron de entusiasmar al pueblo de tal manera, que los enemigos de aquel decian que habia hechizado á las masas con sus cánticos má-

(1) A las Iglesias de aquella época estaban unidos muchos edificios exteriores, pórticos, habitaciones, salas y jardines, lo cual esplica como el pueblo podia permanecer dias y noches seguidas sin separarse para nada del templo; pues ademas habia allí donde comer y dormir con comodidad.

gicos. (1) Consérvanse aún en nuestros días la mayor parte de estos himnos, (2) sin que pueda dudarse que fueron improvisados en medio del ruido de las armas, y entre los clamores del pueblo agitado, por un hombre que no sabia al amanecer si durante el día se veria precisado á emprender el camino del destierro, ó si le conducirian á una prision. No hay cosa á la vez mas dulce, mas nueva, mas elevada y mas pura: he aquí como ejemplo el himno compuesto para cantarse al despertar por la mañana.

Aquí el autor pone en frances dos himnos de la mañana y uno de la noche, pero como en nuestra traduccion habian de salir pálidos, ya que no desfigurados, hemos preferido omitirlos movidos de lo que dice M. de Maistre con igual

(1) Hymnorum quoque meorum carminibus deceptum populum ferunt. Plane nec hoc abnuo. (*Ambros. Opusc. de Spiritu Sancto, in Epist. XXXI.*)

(2) Los himnos que con mas fundamento se atribuyen á San Ambrosio son en primer lugar los once siguientes: *Æterne rerum conditor. Deus creator omnium. Jam surgit hora tertia. Veni, Redemptor gentium. Illuminans Altissimus. Fit porta Christi pervia. Orabo mente Dominum. Somno reffectis artubus. O lux beata Trinitas. Consorts Paterni luminis. Æterna Christi munera* (Véase á Cellier) *Historia de los autores eclesiásticos: San Ambrosio.)* Además de estos once himnos, B. Tomasi, en su *Himnario* (coleccion de himnos) añade otros cincuenta, y en particular los siguientes: *Jesu, nostra Redemptio. Conditore alme siderum. Rerum Creator optime. Splendor Paternæ gloriæ. Imense cæli conditor. Cæli Deus sanctissime. Nox atra rerum contigit. Magnæ Deus potentie. Tu Trinitatis Unitas. Æterna cæli gloria. Plasmator hominis Deus. Summe Deus clementie. Lux ecce surgit aurea, etc. etc.*

motivo: «quien sin especial vocacion quiera ensayarse en este género al parecer tan fácil y tan sencillo, arrojando la pluma aprenderá dos cosas; cuánto vale la oracion y cuán alto raya el talento de Racine» «Soirées de Saint Petersbourg, Tome 7.º 11, entretieme.»

El mismo autor despues de copiar los himnos de la mañana, hace notar lo jóven y lozana que se ostentaba la poesía en los labios de un anciano; y escritos los de la noche, despues de observar que en todos ellos se encuentra apenas una ligera alusion al estado de alarma en que se hallaban, continúa diciendo:

Es preciso reconocer que se necesita un alma grande, y muy dueña de sí misma, para espresar tales armonías en medio de la efervescencia popular. Los himnos fueron acogidos con entusiasmo tal, que el pueblo, electrizado, los cantaba dia y noche proclamando el propósito de morir con su Obispo. De tiempo en tiempo Ambrosio hacia suspender el canto, y subiendo al púlpito, su corazon conmovido y reconocido á la vez, hallaba acéntos completamente nuevos para dar gracias al Todo Poderoso, y animar al mismo tiempo á aquel pueblo que tan fiel se le mostraba.

Ocurria esto por los años 385 y 386, es decir los mismos que Agustin pasó enseñando en Milán. ¿Y un jóven alejado de la verdadera fé, es verdad, pero amigo de la elocuencia y de la poesía, pundonoroso y hasta entusiasta por la dignidad del alma, por los derechos eternos de la conciencia y por los de la libertad, podía dejar de conmoverse en presencia de semejante espectáculo? ¿Y podría no entusiasmarse, al ver que un anciano venerable

se expone generosamente á la violencia, por no hacer traicion á sus deberes, permaneciendo invencible sin echar mano á las armas, y recibiendo con tal motivo los aplausos de aquellos, cuyos elogios deben ambicionarse? «Mi madre, dice San Agustín, queriendo ser de las primeras en participar de las angustias y de las vigili-
 »ba sin interrupcion: yo mismo aunque frio y
 »alejado del calor de vuestro espíritu, estaba en-
 »terrecido viendo la agitacion de toda una ciu-
 »dad.» (1) La grandeza moral, que rodeaba á Ambrosio de una brillante aureola, entusiasmaba á Agustín. «Yo, dice, tenia por feliz á Ambrosio;
 »veia que se le tributaban los mayores homena-
 »ges, y le envidiaba por todo menos por el celi-
 »bato.»

«Y sin embargo, añade, yo no sospechaba si-
 »quiera, en qué consistía su verdadera felicidad.
 »No tenia presentimiento ni experiencia alguna
 »de las grandes esperanzas que Ambrosio ali-
 »mentaba; de los bellos combates que sostenía
 »contra las seducciones de su propia grandeza; de
 »los muchos consuelos que encontraba en la ad-
 »versidad, ni del encanto que así mismo hallaba
 »en una voz secreta, que le hablaba en el fondo
 »de su corazon; por último yo no conocía los sa-

(1) Ibi mater mea, ancilla tua, sollicitudinis et vigiliarum primas tenens orationibus vivebat. Nos adhuc frigidi á calore spiritus tui, excitabamur tamen civitate attonita atque turbata. (*Confess.*, lib. IX, cap. VII.)

»brosos goces que él gustaba alimentándose con el »pan de la vida.» (1)

Por lo que hace á Santa Mónica, es difícil describir la grande alegría en que rebosaba su corazón, viendo al padre de su alma, y á aquel con quien contaba para salvar á su hijo, hecho un héroe y un Santo. Siempre al pié del púlpito de Ambrosio, y pendiente siempre de sus lábios, ella, como dice San Agustín, tomaba grandísima parte en las angustias y dolores de la Iglesia. No vivía mas que para Dios, y marchando bajo la dirección total del Santo Obispo, rodeada de divinas influencias, y entre cánticos entusiastas y perfumes celestiales, adelantaba á grandes pasos en la perfección cristiana. La fe, el amor, la esperanza firmísima, la paz, y la plena confianza en Dios, todas estas virtudes exhalaban en Mónica olorosos perfumes. Era fácil ver que se acercaba ya la hora de su gran fecundidad. (2)

(1) *Ipsum Ambrosium felicem quemdam hominem secundum sæculum opinabar, quem sic tantæ potestates honorarent: cælibatus tantum ejus mihi laboriosus videbatur. Quid autem ille spei generet, et adversus ipsius excellentiæ tentamenta quid luctaminis haberet, quidve solaminis in adversis et occultum osejus quod erat in corde ejus; quam sapida gaudia de pane tuo ruminaret, nec conjicere noveram.* (*Confess.* lib. VI, cap. III.)

(2) (*Confess.*, lib. VI, cap. I et II; lib. VII, cap. VII.)

1875
The first part of the report is devoted to a general description of the country, its position, and its resources. It then proceeds to a detailed account of the various industries and occupations of the people, and finally to a summary of the state of the country at the end of the year.

The second part of the report is devoted to a detailed account of the various industries and occupations of the people, and finally to a summary of the state of the country at the end of the year.

The third part of the report is devoted to a detailed account of the various industries and occupations of the people, and finally to a summary of the state of the country at the end of the year.

CAPÍTULO DIEZ.

EMPIEZAN Á SER OIDAS LAS ORACIONES DE SANTA MÓNICA. —

PRIMEROS RAYOS DE LUZ EN EL ALMA DE AGUSTIN. —

PROFUNDIDAD DEL PLAN ADOPTADO POR SAN AMBROSIO, Y SEGUIDO
POR SANTA MÓNICA. — LA TEMPESTAD.

AÑO 385.

Como acabamos de ver, Santa Mónica no se contentaba con hacerse acompañar de su hijo siempre que iba á visitar á San Ambrosio, sino además, cada vez que este Santo Obispo subia al púlpito, era mayor su cuidado en llevar á Agustín consigo para que le oyera. Esto á la verdad no la era difícil, por que el gusto con que escuchaba los elocuentes discursos de Ambrosio, era tal, que á menudo, sin esperar á su madre, iba él espontáneamente. Todavía se muestra hoy en Milán el púlpito de mármol en que el Santo Obispo predicaba, y al cual puede asegurarse, que, durante los años 385 y 386, nunca subió sin tener delante de sí á Santa Mónica, y á su lado «el hijo de tantas lágrimas.»

Mas para oír con fruto las instrucciones de San Ambrosio, era conveniente, y aun necesario, que Agustín llevase al templo las disposiciones indispensables para que la palabra de Dios éntre en las almas; pero desgraciadamente no sucedía así: á tan solemnes actos solo iba Agustín como

curioso y como juez. «Siempre que Ambrosio enseñaba al pueblo, dice él mismo, yo iba á escucharle muy atento; no con la intencion que debía, sino únicamente para asegurarme si su elocuencia correspondía á su reputacion; y si la fama exageraba ó disminuía su belleza. Pasaba horas enteras pendiente de sus lábios, y quedaba encantado ante la armonía de sus discursos; pero por lo demas, solo me fijaba en la forma, sin cuidarme nada del fondo y de las cosas; antes bien las despreciaba.» (1)

Con estas disposiciones iba Agustin á escuchar la palabra de Ambrosio; pero no obstante, la luz divina penetraba su espíritu con especial suavidad y como insensiblemente. «Al escuchar al Santo Obispo, dice Agustin, no me cuidaba de aprender lo que él decía, sino únicamente de juzgar la manera con que lo decía; y sin embargo, como las cosas son inseparables de la palabra, no podía impedir que las unas entrasen con las otras en mi espíritu. Y cuando aplicaba toda mi atencion solo á observar la elocuencia de sus discursos, descubría á la vez en ellos la fuerza de la verdad, que

(1) Et studiose audiebam disputantem in populo, non intentione qua debui, sed quasi explorans ejus facundiam; an major minorve profueret quam prædicabatur. Et verbis ejus suspendebar intentus; rerum autem incuriosus et contemptor adstabam. (*Confess.*, lib. V. cap. XIII.)

»sin embargo no penetraba en mi alma sinó muy poco á poco.» (1)

Encantado por esta palabra, Agustin empezó á conmoverse; pero tan suave y casi insensible fué el rayo de luz que penetró en su alma, que apenas llegó á advertirlo.

«Primero, dice, me pareció que lo que Ambrosio enseñaba, podia defenderse, y que yo habia obrado mal creyendo que era una temeridad el seguir la fé católica. Por esto, despues de haberle oido, empecé á reconvenirme por la falsa persuasion en que habia estado de que no era posible con-
«testar á los que se permiten mil burlas é insultos contra la religion.» (2) Este fué el primer rayo de luz, del cual prosigue Agustin diciendo: «Y aún cuando yo ignorase si lo que Ambrosio decia era la verdad, oíale sin embargo con singular placer; porque al menos no decia nada que no fuese muy posible.» (3) Y mas adelante dice tambien. «Por el pronto, aún cuando no estuviese cierto de

(1) Veniebat in animum meum simul cum verbis quæ diligebam, res etiam quas negligebam. Et dum cor aperirem ad excipiendum quam diserte diceret, pariter intrabat quam vere diceret; gradatim quidem. (*Confess*, lib. V., cap. XIV.)

(2) Primo etiam ipsa defendi posse mihi jam cœperant videri; et fidem Catholicam pro qua nihil posse dici adversus oppugnantes manichæos putaveram, jam non impudenter asseri existimabam. (*Confess.*, lib. V, cap. XIV.)

(3) Jam reprehendebam desperationem meam, illam duntaxat qua credideram Legem et Prophetas detestantibus atque irrentibus resisti omnino non posse. (*Confess.*, lib. V, cap. XIV.)

»si la doctrina de la Iglesia Católica es ó no verdadera, al menos no podia dudar de que no enseñaba las cosas de que yo la habia acusado. Encontrábame pues confuso; cambiábase mi modo de pensar, y sentia yo una alegría secreta al ver que la Iglesia Católica, en cuyo seno, niño aún habia aprendido el nombre de Jesus, no enseñaba cosa alguna ridícula, ni mucho menos infundada.» (1)

Se vé pues, como poco á poco iba modificándose el espíritu de Agustín: cada dia entendía mejor, y no sin gran sorpresa suya, que la enseñanza de la Iglesia no era lo que él se habia figurado; ciertos pasages de las Santas Escrituras que habia considerado como absurdos, le parecian ahora razonables, y hasta bellos y elevados; dogmas de que él se habia reido, impugnándolos al mismo tiempo, ahora caía en que la Iglesia no los enseñaba, sino todo lo contrario, y así carecian de fundamento las miserables objeciones con que la misma Iglesia era combatida. Agustín que era naturalmente recto, se avergonzaba de haber atacado de esta manera, no ya á la verdadera Iglesia, sino á una Iglesia ficticia, que solo existía en su imaginacion. «Me ruborizaba, dice, de haber sido tan temerario y tan impío, vituperando en mis discursos cosas de que debiera haberme informado antes; porque no

(1) Ita que confundebam, et convertebar: et gaudebam, Deus meus, quod Ecclesia unica, corpus Unici tui, in qua mihi nomen Christi infanti est inditum, non saperet infantiles nugas. (*Confess.*, lib. VI. cap. IV.)

«era contra la religion católica, contra lo que habia yo gritado tanto, sino contra las quimeras de mis pensamientos culpables.» (1)

A este primer rayo de luz tan suave y casi imperceptible, siguióse poco despues otro mas vivo y sobremanera brillante.

Los discursos de San Ambrosio, á los que, como se ha dicho, Agustín asistía con asiduidad, indugeron á este á examinar la manera de proceder los católicos en la investigacion de la verdad, en cuyo exámen no pudo menos de sorprenderse. Los católicos quieren, que se crea con sumision lo que no se comprende con evidencia. La fé enseña ante todo, que existiendo una multitud de cosas absolutamente incomprendibles para el espíritu humano, el hombre debe inclinarse con respeto, confesando cuán limitadas son su razon é inteligencia; y Agustín comprendió desde luego, que este proceder era mas modesto y mas sincero que el de los hereges. «Porque estos, dice, no hablaban mas que de libertad, de evidencia, de razon y del derecho absoluto de escudriñar y de examinarlo todo; y mientras trataban de crédulos y de cándidos á los que creían lo que ellos no podian comprender, exigian, proponiendo á renglon seguido una multitud de cosas que no era fácil probar, que se diese fé á su palabra.» (2) A los

(1) *Gaudens erubui non me tot annos adversus catholicam fidem, sed contra carnalium cogitationum figmenta latrasse. (Confess., lib. VI, cap. V.)*

(2) *(Confess., lib. VI, cap. V.)*

ojos de Agustin habia en esto no solo orgullo sino también una contradiccion manifiesta.

Pero no solamente le pareció mas modesto y mas sincero el proceder de los católicos, sino que, aún cuando la razon presumiendo de sus fuerzas, no experimenta simpatía alguna por este método, sintióse atraído hácia la verdad, reconociendo en él al menos una maravillosa armonía con la naturaleza humana. Conviene continuar oyendo á Agustin, y poco á poco llegar juntos á la luz. «Yo, dice, empezaba á considerar las muchas cosas que creia sin haberlas visto y sin haberme hallado presente cuando se realizaron; como son, por ejemplo, tantos sucesos que refieren las historias de los gentiles; tantas noticias de pueblos y ciudades que no habia visitado; tantas cosas como habia oido y creído á los amigos, á los médicos y á otras mil personas, las cuales tenemos que creer sopena de no dar paso alguno en esta vida; y por último, consideraba con cuanta seguridad y firmeza creia yo quienes eran los padres que me habian dado la vida, cosa que no podria saber si no la hubiera creído por el testimonio de otro. Y sin embargo, ¿qué puedo yo saber de todo esto, si no tengo fé en quien así lo atestigua? (1)

Ahora, pues, si quitada la fé, es decir, la completa confianza en una palabra que se cree, no es posible vida alguna; ni la de los sentidos, ni la del entendimiento, ni la del corazon,

(1) *Confess.*, lib. VI, cap. V)

ni la de la sociedad; si la fé es á la vez el encanto y la necesidad de la vida humana, ¿por qué no ha de ser tambien la ley, la gloria y la felicidad de la vida divina? Si todo hombre, al venir á este mundo, recibe enseñanzas de su madre y de su padre, de su país y de su siglo, ¿por qué pues, no ha de aprender tambien lo que su Dios le enseña? Y si Dios, en efecto, ha enseñado al hombre, ¿qué otra cosa debe hacer este sino escuchar, creer y confiar, fundando su asenso á la religion sobre la misma base en que se funda la familia, la amistad, y todas las nobles y santas afecciones, que no viven sinó de sacrificio, y de la confianza mas completa?

Así se expresaba San Agustin, y si no conociésemos su corazon tan tierno y tan afectuoso, creeríamos ver aquí las inspiraciones de su madre; porque precisamente en esta forma, y con esta misma luz, se deja ver la religion ante la mujer cristiana. Sus primeras verdades oscuras é inefables, y tan misteriosas y augustas que todo lo abrazan, la mujer no las estudia ni las discute, sino las siente. No necesita de gran talento para tener sobre ellas claras y profundas intuiciones, pues le basta escuchar su corazon.

Agustin partió de este principio y con la fuerza de investigacion y de lógica, propia de su gran talento, sacó de él abundantísimas luces.

«Supuesto, se decia á sí mismo, que Dios ha ya hablado al hombre, ¿cuál deberá ser el carácter de su palabra? Un carácter enteramente distinto del que tiene la palabra humana. El hom-

»bre es pequeño, finito, está limitado por el tiempo y el espacio, y otro tanto le sucede á su palabra: Dios, al contrario, es infinito, eterno, abraza todos los tiempos, todos los lugares y todas las almas; luego así tambien deberá ser su palabra.» Respecto á esto Agustin abrió los libros sagrados de la Iglesia Católica en que esta enseña que se contiene la verdadera palabra de Dios, tal como resonára en el curso de los siglos; y al encontrar en ellos cierta cosa que no se parece en nada á lo que ya él conocia, se llenó de admiracion; porque halló allí en efecto una palabra tan antigua como el mundo, tan universal como el espacio; una como la verdad; santa como la virtud; inmutable é indestructible, aunque siempre atacada; de una fecundidad prodigiosa, de una belleza moral superior, y tal en fin, que no ha podido salir sino de un espíritu eterno, universal, inmutable, todo poderoso y santo; es decir, de Dios.

Pero lo que le causó aún mayor admiracion, fué la armonía de esta palabra con el alma humana; armonía tan profunda y tan bella, que es imposible que no venga de *aquel* que ha hecho el espíritu del hombre. «Completaba mi admiracion, dice San Agustin, y hacia á mis ojos esta palabra del todo venerable y digna de fé, que sencilla por una parte, á fin de ser proporcionada á la inteligencia de los mas pequeños, contiene para los demás secretos sublimes. Accesible á todos por la claridad de la expresion y la llaneza del estilo, ejercita y satisface el espíritu de los que tienen mayor ingenio y penetracion. Y así por una

»parte recibe á todos los hombres en su vasto
»seno, y los retiene en él por la humilde sencillez
»de su lenguaje; y por otra eleva las inteligencias
»eminentes al mayor grado de luz.» (1)

Al descubrir Agustin este último carácter, que añade nuevo valor á los demas, empezó á ver salir de las sombras y comparecer ante sus ojos atónitos la Iglesia católica con su incomparable plan, abrazando como Dios todos los tiempos, todos los lugares, y lo que es mas bello aún todas las almas; alimentando con luz, y con la misma luz, á grandes y pequeños, á los sábios y á los que no lo son, á las águilas y á las palomas; á diferencia de las filosofías de falsas religiones que han sido siempre limitadas, estrechas y locales, como el espíritu del hombre que las formó; las unas hechas por grandes talentos, y por lo mismo incomprendibles para el pueblo; las otras, hechas para el pueblo, pero despreciadas de los grandes; llevando en fin todas ellas, como signo de enfermedad, su impotencia para extenderse á todos los lugares y saciar todas las

(1) *Eo mihi venerabilior et sacrosancta fide dignior apparebat auctoritas, quo et omnibus ad legendum esset in promptu, et secreti sui dignitatem in intellectu profundiore servaret; verbis apertissimis et humillimo genere loquendi se cunctis præbens, et exercens intentionem eorum qui non sunt leves corde; ut exciperet omnes populari sinu, et per angusta foramina paucos ad te trajiceret, multo tamen plures, quam si nec tanta apice auctoritatis emineret, nec turbas gremio sanctæ humilitatis hauriret. (Confess., lib. VI, cap. V.)*

almas. «Meditaba sobre estas cosas, esclama elo-
 »cuentemente Agustín, y Vos, Dios mío, Vos me
 »asistíais. Suspiraba, y Vos me oíais. Fluctuaba so-
 »bre este mar, y Vos dirigíais mi marcha. Me
 »estraviaba aún en el ancho camino del siglo, y
 »Vos no me abandonabais. (1)

Todas estas cosas, tan nuevas hasta entón-
 ces para él y dispuestas tan á su gusto, encantaban
 á Agustín, pero no le convencían. De que la fé
 católica pudiera oponer sólidas razones á los ata-
 ques de sus adversarios, y aún presentar también
 al espíritu que la estudia ciertos caracteres de
 belleza moral, Agustín no deducía que fuese ver-
 dadera, juzgando únicamente que esta doctrina era
 excelente, grande, razonable y hasta sublime; que
 estaba sostenida por grandes genios; que era crei-
 da por personas de cuya sinceridad no era posi-
 ble dudar, tales como Santa Mónica y San Am-
 brosio, y que por consecuencia, era digna de es-
 tudio, y debía tratarse con respeto. Agustín ha
 descrito este estado de su alma de una manera ad-
 mirable, retratando á la vez otras muchas almas
 semejantes á la suya. En aquel tiempo, dice, no
 habia yo vencido á la fé católica, pero tampoco
 habia triunfado de mí. (2)

(1) Cogitabam hæc, et aderas mihi, suspirabam, et au-
 diebas me; fluctuabam, et gubernabas me, ibam per viam
 sæculi latam, nec deserebas. (*Confess.*, lib. VI, cap. VI.)

(2) Non victa, sed nondum victrix *Confess.*, lib. V, cap.
 XIV.)

A partir desde este día, Agustín no volvió á burlarse de la religion católica; arrojó del corazon el desprecio que sentía hácia ella, y empezó á moverse en direccion de su luz bienhechora. «Renunciando definitivamente á toda otra doctrina, y sin abrazar todavía la de Ambrosio, resolví, dice, permanecer simple catecúmeno de la Iglesia católica, en la que mi piadosa madre me habia hecho entrar esperando allí un nuevo rayo de luz, que iluminase mis pasos.» (1)

Fácil le hubiera sido á Agustín encontrar esta luz que con tanto afán buscaba, si hubiese confiado sus inquietudes á alguna persona; pero como el enfermo, que visitado por malos médicos sin conseguir alivio, teme entregarse á ningun otro médico por mucha que sea su reputacion, así á nuestro Santo le repugnaba franquear á persona alguna su corazon, comunicándole sus dudas, y pidiendo el oportuno remedio.

Solo un hombre habia en Milán que pudiese obtener la confianza de Agustín; pero, ¡cosa singular! este hombre, que no era otro que San Ambrosio, no pensaba al parecer en semejante cosa; hubiérase creído que ni siquiera tenia conocimiento del estado de agitacion y de angustia que venía sufriendo este jóven, á quien él tanto amaba, y de quien era tan querido. «Ambrosio no sabia, dice San Agustín, cuales eran las agitaciones de mi alma, ni el precipicio en que estaba próxima á caer; porque yo no podia consultar con él mis

(1) (*Confess.*, lib. V, cap. XIV.)

»dudas, aunque lo deseaba muy de veras. La multitud de personas que constantemente le asediaban, y cuyas necesidades debia atender, me impedian hablarle como yo deseaba, pues el poco tiempo que le dejaban libre, lo aprovechaba en reparar las fuerzas de su cuerpo con el alimento, y las de su alma con la lectura.» (1)

¿Cómo comprender, segun dice aquí Agustin, que Ambrosio ignorase las dudas y las aflicciones de un jóven con quien estaba en frecuentes relaciones, y el cual por razon del cargo público que tenia en Milán, y por su gran reputacion era conocido de toda la ciudad? Por otra parte ¿no estaba allí Santa Mónica? ¿no veía á menudo á San Ambrosio? y si le veía, ¿de qué habia de hablarle esta madre inconsolable, sinó de su Agustin, de las aflicciones, y de las agitaciones de su alma, única cosa que la ocupaba siempre? Pero entonces, ¿cómo un Obispo tan sábio, tan celoso y de autoridad tan grande, no procuraba ganar para Dios á un hombre que habia de procurarle tanta gloria? Agustin nos dice que Ambrosio estaba muy ocupado; pero ¿qué ocupacion más noble, más brillante, más agradable á Dios y más digna de un Obispo, que la de explicar la fe á este jóven que lo deseaba tan sinceramente, y que una vez convertido, podia dar tanto honor á la Iglesia católica, y llegar á ser su firme apoyo?

(1) (*Confess.*, lib. VI, cap. III.)

Y sin embargo, no solo no buscaba esta ocasion San Ambrosio, sinó que hallándola todos los dias, la dejaba pasar con ánimo deliberado. Para comprender esto conviene citar aquí una página de Agustin, preciosa miniatura, en la que se destaca como en un fondo de oro, la hermosa figura de San Ambrosio recogido y sereno por la fé, y á su lado el inquieto y agitado Agustin que le observa en silencio, le admira y no se atreve á interrogarle. «Yo iba con frecuencia á visitar á »Ambrosio, dice San Agustin; penetraba en su habitación, y hasta en su mismo despacho, (cuya »puerta no estaba cerrada para nadie entrando »cualquiera sin necesidad de prévio anuncio.) y »siempre le encontraba leyendo en silencio, y nunca de otro modo. Me sentaba, y despues de haber permanecido allí un largo rato sin hablarle »ni una sola palabra (porque ¿quién hubiera de »ser tan osado que se atreviera á turbarle, viéndole tan atento?) me retiraba, presumiendo que »en estos breves momentos consagrados al descanso de su espíritu fatigado por el cúmulo de »negocios que sobre él pesaban, le sería enojoso el »verse interrumpido. Acaso fuera la causa de leer »bajo, que Ambrosio temia ser sorprendido por »alguno en cualquier pasage oscuro que necesitase »explicacion, y que obligado á emplear en ella gran »parte de su tiempo, no pudiese leer todo lo que »se habia propuesto; ó tal vez tambien el conservar su voz que se enronquecía con mucha facilidad, le obligase á leer de esa manera. En fin, »cualquiera que fuese la razon que Ambrosio te-

»nia para obrar así, no podia menos de ser muy
»digna en un hombre de sus prendas.» (1)

Por esta última palabra se comprende la veneracion de Agustin hácia San Ambrosio, y por consiguiente la facilidad con que este Santo Obispo hubiera podido venir en su socorro, provocando una explicacion confidencial de parte de Agustin, ó respondiendo oportunamente á sus dudas en el caso de habérselas este manifestado. Pero Ambrosio no daba señales de semejante idea, «así que, dice Agustin, yo no tenia medio de disipar las dudas que deseaba consultando á este santo oráculo, salvas algunas preguntas á que con una sola palabra podia contestarse. Pero las inquietudes que me agi- taban, exigian una persona que pudiese concederme el tiempo necesario para consultarlas todas, y yo no encontraba nunca coyuntura á propósito para comunicar así con Ambrosio. (2)

(1) Sæpe eum adessemus, non enim vetabatur quisquam ingredi, aut ei venientem nuntiari mos erat; sic eum legentem vidimus tacite, et aliter nunquam: sedentesque in diuturno silentio (quis enim tam intento esse oneri auderet?) discedebamus et conjectabamus eum parvo ipso tempore, quod reparandæ menti suæ nanciscebatur, feriatum ab strepitu causarum alienarum nolle in aliud avocari; et cavere fortasse ne, auditore suspenso et intento, si qua obscurius posuisset ille quem legeret, etiam exponere necesse esset, ant de aliquibus difficilioribus disceptare quæstionibus, atque huic operi temporibus impensis, minus quam vellet voluminum evolveret, quanquam et causa servandæ vocis quæ illi facillime obtundebatur, poterat esse justior tacite legendi. Quolibet tamen animo id ageret, bono utique ille vir agebat. (*Confess.*, lib. VI, cap. III.)

(2) (*Confess.*, lib. VI, cap. III)

No cabe duda que aquí se encierra algun misterio. Cuando diez años antes habia ido Santa Mónica á suplicar al anciano Obispo de Africa, que entrase en discusion con su hijo, el Santo la habia dicho; «¿Y para qué?» mas como ella insistiese en sus ruegos: «Orad, orad, habia añadido, es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.» Precisamente era esta la táctica que al presente seguía San Ambrosio: no ignoraba las dudas de Agustin, pero no quería discutir con él. ¿Quién ha sido jamás reducido á la verdad por la controversia? Agustin estaba engreido de su razon, de la fuerza admirable de su ingenio, y del poder de su dialéctica; por consiguiente una objecion que no se hubiese resuelto bien á su parecer, ó un argumento al cual hubiese creido que no se contestaba, le habrian confirmado mas en las dudas, fomentando en su ánimo la idea de que en el seno de la Iglesia católica no se hallaba la verdad, al modo que no se encuentra en las sectas y filosofias que él habia estudiado.

Por otra parte, suponiendo que su razon se hubiese convencido, ¿se habria rendido su corazon? Platon decía, que el bien es el padre de la luz, y que el alma no puede desplegar sus alas sino á impulsos de la virtud. San Ambrosio comprendía esto mejor que Platon; y si sabía que las agitaciones del espíritu de Agustin no se habian desvanecido, no ignoraba tampoco los desórdenes de su corazon. La mujer que por espacio de catorce años venia disputando á Dios su amor, le habia seguido á Milán, y vivía públicamen-

te con él en union culpable; por consiguiente ¿á qué discutir con quien se hallaba en tal estado? ¿No valía mas orar, pedir á Dios que facilitase esta conquista, y esperar á que las lágrimas de Santa Mónica suscitasen en el corazon de su hijo tempestades á que no pudiese resistir?

Tal era el plan de San Ambrosio; así que, conservando las buenas relaciones que le unian con Agustin, fingia ignorar sus dudas, y evitaba con cuidado entrar en una discusion que no daría resultados. No rehusaba coger ese fruto delicioso, cuyo sabor conocía perfectamente; pero ante todo juzgaba conveniente dejarle madurar.

En cuanto á Mónica, que habia aprendido de San Ambrosio las profundas razones de su conducta, y que estaba decidida á seguir la direccion de una persona tan discreta, en asunto tan delicado; por grandes que fuesen sus deseos de ver la conversion de Agustin, continuaba orando en silencio y vertiendo eficaces lágrimas al pié de los altares. «Semejante á aquella madre, que »oprimida de dolor seguía el féretro de su hijo, y »que á fuerza de llorar obtuvo que Jesucristo se »le devolviese; así, dice San Agustin, las lágrimas »de mi madre corrian sin interrupcion. Su pensamiento era como el féretro, donde sin cesar me »mostraba á Dios, á fin de que se dejase conmo- »ver, y me dijese, como en otro tiempo al hijo de »la viuda de Nain; levántate, yo te lo mando.» (1)

(1) Me tanquam mortuum sed resuscitandum tibi flebat, et feretro cogitationis efferebat, ut diceres filio viduæ: *Juvenis, tibi dico, surge*; et revivisceret et inciperet loqui, et traderes illum matri suæ. (*Confess.*, lib. VI, cap. I.)

Los acontecimientos vinieron á justificar la profundidad del plan que San Ambrosio habia adoptado, y que Santa Mónica seguía. Cuanto menos se disputaba con Agustin, más disputaba él consigo mismo. Se volvía y revolvió en todos sentidos, como enfermo que busca una postura cómoda; los gritos de su conciencia crecían á impulsos de las lágrimas de su madre, y bien pronto estalló la tempestad. Él mismo ha descrito la lucha, y en un diálogo admirable que sucesivamente dá la palabra á la pasión y á la conciencia, ha dejado vislumbrar el oleage que agitaba ya su alma. Hé aqui este diálogo.

LA PASION.

«¡Oh académicos! se decia Agustin cuando la
»pasión le dominaba, vosotros sois quienes brillais entre los filósofos; porque nos habeis enseñado que todo es dudoso, y que no hay cosa
»cierta en que pueda uno apoyarse para arreglar
»su vida.» (1)

LA CONCIENCIA.

«Pero nó, decia la conciencia, investiguemos
»aún mas; ¿á qué desesperar de esta manera? Es
»ya mucho que los pasages de la Escritura no me
»parezcan absurdos como antes, y que reconozca que puede dárseles un sentido razonable.
»Permanezcamos pues en las gradas del templo,

(1) O magni viri academici! nihil ad agendam vitam certi comprehendí potest. (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

»en que, niño todavía, mi piadosa madre me depositára, y esperemos con confianza que la verdad pura se deje ver.» (1)

LA PASION.

«Pero ¿adonde y cuándo podré yo buscar la verdad pura? Ambrosio no tiene tiempo para escuchar mis dudas, y yo mismo no le tengo para leer tanto. Por otra parte, aunque tuviera tiempo, ¿adonde encontrar los libros? ¿con qué recursos cuento para comprarlos? ¿á quién podré pedirlos prestados?» (2)

LA CONCIENCIA.

«No obstante, es preciso buscar algunas horas en que pueda ocuparme de la salvacion del alma. Grande es mi esperanza al ver que la Religion Católica no enseña lo que yo me habia figurado, y sin motivo criticaba. Los católicos instruidos y doctos juzgan error grande, el creer que Dios tenga la forma ó figura de un cuerpo humano,

(1) Imo quæramus diligentius et non desperemus. Ecce jam non sunt absurda in libris ecclesiasticis quæ absurda videbantur, et possunt aliter atquo honeste intelligi. Figan pedes in eo gradu in quo puer á parentibus positus eram, donec inveniatur perpicua veritas. (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

(2) Sed ubi quæretur? quando quæretur? Non vacat Ambrosius; non vacat legere. Ubi ipsos codices quærimus? Unde aut quando comparamus? A quibus sumimus? (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

»pues ¿por qué dudo en llamar á la misma puerta
 »por donde esto se descubre, para hallar tambien
 »lo demás? Las horas de la mañana las tengo de-
 »dicadas á mis discípulos, ¿qué tengo que hacer
 »durante el resto del dia? ¿Pues por qué no em-
 »plearle en una ocupacion tan necesaria?» (1)

LA PASION.

»Pero cuándo podré visitar á los amigos pode-
 »rosos, cuyos favores y proteccion tanto necesito?
 »¿Cuándo prepararé las lecciones que debo dar á
 »mis discípulos, que me pagan por ello su esti-
 »pendio? y cuándo podré hallar el tiempo neces-
 »ario para reparar mis fuerzas, agotadas con tanto
 »trabajo y tantas vigiliass?» (2)

LA CONCIENCIA.

»Piérdase todo, abandonemos estas cosas vanas
 »é inútiles, y dediquémonos esclusivamente á la
 »investigacion de la verdad. La vida está llena de
 »miserias, y es incierta la hora de la muerte. Si

(1) Deputentur tempora, distribuantur horæ pro salute animæ. Magna spes oborta est: non docet Catholica fides quod putabamus et vane accusabamus. Et dubitamus pulsare quo aperiantur cætera? Antemeridianis horis discipuli occupant: cæteris quid facimus? cur non id agimus? (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

(2) Sed quando salutamus amicos majores, quorum suffragiis opus habemus? quando præparamus quod emant scolastici? quando reparamus nos ipsos, animum relaxando ab intentione curarum? (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

»nos acomete repentinamente, ¿en qué estado saldremos de este mundo? ¿Dónde aprenderemos lo que por culpa nuestra no hayamos aprendido? ¿Y qué puede esperarnos en la otra vida, sinó el castigo por tan criminal negligencia?» (1)

LA PASION.

«Pero es posible que despues de la muerte no le reste al hombre ningun sentimiento, y que una vez estinguida la vida, todas las inquietudes cesen con ella.» (2)

LA CONCIENCIA.

«Oh! este pensamiento es una blasfemia. No en valde la religion cristiana se ha elevado á tanta altura, y ha adquirido tal y tan grande autoridad por todo el orbe. Dios no hubiera hecho jamás por nosotros tantos prodigios y maravillas, si el alma debiera morir con nuestro cuerpo. ¿Por qué pues no renunciar desde ahora á todas las esperanzas del siglo, dedicándonos única y es-

(1) Pereant omnia et dimittamus vana et inania: conferamus nos ad solam inquisitionem veritatis. Vita hæc misera est, mors incerta si subito obrepit, quomodo hic exhibimus? et ubi nobis discenda sunt quæ hic negleximus? An non potius hujus negligentiaë supplicia luenda sunt? (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

(2) Quid, si mors ipsa omnem curam cum sensu amputabit et finiet? (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

«clusivamente á conocer á Dios, y á procurarnos
«la vida bienaventurada.»? (1)

LA PASION.

«Pero esperemos un poco todavía. La vida del
«mundo tiene sus dulzuras, no conviene retirarse
«de ella con precipitacion, porque sería vergonzo-
«so volver al mundo despues de haberle abando-
«nado. Estoy abocado á obtener un cargo de con-
«sideracion, y cuando le haya obtenido, ¿qué me
«faltará? Tengo amigos muy influyentes, y, sin am-
«bicion, puedo aspirar á la presidencia de un tri-
«bunal; y despues, si es mi voluntad, podré tomar
«estado y casarme con una mujer rica, á fin de
«poder sostener á mi familia, y entónces ¿no se-
«ré ya dichoso? ¡Cuántos hombres ilustres y dig-
«nos de ser imitados han vivido así!» (2)

(1) Ergo et hoc quærendum. Sed absit ut ita sit. Non vacat, nec est inane quod tam eminens culmen auctoritatis christianæ fidei toto orbe diffunditur. Nunquam tanta et talia pro nobis divinitus agerentur, si morte corporis etiam vita animæ consumeretur. Quid cunctamur igitur, relicta spe seculi, conferre nos totos ad quærendum Deum et vitam beatam. (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

(2) Sed expecta! Jucunda sunt etiam ista: habent non parvam dulcedinem suam: non facile ab eis præcidenda est intentio, quia turpe est ad ea rursus redire. Ecce jam quantum est, ut impetretur aliquis honor; et quid amplius in his desiderandum? Suppetit amicorum major copia: et nihil ducenda uxor cum aliqua pecunia, ne sumptum nostrum gravet; et ille erit modus cupiditatis. Multi magni viri et imitatione dignissimi sapientiæ studio cum conjugibus dediti fuerunt. (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

«De este modo, dice Agustín, azotado por varios y contrarios vientos, é impelido tan pronto de un lado, tan pronto de otro, el tiempo se pasaba, y yo no concluía de resolverme, retardando así mi conversión, y aplazando de día en día el vivir con Vos.» (1)

Tal es el principio de la lucha entre Agustín y su conciencia; lucha que ha de durar mas de un año aún, con terribles peripecias; y en la cual derrotado, herido veinte veces, y no queriendo aún rendirse, procurará sofocar su propia conciencia; pero su madre, siempre vigilante, procurará que reaparezca, porque sabe muy bien que la última esperanza de la salvación de Agustín, se cifra en esta lucha, que terminará por una victoria obtenida, es verdad, á grande precio, pero dos veces gloriosa, tanto por lo que habrá costado á la madre, cuanto por los sacrificios que habría exigido del hijo. Oh! y qué admirable espectáculo nos ofrece la lucha de un hombre consigo mismo, y cuán bien revela la verdadera grandeza de este hombre! Buscar la verdad; desearla ardientemente; vacilar ante el sacrificio; hacer este sacrificio llorando, pero al fin hacerle, es, segun dijo Séneca en otra ocasion y con elevado estilo, un espectáculo digno de Dios. *Ecce par Deo spectaculum; vir cum adversis compositus.* Y San Pablo, elevándose aún á mayor altura, despues de haber visto al hombre dudando entre

(1) Et alternabant hi venti, et impellebant huc atque illuc cor meum; transibant tempora, et tardabam converti ad Dominum. (*Confess.*, lib. VI, cap. XI.)

el bien y el mal, gimiendo por tener que hacer el bien, y haciéndolo contra el impulso de su naturaleza, esclama; *spectaculum facti sumus Deo, et angelis, et hominibus.*

Pero por bello y admirable que sea el espectáculo de semejante lucha, hay todavía otra cosa mucho mas admirable, y es la fuerza que han recibido las madres para suscitar esta clase de tempestades en el corazon de sus hijos; ya sea depositando en ellos, desde la misma cuna, esas aspiraciones divinas que las pasiones mundanas no pueden ahogar jamás; ya tambien, cuando parece que las pasiones lo han estinguído todo, reavivando con sus oraciones la chispa que se oculta bajo la ceniza, y que, como veremos despues, llega á producir un grande y voraz incendio.

CAPÍTULO ONCE.

EL VERDADERO OBSTÁCULO.—ENERGÍA Y DELICADEZA
CON QUE SANTA MÓNICA PROCURA
REMOVERLE.—NACE LA FÉ EN EL ALMA DE AGUSTIN.
AÑO 386.

Si el corazón de Agustín hubiese permanecido libre y puro, bien pronto la llama de la fé y del amor divino habrían brillado en él; pero hacía quince años que arrastraba el yugo de un amor culpable, al que se había entregado con toda su alma, y este amor le tenía fuera de sí. Había encontrado aquello mismo que tanto deseaba en su juventud; y si la duración y los peligros de un viaje de seiscientas leguas, no había detenido á la madre de Agustín, tampoco habían hecho vacilar á la madre de Adeodato, que despreciándolo todo, había venido á Roma en busca del padre de su hijo, le había acompañado á Milán, y vivía con él en amigable consorcio; completando el cuadro que Adeodato crecía junto á ellos regocijándolos con su precoz imaginación y clarísimo talento. ¿Cómo salir de semejante situación? Y en tanto que estos lazos culpables no se desatasen, ¿cómo llegar á la fé, al bautismo, á la penitencia, á la Sagrada Eucaristía, y á la perfecta vida cristiana?

Mónica pensaba en estas cosas incesantemente; veía que la lucha minoraba en el alma de Agustín, y que de la cabeza había bajado al corazón. Entre Dios y él no era ya cuestión de luz, sino cuestión de virtud, esto era evidente, y lo que

asustaba á Santa Mónica; porque conociendo el razon de Agustin, sabiendo cuán estrechamente unido estaba á la madre de Adeodato, y persuadida de que su hijo no querria nunca olvidar á esta mujer, se preguntaba aterrada, de qué medios se valdría para remover este último obstáculo, el más terrible de todos.

Habia entónces al lado de Agustin un jóven llamado Alipio, á quien vamos á conocer íntimamente, y que era el mejor y el mas querido de sus amigos. Estrechamente unido con Agustin en Africa, vióle de nuevo en Roma; y no pudiendo vivir sin él, habíale seguido á Milán. Agustin le hizo profesar sus mismos errores, los cuáles sostenía todavía; pero, esto no obstante, sentía siempre tal y tan rara inclinacion á la virtud, que, si en los primeros años habia caido en alguna debilidad propia de la juventud, se habia levantado con vergüenza y hasta con remordimiento, viviendo despues en completa continencia. Este jóven asediaba constantemente á Agustin con sus amonestaciones, para que viviese como él; le ponderaba con entusiasmo los goces de la vida austera, elevada, espiritual, é indemnizada de los sacrificios que la castidad exige, con una paz, una libertad, y una fuerza táles, que solo pueden hallarse en la silenciosa contemplacion de la verdad; pero Agustin, por desgracia, estaba demasiado enfermo para adoptar estos consejos. La culpable union, cuyo yugo llevaba hacia quince años, le parecia tan necesaria, que sin ella la vida misma habria sido para él una desgracia y una muerte continua. «Yo,

»dice, no hubiera podido vivir jamás privado del
 »cariño de aquella á quien amaba; y como des-
 »conocía la fuerza de que reviste Dios á las almas
 »castas, no me consideraba capaz de esta soledad.
 »Si hubiese dirigido hácia Vos los gemidos de mi
 »corazon, y con fé viva, os hubiese confiado mis
 »inquietudes, Vos, ó Dios mío, me habríais con-
 »cedido esta gracia.» (1)

Pero Agustin no pensaba en poner remedio á tanto mal. «Encantado, dice, por la criminal dulzura del placer, y no pudiendo sufrir que se tocara á mis llagas, arrastraba humildemente mi cadena, temiendo que viniesen á romperla. Rechazaba cuanto pudiera decirseme en favor de la virtud, como rechazaría la mano que quisiera libramme de la esclavitud que yo amase.» (1)

En situacion semejante, y para curar la herida profunda de su corazon, solo habia un remedio; puesto que Agustin no podía vivir en la soledad austera de la castidad, convenia bendecir por la mediacion de Dios, esta union que tan necesaria le era. Santa Mónica pensaba en ello sin cesar, orando fervorosamente con este fin; y como estaba persuadida, de que si Agustin no conociese otras afecciones que las santas y legítimas del matrimonio, desaparecerían bien pronto todas las

(1) (*Confess.*, lib. VI, cap. II.)

(2) Deligatus morbo carnis mortifera suavitate, trahebam catenam meam, solvi timens et quasi concusso vulnere repellens verba bene suadentis, tanquam manum solventis. (*Confess.*, lib. VI, cap. XII.)

dificultades, dirigía á Dios las mas ardientes súplicas, á fin de que se efectuase el casamiento.

Lo más sencillo y lo más lógico hubiese sido que Agustin se desposára con la madre de Adeodato; pero aunque no es posible señalar la causa, parece que no era realizable semejante matrimonio; pues conociendo como se conoce, lo mucho que sufrió Agustin al separarse de ella, cuando esto fué necesario, no queda duda alguna de que las leyes, las costumbres ú otras causas que ignoramos, opusieron á esta union obstáculos insuperables. No pudiendo desposarse con la madre de Adeodato; ni tampoco despedirla, se comprende la situacion difícil de Agustin en tal momento. Pero bajo de estas vacilaciones, de estas angustias, y de todos estos aplazamientos, habia otra cuestion mas profunda, más íntima, y más dificultosa; la gran cuestion de la virtud, la eterna cuestion del corazon.

¿Quién mejor que una madre siente estas cosas, y sufre mas cuando ocurren? Sin embargo, no habia que vacilar: puesto que las relaciones culpables no podían legitimarse, preciso era romperlas de una vez; y el único medio de conseguir que Agustin soportára esta herida, era el ofrecerle la perspectiva de alguna otra union, noble y verdaderamente digna de él.

Es probable que Santa Mónica recurriese á los consejos y á la grande influencia de San Ambrosio, para que la ayudára en obra tan difícil; pero sobre todo oraba con fervor. «Ella, dice San Agustin, dirigía al cielo fervorosos ruegos, pidién-

«do á Dios la iluminase en momento tan importante y dificultoso.» (1) Hasta que por fin, despues de haber buscado con particular cuidado, y orado por largo tiempo, tuvo la suerte de hallar en una familia cristiana, la jóven que parecía reunir cuantas cualidades puede desear una Santa en aquella, á quien va á confiar el alma enferma de su hijo. Mónica habló de ella á Agustin, excitándole con vehemencia á adoptar la resolucion que le proponía, y este, oprimido de dolor, es verdad, pero conociendo que era necesario resignarse al sacrificio, y no atreviéndose á negar ni á conceder aquello que le pedía, dejó que obrára su madre. Santa Mónica siguiendo los impulsos de su alma, pidió para Agustin la mano de aquella jóven en quien ella se habia fijado, y su pretension fué muy bien recibida; mas como la jóven habia salido apenas de la adolescencia, se convino en que el matrimonio no habia de realizarse hasta pasados dos años. Acaso, tambien, las dos familias creyesen necesario este aplazamiento, para dar lugar á que se regularizára y ennobleciese la posicion de Agustin. (2)

(1) Cum sane et rogatu meo et desiderio suo; forti clamor cordis, á te deprecaretur quotidie, ut ei per visum ostenderes aliquid de futuro matrimonio meo. *Confess.*, lib. VI, cap. XIII.)

(2) Et instabatur impigre ut ducerem uxorem. Jam petebam, jam promitebatur, maxime matre dante operam, quo me jam conjugatum baptismus salutaris ablueret, cui me in dies gaudebat aptari, et vota sua ac promissa tua in mea fide compleri animadvertabat. (*Confess.*, lib. VI, cap. XIII.)

Pero este no podia continuar á la vista de su jóven prometida en posicion tan falsa, y hasta poco delicada; así que procedió á separarse de la madre de Adeodato, y el sacrificio quedó consumado. San Agustin ha hablado muy poco de esta separacion, pero ¡cómo lo ha hecho! «Yo me »dejé arrebatarse á la que participaba de mi vida; »y como mi alma estaba íntimamente unida con »la de aquella en quien tenia puesto mi corazon, »me quedó este tan lacerado y tan herido, que »la llaga vertia sangre:» (1) y despues, en otra parte, añade lo siguiente: «La herida producida »por esta separacion no queria curarse, y durante »mucho tiempo, me hizo sufrir los más terribles »dolores.» (2)

En cuanto á la madre de Adeodato, fácil es comprender cuáles fueron sus gemidos y sus lágrimas, aún cuando la historia nada dice sobre el particular; pero sí se sabe, y lo consignamos aquí con placer, que esta mujer, que durante quince años habia disputado á Dios el corazon de Agustin, movida al fin por la gracia cuando la abandonaban las afecciones mundanas, y dirigiendo al cielo sus miradas, se fué á ocultar en un monasterio, y á emplear allí el resto de sus dias en pedir á Dios perdon, por haber encadenado el co-

(1) Cor ubi adhærebat, concisum et vulneratum mihi erat et trahebat sanguinem. (*Confess.*, lib. VI, cap. XV.)

(2) Nec sanabatur vulnus illud meum quod prioris præcisione factum fuerat, sed post fervorem doloremque acerrimum putrescebat. (*Confess.*, lib. VI, cap. XV.)

razon de Agustín, y haber retardado por tantos años el triunfo, que su gran talento preparaba á la iglesia. «Ella, dice este, valía más que yo, é hizo su sacrificio con un valor y una generosidad, que nunca supe imitar.» (1)

Santa Mónica bendijo al Señor con toda la efusion de su alma, y empezó á confiar en el porvenir. ¿No habia obtenido bastante caro el derecho de pensar que las pasiones de Agustín iban entrando en un período de completa calma; y el de esperar que despues de tamaño sacrificio, nada seria ya capaz de detenerle en el camino de la verdad y de la virtud?

Hubo efectivamente por entónces, en la vida de Agustín un rayo de luz y un instante de calma, como el que se percibe cuando entre dos nubes oscuras queda el cielo momentáneamente despejado. Los lazos estaban rotos, y el sacrificio consumado. Semejante á un buque que sube al quitársele la carga, el alma de Agustín volvía á su elevacion natural. Mónica se sentía felicísima al lado de su hijo, y los amigos de este se entregaban con ardor al estudio de la filosofia. Continuamente llegaba del África algun compatriota de Agustín, deseoso de encontrar en Milán á su jóven maestro, ó á su antiguo amigo. Romaniano, por ejemplo, á quien interminables pleitos traian á la ciudad, y que fué siempre fiel al hijo de Patricio y de Mónica, habiéndole proporcionado con la delicadeza que le era

(1) (*Confess.* lib. VI, cap. XV.)

propia, los recursos de su gran fortuna. Alipio á quien ya conocemos, y que venido hacia poco tiempo al lado de Agustin, iba á servirle de tanto consuelo, y á proporcionarle amable compañía. Nebridio en fin, que habia dejado á Cartago y los inmensos bienes de su padre, su casa y hasta su madre, por entregarse al estudio de la filosofia. Mas jóven este que Agustin, aunque vacilante como él; buscando la verdad sin encontrarla, y llorando á causa de sus dudas, no obstante el ingenio profundo y penetrante que tenia, Nebridio ocupaba un lugar distinguido en el corazon de Agustin. Algunos otros, siete ú ocho próximamente, entregados á los mismos estudios, se agrupaban á su alrededor, y asi congregados, cultivaban la literatura, y discutian sobre las sublimes cuestiones de Dios y del alma, pasando alegremente los dias.

«Nos habíamos reunido, dice Agustin, muchos
»amigos, que abominando las inquietudes y moles-
»tias de la vida humana, resolvimos retirarnos del
»bullicio para vivir en paz. Era nuestro plan
»reunir en un fondo comun lo que cada uno
»tuviera, formando una sola familia, y hacien-
»do desaparecer de entre nosotros la idea de
»lo tuyo, y de lo mio; de modo que, en fuerza
»de la sincera amistad, no hubiese una cosa de
»este, y otra de aquel, sinó que de todos nues-
»tros bienes se hiciese un caudal, y todo él fuese
»de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes
»á todos. Seríamos unos diez los que así pensába-
»mos, y varios de entre nosotros eran muy ri-
»cos. Romaniano, en particular, compatriota y ami-

»go mio desde la infancia, era el que con más
»empeño deseaba realizar este proyecto, siendo su
»voto de muy grande autoridad para persuadirnos,
»por ser mas rico que todos. Dos de entre nos-
»otros debian encargarse de la administracion de
»los bienes; y los otros dedicarse única y esclu-
»sivamente al estudio de las ciencias.» (1)

Este era el sueño de Agustin; y lo fué tam-
bien de todas las almas grandes desde los tiem-
pos mas remotos: de Platon, de Sócrates, de Pi-
tágoras, de Ciceron y de todos aquellos que, por la
grandeza de sus almas, ó por desencanto del mun-
do, un dia ú otro desearon separarse del bulli-
cio de la sociedad, para mejor alcanzar la verda-
dera sabiduría. Mil veces concebido, ensayado,
desechado, y vuelto á concebir, hubiérase creido
que este sueño iba por fin á realizarse; puesto que
habia quienes estaban dispuestos á aceptar el
pensamiento, no faltaba tampoco un maestro direc-
tor, y no se carecía de los medios materiales in-
dispensables al efecto. «Pero cuando nos pregun-
»tamos, dice Agustin, qué haríamos de las mu-
»jeres, porque muchos de ellos eran casados, y los
»otros aspiraban á serlo, la arcilla, al parecer tan
»bien preparada para la realizacion de esta obra,
»se deshizo en nuestras manos, y arrojando con
»amargura sus miserables restos, volvimos á los
»suspiros y lamentos acostumbrados, y á seguir los
»anchurosos y frecuentados caminos del siglo.» (2)

En efecto, para que este sueño pudiera reali-

(1) (*Confess.*, lib. VI, cap. XIV).

(2) (*Confess.*, lib. VI, cap. XIV.)

zarse, faltaban dos grandes cosas: que el edificio de esta dulce república de bellas almas estrechamente unidas, desligadas de las cosas terrestres y libres de todo para llegar mas fácilmente á la luz, se cimentára en el amor divino; y que sus puertas las guardára la castidad. Pero esperemos algunos años, y San Agustin volverá á su sueño; los amigos se agruparán en torno suyo; el jóven maestro les dará leyes porque hayan de regirse, su *Regla* recorriendo el mundo todo, será la admiracion de los siglos; y cuando mas tarde Santo Domingo, San Cayetano, y San Francisco de Sales quieran á su vez crear sociedades parecidas, donde las almas puras, libres, y generosas, lo abandonan todo para pensar solo en Dios, á San Agustin pedirán su plan, sus constituciones y su regla.

Pero ¡cuán inconstante es el corazon del hombre, y cuán imperiosas sus pasiones! Agustin, al separarse de la madre de Adeodato, habia hecho á su fé naciente el mayor sacrificio que puede exigirse de un alma tan sensible como la suya, y este sacrificio le habia sido recompensado con un principio de luz y de tranquilidad; y ya, ¿quién lo creería? Agustin buscaba nuevos lazos culpables. No tenía fuerza para esperar dos años á esa jóven niña, que su madre le habia escogido para esposa, y que él mismo habia aceptado; la cual oculta á las miradas de todos en la soledad de una vida cristiana, le preparaba silenciosa el corazon, cuyo primer amor era para él. Esclavo de sus sentidos, y sin poder escusarse con el cariño, se

echó encima una nueva cadena, la mas ignominiosa de todas, porque no la crearon las afecciones del alma; y su ingratitud, á poco de la separacion que habia precedido, así como la falta de delicadeza en víspera de un matrimonio de tales condiciones, le marcaban con una señal tres veces vergonzosa. «Infeliz de mi, dice él mismo, incapaz de aguardar la mano que me estaba prometida, y esclavo de la pasion, buscaba otra compañera, queriendo aumentar é irritar la enfermedad de mi alma, y continuar albergando el inno-ble cortejo de los placeres, hasta la llegada de mi prometida. De este modo la llaga que la primera separacion me habia causado, no se curaba, sino que, despues de penetrantes dolores, cada vez se dilataba más, y se hacia más peligrosa, más insufrible y más incurable.» (1)

Tal es el hombre cuando se separa de Dios; y preciso és confesarlo, hay que cubrirse el rostro de vergüenza á la vista de semejantes aberraciones. El talento mas sublime, y el mas penetrante, se deja arrastrar de todos los errores: el corazon más bello, el más sensible, y el mas grande, se deja

(1) At ego infelix, nec feminae imitator, dilationis impatientis, tanquam post biennium accepturus eam quam petebam, quia non amator conjugii sed libidinis servus eram; procuravi aliam non utique conjugem: quo tanquam sustentaretur et perduceretur vel integer vel auctior morbus animae meae, satellitio perdurantis consuetudinis, in regnum uxorium. Nec sanabatur vulnus illud meum, quod prioris praecisione factum fuerat; sed post fervorem doloremque acerrimum putrescebat, et quasi frigidius sed desperatius dolebat. (*Confess.*, lib. V, cap. XV.)

dominar de todas las pasiones, y por un vergonzoso contrasentido, de la misma manera que el espíritu, una vez degradado, corrompe el corazón, así también el corazón corrompido degrada á su vez el espíritu. Funesto círculo vicioso que duraría siempre, si Dios no interviniese; y del que se vió en San Agustín, próximo á perecer otra vez, un triste y solemne ejemplo.

En efecto, apenas cayó bajo este segundo yugo, todas sus pasiones se despiertan, y cuanto hay de más feo y vergonzoso en los recónditos senos del alma, subió á la superficie, inspirándole pensamientos que hasta entónces no habia tenido. De las alturas, no ya de su fé naciente, sino de Platon, descendió á las ignominias de Epicuro, viéndosele suspirar por el materialismo mas grosero. «Yo dice, conversaba con mis amigos »Alipio y Nebridio, confesándoles que me falta- »ba poco para poner á Epicuro sobre todos los »filósofos. Suponed, les decía, que fuésemos »inmortales, y que pudiésemos vivir en una com- »pleta voluptuosidad de los sentidos, sin temor de »perderla jamás, ¿no seríamos soberanamente di- »chosos? y entónces ¿qué nos faltaría.? (1) Hasta tal punto se rebajaba y degradaba esta alma noble, elevada, y llena de sublimes aspiraciones hácia el infinito: consentía encerrarse en el ma-

(1) Et disputabam cum amicis meis Alipio et Nebridio de finibus bonorum et malorum, Epicurum accepturum fuisse palmam in animo meo.... Et quærebam, si essemus immortales et in perpetua corporis voluptate sine ullo amissionis terrore viveremus, cur non essemus beati, aut quid aliud quæreremus? (*Confess.*, lib. VI, cap. XVI.)

terialismo más innoble, á condicion de que este materialismo fuese eterno. «Así me hundía, continúa diciendo, más que nunca en el abismo de las voluptuosidades carnales, y solo me detenía el temor á la muerte y al juicio final. Por dicha este temor se habia grabado en mi corazon tan profundamente, que los errores pasados y las mas ardientes pasiones no pudieron arrancarle.» (1)

Ah! y como se respira al escuchar esta última palabra! La obra admirable, fruto de las constantes vigiliass de Santa Mónica, subsistía aún, y nada habia podido destruirla! ¡O poder de las enseñanzas de una madre! ¿qué fuerza es la vuestra que á pesar de tantas y tan grandes caidas, continuáis aún protegiendo el alma de Agustín?

Pero precisamente porque la caída habia sido mas vergonzosa, y porque el espíritu, el corazon y los sentidos habian descendido tanto, Agustín se hallaba en una agitacion y tristeza mas profunda que nunca. «Desdichada, esclama, el alma insensata que, retirándose de Dios, espera encontrar algo mejor que Él! Esta alma se vuelve, y se revuelve sobre sí misma y hácia todos lados; pero en vano porque todo lo halla duro. No hay reposo sino en Vos, ¡ó Dios mio!» (2) Y continúa

(1) Nec me revocabat á profundiore voluptatum carnalium gurgite, nisi metus mortis et futuri iudicii tui, per varias quidem opiniones nunquam tamen recessit de pectore meo. (*Confess.*, lib. VI, cap. XVI.)

(2) Væ animæ audaci quæ speravit, si á te recessisset, se aliquid melius habituram! versa et reversa in tergum et in latera et in ventrem, et dura sunt omnia: et tu solus requies! (*Confess.*, lib. VI, cap. VII.)

diciendo: «¡Qué tormentos sufría yo entónces! ¡qué
 »suspiros exhalaba! Vos solo, ¡Dios mio! sabíais
 »lo que padecía, y nadie mas. ¿Qué hubiera yo
 »podido decir, ni aún á mis mejores amigos? ¿Y
 »cómo mi fría palabra hubiera podido hacerles com-
 »prender los rugidos de la tormenta, que habia esta-
 »llado en mi alma? Afortunadamente estos rugidos
 »Vos los llegasteis á oír, y comprendisteis todo lo
 »que en mi corazon pasaba.» (1) «¡Ay de mí! yo bus-
 »caba por todas partes donde poder reposar, y no
 »encontraba tal sitio; y si la casualidad me depa-
 »raba algun punto de descanso, en vano me decía
 »á mi mismo: basta, estamos bien aquí, no pa-
 »semos adelante. En vano, sí, porque Vos, ¡ó Dios
 »mio! me punzabais sin cesar con un secreto agui-
 »jon, y bajo la influencia poderosa de tan saluda-
 »ble remedio, conocía que mi alma se curaba in-
 »sensiblemente.» (2)

Su alma mejoraba en efecto, echándose de ver la curacion por la creciente pena, por la mayor dificultad en hallar la paz y el sosiego, y

(1) Quæ illa tormenta parturientis cordis mei! Qui gemitus, Deus meus! Et ibi erant aures tuæ, nesciente me. Et cum in silentio fortiter quærerem, magnæ voces erant ad misericordiam tuam, tantæ contritiones animi mei. Tu sciebas quid patiebar, et nullus hominum. Quantum enim erat quod inde digerebatur per linguam meam in aures familiarissimorum meorum! Numquid totus tumultus animæ meæ, cui nec tempora, nec os meum sufficiebat, sonabat eis? totum tamen ibat in auditum tuum, quod rugiebam á gemitu cordis mei. (*Confess.*, lib. VII, cap. VII.)

(2) (*Confess.*, lib. VII, cap. VIII.)

digámoslo en honor de Agustin, porque cobraba cada dia nuevo aliento, y mayores fuerzas. Sus primeras relaciones habian durado quince años, estas solo duraron algunos meses. Es probable que Mónica interviniese tambien para hacerlas desaparecer; que llorára como no había jamás llorado; que hiciese oír á su hijo las amonestaciones mas apremiantes y los consejos mas eficaces y cariñosos; que le representára con energía su ninguna delicadeza, y su criminal conducta para con la jóven cuya mano habia solicitado, y que sólo vivía para él; así como tambien su proceder escandaloso para con Adeodato, que empezaba á crecer lleno de una inocencia angelical, que acaso perdería presenciando tan deplorables debilidades; y sobre todo, su impío comportamiento para con Dios, cuyas gracias despreciaba, y cuya cólera acabaría por atraerse. Agustin cedió, y cansado de buscar en amistades tan groseras y culpables, la felicidad que, por otra parte, no hallaba en ellas, rompió la última cadena, y prometió á su madre esperar, como era debido, el dia ya próximo en que habia de realizarse su concertado matrimonio.

Dios, que habia recompensado el primer sacrificio de Agustin enviándole un momento de paz y un principio de luz, le tenia tambien acordada por este segundo sacrificio una recompensa del mismo orden, pero mucho más preciosa todavía. Apenas rompió los lazos que le habian encadenado, cuando desaparecieron las últimas sombras que oscurecían su espíritu, brillando por completo en él la viva luz de la fé.

Nuestros lectores habrán podido observar, que la iluminacion de Agustin hacia ya tiempo que habia comenzado. Como sucede á veces, que despues de una tempestad en ardorosa noche de verano, los astros aparecen poco á poco, y resplandecen por entre las nubes que se disipan; así tambien desde algun tiempo á esta parte, se revelaban á el alma de Agustin, unas en pos de otras, las grandes verdades de la fé. En su lucha con la duda, habia conquistado sucesivamente, ó mas bien, no habia podido arrancar de su conciencia las lecciones de Mónica sobre la existencia de Dios y la Providencia, sobre la inmortalidad del alma, la distincion del bien y del mal, y sobre el juicio final. Rodando de duda en duda, y de error en error, Agustin habia comprendido la imposibilidad en que está el hombre, de llegar á la verdad por solas sus propias fuerzas; la necesidad de una enseñanza divina; los caractéres de esta enseñanza; y su existencia en el seno de la Iglesia católica, á la cual empezaba ya á admirar. Tales eran los astros que brillaban en su alma, con resplandor un tanto velado, pero de dulzura y vivacidad singulares.

Mas su luz, por bella que fuese, era aún insuficiente para hacer cristiano, á Agustin; pues el mayor de todos los astros, el más dulce, y el que ilumina todas las cosas, es decir, Nuestro Señor Jesucristo, no brillaba aún en su alma. Y no era que Agustin hubiese olvidado por completo este supremo nombre, bebido con demasiada ternura en los lábios de su madre para que

este salvador adorable pudiera borrarse de su memoria, sinó que, despues de tantos malos libros como habia leido, de tan perversas enseñanzas como habia recibido, y despues de ser esclavo de pasiones que tanto oscurecen el alma, esta divina figura habia palidecido en gran manera á sus ojos. Agustin no comprendía ya ni la Encarnacion, ni la Providencia, ni la divinidad de Cristo; y lo que es más todavía, la existencia misma del Verbo, y la espiritualidad de Dios, llegaron á serle problemáticas. Era pues preciso que ante todo, se desvaneciesen estas sombras, y nadie podrá imaginar quién fué el Apóstol escogido por Dios, para enseñar á Agustin la doctrina de su Verbo.

Hubo en la antigüedad y en los dias mas brillantes de la Grecia, un jóven de espíritu tan elevado, y de palabra tan sublime, que no ha podido ser superada. Discípulo de Sócrates, á quien inmortalizó prestándole sus alas, y maestro de Aristóteles, cuyo mérito habría triplicado comunicándole algo de su fuego, en la primera mirada sobre la creacion, comprendió que esta no era mas que una imágen, un símbolo, una sombra, y fundó toda su filosofía sobre el siguiente principio: *Detrás del mundo visible se encuentra el mundo invisible, y este solo puede servirle de esplicacion, como le ha servido de tipo.* Su segunda mirada fué todavía mas bella. Remontándose del hombre á Dios, y comprendiendo con claridad y profundidad singulares el lazo que los une, vió que el hombre viene de Dios y vuelve á Dios; pero que en este corto trayecto, no está separado, sino unido y como sus-

pendido de Dios por la raiz, segun su sublime expresion; y que, por triste que sea nuestra condicion en la tierra, para elevarse el hombre al Cielo, de donde desciende, tiene en su corazon la fuerza necesaria, siendo esta producida por el vivo sentimiento de Dios, por la necesidad que de Él experimentamos, y por la aspiracion que tenemos hacia ese supremo ser. Llama él á esto sentido divino, que unido con el sentido de lo invisible, forman las dos bases de su filosofia, ó mas bien de toda filosofia digna del hombre. Movidose despues por lo que descubria en lontananza, y queriendo enterarse todavia mas, recorrió el mundo, visitó los santuarios; consultó á los sacerdotes encanecidos en la tradicion; estudió los misterios; examinó y restituyó á su primer ser los símbolos alterados; y provisto de todos estos recursos, volviendo á emprender su vuelo se elevó tan alto, que han vacilado los Padres de la Iglesia acerca del nombre que debería dársele. Unos creen que es el génio del hombre llevado á su mayor altura; otros le llaman el Moisés pagano, un profeta inspirado por Dios, ó un propagador del Evangelio enviado á las naciones envueltas en las sombras de la muerte; pero todos están de acuerdo, en saludar á este maravilloso extranjero con el nombre de *Divino*.

Agustin no habia podido leer todavia ninguna obra de Platon, pues ignoraba la lengua griega, y solo por Ciceron conocia algunas de sus producciones; pero felizmente, cuando pugnaba con las últimas sombras que los maniqueos ha-

bian amontonado en su cabeza, y cuando se esforzaba por hallar un Dios completamente espiritual, pues hasta entónces solo le habia concebido con mezcla de materia, uno de sus amigos le proporcionó la traduccion de Platon, que acababa de publicar en Roma Victorino, retórico muy conocido. Agustin tomó el libro, y apenas abierto, sintió que caia de sus ojos el velo tegido por mano de la heregia, el cual le habia impedido comprender la espiritualidad de Dios, y la existencia de su Verbo. Sin duda que esto no era todavía el Evangelio, pero era ya una especie de prefacio tan bello en verdad, que Agustin quedó deslumbrado. «En aquel tiempo, dice, vino á mis manos un libro, que segun la »espresion de cierto anciano venerable, estaba lle- »no de las mas excelentes esencias de la Arabia; »y apenas recibí su perfume, y derramó sobre la »pequeña llama que ardia en mi corazon, algunas »gotas del nectar divino que encerraba, cuando re- »pentinamente sentí que se apoderaba de mi un »incendio, cuya fuerza es imposible comprender, »é imposible que tú lo comprendas, Romaniano, com- »pletamente imposible. Los honores, las grandezas »humanas, los deseos de gloria y los atractivos de »esta vida terrestre dejaron de impresionarme, en »presencia de la luz que empezaba á recibir. (1)»

Mas dejemos que el mismo Agustin nos refiera minuciosamente sus felices descubrimientos, mezclados aún con tales sombras, que exigen otro nuevo revelador; y aprendamos de él, cómo se prepara en ciertas almas su venida al cristianismo.

(1) Contra Acad. lib. 11, n.º 5.

«Yo hallé, dice Agustín, en estos libros (no
 »usa las mismas palabras con que lo refiero,
 »pero sí las mismas sentencias), apoyado en mul-
 »titud de pruebas y razones, *que en el prin-*
 »*cipio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y*
 »*Dios era el Verbo; que este estaba desde el principio*
 »*con Dios; que todas las cosas fueron hechas por Él,*
 »*y sin Él nada se hizo de cuanto tiene ser; que en Él*
 »*está la vida, y la vida era luz de los hombres, y la*
 »*luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la com-*
 »*prendieron; que aunque el alma del hombre dé tes-*
 »*timonio de la luz, no obstante ella misma no es la*
 »*luz; sino que el Verbo de Dios, que es Dios también,*
 »*es verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene*
 »*á este mundo. Y que Él estaba en este mundo, y*
 »*el mundo fué hecho por Él, y el mundo no le co-*
 »*noció.»* Como se vé, esto era el principio del su-
 blime Evangelio de San Juan: IN PRINCIPIO ERAT
 VERBUM. «Pero que Él vino á los suyos, continúa,
 »y los suyos no le recibieron, y que á todos los
 »que creyendo en su nombre, le recibieron, les con-
 »cedió la potestad de hacerse hijos de Dios, esto
 »no lo leí ni encontré en aquellos libros.»

«Leí también allí, que *el Verbo no nació de la*
 »*carne, ni de la sangre, ni por voluntad de varón, ni*
 »*por voluntad de la carne, sino que nació de Dios.*
 »Pero que el Verbo se hizo carne, y que habitó
 »entre nosotros, no lo leí allí.»

«Hallé á sí mismo en aquellos libros mas de un
 »pasaje, donde se dice muchas veces y de varios
 »modos, que *el Hijo consustancial al Padre, nada*
 »*le usurpa al juzgarse igual á Dios, pues por su*

»naturaleza es una misma cosa con Él; pero que
 »se anonadó á sí mismo tomando la forma de sier-
 »vo, que se hizo semejante á los hombres, y fué
 »reputado y tenido por hombre; que se humilló
 »á sí mismo, siendo obediente hasta la muerte, y
 »muerte de la Cruz; esto no se contenía en aque-
 »llos libros.»

«Tambien se dice allí que antes de todos los
 »tiempos y sobre todos los tiempos, es y per-
 »manece inmutable Vuestro» «Unigénito Hi-
 »jo, coetáneo á Vos, ó Dios mio; y que de
 »su plenitud reciben las almas lo que las ha-
 »ce bienaventuradas, y que participando tambien
 »de aquella infinita sabiduría, que es permanente
 »y eterna, se renuevan y hacen sábias; mas no se
 »refiere allí que Él padeció muerte temporal por
 »los pecadores, y que no perdonasteis á Vuestro
 »Hijo Unigénito; ni se lee tampoco que le entre-
 »gasteis á la muerte por todos nosotros. Vos habeis
 »ocultado estas cosas á los sábios, y las habeis
 »revelado á los pequeños, á fin de consolar á los
 »que lloran y se ven agobiados; y á fin tambien de
 »que los mansos y humildes de corazon busquen
 »á Jesus que los alivia y conforta.» (1)

Es decir, leyendo Agustin los libros de Platon,
 halló en ellos no ya precisamente el amor infinit-
 o y las humillaciones del Verbo, sino mas bien su
 gloria, su generacion eterna, y sus irradiaciones á
 través de las almas, para quienes es la verdadera luz.
 Agustin entónces quedó enagenado, sintiendo las mis-

(1) (*Confess.*, lib. VII, cap. IX.)

mas emociones que habia experimentado á la edad de diez y siete años, cuando leia el *Ortensio* de Ciceron, pero mas vehementes aún; pues su alma se habia purificado ya de la sensualidad, y las maneras de Platon, son mas elevadas, y arrebatadoras que las de Ciceron. «Entré en mi mismo, »dice, me reconcentré en lo más íntimo de mi alma, y al momento ví brillar sobre mi entendimiento y sobre todas mis facultades una luz incommutable: no ya esa luz vulgar que todo el mundo vé, ni tampoco otra mas brillante que esta, ó que siendo de su misma especie y naturaleza, se distinguiese por la mayor claridad; sino una luz enteramente distinta, y de naturaleza muy diferente.» «El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz; y el que la conoce, conoce la eternidad. Solo la caridad puede ver esta luz.» (1)

«¡Ó eterna Verdad! repite todo conmovido al sentir en sí este principio de luz. ¡Ó verdadera caridad y amada eternidad! ¡por Vos, Dios mio, suspiro dia y noche!»

«Pero, ay de mi, prosigue humildemente, cuando quise elevarme hasta Vos ¡ó Dios mio! comprendí desde luego que era muchísimo lo que me restaba ver; y sobre todo, que aún no estaba dis-

(1) Non hanc vulgarem et conspicuam omni carni; nec quasi ex eodem genere grandior erat, tanquam si ista multo multoque clarius claresceret, totumque occuparet magnitudine. Non hoc illa erat, sed aliud, aliud valde ab istis omnibus. Qui novit veritatem, novit cam: et qui novit cam, novit æternitatem. Charitas novit cam. (*Confess.*, lib. VI, cap. X.)

»puesto para verlo. La luz sobre estos dos puntos
 »era tan penetrante y tan viva, que temblaba de
 »deseo y de terror á la vez; y hallándome tan le-
 »jos de Vos, allá en las tristes regiones subter-
 »ráneas á donde mis pecados me habian confina-
 »do, el desaliento se habría apoderado de mí, si
 »no hubiese oido Vuestra voz que me decia: *Yo*
 »*soy el alimento de los grandes y robustos, crece y*
 »*entónces me comerás. Pero no me convertirás en*
 »*sustancia tuya, como sucede con los manjares de*
 »*que se alimenta el cuerpo, sino al contrario, tu te*
 »*mudarás en mí.*»

Poco despues, hallándose su corazon agitado por nuevas ansiedades, oyó la misma voz, que le decia tambien con singular autoridad: «*Yo soy el que existo.*» «Al oirla, continúa, no ya con mis oidos, sino con mi corazon, todas las dudas desaparecieron como el humo, y desde aquel momento, antes habria dudado de mí mismo y de mi existencia, que de la verdad.» (1)

En este sorprendente ejemplo se vé, cómo la verdad nace en las almas. Despues de haberla buscado por tanto tiempo, de haber leído muchos libros y haber discutido largamente consigo y con los demas, de repente, á seguida de un sacrificio y sin que los hombres tomen parte alguna en ello, las objeciones desaparecen, las nubes se disipan, y la verdad se posesiona del alma. Su presencia maniféstase por una impresion de luz y de paz,

(1) Et audivi sicut auditur in corde, et non erat prorsus unde dubitarem; faciliusque dubitarem vivere me, quam non esse veritatem. (*Confess.*, lib. VII, cap. X.)

que arrebatada de tal modo, que si hasta entónces ha podido dudarse, recibida esta claridad, es imposible volver jamás á la duda; y dáse á conocer tambien porque, si esta luz y esta paz vienen en pos de espesas tinieblas y crueles vacilaciones, en tal caso producen un dichoso bienestar que nunca desaparece.

Pero por muy viva que fuere esta primera iluminacion, era á no dudarlo insuficiente; pues si puede hablarse así, alumbraba solo un lado de la divina fisonomía de Jesucristo. Leyendo Agustin las obras de Platon, habia como vislumbrado la espiritualidad de Dios, y la existencia de su Verbo; pero como hemos dicho hace poco, no habia visto ni el amor, ni las humillaciones del Verbo Encarnado. Habíase elevado hasta la idea de un Dios invisible, glorioso, y distinto de la creacion; habia tambien descubierto á través de los sorprendentes fulgores de la naturaleza divina, algo de esta misma naturaleza, y una luz, salida de otra luz, é igual á ella: grandes intuiciones sin duda, pero tan grandes, que no es posible dejar de preguntarse, si el talento humano ha podido llegar á tanto, ó si son mas bien y solo un eco de las tradiciones antiguas, fielmente reproducido en la bella alma de Platon. Pero un Dios pobre, un Dios humillado, un Dios rebajado hasta el hombre, y por el hombre; un Dios amante de él hasta la passion, hasta la locura, y hasta sufrir y morir por el hombre; ah! esto ni Platon, ni Sócrates, ni Ciceron, ni Virgilio pudieron, no ya comprenderlo, pero ni siquiera sospecharlo: tales cosas so-

lo pudieron concebirse por el corazón que ha sido capaz de realizarlas; y era preciso que á fin de elevar el espíritu, y sobre todo el corazón de Agustín á tan sublimes verdades, viniera en su ayuda otro, que fuese á la vez mas grande y mas santo que Platon.

Guiado invisiblemente por la mano misericordiosa que desde tan lejos le venia conduciendo, Agustín abrió las Epístolas de San Pablo; pero no sin temblar, y sin haber experimentado antes singular agitacion y repugnancia, cual si presintiera los sacrificios que esta lectura iba por fin á arrancarle. »Sentíame movido fuertemente, dice, á volver los »ojos hácia esa religion santa que tan honda se »grabó en mi corazón cuando era niño; pero yo »dudaba; no podia acabar de decidirme; y sin embargo, una fuerza desconocida me arrastraba á mi »pesar; hasta que por último, cruelmente atormentado por la incertidumbre, y con voluntad ó »sin ella, tomé en mis manos, con una especie de »agitacion y de inquietud febril, el libro de las »Epístolas de San Pablo.» (1)

Allí esperaba Dios á Agustín. «El mas grande de los Doctores, dice Flechier, debia ser conquistado por el mayor de los apóstoles.» San Pablo es el teólogo del Verbo Encarnado, y él solo llevaria este título si San Juan no existiera; pero, cosa

(1) Respexi tantum, confiteor, quasi de itinere, in illam religionem quæ pueris nobis insita est, et me medullitus implicata: verum autem ipsa me ad senescentem rapiebat. Itaque titubans, properans, hæsitans, arripio Apostolum Paulum. (*Contra Acad.*, lib. II, n.º 5.)

singular, el que reposára sobre el pecho del Salvador gozando de sus intimidades y ternuras acá en la tierra, ha cantado especialmente las sublimidades del Verbo; y el que sobre el camino de Damasco, y mas tarde en los arrobamientos al tercer cielo, ha sido, segun su enérgica expresion, oprimido por la gloria, ha referido principalmente las humillaciones. Perseguidor de Cristo ántes de ser su discípulo, y hombre del mal antes de llegar á ser Apóstol, San Pablo ha derramado sobre los misterios de la caida del hombre, de la Encarnacion del Verbo, y de la redencion del mundo, una luz tan intensa que deslumbra instantáneamente; y ha usado un lenguaje tan enérgico, que causa como vértigo al alma no acostumbrada á escucharle; así que, cuando á fuerza de leer, se vá uno habituando á su frase sublime, y á la vez sencilla, produce tal admiracion, que es difícil dominarla. Nadie es superior á San Pablo; ni David, ni Isaías, ni aún San Juan mismo; pues como ha sentido tan profundamente la terrible caida del hombre, llegando á tener su alma llena de las iras de la persecucion, y á ser abatido por el mismo Dios, ninguno ha hablado tampoco con tanta magnificencia de la necesidad de la redencion del hombre, por las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo.

Al recorrer Agustin las primeras líneas de este libro, se llenó de admiracion; y si leyendo á Platon se habia conmovido profundamente, experimentó aquí una agitacion de que no tenía la menor idea. «Oh! si supieses, escribía á Romania-

«no, que especie de luz se me apareció de repente! Habría querido darla á conocer, no solamente á tí, que hace mucho tiempo venias deseando despejar esta incógnita, sinó á tu mismo enemigo; á ese enemigo encarnizado que te persigue ante los tribunales, para quitarte los bienes. Ciertamente que si él la viese como yo la veo, todo lo abandonaría, jardines, casas, banquetes, todo en fin cuanto le seduce, y piadosa y dulcemente enamorado, correría en pos de tanta hermosura.» (1)

Però todo esto no fué más que el primer golpe de vista; el segundo fué todavía mucho mas profundo. Agustín vió descorrerse el velo de un gran misterio que aún no conocia, y que Platon mismo ignoraba, por lo cual no habia podido enseñarle el camino de la virtud; misterio que los maniqueos habian tratado de explicar, aunque en vano, por la doctrina de los dos principios, y que solo San Pablo enseñaba con una claridad deslumbradora. Vió que el hombre no se hallaba ya en el estado en que Dios le formó: que habia sido creado santo, inocente, lleno de luz é inteligencia, y que fué hecho para ver la magestad de Dios, y viéndola; pero que el hombre no ha podido gozar de tanta gloria sin caer en la presuncion; que ha querido hacerse centro de todo, é independiente de Dios; que ha sido abandonado, cegado y arrojado lejos del Señor, en un estado tal de corrupcion, que el pecado habita en él; y por fin que en el hombre hay una

(1) *Contra Acad.*, lib. II, n.º 6.)

criatura miserable, odiosa, enemiga de la verdad, incapaz de virtud y apasionada del mal; «el hombre del pecado,» como dice San Pablo; «y el hombre viejo,» segun tambien dice el mismo; espresiones bizarras que envuelven una profunda tristeza, es verdad, pero que entrañan tambien una esperanza sublime; porque indican que no era este el hombre criado por Dios, sino otro muy diferente de como Dios le hiciera.

Todo esto aprendió bien pronto pero continuando su lectura: vió en las mismas páginas que para vencer á este hombre, mezcla abominable de concupiscencia y de rebelion, el Verbo se ha hecho carne; que este mismo Verbo ha vivido en la humildad, en la obediencia y en el sacrificio; y que se ha rebajado tanto, á fin de curar al hombre que quería exaltarse hasta Dios. El misterio de la Encarnacion y de la Redencion se desarrollan entónces ante sus ojos, quedando estático de admiracion; y conociendo que ha atravesado todos los espacios; que no está tampoco en la region de las concepciones humanas, y que toca ya á ese punto sublime en donde el hombre desaparece y se manifiesta Dios, Agustin se arrodilla deslumbrado y conmovido.

«Ah! decia sumamente enternecido, que diferencia entre los escritos de los filósofos, y de los enviados por Dios! Lo bueno que se encuentra en aquellos, se encuentra tambien en estos, pero además se halla en los de los enviados por Dios, el conocimiento de vuestra divina gracia, á fin de que no solo no se glorifique, quien ten-

»ga la dicha de conoceros, sinó que se cure, se
»fortifique, y llegue por último hasta Vos.»

«Además ¿qué saben esos grandes filósofos de
»esta ley del pecado encarnada en nuestros miem-
»bros, que combate la ley del espíritu, y nos ar-
»rastra hácia el mal? ¿Qué saben, sobre todo, de
»la gracia de Jesucristo, víctima inocente, cuya
»sangre ha borrado el decreto de nuestra conde-
»nacion? Acerca de esto sus libros son mudos, no
»dicen una palabra.»

«Allí, en los libros de los filósofos, ni se aprende
»de el secreto de la piedad cristiana, ni las lágrimas
»de la confesion, ni el sacrificio de un corazón
»contrito y humillado, y mucho menos aún la
»gracia de ese caliz santísimo, que encierra el precio
»de nuestra redencion.»

«No se lee tampoco en ellos el canto del
»Salmista cuando dice: *¿No será justo que mi
»alma sirva y obedezca á Dios, pues de su divina
»mano ha de venir mi salud? Él es mi Dios y
»mi Salvador, Él mi firme apoyo, de quien cosa nin-
»guna me apartará jamás.* Tampoco se oye allí la
»voz de Jesucristo que nos llama y nos dice: *Ve-
»nid á mi los que estais cargados de trabajos, y yo
»os consolaré;* por que estos sábios se desdennan de
»aprender, que *el Verbo bajado á la tierra es manso
»y humilde de corazón.* Doctrina sublime y misterios
»divinos, *que Vos habeis ocultado á los sábios y
»prudentes del mundo, y revelásteis á los humildes y pe-
»queñuelos.* (1)

(1) (*Confess.*, lib. VII, cap. XXI.)

Hé aquí las verdades que penetraban el alma de Agustín, mientras leía á aquel, que se llama á sí mismo, *el menor de los apóstoles*, y que le dejó como atónito con la vista de tantas maravillas.

«Oh! decia, cerrando el libro; que diferencia
»entre percibir de lejos y desde lo alto de una
»roca salvage la ciudad de la paz, sin poder en-
»contrar, por grandes esfuerzos que se hagan, un
»sendero para llegar á ella, y hallar este camino,
»y en él un guia que os dirija, y defienda contra
»el latrocinio de los que quisieran deteneros! (1)

En pocas palabras, resulta que las últimas sombras desaparecian del alma de Agustín; que el calor volvía á su helado corazon; que la ternura renacia con la luz, y que manifestándose claramente á Agustín las riberas de la pátria, largo tiempo ocultas á sus ojos por la bruma, era fácil preveer que las abordaría bien pronto arrepentido y triunfante.

(1) (*Confess.*, lib. VII, cap. XXI.)

CAPÍTULO DOCE.

ÚLTIMAS INQUIETUDES

DE SANTA MÓNICA ANTE LAS VACILACIONES DE AGUSTIN,
NO POR FALTA DE LA LUZ QUE ÉL YA POSEE,
SINO POR MIEDO Á LA VIRTUD.
LAS LÁGRIMAS DE ESTA MADRE INCOMPARABLE SE CONVIERTEN EN GOZO.
CONVERSION DE SAN AGUSTIN.

AÑO 386.

Ya tenemos á Agustin en posesion de esa luz dichosa por la que habia suspirado tanto tiempo, y que su madre habia pedido con tantas lágrimas. Conociendo ya los misterios, y habiendo llegado hasta Dios, y Nuestro Señor Jesucristo su divino hijo muerto por amor al hombre, parece que no le restaba otra cosa que levantarse, correr en busca de su madre, y decirla; no lloreis mas; soy cristiano.

Pero Agustin no pensaba así; el vivo golpe de luz habia traspasado las nubes, pero no las habia disipado. Abrigaba aún muchísimas ideas falsas, inexactas é incompletas, bebidas en los escritos de los maniqueos, y de las cuales no sabia desembarazarse; últimas sombras que iban desapareciendo lentamente, y que en efecto se hubieran desvanecido pronto, teniendo el valor de arrodillarse, golpear su pecho en señal de arrepentimiento, y prepararse á recibir los sacramentos de la purificacion y de la Santa Eucaristía; porque en estas trascendentales investigaciones de la verdad, llega un momento en que el alma no puede merecer ver

claramente, sinó por un acto de humildad y de sumision á Dios; y es necesario llegar por Él hasta el sacrificio, si se quiere que desaparezca toda sombra; pues solo á este precio concede Dios sus favores.

Agustin, aunque con alguna vaguedad, lo comprendía así, pero no se atrevia á practicarlo. Quería ver claro antes de arrodillarse, no comprendiendo que para obtener esta claridad, es necesario arrodillarse antes; y entre tanto, redoblabá los estudios y lecturas, exforzando sus facultades para aumentar la luz, cuyas primicias habia recibido.

Santa Mónica, que aunque gozosa, asistía inquieta á este pausado renacimiento, hubiera querido precipitar su desenlace ¡Qué de veces, recogida al pié de los altares, en sus oraciones, y en los coloquios despues de la comunión rogaba á Dios que acabase su obra, penetrando, aunque fuese á viva fuerza, en el alma de su hijo querido! ¡Cuántas veces tambien, depositó en el corazón de San Ambrosio sus crecientes esperanzas, y aprendió de él á emplear en las relaciones con Agustin, esa dulzura, esa paciencia y esa delicadeza que procura la luz, del mismo modo que se procura el alivio á un enfermo tiernamente amado! ¡Cuántas veces sobre todo, confidente de los progresos de su hijo, debió urgirle diciéndo: «Vamos decidete, y puesto que ya crees, ¿por qué no practicas?»

Ah! el por qué no practicaba, nos lo dice humildemente él mismo: faltábanme dos alas sin las cuales no es posible elevarse á la virtud, ni si-

quiera permanecer en la luz por mucho tiempo; la humildad que es el ala del espíritu, y la pureza que lo es igualmente del corazón.

«Yo, dice Agustín, estaba seguro de todas las verdades de la fe, pero me sentía aún débil para gozarme en ellas: porque el orgullo, la vanidad, y las pretensiones de ser sábio, me devoraban. Lleno todavía de miserias, quería pasar por entendido; y en lugar de llorar mis crímenes, hacía alarde de mi vana ciencia.» (1) Y porque Agustín no era humilde, Jesucristo mismo, en lo que tiene de mas sublime y brillante, era oscuro para él. «No tenía la humildad necesaria, continúa diciendo, para reconocer á mi humilde maestro Jesucristo, y nada entendía aún de los profundos misterios de su pasión. Porque Vuestro Verbo, ó Dios mio! cerniéndose muy por encima de toda la creación, eleva á su misma altura cuanto Él quiere que se le someta. Y por esto quiso edificarse con nuestro barro una humilde morada en las bajas regiones de la tierra; á fin de que cuantos quiere atraer y acostumbrar al amor, no tengan confianza en sí mismos; sino que viendo á la Divinidad humillada por haber participado del trage de nuestra naturaleza, reconozcan su propia pequeñez, y en sus apuros y trabajos se arrojen á los pies de esta divinidad humanada, que al exaltarse gloriosa, los levanta

(1) Certus quidem in istis eram; nimis tamen infirmus ad fruendum te. Garriebam plane quasi peritus... Jam cœperam velle videri sapiens... Et non fiebam, insuper et infabab scientia. (*Confess.*, lib. VII, cap. XX.)

»del polvo de la tierra, trasportándoles á grande
»altura.» (1)

Hé aquí la primer ala que faltaba á Agustín, para llegar hasta Dios por Jesucristo. Pero no era la única; porque aún cuando hubiese roto los más groseros y más culpables lazos, conservaba aún en el fondo del corazón, muchas llagas secretas. «Con-
»tinuemos escuchando; pues Agustín habla de esto
»todavía con mayor humildad. Empezaba ya á ama-
»ros, ó Dios mio, y de ello estaba admirado, mas
»yo no sabia permanecer en este amor; porque si
»por una parte el atractivo de Vuestra belleza me
»elevaba, por otro un peso fatal me separaba de
»Vos, y me hacia descender de nuevo á la tier-
»ra; no siendo otra cosa este peso que los misera-
»bles hábitos de mis pasiones. No obstante, pen-
»saba continuamente en Vos, y no dudaba que
»fuéseis Vos aquel, á quien yo debia unirme;
»aunque comprendia perfectamente, que no era
»todavía cual debiera; para que esta union se
»realizase; pues que la corrupcion de la carne
»agrava el alma, y esta grosera casa de barro im-

(1) Non enim tenebam Dominum meum Jesum, humi-
lis, humilem. Verbum enim tuum, æterna Veritas, superio-
ribus creaturæ tuæ partibus supereminens, subditos erigit
ad seipsum: in inferioribus autem ædificavit sibi humilem
domum de limo nostro, per quam subdendos deprimeret á
seipsis, et ad se trajiceret, satians tumorem, nutriendo amo-
rem; ne fiducia sui progredierentur longius, sed potius in-
firmarentur, videntes ante pedes suos infirmam Divinitatem
ex participatione tunicæ pellicæ nostræ, et lassii proster-
nerentur in eam, illa autem surgens levaret eos. (*Confess.*,
lib. VII, cap. XVIII.)

»pulsa hácia la tierra á nuestro espíritu, que tien-
de á mirar el mundo desde lo alto.» (1)

Apesar de esto, y aún cuando Agustín careciese todavía de las divinas alas de la humildad y de la pureza, tan sólidas como ligeras para subir y descender cómodamente, empezaba ya á elevarse. Emprendía su vuelo á través de las cosas creadas, subiendo de grado en grado, y de escalon en escalon; del mundo de los cuerpos, al mundo de las almas; del alma al angel, y del angel á Dios. Penetraba todos los velos, y llegaba hasta ese Ser, cuya brillante presencia hace temblar á quien le mira, «Pero ah! dice Agustín, yo no podia fijar mi atencion en Vos; antes bien deslumbrado y vuelto á mi natural flaqueza, solo me quedaba un recuerdo amoroso de lo que habia descubierto, y el disgusto de no poder disfrutar segun mis deseos, de los manjares cuyo perfume habia respirado.» (2)

Esta claridad, y estas tinieblas que siguen; esta memoria amorosa y esos perfumes que desaparecen, y por último los disgustos, he aquí la vida humana! Así es como Dios sostiene á las almas, especialmente en los primeros dias de su conver-

(1) Jam te amabam.... Et non stabam fidei meo, sed rapiebar ad te decore tuo: moxque diripiebar abs te pondere meo; et ruebam in ista cum gemitu; et pondus hoc, consuetudo carnalis. (*Confess.*, lib. VII, cap. XVII.)

(2) Aciem figere non valui, et repercussa infirmitate reditus solitis, non mecum ferebam nisi amantem memoriam, et quasi olfacta desiderantem quæ comedere nondum possem. (*Confess.*, lib. VII, cap. XVII.)

sion; las levanta un poco de la tierra volviéndolas á dejar en ella, y para animarlas á despreciar el mundo y á aspirar al cielo, les envía sus divinas brisas, y las hace gustar anticipadamente las delicias del Paraíso.

Entre tanto, con este aumento de luz los gritos de la conciencia de Agustín habian crecido tambien, acosándole mas que nunca; y esa misma conciencia empezaba á murmurar en sus oídos estas palabras, que debian resonar siempre en el fondo de su corazón, y que iban á estallar bien pronto en él como un fragoroso trueno, «Tu protestabas hasta aquí, que la incertidumbre acerca de la verdad, era la única razón que te impedía cumplir con el deber; pues bien, todo es cierto al presente, y la verdad brilla á tus ojos; ¿por qué pues, no te rindes?—«Yo oía, dice San Agustín; pero me hacía el sordo: no me movía á obrar, pero tampoco buscaba excusas; pues las que pudiera aducir, estaban refutadas de antemano. Conteniame un temor mudo y el miedo de abandonar y de oponerme á las antiguas y funestas costumbres, que sin embargo me habian conducido á situación tan desesperada.» (1)

En efecto, Agustín, que por mucho tiempo no habia tenido la fuerza necesaria para creer, al presente que ya creía, carece del valor indispensable para practicar. Las oscuridades le habian detenido al principio; y ahora le detienen las exigencias de la virtud que le causaban miedo. «Ha-

(1) (*Confess.*, lib. VII, cap. VII.)

«bia hallado una perla preciosa, exclama elocuentemente, y cuando para comprarla debía vender todos mis bienes, quiero decir, hacer toda clase de sacrificios, me faltaba el valor.» (1)

Agitado, indeciso, impelido por su madre, y asediado por la conciencia, Agustin se resolvió al fin á consultar con un santo Sacerdote llamado Simpliciano, cuya vida ejemplar hacía mucho tiempo que llamaba su atencion. Era este uno de esos ancianos venerables, que abundan en el seno de la Iglesia católica, los cuales habiendo pasado de una juventud casta, á una edad madura mas casta todavía, y bendecidos por Dios con vejez anticipada, presentan á los hombres que se inclinan á su paso, una imágen venerable de la paz que dá la virtud; complaciéndose los jóvenes turbados por las pasiones en aproximarse á sus blancas cabelleras y en calmar el ardor cerca de ellas.

Agustin, pues, fué á confiar á Simpliciano las inquietudes de su vida, y las secretas debilidades que al presente le detenian, no originadas de la falta de luz, sino de su miedo á la virtud.

Recibióle el buen anciano con una dulce sonrisa; escuchó sin admirarse la relacion de sus extravíos, y le felicitó porque en lugar de abrir esos libros ateos y materialistas que degradan el alma, se habia dedicado al estudio de Platon y de Sócrates, que levantan el espíritu y ensanchan

(1) Et inveneram jam bonam margaritam; et venditis omnibus quæ haberem, emenda erat, et dubitabam. (*Confess.*, lib. VII, cap. I.)

el corazón. Simpliciano, como sacerdote antiguo, tenía gran conocimiento de los hombres, y estaba íntimamente ligado, no solamente con San Ambrosio, á quien habia dirigido en su juventud, y aún le habia administrado el Santo bautismo, sinó tambien con un gran número de filósofos, de poetas, y de retóricos romanos, en particular con Victorino, el mismo que habia traducido las obras de Platon, que en aquellos momentos estudiaba Agustin. Como suelen los ancianos, era aficionado á referir historietas; y hábil para manejar las almas, sabía ocultar diestramente una enseñanza en cualquiera relacion interesante.

Viendo pues cerca de sí á este jóven de tan gran talento y de carácter tan noble, el cual iluminado ya por la gracia, aún dudaba si debía rendirse á ella, se aprovechó hábilmente del nombre de Victorino que Agustin acababa de pronunciar; y despues de decir que habia conocido hacia tiempo en Roma á este hombre elocuente, queriendo mostrar á Agustin, aunque indirectamente, el camino del valor y de la dignidad cristiana, contóle su vida, próximamente en los siguientes términos.

«Victorino se habia distinguido en la misma carrera de Agustin. Siendo profesor de elocuencia, habia visto en torno de su cátedra, no solamente á toda la juventud romana, sino tambien á una multitud de Senadores; habia traducido, explicado y enriquecido con luminosos comentarios las mas bellas obras de la filosofia antigua, y merced á su grandísima elocuencia, habia obtenido el

honor, raro en todos tiempos, de ver erigida una estatua en su memoria. Cuando hubo concluido el estudio de las obras maestras del ingenio humano, vínole la idea de abrir las Santas Escrituras; léíalas con atencion, y despues decía al citado Simpliciano en secreto y en la intimidad de amigo: ¿Sabes tu que soy cristiano?—Yo no lo creeré, respondia este, hasta que te vea en la Iglesia de Cristo; y Victorino replicaba sonriendo y con cierta ironía: pues qué ¿son las paredes del templo las que hacen al cristiano? En realidad Victorino tenia miedo de desagradar á sus amigos, y no quería exponerse á que de las cimas de la grandeza humana y de los cedros del Líbano, que Dios no habia aún tronchado, vinieran sobre él abrumadoras enemistades.

Pero entretanto Victorino continuaba leyendo; oraba mucho, y, bebiendo mas y mas en las Santas Escrituras, sintió nacer en su corazon el valor y la fuerza. Llegó un dia en que teniendo mas miedo á ser desconocido de Jesucristo, que á ser mofado y despreciado por sus amigos, y deseando no hacer traicion á la verdad, se trasladó á casa de Simpliciano, y le dijo: «Vamos al templo, porque quiero ser cristiano.» Roma entónces quedó admirada, y la Iglesia se llenó de gozo con semejante acontecimiento.

Cuando se acercaba el instante de hacer la profesion de fé ante un público numeroso, propúsose á Victorino que la recitase privadamente, como solian hacerlo las personas, á quienes causaban rubor las solemnidades públicas; pero él se

negó rotundamente, subiendo á la grada con resolución. Al aparecer en ella, su nombre corrió de boca en boca entre los muchos que le conocian, produciéndose en el concurso un murmullo de satisfacción y una manifestacion de alegría que no era fácil contener; diciendo todos por lo bajo, es Victorino! es Victorino! El deseo general de oírle restableció pronto el silencio; Victorino entónces pronunció el símbolo con admirable fé, y los fieles que allí estaban, satisfechos de tanta valentía, habrían querido todos meterle en su corazon: tan grande era en efecto la alegría que causaba su conversion, y el amor que le profesaban. Despues de esto, segun Simpliciano, acentuando mas sus palabras el ilustre anciano, se gloriaba de haberse hecho discípulo de la escuela de Jesucristo, de humillarse como un párvulo, y de renacer como niño en la fuente del bautismo; blasonando por fin de doblar su cuello bajo el yugo del evangelio, y de llevar en su frente y en aquella cabeza tantas veces coronada, la señal de la cruz tenida antes por oprobio. La órden de Juliano el apóstata dada poco despues, prohibiendo que los cristianos enseñasen las letras, cerró sus elocuentes lábios, y coronó su carrera con el mas bello, á la par que con el mas doloroso de todos los sacrificios. (1)

Este ejemplo, tan bien escogido y que tan perfectamente se adaptaba á la posicion de Agustin, penetró su corazon de tal manera, que salió de

(1) (*Confess.*, lib. VII, cap. II.)

allí entusiasmado, reprendiendo su debilidad, é indignado de su cobardía; y entró en su casa, donde le esperaba Mónica en oracion como siempre, decidido á concluir de una vez, imitando á Victorino. «Oh! Dios mio, exclama en una especie »de transporte, venid en mi ayuda, hacedlo todo Vos: »despertadme, llamadme hácia Vos: abrasadme y »arrobatadme; arded Vos en mí, y comunicadme »vuestras dulzuras, para que yo os ame y corra »tras de Vos. (1)

Pero ah! la cadena, que Agustín venia arrastrando ya tantos años, era mas pesada que lo que él se habia imaginado; y cuando quiso poner su mano sobre ella para destruirla, se halló con que no tenia toda la fuerza necesaria. Agustín no decia, nó; pero tampoco decia, sí. «Esta série de »excesos y de desórdenes, continúa él mismo, como otros tantos anillos enlazados los unos con los »otros, formaba la cadena que me sujetaba á la »mas dura esclavitud. Tenia, es verdad, la voluntad de servir á Dios con un amor elevado y casto, y de gozar solo de Él; pero esta voluntad nueva que acababa de nacer, no era capaz de vencer »á la otra, que se habia robustecido por el hábito inveterado de obrar mal. Así es que, yo tenia »dos voluntades, la una antigua y la otra nueva; »la una carnal y la otra espiritual; y estas dos voluntades, luchando entre sí, desgarraban mi al-

(1) Age, Domine, fac; excita, et revoca nos; accende et rape, flagra, dulcesce: amemus, curramus. (*Confess*, lib. VIII, cap. IV.)

»ma.» (1) Entretanto Agustín procuraba tranquilizar su conciencia, y cuando esta le gritaba que era necesario decidirse, no sabía que contestar, respondiendo como un hombre adormecido y perezoso: «En seguida; dejadme un poco; un instante mas.» ¡Pero este en seguida no llegaba nunca; y este pequeño instante no tenía fin! (2)

Fácil es imaginar las esperanzas, que haría concebir á Santa Mónica la visita de Agustín al sacerdote Simpliciano. Un paso de esta especie en semejantes momentos, equivalía á la conversion; pues Mónica no dudaba que el Santo anciano, haría tomar á su hijo esta resolución que tanto le costaba, pero que le haría feliz cuando la llevase á efecto: por eso al ver que su hijo vacilaba todavía despues de esta visita, y que no acababa de decidirse, se apoderó de ella un profundo abatimiento, difícil de describir. Su único consuelo entonces era que Agustín continuaba sufriendo; que cada vez estaba mas agitado; que nunca habia asistido á la Iglesia con tanta asiduidad, y que el tiempo que le dejaba libre la preparacion de sus

(1) Ita duæ voluntates meæ, una vetus, alia nova, illa carnalis, ista spiritualis, confligebant inter se; atque discordando dissipabant animam meam. (*Confess.*, lib. VIII, cap. V.)

(2) Non erat omnino quod responderem, nisi tantum verba lenta et somnolenta: Modo, ecce modo; sine paululum. Sed Modo, et modo, non habebant modum. Et sine paululum, in longum ibat. (*Confess.*, lib. VIII, cap. V.)

lecciones, le empleaba leyendo con grande interés las epístolas de San Pablo. (1)

En tales momentos vino á visitarle un antiguo amigo llamado Potenciano y africano como él, á quien habia conocido en otro tiempo; existiendo entre ambos la notable diferencia de que, mientras Agustín habia seguido en el error y en el olvido de Dios durante el largo y triste camino que acabamos de recorrer, Potenciano habia permanecido siempre ferviente cristiano, y habitaba en Milán, desempeñando en la corte del Emperador un alto puesto militar. Mónica se habia alegrado mucho de encontrarle en Italia, y se regocijaba de ver entre Agustín, Alipio y Nebridio, jóvenes todos vacilantes en la fé, un alma tan bien templada, que ni las vicisitudes de la guerra, ni las costumbres de la corte habian hecho vacilar.

Aquel mismo dia, hablando Potenciano con Agustín y Alipio, vió sobre la mesa de juego un libro que cogió y abrió maquinalmente, como acontece cuando se está en conversacion, creyendo que este libro seria de Cicron, ó acaso de Quintiliano; pero no, eran las *Epistolas de San Pablo*. (2) Un tanto sorprendido por esto, miró sonriéndose á

(1) Augebam solita, crescente anxietudine, et quotidie suspirabam tibi; frequentabam ecclesiam tuam, quantum vacabat ab eis negotiis sub quorum pondere gemebam. (*Confess.*, lib. VIII, cap. VI.)

(2) Forte supra mensam lusoriam que ante nos erat, attendit codicem, aperuit, invenit apostolum Paulum, inopinately sane; putaverat enim de libris quorum professio me conferebat. (*Confess.*, lib. VIII, cap. VI.)

Agustin, y habiendo este confesado que desde algun tiempo leía la Sagrada Escritura con la mayor atencion y grande contentamiento, la conversacion tomó un giro completamente cristiano.

Potenciano habia viajado mucho, conocía las Galias, la España, la Italia y el Egipto, y todos estos paises los conocia como cristiano, es decir, que habia estudiado las maravillas que obraba la verdadera fé de la Iglesia católica. Entre todas ellas ninguna le causaba tanta admiracion como el desarrollo de la virginidad, de la caridad y de la vida religiosa. Los desiertos del Egipto y de la Tebaida embalsamaban con sus aromas cristianos; sobre las riberas del Nilo, regiones las mas ocultas y que presenciaron tantos horrores en la antigüedad, habian aparecido multitud de vírgenes que vivian como ángeles en cuerpos mortales, y que bajo un cielo de fuego y un clima enervante, desplegaban la mas sorprendente energía, consagradas al ejercicio del amor puro de Dios. Allí se reunian cuantos abandonaban el mundo movidos por el desprecio de sus vanidades, por el disgusto de sus corrupciones, por el horror á sus bajezas y por el deseo de consagrar á Dios toda su vida. Vírgenes sin mancha; madres inconsolables por la pérdida de sus hijos; doctores y filósofos formados en las escuelas de Alejandría, sedientos de silencio y humildad; soldados que habian corrido el mundo, sin encontrar á Dios; confesores de la fé, y mártires de la verdad, que escapados de los potros y bañados en sangre, habian venido á reanimar sus fuerzas en las aguas refrigerantes

de la oracion y de la penitencia. Su número era prodigioso: solo en la montaña de Nitria habia cinco mil de estos anacoretas. Mas lejos, á una media jornada hácia el interior del desierto y en un sitio llamado Cella, encontrábanse dos mil. En otro sitio habia cerca de diez mil bajo la direccion de San Serapion, y casi otros tantos bajo la de Macario. San Pacomio, que acababa de morir, habia dejado siete mil de estos penitentes en sus soledades de Tabenna, y en la congregacion general, que se celebraba todos los años de los monasterios que seguian su regla, llegaron á reunirse hasta cincuenta mil. Las ciudades mismas estaban inundadas: en Ancira, habia diez mil vírgenes; y el año 356, solo en la ciudad de Oxpringue halláronse veinte mil consagradas al Señor.

Estas maravillas, por tanto tiempo desconocidas, empezaban á impresionar el mundo, y á entusiasmar los corazones cristianos. San Atanasio acababa de escribir la vida prodigiosa de San Antonio, el gigante de los desiertos; y muy luego se iban á publicar las de los mas ilustres patriarcas de la Tebaida, Pablo, Hilarion, Pacomio y Macario, que escribian por aquel entónces unos hombres, que aún que de distinto género, eran otras tantas maravillas, San Gerónimo, San Epifanio y San Efrén.

Agustín no tenía la menor idea de estas cosas. Como muchos que pasan al lado de la Iglesia católica sin verla, habia vivido treinta años en Africa, y á las puertas de Alejandría, sin haber oido hablar jamás, ni de Antonio, ni de los solitarios, ni de las vírgenes, ni de ninguna, en

fin, de esas obras admirables, por las cuales la Iglesia mostraba entónces, que ella es la verdadera Esposa de Jesucristo. No se habia tampoco apercibido de que en Milán, y á su misma vista habia una multitud de vírgenes que vivian con pureza angelical; y para las cuales el mismo Ambrosio habia escrito sus tres libros de las *Virgenes*, y en la actualidad estaba escribiendo el bello *Tratado de la Virginidad*. Agustín, pues, escuchaba admirado todas estas cosas, y estaba como pendiente de los lábios de Potenciano. «Nosotros, dice, nos quedamos »extasiados y llenos de admiracion, al oír estas ir- »refragables maravillas de tan reciente memoria, y »cási contemporáneas, obradas por la verdadera fé »de la Iglesia; y á todos causó no poca sorpre- »sa, á nosotros el aprender, y á Potenciano el te- »ner necesidad de enseñar hechos tan conocidos, »como extraordinarios.» (1)

Pero si tales maravillas habian pasado desapercibidas á los ojos de Agustín, no por eso habian dejado de alegrar á la Iglesia y de probar su divinidad, manifestando cuál era el poderoso espíritu que la animaba; pues del mismo modo que en otro tiempo, la sangre de los mártires se convertía en semilla de cristianos; así ahora, la virginidad y los perfumes del desierto daban á Dios apóstoles, doctores y héroes. Potenciano sa-

(1) Stupēbamus audientes tam recentī memoria, et prope nostris temporibus testatissima mirabilia tua in fide recta et catholica Ecclesia. Omnes mirabamur, et nos quia tam magna erant, et ille (Potitianus), quia inaudita nobis erant. (*Confess.*, lib. VIII, cap. VI.)

bía un bello ejemplo de lo que estamos diciendo, y excitado por la silenciosa curiosidad de sus amigos, les refirió poco más ó ménos lo siguiente:

«Hallándose él mismo en la ciudad de Treve-
»ris, (interior de las Galias,) fué una tarde mien-
»tras que el Emperador asistía á los juegos cir-
»censes, á pasear en compañía de tres amigos por
»los jardines contíguos al muro de la ciudad. Una
»vez allí, dos de ellos tomaron ruta distinta de la de
»sus compañeros, hallando sin tardar una cabaña
»en la que habitaban algunos siervos de Dios, de
»esos que profesan la pobreza del espíritu, y para
»quienes ha de ser el reino de los cielos. Entra-
»ron, y en una de sus celdas vieron el libro de
»la vida de San Antonio Abad. Comenzó á leer-
»la uno de ellos, y empezó al instante tambien á
»admirarse y á encenderse en amor de Dios, pen-
»sando mientras leía, en abrazar aquel género tan
»bello de vida, y emplear la suya en el servicio
»de solo Dios, sin cuidarse de su posicion en el
»siglo. Lleno entónces de amor de Dios y de un
»santo y religioso pudor, é indignado contra sí mis-
»mo, volvióse á su amigo interpelándole de este
»modo:—Dime por favor, ¿á qué aspiramos con
»nuestras fatigas y trabajos? ¿qué es lo que bus-
»camos? ¿cuál es el fin con que seguimos la córte?
»¿podemos prometernos otra cosa que el llegar á
»ser amigos del Emperador? y ¿qué hay en esa
»amistad que no sea frágil y de corta duracion,
»y que no esté lleno además de peligros? ¿y por
»cuántos de estos hay que pasar precisamente,
»para llegar á ese peligro mayor que todos los

»demás? ¿y cuánto tiempo sería necesario para
»conseguir esa amistad? Pues en cambio, si yo quie-
»ro ser amigo de Dios, puedo serlo desde este mis-
»mo momento, y en este mismo instante. Así habla-
»ba, y como atribulado con el proyecto que había
»concebido de mudar de vida, volvió á abrir de
»nuevo el libro, y agitándose su corazón y su
»alma mientras leía, á impulsos de los varios afectos
»y pasiones que en él rugían, venció al fin la
»gracia, y consagrándose interiormente al Señor,
»habló así á su compañero.—Estoy totalmente
»separado de cuanto hasta el presente fué objeto de
»nuestras esperanzas; me hallo resuelto á servir
»á Dios, y quiero empezar desde este momento y
»en este mismo sitio.—Su compañero le aplau-
»dió, y decididos ambos á no volver mas al mun-
»do, empezaron á edificar esa torre, que se le-
»vanta con todo lo que se abandona por el servi-
»cio del Señor.»

»Yo, continúa Potenciano, llegué á la cabaña
»acompañado del otro amigo, precisamente cuando
»acababan de suceder estas cosas, y como las ig-
»norase, advertí á mis amigos la proximidad de la
»noche y que era hora ya de retirarnos; mas en-
»tonces supe por su propia boca todo cuanto
»había pasado, y como les inspiró Dios la idea de
»consagrarse á su servicio. Suplicáronnos por tan-
»to que si no queríamos imitarlos, no contrariá-
»semos al ménos sus proyectos; y nos retiramos
»llorando por nosotros mismos, que tan poco fer-
»vor teníamos, despues de haberles felicitado, y
»de habernos encomendado piadosamente á sus

»oraciones. Volvimos pues á Palacio con el corazón
 »inclinado á las cosas de la tierra, mientras que
 »ellos, fijo el suyo en el Cielo, quedaron en la
 »cabaña; y como ambos á dos tuviesen empeñada
 »su palabra para contraer matrimonio, al saber sus
 »prometidas la determinacion que habian tomado,
 »resolvieron tambien consagrar á Dios su virgini-
 »dad.» (1)

Entusiasmado Potenciano con la relacion de estos hechos, no advirtió la tempestad que rugía en el corazón de Agustin. Mientras que habló de los milagros de inocencia, de pureza, de autoridad y de valor, que ilustraban y embalsamaban los desiertos, Agustin no habia hecho mas que aplaudir tranquilamente; pero cuando Potenciano mostró á esos dos oficiales abandonándolo todo por Dios, cuando oyó que brotában de los labios de uno de ellos estas fervorosas palabras: «¿Qué hacemos nosotros? ¿qué deseamos? ¿ser amigos del Emperador? ¿y para qué? ¿por qué pues no ser amigos de Dios? habia sentido levantarse más poderosos que nunca los gritos de su conciencia. Mientras Potenciano hablaba, dice Agustin, mi corazón se desgarraba, estaba lleno de confusion y de vergüenza viéndome mi deformidad, mis manchas, mis impurezas, y mis úlceras; y cuanta mayor era mi admiración por las vidas castísimas que acababan de referirme, más me horrorizaba á mí mismo, comparando mi vida con aquellas vidas. ¡Tantos años perdidos! ¡tanta vida inútil! ¡doce años y

(1) (*Confess.*, lib. VIII, cap. VI.)

«más desde que cumplí los diez y nueve de mi
 »juventud, en cuya época y con la lectura del *Hor-*
 »*tensio* de Ciceron, se había despertado en mí el
 »amor y deseo de la verdadera sabiduría! ¡Y yo
 »difería aún sacrificar la vana felicidad terrestre,
 »por ir en pos de esa felicidad qué, no ya posei-
 »da sino buscada é inquirida simplemente, es prefe-
 »rible á todas las coronas y á todas las voluptuosi-
 »dades de la tierra!... Por mucho tiempo había veni-
 »do diciéndome á mí mismo, que si no sacrificaba
 »las miserables esperanzas del siglo, era porque no
 »veía claramente la luz: ay! esta luz había apare-
 »cido; mi conciencia me habia gritado—¿En qué
 »piensas tú que decías, que la duda de la ver-
 »dad era lo único, que te impedía renunciar á la
 »vanidad? Todo es cierto al presente, la verdad te
 »acosa, y ¡sin embargo el fardo de la vanidad
 »te agobia aún!, mientras que otros que no
 »han trabajado ni empleado tantos años como tú
 »en la investigacion de la verdad, han desplegado
 »sus alas para subir hasta Dios, mas pronto y
 »más valerosamente que tú.» (1)

(1) Narrabat hæc Potitianus... Et videbam, et horrebam; et quo á me fugerem non erat.. Tum vero, quanto ardentius amabam illos de quibus audiebam salubres affectus, tanto execrabilius me comparatum eis oderam. Quoniam multi mei anni ab undevigesimo anno ætatis meæ, lecto Ciceronis *Hortensio*, excitatus eram studio sapientiæ, et differebam, contempta felicitate terrena, ad eam investigandam vacare... Et putaveram me propterea differre de die in diem, quia non mihi apparebat certum aliquid quo dirigere cursum meum. Et venerat dies quod nudarer mihi, et increparet in me conscientia mea: nempe tu dicebas propter incertum verum nolle te abjicere sarcinam vanitatis: ecce jam certus es. (*Confess.*, lib. VII, cap. VII.)

«He aquí lo que yo me decía, añade San Agustín mientras Potenciano hablaba. Carcomía-me interiormente, lleno de vergüenza y confusión y entregado á una especie de rabia violenta, que perseguía mi alma en los mas ocultos pliegues, y turbaba á la vez tanto mi rostro como mi espíritu.» (1)

Por fin se fué Potenciano, y Agustín, que no era ya dueño de los movimientos que le agitaban, se dirigió hácia el jardín seguido de Alipio. En cuanto á Santa Mónica, sea, que habiendo asistido á la referida conferencia, adivínase con su corazón de madre las agitaciones del corazón de su hijo, sea que advertida por Alipio, y, quién sabe si por Dios mismo, de que se aproximaba el gran momento, retiróse á su habitación, y allí, cayendo de rodillas, oró fervorosamente, para sostener con todo el ardor de su corazón de madre, y con toda la fuerza, mas grande aún, de su corazón de Santa, el alma del amado hijo que por última vez iba á debatir con Dios. (2)

(1) Ita rodebar intus et confundebar pudore horribili vehementer. (*Confess.*, lib. VIII, cap. VII.)

(2) Esta tradición se halla consignada en casi todas las liturgias Agustiniánas, y en la mayor parte de las obras compuestas en loor de su Patriarca por los religiosos de las diferentes órdenes que siguen la regla de San Agustín. El P. Luis de los Angeles, eremita de San Agustín, la dá por segura. (*Della Vita e Lodi del S. D. August.*, lib. II, cap. V.); y el P. Arcángel de la Presentación, carmelita descalzo, la apoya á su vez en muchos lugares de sus numerosas y doctas obras sobre San Agustín. (*Comment in confess.*, edit. Florent, 1757, op. et studio Fr. Archangeli á Presentatione, Carmel. exalceati.)

Cuando Agustín se halló solo con Alipio, díjole muy conmovido: «¿Qué hacemos nosotros? ¿En qué pensamos? ¿Acaso no has oído nada? ¡Levántanse de la tierra los ignorantes apoderándose del Cielo, y nosotros, con toda nuestra ciencia, sin corazón ni cordura, nos revolcamos en el cieno de la carne y de la sangre! ¿Es que se mire como deshonra el seguirlos, y no ha de ser deshonra el carecer de valor para imitarlos?» (1) Pronunciadas estas palabras, sin esperar respuesta, é impulsado por la agitación en que estaba, se alejó de Alipio. Este le miraba sorprendido, porque su acento era extraño, y su frente, sus mejillas, sus ojos, el color de su rostro, y el sonido de la voz, mejor aún que sus palabras, daban á conocer el estado agitadoísimo de su alma.

Contiguo á la casa habia un pequeño jardín: «A él, dice San Agustín, me lanzó la tempestad que rugía en mi alma. Allí nadie podía interrumpir el sangriento combate que habia empeñado contra mí mismo, y me retiré apartándome de Alipio cuanto pude, para que ni aún su presencia me estorbase, sentándome lo mas léjos posible también de la casa. Entónces mi espíritu se estremecía, y se indignaba contra mí mismo, porque no me sometía á vuestra voluntad, ó Dios mio; y

(1) Quid patimur? quid est hoc? quid audisti? Surgunt indocti et cælum rapiunt; et nos, cum doctrinis nostris sine corde, ecce ubi volutamur in carne et sanguine. An quia præceserunt pudet sequi, et non pudet nec saltem sequi? (*Confess.*, lib. VIII, cap. VIII.)

»porque no me unía á Vos, hacía quien todas las
 »potencias de mi corazon me impulsaban gritán-
 »do: *Valor, ánimo, aliento*. Se apoderaba de mí
 »la mas turbulenta indignacion; sufría y me tor-
 »turaba acusándome á mí mismo con una acritud
 »desconocida, volviéndome, y revolviéndome entre
 »mis lazos, hasta romper la cadena que solo pen-
 »día ya de un débil anillo, pero que sin em-
 »bargo me sujetaba. Decíame á mí mismo, allá
 »en el secreto del corazon, *ea, hágase al instan-*
»te, ahora se han de romper estos lazos; y mi
 »corazon seguía ya el impulso de la palabra; mas
 »iba á obrar y no obraba, y cuanto mas se acer-
 »caba el momento en que debia cambiar por
 »completo, mayor era el sobresalto que de mí
 »se apoderaba.» (1)

«Las cosas mas frivolas y de menor importan-
 »cia, que son todas vanidad de vanidades, quie-
 »ro decir mis amistades antiguas, esas eran las
 »que me detenian, y como tirándome de la ropa,
 »me decian en voz baja. *¿Pues qué, nos dejas y*
»nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos
»de estar contigo jamas? ¿Desde ahora y para siem-
»pre no te será permitido esto y aquello? Pero ¡qué

(1) Sedimus quantum potuimus remote ab ædibus. Ego tremebam spiritu indignans turbulentissima indignatione, quod non irem in placitum et pactum tecum, Deus meus in quod eundum esse omnia ossa mea clamabant... Sic ægrotabam et excruciebar accusans meipsum solito acerbis nimis, ac volvens et versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum quo jam exiguo tenebar, sed tenebar tamen. (*Confess*, lib. VIII, cap. XI.)

»cosas eran las que me sugerían, é indico sola-
 »mente con la palabra *esto y aquello!* ¡qué cosas
 »me sugerían Dios mio! Apartad, Señor, por vues-
 »tra misericordia del alma de este vuestro siervo,
 »aún la idea y el recuerdo de las suciedades é
 »indecencias que me sugerian. (1) Pero ya no se
 »presentaban como antes cara á cara, sinó que iban
 »murmurando por la espalda, siguiendo mis pisa-
 »das, y como llamando y tirándome por detrás
 »para que volviese á mirarlas. No obstante, en-
 »torpecian y retardaban mi fuga, por no tener
 »valor para separarme de ellas con energía, y
 »librarme de sus importunidades, saltando y atro-
 »pellando por todo para seguir mi vocacion; pues
 »el hábito inveterado no cesaba de decirme:
 »¿Imaginas que has de poder vivir sin estas co-
 »sas?»

«Pero esto me lo decian ya lánguidamente; por-
 »que en aquello mismo donde tenia mas puesta mi
 »atencion y hácia donde me daba miedo mirar,
 »descubriase la excelente virtud de la continencia
 »con rostro sereno, majestuoso y alegre, excitándome
 »me con gravedad y compostura á que llegase á

(1) Retinebant nugæ nugarum, et vanitates vanita-
 tum, antiquæ amicæ meæ, et succutiebant vestem meam
 carneam, et submurmurabant: ¿Dimittisne nos? ¿Et á mo-
 mento isto non erimus tecum ultra in æternum? ¿Et á
 momento isto non tibi licebit hoc et illud in æter-
 num? ¿Et quæ suggerebant in eo quod dixi: hoc et illud?
 ¿quæ suggerebant, Deus meus? Avertat ab anima servi
 tui misericordia tua! Quas sordes suggerebant! Quæ de-
 decora! (*Confess.*, lib. VIII, cap. XI.)

»donde ella, y desechase las dudas que me dete-
 »nian, extendiendo á la vez para recibirme sus castas
 »manos llenas de buenos ejemplos, que se ostentan en
 »innumerales personas de diferentes edades; en mul-
 »titud de jóvenes y doncellas y en otros de mayor edad,
 »venerables viudas, y tambien vírgenes ya ancianas;
 »pero en todas estas personas la continencia y casti-
 »dad no era estéril, antes bien fecunda y abun-
 »dante en alegrías y gozos espirituales, nacidos
 »de Vos que sois su esposo. Entónces la conti-
 »nencia, como chanceándose, y con una risa graciosa
 »que convidaba á seguirla, parece que me decía:
 »¿Pues qué, no has de poder tú lo que han podido
 »y pueden todos estos? ¿Por ventura lo que estos y
 »estas pueden, débenlo á sus propias fuerzas ó á las
 »que Dios les ha comunicado con su gracia? Sí, su
 »Dios y Señor les dió la continencia; pues yo dá-
 »diva suya soy. ¿Y entónces para qué te apo-
 »yas en tus propias fuerzas, si no pueden soste-
 »nerte ni darte firmeza alguna? Arrójate con con-
 »fianza en los brazos del Señor, y no temas, que
 »no se apartará ni permitirá que caigas; arrójate
 »seguro y confiado, que Él te recibirá en sus bra-
 »zos, y te sanará de todos tus males.» (1)

(1) Et jam tepidissime hoc dicebat. Aperiatur enim ab ea parte qua intenderam faciem et quo transire trepidabam, casta dignitas continentie, serena et non dissolute hilaris, honeste blandiens ut venirem neque dubitarem, et extendens ad me suscipiendum et amplectendum piis manus plenas gregibus bonorum operum. Ibi tot pueri et puellæ; ibi juvenus multa et omnis ætas, et graves viduæ, et virgines anus; et omnibus ipsa continentia nequaquam sterilis, sed fecunda mater filiorum gaudiorum de marito te, Domine. Et irridebat me irrisione hortatoria, quasi diceret: Tu non poteris quod isti, quod istæ? (*Confess.*, lib. VIII, cap. XI.)

«Yo me corría y avergonzaba mucho, porque
»aún estaba oyendo el murmullo de las fruslerías
»que me tenían perplejo y sin acabar de resolver-
»me; mas esta contienda pasó toda dentro de mi
»corazón, que batallaba contra sí mismo, y entre
»tanto Alipio aguardaba en silencio el resultado
»de tan estraña lucha.»

«Luego que por una profunda meditacion hu-
»be condensado, y visto con claridad la es-
»tension de mis miserias, sentí que se levantaba
»en mi corazón una terrible tempestad con nubes
»cargadas de abundantes lágrimas. Para que descar-
»gase totalmente, alejéme de Alipio, pues tenía ne-
»cesidad de estar solo para llorar mas á gusto; y
»me retiré bastante lejos y á un lugar escondido,
»no queriendo ser molestado, ni siquiera por la
»presencia de amigo tan querido. Alipio lo com-
»prendió, pues dejé escapar un suspiro tan pre-
»ñado de lágrimas, que indicaba claramente el es-
»tado en que me hallaba. Sentéme en tierra á la
»sombra de una higuera, y no pudiendo con-
»tener el llanto, brotaron de mis ojos dos rios de
»lágrimas. Entónces, Dios mio, hablando con Vos,
»decía muchas cosas, no sé con qué palabras, pero
»diferentes sin duda de estas, y que en cuanto
»al sentido y concepto eran como si dijera: *Y Vos,*
»*Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo habeis de*
»*mostraros enojado? No os acordéis ya jamás de mis*
»*maldades antiguas.* Y pues comprendía que mis
»pecados eran los que me ataban, por esto decía á
»gritos y con lastimosos sollozos: *¿Hasta cuándo,*
»*hasta cuándo ha de durar el que yo diga, mañana,*

»mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego
 »y en este día? ¿Por qué no ha de ser esta misma
 »hora, en la que ponga fin á todos mis peca-
 »dos? (1)

«Cuando estaba diciendo esto y llorando con
 »amarguísima contrición, he aquí que de la casa
 »inmediata oigo una voz como de niño ó niña,
 »que cantaba y repetía muchas veces: Toma y lee,
 »toma y lee.» (2)

«Inmutado y un tanto sorprendido me puse
 »á considerar atentamente, si por ventura los mu-
 »chachos solían cantar aquello ó cosa semejante
 »en alguno de sus juegos; pero no pude recordar
 »haberlo oído jamás. Reprimiendo entónces el ím-
 »petu de las lágrimas me levanté seguidamente, y

(1) Ubi vero á fundo arcano alta consideratio contra-
 xit et congescit totam miseriam meam in conspectum
 cordis mei, oborta est procella ingens, ferens ingentem
 imbrem lacrymarum. Et ut totum effunderem cum vo-
 cibus suis, surrexi ab Alipio. Solitudo mihi ad nego-
 tium flendi aptior suggerebatur... Ergo sub quadam fici
 arbore stravi me nesciendo quomodo, et dimisi habenas
 lacrymis; et proruperunt flumina oculorum meorum... Et
 non quidem his verbis, sed in hac sententia multa dixi
 tibi: Et tu Domine, usquequo, usquequo? Domine, iras-
 caris in finem? Ne memor fueris iniquitatum mearum an-
 tiquarum. Sentiebam enim eis me teneri; jactabam voces
 miserabiles: Quandiu? quandiu? cras et cras! Quare non
 modo? quare non hac hora finis turpitudinis mæ? (*Confess.*,
 lib. VIII, cap. XII.)

(2) Dicebam hæc, flebam amarissima contritione cordis
 mei: Et ecce audio vocem de vicina domo, cum cantu dicen-
 tis et crebro repetentis, quasi pueri aut puellæ nescio: «To-
 lle, lege; tolle, lege.» (*Confess.*, lib. VIII, cap. XII.)

»no pudiendo interpretar aquella voz sinó como
 »una órden del Cielo, que me mandaba abrir el
 »libro de las Epístolas del Santo Apóstol San
 »Pablo, corrí hácia el sitio donde estaba senta-
 »do Alipio y donde habia dejado el libro, tomé-
 »le en mis manos, le abrí y leí en silencio el pri-
 »mer capítulo que se ofreció á mis ojos, y en el
 »cual dice el Apostol: *No viváis en banquetes y em-
 »briagueces, ni en vicios y deshonestidades, ni en con-
 »tiendas y emulaciones; sino revestios de nuestro
 »Señor Jesucristo, y no os cuidéis tampoco de satis-
 »facer los apetitos de la carne.* Ya no quise leer
 »mas, ni tampoco era menester, pues así que con-
 »cluí esta sentencia, como si hubiera recibido en
 »el alma un rayo de luz clarísima, se disiparon
 »por completo las tinieblas de mis dudas.» (1)

«Cerré pues el libro, dejando el dedo entre las
 »hojas para notar el pasaje, ó no sé si puse algun
 »registro; y con el semblante ya quieto y se-
 »reno, declaré á Alipio lo que me acontecia. Este

(1) Statimque mutato vultu, intentissimus cogitare cœpi utrumnam solerent pueri in aliquo genere ludendi cantitare tale aliquid; nec occurrebat omnino audivisse me uspiam. Repressoque impetu lacrymarum, surrexi nihil aliud interpretans, nisi divinitus mihi juberi ut aperirem codicem... Aperuí, et legi in silentio capitulum, quo primum conjecti sunt oculi mei: *Non in comessionibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudiciis, non in contentione et emulatione; sed induite Dominum Jesum Chistum, et carnis providentiam ne feceritis in concupiscentiis.* Nec ultra volui legere; nec opus erat. Statim quippe cum fine hujusce sententiae, quasi luce securitatis infusa cordi meo, omnes dubitationis tenebrae diffugerunt. (*Confess.*, lib. VIII, cap. XII.)

»me declaró entónces lo que pasaba en su alma, que
 »yo por cierto ignoraba; y mostrándole lo que
 »habia leído, porque tal era su deseo, siguió
 »mas adelante, y encontró estas palabras en que
 »no me habia fijado: *Asistid al débil en la fé, re-*
»cibidle con caridad. Aplicóselas á sí mismo, y for-
 »tificado con esta consideracion y hallándose mas
 »dispuesto que yo á recibir la fé, sin duda por la
 »pureza de sus costumbres, se unió á mí, y am-
 »bos corrimos en busca de mi madre.» (1)

Así se rendía Agustin despues de diez y siete años de resistencia: así sucumbía á las lágrimas de Mónica. Pero cosa estraña y digna de observacion! El golpe que ponía fin á semejante lucha, la más patética de cuantas nos presentan la historia de la Iglesia y la historia del corazon humano, no era un rayo de luz mas vivo, que los que anteriormente habian descendido sobre él, sino una infusion de pureza y de inocencia que penetró hasta el fondo de su corazon. Tan cierto es que la gran dificultad no está en hallar la verdad, sino en volver á la práctica de la virtud.

Y tan gran milagro de la gracia pareció á la Iglesia esta conversion, que es la única con la de San Pablo, cuyo recuerdo celebra; fijando con delicada atencion para solemnizarla, el dia cinco de mayo; es decir el siguiente al en que se celebra la fiesta de nuestra Santa. Los últimos cantos del oficio de Santa Mónica se mezclan con los primeros

(1) Alipius mihi sine ulla turbulenta cunctatione conjunctus est. Indeque ad matrem ingredimur. (*Confess.*, lib. VIII, cap. XII.)

himnos que saludan la conversion de San Agustin; y una misma solemnidad reúne y honra las lágrimas de la madre que ha rescatado al hijo, y las lágrimas del hijo que han consolado á la madre.

El primer pensamiento de Agustin despues de convertido, fué correr en busca de Santa Mónica; y en efecto sin dilacion arrójase en sus brazos, la baña con sus lágrimas, y madre é hijo permanecen estrechamente unidos por uno de esos mudos y apretados abrazos, que parecen ser el supremo lenguaje del hombre, cuando la emocion no le permite hablar. (1)

Agustin estaba estasiado, y en la nueva luz que le inundaba, conoció por fin cuánto valian las lágrimas de su madre. Así es que, no pudiendo hablar, la estrechaba contra el corazon, y decia con su silencio lo que ha repetido en variados tonos hasta el fin de su vida.

«Sí, Dios mio, si soy vuestro hijo, es porque me »habeis dado por madre una de vuestras humildes »servidoras.» (2) «A mi madre, á sus oraciones y »á sus méritos debo todo lo que soy.» (3) «Sí prefiero la verdad, si no amo mas que la verdad, si »estoy pronto á morir por ella, se lo debo á mi

(1) Ad matrem ingredimur, indicamus, gaudet; narramus quemadmodum gestum sit; exultat et triumphat. (*Confess.*, lib. VIII, cap. XII.)

(2) O Domine, ego servus tuus et filius ancillæ tuæ. (*Confess.*, lib. VIII, cap. XII.)

(3) Nostra mater cujus meriti credo esse omne quod vivo. (De Beat. Vit., in fine Præfat.)

»madre; Dios no ha podido resistir á sus ruegos;» (1) «y por último: Si no he perecido en el error y en el pecado, tambien lo debo á las lágrimas de mi madre: sus abundantes y fervorosos ruegos me han obtenido gracia tan singular.» (2) Esto escribe Agustin constantemente y en todas sus obras; esto es lo que sentía él entonces con tanta viveza; esto tambien lo que queria decir á su madre con las miradas, con los ósculos y finalmente con esos largos, expresivos y mudos abrazos que les unian tan estrechamente que no acertaban á separarse.

Santa Mónica, por su parte, no podía contener el gozo que la inundaba; así que regaba á Agustin con sus lágrimas, y le contemplaba llena de satisfaccion. Verle buen cristiano, honrado, unido por el matrimonio y en camino de salvarse, ah! todas sus oraciones se habian dirigido á este fin; y si Dios entonces la hubiese concedido esta gracia, habría muerto feliz. Pero á medida que la emocion dejaba que Agustin pudiese abrir sus lábios, Mónica entreveía maravillas inesperadas: no le bastaba á su hijo el ser cristiano, queria ya mas; queria la castidad, la continencia, la soledad, huir del mundo, despreciarlo todo, y no ocuparse de otra cosa que de amar á

(1) Mater cujus precibus indubitanter credo atque confirmo mihi istam mentem Deum dedisse, ut inveniendæ veritati nihil omnino præponam, nihil aliud velim, nihil cogitem, nihil amem. (*De Ordine*, lib. II., cap. XX.)

(2) *De Dono Perseverantiæ*, cap. XX, n.º 53.

Dios con toda su alma. Mónica se estremecía á cada palabra de su hijo, y ¿quién sabe si Dios en aquel momento la hizo presentir las grandes cosas que iban á suceder, y para censolarla despues de veinte años de angustias, la permitió vislumbrar sobre la frente de Agustin la corona del Doctor, y la auréola de la santidad? (1)

¡Ó momento afortunado aquel en que una madre encuentra de nuevo al hijo, que habia creído ya muerto! pero, ¡ó momento, mas feliz aún, el en que la madre cristiana ve renacer en el alma de su hijo la fé, la pureza, el valor y la virtud; y el en que afligida por los dolores de la Iglesia, presente, que este hijo regenerado ha de ser la lumbrera, la gloria, y hasta el vengador de esos mismos dolores.

Todavía se enseñan en Milán, y se enseñarán por muchos años la pequeña sala donde oraba Santa Mónica, y el jardín en que tuvieron lugar estas conmovedoras escenas; y cuando el tiempo, que nada respeta, haya dispersado las últimas piedras de la casa, visitárase aun el sitio con gran veneracion. La hermosura del jóven Agustin en quien

(1) Benedicebat (mater mea) tibi qui potens es ultra quam petimus aut intelligimus facere, quia tanto amplius sibi á te concessum de me videbat, quam petere solebat miserabilibus flebilibusque gemitibus. Convertisti enim me ad te, ut nec uxorem quærerem, nec aliquam spem sæculi hujus, stans in ea regula fidei in qua me ante tot annos ei revelaveras. Et convertisti luctum ejus in gaudium multo uberius quam voluerat, et multo charius atque castius, quam de nepotibus carnis meæ requirebat. (*Confess.*.. lib. VIII, cap. XII.)

brillaban á la vez un raro talento, y una alma extremadamente tierna; sus faltas, y, en medio de ellas, sus gloriosas tristezas que le conquistan las simpatías de todo corazón, sea inocente ó sea culpable; su tenaz oposicion á la gracia; sus alaridos y sus resistencias, parecidas á las del águila herida que no quiere rendirse; y en presencia de esta conducta, la paciencia de Dios que le suministra con delicadísima ternura tanta luz, que victoriosa y sin comprimir su libertad, le levanta desde los abismos de la duda y de la pasión hasta las mas elevadas cimas de la verdad, de la pureza y del amor divino; y sobre todo lo dicho, para dar, como si dijéramos, la última mano á obra tan portentosa, las lágrimas de esta madre nunca vista que obliga á Dios á venir en socorro de su hijo; cosas son que el mundo no olvidará jamás, y que hasta el fin de los siglos le harán visitar enternecido y humillado los lugares, que presenciaron tan grandes maravillas.

CAPÍTULO TRECE.

CASIACO—SANTA MONICA VA CON SU HIJO A UNA CASA
DE CAMPO PARA PREPARARLE A RECIBIR
EL SANTO BAUTISMO—MÓNICA
ASISTE A LAS CONFERENCIAS FILOSÓFICAS DE AGUSTIN Y SUS
AMIGOS—LA MADRE DEL PLATON
CRISTIANO.
SETIEMBRE DEL 386 A ENERO DEL 387.

«Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro
»siervo; soy vuestro siervo, é hijo de una sierva
»vuestra; y puesto que habeis roto mis prisiones,
»quiero tributaros un sacrificio de alabanzas. Que
»mi corazon y mi lengua os alaben; que todos
»mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿quién es
»semejante á Vos? Que hablen, y vos, Señor, res-
»ponded, decid á mi alma: Yo soy tu Salvador.
»¡Oh Cristo! ¡oh Jesús! si, Vos sois mi apoyo y mi
»redentor.» (1)

A este sentimiento de admiracion y de reco-
nocimiento que llenaba el alma de Agustin al
dia siguiente de su conversion, uníase otro que
no era ni ménos profundo ni ménos suave: Agus-
tin se hallaba santamente renovado pero de un
modo y manera que jamás pudo pensar. Lo
que le admiraba ayer, hoy no le causaba ya sinó

(1) ¡O Domine, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ. Di-
rupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis. Laudet
te cor meum et lingua mea; et omnia ossa mea dicant: Do-
mine, quis similis tibi? Dicant, et responde mihi, et dic
animæ meæ: Salus tua ego sum... O Christe Jesu adjutor
meus et redemptor meus! (*Confess.*, lib. IX, cap. I.)

desprecio. «¡Oh cuán dulce y gustoso fuéme ca-
 »recer de unos deleites, que solo eran vanidad.
 »Vos los arrojasteis de mi alma, ó Dios mio, re-
 »emplazándolos con vuestra presencia, Vos que
 »sois dulzura amable y superior á todos los de-
 »leites; más claro, hermoso y trasparente que la
 »luz, aunque tambien mas secreto y escon-
 »dido que cuanto hay de íntimo y recóndito.
 »Vos que sois mas excelso, sublime y elevado
 »que todos los honores, aunque no para aquellos
 »que se consideran grandes á sí mismos. Y mi
 »corazon se veía libre de los cuidados que pro-
 »ducen la ambicion, el amor á la riqueza y el
 »deseo de los placeres culpables, entonando cán-
 »ticos de alabanza á Vos, que sois mi gloria, mi
 »riqueza, mi salud, mi Dios y mi Señor.» (1)

Santa Mónica oía enagenada estos primeros des-
 ahogos del alma de Agustín, y no ménos entu-
 siasta que él, sostenía con su voz y corazon
 esos himnos nacientes; debiendo añadirse que có-
 mo estaba ya en el apogeo de la gracia, y llena
 de santidad y de experiencia en las cosas celes-

(1) *Quam suave mihi subito factum est carere suavitati-
 bus nugarum! Et quas amittere metus fuerat, jam dimittere
 gaudium erat. Ejiciebas enim eas á me, vera tu et summa
 suavitas; ejiciebas et intrabas pro eis, omni voluptate dul-
 cior, sed non carni et sanguini; omni luce clarior, sed omni
 secreto interior, omni honore sublimior, sed non sublimi-
 bus in se. Jam liber erat animus meus á curis mordacibus
 ambiendi et acquirendi et volutandi atque scalpendi sca-
 biem libidinum. Et garriebam tibi, claritati meæ, et divitiis
 meis, et salutí meæ, Domino Deo meo. (Confess., lib. IX,
 cap. I.)*

tiales, guiábale con amor por ese bello camino en el cual era él novicio, pero cuyos secretos conocía ella perfectamente.

Para entregarse según su deseo, á los sentimientos de piedad, arrepentimiento y gratitud, que le dominaban, Agustín hubiera querido estar solo con su madre en un lugar ignorado de los hombres, y sin otra ocupación que contemplar, bendecir y alabar á Dios en silencio tal, que ninguna criatura le turbase; pero desgraciadamente se hallaba abrumado de trabajo, pues debía asistir á la cátedra muchas veces por semana, debía también hablar en público, y tenía que dar ante una juventud escogida y numerosa, lecciones de elocuencia, que exigían de él larga y meditada preparación. Esto lo miró como un martirio, así que su primer pensamiento fué presentar la dimisión de la cátedra, y anunciar al público que dejaba aquel cargo; pero estando ya á fines del mes de Agosto, empezando las vacaciones el diez y seis de Setiembre y restando por consiguiente veinte días escasos, creyó que era preferible tener un poco de paciencia, retirarse sin ruido, y no entregar al juicio de los hombres una acción, que Dios solo debía conocer. Y no era que Agustín temiese este juicio, puesto que él mismo exclama: «Vos habiais herido mi corazón con las flechas de vuestro amor, y vuestras palabras, ó Dios mio, atravesaban mi alma como saetas de fuego; y los ejemplos de vuestros servidores, á quienes antes que á mi habiais convertido de las tinieblas á la verdadera luz, y de la

»muerte á la vida, me encendian de tal manera, que todas las contradicciones de los hombres, por vigoroso que fuese su impulso, no habrian conseguido, sinó avivar mas la llama, bien léjos de extinguirla.» Pero si no temia las críticas de los unos, debería temer al ménos las alabanzas de los otros; pues publicando su determinacion, exponíase á llamar la atencion sobre su persona, y acaso á recibir grandes aplausos. Estas razones le parecieron decisivas, y parte por prudencia, parte tambien por modestia, se resolvió, aunque le fué muy costoso, á permanecer en su puesto hasta el principio de las vacaciones. (1)

Mas la retirada de Agustin á pesar de tanta cautela no era fácil de realizar. Hacía dos años que enseñaba en Milán con un éxito extraordinario: su talento, su elocuencia, su corazon, y su palabra, que tenian cualidades de primer órden, y con los defectos propios de la época adquirieron aún mayor atractivo, habian agrupado al rededor de él las ardientes simpatías, que acompañan siempre á quien sabe hablar con el corazon y con el alma. Por desgracia, Agustin habia entregado la suya, con perjuicio de la salud, al jóven auditorio que le favorecía; su pecho estaba irritado, y su garganta no producía ya sinó una voz débil, y sin extension, presintiendo todos que, devorado por el excesivo amor al estudio, y dotado de órganos vitales sumamente delicados, no podría continuar mucho tiempo dando al público lecciones de elocuencia.

(1) (*Confess.*, lib. II, cap. II.)

Cuando por primera vez comprendió Agustín su triste estado, no pudo contener las lágrimas; pero al presente, que soñaba solo con la contemplación y la soledad, no anhelando otra cosa que el amor de Dios, saludaba con placer este pretexto que se le venía á la mano, y se regocijaba de poder conseguir el silencio que su corazón deseaba, ocultando el verdadero motivo, y fundando su retirada en el mal estado de salud.

Todavía existía otra dificultad que hubiera podido detener la realización de sus planes; porque Agustín era pobre, y para vivir y sostener á su madre, no contaba con otros recursos que los que le proporcionaban el talento y sus lecciones públicas; pero afortunadamente, Romaniano, siempre generoso y delicado, se hallaba en Milán, y ya mas de una vez habia puesto á disposición de Agustín los recursos necesarios, para poder retirarse á la soledad y al descanso, que le eran indispensables. «Tú, ó »noble amigo, le escribía algunos meses despues »San Agustín, tú que ya habias protegido la cuna, y, por decirlo así, el nido de mis primeros »estudios; y que, mas tarde, sustentástes la audacia de mis primeros vuelos, tú tambien has venido ahora en mi ayuda. Sí, si puedo regocijarme con el reposo de que disfruto al presente »viéndome dascargado de trabajos inútiles; si respiro, si soy dueño de mi mismo, y si he entrado »en mí dedicándome exclusivamente á la contemplación de la verdad, á tí es á quien debo tanta dicha; porque cuando te describí las turba-

»ciones y agitacion de mi alma, y te declaré que
»no sería dichoso en tanto que no pudiese entre-
»garme tranquilamente al estudio de la sabiduría,
»manifestándote al mismo tiempo que la idea de
»mi madre y de mi hijo, á quienes debia soste-
»ner, me impedia realizar el proyecto; tú, an-
»sioso de que mi pensamiento pudiera egecutarse,
»no solo me prometistes la libertad necesaria, sino
»venir tambien á disfrutar de ella conmigo.» (1)

Tranquilo ya por esta parte, gracias á la generosidad de Romaniano, y vislumbrando no lejano ya el retiro que tanto ansiaba su corazon, Agustin terminó el curso de elocuencia, pero los veinte dias de espera le parecieron un siglo: no pensaba ya en los estudios; su mente estaba en otra parte, y su único consuelo al volver á casa fatigado y estenuado por el trabajo de la mañana, era cerrar su puerta, y, á solas con su madre, conversar sobre las maravillas que habia obrado Dios en él.

Como Santa Mónica deseaba al par que su hijo retirarse á la soledad, y asistir á la trasformacion que en el alma de este venia realizándose, y mediante la cual iba Dios á terminar la grande obra, comenzada hacia ya unos veinte dias; tan luego como empezaron las vacaciones, se fué con Agustin á la casa de campo que les tenian preparada. Un amigo de este llamado Verecundio, á quien habia confiado su pensamiento, y era concolega en la enseñanza, le habia ofrecido su quinta, que

(1) (*Contra Acad.*, lib., II, cap. II.)

Mónica aceptó sin vacilar; y sobre el 16 ó 17 de Setiembre del año 386, fué á instalarse en ella con su hijo.

No se sabe con exactitud el sitio que ocupaba, pero hay una descripción bastante completa, y se conoce perfectamente la vega en que estaba situada. Era una de esas vastas y agradables casas de campo que acostumbraban á edificar los romanos en la decadencia del imperio: espaciosas salas, pórticos cubiertos, baños, biblioteca, terrados exteriores, hermosas arboledas á su rededor; todo espacioso, claro y bien ventilado; en una palabra, cuanto puede desear el hombre, que quiere hacer de su quinta un lugar de recreo, de goce y de descanso. Al pié de ella había un prado que recreaba la vista, y que rodeado de grandes árboles invitaba al paseo, ofreciendo á la vez sombra para la lectura. Su extremidad estaba cortada por el lecho peñascoso de un torrente, seco una parte del año, pero caudaloso durante el deshielo de las nieves, y despues de las grandes lluvias del otoño; interrumpiendo entónces la tranquilidad del valle con el ruido monótono de sus aguas. Desde las ventanas y terrados de la casa gozábase de un paisaje sumamente delicioso; bastante extenso para explayar la vista con toda libertad, y terminado en lontananza por elevadas montañas, que parecían ayudar á que el espectador dirigiese sus miradas hácia el Cielo. Estas montañas, que eran las primeras pendientes de los Alpes y de los Apeninos, formaban un inmenso círculo, dentro del cual se distinguian praderas,

viñas, huertos, jardines, montecillos formados de grandes árboles, y azulados lagos, cuyas aguas brillaban al influjo de los rayos del sol; resultando un todo parecido por su verdor á las campiñas de Suiza, bien que con tonos mas fuertes, efecto del clima de la Italia. Finalmente, la casa estaba edificada sobre una eminencia, á fin de poder gozar cómodamente de la grandeza y apacibilidad de este admirable espectáculo. (1)

El estío entónces terminaba; el sol de otoño deramaba sobre la campiña sus tibios rayos, y las hojas de los árboles aún no habian comenzado á caerse, pero empezaban á tomar esos pálidos colores de amarillo y rojo, que en esta época del año dan al campo tan bello esplendor: era precisamente el momento en que la naturaleza parece revestirse de gravedad y tristeza, cual si se preparara á morir.

Hay ciertos estados del alma, durante los cuales se siente un encanto extraordinario, paseando en sitios semejantes. Pues bien, en uno de aquellos llevó Mónica al hijo convertido á tan bello lugar, y á campiña tan serena y recogida, para ocultar allí el gozo que á ambos dominaba, y para preparar sus almas al gran dia del santo Bautismo.

Habíanles seguido diferentes jóvenes, á quienes las relaciones de parentesco, el atractivo de su hermoso corazon, la identidad de origen, los estudios, las inquietudes y las mismas pasiones ha-

(1) Esta descripción está tomada con particular esmero de las diferentes obras que San Agustín escribió en Casiaco.

bian agrupado en torno de Agustín; y casi todos veían nacer como él, en medio de parecidas sombras, la deliciosa aurora de la fé.

Conviene que nuestros lectores conozcan los principales entre ellos. Era el primero Adeodato ó Diosdado, hijo de Agustín, el cual apenas salido de la adolescencia, hacía ya presentir que igualaría á su padre, puesto que tenía las buenas cualidades de este, y su misma disposicion. «Llevamos con nosotros, » escribe, al jóven Adeodato, que era mi hijo natural y fruto de mi pecado, al que Vos, Señor, » habiais dotado de buenas y excelentes cualidades. » Aún no tenía quince años, y ya aventajaba en ingenio á otros muchos, que por su edad é instruccion figuraban entre los hombres graves y doctos. Revelábanse en él cada dia nuevas y extraordinarias dotes; y su precoz imaginacion me tenía » admirado.» (1) «Por fortuna á estas buenas cualidades acompañaban una piedad é inocencia nada » comunes, siendo él quien oyendo un dia preguntar, qué hombre lleva á Dios en si mismo? » contestó sin vacilacion: el que vive castamente.» Y como Agustín insistiese, deseando saber si por esta palabra, entendía únicamente la huida de las grandes faltas opuestas á la bella virtud de la castidad, «Oh! nó, respondió, para que el alma sea » verdaderamente casta, es necesario que piense

(1) Adjunximus etiam nobis puerum Adeodatum ex me natum carnaliter de peccato meo. Tu bene feceras eum. Annorum erat ferme quindecim, et ingenio præveniebat multos graves et doctos viros.... Horreri mihi erat illud ingenium. (*Confess.*, lib. IX, cap. VI.)

»siempre en Dios, sin dejar de mirarle, y sin afi-
»cionarse mas que á Él solo.» Aún no habia reci-
bido Adeodato el santo Bautismo, pero se prepara-
ba á hacerlo con tal ardor, que su abuela Santa
Mónica se creyó obligada á contenerle. Al ver su
precoz ingenio y virginal candidez, preguntábase
naturalmente qué era lo que Dios reservaba para
el dia, en que el espíritu y el corazon de Adeoda-
to alcanzasen su completo desarrollo en el seno de
la Iglesia. Pero ah! este dia no habia de llegar ja-
más. Una infancia angelical, una juventud mas pu-
ra todavia, el bautismo, que recibió con las disposi-
ciones de un santo, y la muerte poco despues,
he aquí el corto y precioso destino de este niño.
»Recuérdole siempre con gozo, escribe San Agus-
»tin despues de su muerte; porque ni en su in-
»fancia, ni en su niñez, ni en tiempo alguno de
»su vida, encuentro cosa que pueda turbar la bue-
»na memoria que de él conservé.» (1)

Sigue despues Navigio, hermano de San Agus-
tin, y segundo hijo de Santa Mónica. Bautizado
hacia mucho tiempo, piadoso, tímido, de natura-
leza delicada, casi siempre enfermo, y sin tener
nada del ingenio de Agustin, pero sí mucho de
la piedad contemplativa de Santa Mónica, pasaba
su vida en el silencio y la oracion.

Hallábase allí tambien Alipio, á quien nuestros
lectores conocen ya. No era pariente de Agustin,
pero sí el más íntimo de sus amigos, y el herma-
no de su corazon, segun el dicho del mismo san-

(1) (*Confess.*, lib. IX, cap. VII.)

to. Participando de iguales inquietudes, y turbado por errores idénticos á los de Agustin, aunque no esclavo de parecidas pasiones, acababa de ser iluminado por el mismo golpe de luz, en el mismo lugar, y en el mismo instante que su amigo; así que no habia querido separarse de él. Juntos se preparaban al santo Bautismo, y la Iglesia debia verlos un dia Obispos, consagrándole ambos sinó el mismo génio, al ménos igual amor.

Habia tambien llevado Agustin otros dos jóvenes, que sino eran sus amigos porque aún tenian pocos años, eran discípulos, á quienes amaba como un padre, y cuya educacion dirigia con la mas tierna solicitud: llamábanse Licencio y Trigencio.

Trigencio tenía veinte años, era aficionado al estudio y de elevado espíritu, profesando grande amor á cuanto le parecía noble, delicado y sublime. En un principio habia pensado seguir la carrera de las armas; pero poco satisfecho de la dureza y vulgaridad que en ella habia observado, tornóse al gusto que siempre tuvo hácia las bellas letras, y en particular á la historia, que amaba ya cual si fuese un anciano consumado en este estudio. (1) La alegría y la vivacidad de su carácter agradaban á Agustin, viendo este con singular placer que se preparaba á recibir el santo Bautismo.

(1) *Illum enim adolescentem, quasi ad detergendum fastidium disciplinarum aliquantum sibi usurpasset militia, ita nobis magnarum honestarumque artium ardentissimum edacissimumque restituit... Qui tanquam veteranus adamat historiam. (Contra Acad., lib. I, p. 424, De ordine, lib. I, p. 533.)*

Licencio de carácter fogoso y tal, que nada podía contener ni satisfacer, le inquietaba más. Era loco por la poesía; se inmutaba oyendo referir una acción grande, y hacía versos hasta en la mesa. Cantaba con una expresión extraordinaria los coros de Sófocles, y leía hondamente conmovido á Virgilio; pero las cuestiones de filosofía le interesaban poco, y ménos aún las de religión. (1) Estas disposiciones atormentaban tanto más á Agustín, cuanto que Licencio era hijo de Romaniano, el cual le había confiado á su dirección desde muy niño. «Podría decirse, según San Paulino, que le había llevado en su seno, y que se esforzaba en ser su padre, su madre, y hasta su nodriza, á la vez que su instructor.» Por lo mucho que Agustín se desvelaba en favor de este jóven, dejábase ver su deseo de pagar una deuda de reconocimiento; y para devolver al hijo lo que él recibiera del padre, no había sacrificio que no se impusiese, ansiando hacer de él un hombre distinguido, y un perfecto cristiano. Lo primero estaba ya hecho; para lo segundo era preciso esperar algún tiempo todavía.

Los dichos, mas dos primos de Agustín, llamados Lastidiano el uno, y Rústico el otro, (acerca de los cuales nada sabemos,) componían el círcu-

(1) Licentius admirabiliter poeticæ deditum. (*De ordine*; pag. 533.) Excogitandis versibus inhiantem, nam de medio pene prandio clam surrexerat, nihilque biberat... In illis græcis tragædiis verba, quæ non intelligis, cantes. (*Contra Acad.*, p. 463.)

lo de jóvenes que acompañaban á Santa Mónica y su hijo, cuando llegaron á Casiaco.

Otros dos amigos faltaban en la reunion, y desgraciadamente debian faltar para siempre: Nebridio y Verecundo.

Nebridio, de quien nos hemos ocupado ya, lo habia abandonado todo, su padre, su madre y su pátria, por seguir á Agustin y oir sus lecciones: deseando hallar la verdad, y suspirando por ella, aunque seguia sistemas contrarios á la doctrina de Jesucristo; dulce, modesto, huyendo del mundo y del bullicio, buscando el retiro para dedicar mas tiempo á las graves cuestiones que ocupaban su cabeza, y avanzando hácia la luz por el mismo camino que Agustin, debia de ocupar un puesto en el retiro de Casiaco. Todos, y este mas que nadie, le echaban allí de menos, pero si su cuerpo estaba ausente, su espíritu y su corazon estaba en medio de ellos. Escribía sin cesar presentando á nuevas cuestiones sobre las más culminantes verdades; y era tal su empeño por obtener pronta respuesta, que Agustin se veia precisado á pedirle y rogarle que le dejase respirar. Por lo demás, Nebridio se preparaba entretanto á recibir el bautismo con sus amigos, y desde la fuente regeneradora, de donde salió inflamado en amor cual un apóstol, pasó al seno de Abraham, pues murió poco despues, lleno de fé y de piedad. «Sea lo que quiera esto, que llaman seno de Abraham, decía elocuentemente San Agustin, allí es donde él vive, mi Nebridio, mi dulce amigo; porque ¿correspondía otro lugar á un al-

»ma como la suya? Sí, él vive en la morada de
 »los bienaventurados; sobre la cual solía pregun-
 »tarme muchas cosas, teniendo yo tan poca luz para
 »instruirle! Ya no aplica sus oídos á mi boca para es-
 »cuchar, sino que como eternamente bienaventurado
 »pone la boca de su alma á la fuente inagotable de la
 »vida, que sois Vos, ó Dios mio, y bebe cuanto
 »quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabidu-
 »ría. Y sin embargo no temo que se embriague
 »hasta olvidarse de mí, porque él os bebe á Vos,
 »Dios mio! á Vos que os acordais de mí siem-
 »pre!» (1)

Verecundo, que habia puesto su quinta de Casiaco á disposicion de Santa Mónica, y era afa-ble, honesto, y de elevado espíritu, se habia casado con una mujer cristiana, y vacilaba sin saber por qué, en hacerse cristiano; pero bautizado poco despues, murió adorando en sus últimos momentos al Dios á quien merecía conocer.
 »Vos tuvísteis piedad no solamente de él, dice
 »San Agustin, sinó tambien de nosotros; pues ha-
 »bria sido para el corazon de todos dolor insu-
 »frible el no poder contar á un amigo tal en

(1) Quidquid illud est quod illo significatur sinu, ibi Nebridius meus vivit, dulcis amicus meus, tuus autem Domine, adoptivus ex liberto filius, ibi vivit, nam quis alius tali animæ locus? ibi vivit, unde me multa interrogabat homuntionem inexpertum. Jam non ponit aurem ad os meum, sed spirituale os ad fontem tuum, et bibit quantum potest sapientiam pro aviditate sua, sine fine felix. Nec sic eum arbitror inebriari ex ea, ut obliviscatur mei, cum tu, Domine, quem potat ille, nostri sis memor. (*Confess.*, lib. IX, cap. III.)

»el número de vuestros elegidos. Sí, Dios mio, Vos
 »disteis á Verecundo por pago de su hospitalidad
 »en Casiaco, donde gustamos tan feliz reposo
 »despues de tantas inquietudes, Vos le disteis la
 »frescura y la eterna primavera de vuestro parai-
 »so.» (1)

Tal era Casiaco. Sitio semejante, la paz que allí se disfrutaba, lo delicioso de la estacion, una reunion de amigos tan conformes en ideas, y la marcada consonancia de cuanto en este lugar habia, con las disposiciones, tendencias y aspiraciones de Agustin, solo ocurrió á una madre el preparararlo, y el fijar allí la cuna de su hijo al renacer á la gracia. Mónica habia adivinado con su corazon de madre la conveniencia de esta soledad, é iba á iluminarla ahora con la fê, la elevacion, la ternura y el ardor heróico de su corazon de Santa.

Pero el amor que tenia á su hijo, se reflejaba tambien sobre los amigos de Agustin, tier-
 nas almas atormentadas é inquietas; pero muy bellas, y en las cuales, con el profundo instinto de la santidad, Mónica descubria ya buenos cristianos, futuros sacerdotes, obispos acaso, doctores y apóstoles tambien. «Por eso, dice admirablemente
 »San Agustin, nos cuidaba como si todos fuése-

(1) Misertus et non solum ejus, sed nostri; ne cogitantes erga nos amici humanitatem, nec eum in grege tuo numerantes, dolore intolerabili cruciaremur... Reddes Verecundo, pro rure illo ejus Cassiaco, ubi ab æstu sæculi requievimus in te, amænitàtem sempiternæ virentis paradisi tui. (*Confess.*, lib. IX, cap. III.)

»mos hijos suyos; y servía á cada uno como si »fuese su padre.» (1) Mas los cuidados y consideraciones no la impedían dar á estos jóvenes la direccion que de ella esperaban, y que su edad, su santidad, y su título de madre y abuela, de parienta ó de venerable amiga, autorizaban plenamente. Advertíales con dulzura; reprendíales con gravedad; y con una palabra ó sola una mirada conseguía Mónica que sus almas se elevaran hasta Dios. En resúmen, toda su alma, espíritu y génio, todo su corazon, toda su fé, todo el ardor de su celo, y todas las inspiraciones de su caridad las empleaba secundando en ellos la accion de Dios. Era Mónica como el apóstol de este pequeño cenáculo.

Antes de abandonar á Milán, habia tenido buen cuidado de avisar al Santo Obispo Ambrosio el cambio maravilloso que se habia obrado en Agustin, y de pedirle consejo sobre el modo de prepararse este á recibir el bautismo. Ambrosio, además de la soledad y de la oracion, habia recomendado la meditacion de las Santas Escrituras, indicando en particular el profeta Isaiás. Sin duda pensó que la incomparable grandeza de sus pinturas, herirían el espíritu y el corazon de Agustin; á mas de que entre todos los profetas es Isaiás, quien mas claramente ha hablado de la conversion de los pueblos á Jesucristo, y quien ha escrito en sus

(1) Ita curam gessit, quasi omnes genuisset; ita servivit, quasi ab omnibus genita fuisset. (*Confess.*, lib. IX cap. IX.)

inspiradas páginas, bellísimas palabras sobre la conveniente preparacion del espíritu para recibir á Jesucristo. Solo que, mientras el profeta dirigía á los pueblos palabras tales como «levantáos, »convertíos, enderezad vuestros caminos!» él escuchaba otras que arrastraban su alma, y que con la suya arrastrarán siempre las de todos á las profundidades de los misterios eternos. Agustín pues empezó esta lectura, pero detenido desde las primeras páginas por dificultades que queria profundizar, y sintiendo que de ese modo la lectura iba á convertirse en estudio, cerró á Isaías, abrió en su lugar el libro de los salmos, probablemente por indicacion de su madre, y satisfizo así la necesidad que sentía, de orar y de llorar.

David en efecto, es la voz misma de la oracion y con especialidad de la oracion penitente. Diríase que Dios le habia creado expresamente á fin de que no hubiera en el hombre una tristeza, un peligro, un pesar, un dolor, ó un deseo que no haya tenido él, para que de este modo nos suministrase cantos y lágrimas segun las diversas situaciones de la vida. David nace en una cabaña y muere siendo rey; guarda ovejas y carneros en el valle de Belen, y mas tarde manda como general en los campos de batalla; llueven sobre él todas las glorias y todas las prosperidades, la poesía, la religion, la amistad y la victoria le ensalzan á porfia, y luego es vendido, perseguido, vencido, condenado al destierro, y obligado á huir delante de su hijo, que parece ignominiosamente sin que le pueda salvar. Recíproca accion de la buena y mala

fortuna, que se le disputan y colocan sucesivamente en circunstancias estremas. ¡Pero todo esto no es sinó la menor parte de su vida. Bendecido por Dios en la cuna, pasa desde una infancia y juventud santas, á una edad madura mas santa todavía; inundado de luz clarísima cual la de los profetas, y saludando al Mesías en arranques del mas vivo amor, cae de repente desde tan elevadas cimas, y se hace adúltero, pérfido y homicida. Pero allí en el fondo de este abismo, no desespera ni de las cualidades de su alma ni de la bondad de Dios: levanta hasta la pureza infinita sus ojos llenos de lágrimas, y apoyado en el arrepentimiento, se remonta hasta una altura á que jamás habia llegado. Entretanto corren sin cesar las lágrimas, y lleno de dolor, de reconocimiento y de amor divino, entona al compás de su arpa, cánticos nada inferiores á los de la ley de gracia y cuyos ecos resonarán eternamente en el fondo de las almas. ¿Cómo no habia de encontrar allí Agustín el bálsamo de que tanto necesitaba la suya? Las situaciones se semejan como las almas, así que, apenas hubo abierto el libro de los salmos, cuando los sentimientos que llenaban su corazón, salieron de madre y se desbordaron á la vez.

«¡Qué gritos os daba yo, Señor, dice Agustín, cuando novicio todavía en vuestro amor, leía los Salmos de David, esos cánticos animados de una fé tan humilde y tan viva! ¡Qué voces os daba yo, Dios mio, leyendo aquellos salmos, y cómo su lectura me inflamaba en vuestro amor, y me encendía en vivísimos deseos de irlos publicando

»por todo el mundo, si me fuera posible, en presencia del orgullo y de la soberbia del género humano? Yo me horrorizaba temiendo vuestra justicia, pero me enfervorizaba esperando en vuestra misericordia, ó Padre mio! y estos afectos salian de mis ojos y mi boca, cuando leía aquellas palabras que dice el Espíritu Santo hablando con nosotros: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de tener el corazon endurecido? ¿Para qué amais la vanidad y buscais la mentira?* ¡Ah! con qué emocion leia todo esto yo, que tanto habia amado la vanidad y buscado la mentira, siendo por lo tanto uno de aquellos á quienes acusan estas palabras!»

«Allí leia esto, «airaos mas no pequeis, Dios mio ¡Y cuánto me conmovía, habiendo aprendido ya á enojarme y á enfurecerme contra mí por los pasados desórdenes, y estando resuelto á no pecar mas en adelante! A la verdad era justo enojarme contra mí, porque allá en lo mas secreto del alma y conmovido hasta lo mas profundo, os habia ofrecido en sacrificio mi antigua corrupcion; y Vos, Dios mio! habíais comenzado á ser benigno, y á inundarme de vuestro gozo en tal grado, que cada palabra leida traspasaba mi alma, arrancándome un grito de dolor.»

«Oh! y cómo regaba con mis lágrimas el siguiente versículo! *Yo estaré en paz, yo estaré en paz cuando descanse en Dios!* ¡O bien aventuradas palabras! *En esta paz y descanso dormiré, y gozaré de un sueño delicioso!* Si, Dios mio, porque Vos sois el Ser fuerte que no cámbia jamás; y en

»Vos se halla el reposo y el olvido de todas las penas. Tal es la base de mi inquebrantable esperanza.»

«Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndolas me enardecía; pero no hallaba medio de hacerme entender de aquellos hereges completamente sordos, á cuya pestífera secta habia yo pertenecido, cuando lleno de amargura y ceguedad, habia gritado contra las Sagradas Escrituras, que comunican dulzura semejante á la de una miel celestial, y luz tan brillante que es comparable solo á la vuestra, y por eso el dolor me consumía al pensar en los enemigos de esos libros divinos. ¿Cómo, ¡ó Dios mio! podré yo describir los sentimientos que experimentaba en estos felices días?» (1)

Mientras que Agustín prolongaba estas fervorosas lecturas, y se entregaba á los trasportes de su nueva fé, Mónica permanecía extasiada de gozo al lado de su hijo. No solo no le dejaba un momento, sino que le indicaba los salmos que mas le convenian, y hasta los leía con él. «Alipio, dice San Agustín, y mi madre, que no sabia separarse, leian conmigo.» Ella, que en el amor era superior al hijo, hasta le esplicaba los salmos; y, madre por segunda vez, le descubria llena de felicidad ese mundo de luz, en cuyo ámbito apenas habia entrado, y que recorria á tientas todavía. «Yo era novicio en vuestro amor, continúa Agustín, y Alipio, mi amigo, era novicio y

(1) (*Confess*, lib. IX, cap. VI.)

»simple catecúmeno tambien; mas no así mi madre, que llevaba en débil cuerpo de mujer la robusta fé de un hombre; la luz serena de un anciano; la ternura de una madre, y el fervor de una cristiana.» (1)

Por muy ocupado que estuviese Agustin en preparar su alma á la recepcion del santo Bautismo, no por eso olvidaba los estudios filosóficos. Despues de emplear la mañana en la lectura meditada de los salmos, bien solo ó en compañía de su madre y Alipio, al rededor del medio dia juntaba á sus jóvenes amigos. Si el cielo estaba sereno y convidaba al paseo, iba á sentarse debajo de un árbol, en medio de la pradera. (2) Si por el contrario estaba el tiempo lluvioso ó frio, refugiábase en una sala de baños, cuya templada atmósfera convenía por su suavidad al fatigado pecho de Agustin. (3) En uno ú en otro sitio pasábanse largas horas en agradables, á la par que serias conferencias sobre la filosofía y las bellas letras. Unas veces se leía á Virgilio, en cuyos li-

(1) Rudis in germano amore tuo, catechumenus in villa cum catechumeno Alypio feriatu, matre adhærente nobis, muliebri habitu, virili fide, anili securitate, materna charitate, christiana pietate. (*Confess.*, lib. IX, cap. IV.)

(2) Nosotros salimos, dice Agustin, con un dia tan puro y sereno, que de veras parecia hecho para purificar é iluminar nuestras almas.

(3) (*Contra Acad.*, lib. III, cap. IV.)

bros tanto habia gozado y continuaba gozando Agustin: (1) otras un tratado de Ciceron, particularmente el *Hortensio*, que hojeaba siempre con respeto, y sin olvidar nunca lo mucho que le debia; (2) pero lo mas general era tratar de las cuestiones principales de la filosofia, por ejemplo, del órden con qué como signo divino ha marcado Dios todas las cosas (*de Ordine*); de la felicidad, y en qué consiste esta (*de Beata vita*); de la necesidad que tiene el alma de conocer la verdad, y de la imposibilidad en que se encuentra la filosofia de satisfacer por completo esta necesidad (*contra Manicheos*), y por último, de Dios y del alma; cuestiones todas que estudiaba el Santo por entónces y que deseaba ilustrar con todos los esplendores de su imaginacion.

Háse llamado á S. Agustin el Platon cristiano, y en efecto lo fué en Casiaco. Mas tarde será Obispo, controversista, doctor; escribirá contra los Donatistas, y contra los Pelagianos; y por último llegará á cernerse cual águila en las alturas del dogma cristiano; pero por el momento, demasiado jóven todavia, y sin atreverse á tocar el arca, contentase con abordar las interesantes cuestiones de

(1) Dies pene totus cum in rebus rusticis ordinandis, tum in recensione primi libri Virgilii peractus fuit. (*Contra Acad.*, p. 432.) Septem fere diebus á disputando fuimus otiosi, cum tres tantum libros Virgilii post primum recenseremus. (*Ibid.*, p. 445.)

(2) Præsertim cum Hortensius liber Ciceronis jam eos ex magna parte conciliasse philosophiæ videretur (*Contra Acad.*, p. 425.)

Dios y del alma, que Platon habia entrevisto, y que Agustin contempla en todo su esplendor. Platon y Agustin son dos hermanos, pero de edad desigual: el primero, en la aurora de la vida, en su dulce y poética primavera, tiene mas flores que frutos, presiente mas que posee, vislumbra un ideal sublime y rebosa de entusiasmo; pero no llega nunca á donde aspira. Busca el camino, le ve, le describe; pero no acierta á entrar en él, y muere sin dar los frutos de las flores que tan abundantemente habia ostentado en su juventud. El segundo, despues de crueles luchas, y de años enteros de trabajo y esfuerzo, éntra resueltamente en el camino trazado por el primero. «Para conocer á Dios es necesario purificarse, curarse, olvidarse de las cosas del mundo, y romper los lazos con que nos tiene aprisionados el amor á los placeres, y el deseo de riquezas.» Agustin en vista de esto se purifica y hace trizas todos los lazos. Platon habia dicho: «Filosofar es aprender á morir,» y tambien: «¿Qué es necesario para ver á Dios? ser puro y morir.» Agustin pues estudia este arte sublime, y como le hubiese practicado ya en Casiaco, la luz, cual rio que rompe sus diques, inunda la grande inteligencia del hijo de Mónica. Lo que Platon espera y congetura, este lo ve; lo que pasa como un presentimiento confuso aunque sublime por la rica imaginacion del filósofo, osténtase claro y preciso en la luminosa razon del Santo, y brota de su corazon con acentos tales que Platon no sospechó jamás. Quien quiera conocer á Agustin en los prime-

ros ensayos de sus alas, antes de comenzar el rápido vuelo, debe estudiar las conversaciones y conferencias de Casiaco. Percíbese en ellas una lozanía que no volverá ya á verse, cierta dulce claridad parecida á los resplandores de la aurora, especial frescura en las ideas y en los sentimientos, y un entusiasmo tranquilo con cierta alegría angelical. Su espíritu, hasta entónces impresionado, recobraba las fuerzas, y subía con feliz entusiasmo hacia la verdad y hacia el bien, hacia lo bello y hacia lo sublime.

Santa Mónica no abandonaba á su hijo, ni en las elevaciones de su ingenio, ni en las efusiones de su corazón penitente; siendo de notar que, cuando se trataba de los movimientos y arranques de fé, era ella la que quería estar á su lado; y cuando se ocupaban de ciencia y de discusión filosófica, era Agustín quien á su vez exigía que no le abandonase. Deseaba efectivamente verla en las conferencias que tenía con sus jóvenes amigos, y como ella se escusase modestamente, haciéndole observar con placentera sonrisa, que nunca se había visto á una mujer sentarse en medio de los hombres, «aun cuando esto sea cierto, la respondía, ¿qué importa? ¿acaso la filosofía no es el amor á la Verdad? ¿ó por ventura, vos madre mía, no amais la Verdad? Pues entonces ¿por qué no habreis de ocupar un lugar entre nosotros? Si aún cuando no amaseis la Verdad sino de una manera vulgar, debería yo recibiros y escucharos, ¿con cuánta mas razón siendo cierto que la amais mas que á mi mismo, y yo sé cuanto me

amais? Ni el temor, ni el dolor, ni la muerte misma, nada absolutamente, sería capaz de separaros de la verdad; ahora bien por confesion de todos el punto supremo de la filosofía se halla en esto, luego ¿cómo he de dudar en declararme vuestro discípulo? (1) Mónica, ruborizada de los elogios que la tributaba en presencia de todos, encontró apenas palabras para decir á su hijo con amable delicadeza, que nunca habia faltado á la verdad tanto como en aquel dia, y momento. (2)

Pero no era solo porque Mónica amára la verdad sobre todas las cosas, y estuviese pronta á morir por ella, que Agustin desease su presencia en las conferencias, sino tambien á causa de su penetracion y viveza de espíritu, que, si hemos de creer á Agustin, rayaban en lo sublime. No habia

(1) Ne quid, mater, ignores, hoc græcum verbum, quod philosophia nominatur, latine amor sapientiæ dicitur. Unde etiam divinæ Scripturæ, quas vehementer amplectis, non omnino philosophos, sed philosophos hujus mundi evitandos esse præcipiunt... Contemnerem igitur te in his litteris, si sapientiam non amares; non autem contemnerem, si eam mediocriter amares; multo minus, si tantum quantum ego amares sapientiam. Nunc vero, cum eam multo plus quam meipsum diligas, et noverim quantum me diligas, cumque in ea tantum profeceris, ut jam nec cujusvis incommodi fortuiti, nec ipsius mortis, quod viris doctissimis difficillimum est horrore terrearis quam summam philosophiæ arcem omnes esse confitentur, egone me non libenter tibi etiam discipulum dabo? (*De Ordine*, lib. I, cap. XI, n. 32.)

(2) Hic illa cum blande ac religiose nunquam me tantum mentitum esse dixisset... (*De Ordine*, lib. I, cap. XI, n. 33.)

cuestion por elevada difícil é intrincada que fuese, en la cual Mónica no entrára con prontitud y facilidad singulares.

Un dia, por ejemplo, trataba Agustin de los números ante sus jóvenes amigos, y muy especialmente del papel que les corresponde en la geometría y la música, cuando de repente, interrumpiendo su discurso, precisamente en lo mas árduo de la cuestion, y mirando á su madre, la dirige estas significativas palabras: «Que otras se asusten »y no se atrevan á tomar parte en estas cuestiones »y materias difíciles, porque son para ellas como un bosque impenetrable, lo comprendo muy »bien; pero á vos, madre mia, no os asustarán »pues vuestro talento parece renovarse cada dia, »y vuestra alma, ya sea efecto de la edad, ya tambien de una especial virtud, se eleva muy por »encima de lo frívolo y sensible, por lo que estas »cuestiones os parecerán tan fáciles, como difíciles son para los ignorantes que pululan en la »tierra.» (1)

«Si yo digese, añade el Santo Doctor, que

(1) Quod vero ex illis ad id quod quærimus opus est, ne te quæso, mater, hæc velut rerum immensa quædam silva deterreat. Etenim quedam de omnibus eligentur numero paucissima, vi potentissima, cognitione autem multis quidem ardua; tibi tamen cujus ingenium quotidie novum est, et cujus animum vel ætate vel admirabili temperantia remotissimum ab omnibus nugis et á magna labe corporis emergentem, in se multum surrexisse cognosco, tam erunt facilia, quam difficilia tardissimis misserrimeque viventibus. (*De Ordine*, lib. II, cap. XVII, n. 45.)

»expresáis vuestros sentimientos y vuestras ideas,
 »sin que nadie pueda reprocharos, no diría la
 »verdad; pues yo mismo, que por deber he es-
 »tudiado la lengua, sufro cada dia reconvencio-
 »nes de los italianos por la mala aplicacion de
 »las palabras, y hasta es posible que algun sá-
 »bio, estudiando mis discursos, encuentre en ellos
 »lo que llamamos solecismos. ¿No he dado yo con
 »personas bastantes hábiles para hacerme ver, que
 »el mismo Ciceron los habia cometido? En cuanto
 »á los barbarismos, son tan frecuentes hoy dia,
 »que hasta el discurso pronunciado para la con-
 »servacion de Roma, se encuentra lleno de ellos.
 »Sin duda, madre mia, que estas delicadezas de es-
 »tilo no os inquietan en manera alguna, mas es
 »cierto que conoceis tan bien el genio y la fuer-
 »za casi divina de la gramática, que los verdade-
 »ros sábios comprenderán desde luego que, si no
 »teneis presentes todas sus reglas, y habeis aban-
 »donado á los eruditos el cuerpo, conserváis al
 »menos todo el espíritu.» (1)

(1) Si ego dicam te facile ad eum sermonem perventuram, qui locutionis et linguæ vitio careat, profecto mentiar. Me enim ipsum, cui magna necessitas fecit ista perducere, adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant; et á me vicissim, quod ad ipsum sonum attinet, reprehenduntur. Aliud est enim esse arte, aliud gente securum. Solæcismos autem quos dicimus fortasse quisque doctus attendens, in oratione mea reperiet: non enim defecit qui mihi nonnulla hujusmodi vitia ipsum Ciceronem fecisse peritissime persuaserit. Barbarismorum autem genus nostris temporibus tale compertum est, ut ipsa ejus oratio barbara videatur, qua Roma servata est. Sed

Tanto por estas dos razones, cuanto porque Mónica amaba la verdad hasta sacrificarse por ella, y estaba además dotada de un espíritu elevadísimo y penetrante en extremo, Agustín exigía incondicionalmente que su madre no faltase á las conferencias filosóficas; pero tenía también otra razón de un orden más general. En las conversaciones y conferencias de hombres, aún los más graves y serios, conviene siempre la presencia de la mujer; porque impone cierta reserva exigiendo á la vez dulzura y delicadeza, y porque allí donde el hombre, sobre todo el sábio, pone solo su inteligencia, ella pone también su corazón, é impide eso que tan oportunamente ha llamado Bossuet la ciencia seca. Además, cuando esas conferencias sobre Dios, el alma, y lo infinito, terminan, como debieran siempre concluir, con himnos y oraciones, es la mujer quien dá animación á los himnos y acentúa las oraciones.

Casiaco nos ofrece un bellissimo ejemplo de cuanto acabamos de decir. Agustín habia tratado de la Providencia, presentándola admirable tanto en la distribución del bien, como en la permisión del mal. Cuando después de largos rodeos, habia llegado al momento en que la luz inunda el espíritu, y la emoción domina el corazón, convirtiéndose las deliciosas contemplaciones en adoración y amor,

tu, contemptis istis vel puerilibus rebus, vel ad te non pertinentibus, ita grammaticæ pene divinam vim naturamque cognoscis, ut ejus animam tenuisse, corpus reliquissime disertis videaris. (*De Ordine*, lib. II, cap. XVII, n.º 45.)

se detiene de repente, y dirigiéndose á su madre, pronuncia estas palabras, que revelan claramente el alma de Agustin, y que bastan por sí solas, para honrar perpétuamente á Santa Mónica. «A fin de que las oraciones y los votos sean hechos con mayor fervor, os encargamos, madre mia, »su direccion; á vos, cuyas lágrimas no puedo dudar, me han obtenido las buenas disposiciones »en que me encuentro, de posponerlo todo á la »verdad. Si, madre mia, si hoy no pienso mas que »en la verdad, si la deseo siempre, si por ella suspiro y si la amo sobre todas las cosas, solo á vos »lo debo. Por tanto, ¿cómo podría yo dudar, que »habiéndome obtenido la gracia de desear ardentemente la Verdad, dejáseis de obtenerme tambien »con vuestras oraciones la dicha de poseerla plenamente?» (1)

Pero Santa Mónica no se contentaba con asistir á estas conferencias, sino que alguna vez tomaba parte en ellas; y como Dios da á la pureza y al amor una luz singularmente clara, pronunciaba en ellas palabras tales, que Agustin las hacia copiar inmediatamente en sus libros de memorias, y nosotros vamos á recojer, á fin de conocer mejor á la madre del Platon cristiano.

(1) Quæ vota ut devotissime impleantur, tibi maxime hoc negotium, mater, injungimus, cujus precibus indubitanter credo, atque confirmo, mihi istam mentem Deum dedisse, ut inveniendæ veritati nihil omnino præponam, nihil aliud velim, nihil cogitem, nihil amem. Nec desino credere nos hoc tantum bonum, quod te promerente concepivimus, eadem te petente adepturos. (*De Ordine*, lib. II, cap. XX, n. 52.)

La mas célebre de las conferencias de Casiaco, y aquella en que la bella alma de Santa Mónica derramó mayor luz, tuvo lugar el 13 de Noviembre del año 386: era el trigésimo segundo aniversario del nacimiento de Agustin, y Mónica, para celebrar este dia, invitó y reunió al rededor de su mesa á todos los amigos de su hijo, sirviéndoles una de esas comidas cristianas, en que la sobriedad y la dulce alegría dejan al espíritu toda su elevacion, y libertad. Durante la comida, recayó naturalmente la conversacion sobre la vida, pues como hemos dicho, era aniversario del dia en que Agustin habia sonreido y derramado las primeras lágrimas; y se habló tambien de la vida bienaventurada, ya que la vida corre por sí misma é instintivamente á la felicidad. Terminada la comida, retiráronse todos á una sala de baños, porque el tiempo estaba frio y lluvioso, continuando la conversacion sobre el mismo tema bajo la direccion de Agustin, que presentaba las cuestiones, excitaba á sus jóvenes amigos á responder, y hacia con ellos lo que el ángel, que toma á sus pequeñuelos sobre las alas y los eleva hacia el sol.

¿Qué es pues la vida? en qué consiste? ¿dónde esta el hogar que la renueva y la sostiene? Descartóse desde luego, como indigna de fijar por largo tiempo la atencion, esta vida miserable y mortal del cuerpo, que se arrastra por la tierra y se sostiene á fuerza de alimento, viniendo seguidamente á la única vida que merece este nombre, la vida del alma; y como preguntase Agustin cual era

su alimento, «el alma, replicó Mónica, no tiene mas que un alimento: conocer y amar la »Verdad.» (1) Trigecio manifestó que él admitia dos alimentos para el alma, uno bueno y otro malo, pretendiendo que, si hay almas que se alimentan de la verdad, las hay tambien que se alimentan de errores, de vanidades y de ilusiones; pero San Agustín tomó la palabra inmediatamente, y señaló el error de Trigecio haciendo ver que lejos de alimentar el alma los errores, las vanidades y las ilusiones, la hacian sufrir hambre, produciendo en ella el vacío, la esterilidad y el desfallecimiento; y que por tanto, tenia razon su madre al decir que la verdad era el único alimento digno del alma del hombre, y el solo capaz de satisfacerla.

Mas la vida ¿á dónde tiende? Es actividad y movimiento, ¿cual es pues su término? Sobre esta mísera tierra, y triste valle de lágrimas, donde todos bebemos el agua amarga que se llama vida, ¿qué es lo que deseamos, qué es lo que pedimos? ¿acaso deseamos y pedimos otra cosa mas que ser felices? Todos unánimes aplaudieron á Agustín aceptando su doctrina. (2)

He aquí en efecto el gran término de la vida. Apenas nace el hombre, cuando ya siente que se

(1) Quid ergo anima, inquam: nullane habet alimenta propria? An ejus esca scientia vobis videtur?—Plane, inquit, mater, nulla re alia credo ali animam quam intellectu rerum atque scientia. (*De Beata Vita*, n.º 8.)

(2) Atque ego rursus exordiens: Beatos esse nos volumus? inquam. Vix hoc effuderam, occurrerunt una voce consentientes. (*De Beata Vita*, n. 10.)

despierta en él la aspiracion de ser dichoso; y en tanto que vive, no abriga en su alma un pensamiento, una afeccion, un deseo, ni alienta una sola vez que no sea pidiendo la felicidad!

Pero, ¿dónde se encuentra la felicidad? ¿cómo alcanzarla? ¿cuáles son las condiciones necesarias para ser dichoso? San Agustin fija esta suprema cuestion del modo siguiente: «Decídme ¿cuál es el hombre que puede considerarse feliz? ¿no es aquel que tiene cuanto desea?—Oh! nó, replicó vivamente Santa Mónica, si desea el bien y le obtiene, será dichoso, en efecto; pero si desea el mal, aun cuando llegue á conseguirle, en este caso, ¿cuán desgraciado será!—Agustin entónces conmovido y risueño, Oh! madre mia, exclama, al expresaros así habeis llegado á tocar el punto mas alto de la filosofía,» (1) refiriendo seguidamente para comprobarlo el siguiente texto del *Hortensio*, que verdaderamente es admirable. «La mayor parte, no de los filósofos, sino de los disputadores, dice Ciceron, declaran dichosos á los que obtienen cuanto desean. Esto es un error, porque desear el mal, es el colmo de la miseria; y es sin duda menos desgraciado el que no consigue lo que desea, que aquel que desea tener lo que no le conviene. En efecto, una voluntad que se adhiere á lo malo, causa mas perjuicios al alma,

(1) Omnis qui quod vult habet, beatus est?—Tunc mater. Si bona, inquit, velit et habeat, beatus est. Si autem mala velit, quamvis habeat, miser est.—Cui ego arridens, atque gestiens: Ipsam, inquam, prorsus, mater, arcem philosophiæ tenuisti (*De Beata Vita*, n.º 10.)

»que bienes pudiera acarrearle una gran fortuna.» (1) Mónica había escuchado estas palabras con suma atención, y replicando en seguida, las explicó, y realzó tan admirablemente sus excelencias, que todos los asistentes, olvidados de quien era, «creían, »dice Agustín, oír á algun hombre eminente que se »hallaba en medio de ellos. En cuanto á mí, dice »el Santo, contemplaba extasiado el manantial di- »vino, de donde brotaban tan bellas cosas.» (2)

Prosiguiendo la conferencia, Agustín quiso profundizar la cuestión de la felicidad. Háse rechazado ya, dijo, todo lo malo, como incapaz de hacer al alma dichosa: viniendo ahora á lo que sin ser malo, es pasajero, transitorio y caduco, como las riquezas, la salud, la gloria y la hermosura, ¿puede el hombre encontrar la felicidad en ellas? «No, dice el mismo Santo; porque lo que es pa- »sajero, lo que desaparece, y lo que es mortal »¿cómo tenerlo cuando lo deseamos? y una vez »obtenido ¿cómo conservarlo?» Todos aplaudieron,

(1) Ecce autem, ait Tullius, non philosophi quidem, sed prompti tamen ad disputandum, omnes aiunt esse beatos qui vivunt ut ipsi velint; falsum id quidem. Velle enim quod non deceat, idem ipsum miserrimum. Nec tam miserum est non adipisci quod velis, quam adipisci velle quod non oporteat. Plus enim mali pravitas voluntatis affert, quam fortuna cuiquam boni. (*De Beata Vita*, n. 10.)

(2) In quibus verbis mater sic exclamabat, ut, obliti penitus sexus ejus, magnum aliquem virum consedere nobiscum crederemus; me interim quantum poteram intelligente ex quo illa et quam divino fonte manarent. (*De Beata Vita*, n. 10.)

mas esto no obstante, dijo Trigeccio, hay quienes poseen lo frágil y perecedero con tal abundancia, que nada de cuanto deseen podrá faltarles jamás. (1)

—Entonces replicó Agustín: «Dime Trigeccio ¿el que teme puede ser dichoso?»

—No, dijo Trigeccio.

—¿El que ama, si puede perder lo que ama, podrá dejar de temer?

—No puede.

—Ahora bien: ¿todo lo pasajero, caduco y perecedero, no puede perderse?

—Si, puede perderse.

—Luego el que ama y posee las cosas perecederas, concluyó San Agustín, no puede ser feliz. (2)

—Sin duda, dijo Santa Mónica, pero yo voy mas lejos todavía: dado que estuviese seguro de no perderlas nunca, aún le contemplaría desgraciado; porque todo lo pasajero es desproporcionado para el alma del hombre, y cuanto mas tra-

(1) Sed Trigētius: Sunt, inquit, multi fortunati qui eas ipsas res fragiles casibusque subjectas, tamen jucundas, pro hac vita cumulate largeque possideant, nec quidquam illis eorum quæ volunt desit. (*De Beata Vita*, n.º 11.)

(2) Cui ego: Qui timet, inquam, videtur tibi esse beatus?—Non videtur, inquit.—Ergo quod amat quisque, si amittere potest, potesne non timere?—Non potest, inquit—Amitti autem possunt illa fortuita. Non igitur hæc qui amat et possidet, potest ullo modo esse beatus.—Nihil repugnabit. (*De Beata Vita*, n.º 11.)

baje este para obtenerlo, mas miserable é indigente será. (1)

—Pues qué, prosigue San Agustín ¿si el hombre poseyera todas las cosas de la tierra y supiese poner límite á sus deseos, aprendiendo el arte de gozar de ellas con dignidad y moderacion, no seria feliz? (2)

—No, no, replicó Santa Mónica, todas las cosas de la tierra no podrán jamás hacer feliz á un alma. (3)

—«Oh! y cuán bello es esto, replicó San Agustín. (4) ¿Qué mejor respuesta podria darse á esta cuestión? Sí, si alguno quiere ser dichoso, que se sobreponga á las cosas perecederas; que busque lo que es eterno y lo que nunca podrán arrebatar los reveses de la fortuna. Dios solo tiene este carácter; por consiguiente solo en Dios está la verdadera felicidad.»

(1) Hoc loco autem mater: Etiam si securus sit, inquit, ea se omnia non esse amissurum, tamen talibus satiari non poterit. Ergo et eo miser, quo semper est indigus. (*De Beata Vita*, n.º 11.)

(2) Cui ego: Quid, inquam, his omnibus abundans, atque circumfluens, si cupiendi modum sibi statuatur, eisque contentus decenter jucundeque perfruatur, nonne tibi videtur beatus? (*De Beata Vita*, n. 11.)

(3) Non ergo, inquit, illis rebus, sed animi sui moderatione beatus est. (*De Beata Vita*, n. 11.)

(4) Optime, inquam, nec huic interrogationi melius, nec abs te aliud debuit responderi, etc. (*De Beata Vita*, n. 11.)

Al oír esto se inclinaron todos hacia á Agustín aplaudiendo muy de corazón.

Pero si nada humano y nada creado, por bello que sea, puede quitar el hambre que interiormente devora al hombre; y si Dios solo puede producir esta hartura necesaria ¿cómo llegar á obtenerla? Pues siendo cierto, por una parte, que aspiramos á la felicidad, y por otra, que esta felicidad solo se encuentra en Dios, es necesario que podamos llegar hasta él, y hallar en él de algun modo la satisfaccion de todos nuestros deseos, y el desvanecimiento de todos nuestros temores. San Agustín aborda la cuestion presentándola de esta manera: »solo es dichoso aquel que tiene en sí mismo á »Dios; pero decidme, ¿quién es el que tiene á »Dios en sí? (1)

—Yo creo, dijo Licencio, que el que obra bien, tiene en sí á Dios. (2)

—Trigecio entónces replicó con viveza: solo el que hace la voluntad de Dios, tiene á Dios consigo. (3)

En este momento tomando Adeodato la palabra, dió la preciosa respuesta que ya mencionamos en

(1) Nihil ergo, inquam, nobis jam quærendum esse arbitrator, nisi quis hominum habeat Deum? beatus enim profecto is erit. De quo, quæso, quid vobis videatur. (*De Beata Vita*, n. 12.)

(2) Hic Licentius: Deum habet qui bene vivit. (*De Beata Vita*, n. 12.)

(3) Trigetius: Deum habet, inquit, qui facit quæ Deus vult fieri. Lastidianus concessit. (*De Beata Vita*, n. 12.)

otro lugar: «El que no lleva consigo el espíritu impuro, ese lleva á Dios en sí mismo;» idea que aplaudió Santa Mónica. (1)

«¿Y quién es el que no tiene el espíritu impuro?» repuso San Agustín, apurando á Adeodato, con el fin de que explicara su pensamiento. (2)

—Es, dijo el niño, el que vive castamente. (3)

—¿Y en qué consiste vivir castamente? ¿consiste acaso en evitar las grandes faltas? (4)

—«Oh! no, replicó Adeodato, solo es verdaderamente pura el alma, que ama á Dios y se ocupa de él con exclusion de lo demás.» (5)

Así en tres palabras, y como de tres saltos, este niño, hijo de San Agustín, es verdad, pero niño aún, habia llegado á lo mas sublime de la filosofía y de la religion. Nada humano, dice, nada terrestre basta para el alma; esta solo puede ser feliz por la posesion de Dios, y el único medio de poseerle,

(1) Puer autem ille minimus omnium: Is habet Deum, inquit, qui spiritum inmundum non habet. Mater vero omnia, sed hoc maxime approbavit. (*De Beata Vita*, n. 12.)

(2) Abs te, quæro, tu puer, qui fortasse aliquando seniore ac purgatiore spiritu istam sententiam protulisti, quis tibi videatur inmundum spiritum non habere? (*De Beata Vita*, n. 18.)

(3) Is mihi videtur, inquit, spiritum inmundum non habere, qui caste vivit. (*De Beata Vita*, n. 18.)

(4) Sed castum, inquam, quem vocas? (*De Beata Vita*, n. 18.)

(5) Ille est vere castus, qui Deum attendit et ad ipsum solum se tenet. (*De Beata Vita*, n. 18.)

tanto en esta vida como en la otra, consiste en amarle, pues para el amor no hay distancias, ni hay espacios, une las almas á través del mundo, y uniéndolas las hace dichosas, y las transforma. Y si es verdad que, aun cuando el alma se fije en seres limitados y pequeños el amor la hace como insensible á las molestias, á los dolores y á las privaciones; si es cierto que la comunica una paz, una seguridad y una fuerza invencible; y por fin si es indudable que el amor terreno no solo alegra el alma, sino que la eleva y la estasia, ¿qué sucederá cuando el objeto único de este amor sea Dios mismo? Por esto los Santos han sido felices aun bajo el peso de su cruz, y si el mundo no comprende la dicha de que disfrutan, es porque el mundo ignora lo que es amar.

Al dia siguiente se reanudó la conferencia, versando desde luego y con placer de todos, sobre los que buscan á Dios. Habíase dicho que solo son dichosos los que le poseen, pero ¿qué pensar de los que ni poseen, ni buscan á Dios? Era Agustin quien presentaba la cuestion; y al hacerlo, recordaba su grande alma, con pena indudablemente, á los que fluctuan en medio de las incertidumbres que tanto le habian agitado.

Descartóse desde un principio á los académicos, es decir, á esos filósofos que, habiendo buscado la verdad sin encontrarla, desesperan de ella, y concluyen por creer que ha de dudarse de todo: «Felices ellos,» dijo Santa Mónica sonriéndose y empleando un juego de palabras de difícil traduc-

cion: *Caducariū sunt!* como si digera, *son aficionados á las cosas caducas, y son á la vez epilépticos*, es decir, por todos lados infelices. Semejante idea, por su originalidad, hizo reir á los asistentes que aplaudieron sin reserva. (1)

Realizada esta separacion, tratóse de los que buscan á Dios. Supongamos un hombre que no desespera de la verdad, que tiene bastante confianza en Dios para creer que no le ha dejado sin luz, y supongámosle tal que de hecho y por sí mismo busca esta luz, ¿ese hombre es feliz ó desgraciado?

«Es desgraciado, dijeron los jóvenes que allí estaban, porque no lleva á Dios en sí.»

—«¿Estáis bien seguros? dijo Agustin, que defendía entónces la causa de los que participaban de las inquietudes que él habia tenido. Tú, Licencio, dices, que el que hace la voluntad de Dios, tiene á Dios en sí; pues bien, ¿el que busca á Dios, no hace lo que Dios quiere? Tu, Trigeccio, dices, que tiene á Dios en sí el que obra bien, ¿acáso el que busca á Dios no obra bien? y á tí, Adeodato, solo te preguntaré una cosa, ¿puede el espíritu impuro buscar á Dios?»

Sorprendidos los tres jóvenes al oir estas preguntas, miraban á Agustin un tanto confusos, no sabiendo qué contestar; pero Mónica vino en su ayuda, (2) y aclarando con perspicacia y habili-

(1) (*De Beata Vita*, n. 17.)

(2) *Hic cum se cæteri concessionibus suis deceptos rident, postulavit mater ut ei hoc ipsum quod conclusionis necessitate intorte dixeram, explicando relaxarem atque solverem.* (*De Beata Vita*, n. 19.)

dad admirables los argumentos un tanto sùtiles de Agustín, demostró que para ser feliz no bastaba tener á Dios en sí, porque todo el mundo le tiene, lo mismo los que le buscan que los que le poseen; sino que era necesario tenerle por amigo, lo cual no es propio sino de estos últimos; es decir de los que le poseen.

—Volviendo á hablar los jóvenes, repuso Licencio con viveza: «Si Dios no es amigo de los que le buscan, habrá de ser su enemigo, y esto yo no lo admitiré jamás.

—«Ni yo tampoco, dijo Trigeccio, pero debe haber un medio entre tener á Dios por amigo, ó tenerle por enemigo.

—«Sí, dijo Mónica, valiéndose para ello de un texto de la Sagrada Escritura, el que vive bien, tiene á Dios en sí, como amigo: el que vive mal le tiene también, pero como enemigo; y por último el que buscando á Dios no le ha hallado todavía, ni le tiene por amigo ni por enemigo, pero Dios está cerca de él. ¿Admitis vosotros esto? (1)

—«Sí, contestaron todos.

«Esperad, replicó Agustín, que no encontraba aún bastante clara la posición de los que buscan

(1) Qui bene vivit, inquit mater, habet Deum, sed propitium; qui male, habet Deum, sed adversum; qui autem adhuc quærit, nondumque invenit, neque adversum neque propitium, sed non est sine Deo. (*De Beata Vita*, n. 21.)

»á Dios: ¿Acaso Dios no es amigo de aquellos en
»cuyo favor se inclina?» (1)

—«Sí, dijeron (2)

—«¿Y no se inclina también en favor de los
que le buscan?» (3)

—«Sí, ciertamente. (4)

—«Luego hay que concluir diciendo: que el
»que busca á Dios y le encuentra, tiene á Dios
»por amigo y es feliz; que el que le busca y no
»le ha encontrado, tiene á Dios por amigo, pero
»aun no es feliz; y por último, que el que arras-
»trado por sus vicios se aleja de Dios y le desco-
»noce, ni es feliz ni tiene á Dios por amigo.» (5)

Doctrina admirable, aunque expuesta con algu-
na sutileza: digna seguramente del grande hom-
bre que había pasado por todos estos estados, y
que había sabido por esperiencia, cuán cercano es-
tá Dios de las almas que le buscan, y cuán ama-
ble y cariñoso es para las que han tenido la di-
cha de encontrarle.

(1) Dicite mihi, quæso, inquam: Non vobis videtur esse
homini Deus propitius cui favet?

(2) Ecce confessi sunt.

(3) Non ergo, inquam, favet quærenti sese homini?

(4) Responderunt: Favet. (*De Beata Vita*, n.º 21.)

(5) Ista igitur, inquam, distributio erit, ut omnis qui
jam Deum invenit, et propitium Deum habeat, et beatus
est; omnis autem qui Deum quærit, propitium Deum ha-
beat, sed nondum sit beatus. Jam vero quisquis vitiiis atque
peccatis á Deo se alienat, non modo beatus non sit, sed ne
Deo quidem vivat propitio. (*De Beata Vita*, n. 21)

Estas pláticas no terminaron hasta el tercer día, en el cual, desapareciendo las nubes que en los dos anteriores obligaron á la pequeña asamblea á encerrarse en la sala del baño; y habiendo recobrado el Cielo su serenidad, bajáron todos al jardín, sentándose al pié de un árbol. (1) Habíase tratado el primer día de los que poseen á Dios, y el segundo de los que le buscan; debia pues hablarse en el tercero del triste estado de los que se ven privados de él; de su miseria, de su indigencia y de su esterilidad. Mónica asistió tambien á esta conferencia, y por dos veces tomó en ella la palabra. Acababa Trigecio de suscitar una cuestion bastante sutil, á saber, si todos los miserables se encuentran en la indigencia, citando un rico, de quien habla Ciceron, el cual poseía toda clase de bienes, un nombre ilustre, una inmensa fortuna y una buena reputacion; que estaba bien mirado, y en general honrado, pero que no gozaba de nada porque temia perderlo todo. «Este hombre, dijo Trigecio, era miserable, pero no vivia en la indigencia.»

Tomando entónces Mónica la palabra; dijo, «Yo, no concibo bien esa distincion, ni veo que pueda separarse la miseria de la indigencia, y la indigencia de la miseria. ¿Porqué hemos de decir que una persona está en la indigencia cuando carece

(1) Tertius autem dies disputationis nostræ matutinas nubes quæ nos cgebant in balneas, dissipavit, tempusque pomeridianum candidissimum reddidit. Placuit ergo in pratuli propinqua descendere... (*De Beata Vita*. n. 23.)

»de oro y plata, y no hemos de decir que lo
 »está asimismo cuando carece del don de sabidu-
 »ría?» (1)

Esta doctrina que hacía de los bienes del alma un elemento de fortuna, admiró sobremanera á todos, quedando San Agustín sumamente complacido de que su madre atinase con la solución que él reservaba para el fin, considerándola como la más bella que había aprendido en los libros de los filósofos. «Ya veis, dijo á sus jóvenes amigos, la diferencia que hay entre haber estudiado mucho, y mantenerse unido á Dios constantemente: porque ¿dónde encuentra el alma esos bellos pensamientos que nosotros admiramos en mi madre, sinó en su íntima unión con Dios?» (2)

Para terminar y resumir las conferencias, Agustín pronunció algunas palabras llenas de fé y de tranquilo entusiasmo, elevándose hasta Dios, ma-

(1) Nescio, inquit, et nondum plene intelligo quomodo ab egestate possit miseria, aut egestas á miseria separari. Nam et iste qui dives et locuples erat, et nihil (ut dicitis) amplius desiderabat, tamen quia metuebat ne amitteret, egebat sapientia. Ergone hunc egentem diceremus, si egeret argento et pecunia; cum egeret sapientia, non diceremus? (*De Beata Vita*, n. 27.)

(2) Ubi cum omnes mirando exclamassent, me ipso etiam non mediocriter alacri atque læto, quod ab ea potissimum dictum esset, quod pro magno de philosophorum libris, atque ultimum proferre paraveram: Videtisne, inquam, aliud esse multas variasque doctrinas, aliud autem animum adtentissimum in Deum? Nam unde ista, quæ miramur, nisi inde procedunt? (*De Beata Vita*, n. 27.)

nantial, alimento y patria de las almas, «Pensemos en Dios, dijo: busquémosle, tengamos sed de Él. Dios es el sol interior que resplandece en el hombre, y aún cuando nuestros ojos, ó demasiado débiles ó menos acostumbrados, no puedan mirarle de frente, todo lo bueno, y cuantas verdades decimos, vienen de Él. Sin duda que, por mas que busquemos, y hasta tanto que bebamos en el manantial de donde brota el bien, debemos confesar que no hemos llegado todavía á la altura á que estamos llamados, no siendo ni sabios ni felices. Y no lo seremos, ni poseeremos la verdadera felicidad, ni quedaremos satisfechos, hasta conocer por completo y llevar en nuestro corazón, al Padre que dá la Verdad; al Hijo que es la Verdad misma, y al Espíritu Santo que nos une á la Verdad, es decir, las tres personas que no son más que un solo Dios para las almas iluminadas.»

Al oír Santa Mónica estas palabras que tenía muy grabadas en su memoria, porque eran del padre de su alma, el grande é ilustre San Ambrosio; y las había cantado amenudo en la Iglesia de Milán, prorrumpió entusiasmada:

«Trinidad Santa acoge nuestros ruegos» (1) y despues de haber recitado todo el versículo con especial expresion: Oh! sí, dijo, he aquí la vida feliz, y la perfecta dicha, tras la que es necesario correr con fé invariable, firmísima esperanza y caridad sin límites. En cuyas palabras se en-

(1) Himno de San Ambrosio: *Deus creator omnium.*

cuentra resumido cuanto se había tratado en aquella gran conferencia, que duró nada menos de tres días.

Así humildes mujeres hallan á veces en su corazón la luz, que los más doctos no encuentran siempre en su espíritu: así la pureza y el amor suben hácia Dios, de una manera que envidian sin duda los más ilustrados. Y siempre será lo mismo; porque las obras de Dios han salido todas de su corazón, y las comprenderán mejor los que más sepan amar.

CAPÍTULO CATORCE.

BAUTISMO DE SAN AGUSTIN.

MÓNICA SE CONTEMPLA FELIZ ASISTIENDO Á ESTA CEREMONIA. =

FRUTOS DEL BAUTISMO EN EL HIJO Y EN LA

MADRE.

25 DE ABRIL DEL AÑO 387.

Seis meses próximamente duró la vida intima y deliciosa de Casiaco; una parte consagrada al estudio, y otra, la mejor, reservada á la oracion, y á la meditacion de las Santas Escrituras.

Estos seis meses fueron para Agustin un bautismo anticipado; allí lavó su alma, purificándola de todas las manchas que la afeaban, y creó, al fuego del amor divino, una segunda y más bella inocencia. «Cómo me avergüenzo, decía á sus amigos, viendo las llagas é imperfecciones de mi alma! Diariamente las baño con mis lágrimas, y pido á Dios que las cure; pero al mismo tiempo me siento totalmente penetrado de la idea de que no merezco semejante gracia.»

Y añadía sollozando. «Pero aún viven, Dios mio, aún viven en mi memoria constantemente, esas imágenes que una triste costumbre fijó en ella. Débiles y pálidas cuando estoy despierto, esperan á acometerme dormido para insinuar-me un placer, para robarme una sombra de sentimiento. ¡Miserables ilusiones, todavía demasiado influyentes sobre mi alma! ¡Dios mio! ¿no tiene vuestra mano poder bastante para cicatrizar

»todas mis llagas? Confieso humildemente á mi
»Señor, que aún me encuentro en la miseria (1).»

A vueltas de llorar así sus pecados con la frente humillada y golpeando su pecho, tornábase á Dios, cuyo amor habia empezado á consumirle. «Lo
»que yo, Señor, sé con certeza, es que os amo, y
»no tengo duda en ello. Heristeis mi corazón con
»vuestra palabra, y al punto os amé... Pero ¿qué
»es lo que yo amo, amándoos á Vos? No es her-
»mosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz
»material agradable á estos ojos; nó suaves melo-
»días de cualesquiera canciones; nó la gustosa
»fragancia de las flores, unguentos ó aromas; nó
»la dulzura del maná, ó la miel; ni deleite algu-
»no, en fin, que pertenezca al tacto ó á otros
»sentidos del cuerpo.»

»Nada de eso es lo que amo amando á mi
»Dios; y no obstante es semejante á luz lo que
»amo, y como armonía, y como fragancia, y co-
»mo manjar, y como deleite el amor de Dios,
»que es luz, melodía, fragancia, alimento y delei-
»te de mi alma. Resplandece entonces en ella una
»luz, que no ocupa lugar; se percibe un sonido,
»que no arrebató el tiempo; se siente una fragan-
»cia, que no esparce el aire; se recibe un gusto
»de manjar, que no concluye como el de la comi-
»da; y se posee estrechamente un bien tan deli-
»cioso, que, por mas que se goce y se sacie el

(1) *Confess.*, lib. X, cap. XXX.

«deseo, nunca llega á fastidiar. Todo esto amo, cuando amo á mi Dios (1)».

Muchas veces, para sentir con viveza el aguijón del dolor, paseando por las grandes arboledas de Casiaco, complaciase en interrogar á cuanto creado se le presentaba á la vista; y la encantadora soledad que respira siempre paz, libertad, ausencia del hombre y presencia de Dios, fomentaba la contemplacion, y sumergia su alma en admirable arrobamiento. «Pero qué es lo que yo amo, amando á Dios? Pregunté á la tierra, y me respondió: «yo no soy tu Dios,» y cuantas cosas se contienen en la tierra, me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y á los abismos, y á todos los animales que viven en las aguas, y respondieron: no somos tu Dios, búscale mas arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos, y respondió con todos los que le habitan: «Anaxímenes se engaña, porque no soy tu Dios.

(1) Non dubia sed certa conscientia, Domine, amo te. Percussisti cor meum verbo tuo, et amavi te. Sed et cœlum et terra et omnia que in eis sunt, ecce undique mihi dicunt ut te amem, nec cessant dicere omnibus, ut sint inexcusabiles. Quid autem amo cum te amo? Non speciem corporis, nec decus temporis, nec candorem lucis, ecce istis amicis oculis, non dulces melodias cantilenarum omnimodarum, non florum et unguentorum et aromatum suaveolentiam, non manna et mella, non membra acceptabilia carnis amplexibus. Non hæc amo, cum amo Deum meum: et tamen amo quamdam lucem, et quamdam vocem, et quemdam odorem, et quemdam cibum, et quemdam amplexum, cum amo Deum meum, lucem, vocem, odorem, cibum, amplexum interioris hominis mei, etc. (*Confess.*, lib. X, cap. VI.)

»Pregunté al cielo, al sol, la luna y las estre-
 »llas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese
 »Dios que buscas, y dije entonces á cuantas co-
 »sas alcanzan mis sentidos: Puesto que todas afir-
 »más que no sois mi Dios, decidme por lo me-
 »nos algo de él. Y con una gran voz clamaron
 »todas:—Él nos ha hecho (1).»

Estas apariciones de la imágen divina proyec-
 taban raudales de luz en su conciencia, y haciendo
 surgir en ella la idea de su miseria, de sus peca-
 dos, y de las contradicciones de su alma, lloraba
 diciendo: «¡Ay Señor! tened misericordia de este
 »pecador! Mis tristezas culpables luchan con mis
 »buenas alegrías, y no sé quién obtendrá la vic-
 »toria. ¡Ay Señor! tened piedad de mí! Mirad, Se-
 »ñor, que no oculto mis llagas. Vos sois el mé-
 »dico; yo soy el enfermo: Vos sois misericordio-
 »so; yo estoy lleno de miseria: ¿Podréis olvidar
 »por ventura, que la vida del hombre sobre la
 »tierra es una tentacion continua? (2)»

(1) Et quid est hoc? Interrogavi terram, et dixit: Non sum; et quæcumque in eadem sunt, idem confessa sunt. Interrogavi mare et abyssos et reptilia animarum vivarum, responderunt: Non sumus Deus tuus; quære super nos. Interrogavi auras labiles, et inquit universus aer cum incolis suis: Fallitur Anaxinenes, non sum Deus. Interrogavi cælum, solem, lunam, stellas. Neque nos sumus Deus quem quæris, inquit. Et dixi omnibus iis quæ circumstant fores carnis meæ: Dixistis mihi de Deo meo quod vos non estis, dicite mihi aliquid de illo. Et clamaverunt voce magna: Ipe fecit nos. (*Confess.*, lib. X, cap. VI.)

(2) Hei mihi, Domine, miserere mei. Hei mihi! Ecce vulnera mea non abscondo: medicus es, æger sum; misericors es, miser ego, etc. (*Confess.*, lib. X, cap. XXVIII.)

Dirigiendo despues sus miradas á la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, refugio, remedio, esperanza y consuelo de los pecadores, prorumpia en expansiones como estas: «¡Oh! eterno y amantísimo Padre. ¡Qué grande fué el exceso de vuestro amor para con los hombres, pues no perdonásteis á vuestro Unigénito Hijo, sinó que le entregásteis á la muerte por nosotros pecadores! ¡Qué grande el amor que nos mostrásteis, pues llegó al extremo de querer, que el Señor que se hizo igual á Vos sin usurparos cosa alguna, se sujetase á padecer por nosotros la ignominiosa muerte de Cruz! Él mismo fué el vencedor y la víctima, que se ofreció á Vos por nosotros; y fué vencedor, porque fué víctima. Hízose ante Vos sacerdote y sacrificio por nosotros; y fué sacerdote, porque él mismo fué el sacrificio. Finalmente, de siervos que éramos, nos hizo vuestros hijos él, que siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro siervo. Con razon pues, Dios mio, tengo grande y firmísima esperanza de que sanaréis todas mis dolencias, por este mismo Señor, que está sentado á vuestra diestra, y os ruega incessantemente por nosotros: sin eso, desesperaría de mi salud. Numerosas y grandes son mis enfermedades, graves son y sin número; pero mil veces mayor es la eficacia de vuestras medicinas.»

Y continúa con acento de admirable confianza: «Confieso que, aterrado de mis culpas y oprimido bajo el peso de mis miserias, habia pensado en mi interior varias veces, y casi resuelto algunas el abandonarlo todo y huir á la soledad;

»pero Vos me lo estorbásteis; alentándome con estas palabras: Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos. A Vos, Señor, dejo el cuidado de mi salud, para emplearme solo en contemplar vuestras maravillas. Vos sabéis mi ignorancia y conocéis mis dolencias, enseñadme pues, y sanadme. Vuestro Único Hijo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre; que los soberbios no me inquieten con sus calumnias, puesto que conozco el precio infinito de mi rescate (1).»

Para imitar en algun modo los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, Agustin hubiera querido unir á las lágrimas que vertía, y á sus gritos de esperanza y de amor, las mortificaciones corporales, que envidiaba en el fervoroso Alipio; «intrépido domador de su cuerpo, como le llamaba, y prodigio de austeridades, que por humildad y penitencia, y como preparacion al santo bautismo, se habia condenado á andar descalzo por el suelo de la Italia, cubierto entonces de hielo (2).»

Mas la débil salud de Agustin no le permitia nada semejante, ni podía ayunar siquiera; aunque la soledad de Casiaco le habia sido benéfica, sin embargo su pecho estaba siempre abrasado, y el trabajo y la emocion le habian debilitado y consumido produciendo en él una fiebre

(1) *Confess.*, lib. X, cap. XLII.

(2) *Confess.*, lib. IX, cap. VI.)

lenta. Amenudo hasta el conversar le fatigaba; ni escribir podia algunos dias, y mas de una vez hubieron de suspenderse las conferencias nocturnas insoportables á sus débiles fuerzas. El alma habia gastado el cuerpo, y necesitaba al presente de mucha tranquilidad y cuidadoso esmero para recuperar su vigor antiguo.

Esta general decadencia de su salud hacíase á veces sensible en la cabeza, los dientes y los oidos, produciéndole crueles dolores. Un dia se le fijaron con tal vehemencia en la cara y con especialidad en la dentatura, que parecia imposible sufrirlos. «Dispusisteis, Dios mio, dice el Santo, »que me acometiese un gran dolor de muelas, »que por su intensidad me hizo imposible el »habla. Vinome la idea de pedir á los amigos »presentes, que rogasen por mí á Vos, que »sois Dios y Señor de toda salud, escribiendo esta »súplica en una tabla encerada que les dí á leer; »y apenas habíamos doblado la rodilla para orar, »cuando desapareció por completo aquella mortificación insufrible. Su repentina cesacion me »dejó atónito y aturdido: la verdad es que jamás »he padecido dolor semejante (1).»

Compréndese bien que los que se pusieron de rodillas para pedir á Dios el alivio de Agustin, fueron Alipio, Adeodato y Navigio; pero ninguno con mas ardor que Santa Mónica. Ella suplicó á Dios que se le concediese, á fin de que con este testimonio de la misericordia divina, acabára de inflamarse su corazon. Y lo consiguió en

(1) *Confess.*, lib. IX, cap. IV.

efecto; porque persuadido Agustín de que la desaparición del dolor había sido un milagro, sintió crecer en sí el amor que á Dios tenía. Ya no podía soportar su miseria, ni se atrevía á mirar su alma, cubierta de llagas, muerta, seca, marchita, disipada, segun las espresiones de que él mismo se vale, y suspiraba ardientemente por el agua purificadora. « ¡Tarde os amé Dios
 »mio; hermosura siempre antigua y siempre nueva;
 »ya; tarde os amé! Vos estábais dentro de mi
 »alma, y yo distraído os buscaba fuera; y perdiendo la hermosura interior, corría en pos
 »de las bellezas exteriores que Vos habeis criado.
 »do. ¡Y esas hermosuras, que si no estuvieran
 »en Vos nada serían, me apartaban y tenían
 »alejado de Vos! Pero me llamásteis y tales voces
 »disteis á mi alma, que cedió á vuestros gritos
 »mi sordera. Tanto brilló vuestra luz, tan
 »grande fué vuestro resplandor, que ahuyentó mi
 »ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra
 »fragancia, y tomando aliento respiré con ella;
 »por eso ahora suspiro y anhelo ya por Vos. Me
 »disteis á gustar vuestra dulzura, que ha excitado
 »hambre y sed vivísima en mi espíritu. Por fin, Señor, me tocásteis, y me encendí
 »dí en deseos de abrazaros (1).»

(1) Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova! sero te amavi! Et ecce intus eras, et ego foris, et ibi te quærebam; et in ista formosa quæ fecisti, deformis iruebam. Mecum eras, et tecum non eram. Ea me tenebant longe á te quæ si in te non essent, non essent. Vocasti et clamasti, et rupisti surditatem meam. Coruscasti, splenduidisti et fugasti cæcitatem meam. Fragrasti, et duxi spiritum, et anhelo tibi. Gustavi, et esurio, et sitio. Tetigisti me et exarsisti in pacem tuam (*Confess*, lib. X, cap. XXVII.)

«Oh! Verdad y luz de mi corazon, no me dejeis en las tinieblas! continúa: arrastrado por la inestabilidad de las cosas de la tierra, me ha sorprendido la noche; pero desde el fondo del abismo he renacido á vuestro amor. Estraviado, he vuelto á acordarme de Vos, y cuando me llamábais, apenas pude oir por la tumultuosa agitacion de mis pecados. Héme aquí, Dios mio, que vuelvo á vuestra fuente sagrada todo bañado en sudor y sin aliento: Oh! no me rechacéis! Dejadme saciar la sed! dejad que en Vos beba la vida! (1)»

«¡O amor que siempre ardes y nunca te apagas! ó Dios mio, caridad infinita, encended mi corazon! Nos mandáis la templanza y la continencia; dadnos lo que mandáis, y mandad lo que queráis (2).»

«Al pensar en el Santo Bautismo, me aflijo, Dios mio, de verme tan imperfecto; pero confio que Vos completaréis la obra de vuestra clemencia, concediéndome aquella paz cumplida y per-

(1) O Veritas, lumen cordis mei, non tenebræ meæ loquantur mihi. Defluxi ad ista, et obscuratus sum; sed hinc etiam, hinc adamavi te. Erravi, et recordatus sum tui. Audivi vocem tuam post me ut redirem, et vix audivi propter tumultum impacatorum. Et nunc ecce redeo æstuans et anhelans ad fontem tuum. Nemo me prohibeat; nunc bibam, et hinc vivam. (*Confess.*, lib. XII, cap. X.)

(2) O amor qui semper ardes et nunquam extingueris! Caritas Deus meus, accende me. Continentiam jubes; da quod jubes, et jube quod vis. (*Confess.*, lib. X, cap. XXIX.)

»fecta, que mis potencias y sentidos han de disfrutar el dia en que la muerte sea vencida (1).»

Mónica sentia en su alma las aspiraciones y deseos, los dolores y tristezas, los entusiasmos y santas alegrías de su hijo. Habia pedido á Dios por mucho tiempo que traspasase el alma de Agustin, con una flecha amorosa de las que habla la Santa Escritura; y cuando la flecha estaba ya en la herida, pedia con gran ardor, que Dios la hiciese penetrar más, y produjese en aquel corazon tales estragos que no pudiesen curarse. La que por tanto tiempo habia velado triste y afligida sobre las cenizas casi frias del corazon de Agustin, y que habia concluido por encender de nuevo en su alma el fuego del amor divino, soplabá con todas sus fuerzas este mismo fuego, á fin de que consumiese totalmente el corazon de su hijo. ¡Arde pues, fuego sagrado dos veces encendido por el sopro de una madre! trasfigura y consume el corazon de Agustín! ¡Convierte á ese jóven extraviado en un cristiano, en un sacerdote, en un doctor, en un mártir, y en un modelo de castidad, hasta el dia en que tu llama, demasiado viva ya para habitar en corazon mortal, le consuma, y lleve al hijo con la madre lejos de este mundo de

(1) Exsultans cum tremore in eo quod donasti mihi, et lugens in eo quod inconsummatus sum, sperans perfecturum te in me misericordias tuas usque ad pacem plenariam, quam tecum habebunt interiora et exteriora mea, cum absorpta fuerit mors in victoriam. (*Confess.*, lib. X, cap. XXX.)

tristezas, á las regiones del amor eterno y de los goces que jamás concluirán!

Aproximábase la cuaresma, y como estuviese en uso que los catecúmenos que iban á ser bautizados en la Pascua, se inscribiesen el miércoles de ceniza, y asistiesen durante aquel Santo tiempo á las instrucciones establecidas especialmente para ellos, el hijo y la madre volvieron á Milán. Fácilmente se hubiera dispensado á Agustin de la asistencia á estas enseñanzas doctrinales, pero no quiso solicitarlo; y vióse al célebre orador, que jóven aún igualaba y superaba ya á los mas doctos, asiduo como un niño, asistir á todas estas instrucciones con una atencion, una piedad, una modestia y una humildad edificantes. Dios, á su vez, le recompensaba interiormente el grande ejemplo que daba en la Iglesia; tanto que veinte años despues, aún recordaba con satisfaccion las dulces emociones que habia experimentado durante aquella cuaresma. (1)

Llegó por fin el momento de que Agustin recibiera el Santo bautismo, para el cual, segun costumbre ya antigua, se habia fijado la noche que precede al dia de Pascua. Todo el mundo velaba en ella, porque debia administrarse el bautismo despues del oficio nocturno, y antes de la misa de la aurora á los admitidos á este Sacramento: esa noche memorable en la cual iba á nacer para Dios y para la Iglesia el mas grande

(1) August., *De Fide et Operibus*, cap. VI.

de sus doctores, era la del día 24 al 25 de abril en el 387. (1).

Aún visita el viajero con especial emoción en Milan, la pequeña iglesia que servía en aquel tiempo de bautisterio, y que no ha desaparecido por completo. Llevaba entonces el título de San Juan Bautista, y posteriormente ha sido dedicada al Santo joven, á quien sirvió de cuna en aquella noche inolvidable (2).

Llegada la hora, Agustín se trasladó á la iglesia acompañado de su madre y también de Adeodato, que lleno de inocencia, de candor y de alegría, era digno hijo de Agustín por su talento, y de Mónica por su fé. Siguiéronle Alipio, conmovido y penitente, Trigeccio, entusiasmado y satisfecho, y algunos otros que, con Agustín, se colocaron al rededor de la fuente bautismal. Un pequeño número de cristianos escogidos pudo penetrar en el lugar santo; las miradas de todos se fijaban en el joven que prometía á la Iglesia, despedazada por tantas herejías, un gran socorro; y la vista no acertaba á separarse de aquel sobre cuya frente la fé y su gran genio, el arrepentimiento y el amor, parecían unirse colocando en ella toda clase de coronas. Mónica entretanto vestida con el traje blanco de las viudas bordado de púrpura, y envuelta en largo velo, se ex-

(1) Posidius, *Vita Augusti*, cap. I.

(2) Mabillon, *Iter Ital.* p. 16.

forzaba inútilmente por ocultar á las miradas de los asistentes la alegría que inundaba su alma. (1)

Llega el Obispo Ambrosio, se arrodilla, ora un instante, y empieza la ceremonia. Agustín estaba sentado cerca de la pila bautismal, vuelto el rostro al Occidente: á una señal del Santo Obispo se levanta y vuelve al Oriente, para saludar esa luz que por tan largo tiempo habia desconocido, y que brillaba por fin en su alma. (2) Aproximase seguidamente á la sagrada fuente, se sumerge en ella tres veces, y otras tantas vuelve á salir con un grito de fé en sus lábios. La primera vez: *Creo en Dios*; la segunda: *Creo en Cristo*; y la tercera: *Creo en el Espíritu Santo*. (3) Sube despues al altar el Santo Obispo de Milan, estiende los brazos, ora en alta voz, y diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, (4) vierte el agua sagrada sobre la cabeza del jóven Agustín, que se daba golpes de pecho, y renacía en aquel momento para Dios y la Iglesia, para las almas y para sí mismo.

A continuacion y segun la costumbre de la Iglesia de Milán, Ambrosio se ciñe una toalla, y se ar-

(1) Baptizatus est á beato Ambrosio, matre Monica sibi adhaerente et de illius conversione mirabiliter exultante. (Brev. *Prædicat, in Festo Convers. B. August, 15 maii, lect. VI*.)

(2) Ambros. *De Init.* lib. I, cap. 11.

(3) Ambros. *De Sacram.* lib. II, cap. VII.

(4) Ambros. *De Sacram.* lib. II, cap. VII.

rodilla delante de Agustin á quien laba los piés; (1) el nuevo bautizado se reviste en seguida, como símbolo de la inocencia que el bautismo acaba de devolverle, (2) una larga túnica blanca que su madre habia tejido por sí misma, y que aún estaba humedecida por las lágrimas que el gozo la hiciera derramar. (3) Toma luego Agustin un cirio encendido, imagen de ese suave y casto fuego que en lo sucesivo ha de consumir su alma: así preparado, y con el corazon ardiendo en el mas puro amor; ornado de las lises de la castidad reconquistada, y llevando aunque invisiblemente la aureola de Doctor; se dirige al altar, para recibir al Dios que regocija y renueva su juventud.

No hay pincel capaz de trasladar al lienzo semejante escena, en que las alegrías mas puras se mezclaban con los presentimientos mas sublimes: ese jóven que conmovido se dirige al altar, humilde y triunfante por su arrepentimiento; ese anciano Obispo, atleta invencible de la fé, que próximo ya á perder sus fuerzas, vislumbra para la Iglesia un defensor mas grande que él, y satisfecho ya, no le importa morir, porque va á hablar Agustin, ante cuya avasalladora elocuencia le pertenece callar; y esa madre que esconde bajo

(1) Ambros. *De Sacram.* lib. III, cap. I.

(2) Ambros. *Ad Virgin. laps*, cap. V.

(3) At beata mater, cum talia sueret vestimenta, tot lacrymas præ gaudio effudit, quot puncta impossuit, gratias Domino Jesu Cristo ingentes referens, alleluia (*Brev. Rom. Aug. die 5 maii*).

su velo un rostro humedecido por las lágrimas, y que inútilmente quisiera encubrir ante los hombres el inmenso gozo que la domina.

Dícese que al fin de la ceremonia, y cuando el entusiasmo dominaba en todos, San Ambrosio se levantó inspirado, y con los brazos y el corazón elevados al cielo, entonó el siguiente canto:

«A tí, ó Dios, alabamos, á Tí por Señor te
»confesamos.»

Conmovido Agustín al oír aquel solemne grito, se levantó á su vez y continuó diciendo:

«A Tí, Padre eterno, reconoce y venera toda la
»tierra.»

San Ambrosio replicó:

«A Tí todos los ángeles, á Tí los cielos y todas las Potestades:»

Y San Agustín:

«A Tí los Querubines y Serafines cantan sin
»cesar.»

«Santo, santo, santo es el Señor Dios de los
»ejércitos.»

Y así mutuamente estimulados por el fervor de uno y otro, como dos Serafines en éxtasis, improvisaron el bellissimo cántico: *Te Deum laudamus*.

El principio de este canto es fervoroso, atrevido é impetuoso, como el entusiasmo de los dos Santos. Al tercer impulso de su vuelo llegan hasta el empíreo. Allí se detienen un instante, reposan oyendo cantar á los ángeles, y alaban con ellos, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, en cuyo nombre Agustín acaba de ser regenerado. Despues, de repente, como atraídos de nuevo á la tierra por el

vivo sentimiento de la realidad, cambian de tono, y el himno de alegría se convierte por un instante en gemidos llenos de lágrimas; pero bien pronto levantando de nuevo sus ojos al cielo, renace el entusiasmo, y termina el cántico por un prolongado grito de esperanza, y de confianza absoluta en la infinita bondad de Dios.

Santa Mónica estaba allí de pié, cantando con el corazón, en tanto que los dos Santos cantaban con los labios: hallábase inundada de felicidad; y nada debió impresionar tan vivamente su alma, como los gritos de fé, de amor y de reconocimiento con que termina esa admirable deprecación. (1).

Agustin salió transformado de la pequeña capilla en que recibió el bautismo, y donde por pri-

(1) Conócese este himno en la liturgia de la Iglesia, con el nombre de *Hymnus sancti Ambrosii et sancti Agustini*; y aun cuando sea imposible fundar en textos precedentes de la época de S. Ambrosio, que este cántico tenga el origen que nosotros le asignamos, es una opinion tan antigua, tan fundada y tan venerable, que se nos permitirá atenernos á ella, mientras no aparezcan pruebas en contrario. «El título de *Himno Ambrosiano*, dice De Maistre, podria hacer creer que esta bella composicion pertenecía esclusivamente á S. Ambrosio; sin embargo, es opinion bastante general, si bien bajo la fé de una simple tradicion, que el *Te Deum* fué, si nos es permitido hablar así, improvisado en Milan, por los dos grandes Santos Doctores Ambrosio y Agustin, en un transporte de fervor religioso; opinion que no tiene nada de improbable. En efecto, este cántico sublime no ofrece la mas ligera huella del trabajo y de la meditacion; no es tampoco una *composicion*; es una *efusion*, una poesia fervorosa sin sujecion á metro alguno, y un ditirambo divino, debido al entusiasmo que vuela con sus propias alas, despreciando los recursos del arte. Bien puede dudarse, si la fé y el reconocimiento han hablado jamás lenguaje mas verídico y mas penetrante. (*Soirées de Saint-Peterbourg*, tom. II, entretien. VII.)

mera vez se acercó á la Sagrada Eucaristía, mostrándose tan humilde, tan olvidado del mundo, y tan abrasado del amor divino, que no era conocido. Las tristezas é inquietudes, que le ocasionaba el recuerdo de sus pasados extravíos, se habian desvanecido, y un solo pensamiento absorbía su alma: la contemplacion muda de la misericordia de Dios, y de los admirables caminos por donde le habia conducido, para sacarle del abismo. Con el fin de corresponder á tantas mercedes, Agustin sentía en sí una necesidad apremiante de buscar en la Iglesia Católica la vida divina, que le era indispensable. «Semejante á un hombre que ha tenido sed »por mucho tiempo, y está por ella estenuado, yo »dice él mismo, me abalanzaba con avidez suma á »los pechos de la Santa Iglesia, y gimiendo por »mi miseria presente y llorando por el pasado, los »chupaba y estrujaba con todas mis fuerzas, para »hacer salir de ellos la divina leche de que tanta »necesidad tenía, si habia de levantarme del abatimiento y recuperar mi alma una salud vigorosa.» (1).

Poseído de este ardor, Agustin no podia entrar á una Iglesia, oír los cantos que los fieles dirigían á Dios, ni mirar una santa imágen, sin que apareciera de nuevo el manantial de lágrimas que habia brotado en el momento de su conversion. «¡Qué torrentes, dice, hacía correr de mi »alma el eco de los himnos y de los cánticos de »vuestra Santa Iglesia! Al mismo tiempo que sus »armoniosos acentos herian mis oídos, sentía que

(1) *De Utilitate credendi*, cap. I.)

»vuestra verdad penetraba dulcemente en mi corazón; exhalábase en mi el impetuoso afecto de su amor, y deshacíanse en lágrimas mis ojos, siendo ellas mi mejor deleite.» (1).

Acrecentábasele este llanto al recordar que en otro tiempo habia escuchado esos mismos cánticos con el corazón frío y los ojos secos, sin experimentar la menor emoción; (2) increíble parecía en efecto que Agustín fuese aquel mismo joven, que por tanto tiempo habia gastado y deshonrado su propia vida con afectos culpables; el mismo que reengendrado en las sagradas aguas del bautismo, ostentaba ahora su alma enriquecida de ternura, de sensibilidad, del perfume exquisito de purísimo afecto, y de todo ese delicadísimo conjunto, que de ordinario es la recompensa y el honor de los corazones castos.

Su espíritu no pertenecía ya á la tierra; habitaba esa morada eterna, de la cual la Iglesia en que habia sido bautizado, era solo una imagen; y al influjo de los bellos cantos y de las armonías sagradas, que le recordaban la posesión eterna en que estaba de aquel por quien acababa de ser adoptado como hijo, brotaban de su corazón á tor-

(1) Nec satiabar illis diebus dulcedine mirabili, considerare altitudinem consilii tui super salutem generis humani. Quantum fleui in hymnis et canticis tuis, suave sonantis Ecclesie tue vocibus commotus acriter! Voces illae influebant auribus meis, et dignabatur veritas in cor meum; et exceptuabat inde affectus pietatis, et currebant lacrymæ, et bene mihi erat cum eis. (*Confess.*, lib. IX cap. VI.)

(2) *Confess.*, lib. IX cap. VII.)

rentes, el reconocimiento, el amor, y los afectos. «¡Oh morada admirable y refulgente, residencia de la gloria de mi Dios, exclamaba; cuán apetecida me es tu dulzura! cómo suspiro por tí desde este lejano destierro! Ay de mí! yo me había descarriado como oveja perdida, mas confío en los brazos del buen Pastor, que me volverán á vuestro redil.... Entretanto, mis cánticos os revelarán mi amor, y mis gemidos os harán conocer mi desfallecimiento y las penas de mi peregrinacion; y mi alma elevándose por encima de esta tierra miserable en alas de consolador recuerdo, no suspirará sinó por Jerusalem, mi pátria, por Jerusalem, mi madre, por Jerusalem y Vos, su rey, su sol, su protector, y su esposo, por Vos en fin que sois tambien sus castas y poderosas delicias, y su constante alegría! No, no cesarán mis suspiros en tanto que Vos no me hayáis recibido en la paz de esta madre querida, y vuestra mano que ha reunido las dispersiones y quitado las deformidades de mi alma, no esté pronta á darle, ¡mi Dios y mi misericordia! esa hermosura que no parece jamás. (1)

Mas si grandes son los frutos que recogiera Agustín el dia de su bautismo, acaso fueron mayores y mas admirables en su madre pudiendo mirárseles como la última pincelada con que los grandes artistas acaban sus obras maestras. Esta mujer venerable á quien restaban ya muy pocos meses de vida, habia llegado al momento, en que la luz y las fuer-

(1) *Confess.*, lib. VII, cap. XVI.)

zas que Dios regalara á su alma; y la fé, la humildad, la pureza, la abnegacion, y el amor divino que la misma alma habia atesorado en sus luchas secretas, se desarrollan y llegan al estado de madurez. Cuando los santos tocan al fin de su vida, tienen un estío cálido y fecundo: Santa Mónica habia llegado ya á él, y todas sus virtudes fructificaban.

Nuestros lectores recordarán, cuán viva y ardiente habia sido la fé de Santa Mónica, lo mismo en su infancia que en los primeros años de la juventud. Nada hay que tenga un desarrollo más rápido y más bello que la fé, cuando con fidelidad se guarda: márcase al principio como en penumbra, pero despues la luz aparece mas llena, creciendo sucesivamente. Dios, que al principio se habia ocultado, déjase ver bien pronto, se le descubre en las tentaciones y en los peligros, se le toca en los dolores cuando todo el mundo nos deja, Dios entonces viene, y nos salva cuando ya no habia esperanza. ¿Quién no ha tenido en su vida uno de esos momentos, en que Dios se le ha aparecido claramente? Así, poco á poco, desaparecen los velos, y los últimos años del alma fiel terminan en una claridad casi sin sombras. Este precisamente, era el estado de Santa Mónica, habia creído en otro tiempo, y al presente veía ya; y antes hubiera dudado de sí misma, que de un Dios, que tan amenudo y tan soberanamente se habia ocupado de su vida.

La esperanza habia crecido en ella de la misma manera; Mónica sabe que Dios no falta á

su palabra, y que le ha concedido cuanto le ha suplicado. Habia pedido fervorosamente la conversion de su marido, y apesar de los inmensos obstáculos que al parecer se oponían, Patricio se convirtió. Habia pedido por mucho tiempo y con repetidas oraciones, la salud espiritual de su hijo, y obtuvo mucho mas que lo que ella pidiera; pues que le veia ya piadoso, casto, ferviente, y en camino de llegar á ser un Santo. Ella no tenía otro deseo que el de entrar en el Cielo con su hijo, y saciarse allí del amor divino; y estaba tan segura de obtenerlo, que todas las apariencias en contrario no habrian hecho vacilar ni por un instante la firme esperanza, que durante tantos años abrigaba silenciosa en su alma.

Así que, una paz inmensa, é inefable, de que no era ni siquiera sombra la de su juventud, llenaba el corazon de Mónica, y al modo que en una bella noche del estío, llega á quedar todo en completa calma, y surge del fondo de los valles un silencio que encanta, así en la noche de esta bella vida todos los afectos de nuestra heroina se apaciguan, todas sus inquietudes y todos sus deseos se calman; no quedando ya en ella mas que una inalterable serenidad, y una absoluta confianza en Dios. Sobre su frente brillaba un rayo de esta paz y de esta seguridad verdaderamente divina, acabando de dar á su fisonomía un carácter celestial.

Mas no eran la fé, ni la esperanza, ni la total entrega á la voluntad de Dios, ni la tranquilidad y paz de su espíritu las virtudes que mas ha-

bian crecido en Mónica; la mas desarrollada, y que poseia con mas perfeccion era el amor. ¿Pero cómo pintar su incesante desarrollo? En la niñez, habia empezado á amar á Nuestro Señor Jesucristo, con ese amor inocente, delicado, filial, lleno de encantos, y que debe conmover el corazon de Dios, puesto que conmueve el corazon frio del hombre. Joven todavía, abrumada de tristezas, vendida y abandonada, Mónica habia llorado á los piés del Supremo Hacedor; y viendo que todos los amores humanos son ilusorios y engañosos; que Dios es el único amigo fiel y quien no hace traicion, ni abandona jamás, habia sentido crecer su amor, impulsado por los grandes dolores y por la desaparicion de todas sus ilusiones. Cuando llegó á la maternidad, despues de gustar por un instante junto á la cuna de sus hijos, los placeres del amor correspondido, bien pronto, inquieta ya por la salud espiritual de Agustin, y faltándole apoyo por parte de Patricio, habíase entregado á Dios como su única esperanza, y durante treinta años, Dios fué el único confidente de sus temores, de sus angustias, de sus esperanzas y de sus amargas previsiones. En todo ese tiempo, los agudos gritos que al cielo dirigiera, sirvieron para aumentar su amor, esforzándose en amar mejor, con la aspiracion de conmover el corazon de Dios: y al presente, que habia ya triunfado y era madre afortunada, vertía aún lágrimas, nuevas, y de una naturaleza desconocida. Ah! quién podrá expresar la inmensidad de su amor á Jesucristo! Cada dolor, cada grande afflic-

cion, cada esperanza, cada temor, cada alegría habia aumentado el amor de Mónica; y, si cada año variaba de forma, era solo para crecer en intensidad. Por eso pasaba horas enteras al pié de los altares; comulgaba todos los dias con acrecentamiento de amor, y ahora que el manantial de sus lágrimas amargas estaba agotado, derramaba á los piés del Salvador otras que no eran de duelo, lágrimas consoladoras y dulcísimas, que no se secan jamás, porque es el amor quien las vierte, y el mismo amor quien las recoge.

Pero lo mas inefablemente bello que habia en la Santa, era que su amor á Jesucristo, y su amor por Agustin, se habian identificado. Ambos amores habian estado juntos en su corazon, y á la vez se habian desarrollado fundiéndose en uno solo durante el curso de su vida, de modo que nunca habia pensado en Jesucristo, sin pensar en Agustin; jamás habia mirado á Agustin sin mirar á Jesucristo; y si Mónica habia sufrido tanto, y su corazon habia sido tan cruelmente despedazado, fué á causa de que el único objeto de su amor, Jesucristo y Agustin, estaban divididos. Por esto, al ver ahora que Jesucristo era amado de Agustin, experimentaba una alegría imposible de contener; y la que no pudo morir de pena, estuvo expuesta á morir de la dicha que gozaba.

Mónica habia tenido ya durante la oracion, algunos éxtasis, es decir, ciertos toques profundos de la gracia, mediante los cuales Dios se apodera de una alma, y la saca de sí misma, no dejándole mas que la facultad de contemplar, de adorar y de amar:

despues del bautismo de su hijo, estos hicieron-se mas frecuentes. Tan embriagada estaba á veces de su dicha, que pasaba el dia entero sin hablar ni preocuparse de lo que la rodeaba, gozando interiormente, y á solas con Dios. Otras veces inundábala ese trasporte espiritual en tal manera, que perdía hasta el uso de los sentidos, y, se intentaba en vano sacarla de tan dulce sueño; gozando (1) su alma de esos torrentes de dicha sobre todo cuando recibía la Sagrada comunión. El dia de Pentecostés muy particularmente, cincuenta dias despues del bautismo de Agustín, Mónica fué tan circundada y penetrada de esta luz, que durante todo el dia y la noche siguiente no pudo tomar alimento alguno. (2) Observaron sus domésticos y allegados, que despues de la conversion del hijo, el curso de sus ideas habia cambiado por completo; solo pensaba en el cielo y fué fácil persuadirse, que Mónica no se detendría ya mucho en la tierra.

(1) Tanta ebrietate Spiritus sancti rapiebatur, quod in ea fere per totum diem quiescens, dum esset Rex in accubitu sui cordis, neque vox neque sensus in ea audiebatur. Neque mirum: quia illa pax quæ exuperat omnem sensum, sepeliebat viduæ sensus corporales, in tantum ut vix matronæ nostræ et etiam vicinæ eam pungentes excitare valerent. (*Boll.* 4 maii.)

(2) Dum in die Pentecostes esset refecta refectione illius panis qui de cælo descendit, post sumptionem sacramenti tanta satietate repleta fuit, quod per diem ac noctem absque corporali cibo perseveravit. (*Boll.*, die 4 maii.)

Nuestros lectores recordarán que Agustin habia concebido cierto proyecto, cuando la gracia de Dios empezaba á obrar en él. Aún no era cristiano, y cansado ya del mundo y fatigado del vacío de aquellos dias miserables que Dios no llenaba, habia soñado con una soledad, en la cual acompañado de los amigos de su misma edad, de iguales sentimientos, y de idéntico gusto por las cosas grandes, pasaría los dias dulcemente, alejado de este triste mundo, y ocupado en la investigacion y contemplacion de la verdad; mas al pensar en la realizacion de tan bello sueño, habíase apercibido de que su corazon estaba apegado á la tierra; que no estaba libre, y que el de sus amigos no era menos esclavo que el suyo: así que este proyecto fué desechado como una ilusion irrealizable.

Pues este sueño habia vuelto á asaltarle tan pronto como recibió el bautismo, y cuando los grandes obstáculos que se oponian á su realizacion, hubieron desaparecido. «La espléndida hermosura de »la juventud, personificada en rica dama á quien »la naturaleza hubiera prodigado los brillantes »dones del talento y de la belleza, y á quien »pudiera entregarse en legítima y santa union, seguramente no habria obtenido una sola mirada de sus ojos.» (1) Su corazon, mejor dicho, el resto de corazon que le quedaba, sería para solo Dios, y eso por siempre; sus amigos, tocados como él de la gracia, estaban animados del mismo espíritu: ¿qué obstáculo de coniguiente ha-

(1) *Solitt.*, lib. I, cap. X.

bia hoy para el ensayo de un sueño, que si en otro tiempo ofreció dificultades insuperables, ahora podia llegar á ser un hecho? Agustin habló de ello á Alipio que se estremeció de gozo oyéndolo. Navigio aplaudió la idea; Evodio aceptóla igualmente uniéndose á ellos; y Adeodato, que no queria separarse de su padre, escusamos decir si estaria conforme: solo Mónica pudiera oponer alguna dificultad á este proyecto, pero ella lejos de repugnarlo, debia ser por el contrario, y era en efecto la madre, el modelo, el estímulo, la oracion y la providencia permanente de la pequeña comunidad. Todos pues, estaban unánimes y así se hizo el primer ensayo de la vida religiosa, que habia de producir la *Regla* inmortal de San Agustin.

Ocurría la cuestion de el punto donde con- vendria establecer la comunidad proyectada, y sobre esto la duda no fué posible siquiera. Mónica, Agustin, Navigio, Adeodato, Evodio y Alipio, todos eran Africanos nacidos en Tagaste ó en sus inmediaciones; ¿qué cosa por tanto debia retenerlos ya en Italia? ¿porqué no volver al país que los vió nacer, cerca del hogar de sus padres, junto á sus parientes y á sus primeros amigos? ¿porqué no llevar á su patria los primeros perfumes de su fé reconquistada, donde ya veteranos pudieran mas tarde emplear los ardorosos esfuerzos de su apostolado? No vacilaron. Hacia fines de Octubre del año 387, se dirigieron al puerto de Ostia, esperando hallar medios de trasladarse prontamente al Africa.

¡Que diferencia entre los dos viages! Tres años

antes habian venido cada uno por su lado, separados todos y todos inquietos: Agustín primero, huyendo de su madre á quien engañara, y llevando un corazón mas turbado que la mar por donde atravesaba; despues Mónica, persiguiendo á su hijo á través de la tempestad, resuelta á unirse á él á despecho de las tormentas y de las distancias, y regando con sus lágrimas el camino que Agustín habia recorrido: al presente volvian todos juntos, tranquilos, felices, yendo de la mano y llevando en sus rostros la expresion y los reflejos de una misma luz en medio de profunda paz. ¡Y Mónica se habia opuesto tanto al viaje de su hijo para Roma! ¡habia llorado tanto en la hermita de San Cipriano! ¡habia pedido tanto á Dios que alejase á su hijo de Italia, y le retuviese en Africa! Ahora veía y contemplaba con perfecta claridad que si Dios no la habia escuchado, era por un efecto de su amor, y que en aquel viaje que tanto sufrir la hiciera, ocultábase un pensamiento divino y de bondad inmensa. Cosas son estas que arrebatan el alma, y que contemplándolas llenan el espíritu de consuelos, y hacen que en momentos críticos todo se abandone á Dios, hijos, amigos, proyectos, porvenir; exclamando con acento de fé verdadera: «Señor, que veís mejor que yo, y que amáis «mucho mas, haced como os agrade.»

San Ambrosio recibió á los viajeros en despedida, los bendijo por última vez, y estrechando á Agustín entre sus brazos imploró las bendiciones del cielo para un viaje, que habia de ser tan fecundo como glorioso.

antes habian venido con uno por el lado de...
 de las cosas y cosas...
 yendo de un lado a otro...
 en comen...
 tambien...
 a parte de los...
 a las...
 y...
 la...
 las...
 tambien...
 una...
 se...
 mal...
 no...
 de...
 con...
 la...
 y...
 con...
 me...
 con...
 hacen...
 en...
 cuando...
 ve...
 con...
 a...
 de...
 a...
 de...

CAPÍTULO QUINCE.

SANTA MÓNICA MUERE GOZOSA VIENDO

Á SU HIJO CONVERTIDO.

AÑO 387.

Poco antes de emprender la marcha ó acaso cuando estaban ya en camino, pues no se conoce con seguridad la fecha en que Agustin y su madre dejaron á Milán, tuvo esta un arrobamiento que marcaba bien la direccion que sus pensamientos iban tomando de dia en dia. Era precisamente el de la festividad de San Cipriano, (1) y Mónica habia recibido aquella mañana la Sagrada Comunion, volviendo á su casa recogida y absorta segun acostumbraba despues de acercarse á la Santa mesa. Tal vez en un arranque de reconocimiento, vino á su memoria la noche que tres años antes, el 384, habia pasado en la pequeña ermita de San Cipriano, y este recuerdo inflamaria su alma; mas es lo cierto que de repente se la vió levantarse de la tierra, y como una enagenada, empezó á gritar: «volemos al Cielo! volemos al Cielo!» lo cual hubo de causar no poca admiracion; porque Mónica era de carácter sumamente dulce, y los movimientos impetuosos no le eran naturales. Agustin, Adeodato y Alipio atraidos por sus gritos acudieron en seguida, pero Mónica no respondió á sus preguntas, limitándose á mostrarles un rostro lleno de ale-

(1) 16 de Setiembre.

gría verdaderamente divina, y á repetir estas palabras de David: «Mi corazon y mi carne se han »conmovido, pensando en Dios mi Salvador.» (1)

Desde entónces esta idea del Cielo la ocupó constantemente, y aunque siempre sintió, como todos los Santos, gran desprecio de las cosas de la tierra, y ardientísima aspiracion á la pátria celestial; sin embargo abandonar este mundo antes de la conversion de Agustin, y dejarle solo acá abajo, en las tinieblas y en los peligros, yéndose ella mientras á gozar y á reposar allá arriba!, ni siquiera se le habia pasado por la imaginacion, y de habérsele ocurrido semejante idea, la habría rechazado con toda su alma. Mónica quería convertir á Agustin, y mientras su obra estuviese sin terminar, no habia lugar en su mente para ningun otro pensamiento. Por eso ahora que le veía ya con-

(1) In die B. Cypriani, dum hæc Christi ancilla mereretur accipere sacramenta, dum esset in domo, fere á terra per cubitum elevata fuit, clamando quæ quietissima esse consueverat, dicens: Volemus ad cælum, volemus ad cælum, fideles. Quam cum post interrogaremus quid sibi acciderat, non respondebat; sed tanto gaudio replebatur, quod omnes ad festum perducebat, cantantes cum propheta: Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. (*Boll.*, die 4 maii.)

Pane cœli saturata,
Stat a terris elevata
Cubiti distantia;
Mente rapta exultavit;
Volitemus, exclamavit,
Ad cœli fastigia.

(*Hymn. Sanctæ Monicæ.*)

vertido, piadoso y sin necesitar su proteccion, la idea del Cielo volvía á dominarla, hablaba sin cesar y dirigía hacia él sus ardientes miradas; y como de ciertos expatriados dícese que tienen el mal del país, así tambien podia afirmarse de Mónica que tenia la nostalgia del Cielo.

El viage no interrumpia este pensamiento, al contrario le alimentaba, elevando su alma con el espectáculo de la inestabilidad de las cosas de la tierra, á un deseo cada vez mas vivo de la morada eterna. Recogida, serena, unida á Dios, y no ocupándose mas que de la eternidad, se mostraba satisfecha de su traslacion al Africa; porque en realidad, para ella, era trasladarse al Cielo.

Si el viaje no interrumpía las contemplaciones de Santa Mónica, mucho menos impedia la oracion y el estudio de su hijo. Desde la conversion, habia este dividido el tiempo en dos partes: una la dedicaba á la oracion, á recitar los salmos, á la lectura de las Santas Escrituras, y á la vida íntima con Dios, que es la verdadera felicidad y el gran reposo de este mundo; y el resto del tiempo lo consagraba al estudio de las cuestiones mas sublimes, así de la filosofía como de la teología. Acababa de terminar en Milán el *Tratado contra los Maniqueos*; bullía en su cabeza el plan del *Tratado de la Religion*, y subiendo aún mas todavía, empezaba á fijar su profunda mirada en los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion: todo esto sin detener el viaje.

Acababa tambien de preparar, siguiendo el consejo de su madre, el plan de esa vida comun, gra-

ve, sencilla, ignorada, y oculta en Dios, de la que poco antes habia hecho un delicioso ensayo en Casiaco, y que estaba decidido á no abandonar jamás. Con esta idea al pasar por Pisa, Santa Mónica y San Agustin se desviaron un poco del camino, para ver un espectáculo que llamaba singularmente su piadosa atencion. Las espesas sombras de los montes Apeninos habian dado asilo á piadosos solitarios, que renovaban en ellos las maravillas de la Tebaida. San Agustin y Santa Mónica, que antes de salir de Milán habian visitado á los religiosos y á las Virgenes dirigidas por San Ambrosio, á fin de adquirir en su conversacion y piedad las luces necesarias sobre el género de vida que iban á entablar, quisieron ver tambien á estos y conferenciar con ellos. Desgraciadamente no se conserva noticia alguna de esta excursion; es uno de los muchos sucesos acerca de los que ha dicho San Agustin: «Paso en silencio muchas cosas porque tengo deseos de concluir. Bendito seais Dios mio, no solamente por mis palabras, sino tambien por mi silencio y por tantos y tan innumerables favores como de vuestra bondad he recibido.» (1)

Ya no encontraremos á nuestros viajeros hasta su llegada á Civita-Vecchia, (Ciudad Vieja.) La tradicion ha conservado allí el recuerdo de un hecho célebre, y que confirma lo que antes hemos dicho de las altas investigaciones filosóficas y teológicas á que se entregaba Agustin, aun yendo de viaje. En uno de esos largos descansos, que la manera

(1) *Confess.*, lib. XI, cap. VIII.

de viajar por Italia en aquella época proporcionaba á los viajeros, paseábase Agustin en Civita-Vecchia á la orilla del mar, procurando en aquel momento, tal vez temerariamente, penetrar el misterio de la Santísima Trinidad, cuando de repente descubrió un niño sumamente encantador, que, habiendo hecho un hoyo en la arena, se entretenía en tomar agua con una concha y derramarla en su pequeña escavacion. Al verlo, el Santo se detiene, le mira y sonriendo con bondad, le pregunta si pensaba echar allí toda el agua del Oceano. «¿Y por qué no? replicó el niño: eso sería »mas fácil que meter en tu razon el Oceano in- »comprensible de la Santísima Trinidad.» Muéstrase todavia el sitio donde tuvo lugar esta graciosa escena, existiendo allí desde los primeros tiempos una iglesia bajo la advocacion de San Agustin.

Nuestros viajeros se trasladaron desde Civita-Vecchia á Roma; porque en el momento de abandonar la Italia para siempre, no podian dejar de ir á depositar en la tumba de San Pedro, Agustin la alegría que le causaba su fé renaciente, y Mónica la felicidad de ver á su hijo regenerado. Y ya que pensaban en la vida religiosa, y se habian separado de su camino con el solo objeto de buscar hasta en las gargantas de los montes apeninos, modelos vivos de esta misma fé, ¿podia Roma dejar de ofrecer á su piedad monasterios de Religiosos y de Vírgenes, cuyo número, pureza y perfeccion tanto celebró despues Agustin? Entraron pues en Roma todos nuestros viajeros, sin que de ello pueda haber duda alguna; pero impelidos por el

invierno que se adelantaba y cuyas primeras nieves habian visto ya sobre las cimas de los Apeninos, solo permanecieron algunos dias en la capital del Catolicismo. Mónica por otra parte, temia que su hijo enfermo del pecho, pudiera resentirse, y por lo tanto apresuró la marcha en direccion al puerto de Ostia, donde esperaba encontrar algun buque que les condujese al Africa.

Fué necesario esperar allí algunos dias, y durante este tiempo, tuvo Mónica un segundo arrobamiento, menos impetuoso que el ya mencionado, pero que elevó su alma á mayor altura aún. Hallábase sentada á la ventana de una casa próxima á la orilla del mar, y sucedia esto en el Otoño cuyas tardes, en ningun país son mas bellas que en Italia. El sol se ocultaba, los últimos resplandores reflejaban en las transparentes soledades del mar, y para gozar de tan majestuoso espectáculo, vino á sentarse Agustin al lado de su madre. El silencio que allí reinaba, la belleza del Cielo, la ilimitada estension de las olas, la idea de lo infinito que llenaba el corazon de Mónica y el de Agustin, y su paz exterior menos profunda que la que gozaban interiormente; todo esto elevó poco á poco sus almas, y puso en sus lábios una de esas conversaciones que no se usan en la tierra.

«Estando solos en esta ventana, dice San Agustín, mi madre y yo empezamos á hablar con inefable dulzura, y olvidando el pasado, y atentos solo al porvenir, llegamos á preguntarnos cuál seria en la vida eterna la felicidad de los Santos; esa felicidad que nadie ha visto, que ninguno ha oido

»referir, y que jamás el corazón humano ha so-
 »pechado; y así hablando aplicábamos los labios
 »del alma á esos manantiales sublimes de vida que
 »residen en Vos, Dios mio, á fin de que, siendo
 »regados y robustecidos con ellos, pudiéramos de
 »algun modo llegar á cosa tan elevada.» (1)

«Pero bien pronto echamos de ver que el ma-
 »yor deleite imaginable de los sentidos corporales,
 »y el mayor esplendor terreno que puede conce-
 »birse, no solamente era indigno de ponerse en
 »paralelo con la felicidad de la vida eterna, sino
 »que ni áun posible era pensar en semejante com-
 »paracion.»

«Subyugados de nuevo por el amor hacia esa
 »felicidad imperecedera, recorrimos una despues de
 »otra todas las cosas corporales, y hasta ese mis-
 »mo cielo, resplandeciente con los rayos del sol
 »próximo ya á desaparecer, así como tambien la
 »luna, y las estrellas que empezaban á brillar so-
 »bre nuestras cabezas; subiendo áun mas arriba
 »con nuestros pensamientos y atraidos por el en-
 »canto de vuestras obras, llegamos hasta nuestras
 »almas; pero no nos detuvimos allí, sino que pa-
 »samos adelante, para llegar por último á esa re-
 »gion donde está la verdadera vida, abundante,
 »inagotable, y eterna; y una vez á tanta altura,

(1) Colloquebatur ergo soli valde dulciter; et præte-
 rita obliviscentes, in ea quæ ante te sunt atenti, quæ-
 rebamus inter nos apud præsentem veritatem, quod tu
 est, qualis futura esset vita æterna sanctorum, quam nec
 oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis as-
 cendit. (*Confess.*, lib. IX, cap. X.

»sentimos hacia Vos, Dios mio, impulso de amor
 »tal, y arrebatador y poderoso en tanto grado que
 »llegaron nuestros corazones á tocar como de un
 »salto, aquella region bienaventurada.» (1)

En resúmen Santa Mónica y San Agustin se elevan hacia Dios á impulsos del amor, y, por decirlo así, llegan hasta su trono en un vuelo sublime: he aquí lo que se llama raptó. ¿Cuánto tiempo permanecieron en este estado, mudos y fuera de sí mismos? Ni el uno ni la otra podrian decirlo, porque en la suspension de las facultades que se llama éxtasis, el tiempo no corre para el alma afortunada, y aún cuando durara un siglo, no sería para ella mas que un relámpago, y como cortina que se levanta y vuelve á caer precipitadamente. De tan venturoso estado no se sale jamás sino con pena: «Nosotros dice San Agustin »exhalamos un suspiro al pensar que era preciso »bajar de la altura á que habíamos subido, y dejan-

(1) Sed inhiabamus ore cordis in superna fluentia fontis tui, fontis vitæ qui est apud te; ut inde pro captu nostro aspersi, quoquo modo rem tantam cogitaremus. Cumque ad eum finem sermo perduceretur, ut carnalium sensuum delectatio quantalibet, in quantalibet luce corporea, præ illius vitæ jucunditate, non comparatione, sed ne commemoratione quidam digna videretur; erigentes nos ardentiore affectu in idipsum, perambulavimus gradatim cuncta corporalia, et ipsum celum unde sol et luna, et stellæ lucent super terram. Et adhuc ascendebamus interius cogitando, et loquendo, et mirando opera tua; et venimus in mentes nostras, et transcendimus eas, ut attingeremus regionem ubertatis indeficientis. Et dum loquimur et inhiamus illic, attigimus eam modice toto ictu cordis. (*Confess.*, lib. IX, cap. X.)

»do allí cautivo nuestro espíritu y corazón, volvimos
 »al común modo de hablar, según el cual la palabra
 »suena para ser oída, y comienza y se acaba.» (1)

Después de este momento de silencio cuya duración se ignora, y en el que Santa Mónica y San Agustín completamente absortos en la contemplación de Dios, se habían olvidado de sí mismos, la conversación continuó entre ambos, poco más ó menos en los siguientes términos: «Supongamos,
 »decían, que se encontrase un alma enteramente
 »libre de la ruidosa inquietud que en ella causan
 »las impresiones del cuerpo; que no la conmovie-
 »ran de modo alguno las sensaciones que por la
 »vista y demás sentidos corporales recibe de la
 »tierra, de las aguas y de los cielos; que esta
 »misma alma no hablase consigo misma, y que co-
 »mo olvidada de sí no se detuviese á reflexionar;
 »que no la hablaran tampoco los sueños ni las
 »imaginaciones, y por último, que enteramente libre
 »de todo lenguaje, enmudeciesen para con ella las
 »criaturas después de haberla dicho lo que están di-
 »ciendo siempre á cualquiera que quiere oírlas: *No
 »nos hemos hecho á nosotras mismas, sino que nos hizo
 »el que permanece y dura eternamente.* Supongamos
 »también que después de decirlo, esta voz se im-
 »pusiera silencio á sí misma, y guardándole tam-
 »bien todo el universo, como para atender y es-
 »cuchar á su Criador, hablase entonces Él solo y
 »por sí mismo á aquella alma, y que esta oyese

(1) Et suspiravimus et reliquimus ibi religatas primitias spiritus, et remeavimus ad strepitum oris nostri, ubi verbum et incipitur et finitur. (*Confess.*, lib. IX, cap. X)

»su palabra, no de boca de los hombres ni de
 »boca de los ángeles, ni mediante el fragor ó ruido
 »de las nubes, ni por símbolos ni enigmas, sino
 »de el mismo Criador que el alma adora en estas
 »criaturas; y que le oyera, digo, hablar sin ellas,
 »como nosotros acabamos de experimentar en este
 »mismo momento, llegando por un arranque de
 »amor hasta la eterna é inmutable sabiduría. Su-
 »pongamos en fin, que esta sublime contemplacion
 »dura siempre; que desaparecen del espíritu todas
 »las demás cosas que son de un órden inferior, y
 »que solo aquella arrebate, cautive y absorba al con-
 »templador en su gozoso éxtasis, y que la vida sea
 »eternamente igual á este momento de clara in-
 »teligencia que nosotros hemos tenido: ¿no sería
 »esto todo lo que se le promete al alma diciendo:
 »*Entra en el gozo de tu Señor? Intra in gaudium*
 »*Domini tui?* (1)

(1) Dicebamus ergo: Si cui sileat tumultus carnis, si-
 leant phantasie terræ et aquarum et aeris, sileant et
 poli, et ipsa sibi anima sileat, et transeat se non se cogi-
 tando, sileant omnia et imaginariæ revelationes, om-
 nis lingua et omne signum, et quidquid transeundo fit,
 si cui sileat omnino; quoniam si quis audiat, dicunt te
 omnia. Non ipsa nos fecimus, sed fecit nos qui manet
 in æternum: his dictis, si jam taceant quoniam erexe-
 runt aures in eum qui fecit ea; et loquatur ipse solus,
 non per ea, sed per se ipsum, ut audiamus verbum ejus,
 non per linguam carnis, neque per vocem angeli, nec
 per sonitum nubis, nec per ænigma similitudinis, sed ip-
 sum quem in his amamus, ipsum sine his audiamus,
 sicut nunc extendimus nos, et rapida cogitatione attigi-
 mus æternam sapientiam super omnia manentem; si
 continetur hoc, et subtrahantur aliæ visiones longe im-
 paris generis, et hæc una rapiat et absorbeat, et recon-
 dat in interiora gaudia spectatorem suum, ut talis sit
 sempiterna vita, quale fuit hoc momentum intelligentiæ,
 cui suspiravimus, nonne hoc est: *Intra in gaudium Do-*
mini tui? (*Confess.*, lib. IX, cap. X.)

Tales eran los pensamientos del hijo y de la madre; así rebosaban de sus almas la alegría celestial, el olvido del mundo, el amor de Dios, y las aspiraciones cada día más ardientes hacia el Cielo, que habían producido las escenas referidas poco ha. Sentados á la ventana de su morada en Ostia, asidos de la mano, y con los ojos y el corazón levantados al Cielo, contemplaban sucesivamente, la tierra, el mar, los astros, en una palabra todas las cosas creadas; y hallándolas pasajeras y demasiado pequeñas, subían juntos, alejándose de este valle de lágrimas, á la región de la hermosura imperecedera y del amor eterno.

«Hijo mío, dice Mónica con gravedad y ternura al acabar esta conversacion: nada al presente me detiene ya en la tierra: no sé que me reste hacer en ella cosa alguna, ni sé porque vivo ya, puesto que todas mis esperanzas se han realizado. Una sola cosa había por que deseaba vivir un poco, y era el verte cristiano y católico antes de mi muerte. Pues bien Dios ha hecho mucho más; y una vez que te veo despreciar la felicidad terrena por su divino servicio; ¿qué espero ya en el mundo?» (1)

Más adelante y aprovechando un momento en

(1) Fili, quantum ad me attinet, nulla jam re delector in hac vita. Quid hic faciam adhuc et cur hic sim nescio, jam consumpta spe hujus sæculi. Unum erat propter quod in hac vita aliquantum immorari cupiebam, ut te christianum catholicum viderem priusquam morerer. Cumulatus hoc mihi Deus meus præstitit, ut te etiam, contempta felicitate terrena, servum ejus viderem, quid hic facio? (*Confess.*, lib. IX, cap. X.)

que Agustin no estaba presente, habló con grande ardor del desprecio de esta vida, y de la felicidad que la muerte acarrea; y como Alipio, Navigio y demás que la oían, admirados de ver tan varonil virtud en una simple muger, la preguntasen si por lo menos no sentiría morir y dejar el cuerpo lejos de su pátria: «Oh! no, les contestó; »nada hay lejos para Dios: ni hay que temer se »le olvide ó no sepa el lugar donde reposa mi »cuerpo, para resucitarle al fin del mundo.» (1)

Esta abnegacion é indiferencia respecto del lugar de su muerte era nuevo en Santa Mónica, y aparecía como una flor preciosa que se abre despues de todas las otras; porque hasta entónces, segun dice San Agustin, siempre se habia mostrado muy preocupada del lugar de su sepultura; habíala hecho construir de antemano en Tagaste; y precisamente porque su marido la causó grandes disgustos, deseaba y se conceptuaba feliz, en que su cuerpo reposára en la misma tumba que él. Este deseo habia crecido desde que Patricio, volviéndose á Dios, abrazára el cristianismo; y desde que conducido á la luz, habia experimentado ella en su alma esa inefable ternura de que hemos hablado ya. Por eso, cuando salió de Africa para ir en busca de Agustin, dió las disposiciones necesarias, á fin de que si llegaba á morir, su cuerpo fuese trasladado á Tagaste; deseando vivamente dejar al mundo esta prueba de fidelidad, y que se dijese siempre que no obstante haber pasado

(1) *Confess*, lib. IX, cap. X.

el mar y dado fin á tan largo viaje, no quiso privarse del gusto de mezclar sus cenizas con las de su marido en una misma tumba. (1)

Poco á poco, y á medida que Mónica se aproximaba al Cielo, estos pensamientos palidecian en su alma. Dormir aquí ó allí, en Italia ó en Africa ¿qué importa con tal de que vayamos á despertar en la gloria? Con tal de que los corazones estén en perpétua union ¿qué importa que las cenizas reposen ó nó en un mismo sepulcro? Patricio se habia sepultado en Dios; ella á su vez iba tambien á sepultarse en el mismo Dios, y Agustín vendría en seguida á unirse con ella; lo demás no merecía la pena.

En tal estado; desprendida, olvidada de todo, no teniendo ya mision que llenar en la tierra, sin impaciencia como sin temor, y con la acostumbrada tranquilidad de ánimo, Mónica esperaba la señal que por cierto no debia tardar.

En efecto, cinco dias despues de la conversacion de que hemos hecho referencia, fué acometida Santa Mónica de un acceso de fiebre que la obligó á guardar cama. Creyóse al pronto que no sería mas que un poco de cansancio, ocasionado por el largo viaje que acababa de hacer, pero ella no se engañó; y comprendiendo desde luego que la llamaba el Esposo, no pensó ya en otra cosa que en prepararse á recibirle.

Poco despues lo comprendió mejor; pues estando en cama recogida y orando, tuvo un nuevo arrobamiento, y uno de esos dulces pe-

(1) *Confess.*, lib. IX, cap. XI.

ro vehementes éxtasis que arrebatan el alma, dejando esta vez el cuerpo tan inmóvil y sin fuerzas que se llegó á creerla muerta. Agustín, Adeodato y Navigio corrieron en su auxilio, y se agitaban en busca de medios para volverla á la vida, cuando abriendo los ojos dulcemente, «¿A dónde estoy? dijo asombrada; y para revelar en una sola palabra, las altas regiones de donde venia y lo que allí habia visto: «Aquí dejaréis enterrada á vuestra madre.» añadió. (1)

Al oír estas palabras bien claras por cierto, sintió Agustín que de su corazón subia un mar de lágrimas; pero tuvo la fuerza suficiente para reprimirlas. No así Navigio, que mas débil exclamó diciendo: «¡Morir, y morir aquí! ¡si al menos fuese en nuestra pátria!» Al percibirlo Mónica dirigióle una mirada de dulce reconvencion, y hablando despues con Agustín como mas fuerte: «Hijo mio, le dijo: ¿oyes lo que dice este?» y continuó hablando con los dos en estos términos: «*Enterrad mi cuerpo donde quiera, y no os preocupeis por él; lo que pido y encomiendo eficazmente, es que os acordeis de mi ante el altar del Señor, en cualquier lugar que esteis.*» (2)

(1) Cum ægrotaret, quodam die defectum animæ passa est, et paululum subtracta a presentibus. Nos concurrimus, sed cito reddita est sensui, et apcepit astantes, me et fratrem meum, et ait nobis quasi quærenti similis: «Ubi eram?» Deinde nos intuens mœrore attonitos. Pone-tis hic, inquit, matrem vestram.» *Confess.*, lib. IX, cap. XI.)

(2) Ponite, inquit, hoc corpus ubicumque; nihil vos ejus cura conturbet; tantum illud vos rogo, ut ad Domini altare meminieritis mei, ubi fueritis. *Confess.*, lib. IX, cap. XI.)

Desde entónces guardó completo silencio, ocupada únicamente en recoger su alma y prepararla á la venida del Esposo. Examinose tranquila y cuidadosamente, á fin de separar de su espíritu el polvillo que se adhiere áun á las flores mas bellas, y se esforzó cuanto pudo para que la fé, el amor, la esperanza, la humildad y el mas completo desasimiento de las cosas de la tierra, se desarrolláran en su corazon antes de la llegada de aquel á quien esperaba.

Mónica sufría crueles dolores, pero el dolor no es obstáculo para la transformacion de las almas; por el contrario, es el obrero mas activo. Solo el amor es mas fuerte que el dolor y que la muerte; así que cuando los tres trabajan de consuno en purificar y en adornar un alma, adquiere esta en pocas horas una belleza incomparable.

Agustin asistía silencioso á esta transformacion de su madre. Un año atras semejante espectáculo incomprendible para él, le habria hecho sucumbir bajo su peso; pero de entónces acá, en el hijo se habia injertado el cristiano, y en el cristiano habia ya algo del sacerdote, que iba á mostrarse muy luego. Así que lleno de ternura filial y tambien de virilidad cristiana, Agustin no se separaba un momento de su madre; y unas veces admirado y otras lleno de dolor, seguía atentamente y hasta ayudaba con su oracion, en momentos de fervor, á el maravilloso, y á la vez terrible esfuerzo que iba á separar de la tierra á Santa Mónica.

Llena esta de fortaleza, le animaba con sus miradas, y aunque sufría mucho, como conociese que

su postrera hora se aproximaba, y que no era menester mas que un esfuerzo, daba gracias á su hijo por el apoyo que de él recibia. Llamábale su buen hijo, y como creyese leer en la frente de Agustín el disgusto que le causaba la idea de haber sido para ella, por espacio de tantos años, la causa de tantas lágrimas, le abrazó cariñosamente asegurándole que jamás pronunciaron sus labios palabra que pudiese desagradarla. (1)

Pasaron así nueve días, al cabo de los cuales sonó por fin la hora del rescate, queriendo Dios añadir un gran sacrificio á los dolores de sus últimos momentos. Mónica deseaba recibir la Santa Eucaristía, como viático del largo viaje que iba á emprender; pero era tan grande el sufrimiento de su estómago, que fué preciso negarla este consuelo. A falta del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo tomó una Cruz en la mano, y hasta que exhaló el último suspiro, sus ojos la miraron sin cesar. Orando en silencio, llena de fé, olvidada de todo, y feliz al pensar que iba la primera al lugar donde mas tarde se le uniría Agustín, dejaba ver sobre su rostro, cual sol que se pone en dulce y esplendente tarde de verano, un reflejo de luz, de gozo y de tranquilidad.

Refiérese que en sus últimos momentos, como pidiese Mónica con insistencia al divino Salvador,

(1) In ea ipsa ægritudine obsequiis meis inter blandiens, appellabat me pium, et commemorabat grandi dilectionis affectu, nunquam se audisse ex ore meo jaculatum in se durum aut contumeliosum. (*Confess*, lib. IX, cap. IX.)

que se le rehusaba por el mal estado de su estómago, se vió entrar en su habitacion un niño, semejante al que pocos dias antes encontrára Agustin á la orilla del mar en Civita-Vecchia, el cual aproximándose al lecho de la Santa é inclinándose hacia ella, besó su pecho; y que inmediatamente, cual si este niño la hubiese llamado, Mónica dejó caer su cabeza y exhaló el último suspiro. (1) Agustin, Adeodato, Navigio, Alipio y Evodio estaban de rodillas en torno de su lecho, *cuando esta alma santa dejó caer sus cadenas corporales*, para volar al Cielo. Era el noveno dia de su enfermedad, el año cincuenta y seis de su nacimiento, el treinta y tres de el de Agustin, y un poco antes del dia 13 de Noviembre de 387; pero se ignora el dia fijo en que esto tuvo lugar. (2)

Tan luego como Mónica espiró, lanzó Adeodato un grito terrible, y se abrazó al cuerpo de su abuela bañándola con sus lágrimas; pero se le hizo callar inmediatamente, pues semejando tal muerte un verdadero triunfo no se queria deslucirle con el llanto. Apaciguado Adeodato, todos se ar-

(1) Cum apud Ostia Tiberina infirmaretur, et sacramentum a nobis fideliter peteret, nec dolore stomachi vexata valeret retinere, visibiliter infantulus nocte media ad lectum Dei famulæ venit, eamque in pectore amplectens, anima illa sancta ad cælum volavit. *Boll.*, die 4 maii.)

(2) Ergo die nono ægritudinis suæ, quinquagesimo et sexto anno ætatis suæ, trigesimo et tertio ætatis meæ, anima illa religiosa et pia corpore soluta est. (*Confess.*, lib. IX, cap. XI.)

rodillaron, para orar en silencio; mas Agustin no pudo reprimirse: sintiendo que se amontonaban en su alma torrentes de dolor, y conteniendo á fuerza de energía los arroyos de lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, se levanta, se aproxima al lecho, mira por largo tiempo y contempla por última vez el rostro de su madre; y, despues de cerrar por sí mismo y lleno de gratitud, aquellos ojos que tanto habian llorado por él, huye de la estancia apresuradamente; porque tampoco él queria entristecer con los gemidos del hijo, una escena en la que, segun su corazon de cristiano, todo debiera respirar alegría. (1)

Habiéndose esparcido durante este tiempo por el pueblo la noticia de la muerte de Mónica, vióse acudir á su morada gran número de cristianos y de mujeres piadosas. Hacía muy pocos dias que la Santa residia en Ostia, y sin embargo, sea por que la reputacion de Agustin y la noticia de su conversion y bautismo le hubiesen precedido; sea mas bien por que las maravillas, que honraron los últimos dias de Mónica, se hubiesen difundido entre las gentes del pueblo; sea tal vez que, como de ello hay ejemplos en las vidas de los santos, Dios hubiese revelado á algunas almas el misterio de piedad que acababa de cumplirse; la pequeña habitacion donde habia fallecido Mónica, se llenó de cristianos que alababan á Dios por una muerte tan santa.

Mientras esto sucedia, Navigio, Evodio, Alipio y Adeodato recitaban en alta voz los salmos de

(1) *Confess.*, lib. IX, cap. XII.

David; y Agustin colocado en medio de ellos, sufría un doble y terrible dolor. Por una parte sentía que se desgarraba en él esa vida, compuesta de la de su madre y de la suya, que antes formaban una sola, teniendo el corazon traspasado de un dolor espantoso, que hacía afluir á sus ojos arroyos de lágrimas; pero á la vez estaba enagenado y como fuera de sí, al ver las maravillas que habian ilustrado la defuncion de su madre. Persuadido de que su muerte habia sido su triunfo, y creyendo que por lo tanto no debia llorarla, luchaba enérgicamente con un mar de lágrimas, y ordenaba á sus ojos que continuasen secos. «Sentía, dice, afluir á mi corazon un dolor inmenso, pronto á convertirse en torrentes de lágrimas; pero mis ojos obedientes al imperioso mandato de mi alma, reprimian su corriente permaneciendo enjutos, y esta lucha me desgarraba.» (1)

En efecto, cuanto menos lloraba Agustin mayor y mas sofocante era su pena. No pudiendo abrirse paso las lágrimas, inundaban su corazon y le apenaban terriblemente. «Yo, continúa diciendo, impedía el curso de mi dolor que de pronto cedía un poco, pero luego volvia impulsado por su propia violencia, sin que apesar de eso apareciesen mis lágrimas, ni mucho menos se alterase el rostro; solo yo conocía la terrible lucha de mi

(1) Quoniam itaque deserebar tam magno ejus solatio, sauciabatur anima mea, et quasi dilaniabatur vita, quæ una facta erat ex mea et illius. (*Confess.*, lib. IX, cap. XII.)

»corazon, pues que estaba agobiado por toda clase
»de penas.» (1)

Así pasó Agustín el día de la muerte de su madre y el siguiente; velando, orando á su lado, recitando los salmos en una sala inmediata acompañado de sus amigos, hablando con ellos, y por último, siguiendo el cortejo fúnebre, pálido, silencioso, abatido, y devorando en silencio sus lágrimas. «Seguí al cuerpo, que se llevó á la Iglesia, y de ella volví, dice, sin haber vertido una lágrima. No lloraba ni aún al recitar las oraciones que os dirigamos en el momento de ofrecerse el sacrificio de nuestra redencion en sufragio de su alma, ni cuando el cadáver estaba ya al borde de la fosa en que iban á sepultarle; nó, ni una lágrima al oír esas oraciones; pero la tristeza me consumía, y mi corazon hecho pedazos os pedia, Dios mio, de la manera que le era posible, que os dignárais sanarle.» (2)

(1) *Increpabam mollitiem affectus mei, et constringebam fluxum mæroris, cedebatque mihi paululum; rursusque impetu suo ferebatur, non usque ad eruptionem lacrymarum, nec usque ad vultus mutationem; sed ego sciebam quid corde premerem. (Confess., lib. IX, cap. XII.)*

(2) *Cum ecce corpus elatum est, redimus sine lacrymis. Nam neque in eis precibus quas tibi fudimus cum offerretur pro ea sacrificium pretii nostri, jam juxta sepulcrum posito cadavere, priusquam deponeretur, sicut illic fieri solet, nec in eis precibus ego fleui; sed toto die graviter in oculo mæstus eram, et mente turbata, rogabam te, ut poteram, quo sanares dolorem meum. (Confess., lib. IX, cap. XII.)*

La tarde del día del entierro ensayó Agustín algunos remedios usados entre los antiguos; porque, novicio en la fé, embarazábanle no poco sus antiguas ideas estóicas. Buscaba en el baño, en el paseo, y en el sueño, la dulcificación de su pena, pues costárale lo que le costara, no quería llorar; pero, á pesar de sus grandes esfuerzos, fúele imposible contenerse.

Al día siguiente, cuando despertó por la mañana y no vió ya á su madre, pensando en su bondad, en su cariño, en el profundo é inalterable afecto con que le habia tratado siempre, y en los servicios, mas bien de esclava que de madre, que le habia prestado durante mas de treinta años, sintió que su corazón se deshacía en llanto. «Solté pues el dique á mis lágrimas, que hasta entonces habia tenido contenidas, dice Agustín, y dejándolas correr cuanto quisieron, solo, y sentado sobre mi cama, gustaba la felicidad de llorar, sin testigos, la pérdida irreparable de una madre, que por tantos años no habia cesado de llorar por mí.» (1)

Desde entonces y hasta terminar sus días, Agustín estuvo siempre de duelo; ni por un momento olvidó á su madre. Todos los días oraba por ella; y luego que se hizo sacerdote, todas las mañanas la conmemoraba en el altar santo cumpliendo la recomendación que le hiciera próxima ya á morir.

(1) Et dimisi lacrymas quas continebam, ut effluerent quantum vellent, substernens eas cordi meo... Et libuit flere in compectu tuo de illa et pro illa, de me et pro me... (*Confess.*, lib. XI, cap. XII.)

A cada instante se le representaba la imágen de Mónica, que aproximándose le excitaba cariñosamente á vivir en la virtud, y á no separarse jamás de Dios. Hablaba de esto con frecuencia á los amigos, y algunas veces hasta refería á su pueblo las virtudes de su madre. Un dia, por ejemplo, siendo ya de edad muy avanzada, y cuando hacia mas de treinta años que Santa Mónica habia muerto, hablaba de los difuntos, del respeto que se debe á su memoria, de la obligacion de pedir por ellos, y de las supersticiones que es menester evitar, tales como creer que los difuntos pueden volver á la tierra y aparecérsenos; y entónces se apoderó de él un vivo recuerdo de su madre. «Oh! no, dijo el Santo, los muertos no »vuelven; porque si tuviesen esa facultad, no habrí»a noche en que yo no viese á mi piadosa madre; á la que, mientras estuvo en el mundo, no »podia vivir separada de mí; y á la que por mar »y tierra me ha seguido hasta los mas lejanos países, para estar siempre á mi lado. Porque no »permita el Cielo, añadía, que al entrar mi madre »en una vida mas afortunada y mas dichosa, haya »dejado de ser para mi tan amante como era; y »que haya de atribuirse á esta causa el que no »venga á consolarme cuando sufro: ella, mi madre, me ha amado mucho mas de lo que yo pudiera decir.»

Pero lo que mas áun que esto prueba el tierno y profundo recuerdo que Agustin consagraba á su madre, son sus *confesiones*. Allí en esa obra inmortal, que escribió para alejar de sí la admi-

racion de que se veia rodeado, y que dió por resultado engrandecerle mas todavia; allí, digo, es donde se ve el amor que habia profesado á su madre, áun cuando, queriendo humillarse á sí mismo, haya debido dejarla, digámoslo así, como entre sombras, por miedo de que la aureola de la Santa pudiera iluminar su propia frente; allí, á pesar de sus reticencias, de sus medias palabras, allí es donde se ve brillar como á traves de un velo trasparente, la dulzura, la piedad, la modestia virginal la castidad purisima, el heroismo maternal, y el divino amor de esta mujer incomparable. Allí, en fin, donde se ve lo que es una madre cristiana, lo que puede hacer para salvar á sus hijos; y, despues que los ha salvado, curado y resucitado con ferviente oracion, los piadosos recuerdos y el tierno é indestructible reconocimiento que esta misma madre hace germinar en sus corazones.

Demos de esto la última prueba, y terminemos con Agustin la relacion de muerte tan admirable, citando una página de sus *confesiones* que es de singular belleza, y que hace resonar con acentos nunca oidos un dolor filial que el tiempo ha calmado sin debilitarle, y un amor que la separacion ha robustecido haciéndole mas puro.

«Pero dice San Agustin, ahora, esto es, trece años despues de la muerte de su madre, ahora que estoy ya curado de aquella herida que penetró mi corazon pudiéndose reprender como excesivo mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mio, por aquella sierva vuestra otro género muy diferen-

»te de lágrimas: las que me arranca el temor de
 »mi espíritu, al considerar los peligros del alma que
 »muere en el estado miserable de los hijos de Adán.
 »Verdad es, Señor, que mi madre fué regenerada
 »en Cristo, y que mientras vivió en este mundo,
 »tuvo una conducta tan justificada, que su fé y
 »sus costumbres dan motivo á que se alabe vues-
 »tro santo nombre; pero con todo eso no me atre-
 »veré á asegurar, que desde que recibió la vida de
 »la gracia en el bautismo, no se escapase de su
 »boca alguna palabra de las prohibidas en vues-
 »tros mandamientos. Por esto pues, vida mia, y
 »Dios de mi corazón, dejando ahora las buenas
 »obras de mi madre, por las cuales os bendigo y
 »rindo acciones de gracias, os pido el perdón de
 »sus pecados. Concedézmele, Señor, por los mé-
 »ritos de Jesucristo, médico de las almas que murió
 »en la Cruz, y que sentado hoy á vuestra diestra,
 »no cesa de interceder por nosotros. Yo sé que mi
 »madre ejercitó las obras de misericordia, y per-
 »donó muy de corazón á todos los que la habían
 »ofendido; pues bien, Señor, perdonadla Vos tam-
 »bien á ella sus deudas, si contrajo alguna en
 »tantos años como vivió, despues que fué lavada
 »en el agua saludable del bautismo. *Perdonadla*
 »*Señor, perdonadla, y no entreis con ella en juicio.*
 »*Sobresalga, Señor, vuestra misericordia al lado de*
 »*vuestra justicia.*» (1)

(1) Ego autem. jam sanato corde ab illo vulnere in quo poterat redargui carnalis affectus, fundo tibi, Deus noster, pro illa famula tua longe aliud lacrymarum genus, quo manat de concusso spiritu consideratione pe-

«Pero ¿no habréis hecho ya Vos lo que os pido? Asi lo creo, Dios mio; mas sin embargo aceptad, Señor, esta ofrenda de mi deseo... que ninguno prive á mi madre de vuestra proteccion: que ni por la fuerza, ni por la astucia pueda el dragon infernal colocarse entre ella y Vos. Verdad es que no se atreverá á decir que no debe cosa alguna, temiendo ser convencida de lo contrario por la astucia de su acusador; pero responderá que su deuda le ha sido ya condonada por aquel Señor, á quien nadie puede satisfacer lo que pagó por nosotros sin deberlo.» (1)

ricolorum omnis animæ quæ in Adam moritur. Quamquam illa in Christo vivificata, etiam nondum á carne resoluta, sic vixerit ut laudetur nomen tuum in fide moribusque ejus, non tamen audeo dicere, ex quo eam per baptismum regenerasti, nullum verbum exiisse ab ore ejus contra præceptum tuum. Ego itaque, laus mea et vita mea, Deus cordis mei, repositis paulisper bonis ejus actibus, pro quibus tibi gaudens gratias ago, nunc pro peccatis matris meæ deprecor te; exaudi me per Medicinam vulnere nostrorum quæ pependit in ligno, et sedens ad dexteram tuam, te interpellat pro nobis. Scio misericorditer operatam, et ex corde dimisise debita debitoribus suis; dimitte illi et tu debita sua, si qua etiam contraxit per tot annos post aquam salutis. Dimitte, Domine, dimitte obsecro ne intres cum ea in judicium. (*Conf. ss.*, lib. IX, cap. XIII.)

(1) Et credo jam feceris quod te rogo, sed voluntaria oris mei approba, Domine. Nemo a protectione tua dirumpat eam. Non se interponat nec vi nec insidiis leo et draco; neque enim respondebit illa nihil se debere ne convincatur et obtineatur ab accusatore callido, sed respondebit dimissa debita sua ab eo cui nemo reddet quod pro nobis non debens reddidit. (*Confess.*, lib. IX, cap. XIII.)

«Descanse eternamente en paz con su marido,
 »único que tuvo, pues ni antes ni despues de él
 »conoció á otro; habiéndole servido de manera que,
 »al mismo tiempo que mereció mucho para con
 »Vos por su paciencia, logró tambien ganarle para
 »vuestro servicio. Inspirad Dios mio, á vuestros
 »servidores que miro como á hermanos; é ins-
 »pirad tambien á vuestros hijos que venero como
 »á señores míos, y á quienes sirvo con mi pa-
 »labra, con mi corazon y con mis escritos,
 »que al leer estas mis *confesiones*, hagan ante
 »vuestros altares conmemoracion de Mónica vues-
 »tra sierva, y juntamente de Patricio su espo-
 »so, por medio de los cuales me disteis el ser,
 »y me tragisteis al mundo sin saber yo como; y
 »que se acuerden con afectuosa caridad de los que
 »fueron mis padres en esta luz y vida transitoria,
 »como se lo ruego á todos. Así tendré yo el con-
 »suelo de haber procurado á mi madre las ora-
 »ciones de muchos, y de conseguir por medio de
 »estas *confesiones*, mas abundantemente que por
 »mis oraciones, la última cosa que me pidió y en-
 »cargó desde su lecho de muerte.» (1)

(1) Sit ergo in pace cum viro, ante quem nulli et post quem nulli nupta est; cui servivit fructum tibi afferens cum tolerantia, ut eum quoque lucraretur tibi. Et inspira, Domine meus, Deus meus, inspira servis tuis fratribus meis, quibus voce et corde et litteris servio, ut quotquot hæc legerent meminerint ad altare tuum Monicæ famulæ tuæ, cum Patricio quondam ejus conjugæ, per quorum carnem introduxisti me in hanc vitam quemadmodum nescio. Meminerint cum affectu pio parentum meorum in hac luce transitoria... Ut quod á me illa poposcit extremum uberius ei præstetur in multorum orationibus, per confessiones, quam per orationes meas. (*Confess*, lib. IX, cap. XIII.)

CAPÍTULO DIEZ Y SEIS.

EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS.

Santa Mónica habia muerto llena de felicidad y de contento, viendo á su hijo piadoso y fervoroso cristiano, ¿qué hubiese sido si esta madre venerable hubiera podido contemplar la continuacion de su bella obra, y asistir al desarrollo extraordinario de santidad y de ingenio que debia efectuarse en Agustin, y del cual su vida de Casiaco, habia sido solo una pálida aurora? Dios no lo quiso; tal vez por ser demasiada felicidad para esta tierra, y porque debia gozar de ella en la eternidad: mas á nosotros que, á traves de las oscuridades de la historia, aspiramos á comprender lo que fué esta santa mujer, permítase detenernos ante tan maravilloso espectáculo; y si es verdad que Mónica no tuvo solamente la mision de convertir á su hijo, sino tambien la de preparar y dar á la Iglesia el mayor de sus doctores, como parece confirmar la historia, será estudiar á la madre el contemplar en toda la estension de su genio y santidad al hijo, que ella dejó tras sí en la tierra; y esta pintura del gran genio y corazon de Agustin, si lográramos hacerla y presentarla debidamente, podría ser un *fondo de oro* sobre el cual el rostro venerable de Santa Mónica llegara á dibujarse en todo su esplendor.

Tan luego como Agustin dió sepultura al cuerpo de su madre, resolvió pasar á Roma. No sentía

valor suficiente para abandonar su querida tumba, y acordó quedarse en Italia, para tener así la felicidad de orar amenudo ante ella, y buscar allí las luces y las inspiraciones que una madre no niega jamás á sus hijos, áun despues de bajar al sepulcro. Permaneció en Roma un año entero, continuando el mismo género de vida que comenzára en Casiaco; empleaba la mañana en la oracion, en la meditacion de la Santa Escritura, que no abandonará ya jamás, y escribiendo muchas obras de que nos ocuparemos bien pronto. Por la tarde visitaba las iglesias y lugares santos tan numerosos en Roma: las catacumbas, donde con las lágrimas en los ojos besaba las reliquias de los mártires; y, sobre todo, los monasterios, de los que no salia casi nunca, iniciándose así poco á poco en la vida religiosa á que aspiraba su corazon, y que se proponía fundar y establecer en el Africa. Cuando se leen las cartas que muy de tarde en tarde escribia en esta época, se descubre el ardor santo que por dias se apoderaba de su alma. No respiraba mas que pobreza y humildad; suspiraba solo por la soledad, en la cual, segun sus mismas palabras, se puede mejor que en ninguna otra parte, santificarse y deificarse; y llamaba á la muerte «compañera del amor, porque abre la puerta, decia, y permite llegar hasta aquel á quien se ama.» Las visitas de Agustin á la tumba de su madre no eran estrañas á este proyecto, antes bien acababan de hacerle olvidar todo lo terrestre, y de trasportar al Cielo su corazon.

Terminado el año de este duelo filial, partió Agustín para el Africa en compañía de Adeodato su hijo, de Alipio y Evodio sus amigos á quienes se unieron otros; y despues de vender y distribuir entre personas pobres los pocos bienes que habia heredado de su padre, tomando y haciendo tomar á los que le acompañaban una túnica negra ceñida á los riñones por áspero cinturón de cuero, y afeitándose la cabeza en forma de corona, segun el uso de los monges del Egipto, inauguró con sus amigos á las puertas mismas de Tagaste, esa vida de oracion, de pobreza, y obediencia con que venia soñando desde tanto tiempo atras. Agustín, dice su historiador, permaneció en aquel retiro cerca de tres años, siempre extraño á las inquietudes del mundo, viviendo con sus compañeros solo para Dios, ayunando, orando y ejercitándose en las buenas obras, meditando dia y noche los misterios de la fé cristiana, y trasmitiendo por sus conversaciones y sus cartas, así á presentes como á ausentes, las extraordinarias luces que Dios le comunicaba en la contemplacion. (1) Por aquel tiempo escribía poco áun, no salia de su retiro cási nunca, y evitaba con particular cuidado el aparecer en público, sobre todo en las poblaciones donde no habia sacerdotes ni Obispos; porque empezaba á esparcirse ya su fama, y temia le sucediese lo que á San Ambrosio y á otros muchos de quienes el pueblo se habia apoderado, haciéndoles ordenar sacerdotes ú obispos contra su voluntad.

(1) *Posidius*, cap. III,

Pero habia llegado la hora dispuesta por Dios para que esta luz brillase sobre el candelero, y las humildes precauciones de Agustin fueron inútiles. Un dia, dominado por el deseo de atraer á la vida religiosa cierta alma que parecia propósito para ella, se habia trasladado á Hipona; como asistiese al Santo Sacrificio de la Misa profundamente recogido y sin la menor desconfianza, pues que en aquella ciudad habia Obispo, este, que era un anciano venerable, subió al púlpito, y como por casualidad, empezó á lamentarse de lo pesado de su cargo, y de la necesidad que tenia de algun sacerdote jóven que pudiera ayudarle á soportar tan gran peso. Al oír esto, las miradas de todos se fijan en Agustin, y apoderándose el pueblo de él, es conducido por fuerza á los piés del Obispo, pidiendo todos á grandes gritos y con extremado ardor, que fuese ordenado sacerdote. El santo jóven, que ni siquiera habia sospechado la posibilidad de semejante escena, se deshizo en lágrimas y sollozos, y algunos que no le conocian, añade el historiador, creyendo consolarle, decian á su oído, que el rango del simple sacerdote, aunque inferior á su mérito, le aproximaba, no obstante, al episcopado; pero un pensamiento mucho mas alto, segun Posidio, era el que hacia gemir al siervo de Dios. (1) Agustin recordaba su vida pasada, y llorando pensaba en la cuenta que sin tardar habia de pedirle Dios de tan alta dignidad, y de tantas almas como iban á confiarse á su direccion.

(1) *Posidius*, cap. IV.

Una vez ordenado sacerdote, lejos de abandonar la vida que llevaba en Tagaste, resolvió hacerla mas pobre aún y mas humilde. Prévio el permiso del Obispo, hizo que se trasladasen á las inmediaciones de Hipona sus primeros compañeros de soledad, á los cuales se unieron otros; y en un sitio apacible y silencioso fundó el monasterio que muy pronto fué verdadera escuela de santidad, saliendo de allí todos los grandes Obispos que por aquella época tuvo el Africa. San Alipio, Obispo de Tagaste; San Evodio, Obispo de Ozala; San Severo, Obispo de Milevi; San Posidio, Obispo de Calamo, el cual ha dejado escrita una vida de Agustin breve, es verdad, pero muy preciosa; San Profuturo, Obispo de Cirte, y mas de otros diez eminentes en santidad, que fundando á su vez monasterios, y «celosos, dice Posidio, de la exaltacion del Verbo de Dios, fomentaron en todas partes la paz y la unidad de la Iglesia.» En medio de ellos fué donde Agustin empezó á esparcir la luz, que habia atesorado durante los cinco años transcurridos desde su conversion, predicando todos los domingos en la iglesia de Hipona; llamando los hereges á conferencias públicas; multiplicando sus cartas é improvisando diferentes obras; «y siempre pronto, continúa Posidio, ya en público ya en particular, en la casa ó en la iglesia, á enseñar la palabra de salvacion.» «Sus obras y sermones, añade, producian en los cristianos verdaderos trasportes de admiracion y de gozo, y sus libros, que por particular y admirable gracia de Dios, se sucedian y esparcian con rapidez, eran recibidos, á

cual mejor, entre los hereges y los católicos, que rivalizaban en deseo de leerlos; y se disputaban la pluma de los notarios para recoger sus palabras, aunque fuesen insignificantes. De este modo la iglesia de Africa, humillada por tanto tiempo, levantaba la cabeza, y hasta la iglesia de Ultramar se mostraba orgullosa.» (1)

Pero lo que hizo brillar mas el súbito desarrollo de genio y de santidad que se habia obrado en un sujeto tan jóven, bautizado hacia cinco años, y sacerdote pocos dias antes, fué la conducta de su anciano Obispo, «engreído mas que nadie, y bendiciendo á Dios con los ojos bañados en lágrimas por haberle enviado semejante socorro;» resistiendo á los envidiosos que alegaban no sé que ley, para imponer silencio á Agustin, y sonriendo dulcemente á los que pretendian despertar en él la envidia; y por último, á fin de que otras iglesias no viniesen á arrebatarle tan poderoso auxilio, ocultándole en un lugar retirado, mientras obtenia del primado de Africa el permiso para nombrarle su coadjutor.

Conseguido esto, travóse un interesante combate: por una parte el anciano Obispo subiendo al púlpito, y anunciando lleno de alegría al pueblo su intencion de ordenar Obispo á Agustin; y Agustin por otra negándose lloroso, alegando en contra de tal disposicion las leyes de la iglesia, las costumbres del Africa, y hasta su indignidad. Ordenósele, no obstante, como á la fuerza, viviendo despues siempre afligido por haber sido elevado á tan alto car-

(1) *Posidius*, cap. VII.

go, no sin escribir bajo mil formas que él no era digno de semejante honor; y sin probar con los hechos que solo se valía de su cargo para enseñar y defender la fé con mas celo, con mas dignidad, y mayor autoridad.

Así fué como ardió esta bellissima antorcha y fué colocada en el candelero; así, despues de quince años de desórdenes y de errores consentidos por Dios, para que Agustín conociese mejor la pequeñez del entendimiento humano, y la debilidad grandísima del corazon del hombre; despues de cinco años pasados, el primero en Casiaco; el segundo en Roma y los otros tres en Tagaste; y consagrados totalmente al silencio, á la oracion y al profundo estudio de los misterios de la fé, Agustín ocupaba el lugar y puesto desde donde por disposicion de la Providencia, iba á iluminar la iglesia y el muudo.

Dios le habia dado para esta grande obra, además de una razon sublime y poderosa imaginacion, el alma mas viva, mas capaz y mas penetrante, y un espíritu metafísico de primer órden, que en un instante y como de un solo vuelo iba á la raiz de las cosas, remontándose siempre hasta el origen de ellas. Como si esto no fuese bastante todavía, Dios le habia dotado de un corazon tiernísimo y singularmente afectuoso, á fin de que, no solamente tuviese las percepciones claras que suministra el talento, sino tambien las profundas intuiciones que nacen del alma y de las entrañas. La santidad, gracias á su admirable madre, vino á completar esta obra maestra; y como

las circunstancias sean necesarias para despertar el talento del hombre, Dios hizo que naciese Agustín entre heregías, y cuando los arrianos, maniqueos, pelagianos y donatistas pululaban en el seno de la iglesia, á fin de que adhiriéndose sucesivamente á todos los errores, se viera como precisado á explicar todos los dogmas, á escudriñar todos los misterios, á defender todos los principios de la moral, y á levantar, precisamente en vísperas de la invasion de los bárbaros y cuando las tinieblas iban á cubrir el mundo, un monumento religioso tan bello, tan vasto, tan luminoso y tan potente, que desafiara á los siglos, y subsistiese á traves de todas las ruinas.

Este monumento no fué levantado de una vez, ni siquiera Agustín tuvo semejante idea. La hora en que fuese posible á un solo hombre, como Santo Tomás, ensayar la exposicion total del plan de Dios, aún no habia llegado. Anticipándose Agustín, obró de diverso modo: tomó y volvió á tomar, examinó y volvió á examinar mil veces y bajo mil fases todas las partes de ese inmenso edificio, esparciendo á su rededor magníficos materiales, es decir, los diferentes asuntos tratados por él segun las circunstancias, y con los cuales puestos en orden, se puede construir el templo. Este se halla ya casi acabado, y es tal vez el mas sublime de cuantos ha levantado la mano del hombre en honor de la divinidad. Procuremos pues, organizar la galería de sus obras maestras, para que nuestros lectores puedan formar idea.

Convendrá, á mi juicio, colocar de frontispicio

ó sea en el primer lugar, las obras compuestas en Casiaco, á saber: *el Tratado de la vida feliz*; los dos libros del *Orden* ó de la *Providencia*, así como los tres *contra los académicos*, añadiendo á todos estos los *Soliloquios*, de que no nos hemos ocupado hasta ahora; el libro del *Maestro*, conversacion de Agustin con su hijo Adeodato; los libros sobre *la Música*, particularmente el último, en que se lee una teoría de Dios y de la creacion sumamente original y profunda; el libro del *Alma y de su origen*, el tratado *de la Inmortalidad del alma*, y por último otro pequeño titulado *De la grandeza del alma*, que compúso Agustin paseándose con Evodio. En esta primera série de obras escritas ó concebidas en Casiaco durante el período poético de su juventud y conversion, San Agustin aborda y examina bajo mil aspectos diferentes, resolviéndolas á la vez, estas tres interesantes cuestiones: Dios, el alma y el lazo que les une.

¿Qué cosa es Dios? ¿qué cosa es el alma? ¿cuáles son sus relaciones, sus diferencias, y cuáles sus armonías? He aquí el pórtico.

Cargado áun de los despojos de la antigüedad profana y del *divino Platon*, como él le llama siempre; del *venerable y casi divino Pitágoras*, así como del *Maestro Aristóteles*, (son sus palabras) Agustin adorna con ellos este pórtico; pero le ilumina con una luz que ninguno de ellos pudo vislumbrar. ¡Con qué fuerza escudriña las profundidades de Dios, su existencia, su naturaleza, su vida íntima, y sus atributos! Como metafísico, es un poco sutil, pero original, profundo, vigoroso, y

siempre elocuente. Y al lado de esta profunda investigación de Dios ¡qué bien estudia el alma! «Nada, dice, vale lo que un alma, ni la tierra, ni el mar, ni los astros. (1) Pero ¿de dónde viene esta alma? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo se componen y descomponen sus facultades? ¿Por qué se halla unida al cuerpo? ¿Qué sucede cuando el cuerpo se disuelve? ¿Qué es del alma después de la muerte? (2) etc. Si sobre dichas cuestiones y las que se refieren á Dios, escribe Fenelon, un hombre ilustrado recopilase las verdades sublimes que este gran ingenio ha derramado en sus libros como al acaso, el tal extracto ó recapitulación hecho con esmero, parecería superior á las *Meditaciones* de Descartes, por mas que estas sean el gran esfuerzo intelectual del insigne filósofo. (3)

Pero cuando mas brilla el gran genio es al abordar la bella cuestión de las relaciones entre Dios y el alma. Entónces su corazón toma también parte, y cuando la cabeza y el corazón de Agustín unen sus luces, no hay nada que pueda compararse á foco tan luminoso. Nadie como él ha señalado el abismo que separa á Dios del alma, y al alma de Dios; pero tampoco ninguno ha enseñado mejor la manera de rellenar este abismo. «El alma es obra de Dios:» «El alma es un ojo abierto que mira á Dios:» «El alma es

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXXIV.

(2) *De Duabus animabus*, cap. IV.

(3) *Cartas sobre diversas materias de metafísica y de religión.*

»un amor que aspira á lo infinito:» «Dios es la
»pátria del alma.» (1) Agustin examina una despues
de otra las facultades del alma, para presentar á Dios
como fin de todas. Es el alma para él como ma-
rea que sube; todas las facultades van á Dios im-
pulsadas por olas sucesivas y crecientes, y pare-
ciéndole áun poco esta comparacion, no es el al-
ma solamente la que está hecha para Dios; sino
que llega casi á decir, que Dios tambien está he-
cho para el alma. ¡Con qué magnificencia pre-
senta á Dios inclinado hacia el hombre por pleni-
tud, semejante á un Oceano que desea derramar
sus aguas! ¡y al hombre aspirando á Dios por in-
digencia, como una tierra arida que pide y nece-
sita recibir aquellas aguas! ¡y con qué precision,
con qué delicadeza analiza todos los grados de la
ascension del alma á Dios! «Porque el alma puri-
»ficada, dice Agustin, no puede elevarse á Dios de
»un solo vuelo, sino por grados y sucesivamente.
»Que el alma, dice elocuentemente, considere la
»fuerza y el poder de los números, y le parece-
»rá soberanamente indigno y lamentable compo-
»ner versos armoniosos y producir en la lira so-
»nidos acordes, mientras que ella sigue un cami-
»no torcido, y dominada por las pasiones hace re-
»tumbar el discordante estruendo de los vicios...
»Que éntre en cuentas consigo misma; que arregle,
»que sujete sus pasiones; que se haga armoniosa
»y bella, y entónces, por sí misma subirá facil-

(1) San Agustin. *Op.*, tom. I, p. 401.

»mente hasta el manantial de la belleza, de la armonía y de la luz » (1) «Es pues necesario, continúa, que elevemos nuestro corazón grado por grado; es decir que subamos los grados de nuestro corazón, y que entonemos el *Cántico de los grados.*» (2)

Agustín entona este cántico y seguidamente vá indicando los siete grados por que debe pasar nuestra alma. Después de los tres primeros de menor importancia sin duda, llega al cuarto, «que hace que el alma se prefiera no solamente á su propio cuerpo, es decir á aquel en que reside, sino también á todos los cuerpos; que coloque los bienes del alma en un orden superior á los de la tierra: que cuando compare estos bienes terrenos con su propia hermosura y poder, los mire con desprecio; y que á proporcion que se despegue del fango en que vive, mas se purifica, se desembaraça y perfecciona. Entonces es cuando el alma, por un arranque sublime, se lanza hácia su Dios y empieza á contemplarle, aspirando á la felicidad de verle, que es lo que constituye el quinto grado.» El sexto consiste en la acción: no basta contemplar, es preciso obrar; de nada sirve ver la Verdad, es preciso unirse á ella. Entonces, y este es el último y sétimo grado, la contemplación unida á la virtud empieza para no terminar, y constituye

(1) *De Ordine.*, lib. II, cap. XIX.

(2) *Confess.*, lib. XIII, cap. IX.

la calma, y beatitud anticipada de la eternidad. «¿Deberé yo emprender la descripción de tan dichoso estado? esclama San Agustín: No. Almas superiores é incomparables nos han revelado cuanto creyeron necesario que supiéramos despues de lo que por ellas ha pasado; y yo puedo afirmar sin temor, que tambien nosotros por la gracia de Dios, llegaremos hasta eso. Entónces veremos que todo lo de la tierra es vanidad y nada, y que los grandes y maravillosos cambios que han de realizarse en nuestra naturaleza corporal, aparecen tan claros, que la resurrección misma de la carne, cuya creencia parece difícil, será para nosotros mas cierta é indudable que la salida del sol al día siguiente, cuando le vemos desaparecer por el ocaso. Entónces, en fin, concebiremos de esos hombres vanos, que se rien de los misterios de la eternidad, la misma idea que se forma de el niño que viendo á un pintor trazar sobre el lienzo las primeras líneas de su bosquejo, no puede comprender que de aquel pincel ha de salir una figura. Oh! ¡Y cuán poderoso es el encanto que lleva consigo la contemplación de la Verdad! En medio de los santos deseos que tiene el alma de llegar al objeto que contempla, la muerte misma mirada con horror en otras circunstancias, llega á serle dulce y querida como el mayor de todos los bienes.» (1)

Pero si entre Dios y el alma existe una absoluta armonía; si necesariamente hay un lazo que

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXX-XXXIII.

les une (*religio*), ¿dónde está este lazo? ¿La religion que ha debido existir siempre, y siempre tambien presentarse ante los hombres de buena voluntad con caracteres clarísimos y luminosos, á dónde encontrarla? He aquí la primera cuestion que desde luego se presenta á nuestro espíritu. Agustin la meditaba ya al salir de Casiaco, ocupándole igualmente al atravesar los montes Apeninos; y para resolverla, escribió, apenas llegó á Roma, su *Tratado de la Verdadera Religion*; en el cual como que se percibe el último soplo de esa filosofía platónica que de dia en dia abandonaba para revestir una forma mas teológica, pudiéndose considerar como la última obra maestra de Agustin en su primitivo estilo.

El exordio es de una belleza y grandiosidad admirables: «Si Platon viviese todavía y me permitiese interrogarle; ó si mientras vivió, alguno de sus discípulos le hubiese preguntado, qué juicio debia formarse de un hombre que como Jesucristo, consiguiera acreditar la doctrina tan sublime de su Evangelio, y esparcirla por todo el mundo de tal modo, que los mismos incapaces de comprenderla, no dejarán de creerla; y que los que tuviesen espíritu bastante fuerte para sacudir el yugo de los errores y de las preocupaciones vulgares, llegáran hasta ponerla en práctica, ¿cuál sería, pregunto, su respuesta? No hay duda, le parecería que un hombre semejante estaba muy por encima de la humanidad toda; pues diría el sábio Platon: no le es dado á ningun hombre obrar cambio tan maravilloso en el mundo, al me-

»nos que Dios mismo, por un milagro de su sa-
»biduría y de su poder, le haya sacado de la con-
»dicion ordinaria de los hombres, para unirsele in-
»timamente; y le haya iluminado desde la cuna,
»no con enseñanzas como las que dán los hom-
»bres, sino por una infusion especial de la vivi-
»sima luz de la Verdad; y que por último, le haya
»enriquecido con tantas gracias, provisto de tanta
»fuerza, y elevado á tan alto grado de excelencia
»y magestad que, despreciando cuanto la depra-
»vacion de los hombres desea hallar; aceptan-
»do lo que mas horror les causa, y obrando ante su
»vista las cosas mas portentosas y capaces de ex-
»citar su admiracion, les hiciese entrar en esta fé
»saludable, tanto con el atractivo del amor, quanto
»por el peso de su autoridad.»

«Si pues todas estas maravillas se han cumpli-
»do ya; si los escritos y monumentos que nos
»trasmiten su memoria, las han hecho célebres por
»do quiera; si hombres escogidos y enviados en
»todas direcciones desde el punto de el mundo,
»donde el Dios verdadero fué adorado y donde con-
»vino que naciera un hombre semejante, han en-
»cendido en todo el universo el fuego del amor di-
»vino con solo la fuerza de su palabra y el ex-
»plendor de sus milagros; si al salir de esta vida,
»despues de haber enseñado la doctrina de sal-
»vacion, esos hombres han dejado como en he-
»rencia á toda su posteridad la luz de tan di-
»vinos conocimientos; y, para omitir cosas pasadas
»que algunos se resistirían á creer, si se predica
»hoy el Evangelio por toda la redondez de la tier-

»ra; si los pueblos le reciben con amor y respeto; si, á pesar del esfuerzo de los poderosos que han derramado la sangre de tantos mártires, y á pesar del fuego y de la tortura, la Iglesia vá creciendo siempre; si millares de jóvenes de uno y otro sexo renuncian al matrimonio, y profesan una continencia perpétua sin que á nadie cause admiracion; si el universo ha llegado á ser un vasto templo donde se grita por todas partes, *Sursum corda*; vuelvo á preguntar ¿qué diría Platon? Ah! y con que admiracion exclamaría: lo que nosotros hemos solo imaginado, se halla ya cumplido; lo que no nos atrevimos á proponer á los pueblos, y lo que jamás habríamos sabido hacerles aceptar, hoy se cree, se practica y es amado en todo el mundo!» (1)

Despues de este magnífico exordio, habiendo demostrado de una parte la insuficiencia de Platon, es decir de los antiguos sábios, para dirigir el hombre á la verdad y á la virtud, y de la otra el poder soberano de Jesucristo; San Agustin examina sucesivamente los fundamentos de la religion: su historia, por la que se remonta á la cuna misma del mundo; las profecías, mediante las cuales señala y como que toca el fin y terminacion de la tierra; el milagro, prueba manifiesta de la presencia de Dios; la fuerza transformadora de la religion, por que si viviendo al lado de un hombre de talento ó de un hombre virtuoso, no es posible dejar de crecer en sabiduría y en bondad, ¿cómo la religion no ha de hacer mejores á los hombres, siendo así que

(1) *De Vera Religione*, cap. III et IV.

los aproxima á Dios? y aquí se encuentra ese célebre retrato del hombre bueno y perfecto, ante el cual es pálido el del justo de Platon, y se describe tambien la belleza incomparable de Jesucristo, tipo ideal del hombre regenerado. «Los hombres corrían con insaciable ardor, dice San Agustin, detrás de las riquezas de la tierra; Jesucristo ha querido nacer en la pobreza. Nuestro orgullo nos hacía mirar con horror los menores ultrages; Jesucristo fué horriblemente ultrajado. Nosotros nos rebelamos contra la injuria; Jesucristo fué tratado con injusticia hasta la muerte. El dolor nos es insoportable; Jesucristo fué desgarrado á fuerza de azotes, y traspasado de clavos y de espinas. Los hombres huyen de la muerte; y Él la abrazó de buen grado. Nada más infame que el suplicio de la cruz, y sin embargo Jesucristo le escogió para morir. Por último, privándose de todos los bienes cuyo amor nos pierde, y sufriendo todos los males cuyo temor nos aleja de la virtud, Jesucristo ha puesto á los unos y á los otros bajo nuestros piés. No hay por tanto en la vida del hombre Dios cosa que no sea para nosotros leccion importantísima, encerrando toda ella un tratado completo de moral cristiana.»

¿Cómo pues Villemain ha podido decir «que este *Tratado*, monumento del corazon de Agustin, estaba destinado á marcar una fecha en el progreso religioso de su espíritu, mas bien que á servir de prueba á la verdad que habia abrazado? (1)

(1) *Les Pères du IV. siècle*, saint Augustin.

Nosotros al contrario, decimos con Arnould, (1) con Tillemons, (2) con Bossuet, (3) y con todo el siglo XVII que lo ha repetido en variados tonos, «que este libro dá motivo mas que otro alguno, á admirar la grandeza prodigiosa del espíritu y de los conocimientos de este hombre incomparable. Porque, ¿á quién no admirará que habiendo empezado tan recientemente el estudio de los misterios de la religion cristiana, y no teniendo todavía otro carácter en la Iglesia que el de simple fiel, pudiese hablar Agustin tan noble y elevada-mente de esa religion divina, y formarse una idea tan sublime de su eminente grandeza? ¿que no es poco seguir con la vista su vuelo de águila, penetrar en lo profundo de sus razonamientos, y contemplar las altas verdades que Agustin propone, sin quedar deslumbrado por tanto brillo!

El complemento de este precioso libro, con cuya lectura se convirtió Romaniano á quien iba dedicado, se halla primeramente en los cuatro libros de la *Doctrina cristiana*, donde San Agustin demuestra que toda la religion se reduce al amor, y de los cuales dice Bossuet: «me atreveré á afirmar que San Agustin nos ha dado en ellos mas reglas para entender la Sagrada Escritura, que todos los doctores juntos;» despues y sobre todo, en la magnífica *carta á Volusiano*, que produciendo

(1) Préface du *Traité de la vraie religion*, traduit par lui.

(2) *Memoires*, etc. tome XIII, pag. 139.

(3) A. Floquet, *Etudes*, tome II, p. 517.

al pronto cierta extrañeza, excitó luego un verdadero entusiasmo. En ella emprendiendo Agustin su vuelo no ya con las alas de Platon sino con las de los profetas, se remonta hasta esa luz inaccesible que es residencia del Verbo. Este Verbo, esta palabra inefable de Dios, guardaos bien de concebirla como una palabra que pasa. La eternidad de este Verbo; su generacion antes del tiempo; su aparicion sobre la tierra; su constante padecer; sus obras radiantes de luz, de santidad, y de amor; la imposibilidad de que hombre alguno pueda compararse con el Hombre Dios; el pueblo hebreo creado para esperarle, para anunciarle, para desearle y para sostener en la tierra la idea de que Él iba á venir; y despues de su venida la Iglesia naciendo de su sangre y esparcida por todas partes para hacerle conocer y amar de todos, y para restaurar al hombre por este conocimiento y por este amor: todo esto se halla tratado con un lucimiento y una profundidad, con tal atractivo y con tal fuego, que arrancaba á Bossuet gritos de admiracion. Allí ha tenido origen, y no lo niega el gran Obispo de Meaux, bastando una mirada para conocerlo, la segunda parte del *Discurso sobre la historia universal*: luz nacida de otra luz, y genio despertando á otro genio cuyo númen se excita mas por emulacion que por imitacion.

Pero esta religion que ha nacido al principio del mundo y no puede tener fin; esta Iglesia de Jesucristo encargada de llevar su verdad, su santidad y su amor por todas partes hasta la consumacion de los siglos. ¿que señales la dan

á cononer? Esta cuestion precisamente tenia agitada el Africa y era objeto de apasionada polémica, cuando Agustin llegó á su pátria. Llevado por el curso de sus estudios, y más aún por la discusion con los donatistas, á contemplar de cerca el edificio que se llama Iglesia Católica, Agustin empieza á estudiarle con una especie de pasion gozosa. Su noble y vasto ingenio se encuentra muy bien en la inmensidad de ese monumento, y como á la altura de templo tan sublime. Contemplativo y activo á la vez, multiplica los discursos, (1) las conferencias, (2) las cartas, (3) y los tratados, (4) para hacer brillar á vista de todos la verdad y belleza divina de la Santa Iglesia. Trata sucesivamente y bajo todas formas el origen de esta; su milagroso establecimiento; su conservacion en la cual de continuo se manifiesta la mano de Dios;

(1) *Serm.* 37, 45, 62, 75, 78, 79, 91, 116, 129, 138, 145, 267.

(2) *Conferencias* de S. Agustin con Félix, maniqueo; con los donatistas en Cartago; con Emérito en presencia de muchos Obispos, etc. etc.

(3) *Epist.* 23, 33, 44, 35, 43, 44, 49, 51, 70, 76, 87, 93, 185, etc.

(4) *Liber de utilitate, credendi.*—*De moribus Ecclesiæ catholice et de moribus Manichæorum, lib. II.*—*Libri XXXIII contra Faustum manichæum.*—*Psalmus contra partem Donati.*—*Contra Epistolam Parmenionii, libri III.*—*Contra literas Petilianii, libri III.*—*Libri IV contra Cresconium.*—*Epistola ad Cathólicos contra Donatistas.*—*Breviculus collationis cum Donatistis.*—*Liber ad Donatistas post collationem. Sermo ad Cæsareensis Ecclesiæ plebem*—*Libri II contra Gaudentium.*—

el milagro de su unidad y de su verdad histórica; su catolicidad bajo la cual quedan aplastados los Donatistas, que ocupaban solo un reducido punto del globo; su santidad que no transforma solo á los hombres, sinó que transforma y varia tambien las leyes, las costumbres y los pueblos, á pesar de la terrible resistencia de las pasiones. Y cuando ha echado por tierra, confundido y derrotado á sus adversarios, obligándoles en públicas conferencias á declararse vencidos; ó cuando ha pulverizado ya sus vanas objeciones, entónces salen de su corazon gritos de amor; el gigante depone sus armas y es ya un padre, mejor dicho, es una madre; pues jamás hombre alguno ha reunido lógica tan inflexible con corazon tan generoso y tan abrasado de amor. Por último y despues de veinte años de luchas, para acabar de confundir la heregia y dar un golpe decisivo, Agustin promueve la reunion de todos los obispos católicos y cismáticos de Africa, obtiene de los católicos la promesa de renunciar sus cargos, si así conviniese á la unidad de la Iglesia; inaugura esta inmortal asamblea, en la que tomaron asiento mas de cuatrocientos obispos, con un discurso sobre *la Paz* que daba bien á conocer los tiernos sentimientos de su alma; desciende despues á la lid, sostiene durante muchos dias toda la discusion, obliga á sus adversarios á declararse vencidos, y termina con aplauso de la Iglesia esta gran lucha, devolviendo á el Africa la paz y la unidad religiosa (1),

(1) Cfr. *Lib. de Gestis cum Emerito.*

He aquí el principio de sus trabajos que nuestros lectores comprenden cuáles y cuán grandes habrán de ser en lo sucesivo: Dios y el alma, y para unirlos la religion; y en el centro de la religion, Jesucristo, y como continuacion de Jesucristo la Iglesia, ¡que conjunto! y todo esto no es aún más que la primera hilada de los cimientos del edificio.

Llegando hasta aquí Agustin, despues de afirmarse fuertemente sobre esta roca inconvencible, entra en el templo, y enardeciéndose á medida que avanza, visita todas sus partes así las profundas como las elevadas.

Primero Dios: no ya cual le veía en Casiaco con las luces de una razon cristiana, sino Dios iluminado por el sol de la revelacion; Dios uno y trino; uno en su naturaleza, trino en sus personas; el Padre, que es el principio del hijo; el Hijo, engendrado por el Padre desde la eternidad, y el Espíritu Santo que precede del Padre y del Hijo; todos estos formidables misterios son abordados sucesivamente en los quince libros que componen el bello tratado de la *Trinidad*, y que «Agustin empezó á escribir siendo jóven, y terminó en su vejez,» segun el mismo confiesa. (1) Ningun Padre hasta entónces, habia sondeado tan dificiles cuestiones mejor que Tertuliano; pero en Agustin el pensamiento se eleva á mayor altura, es mas filosófico y mas inmaterial, si se puede hablar así, sin que por eso sea menos grandioso. Esta

(1) Cfr. *Lib. contra sermonem Arianorum.*—*Collatio cum Maximino Arianorum episcopo.*—*Libri II contra Maximinum.*

obra y las *Elevaciones de Bossuet* sobre los misterios, contienen probablemente lo más sublime que puede escribirse de esa luz impenetrable é inaccesible en que reside *Aquel* que nadie ha visto.

Pero Dios sale de su silencio y crea. ¿Cómo? ¿Porque? Agustín aborda este segundo misterio, formidable también después del de la Trinidad, y que tanto dió que pensar á los más grandes filósofos de la antigüedad, realizándolo de dos maneras: como metafísico, le profundiza; como poeta le canta. Doce libros consagra á explicar los tres primeros capítulos del Génesis, exponiendo así los principios generales como los más minuciosos detalles de historia natural con una erudición y amplitud, con una elocuencia y perspicacia que sorprende verdaderamente; rehusando encerrarse en los días propiamente dichos, y presintiendo ya las épocas que exige la ciencia moderna; derramando sobre la creación de la luz, del agua, del aire, y sobre todo del hombre, las chispas de su genio; y desarrollando bajo mil formas diferentes, esa teoría de la creación que se encuentra también al final de su tratado sobre la *Música*: «sorprendente intuición del fondo de las cosas, dice el P. Gratry, que por otra parte está en completa armonía con la respuesta que prepara hoy la ciencia á esta pregunta: ¿Qué cosa es la materia?» (1) Y al lado del metafísico ¡que poeta! poeta y metafísico á la vez, y en una misma página. Leed los tres últimos libros de sus *Confesiones*, y allí hallaréis

(1) *Del conocimiento del alma*, tomo 1.º pág. 251.

todo un poema en tres cantos, ó mejor dicho, una epopeya de singular grandeza, en la que todos los mundos, uno en pos de otro, vienen á cantar las magnificencias del Dios que los ha creado. (1)

Pero en el seno de esta creacion tan bella se encuentra el mal, el desórden intelectual, moral y físico. ¿De donde proceden? ¿Es que Dios ha creado el mal? Y si Dios no le ha creado ¿cómo existe? Cuestion formidable que, segun nuestros lectores recordarán, habia agitado á Agustín desde sus primeros estudios, le habia llevado al maniqueismo, y habia torturado su grande espíritu durante diez y nueve años, siendo tambien esta cuestion sobre la que esparció mayor y mas original luz. A poco de su conversion empezó el estudio de este problema y no le abandonó jamás. Desarrolla en veinte tratados (2) su

(1) Véanse tambien los dos libros del Génesis contra los maniqueos.

(2) Liber contra Epistolam Manichæi quam vocant fundamenti.—De Actis cum Felice Manichæo. lib. II.—Liber de natura boni.—Liber de duabus animabus.—Acta seu disputatio contra Fortunatum Manichæum.—Libri III de libero arbitrio.—Liber contra Secumdinum.—Serm. 1, 2, 12, 50, 153, 182, 237.—Enarratio in Psalm. 140, n.^{os} 10, 12.—Libri IV de anima et ejus origine.—De peccatorum meritis et remissione libri III.—Liber de spiritu et littera.—Liber de natura et gratia.—Liber de gestis Pelagi.—Liber II de gratia Christi et de peccato originali.—Libri II de nuptiis et de concupiscentiis.—Contra duas epistolas Pelagianorum libri IV.—Libri VI contra Julianum Pelagianum.—Opus imperfectum contra Julianum Pelagianum.

pensamiento tan profundo como exacto de que el mal no es una sustancia, sino una negacion, una flaqueza, un desfallecimiento de la voluntad, y la carencia de justicia, como la noche no es más que la carencia de luz; que Dios no ha hecho la noche, como no ha hecho la muerte, como no ha hecho el mal; que los que le crearon fueron, primero el angel, despues el hombre, el angel con su rebeldía, y el hombre con su depravacion; y que Dios no haciendo el mal, ha podido permitirle, porque le castigará, y el mal castigado será tan bello como el bien glorificado. Constantemente se ocupó Agustín de este génesis del mal, y veinte veces ha tocado y retocado los cantos de tan triste poema, en que se ve al angel caido haciendo caer al hombre, y al hombre caido arrastrando tras de sí toda la raza humana, poema que sería sumamente lúgubre, si un rayo de luz no viniese á alumbrar todas sus escenas dejando entrever la Redencion.

Al llegar el momento en que Adán culpable pero arrepentido, y Eva caida pero levantada nuevamente por una grande esperanza, se ponen en marcha llevando en torno suyo al género humano, San Agustín esclama: «Dos amores han levantado »dos ciudades: el amor de Dios, llevado hasta el »desprecio de sí mismo, ha edificado la primera »que es la Ciudad de Dios; el amor á sí mismo, »llevado hasta el desprecio de Dios, ha construido »la segunda, que es la ciudad del demonio. Estas »dos Ciudades estan hoy mezcladas y confundidas, »y no se separarán hasta el fin del mundo; pero

»se hacen una guerra continua, la una sosteniendo la iniquidad, la otra defendiendo la justicia. »Toleremos la una, y suspiremos por la otra.»

Poseído de esta idea, la desarrolla dando á luz la mas admirable de sus obras, la *Ciudad de Dios*. Empieza en su primer libro que sirve de introduccion, á poner de manifiesto las dos ciudades, que se mezclan y confunden en el movimiento de los siglos, sometidas á las mismas catástrofes, á las mismas pruebas, y heridas por los mismos golpes; pero la ciudad del mal es castigada con el sufrimiento, y la Ciudad de Dios al contrario, embellecida, purificada y transfigurada por el dolor, consignando allí en escasas páginas toda la sustancia de las bellas y profundas consideraciones que quince siglos mas tarde habia de desarrollar el Conde de Maistre, en medió de tan grandes ruinas, y de parecidos escándalos.

Despues de estas reflexiones preliminares, San Agustin ataca á la ciudad del mal con las armas y el vigor de un atleta preparado á esta gran lucha por espacio de veinte años. Sus falaces Dioses, sus falsas é incompletas filosofías siempre orgullosas y absolutamente estériles, sus ridículas y corruptoras fábulas, sus costumbres vergonzosas, sus teatros impuros, su falso honor, sus aparentes virtudes y sus estúpidas objeciones contra la Ciudad de Dios, todo lo hiere con ironía mordaz, y recorriendo seguidamente la ciudad del mal, no deja en ella piedra sobre piedra.

Despues de esto, y de haber rebatido en los diez primeros libros todos los argumentos de los

enemigos de la Ciudad Santa, empieza á tratar del nacimiento y del progreso, del fin de la Ciudad de Dios y de su mezcla con la ciudad del mal, de su principio en el Cielo con una multitud de ángeles y de su aparición sobre la tierra con el hombre, de Abel ciudadano é imagen de la Ciudad celestial y de Cain ciudadano é imagen de la Ciudad terrestre; de las promesas hechas á Abraham, á Isac y á Jacob; de David, rey victorioso de la Ciudad Santa y figura de Jesucristo; y de los profetas que van manifestándose uno despues de otro para cantar la venida del Salvador, mientras las grandes monarquías de los Asirios, de los Persas, de los Griegos, y de los Romanos se suceden y arruinan una en pos de otra. Muéstrase allí á Jesucristo, apareciendo en la hora predicha y muriendo por el hombre y para el hombre; á la Iglesia, naciendo de Jesucristo y teniendo la misma suerte, agitada por una infinidad de ansiedades, de dolores, de trabajos, y de tentaciones, sin otro goce que la esperanza; á muchos réprobos mezclados con los elegidos, y todos como cerrados en la red del Evangelio, nadan por la mar de este mundo, hasta que llegando á la orilla, los malos sean separados de los buenos. Muéstrase tambien á los malos como útiles á los buenos para su perfeccion; á las heregías siéndolo igualmente para el desarrollo de los dogmas; á las diez persecuciones encarnizándose con la Iglesia, pero sin poder abatirla, ni impedir que condujese á la gloria los elegidos; el cielo abierto conteniendo ya en su seno una parte de la Iglesia y aspirando á poseer

la otra; en este cielo á Dios, pronto á ser todo de todos; y por último la separacion de las dos ciudades y Dios glorificado tanto por el suplicio de la una, como por el triunfo de la otra. Hé aquí lo que Agustín ha cantado con una fuerza sobrehumana, en los veintidos libros de la *Ciudad de Dios*: toda la Teología se desarrolla así en esta vasta epopeya, que no es otra que la de la humanidad.

Al aparecer obra tan maravillosa, el África y la Iglesia toda se entusiasmaron sobremanera, porque al cabo para sus obras sobre la Trinidad y sobre el pecado original, habia consultado autores que sin ponerse á su altura le habian facilitado el camino; mas aquí todo era nuevo, y ningun autor cristiano habia dotado á la Iglesia de libro tan monumental.

Pero en tanto que Agustín hablaba así á las almas rectas y á los sábios, puliendo el estilo y consagrando diez años á la formacion de su obra maestra, he aquí que sobre otra cuerda de su lira y en estilo mas conmovedor aún, relataba el mismo poema á los barqueros y á las pobres mujeres de Hipona, que no se cansaban de escucharle. Tomad los doce libros sobre el Génesis, de que he hablado ya, las *Cuestiones* sobre el Antiguo Testamento, el *Comentario sobre el libro de los Salmos*, los ciento veinte y cuatro *Tratados sobre el Evangelio de S. Juan*; y leyéndolos hallaréis en una conversacion dominical, viva, ingeniosa, familiar, tierna, espiritual, y siempre elocuente, la reproduccion del gran poema que men-

cionaba yo hace poco, y que vá de una á otra eternidad, *ab aeterno in aeternum*. El grande artista ha cambiado de instrumento; pero su alma y su elocuencia son las mismas. Sin embargo, por admirables que sean estos trabajos, es de necesidad ver aún el edificio levantado por el gran génio de San Agustín en honor de Dios, del cual hasta ahora apenas hemos visto una mitad.

He aquí pues, la Iglesia edificada por Jesucristo, y la Ciudad Santa venida del Cielo y que vuelve á él: ¿Pero cómo entra el hombre en ella? ¿Dónde adquiere la fuerza para vivir como peregrino en la tierra, y portarse cual ciudadano del Cielo? Qué agente misterioso sostiene su corazón á la altura de vocación tan divina? Todo esto lo hace la gracia, y al impulso de esta palabra déjase ver una nueva série de trabajos, esto es, sus inmortales obras sobre la Gracia, las cuales causaban en Bossuet admiración tal que no hallaba términos bastantes para alabar á Agustín; «ese maestro tan inteligente, y si es permitido hablar así, tan maestro:» (1) «esa águila de los Padres:» (2) «ese doctor de los doctores:» (3) «Agustín el incomparable:» «el mas grande de los ingenios; aquel en quien se encuentra la mayor inteligencia que puede tener el hombre; el apóstol de la gracia; y el predicador de

(1) *Obras completas*, tomo III, p. 424—*Defensa de la Tradición*, etc., lib. IV, cap. XVI

(2) *Obras completas*, tomo III, lib. IX, cap. XIV.

(3) *Sermon*, en la toma de hábito de una postulante Bernarda en Metz.

la predestinacion.» (1) En efecto, allí está el verdadero título de Agustín al reconocimiento y á la admiracion de los siglos. Su gran gloria consiste en haber establecido la necesidad, definido la naturaleza y explicado la misteriosa accion de la Gracia, en diez años de inmortales luchas, y en veintidos obras de primer orden. (2) Llegaba Agustín á la madurez de su genio y santidad, cuando apareció Pelagio enseñando que el hombre no tiene necesidad de la gracia; que su voluntad le basta; y que esta voluntad es de suyo buena, luminosa y dotada de la fuerza necesaria para el bien. Pero ¿quién mejor que Agustín sabia lo contrario? ¿cuántos años su gran espíritu habia buscado el bien sin encontrarle! ¡Y cómo se habia extraviado su noble corazon, alejándose de Dios! ¡A qué indignidades habia descendido él creado para tan altas virtudes! Conmovido ante tanta ingratitude para con Jesucristo libertador de las almas y de la suya propia, Agustín toma la pluma y empeña la lucha: la Iglesia entera se lo exigía. «Los particulares, los obispos,

(1) *Defensa de la Tradicion*, lib. IV, cap. IX.

(2) *Libri III de peccatorum meritis et remissione.*—*Liber de Spiritu et littera.*—*Liber de natura et gratia.*—*Liber de perfectione justitiæ hominis.*—*Liber de gestis Pelagii.*—*Libri II de gratia Christi et de peccato originali.*—*Liber de gratia et libero arbitrio.*—*Liber de correptione et gratia.*—*Liber de prædestinatione*—*Liber de dono perseverantiæ.*—Véanse tambien las demás obras sobre el pecado citadas anteriormente—Ver tambien el *Serm.* 2 y 169.—*La Carta 140, el Tratado 26 sobre el Evangelio de S. Juan, y el Enquiridion*, etc., etc.

los concilios, los papas, y todo el mundo, dice Bossuet, tanto en Oriente como en Occidente, volvieron la vista hacia este padre, como el único que con su penetracion podia desenmascarar la heregia pelagiana, llevada ya al último grado de sutileza y malicia, á que alcanza una razon depravada. (1) Añádase á esto la importancia de las cuestiones sobre la armonía de la libertad y de la gracia, sobre el mérito y la predestinacion, el pecado original y la perseverancia final: inmensas y terribles cuestiones, que arrancaron á San Pablo este grito de estupor: *¡O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* (2) Agustin se empeña en ellas con incansable ardor y sutileza tal, que por perspicaces que sean sus adversarios, no lograran estraviarle. En esta lucha consumió los dias de su vida, y empleó todas sus fuerzas, escribiendo sin cesar aún en el lecho de muerte. Pero ¡qué perfecta y admirable inteligencia de los misterios de la gracia! No bien aparecen sus obras cuando ya se reconoce en ellas una doctrina celestial y todos la reverencian, se humillan, y callan. El mismo San Gerónimo, anciano ya y encorbado bajo el peso de sus trabajos literarios, arroja su pluma hasta entónces siempre fatal para las herejías, afirmando que despues de lo escrito por Agustin nada queda por decir. Ultimamente, la Iglesia le proclama Doctor de la gracia y en cierto modo como

(1) *Defensa de la tradicion.*

(2) Rom., cap. II.

admirada le concede el sobrenombre de Divino; *Divus Augustinus*.

Teólogo consumado y profundo filósofo á la vez, mientras estudia la naturaleza de la gracia, marcando sus verdaderas relaciones con la libertad como en otro tiempo habia marcado las de la razon y de la fe, pues la cuestion es la misma, Agustin examina con detencion los diferentes canales por donde la gracia vierte sus aguas vivas en las entrañas de la humanidad. Estos canales son los Sacramentos, y San Agustin se ha ocupado de todos, defendiéndolos ó celebrándolos: de el Bautismo, que, estrechamente unido con la doctrina del pecado original, ha sido tambien por su parte objeto de las discusiones mas serias y concluyentes; (1) de la confirmacion, que entonces no se separaba del bautismo y Agustin no separa tampoco; (2) de la Penitencia, que ha estudiado como sacramento, (3) con un vigor y una lógica singulares; y como virtud (4) con una ternura ca-

(1) *Libri VII de Baptismo*.—*Liber de unico Baptismo*.—Véanse igualmente la mayor parte de las obras de S. Agustin contra los Pelagianos.

(2) *Expositio in Psalm. 132, n.º 2*.—*Libri II contra Petilianum n.º 239*.—*Contra Epistolam Petiliani*, lib. II n.º 28.

(3) *Serm. 275, n.º 2*.—*Serm. 278 n.º 12*.—*Serm. 149 n.º 7*.—*Serm. 99, n.º 9*.—*Serm. 351, n.º 9*.—*Serm. 98, n.º 6, 7*.—*Liber de natura boni et mali n.º 48*.—*Contra adversarium legis et Prophetarum, lib. I, n.º 3 y 6*.—*De Civitate Dei, lib. XX, cap. IX*.—*Epist. 185, etc.*

(4) Véanse con especialidad las *Confesiones*.

si divina, dejando á los penitentes todos tan vivos afectos de arrepentimiento, que solo David los ha superado; de la Santa Eucaristía, que amaba tanto, y á cuya recepcion se preparaba con esas oraciones de teología tan conmovedora que áun emplea hoy la Iglesia; (1) de el Matrimonio, cuya indisolubilidad, unidad y santidad ha sostenido contra los maniqueos y cuya belleza, ternura, pureza y paz bajo el yugo de Jesucristo ha celebrado en muchas cartas de mérito extraordinario; (2) de la Extrema Uncion, (3) y la preparacion á la muerte, (4) sobre las cuales ha escrito muchas veces explicándolas con períodos de una melancolía, grandeza y serenidad inefables. Da pena el recorrer tan excelentes obras sin poder citar nada de ellas; pero el tiempo apura, y no hemos llegado aún al término del gigantesco monumento cuya descripcion nos hemos propuesto.

(1) *De trinitate*, lib. III, n.º 10; lib. X, n.º 20.—*Contra Faustum* lib. XX, n.º 18.—*De Civitate Dei*, lib. XX.—*Epist.* 2, 13.—*Serm.* 59, 95.—*Opus imperfectum contra Julianum*, liber II, n.º 30.—*Contra Faustum*. lib. XII, n.º 10.—*Explanatio Psalmi* 33.—*Serm.* I. n.º 10; *Serm.* 2 n.º 2; *Serm.* 3, et 6. publicados por Denis; *Serm.* 35, id. por Caillan; *Serm.* 143 y 193; id. por Mai.—*Epist.* 140, n.º 48. De *Trinitate*, n.º 21 etc.

(2) *De Bono Matrimonii*, lib. I.—*De Matrimonii adule-
rinis* lib. II.—*De Matrimonio et Concupiscentia*, lib. II.—*Epist.*
200, 262, 137, 150.

(3) *Uctionis Sacramentum, unctio invisibilis*, tomo XXXV
Patrologia de Migne, p. 204.—*De Sacramentis ab infirmo sus-
cipiendis*; Id., XL, 1154.

(4) *Liber de cura gerenda pro mortuis*, n.º 1-3. *Enchiridion*,
n.º 29.—*Serm.* 31, 32, 38, 96, 124, 345.—*Epist.* 22, 92, 263.—
Epistola consolatoria ad Probum, de obitu filia.

De tan divino riego sobre la humanidad ¿qué había de resultar? Necesariamente debía producirse una eflorescencia divina apareciendo virtudes desconocidas de la antigüedad, las cuales nacidas en el suelo sagrado de la Iglesia y solamente en él, ostentáran siempre su celestial fecundidad. Agustín se ha ocupado sucesivamente de estas bellas flores: de la fé, de la esperanza, y del amor con especialidad, al cual reducía todo el Evangelio, y que ha cantado tan á menudo y sublimemente, que la edad media no ha sabido representarle de otro modo que con el corazon en la mano; despues las virtudes mas sublimes aún, la castidad, la pobreza, la obediencia, el misterioso estado de las almas enamoradas de la varonil belleza del Salvador, y que aspiran al lecho sublime de la cruz en donde reciben una virtud que redime y transfigura al género humano. Agustín describe luego esta transfiguracion que comienza: en el individuo restablecido á su primera dignidad; en la familia que se reconstituye; en la sociedad que se hace más fiel á las eternas leyes de la verdad; en los horrores paganos, que se ocultan por no morir; en las santas igualdades de la justicia que se multiplican; y aunque el mundo, en esos años nefastos, que empiezan por Alarico para terminar en Genserico, gritáse por todas partes que la sociedad semejába á un buque próximo á naufragar, y que la humanidad atónita esperába su última hora, Agustín rechaza enérgicamente que el fin del mundo se aproxime; y seguro de que el cristianismo tiene fuerzas y remedios proporcionados á las lla-

gas que afligen la tierra, saluda á través de las ruinas un porvenir mejor, vislumbrando al mismo tiempo los siglos futuros que uno tras otro han de venir tranquilos y transformados, á someterse al suave yugo de Jesucristo. (1)

Ved aquí una idea, y como rápido bosquejo del monumento levantado á la gloria de Dios por el gran genio de San Agustin. Todo es en él admirable; la magestuosa grandiosidad del plan, la belleza de sus grandes líneas, la calidad de los materiales, y la perfeccion de ciertas partes que le componen, formadas por mano maestra «y tan maestra, dice Bossuet, que nada falta allí, sino acaso un estilo que participára menos de la época en que fué concebido el monumento. Pero no insistamos demasiado en una cosa, que por fin es secundaria, en presencia de tanto ingenio, de tanta elocuencia, de tanta razon y erudicion, si no queremos que Bossuet nos diga:» Despues de todo, que Agustin tenga sus defectos, como el Sol tiene sus manchas, ni lo confesaré, ni lo negaré, ni lo escusaré, ni lo defenderé. «Lo que yo sé con certeza es, que quien tenga suficientes conocimientos para llegar á penetrar su teología tan

(1) *Liber de fide et operibus.*—*Liber de agone christiano.*—*De doctrina christiana*, lib. III.—*Liber de moribus Ecclesie catholicæ.*—*Libri II de sermone Domini in monte.*—*Speculum seu collectio præceptorum moralium.*—*Liber de Patientia.*—*Liber de continentia.*—*Liber de bono conjugali.*—*Liber de sancta Virginitate.*—*Liber de bono Viduitatis.*—*Liber de opere monachorum.*—*Liber de catechizandis rudibus.*—Y la mayor parte de sus sermones con gran número de cartas.

sólida como sublime, y alabada lo mismo por el fondo de los conceptos que por la forma del lenguaje, no tendrá sino desprecio y compasion para los que, sin gusto y sin sentimiento de lo grande, se creen autorizados para, con pretesto de cualquiera fruslería, despreciar á quien ni siquiera entienden. (1)

Concíbese bien el entusiasmo de los católicos turbados entónces por tantas heregías, y asustados por el ruido sordo de un mundo en descomposicion, cuando veían aparecer sucesivamente las partes de este monumento: hoy una piedra mañana otra, y cada dia una maravilla. *¡Mil ciento treinta obras en cuarenta años!* Marchaban de sorpresa en sorpresa, y esta admiracion siempre creciente, arrancaba gritos de entusiasmo que han llegado hasta nosotros, verificándose al mismo tiempo que una especie de orgullo cristiano hacía latir de gozo sus corazones; mas, esto no obstante, al saber que este grande hombre, y genio extraordinario era el mas amable, el mas humilde, el mas pobre, el mas puro y el mas santo de todos los cristianos, experimentaban tal emocion que llegaban á derramar lágrimas abundantes. Pero las chispas que brotaban de su gran ingenio, no eran sino pálidos reflejos al lado de las llamas ardientes que salian de su corazon, pues verdaderamente le consumía el amor de Dios, y á este amor iba unido un desprecio de la tierra y un desprendimiento de las criaturas, tal deseo de la muerte y por consiguiente tal espí-

(1) Defensa de la Tradicion, lib. 4, cap. 18.

ritu de pobreza, que se descubría en las mas insignificantes acciones. Su morada era humilde, su cama dura, su mesa frugal, y no gustaba de otros vestidos que los que usaba el último de sus clérigos. «Esto podría ser bueno para un obispo, decía con amabilidad á quien le llevaba algunas ropas de valor, pero es demasiado bueno para Agustin, que es pobre, y nació de padres pobres.» (1) Y en otra ocasion decía tambien: «Un traje precioso me causaría vergüenza: no conviene á mi estado, ni á mi obligacion de predicar; no conviene tampoco á un cuerpo quebrantado por la vejez, ni á estos cabellos blancos que veis.» Solo una vez prescindió de esta ley que se habia impuesto. Cierta jóven bordó una túnica para su hermano que era sacerdote, y habiendo ido gozosa á llevársela, ocurrió que al llegar á Hipona, el hermano cayó malo, muriendo sin haber podido probársela. Agobiada de dolor esta jóven, fué á ofrecer la túnica á San Agustin en concepto de regalo, y este amable y afectuoso anciano, para consolarla, tomó inmediatamente la túnica bordada, usándola despues constantemente.

De un corazon así formado y que lo olvidaba todo por amor á Dios, nacía una pureza angelical que le inspiraba reserva, pudor y precauciones encantadoras. Recordando sus pasadas faltas, creyendo y diciendo á cada momento que él era el mas débil de todos los hombres, Agustin no recibía ja-

(1) *Hominem pauperem, de pauperibus natum. (Serm. 356.)*

más una mujer en su casa. Nunca quiso consentir en ella á su hermana ni á sus sobrinas; no por ellas, pues las amaba tiernamente, sinó porque vendrían á verlas sus amigas, y esto, decía él, no conviene en la casa de Agustin, expresándose de una manera que hacía llorar á cuantos le escuchaban.

Su humildad era verdaderamente divina: acaso no ha existido otro hombre tan admirado, pero cuanto más le alababan, más procuraba sepultarse en la nada. «Vosotros no conocéis á Agustin,» repetía sin cesar; y para darle á conocer y acallar así el universal concierto de admiracion, lanzó cuando menos se esperaba, en medio de un mundo al pronto sorprendido, pero luego despues entusiasmado, el libro de las *Confesiones*. Ah! Existe una manera de confesarse en público que no cuesta mucho; pero cuando veo el acento con que Agustin habla de sus faltas; cuando en lugar de ocuparse solo de los desórdenes de su adolescencia, de la amistad culpable de su juventud, del nacimiento de Adeodato, cosas todas mas ó menos conocidas y de las que hubiera podido hacer una leyenda, penetra tambien en lo profundo de su conciencia, para extraer de allí los secretos mas vergonzosos y mas ocultos; cuando pienso en cierta página de las confesiones y en cierta recaída, que no solo pisotea la fé y la conciencia, sino tambien el honor y la delicadeza, y á vista de la cual, áun sin quererlo, se concibe vergüenza por Agustin; y cuando considero que esta página ha sido escrita por un obispo, por un anciano colocado en la cúspide de la gloria, y presentada por el mismo ante sus sa-

cerdotes, ante sus fieles y ante toda la Iglesia, para impedir los aplausos que tanto le disgustaban; ah! entónces no puedo menos de exclamar, ¡he aquí la humildad elevada á la mayor altura! ¡nada hay mas bello en la historia que esta heroica virtud de San Agustin!

Pero ni la humildad, ni la pureza perjudican á la autoridad y á la ternura de su celo. Es necesario remontarse hasta San Pablo y descender luego hasta San Francisco de Sales, para encontrar un amor de las almas tan fuerte, y al mismo tiempo tan tierno. Como el primero, Agustin no quería ni aún el Cielo mismo, si se le separaba de sus queridos fieles por los cuales deseaba padecer. «Yo no quiero salvarme sin vosotros, exclamaba, no, Dios mio, yo no quiero salvarme sin mi pueblo! ¡Ojala que ocupando uno de los últimos puestos en el Cielo, me vea allí rodeado de todos mis hijos! ¿Y cuáles son mis deseos? ¿Para qué hablo? ¿Para qué soy Obispo? ¿Y para qué estoy en el mundo sino para vivir en Jesucristo, y vivir despues en la gloria con vosotros? Esto es mi anhelo, mi honor, mi gloria y mi tesoro!» Y en tanto que su caridad y su afecto se traducían en gritos de amor que recuerdan los de San Pablo, tenía á la vez para con las almas tales ternuras, tan delicadas atenciones, y paciencia tanta, que jamás se han encontrado iguales en otro que no sea San Francisco de Sales. Como el Santo Obispo de Ginebra, reprendía algunas veces, pero con dulzura, con suavidad, siempre con miedo de apagar la mecha que todavía humeaba, y querien-

do siempre y á toda costa obrar como una madre. «De cuando en cuando decía con lenguaje semejante al de San Francisco de Sales, la gallina cuando atraviesa senderos estrechos, pisa á sus pequeñuelos, si bien nunca con todo el peso de su cuerpo, calentándolos despues, y no dejando nunca de ser su madre.» El amor en él era uno mismo para los pecadores y para los hereges; veinte veces fué á echarse á los piés de los gobernantes para pedirles clemencia; ofrecía su vida y su sangre, queriendo hasta abandonar la sede, y con este ejemplo todos los obispos de Africa adoptaron tan sublime acuerdo, para ayudar de ese modo á la salvacion de las almas. «Pongámonos de acuerdo, hermanos, pongámonos de acuerdo, mis amados, repetía sin cesar á los hereges; nosotros os amamos, deseamos veros con nosotros, y deseamos daros lo que buscamos para nosotros mismos. No es necesario que seamos obispos, gritaba á los trescientos Prelados del Africa, lo necesario es que salvemos á nuestro pueblo, áun cuando para ello debamos sufrir y morir.»

Mas esta abnegacion, esta pureza, esta humildad y este amor por las almas, no eran sinó sombras, al lado de la grandeza, de la valentía, de la santa familiaridad, y de la profundidad totalmente divina de su amor á Dios. Agustin pasaba de rodillas ó sentado las horas enteras con los ojos á medio cerrar, los lábios entreabiertos, inmóvil y como fuera de sí, en tanto que se iba y se venía en torno suyo; siendo siempre al salir de estas largas contemplaciones, cuando tomaba la pluma y exhalaba de su

corazon esos gemidos y quejas sobre la duracion de la vida, esos movimientos impetuosos hacia la patria celestial, y esas ardientes efusiones de amor que llenan todas sus obras. «Yo os amo, »Dios mio, exclamaba, sí, yo lo sé, yo lo siento, »yo estoy seguro de ello. Mis temores no son serviles, y mis esperanzas no son interesadas. Es- »tinguid los fuegos del infierno, pues yo no temo »sinó porque amo. Destruid vuestro paraíso, ya »que mi gozo, mi esperanza y mi felicidad consisten solo en amaros.» Todo su corazon se muestra perfectamente en esta admirable palabra que Agustin repetía sin cesar. «Vivamos aquí abajo »como aprendices de la vida inmortal del Cielo, »donde toda nuestra ocupacion será amar.»

En semejante vida y pensamientos iba ya envejeciendo este grande hombre: tocaba á los sesenta y siete años, en plena salud tanto de cuerpo como de espíritu, y conservaba la vista, el oído y las facultades todas en su mayor vigor, cuando cayendo sobre el Africa espantosas desgracias, vinieron á destrozár su corazon, atacando juntamente la energía de su vida.

El torrente de los bárbaros, cuyas huestes devastadoras hacía un siglo que venian recorriendo la superficie de la tierra, cayó de repente sobre el Africa, sembrando por doquiera la desolacion, el pillage, el asesinato, el incendio y otros mil horrores, sin perdonar ni á mujeres, ni á niños, ni á sacerdotes; destruyendo las Iglesias y llevándolo todo á sangre y fuego. «El hombre de Dios, dice Posidio, vió el principio y los progre-

tos de este azote terrible, de distinta manera que los demás hombres. Agustín descubrió males aún mas terribles, el peligro y la muerte de las almas; y como dice la Escritura Santa, *que el que adquière la ciencia se prepara á dolores mas intensos, y que una gran penetracion deseca los huesos*, así Agustín pasó los últimos dias de su ancianidad, en una tristeza y amargura incomparables. Siempre tenia presentes á sus ojos, las iglesias quemadas y desprovistas de sacerdotes; las vírgenes consagradas á Dios, espirando al filo de la espada, ó perdiendo la vida del alma con la pureza de su cuerpo; los Obispos y sacerdotes despojados ó reducidos á la última miseria; por todas partes descubría los altares profanados, imposibilitada la administracion de sacramentos, y á multitud de cristianos pidiendo el bautismo ó la penitencia, y precisados á morir sin recibirlos. El Santo anciano lloraba dia y noche, y entretanto el dolor le iba consumiendo (1)

Bien pronto el ejército de los bárbaros despues de haber talado y destruido todas las ciudades de Africa, excepcion hecha de Cartago, Círta é Hipona, vino á sitiar esta última donde se habian refugiado una multitud de Obispos, de Sacerdotes, y de Religiosos; como si Dios hubiese querido reunir delante de este grande hombre toda la Iglesia de Africa, á fin de que aprendiese de Agustín, como se soportan las grandes desgracias, y como deben concluir en la resignacion y el heroismo las naciones cristianas. Él lloraba con los Obispos y con ellos se lamentaba; pero su clarísima razon se

(1) Posidius, cap. XXIII.

elevaba á mayor altura. «Sería hacerse muy pequeño, decía, el mirar como un gran mal esos derrumbamientos de maderas y de piedras, y esas muertes de hombres mortales.» Sus lágrimas corrían ante la prevision de mayores males.

Así que, consumido de tristeza, y no pudiendo ya resistir mas, dijo á los Obispos: «Hermanos y padres míos, oremos juntos á fin de obtener que cesen estas desgracias, ó que Dios me retire de este mundo.» Acometido poco despues de una fiebre violenta, causada por el dolor que acibaraba su alma, se conoció bien pronto que iba á morir. Ese corazon tan tierno y tan fuerte tomó entónces un no sé qué de mas afectuoso y mas tierno todavía, empleando sus últimas fuerzas en dictar para los Obispos de Africa una carta admirable, en que les exhortaba á no abandonar sus pueblos, á darles el ejemplo de la resignacion y de la paciencia, y á morir por ellos y con ellos. Esta carta fué su última produccion y como el canto del cisne; siendo propio de corazon tan grande el exhalar al borde de la tumba semejante grito de amor.

Entre tanto, apenas se supo en Hipona que Agustin estaba próximo á morir, fué asediada la casa por los fieles, y todos quieren ver á su Obispo por última vez. Los enfermos se agrupan al rededor de su cama, y las madres llevan á sus hijos para que los bendiga. Conmovidó á la vista de tales testimonios de afecto, el moribundo ofrece á Dios sus oraciones mezcladas con sus lágrimas. Habiéndole pedido un padre que pusiese las

manos sobre la cabeza de su hijo y le sanára. «Si yo tuviese el poder de curar, dijo sonriéndose el bondadoso anciano, empezaría por curarme á mi mismo.» Sin embargo, insistiendo el padre, puso el Obispo las manos sobre la cabeza del niño, y este quedó curado.

Pero Agustín no se ocupaba ya de lo que á la tierra pertenecía, ni llamaban su atención las ardorosas manifestaciones del pueblo. Dominado por el amor de Dios que le consumía, y ocupado á la vez con el recuerdo de los pecados, que cuarenta años de expiación no habian sido bastante á borrar de su memoria, empleaba aún las últimas horas en purificar el alma. Habia hecho escribir en grandes tiras de tela, y colocar sobre el muro de su estancia los Salmos penitenciales y en los últimos dias de su enfermedad leía desde la cama sus versículos, derramando abundantes y sentidas lágrimas. Y á fin, dice Posidio, de que nadie le interrumpiese en esta profunda meditacion, unos diez dias antes de su muerte nos rogó que no permitiésemos la entrada en su cuarto, fuera de la hora en que venian los médicos. Obedeciósele puntualmente, y estos diez últimos dias pasólos el grande hombre en un completo silencio, solo con Dios, y ocupado de pensamientos que eran mezcla singular de arrepentimiento y de amor. Por fin, aproximándose ya su hora postrera los Obispos se reunieron al rededor del lecho, y entre sus abrazos y suspiros, el alma del santo anciano voló al seno de Dios. Hacía setenta y siete años que Mónica le habia dado á luz; cuarenta y tres

que le había convertido con sus lágrimas, y cuarenta y dos que le aguardaba en el Cielo. Alipio, su antiguo amigo, le cerró los ojos y sepultó su cuerpo; y ¿quién duda que Mónica ha recibido también su alma, llevándola ella misma al seno de Dios?

Fué dado á un gran santo de los tiempos modernos, el contemplar durante un éxtasis el encuentro en el seno de la eternidad, de dos almas que en la tierra se habian amado tierna, fuerte, y santamente. San Vicente de Paul vió el alma de S. Francisco de Sales descender del Cielo en forma de un globo de fuego, en tanto que el alma de Santa Chantal se elevaba por sí misma de la tierra en forma de otro globo inflamado, y luego los dos globos se aproximaron y confundieron de tal modo que bien pronto no se vió sinó una sola llama, que fué á perderse en el Cielo.

Algo semejante debió suceder á la muerte de San Agustin. El alma del hijo y la de la madre se elevaron hasta el centro divino de su mútuo amor; allí se unieron, y mas dichosos que en Ostia, no volvieron á descender. Pero Dios no consintió que persona alguna viese este grande y conmovedor espectáculo. ¿Por qué Dios habia de revelarnos lo que siente el corazon por sí mismo? El que no encuentra en su alma la revelacion de una escena semejante, no merece recibirlá de lo alto.

¡O Agustin! ¡Bienaventuradas las entrañas que te han llevado y que en este dia se conmovieron inefablemente! ¡O Mónica! abrid vuestros brazos á ese hijo que en todo es vuestro, y gozad para siempre de la felicidad que vuestras lágrimas le han asegurado!

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE.

PRINCIPIO DEL CULTO DE SANTA MÓNICA. —

INVENCION Y TRASLACION DE SUS RELIQUIAS Á ROMA. —

EL PAPA MARTIN V. RECONOCE SU AUTENTICIDAD.

AÑOS 430 AL 1586.

Mientras que Alipio, Posidio y demás Obispos de Africa daban sepultura al cuerpo de San Agustin en la iglesia de San Esteban de Hipona, que habia de ocupar por espacio de cincuenta y seis años, para ser conducido despues á Cerdeña, y mas tarde á Pavia don le reposa áun; Mónica continuaba dormiendo el sueño de los justos, en la tumba que la piedad de su hijo le habia erigido á las orillas del mar de Ostia. El extranjerico que visitaba esta tumba veneranda, veía allí desde tiempos remotísimos un pequeño monumento de mármol, cuyo origen era desconocido, y que muchos atribuían al mismo San Agustin. ¿Quién duda en efecto, que este fué de continuo á visitar la tumba de su madre durante el primer año de tristísimo duelo que pasó en Roma? ¿Y quién puede dudar tampoco que sin la prohibicion de Santa Mónica, Agustin habria tomado las medidas necesarias para llevar á Tagaste restos tan preciosos, y reunirlos á los de Patricio su padre en la tumba de familia? Empero, puesto que Mónica habia dicho: «Vosotros enterraréis á vuestra madre aquí,» Agustin no salió de Italia, ni dió el último á Dios

á sus restos venerados, sin cuidarse del sepulcro que los encerraba, y rodearle de algun honor.

Mas cualquiera que sea el origen de ese monumento de mármol, es lo cierto que Mónica permaneció durante muchos siglos en el sarcófago de piedra que la piedad de su hijo le consagró; que su nombre era venerado en Ostia, y que despues de aparecer las confesiones, lo fué por todo el mundo, si bien no se sabe que se la rindiera culto alguno. Su fiesta no está consignada ni en los Martirologios universales de Usuardo, de Adon, y del venerable Beda, ni tampoco en los calendarios especiales de la Iglesia Africana, teniendo Dios decretado que Santa Mónica no llegaría al honor de recibir culto público sinó despues de mil años. ¿Por qué esto? ¿Por qué Santa Filomena, martirizada en los primeros tiempos de la persecucion, no ha conseguido aquel honor hasta el siglo XIX, en que obtuvo de pronto su espléndida aureola? ¿Por qué hasta nuestros dias no ha brillado el glorioso misterio de la Inmaculada Concepcion? ¿Por qué hay en el Cielo astros cuya luz, segun el testimonio de los sábios, no nos es aún conocida? Dios solo lo sabe; son sus secretos.

Sin embargo, en la bella vida de nuestra Santa el misterio es trasparente, y mirándole de cerca es fácil ver por qué Santa Mónica debió dormir admirada, pero no honrada todavía, en la humilde tumba que su hijo le habia abierto. Mónica debia ser patrona de las madres que tienen Agustinos; su dulce imágen habia sido creada por Dios para alentar un dia, para sostener y conso-

lar en determinado tiempo á esas madres desgraciadas, cuyos hijos se estravian, alejándose de la fé que mamaron; y he aquí el por qué los siglos cristianos de la edad media vieron á Santa Mónica y no la comprendieron: la admiraron, sí, pero no tendieron hácia ella sus brazos suplicantes. Para comprender esa dulce y consoladora fisonomía, es menester verla á través de las lágrimas; pero en aquel tiempo aún no habia bastantes en los ojos de las madres.

Pásanse así mil años, durante los cuales solo Dios vela para que estos preciosos restos no perezcan. «Por eso, dice un gran Papa, que Santa Mónica murió en Italia y Agustin la dejó allí; pues si sus sagrados huesos hubiesen sido trasladados al Africa, infaliblemente habrían desaparecido con las invasiones sucesivas que, despues de haber destruido las Iglesias, los altares y los cuerpos de los Santos, han destruido tambien las poblaciones, convirtiendo en un desierto esa inmensa y fertil comarca. (1) Y por la misma razon mas tarde, en una época que no se conoce con seguridad, pero que debe coincidir con la invasion de los Lombardos hácia el siglo VI ó VII, el cuerpo de Santa Mónica fué trasladado secretamente y sin ninguna ceremonia á la Iglesia de Santa Aurea, en Ostia, y se le colocó bajo el altar en el fondo de una pequeña cueva, cuyo secreto sabian solo los sacerdotes de la misma Iglesia. Dios reservaba este santo cuerpo para otros tiem-

(1) Véase en los documentos justificativos el Sermon del Papa Martin V.

pos, y le guardaba en los tesoros de su misericordia, para otros siglos que habian de necesitarle más.

En fin, hacia la mitad del siglo XV y en vísperas del protestantismo, que iba á romper la unidad de fé y á preparar los tristes tiempos, en que Santa Mónica debia mostrarse como un consuelo y una luz, se abre su tumba providencialmente, segun vamos á ver, y es colocada sobre los altares.

Pero ya por los siglos XII y XIII nuestra Santa habia empezado á salir de la oscuridad. Establecióse su fiesta en muchos puntos á la vez, señalándose para ella en todos el dia cuatro de Mayo, víspera de el en que se celebra el memorable suceso de la conversion de su hijo; como para decir á los fieles, que si despues de tantos errores y tempestades, Agustin habia vuelto á encontrar su fé, su conciencia, su corazon, su genio mismo; y, sacudiendo las tinieblas en que vivía, pudo irradiar y comunicar su luz al mundo y á la Iglesia, lo debia á Santa Mónica. Levantáronse altares á honor suyo en las antiguas catedrales de la edad media; componíanse himnos de alabanza que se cantaban por los fieles, y en los frescos y vidrieras de las Iglesias, empezó á resplandecer su bella imágen. Ya un discípulo del bienaventurado Angel de Fiesoli, Renzo Gozzoli, habia pintado algunas de las mas preciosas escenas de su vida, y con especial esmero su muerte, en el coro de la Iglesia de San Geminiano; mientras que una mano desconocida, pero impul-

sada por nobilísima alma, hizo resplandecer su dulce imagen por cima del altar de la ya hoy devastada iglesia de Ostia.

Mas todo esto no era aún sinó la aurora de un culto impaciente por nacer, y procedía ya que el Jefe supremo de la Iglesia interviniese, y que él mismo colocase en los altares á Santa Mónica. Para tan grande obra escogió Dios á Martín V.

Pocos Papas han sufrido tanto como él, pues si su exaltacion á la Santa Sede puso fin al cisma del occidente; y si tuvo el inefable contento de ver que los miembros dispersos de la Iglesia volvian á reunirse; y que el misterio de la unidad, un instante velado, resplandecía con singular brillo; fué tambien testigo de las dolorosas escenas del concilio de Constanza, que prepararon los escándalos del de Basilea; vió aparecer á Wiclef, Juan de Huss, y Gerónimo de Praga; asistió á los horrores de la guerra de los Husistas, y desde el trono de San Pedro, en el que los consejos del genio y de la esperiencia humana no son sino débiles resplandores al lado de la luminosa asistencia del Espíritu de Dios, tuvo el amargo sentimiento de los tristes y miserables caminos en que sin respeto á Dios ni á su Iglesia, el mundo se proponía entrar. Pero precisamente en este momento, y cuando las entrañas de la cristiandad sentían dolores tan desgarradores, presagio de mayores males, fué cuando por una de esas inspiraciones divinas, á las cuales obedecen los Papas sin llegar á comprender siempre toda su importancia,

Martin V dió la autorizacion para buscar las reliquias de Santa Mónica y trasladarlas á Roma.

Para ello nombró á uno de los hombres mas venerables de la época, á su confesor Fr. Pedro Assalbizi, religioso de la Orden de Eremitas de San Agustin y Obispo de Aleth, tenido universalmente por Santo. Gozoso este de la mision que habia recibido, asociose un religioso de su misma órden, el bienaventurado Agustin Favaroni, Prior general, que despues murió en olor de Santidad; y ambos, acompañados de cierto número de sacerdotes y religiosos, se trasladaron sin dilacion á Ostia, porque se aproximaba el dia de Ramos, y deseaban que los preciosos restos que iban á buscar, entrasen en Roma ese mismo dia.

El cuerpo de la Santa habia sido trasladado al Santuario de Santa Aurea, en Ostia, y sin duda fué allí sepultado en época muy remota; mas la fecha en que esto tuvo lugar, no se precisaba bien. Los comisarios apostólicos llegaron á dicho Santuario acompañados de los Sacerdotes de la ciudad; y, despues de haberse arrodillado y orado con fervor, mandaron escavar la tierra, primero á la derecha del altar. Allí, á la profundidad de ocho piés, poco mas ó menos, se encontró un enlosado antiguo de largas y anchas piedras, sobre las cuales se veían esparcidos algunos esqueletos, que podrían ser reliquias de Santos, pero que nada indicaba que lo fuesen. Detuviéronse entónces persuadidos de que habian llegado al fondo de una cámara sepulcral, profanada acaso y hoy vacía; y fijaron su atencion en otras partes del Santuario,

que hicieron sondear por diferentes puntos con fuertes instrumentos de hierro, sin que en sitio alguno se descubriese cavidad de ningun género. Volvieron entónces al enlosado de piedras, que costó gran trabajo remover, y debajo de una losa descubrióse al instante una pequeña abertura, diestramente ocultada, que conducía á una bóveda mas profunda y absolutamente oculta. Llenos de las mas grandes esperanzas, los comisarios apostólicos bajan á ella, y allí, en una cripta bastante estensa descubren muchos sarcófagos de diferentes dimensiones; tres á la derecha, que contenían el cuerpo de San Lino, Papa y mártir; el de San Félix, tambien Papa y mártir, y el de San Astero, igualmente mártir.

Examináronse sin dilacion y con avidéz los que estaban á la izquierda: el primero, era la vasta tumba donde Santa Constanza habia sido sepultada con Santa Aurea; el segundo era caja mas bien que tumba, y contenía los huesos de Santa Aurea, virgen y mártir, trasladados desde el sepulcro de Santa Constanza en época desconocida. Mas abajo habia un ancho sarcófago de piedra, semejante á los que usaban los romanos para dar sepultura á sus muertos, y los comisarios apostólicos aproximando entónces sus lámparas, pudieron leer sobre una plancha de plomo y con los ojos bañados en lágrimas, el nombre de Santa Mónica.

El momento fué solemne: la madre de San Agustin aparecía por fin despues de doce siglos de oscuridad y de silencio, y con ella todas las reliquias de la ciudad de Ostia.

En un día de terror, y en vísperas de ser invadidos por los lombardos que todo lo abrasaban, con especialidad los cuerpos de los Santos, se habían ocultado, temiendo su destruccion, en una cripta hábilmente disimulada, de mas de ocho pies de profundidad, y volvian al fin á regocijar á los cristianos que las creian ya perdidas, y á animar con sus inmortales ejemplos, á los nuevos mártires que Dios iba á pedir pronto á su Iglesia.

Luego que todos, religiosos y sacerdotes, se hubieron prosternado, adorando al pié de las tumbas al Dios que triunfa en sus santos, abrióse con mano temblorosa por la emocion, el sarcófago de piedra en donde el mas grande de los doctores, y el mas amante de los hijos, había encerrado el cuerpo de su madre. No había allí mas que huesos desecados, pero estaban llenos del perfume que exhalan casi siempre los restos de los Santos. «Salía, dice un testigo, de tan preciosas reliquias cierto aroma que perfumaba las manos y los vestidos, sin poderlo hacer desaparecer; pero este aroma no se parecía en nada á los perfumes, áun los mas delicados, que suelen respirarse, y era de tal naturaleza que elevaba el alma á Dios. (1)

Despues que los afortunados testigos de esta escena hubieron contemplado, orado y besado detenidamente restos tan venerables, fueron colocados en una caja de madera preparada al efec-

(1) Véase al fin de la obra la nota núm. 4.

to, apresurándose todos á emprender la marcha y á trasladarlos á Roma.

Nada se habia dispuesto para que la traslacion de las reliquias fuese solemne, antes bien habiase convenido en que entrasen sin ruido, y que se dejara al Soberano Pontifice el designar dia para la fiesta pública; pero cuando un santo se ha inmolido por Dios, sale de sus huesos purificados, como en otro tiempo del sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, una virtud que cura, y un cierto encanto celestial que atrae las almas, consolándolas, despegándolas de la tierra y elevándolas á Dios. Bien pronto el pueblo en no pequeño número, hizo cortejo al humilde carro que llevaba los restos de Santa Mónica; pero al entrar en Roma el entusiasmo subió de punto. Celebrábase aquel dia uno de los principales mercados, estando la ciudad atestada de gente; y como los paisanos, labradores, y mercaderes venidos de la campiña romana, preguntasen qué significaba aquel cortejo, al contestarles que era el cuerpo de Santa Mónica que se transportaba á Roma, habia quienes no lo comprendían; pero cuando se les añadía, «es la madre de San Agustin,» todos prorumpian en gozosas aclamaciones; (1) todos querían ver la caja, tocarla y besarla; los comisarios apostólicos, los religiosos y los sacerdotes de Ostia que sirviéndole de escolta de honor rodeaban el carruaje, no podian avanzar, siéndoles esto absolutamente imposible.

(1) Sermon de Martin V.

Un milagro vino á aumentar el entusiasmo, y á revelar al mundo lo que era esta mujer incomparable, cuyos restos entraban en Roma. Mientras los conductores del carro procuraban, aunque inútilmente, separar la muchedumbre, esta se separa espontáneamente, para dar paso á una madre que con su hijo enfermo en los brazos, corría presurosa hácia el cuerpo de Santa Mónica. Los concurrentes hacen esto hasta con respeto por una especie de presentimiento misterioso hijo de la fé, y ella entonces se aproxima á la caja, acerca el niño hasta ponerle en contacto con la misma, dirige una mirada de vivísima fé, é instantáneamente se apodera del pueblo una emocion inmensa: el niño estaba curado. Desde aquel momento el entusiasmo no tuvo límites.

Llegóse así á la Iglesia, y cuando se habia colocado sobre el altar la caja de madera que encerraba las reliquias de la Santa, sintieron todos vivo disgusto por haber dejado en la cripta de la Iglesia de Santa Aurea el gran sarcófago de piedra, en que San Agustin habia puesto el cuerpo de su madre, y que era una segunda reliquia; así pues volvieron á Ostia, y al dia siguiente se trajo triunfalmente á Roma el sarcófago vacío, en medio de una multitud mas numerosa aún que el dia anterior, y á la que nadie podia contener.

Un nuevo milagro de la misma naturaleza, pero si se quiere mas brillante, acabó de dar á conocer á Santa Mónica, enseñando juntamente á las almas que gracias podían pedirle.

Una madre que velaba al pié de la cama de su hijo enfermo hacia ya cerca de ocho meses, y desesperaba de que pudiera sanar, sabiendo lo que pasaba, en uno de esos arranques de fé y de indomable esperanza que suele producir el corazon de las madres, coje á su hijo, lo envuelve en un paño, corre hacia la tumba de Santa Mónica, le coloca sobre ella, y en pié, llena de confianza espera que la Santa se mostrara verdadera madre. No esperó en vano esta mujer ferviente, porque el niño se levantó al instante, y gozoso á la vez que enteramente sano, se arrojó en sus brazos.

«Estos hechos, decia el Papa Martin V en una ceremonia de que vamos á ocuparnos, han pasado á la vista de todos, y se repiten cada dia con tal estrépito, que deben inspirarnos una firme confianza en esta sierva de Dios.»

«En efecto, otros muchos milagros acompañaron su traslacion: el Papa Martin V se ha encargado de referirlos; pero entretanto notemos solo un hecho de brillantísima luz y de esquisita delicadeza. Aparte de los niños curados en los brazos de sus madres, hizose notar que los milagros mas frecuentes se operaban en los ciegos, devolviéndoles la vista. «Sea, dice el mismo Martin V, que Dios quisiese por este medio glorificar á la madre de San Agustin, sea que quisiese honrar así las lágrimas que esta mujer admirable habia vertido durante veinte años, para obtener que Dios abriese los ojos de su hijo.»

De este modo Santa Mónica, apenas se halló

su cuerpo, quiso enseñar al mundo dos cosas: la primera, que ella no resistiría jamás á los gritos de una madre que llora por sus hijos; y la segunda, que entre todos los enfermos siempre y muy principalmente interesarían su corazón los ciegos; no tanto aquellos que no ven la luz del sol, como esos otros ciegos mas desgraciados aún, cuya inteligencia oscurecida por las pasiones, no contempla el brillante sol de la fé.

Martin V se conmovió hasta el fondo de su alma cuando supo cómo se habia verificado la entrada en Roma del cuerpo de Santa Mónica; y cómo esta pompa no habia sido ordenada por él sinó que fué hija del entusiasmo del pueblo, juzgando que su deuda no estaba satisfecha, quiso celebrar una solemnidad extraordinaria en la iglesia que guardaba el santo cuerpo, manifestando deseo de presidirla en persona.

Fué en efecto el Papa á dicha iglesia en medio de las oleadas de un inmenso pueblo, atraído por la fama de los milagros que se multiplicaban al rededor de la santa tumba; ofreció el divino sacrificio, y despues de la misa, poseído de santo gozo, dirigió á los religiosos encargados de custodiar el inestimable depósito del cuerpo de Santa Mónica, y al pueblo que se estrechaba en la iglesia, un elocuente y conmovedor discurso del que, para no faltar al deber de historiador, debemos dar una idea á nuestros lectores.

«Celebramos hoy, decía al empezar el santo Pontífice, á la madre de ese gran doctor cuya virtud, gracias y victorias son la gloria de todos

los cristianos, y cuyo nombre se ha hecho célebre cual ninguno, donde quiera que reina la fé de la Iglesia católica. ¿Y cómo no hacer participar á la madre de las alabanzas que prodigamos al hijo, cuando ninguno de nosotros ignora que la bienaventurada Mónica, no solamente ha sido su madre segun la naturaleza sinó que á la vez, y mas particularmente, ha sido la madre de su espíritu y de su corazon? En efecto, el único objeto de las oraciones que Mónica hacía subir continuamente hácia Dios, y el único fin de su solicitud, era la salvacion de Agustín: él mismo nos refiere en sus escritos, haberla oido decir repetidas veces, que no deseaba otra dicha sobre la tierra que el ver á su hijo inflamado en el deseo de las cosas celestiales, y despreciando los gozes de aquí abajo. «No tengo, pues, razon de regocijarme yo á quien ha sido dado tocar hoy las reliquias de la bienaventurada Mónica, y devolver ese santo cuerpo á los hijos mismos que Agustín engendró para honrar á su madre? Oh! cuán grande es, y de qué dignidad tan sublime está revestida la madre de tal hijo! ¡Dichosas las entrañas, bienaventurados los pechos, mil veces venerables los brazos, digno en fin de todo homenaje el cuerpo que ha dado al mundo un hijo tan ilustre!»

«Recíbidle pues, ó religiosos, con grande amor; tocadle con profundo respeto. Llevad sobre espaldas que sean santas, esa madre de la que os gloriais llamándoos hijos. Que vuestro corazon sea siempre uno mismo para Agustín y para

Mónica: que no haya sinó una misma alabanza. Y vosotros tambien ciudadanos y magistrados Romanos, entregaos al regocijo, y al recibir tan grande beneficio no pongais límite á vuestro entusiasmo.»

Despues de esta primera efusion de su corazon, empieza el Santo Pontífice á diseñar las virtudes de Santa Mónica; su dulzura, su paciencia y su solicitud maternal recompensada con la dádiva de un hijo como Agustin. «Porque poseyendo á San Agustin, exclama, ¿qué nos importan la sagacidad de Aristóteles, la elocuencia de Platon, la prudencia de Varron, la gravedad de Sócrates, la autoridad de Pitágoras, ni la habilidad de Empédocles? Ninguna necesidad tenemos de estos hombres; nos basta Agustin. En él se encuentran reproducidos y esplicados los oráculos de los profetas, las enseñanzas de los apóstoles, y las santas oscuridades de las escrituras. En él se hallan reunidos el genio y las enseñanzas de todos los Padres y de todos los sábios. Si vosotros buscáis la verdad, la doctrina, la piedad ¿hay nada mas instructivo, mas sabio, y, por decirlo así, mas santo que Agustin.?

«Pues bien, la piadosa Mónica ha sido la que ha dado al mundo un hombre semejante; esta bienaventurada madre ha sido tambien la que ha dado á nosotros y juntamente á la Iglesia la gloria de un doctor tan ilustre! ¿Bastará decir en alabanza de la Santa, que ella le ha dado á luz, que le ha amamantado y que le ha educado como hacen todas las madres con sus

hijos? Oh!, no, porque Mónica ha hecho mil veces mas: ¿quién no se regocijará de saber por el mismo Agustin la piadosa costumbre que su madre tenía, de hacerle pronunciar desde la cuna el nombre de Jesucristo, nombre que él mismo despues, en edad mas avanzada, cuidaba mucho de poner en los labios de los niños? Pues para esta obra tan bien comenzada y continuada luego por Mónica sin interrupcion durante sus dias, nada se omitió hasta terminarla. ¿Quién podrá referir los clamores y suspiros que día y noche dirigía al Cielo por causa de Agustin, no para obtenerle la salud corporal sino la salvacion de su alma? ¿Quién podrá contar las lágrimas que vertió, y los gemidos que exhaló por amor al hijo extraviado? Dios puso fin á su afliccion dejándola oír que el hijo de tantas lágrimas no podía perecer, y que este hijo avanzaría como ella por el camino de la fé y de la salvacion. Así que desde ese dia, Mónica no tuvo ya otro deseo ni otra solicitud, que la de corresponder al oráculo divino, pensando siempre en Agustin, en su hijo prometido y consagrado á Dios y á la religion, y en seguir afanosa las huellas de aquel, á fin de arrancarle al mal y volverle á la virtud.

«No referiré, continúa el Pontífice, las industrias que puso en juego para con su marido, gracias á las cuales obtuvo de Dios su salud espiritual, viendo cumplida esta palabra del Apostol en su primera epístola á los Corintios. *El hombre infiel. deberá su salvacion á la mujer fiel.* Y esto á fin de que ningun miembro de su familia falte en el

lugar donde moran los elegidos é inscriptos en el libro de la vida.

«Pero ¿quién no admirará la fé y la grandeza del amor que la impulsaron á seguir por mar y tierra á Agustin. No se crea que este viaje le emprendiese Mónica de acuerdo con su hijo; porque él mismo nos refiere que deseando ausentarse del Africa, engañó á su madre; mas cuando Agustin hubo partido para Italia, ella emprendió el mismo camino dándose á la vela en seguimiento de su hijo, con valor muy superior á su sexo. ¡Oh mujer incomparable á quien pueden aplicarse estas palabras del Salvador: ¡qué grande es tu fé! Oh! sí, la fé que impulsó á Mónica á concebir tal designio y á afrontar sin vacilar el mar y sus tempestades, la tierra y sus peligros, hasta abrazar de nuevo á su hijo que no esperaba semejante resolucion, esa fé era grande, muy grande. ¿Y cómo dar á conocer ahora la vivísima solicitud de esta mujer fuerte y fiel, para conseguir en Milan la santificacion de Agustin? ¿Por qué méritos, y de qué modo adquirió la santa familiaridad de Ambrosio, de Simpliciano, y de tantos otros eminentes y santos Padres? En semejantes relaciones no buscaba otra cosa, que confiar la salud de su hijo á los hombres mas á propósito, y yo pudiera referir aquí muchas cosas que esta madre hizo con un valor superior á su sexo, para traerle á la fé; pero son tantas que no acabaría jamás. Mónica obtuvo por fin, cuanto deseaba, es decir vió renacer á Agustin por el bautismo y por los Sacramentos que se administran á los fieles; como si

la corte celestial vencida por los gemidos de esta mujer, no pudiese negar ya la vida y la salud del hijo, á los suspiros de la madre: suspiros tan continuos y tan ardientes, que San Ambrosio y Simpliciano estaban como fatigados de ellos, sintiéndose inclinados á dirigir al Cielo esta súplica: alejádla, Señor, pues nos importuna con sus clamores. »

Despues de referir la conversion de Agustin, su retirada á Casiaco, las conferencias filosóficas y la parte que en ellas tomó Santa Mónica; despues de haber exclamado: «Oh! á no dudarlo, habia en el corazon de esta mujer un espíritu bien diferente del que suele manifestarse por la boca del hombre,» el Santo Pontífice continúa así:

«Habiendo acompañado á su hijo convertido hasta esta ciudad, y habiendo visto las cosas dignas de visitarse en ella, Santa Mónica parte con Agustin para Ostia, desde cuyo punto pensaba despedirse de Italia y navegar hácia Cartago: Pero ¿qué decir aquí mis carísimos hermanos? ¿por qué causa no ha querido Dios que Mónica saliese de Italia? ¿Por qué es allí donde ve llegar su último dia despues de haber seguido á su hijo, y cuando por decirlo así, le mostraba ya las playas de su país natal diciéndole: «Por tí, hijo mio, dejo estos lugares y voy á la pátria tan deseada, recordándote que solo en el Cielo está la verdadera y la inmortal pátria, comun á todos los santos: que tus votos y todas tus acciones se dirijan hácia ella, esta es la única herencia que te dejo; así yo te recibiré en mi seno. Ahora no quiere Dios

que te siga mas en la tierra, y pues aquí concluye mi peregrinacion, que aquí tambien sea el término de mi mortalidad (es decir, el principio de mi inmortalidad en el Cielo.) Fuerte con mis socorros, y seguro de mi auxilio, marcha tranquilo bajo mi tutela. Dichosos aquellos tiempos en que tus hijos y los míos, despues de traerte á Italia, nos guarden á ambos con religiosa piedad.»

«Así, exclama el Pontífice, me parece oír hablar á la Santa movida de espíritu profético. Sí, hénos aquí en los tiempos que ella misma predecía hace tantos siglos, y ¿cómo no reconocer la bondad, la misericordia y la providencia de Dios, que no ha querido que la Italia y el mundo entero careciesen de presente tan magnífico? Yo dudo, en efecto, que muriendo Mónica en Africa se hubiesen conservado sus venerandas cenizas, y que tesoro tan precioso hubiese podido escapar á las devastaciones, que aquel país ha sufrido. No, los que habrían perdido al hijo, tan conocido ya en todo el universo, á no haberle trasladado, no habrían sin duda alguna conservado á la madre. ¿Qué digo? en la misma ciudad de Ostia los huesos de los Santos no habrían estado seguros, si el Señor no velara por su conservacion. Gracias á eso, ha permanecido oculto el bienaventurado cuerpo, durante tantos años, Dios lo ha querido para que vosotros que con tanta piedad venis honrando al hijo, pudierais tambien rendir respetuoso homenaje á la madre. Yo me regocijo, y felicito de que me haya cabido la dicha de poderos hacer hoy un presente tan magnífico.»

Luego que el Santo Pontífice hubo celebrado las virtudes de la Santa, empezó á contar la historia de la invencion: refirió las órdenes que al efecto habia dado; las investigaciones que se habian hecho, los milagros que habian acompañado la traslacion á Roma de aquellos preciosos restos; y por fin terminó así su discurso.

«Recibid pues á la madre con el hijo; servíos en cuanto podais, del uno y de la otra; porque los dos, no tienen sino un solo espíritu, una misma regla, una misma y sola voluntad. Haced de este dia una festividad solemne, y puesto que lo permitimos, y pues que así lo queremos y á ello os exhortamos, trasmitidla hasta la mas remota posteridad; y que por vuestro conducto sean conocidas en todas partes el poder y la gloria de esta santísima madre. Conducid ante ella los pobres, los lisiados, y los enfermos; invítadles á que vengan á buscar aquí los socorros del Altísimo, y al efecto, publicad cuanto en estos dias ha pasado entre nosotros, al contacto de ese cuerpo venerable. Cierta mujer llamada Silvia, presa de un violento dolor de cabeza, se encomienda á la Santa, é inmediatamente se ve libre de su mal. Otra, nombrada Mariola, y hermana de un religioso de vuestra órden, tenia un tumor en el seno, y al contacto solo de la tumba, desaparece la fiebre violenta que la habia colocado á las puertas de la muerte. Un niño se envenena y hallándose próximo á fallecer, apenas sus padres hacen un voto á la Santa, cuando se siente completamente bien. El simple contacto del féretro devuelve la salud á una noble Romana paralí-

tica, y agobiada de la terrible enfermedad que llaman Caduca. ¿Y qué decir de la mujer estéril, esposa del obrero que ha hecho los herrajes de sepulcro? tan luego como ora y se consagra á Dios al pié de la Santa, cesa su esterilidad. ¿Qué de ese mismo obrero, que, casi ciego, hace el mismo voto, y recobra enteramente la vista? ¿Y de esa otra jóven, que atacada de una enfermedad mortal, ofrece vestir el hábito de las hermanas de vuestra órden, y luego, inmediatamente, desaparece el peligro? ¿Habré de referiros los muchísimos que por la intercesion de la Santa se han visto libres de diferentes enfermedades, y muy especialmente los ciegos á quienes ha devuelto la vista? No cabe duda que Santa Mónica ha prodigado sus favores con preferencia á esta clase de desgraciados; ó porque ella es la madre de un doctor que ha iluminado al mundo con los rayos de su doctrina, ó bien porque á causa de ese mismo hijo y para conservarle en la luz celestial durante veinte años, ha derramado ante Dios piadosas y copiosísimas lágrimas. ¡Dichosa madre! Hubo un tiempo en que exclamaba con doloroso acento: ¡Ay de mi! yo lloro la muerte de mi hijo Agustin! «Pero al presente sus gritos son muy diferentes: ¡Qué felicidad la mia, pues por medio de mi hijo Agustin doy la luz al mundo!»

Despues de estas admirables palabras, que pueden considerarse como la bula de canonizacion de Santa Mónica, y con las que el Soberano Pontífice presentaba al mundo y á la veneracion de la Iglesia esta madre incomparable, Martin V proce-

dió á la traslacion de sus preciosos restos á la tumba que al efecto habia sido preparada. Era esta de mármol blanco, y estaba adornada de esculturas de gran mérito, y de un valor considerable, debiéndose todo á la piedad del Secretario del Papa, Mateo Veggio de Lodi, que la costeó á sus espensas. Dos nobles damas romanas habian hecho tambien el presente de tres lámparas de plata, que fueron encendidas ante las santas reliquias, y que despues continuaron ardiendo dia y noche.

Pero al depositar en este sarcófago de mármol el cuerpo de Santa Mónica, Martin V creyó conveniente reservar su cabeza, y la hizo colocar en un relicario de oro y de láminas de cristal, á fin de que los fieles pudieran contemplar facilmente los restos de aquel rostro venerable, y de aquella frente que tantas veces Agustin habia tocado con sus labios; aquellos ojos, al presente secos, de donde habian corrido tan preciosas lágrimas; aquella lengua, que habia dirigido á Dios tan tristes y fervientes plegarias; todo aquel ser en fin, hoy sin voz y sin vida, y que no obstante, habla aún á las almas, y las consuela asegurándolas que Dios no abandona jamás á los que confian en él. Y para que en aquella Iglesia quedase eterno recuerdo de esta traslacion, Martin V dió una bula que ha llegado hasta nosotros, y corona la grande obra del reconocimiento auténtico del cuerpo de Santa Mónica, y de la glorificacion de su nombre. (1)

(1) Véase el testo de esta bula al fin de la obra, nota núm. 3.

La bula está fechada en Roma el 27 de Abril de 1430. Un poco mas adelante aparecerá Lutero desgarrando el seno de la Iglesia, preparando el camino á la impiedad, y dando á conocer al mundo el verdadero sentido de los acontecimientos poco ha referidos, que no se comprendía aún: porque como ha podido observar el lector, lo que Martin V saludaba en Santa Mónica, lo que aclamaba entónces la cristiandad, era la madre del gran doctor; mientras lo que saludarán los tiempos modernos, lo que excitará todo su cariño y todas sus simpatías, es la madre del jóven extraviado. Santa Mónica pues, en el siglo XV, no habia llegado aún á su verdadero esplendor.

La Santa no tenía ni capilla ni iglesia: sus reliquias habian sido colocadas junto al muro del reducido templo de San Trofonio, que estaba servido por los ermitaños de San Agustin, y los peregrinos que acudían en gran número á implorar la proteccion de Santa Mónica, no podian circular al rededor de su tumba. Mateo Veggio de Lodi, movido á devocion, y queriendo completar la obra empezada, como hubiese costado el sarcófago que encerraba el cuerpo de la Santa, hizo construir tambien junto á la pequeña iglesia otra capilla, y trasladó á ella el Santo cuerpo. Afluyeron los peregrinos, y como entre los que diariamente venían á elevar sus manos suplicantes sobre la verja de hierro que rodeaba la tumba, se viese á una multitud de madres, y sobre todo de madres afligidas. Eugenio IV, accediendo á los deseos de estas, instituyó una cofradía de Madres Cristianas bajo

el patrocinio de Santa Mónica; primer paso para la realizacion de un pensamiento admirable de que nos ocuparemos mas adelante, y cuya hora no habia llegado todavía, pero que sirvió ya para que la devocion de Santa Mónica se abriese paso hasta el seno de las familias.

No habia concluido aún el siglo, cuando de todas partes se empezó á pedir la construccion de una gran basilica, digna de guardar el tesoro con que Roma acababa de enriquecerse; y como si la Francia, para lá cual muy especialmente pareció salir de su tumba nuestra Santa, hubiera presentado su saludable influencia, anticipóse á todos por medio de un Obispo francés, el Cardenal de Estouteville, Arzobispo de Ruan, quien hizo edificar la iglesia, y puso de este modo el sello á la glorificacion de Santa Mónica, tributándola así el último honor que la faltaba en la tierra; mas por un sentimiento de piadosa delicadeza, en lugar de dedicar este templo á la Santa, le dedicó á San Agustin, queriendo proporcionar á este gran Santo y tierno hijo, el gozo de abrigar en su templo la tumba y el cuerpo de su madre.

A ambos lados del altar mayor hay dos capillas: la de la derecha, (izquierda del espectador,) dedicada á San Agustin, y la de la izquierda, á Santa Mónica, teniendo ambas igual forma, y ostentando idéntica belleza, como las dos almas á quienes están consagradas.

Allí, en la capilla que lleva su nombre, en una urna de verde antiguo ó de Egipto, tallada en for-

ma de tumba y colocada debajo del altar, reposa el cuerpo de la madre de Agustin. Una breve inscripcion lo indica á los viageros.

HIC. JAC. CORPUS S. MATRIS. MONICÆ.

En esta misma capilla, á la izquierda del altar, adosada al muro lateral, y religiosamente conservada, se vé la antigua tumba de Santa Mónica: es un sarcófago de piedra blanca adornado de estrías ó medias cañas, y de cinceladuras antiguas de gran sencillez. Descansa sobre cuatro garras de leon, y está terminada por la imágen de la Santa en relieve, acostada y completamente vestida. En la parte baja de la tumba se lee la siguiente inscripcion:

IC Δ XC
 SEPULCRUM. UBI. B. MÓNICÆ. CORPUS
 APUD. OSTIA. TIBERINA. ANNIS. M.XLI.
 JACUIT. OB. IN. EO. EDITA. IN.
 EJUS. TRANSLATIONE. MIRACULA. EX
 OBSCURO. LOCO. IN. ILLUSTRIOREM
 TRANSPONENDUM. FILII. PIENTISS.
 CURARUNT ANNO SALUTIS.
 MDLXVI.

El fondo de la Capilla, los muros laterales y las bóvedas mismas están adornados de pinturas al fresco, que representan la vida, ó mas bien todas las esperanzas, y todas las alegrías de Santa Mónica. Se la vé primeramente, con los ojos anegados en llanto y reflejando un rayo de felicidad,

cuando escucha de un anciano Obispo, el anuncio de la conversion del *hijo de tantas lágrimas*. Mas allá, se vuelve á ver la misma figura, sumergida en el mismo dolor, pero con un rayo de alegría todavía mas vivo, al oír que el ángel la dice: *Vbi tu et ille*, (1) y que le muestra á lo lejos las dos figuras unidas y felices; la de la madre y la del hijo. Más lejos aún, se vé que las lágrimas desaparecen por completo del rostro de la Santa, brillando en sus ojos una pura y dulce alegría, representacion bella del momento en que Agustín la anuncia su conversion. Despues aparece Santa Mónica sobre el lecho de muerte despidiendo rayos de luz, rodeada de sus hijos, estrechando la mano de Agustín convertido, y espirando con la vista fija en el Cielo y la sonrisa en los lábios. Dos veces he visto estas pinturas, y aún cuando jóven todavía y sin conocer las dolencias de la época, ni por consecuencia las muchas lágrimas que vierten las madres cristianas; y aunque no me había venido la idea de ofrecer á estas un consuelo y una esperanza escribiendo y publicando la historia de Santa Mónica, dos veces he sentido, al contemplar la dulzura de estas pinturas, y el recogimiento de este Santuario silencioso, sombrío y todo radiante de esperanzas, que habia sido hecho exprofeso para abrigar grandes dolores; y si me es permitido hablar así, para calmarlos y disiparlos con sublimes esperanzas.

Precisamente, cuando estas pinturas se terminaban, las circunstancias eran por demás ca-

(1) *El vendrá á donde tu estás.*

lamitosas. Corria el año 1566. Lutero habia muerto despues de haber incendiado la Alemania con sus doctrinas; Enrique VIII habia muerto tambien despues de haber desolado la Inglaterra; y Calvino, luego de haber turbado á la Francia, acababa de terminar sus dias. Si se exceptúan la Italia y la España, tranquilas todavía por algunos años, todas las demás naciones semejaban á un buque que naufraga. Los vientos del cisma y de la herejía soplaban sobre el mundo, precursores de los huracanes de la impiedad y de la peste del indiferentismo: todo lo verdaderamente cristiano temblaba, y las madres no se atrevían á besar á sus hijos sin palidecer, pensando en los peligros que amenazaban á la fé y existencia de estos. Era ya tiempo de que Dios las enviase alguna señal consoladora, símbolo de esperanza; y he aquí por qué Santa Mónica salía un poco mas de la oscuridad en que habia estado, y empezaba á resplandecer, como brilla el arco Iris en medio de la tormenta.

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO.

DESARROLLO DEL CULTO DE SANTA MÓNICA
EN LOS TIEMPOS MODERNOS.—ARMONÍA DE ESTE
CULTO CON NUESTRAS NECESIDADES
Y NUESTRAS DESGRACIAS.
AÑOS 1576 AL 1866.

Durante todo el siglo XVI, y muy especialmente en su segunda parte, la devoción á Santa Mónica fué siempre creciendo, no obstante las multiplicadas apostasías que tuvieron lugar, y que hacían temblar á las madres cristianas. No habia sido inscrito el nombre de la Santa en ningun Martirologio, hasta que le incluyó Baronio en el que compuso por orden del Romano Pontífice para uso de la Iglesia universal, conservándose desde entónces en todos los modernos. Su fiesta que se celebraba solo en Roma y en las Iglesias de religiosos que siguen la regla de San Agustín, empezó á celebrarse en todas partes insertándose el oficio propio en el Breviario romano y sus reliquias conservadas hasta dicha fecha en una sola Iglesia, se esparcieron por todo el mundo. En 1526 el Papa Gregorio XIII envió un fragmento á Bolonia; la cofradía de Santa Mónica en Roma, pidió tambien una partícula, y la obtuvo; Pavía, que se gloriaba de poseer el cuerpo de San Agustín, quiso tener, por lo menos, una reliquia insigne de la santa madre, y recibió de la munificencia de los Papas una costilla; los PP. Jesuitas de Munster, y los ermitaños de San Agustín de Tré-

ves enriquecen igualmente sus Iglesias con algunos huesos de la misma Santa; y durante el citado tiempo, todos los ilustres y santos personajes que la Iglesia formaba por entónces con fecundidad maravillosa, como para demostrar al protestantismo que ella era siempre la verdadera esposa de Jesucristo, recomendaban por todas partes el culto y la devocion á Santa Mónica.

Alargariamos demasiado esta relacion, si hubiéramos de referir todos los testimonios de piedad y de veneracion, que Santa Mónica inspiró á los grandes hombres y á los grandes Santos de los siglos XVI y XVII, por lo que segun hemos prometido, nos limitaremos á uno de ellos, San Francisco de Sales, esperando que los lectores han de dispensar esta preferencia. El hombre admirable, cuya principal mision parece haber sido la de hablar al corazon de las madres cristianas, inspirándoles la ternura del amor divino, comprendió muy luego en su perfecto conocimiento de los tiempos y su profunda penetracion de los espíritus, la singularisima aptitud de esta devocion á Santa Mónica para consolarlas y fortificarlas, para hacerles formar idea de su mision sublime y ponerlas en vías de corresponder á ella: por eso en el bello libro de *«La introduccion á la vida devota»* que tan profunda revolucion produjo en las costumbres cristianas, San Francisco nombra sin cesar á la Santa. Si quiere desde sus primeras páginas, por ejemplo, enseñar á las cristianas, que no hay estado en que la mujer no deba tender á la perfeccion, y que esta es compatible con toda clase

de vocaciones y de profesiones, preséntales á Santa Mónica en su casa; (1) si se propone hacerles comprender cuán general es el descuido de formar á tiempo el corazón de los hijos, y que desde los primeros días, cuando aún están colgados de su cuello, es necesario inspirarles é imbuirles la fé y el espíritu cristiano, mirad á Santa Mónica, les dice, que estando aún en cinta del gran San Agustín, le dedicó á la religión cristiana y al servicio de Dios con repetidos actos de ofrecimiento, según el mismo San Agustín lo atestigua, afirmando que había ya gustado la sal de Dios desde el seno de su madre. Es una gran enseñanza para las madres cristianas, añade San Francisco, el ofrecer á la divina magestad los frutos de su seno, aún antes de haber nacido. (2)

Si San Francisco quiere enseñarlas á defender, á proteger, á salvar y á resucitar el alma de sus hijos, cuando estos empiezan á crecer, cuando aparecen las pasiones, y cuando las madres tienen necesidad de una vigilancia y firmeza sobrenaturales para conjurar el peligro, también apela á nuestra Santa: Mónica, les dice, combatió con tanto fervor y constancia las malas inclinaciones de su Agustín, que habiéndole seguido por mar y tierra, consiguió mayor dicha haciéndole hijo de sus lágrimas, y convirtiendo su alma á Dios, que la que obtuviera haciéndole hijo de su sangre, por la generación del cuerpo.» (3)

(1) *Introducción á la vida devota*, 1.ª parte, cap. 3.º

(2) *Introducción á la vida devota*, 3.ª parte, cap. 88.

(3) *Introducción á la vida devota*.

Esto que San Francisco de Sales decía en un libro destinado al público, lo repetía de mil maneras en sus cartas. Encontraba, por ejemplo, una de esas mujeres casadas que viven en el mundo como desterradas; que habiendo hecho entrega de todo su cariño no son correspondidas; que sienten en su corazón un vacío inmenso que las lleva hacia Dios, y que abrazadas al presente por ese único amor, envidian á las religiosas que viven en el cláustro; «Yo quisiera, la dice, que lejos de pensar así, consideráseis cuantos Santos y Santas se han hallado en vuestro estado y se han resignado á él con gran dulzura y paciencia. Sírvanos de ejemplo Santa Mónica, que su recuerdo os anime, y encomendáos sinceramente á sus oraciones.» (1) Encontraba una madre inquieta, turbada y temblando por el porvenir de su hijo, como lo estan todas, ó cruelmente oprimida de dolor, como hay tantas; el Santo tenia para ella una palabra, que decía con ese acento dulce y penetrante, que era ya un consuelo y una esperanza: «Orad, Orad;» y despues: «Leed la vida de Santa Mónica; en ella veréis el cuidado que tuvo de su Agustin, y otras cosas que os consolarán.» (2)

Pero donde mas especialmente se descubre el alto puesto que, segun él, debia ocupar Santa Mónica en el corazón de la mujer y de una madre

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, lib. 3.º carta 26, edición antigua.

(2) *Cartas de S. Francisco de Sales*, lib. 2.º carta 1.º

cristiana, es, como ya va indicado, en la larga, bella é instructiva direccion de la Señora de Chantal.

Tenia esta treinta años, cuatro hijos pequeños y una gran fortuna. Era muy inclinada á la perfeccion, pero sin ninguna idea de la vida religiosa, en la cual no habia pensado jamás; al contrario, ocupábase solo en educar su familia, inquietándose ya por su hijo, en quien, á pesar de las bellas cualidades, se descubrían indicios de grandes defectos, y que arrastrado por la impetuosidad de sus pasiones, la originalidad de su carácter, las peligrosas adulaciones de sus amigos y el torbellino de la corte, iba luego á causarle precisamente las mismas inquietudes, que tienen hoy dia el corazon de las madres cristianas.

San Francisco de Sales, que no pensaba tampoco que la Señora de Chantal pudiera ser nunca religiosa, y que no sospechándolo siquiera, trabajaba esclusivamente para hacer de ella una verdadera viuda, y una verdadera madre, comenzó su direccion recomendándole la soledad, el recogimiento, y la huida del mundo, cosas á que por cierto la inclinaban las tristezas y aflicciones de su vida: propúsole que se retirase con sus cuatro hijos, y que completamente ocupada de ellos, convirtiese su casa de recreo en un pequeño monasterio lleno de paz y silencio, donde se olviden las cosas de la tierra y se aspire constantemente á los deseos del cielo. En ese pequeño monasterio habrá una abadesa que presida, la Virgen Santísima. A sus piés trabajará la Señora de Chantal, la obedecerá como á una madre, tomará cada mañana su bendicion y

sus órdenes, y para besar el pié de su estátua, por ejemplo, ó mirar su imágen, deberá ante todo pedir su venia.

Estas ideas llenan todas las cartas de San Francisco de Sales á la Señora de Chantal «durante la vida de esta en el mundo.» Valor, hija mia, la escribía un dia, manteneos firme al pié de vuestra santa abadesa, y pedidla constantemente que podáis vivir, morir, y revivir en el amor de su amado Hijo. (1) «Guardad bien la clausura de vuestro monasterio, y no dejéis que vuestros pensamientos vayan de un lado á otro, disipando vuestro corazon. Observad bien la regla, y creed, pero creedlo con confianza, que el hijo de la Señora, vuestra abadesa, será todo vuestro. (2) Y en otra parte, un dia de Navidad; ¡ah hija mia! yo deseo que os halléis al presente en Belen, cerca de vuestra santa abadesa! qué bien está en sus brazos ese pequeño niño! pedídselo, que ella os le dará; y en teniéndole, tomad callandito una de las lágrimas que brotan de sus ojos: este licor es remedio maravilloso y admirable, para toda clase de males del corazon. (3)

Pero cuando se entra en el monasterio, y por ser uno jóven y novicio, se tiene necesidad de instruccion en la vida perfecta, no hay solo una abadesa, á la cual se obedece como á Dios; hay tambien una maestra de novicias, que nos sigue

(1) *Carta* del dia 3 de Octubre de 1605.

(2) *Carta* 10 de Julio 1605.

(3) *Carta* 28 de Octubre 1605.

mas de cerca, vigila nuestros menores pasos, nos advierte, nos corrige, nos educa y nos forma en la virtud. Pues bien ¿cuál será la maestra de la Señora de Chantal, que la enseñe á ser verdadera viuda, verdadera madre, y verdadera Señora del mundo, apareciendo en él sin amarle, y dejándole sin disgusto, á la manera de las antiguas cristianas? Esta maestra será Santa Mónica.

¿Y sabéis en qué momentos, en qué circunstancias, San Francisco de Sales designaba á Santa Mónica, para maestra de la Señora de Chantal? Precisamente cuando veía nacer en esta la idea irrealizable, á su parecer, de abrazar la vida religiosa y de retirarse al cláustro. Preséntale á Santa Mónica como para decirle: ¿Buscáis la perfeccion? pues mirad, Santa Mónica no abandonó á su hijo, sinó que consagrándose á él por completo, ha llegado al mas alto grado de virtud: yo os la doy por maestra.

Oigámosle á él mismo. Esos deseos de alejaros de toda clase de distracciones mundanas, no pueden menos de ser buenos, le escribia un dia, puesto que no os causan inquietud; pero tened paciencia, ya hablaremos de ello el año que viene, si Dios nos tiene en el mundo, que será tiempo oportuno. No he querido contestar á vuestros deseos de alejaros del pais, ó de servir en el noviciado de las jóvenes que aspiran á la vida religiosa, porque esto, hija mia, es demasiado importante para tratado por cartas; tiempo tenemos. En el ínterin hilad vuestro copo, no ya con grandes y pesados husos que vuestros dedos no

sabrían manejar, sinó segun vuestro pequeño alcance. La humildad, la paciencia en las contrariedades, la dulzura, la resignacion, la sencillez y la caridad para con los pobres enfermos, la tolerancia para con los que nos ofenden y otras prácticas semejantes, podrán muy bien entrar en vuestro pequeño huso, y vuestros dedos le manejarán fácilmente en compañía de Santa Mónica, que está á los piés de vuestra abadesa (1).

Desde entónces San Francisco ya no las separa, siempre habla de las dos á la vez, vivid gozosa en Dios, la escribía, y saludad humildemente en mi nombre á mi Señora vuestra abadesa, y tambien á vuestra maestra.» «Vivid, mi estimada hija, con el dulce Jesus y vuestra abadesa y tambien con vuestra maestra entre las tinieblas, los clavos, las espinas y las aflicciones.» (2) «Yo deseo mil gracias á vuestros pequeños niños y niñas, á los que tengo como míos en el Señor: son palabras del hijo de vuestra maestra á Itálica su hija espiritual.» (3)

«Mas tarde, cuando el hijo de Santa Juana se estraviaba, empezando el corazon de la madre á sufrir los agudos y penetrantes dolores que tanto la atormentaron: «Mirad á vuestra maestra, la escribía, y leed su vida, que ella os consolará.» (4)

Y cuando despues de la muerte de San Fran-

(1) *Carta* 8 de Junio 1605.

(2) *Carta* 30 de Agosto 1605.

(3) *Carta* 29 de Junio de 1606.

(4) *Carta* 6 de Julio de 1615.

cisco de Sales, la Señora de Chantal veía á su hijo estraviarse cada vez más; un dia que abrumada de dolor, al pensar, no tanto en que su hijo pudiera morir en un desafío, como en la idea más intolerable aún de que á consecuencia de ello, apareciese ante la cólera del Señor reo de tan gran pecado; un dia, digo, que arrodillada al pié de los altares desahogaba su afligido corazon en la presencia de Dios confiándole sus dolores, oyó una voz que la hizo estremecer, voz que, sin duda alguna, era de San Francisco de Sales que, saliendo de la tumba, ó más bien, bajando del cielo, gritaba: «Leed el libro VIII de las *Confesiones* de San Agustin:» la Señora Chantal leyó en efecto, y regando con su llanto las páginas sublimes, en donde se vé á Agustin salvado por las lágrimas de su madre, tuvo el presentimiento consolador de que ella tambien salvaría á su Celso Benigno, á fuerza de orar, de llorar y de inmortalarse por él. (1)

Desde entónces, la Señora de Chantal profesó el mas tierno amor á Santa Mónica; aconsejaba esta devocion, y la esparcía por todas partes. Queriendo imitar á la Santa en la muerte, como la habia imitado en vida, cuando llegaba su postrer momento, mandó leer la descripcion de los últimos de Santa Mónica, y al llegar á aquel período, donde se cuenta cuán poco le importaba á esta gran Santa morir lejos de su país, estrechó la mano de la Señora de Montmorency, que estaba á su lado, y la dijo mirándola gracioso-

(1) *Memorias* de la madre de Chaugy, p. 470.

samente: «He ahí un párrafo que está escrito para mí.» Así, muriendo lejos de su querido Annecy, la Señora de Chantal unió el espíritu á ese último sentimiento de su querida maestra. (1)

Lo que San Francisco de Sales y Santa Chantal hicieron para extender y propagar el culto de Santa Mónica, lo hicieron tambien, mas ó menos, los Santos todos de aquella época; y sus palabras, nacidas de los mismos presentimientos, despertaban por doquiera iguales ecos. Así pues, á medida que las circunstancias se hacían mas aflictivas y mas tristes, y se oía crecer el ruido sordo de la impiedad, que asustaba á Bossuet y hacía temblar á Fenelon, vése á las temerosas madres levantar sus ojos á Santa Mónica y agruparse al pié de sus altares: preciso es confesar que nada podía consolarlas, fortificarlas y llenarlas tanto de esperanza, como la vida de esta madre afortunada, que estrecha contra su corazon al hijo salvado por sus propias lágrimas.

Mas la devocion á Santa Mónica estaba llamada á desarrollarse en el siglo XIX, de un modo especial, como que era para él verdadera necesidad. Entre los males de este siglo, hay uno que no puede compararse á nada. Háse visto en él aparecer un fenómeno horrible, que el mundo no habia aún presenciado mas que una vez momentáneamente, y del cual la antigüedad pagana se habria asustado. Hombres sin Dios, sin altares, sin oracion ni adoracion, y que no conocen culto alguno; jóvenes que abdican á los diez y seis años la fé

(1) *Memorias* de la madre de Chaugy, p. 286.

que mamaron en la cuna, llegando alguna vez á la tumba sin darse cuenta de que tienen alma, y de que deben algo á Dios que los ha creado; instruidos tal vez en el conocimiento de las cosas de la tierra, pero completamente olvidados de la ciencia del cielo; en quienes no hay ni fé, ni esperanza, ni dulces alegrías, ni sentimientos nobles; y que salen del mundo ¡desgraciados! sin saber siquiera qué hay al fin de su camino. Pues al lado de estos hombres, tal vez en sus brazos hay casi siempre una mujer, que es esposa, ó madre, ó hija, ó hermana, la cual ve lo uno y presiente lo otro estremecida; sabe ese término inevitable, horrible, y al verle llegar, se abisma en profundo dolor.

Un torrente de lágrimas se iba formando silenciosamente en los corazones por espacio de medio siglo; pero trascurrido algun tiempo mas, llegó el 1.º de Mayo de 1850, en que rebotando de los corazones se desbordó al pié del altar, y algunas madres más experimentadas, ó acaso mas vivamente penetradas por el dolor, se reunieron en una humilde capilla de París, la de Nuestra Señora de Sion, que recientemente habia edificado un distinguido sacerdote: (1) acordándose de la palabra de Jesucristo: «Si dos ó tres se reuniesen en mi nombre, yo estaré en medio de ellos,» resolvieron llorar en comun, para hacer sus lágrimas mas poderosas, y á este fin compusieron una corta ora-

(1) El Reverendo P. Teodoro Ratisbonne, Superior general de la compañía de Nuestra Señora de Sion, y primer director de las madres cristianas

cion por sus hijos, y despues de haberse prometido rezarla todos los dias, convinieron en reunirse una vez cada mes al pié del mismo altar.

No tardó en verse cuán fielmente respondía esta piadosa asociacion á las necesidades del siglo; pues apenas nacida, obtuvo un súbito y grandísimo desarrollo que la estendió por todas partes. Aún no habian transcurrido cuatro años desde su institucion, y ya, á principios de 1854, se hallaba establecida en Lille, en Amiens, en Nantes, en Versailles, en Cambrai, en Valenciennes, y antes de finalizar este mismo año florecía en Bèlley, en Frajus, en Tolon, en Burdeos, en Tours, en Contances, en Rouen, en Bayeux, traspasaba las fronteras y se desarrollaba en Inglaterra y Bélgica. (1)

El año de 1855 fué más fecundo aún que el de 1854: la nueva asociacion se extendió á Constantinopla, Jerusalem, Pondichéry y á la isla Mauricio, en Africa; á la Martinica, y á Sidney en la Oceania; y mientras que así iba extendiendo sus ramas por los paises de ultramar, echaba profundas raices en Europa, partiendo desde Francia, Londres, Dublin, Liverpool, Stockholmo, San Petersburgo, Odessa, Viena, Stutigara, Fribourg, el Haya, Bolonia, Turin, Madrid, Chambery, Florencia, Lyon, Burdeos, Orleáns, Amiens y Rouen, eran los hogares desde donde el fuego se comu-

(1) Informe de la Sra. Luisa Josson, presidenta de la Archicofradía, á la junta general celebrada el dia 19 de marzo de 1855.

nicaba á las mas pequeñas villas, y áun á insignificantes aldeas. (1)

No habían pasado todavía seis años, años á la verdad de humildes oraciones y de lágrimas fecundas que corren sin ruido, cuando el Soberano Pontífice, é inmortal Pio IX, viendo ocupado el mundo por esta asociacion recién nacida, la saluda con ternura, como se saluda en la tempestad el signo consolador que anuncia el fin de la tormenta.

No es posible dejar de enternecerse al contemplar su humilde origen; pero así es como Dios se manifiesta en sus obras especialmente ahora. El que hubiese dicho á los sencillos obreros de Lyon, que el óbolo que mendigaban de puerta en puerta para la propagacion de la Fé, produciría millones, les habría excitado á la risa. El que hubiera anunciado á los pobres estudiantes del cuartel latino asociados un dia para servir á los pobres, que ellos eran vanguardia del gran ejército de la caridad que bien pronto cubriría el mundo, les hubiera sorprendido, causándoles admiracion. El que hubiese predicho al fundador de las Hermanitas de los pobres, que antes de su muerte habian de aumentarse tanto, que no podría contar el número de sus hijas, no hubiera sido creído. Así pasan las cosas al presente; como si en este siglo en que el hombre orgulloso de su poder, de sus caminos de hierro, y de sus telégrafos eléctricos, cree no necesitar del auxilio divino, Dios á su

(1) Informe dado á la asamblea general, el 13 de marzo de 1856.

vez se complaciese en prescindir de las fuerzas humanas.

Apenas se reunieron las madres cristianas para pedir por sus hijos extraviados, la dulce y consoladora figura de Santa Mónica no podía menos de aparecer. Desde un principio habian pensado ya en ella; pero la Santa ocupaba el último puesto entre seis ó siete patronos escogidos para la institucion: un poco mas adelante su hermosa figura va saliendo lentamente de la sombra, y se eleva sobre el horizonte de la asociacion, dejándose ver con una luz tan dulce y tan pura, que despues de la Santísima Virgen María, á la cual, en el cielo de la santidad ningun astro se igualará jamás, Santa Mónica llega á ser la primera confidenta, la patrona, el refugio, el asilo, y la gran protectora de todas las madres cristianas.

Dióse un admirable ejemplo de esta verdad desde el principio. Habiéndose dignado el Soberano Pontífice por un breve apostólico fecha 11 de Marzo de 1836, elevar á la dignidad de archicofradía la asociacion de madres cristianas, Monseñor Sibour, Arzobispo de París entónces, convocó á las Señoras asociadas para notificarlas esta gracia, y reunidas en la capilla de Nuestra Señora de Sion; las dirigió un discurso, del cual nos permitiremos citar solo algunos fragmentos, porque todo él se resume en estas breves palabras: «Señoras, si quereis ser verdaderas madres cristianas, tened siempre la vista fija en Santa Mónica: no la olvideis un momento.

«Si, las decía, seguid el ejemplo de esta san-

ta madre, que con sus oraciones ha conseguido traer el hijo á los caminos de la piedad; y con la gracia de Dios ha hecho de él un gran Santo. Ah! acaso tambien vosotras tengais que llorar los extravíos de un hijo: pues bien, no desesperéis, invocad á Santa Mónica, imitadla. Es imposible que la madre de Agustin deje de recordar desde las elevadas alturas del cielo, las inquietudes que ella misma tuvo sobre la tierra; es imposible que deje de apiadarse de vuestra pena, y que no os obtenga la conversion de un hijo querido, ó su perseverancia en la virtud.

Continuando en este mismo sentido, Monseñor Sibour, pone de manifiesto ante los ojos de estas madres toda la vida de la Santa, sus inquietudes, sus aflicciones, sus amargos dolores, sus fervorosas oraciones; y, despues hacerlas fijarse en la conversion del hijo, en los inefables goces que á ella siguieron, y en esa muerte feliz, ó mejor dicho éxtasis, mediante el cual, va á terminarse en el cielo una vida admirable, «decidme, Señoras, exclama, ¿cúal es la madre que no comprende una existencia semejante, y que no participa de tales sentimientos? ¿cúal la que, si su hijo se extravió, no ruega á Dios, como Mónica, que le convierta? y una vez que este hijo ha vuelto su corazon á Dios, á la fé y á la virtud ¿qué madre no desearía verse separada de este mundo de tristezas, para irse con su hijo á allí, donde no existe el error, donde ya no hay extravíos ni pecados, donde no penetran los enemigos, y donde se vive en segura y constante felicidad.?

Exhortábalas despues á merecer esta dicha, á fin de llegar al dia en que solo suspirarán con Santa Mónica por las moradas eternas, diciendo como ella: ¿Qué me queda que hacer en la tierra? mi mision está terminada.»

Seguramente no podia inaugurarse mejor la asociacion de las madres cristianas, ni interpretarse mas fielmente el sentimiento que abrigaban todos los corazones.

De entónces acá, la asociacion ha continuado haciendo nuevos progresos, que fuera inútil reseñar solo añadiré á los nombres antes citados, los de Génova, Argel, Santiago, Buenos-Aires, Pondichery y las Indias. (1) Por todas partes resuena el nombre de Santa Mónica; no habla en las asambleas un sacerdote, ni las preside un solo Obispo, sin que el nombre bendito de la Santa salga espontáneamente de sus lábios. He leído bastantes discursos y documentos referentes á la asociacion de madres cristianas, y en todos ellos he hallado palabras de alegría y de esperanza pronunciadas á la vista de esas reunio-

(1) Véase la continuacion de las memorias anuales tan útiles y tan edificantes. Grandes fragmentos de estas pueden leerse en el *Manual de la madre cristiana* por el P. Ratisbonne, edicion de la casa Olmer, de Paris. Tambien en la bella edicion española hecha en la imprenta de A. P. Dubrull, calle del Pez, núm.º 6, Año 1861. Por lo que hace á España es muy consolador que la asociacion no solo se ha establecido en Madrid, Barcelona, Burgos, Santander y otras ciudades de importancia, inscribiéndose en ellas las mas distinguidas Señoras, sino que ha penetrado en las Villas, y se estiende con gran provecho de los labradores y gentes sencillas por gran número de aldeas.

nes; y por todas partes tambien he visto que se elevan fervientes plegarias y hasta diré que calorosas felicitaciones, á la incomparable madre, cuya figura, unas veces desolada y otras radiante, preside tales asambleas, y es á la vez su esperanza, su alegría y su consuelo.

Cada dia se va elevando mas ese astro dulcísimo sobre el horizonte: las edades precedentes le han conocido poco, porque no eran áun bastante desgraciadas, Dios le habia creado para nosotros. Hoy sale de la tumba, y proyectando su luz sobre las madres cristianas, enjuga sus lágrimas, mitiga sus penas, é inspira á sus oraciones cierta constancia invencible, fundada en la certeza de conseguir lo que desean.

No lo dudemos, vendrán mejores dias; Dios se conmovió y no podrá menos de enternecerse ante cien mil madres cristianas, que oran fervientes por sus hijos: Él á quien tan profundamente conmovió la viuda de Nain, cuando seguía desolada el féretro del suyo, no dejará perecer una generacion de jóvenes, empapada en las lágrimas de sus madres.

Entretanto, Mónica santa, completad vuestra obra, y desde esa gloria donde estrecháis al hijo de quien fuísteis dos veces madre, dirigid vuestras miradas sobre tantas cristianas que cumplen en este momento la noble y doliente mision que vos misma habeis llenado. Sostenedlas en las duras pruebas por que Dios las hace pasar, para merecer la salvacion de sus hijos; no las dejeis desfallecer. ¡Oh madre afortunada! mirad con bondadosa son-

risa sus abundantes lágrimas; y que al leer vuestra vida, aprendan todas que el fuego maligno que á veces consume el alma de sus hijos, tiene un enemigo y un señor que le domina, en el fuego sagrado que arde y consume el corazon de las madres.

En cuanto á mí, que con tanto amor como buen deseo he procurado investigar las huellas demasiado borradas de vuestro paso por este mundo, ó mujer incomparable, aún cuando mi trabajo no diera fruto alguno, no por eso me arrepentiría de haberle emprendido. Al mostrarme, ó Mónica, vuestro corazon como premio de las tareas, me habéis revelado lo que debe ser el mio. Gracias á vuestras lecciones, yo sé hoy mejor que nunca, lo que cuesta rescatar las almas; y que si no se puede ser verdadera madre sin tener corazon de sacerdote, es todavía mas imposible ser verdadero sacerdote, sino se tiene corazon de madre. En lo sucesivo, encargado por mi ministerio de devolver á Dios tantos Agustinos, no me postraré ya desolado al pié de los santos altares, por ignorar como he de conducirme. Vos me lo habeis enseñado ¡oh madre; Dichoso yo si aprovecho tales lecciones, y estimulado por vuestros ejemplos, triunfo de toda vacilacion, consagrándome decidido y con mas ardor que nunca, al arte sublime de separar las almas del camino de su ruina, para devolverlas á la verdad, á la virtud, y á Dios.

FIN.

APÉNDICE.

APPENDIX

NOTAS
Y DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS
DE LA HISTORIA DE SANTA MÓNICA.

NOTA PRIMERA.

SOUK-ARRAS

(La antigua Tagaste.)

Aún cuando aparece averiguado y se tiene por seguro, que la actual aldea de Souk-Arras, se halla situada en el mismo lugar que ocupara la antigua Tagaste, vamos, no obstante, á reunir en este apéndice los principales documentos que poseemos, y que pueden esclarecer un hecho tan importante.

Daremos ante todo conocimiento de una carta del capitán Levval, oficial general en el ejército de Africa, dirigida al Presidente de la Sociedad histórica argelina.

Souk-Arras, 17 de Noviembre de 1856.

SR. PRESIDENTE:

Tengo el honor de remitir á V. una inscripcion descubierta hace algunos dias, la cual puede contribuir á

esclarecer el hecho controvertido, de sí el lugar que ocupa hoy Souk-Arras, es realmente el que ocupaba la antigua Tagaste, pueblo del nacimiento de San Agustín; acompañando á la vez algunas observaciones sobre el estado de la cuestión.

Sin atenerme á la inmensidad del perímetro que ocupan las ruinas, ni á la multitud de tumbas que confirman la importancia que tuvo dicho punto; sin hablar de la posición geográfica atribuida á Tagaste por los autores antiguos y que concuerda exactamente con la localidad que ocupamos, me limitaré á examinar las inscripciones que hasta hoy se han encontrado.

La de que voy á hablar á V. es la tercera; pero antes haré mención de dos que la precedieron.

La primera, que existe todavía en Souk-Arras, está sobre una piedra de pequeñas dimensiones, y en ella se lee:

THA

GASI

CHAE

RE

Esta inscripción mencionada ya antes de ahora, se ha creído interpretar bien, traduciendo así:

Erigido á expensas de Tagaste.

Me parece algo problemática esta lectura que tiene en todo caso el inconveniente de dejar sin explicación la CH. (1)

Lo que sí puede establecerse como cosa cierta, es la significación palabra *Tagasi*, que tiene mucha analogía, cuando no identidad, con Tagaste.

(1) Mr. Renier ha explicado después esta inscripción: TAGASI Xxios-Tagaste, salut.

Se ha publicado además otra inscripción, cuya primera línea dice así:

MAEMILLIVS TAGAS... ANVS.

La segunda palabra puede interpretarse *Tagasius* ó *Tagasitanus*.

Bajo el punto de vista gramatical, estas tres formas *Tagasi*, *Tagasino* ó *Tagasitanus* dejan algo que desear; pero, esto no obstante, las dos primeras sílabas *Tagas*, que son idénticas á las de *Tagaste*, conducen naturalmente á suposiciones que ha lugar á creerlas fundadas, á pesar de las terminaciones.

La tercera inscripción descubierta hace poco, dá un caracter de completa seguridad á las inducciones sacadas de las precedentes.

La piedra tiene la forma de un paralelepípedo rectangular.

La altura total es de 1,361, su ancho de 0,55; su espesor de 0,46.

La piedra es calcárea, de un blanco amarillento, de grano muy fino, compacto y muy duro, como se encuentra con abundancia en los campos de Souk-Arrás, y que expuesta al aire, toma con el tiempo un tinte gris en su exterior.

La altura de las letras es de 0,0545; las interlíneas tienen por término medio 0,008.

Rodean la inscripción dos molduras en hueco, poco profundas, y cercadas de un filete estrecho, distinguiéndose en los dos ángulos superiores, entre las molduras y el filete, dos pequeños corazones.

En los dos ángulos inferiores se ostentarían también las mismas figuras, pero estos han desaparecido, no viéndose otras huellas, ó señales de adornos ú emblemas funerarios.

He aquí la inscripción:

MAMVLLIOM
 TIL PAP OPTATO
 CREMENTIANO
 FOR SINGULA
 RIS FIDEI BONI
 TATIS MVNIFI
 CENTIÆ VI....
 ORDO SPLENDI
 DISSIMUS THA
 GASTENSIVIS
 CONLATA CER
 TATIM PECVNIA
 N CVIVS DEDICATIONE
 S^s... MILN ADOPVS MV
 NIFICENTIÆ SUE PATRI
 Æ DONVIT ETC.....S
 PRÆTER FP.. VINE
 VD M. QVINCENO

Las seis primeras líneas se leen sin dificultad: en la séptima, después de la sílaba VI, falta una ó dos letras, la desaparición de la piedra por ese lado hace imposible hallar la menor huella de lo grabado.

De la 7.^a á la 13.^a línea, se lee todo muy bien; en la 9.^a y 10.^a se reconoce, sin temor de equivocarse, la palabra *Tagastensivis*, de la que volveré á ocuparme después. En la 13.^a línea se encuentra una N sola, que no tiene conexión con la palabra *Pecunia*, que la antecede, ni con *Cujus* que la sigue: podría acaso significar *Nostra*. La misma línea presenta en la palabra *Dedicatione* una I cortada á los dos tercios de su altura, que incuestionablemente representa una T y una I, pues que se reproduce en la línea 15.^a en la palabra *munificentia*, aún cuando esta misma palabra esté escrita en la 7.^a línea, con la T y la I separadas.

En la línea 14.^a se distingue la cabeza de una S, por mas que la parte baja ofrezca alguna duda. A esta

letra sigue otra S pequeña, colocada en la parte superior de aquella y á su derecha; despues viene un guion —, y por debajo el rastro de otra figura que podría ser una C.

Siguiendo la misma línea, se encuentran cuatro letras mas pequeñas bien marcadas, y sobre las dos últimas un guion: el resto del renglon se lee fácilmente.

En la 15.^a línea, la última palabra está muy borrada: distínguese en ella casi con seguridad, una T. flanqueada á derecha é izquierda por dos letras; siguiendo en la línea inmediata el diptongo Æ, se lee probablemente *Patriæ* y al aplicar esta version á vista de la piedra parece que los vestigios que aún se encuentran en ella, forman buena combinacion con esta palabra.

La línea 16.^a ofrece dudas al final: la C de la última palabra está clara, no ofrece dificultad, y la cabeza de la S se ve bien; pudierase pues suponer *CONS*, que sería la abreviatura de una palabra bastante usada: *Consecravit*.

La 17.^a línea es la mas indescifrable, y á fuerza de mirarla, parece que llega á distinguirse *Præter*. La P, la R, la E y la I son probables, el resto es bastante dudoso. Viene despues una E, ó acaso mas bien una F; en seguida la apariencia de una P, despues dos ó tres letras imposibles de leer: las cuatro últimas no ofrecen duda.

La última línea podría contener la fecha: el final se lee aún bastante bien, pero el principio ofrece no poca dificultad. Creo ver allí una V y una D, despues una letra que no puedo descifrar, acaso una L; en seguida una M ó bien esto, VI, precediendo una X cortada por una línea bien visible.

Cualquiera que sea el sentido que se dé á esta inscripcion, siempre resultará como incontestable la existencia de la palabra *Tagastensivis*.

Sin duda esta palabra, es tambien, como las tres de que hemos hecho mencion al hablar de las dos primeras piedras, un derivado poco correcto de la voz

Tagaste, toda vez que en la lista de los Obispos asistentes á los concilios, se encuentra el de esta ciudad, calificado con el epíteto regular de *Tagastensis*.

Dígase lo que se quiera de esta cuestion de desinen-
cia, es difícil admitir que *Tagastensis*, perfectamente
acentuado en la piedra que nos ocupa, no sea un deri-
vado de Tagaste.

Debo hacer observar en segundo lugar, que el ca-
lificativo *Tagastensis*, no es aplicable al personaje cu-
yas cenizas guardaba esta losa, sino que se refiere á
las dos palabras precedentes: *Ordo splendidissimus Ta-
gastensis*.

Esto bastaría para refutar el argumento que pudie-
ra sacarse, de que esta inscripcion es tumularia, y
de que sobre las tumbas de los habitantes de una
ciudad cualquiera, muertos en sus hogares, no se ins-
cribe que naciese en la misma poblacion.

De todos modos, este nuevo descubrimiento viene
á aumentar las presunciones ya concebidas á vista de
las anteriores inscripciones en favor de la situacion de
la antigua Tagaste; presunciones que acaso lleguen á
ser una verdad, cuando la inscripcion que ahora le tras-
mito, haya sido completada é interpretada por V.

Dignaos aceptar, etc.

Capitan J. LEWAL,

Comandante superior del círculo de Souk-Arras.

Al publicar esta carta la *Revista Africana*, la
acompaña de las siguientes observaciones:

La copia enviada por el capitan Mr. Lewal, ha sido
obtenida por frotamiento con aplicacion de la plombagi-
na, proceder escelente cuando la piedra es de grano muy
compacto, y está bien conservada; pero la de que veni-
mos ocupándonos, no se halla en este caso. Hubiera sido
mejor usar el procedimiento de que hablamos en la pá-
gina 78 del primer número de nuestra *Revista*, y haber
empleado un papel mas fuerte.

He aquí lo que podemos ofrecer como interpretación cierta del testo que se nos ha remitido:

MARCO AMVLIO MARCI	A Marco Amulio
FILIO PAPIRIA OPTATO	Hijo de Marco,
CREMENTIANO	De la tribu Papiria,
EQVITI ROMANO SINGULA	Por sobre nombre Optato
RIS FIDEI BONI	Y Cremenciano,
TATIS MVNIFI	Caballero Romano,
CENTIAE VIRO	Hombre notable
ORDO SPLENDI	Por su lealtad,
DISSIMUS THA	Su bondad, su munificencia,
GASTENSIVM	El esclarecido cuerpo municipal
COLATA CER	Delos ciudadanos de Tagaste,
TATIM PECUNIA	Por medio de una suscripcion
IN CVIVS DEDICATIONE	Hecha con gran prontitud
.....

El resto de la inscripcion parece indicar que, el dia de la dedicacion de este monumento municipal, Amulio mandó distribuir pan y vino, y aún dinero.

La parte incuestionable de esta inscripcion establece:

1.º La identidad del terreno ocupado hoy por Souk-Arras y antes por Tagaste; pues el monumento que acabamos de estudiar, es esencialmente local por su naturaleza, y seguramente no se ha levantado con posterioridad en Souk-Arras poblacion alguna, cuya construccion haya ocasionado la traida de materiales tomados de las ruinas, que existieran en sus inmediaciones.

2.º La verdadera ortografía de la palabra Tagaste y de su derivada Tagastensis, (1) que el sábio Moreli escribió sin *h*;

3.º Un nuevo punto de partida para determinar la situacion del verdadero campo de la batalla de Zama; por-que conociendo con seguridad la posicion de Tagaste, se

(1) En las líneas 9.ª y 10.ª habiamos leído sin vacilar *Tagastensium*, mas en el momento de entrar en prensa nuestro número, recibimos una carta del capitán M. Lewal que rectifica del mismo modo, su primera lectura; sometida la piedra á un lavado extraordinario, nos dice, por efecto de las últimas lluvias, ha desaparecido todo motivo de duda. (Nota de la Red. de la Rev.)

tiene la de Naraggara, que estaba situado veinte millas mas distante al Este sobre el camino de Cartago, y precisamente fué cerca de Naraggara, donde se dió entre Romanos y Cartagineses el famoso combate, que debia decidir cuál de las dos naciones habia de ser dueña del mundo.

Esperamos una nueva copia para volver á ocuparnos de tan interesante cuestion.

A. BERBRUGGER.

Vamos á dar ahora diferentes noticias inéditas sobre las ruinas de Souk-Arras.

El siguiente pasage está tomado del *Diario de marcha de la columna expedicionaria de Tebessa*, al mando del general Randon (Junio y Julio de 1846.)

•SOUK-ARRAS (Tagaste).—A 28 kilómetros norte de Mdaourouche se encuentran las ruinas de Souk-Arras, á la orilla del rio de este mismo nombre. Ocupan cerca de 10 hectáreas, sobre una pequeña meseta mamelonada á la parte de la rivera derecha, y atestiguan la existencia de un importante establecimiento militar romano, que se colocó allí por la facilidad de vigilar desde este punto las concavidades de la Seybouse, del Medjerda y del Mellaga.

«Las aguas son abundantes y de buena calidad, pero escasea mucho el forrage.

«Saliendo de Souk-Arras, se va hácia el Medjerda por una antigua via romana, situada entre colinas pobladas de árboles.»

El Sr. Berbrugger que ha visitado estas ruinas en 1850, hace de ellas la siguiente descripcion:

«Las ruinas de Tagaste, pátria de San Agustin, estan sobre mamelones prolongados, que forman tres sal-

tos del nord-este al sud-oeste. Llámase este lugar Souk-Arras, y se celebra en él un mercado todos los Domingos. El Kaid de los Hanencha, Mohammed-Salah, escribía así el nombre de esta localidad que está á una hora de sa zmla:

سرن كراس

«La mayor parte de las ruinas se encuentra sobre el mamelon donde se eleva la Koubba de Sidi M. Saoul, santón musulman que murió de la peste cuando el bey Hamouda reinaba en Tunez, y el Pachá Alí mandaba en Argel.

«Delante de la punta occidental de este mamelon existen las ruinas de un edificio, cuyas fábricas subterraneeas miden 40 metros de fachada por 9 de fondo. En este sitio, y sobre una losa que mide 0,14 de altura, he leido el siguiente fragmento de una inscripcion, cuyas letras tienen 0,3.

. . . . VM VOTIS XXX ET.

«A la entrada occidental de las ruinas sobre la izquierda, hay una construccion cuyo plano traza 25 metros de fachada por 11 de fondo; está fundada como la anterior en mampostería cortada por machones de piedras labradas, y colocadas verticalmente una sobre otra.

«Al remontar el rio Souk-Arras, he encontrado ruinas dignas de llamar la atencion en el sitio denominado *Ras-El Ma* (cabeza origen del agua). Algo mas lejos, por debajo de una fuente, está l'*Henchir*, ó ruinas de la *Mrabta-Fatom* (Maraboute-Fatma), y que consiste en una grande acumulacion de piedras labradas.

«En estas ruinas he hallado la siguiente inscripcion: (1)

(1) El Sr. Bebrunner las ha visitado en 1830, muchos años antes de la ocupacion francesa. Los trabajos que desde entonces se han ejecutado en este punto, han proporcionado nuevos documentos epigráficos, descubiertos á consecuencia de aquellos.

«En el interior de la Zaouia de Sidi M'Saoud:

<p>SA TIVS S. F. DATUS P. V. A. LXXI. H. S. E.</p>	<p>Este personage, Apellidado Datus, Ha vivido Mas de setenta y un años.</p>
--	--

«En el muro exterior de Sidi-M'saoud, al lado de la puerta, se ve un fronton de piedra vaciada en forma de nicho, y en ella un artista, si es lícito profanar así este nombre, ha esculpido un personage, en pié, del mas grosero aspecto. El rostro está borrado, y las orejas largas y rectas distan mucho la una de la otra. Las manos descansan sobre las caderas, figurando sus brazos, puestos en jarras, como las asas de una cesta. El traje consiste en una túnica ajustada al cuerpo, de pliegues ó rayas cruzadas unas con otras, la cual, ceñida al talle con un cinturon, se estrecha hácia los tobillos, y hace difícil ó imposible el paso.

«Obsérvanse cruces grabadas sobre muchas piedras; pero su origen no se remonta á la época romana, siendo sin duda obra de modernos y piadosos viajeros. Mohammed-Salah, entónces Kadi de las Hanancha, me contó que cierto dia habia acompañado por estas ruinas á un marabout (anacoreta) frances, que iba á enterar reliquias (huesos) de uno de nuestros mas grandes santos, en la casa misma donde habia nacido *treinta* siglos antes; con cuyo motivo no pude menos de admirar como se desnaturalizan los hechos mas sencillos, al pasar por la boca de los árabes.»

El comandante de La Maref ha consagrado algunas págidas á Tagaste, en su folleto intitulado *Excursion á las ruinas de Khemissa*, (véanse las páginas 23 á la 28 del mismo folleto).

Por último tomamos del Sr. Abate Godard las siguientes noticias de la misma localidad.

SOUK-ARRAS.—Entre las ruinas de la ciudad natal de San Agustín, he recojido las siguientes inscripciones:

N.º 1

SOLI INVICTO SACR...
 PRO SALVTE ET INCO
 LUMITATE PERPETVI
 IMP. CAES. L. DOMI
 TI AVRELIANI PII FELI
 AVG. P M. TR. VI COS.
 III P P PROCONSVLI

Monumento consagrado al Sol invicto por la salud y la seguridad del perpétuo emperador Cesar Lucio Domicio Aureliano, piadoso, feliz, augusto, gran pontífice, tribuno por la 6.ª vez, cónsul por la 3.ª, padre de la patria y pro-consul.

El Sr. Abate Godard indica como dudosas la última letra de la tercera línea, y las dos últimas de la cuarta.

El tercer consulado de Aureliano se fija por los fastos consulares en el año 274 de Jesucristo, lo cual no está conforme con la mencion de sexto poder tribunicio que nos haría abanzar al año 275; año de la muerte del Emperador. (De la R. de la R.)

N.º 2

IOVI OPT. MAX. STATORI ET IVN. AVG. REG.
 M. GARGILIVS SYRUS VEL. F. P. P. ET IVL. VICTORIA
 EIVS LIBERALITATE ET PECVNIA
 SVA POSVERVNT.

A Júpiter Optimo Máximo, que detiene á los fugitivos, y á Juna augusta reina; Marco Gargilio Siro, hijo de Velio (?), presidente de la provincia, y Julia Victoria, con su liberalidad y á sus espensas, han levantado este monumento.

En la primera línea, antes de la palabra *Junoni*; nosotros leemos ET en lugar de E que lee el abate Godard, quien sin duda no habrá observado la prolongación á la izquierda de la línea ó barra superior de la E, apéndice que indica una T.

Leemos VEL. F. en la abreviatura que indican estas cuatro letras, despues de la palabra *Syrus*, (segunda línea.)

No desconocemos al traducir *præses provincie* la abreviatura P. P. de la misma línea, que pueden dársele distintas significaciones; pero nos ha parecido que esta version es la mas probable. (De la R. de la R.).

«La lectura de la siguiente inscripcion no ofrece ninguna duda, pero no comprendo la CH.—Háse dicho en el *Anuario Arqueológico de Constantina*, que habia una inscripcion con la palabra Tagasius, pero nadie en Souk-Arras tiene conocimiento de ella.

N.º 3 (1)

THA

GASI

CHAE

RE

Sobre una misma piedra se leen los dos siguientes epitafios unidos por medio de una llave.

N.º 4

D. M. S.

O. PRAE

CILIVS

GENIAIS

P. V. A. LXXXI

H. S. E.

D. M S.

CAECILI

A LIBO

SA P. B. A.

LXXV

H. S. E.

(1) Vease la carta del Capitan Lewal.

PRAECILIV. BATV

RVS PARENTIB

Praecilio Baturó á sus padres que reposan aqui: Quinto (?) Praecilio Cenias que ha vivido mas de ochenta y un años; y Cecilia Libosa que vivió mas de setenta y cinco años.

El nombre de *Praecilius* se ha hecho célebre desde el descubrimiento de la linda sepultura del platero de Cirta, al pié de la gran roca de Constantino.

Encima de cada uno de estos epitáfios hay una especie de media luna, con una palma en la inscripcion de la izquierda, y á manera de una flor en la de la derecha. (De la R.)

N.º 5

D. M. S.
CLAVDIA RVF
NA SACERDOS
MAGNA PIA VXi
ANNIS CHI
H. S. E.

N.º 6

D. M. S.
B. PRIVATVS
V. A. LXXXX
B. IANVARIA
PATRI MER.
S S. FECIT
H. S. E.

N.º 7

SEDINI
MVS LIE
BIA VIXI. A
NNIL LVII
H. S. EST

El Epitafio de este *Sedinimus Liebia* que vivió 57 años, se encuentra debajo de un relieve; está borrado y toscamente grabado.

N.º 8

Debajo de una figura de mujer mal grabada en un nicho, se lee:

D. M. S.
APRONIA
LAETA PIA
V. AN. LX
H. S. E.

N.º 9

Y por debajo de otro relieve, en distinto lado:

D. M. S.
PAEVI
VS OCTAVIVS
SDATVS P. VI.
ANNIS XVII.

En un muro próximo al río se vé cierto fragmento de friso (?) con esta inscripción incompleta:

N.º 10

. MAMVL (1)

En el mismo sitio se encuentra este otro documento epigráfico, que está casi borrado, por efecto, tal vez, del rozamiento de otras piedras.

N.º 11

C. FLAVIO. C. FIL
PAPIRIA HILARO
FELICI EQ. ROM. CVI
CVM SPLENDIDISSI
MVS ORD.....
PIIS VII.. ..
MOS V.....
PATRI.....
ET HON
PRIVM.....
QVIIM.....
.....SDOC
...IVE.....
STATUM LOCO DM
IVXTA PARENTUM
CREVISSET EXEMPLVM
REMISA PECUNIA QUN
MEREBA TVR PONI CVRAVI. . . (2)

(1) Trátase sin duda de Marco Amulio mencionado ya en la inscripción de capitán Lewal.—Nota de la R.

(2) Esta dedicación à Cayo, está hecha por el cuerpo municipal (ordo), de Tagaste.

Es motivo de complacencia ver á soldados franceses, á oficiales jóvenes y hasta generales, precisamente cuando con su espada conquistan el Africa para darla á su patria, emplear largas horas en esfumar inscripciones antiguas, restablecer sus textos, é interpretar su sentido, dejando detras de sí una huella de luz, al lado de otra de gloria.

NOTA SEGUNDA.

TRADICIONES RELATIVAS Á SANTA MÓNICA.

Pocos detalles nos ha dejado San Agustin sobre la juventud y primeros años de su madre; pero felizmente la tradicion suple esta falta, dándonos á conocer cierto número de hechos del mayor interes, que diseñan al vivo la verdadera fisonomía de Santa Mónica. Estos hechos, se encuentran consignados en antiquísimos monumentos, y muy especialmente en las diferentes liturgias de las Ordenes que siguen la regla de San Agustin. Los Canónigos regulares de cualquiera congregacion que sean, los Eremitas de San Agustin, los Siervos de Maria (Servitas), los religiosos Premostratenses, y los P. P. Predicadores conservan y celebran la memoria de estos hechos de un modo tan conforme, que es imposible dudar de su autenticidad. Damos á continuacion algunos de los documentos litúrgicos que tienen mayor interes: primero las antiguas lecciones de Santa Mónica que están en casi todas las liturgias Agustinianas, tomadas de un Breviario antiquísimo. (*Breviarium Canoniorum regularium ordinis Sancti Augustini*. Parisiis, 1523: in-16, caract. goth.)

I.^a LECTIO.

Beata et venerabilis Monica, honestis parentibus progenita, et in timore Domini sub virga Christi pudice et sobrie educata, dum adhuc puella esset, sæpe domo parentum se subtrahens ad ecclesias fugiebat. Ibi aliquandiu in angulo permanens, virginales orationes ad Christum fundebat.

II.^a LECTIO.

Et frequenter in nocte de lecto surgens, flexis genibus, orationes quas a matre sua nomine Facundia didicerat, Domino devote offerebat. Mirum in modum ab infantia secum crevit miseratio; ita ut quasi naturali affectione pauperes diligeret.

III.^a LECTIO.

Cumque esset annorum jam tredecim, parentes, divino disponente consilio, nobili viro de numero curialium sed gentili, Patricio nomine, licet plurimum renitentem parentibus, tamen non obsistentem, in conjugem tradiderunt. Tanto autem timore Dei et honestate, tantaque morum pulchritudine et pudicitia eam Dominus adornavit, ut esset viro suo pulchre et reverenter amabilis atque mirabilis.

IV.^a LECTIO.

Filios quos ex eo genuit in omni timore Dei sollicitudine ingenti nutrit, toties eos parturiens quoties ipsos a Deo deviare cernebat. Et quia fieri non potest ut arbor bona bonum fructum non faciat, in benedictionis cumulum Pater luminum hoc ancillæ suæ contulit munus, ut sidus præcla-

rissimum ex ea fulgeret quod totum mundum suo jubare perlustraret.

V.^a LECTIO.

Cum autem vix esset cum viro suo fere duodecim annos, respexit Dominus humilitatem ancillæ suæ, et exaudivit lacrymas ejus. Nam inspiravit Dominus maritum ejus, ut deinceps uxorem pudicam servaret. O mira res! quia cum esset ferocissimus, quanto affectu carnali ab ea divisus est, tanto magis spiritali ei per dilectionem conjunctus est.

VI.^a LECTIO.

Cum itaque Dei famula toto nisu satageret maritum ad fidem Christi convertere, ipse vere paganica duritie multis annis inflexibilis perstitisset; tandem, divina opitulante gratia, illum in extremo vitæ suæ lucrata est Christo. Cumque ille esset annorum septuaginta trium, obiit in pace. Supervixit autem illa mortuo marito in sancta viduitate annis circiter sexdecim.

El resto del oficio está consagrado á las relaciones de Santa Mónica con su hijo. Indicaremos únicamente algunas de las mas bellas antifonas, que, aunque con algunas variantes, se encuentran, como he dicho, en todas las liturgias de las Ordenes que siguen la regla de San Agustin.

Ad Vesp., Antiph. 1. Flebat et orabat assidue pia parens super filium, per quem Dominus impiorum capita conquassavit.

2. Beata mater, quæ implevit desiderium suum, dum pro filio plorans jugiter rogaret Dominum.

3. Exaudisti eam nec despexisti lacrymas ejus, cum pro salute fluentes rigarent terram.

4. Hæc est illa vere flens vidua, quæ filium diu et amare deflevit.

5. Elevaverunt flumina lacrymarum, Domine. per sanctam matrem, elevaverunt flumina vocem suam.

6. Flebat uberrimis lacrymis, etc.

Ad I^{um} Nocturnum, Respons. 1. Dum vero credibilia Dei apertis fidei oculis Augustinus conspexit, ad matrem ingredi non distulit... Quid autem tunc mente haberet pia mater gaudii, nec explicare quidem poterat.

Ad II^{um} Noct., Respons. 3. Volebat Monica dissolvi et esse cum Christo, cum videret Augustini aptum modum vivendi... Displicebat ei quidquid agebat in sæculo præ dulcedine Dei et amore salutaris filii quem dilexit...

Ad III^{um} Noct., Respons. 1. O felix mater Monica carne, felicior spiritu, duplici consolata spiritu prophetico. Ne defleas filium tuum quasi mortuum, quem Deus suscitavit vere catholicum, alleluia. ʒ. Forti animo esto, filia. Deus cœli dabit tibi gaudium pro tædio quod perpessa es.

Ad IV^{um} Noct., Respons. 1. Itaque devotissime gratias egit præ cæteris Ambrosium attollens, et perierunt illæ plorationes, in quibus ei aliquando visum est adversari Augustinum legi Christianorum latratu sermonis ejus, alleluia. ʒ. Et apparuit ei læta facies divinarum consolationum, et exultare in amore didicit.

Ad Magnif. Adest dies celebris quo soluta nexu carnis sancta mater Augustini assumpta est ab angelis. Ubi gaudet cum prophetis, lætatur cum apostolis, cumque omni militia Deum collaudantium in cœlesti curia; inter quos jucunda contemplando vultum Dei pia refulget Monica, alleluia.

Percíbese claramente en estos pasajes el tono y sabor místico del oficio, deleitable mezcla de tristeza y alegría que sorprende y admira.

La edad media ha consagrado á Santa Mónica muchas secuencias: entre todas escojemos una que expone con particular interés las tradiciones relativas á ella, y es la que se atribuye á Adam de Saint-Victor.

SEQUENTIA.

Augustini magni patris

Atque suæ piæ matris

Laudes et præconia

Decantemus, venerantes

Et optata celebrantes

Hodie solemnia.

Mater casta, fide gnara,

Vita clara, Christo chara,

Hæc beata Mónica,

De profano propagatum,

Jam nunc parit suum natum

In fide catholica.

Felix imber lacrymarum,

Quo effulsit tam præclarum

Lumen in Ecclesia!

Multo fletu seminavit,

Germen ubi reportavit

Metens in lætitia.

Plus accepit quam petivit:

O quam miro tunc gestivit!

Spiritus tripudio,

Cernens natum fide ratum

Sed et Christo jam sacratum
Toto mentis studio!

Hæc egenis ministravit,
Et in eis Christum pavit,
Mater dicta pauperum;
Curam gerens infirmorum,
Lavit, stravit, et eorum
Tersit sordes vulnerum.

O matrona gratiosa
Quam transfigunt amorosa
Crucifixi stigmata!
His accensa sic ploravit,
Lacrymis quod irrigavit
Pavimenti schemata.

Pane cœli saturata,
Stat a terris elevata,
Cubiti distantia;
Mente rupta exsultavit:
«Volitemus, exclamavit,
«Ad cœli fastigia.»

Eia, mater et matrona,
Advocata et patrona
Sis pro tuis filiis,
Ut dum carne exuemur,
Nato tuo sociemur
Paradisi gaudiis.
Amen.

Todas las liturgias de las órdenes que siguen la regla de San Agustín, Canónigos regulares, Servitas, Eremitas, P. P. Predicadores, etc, acordes entre sí respecto á las tradiciones mencionadas, lo están igualmente con un antiquísimo monumen-

to dirigido en forma de carta á una esposa de Jesucristo, *dilecta sponsa Christi*, á quien refiere el autor la vida de Santa Mónica, dando á esta el nombre de madre, *caram matrem*.

Los primeros coleccionistas de este documento, engañados por la denominacion, imaginaron que el autor de la carta era el mismo San Agustin, y con la misma probabilidad, que la indicada esposa de Jesucristo era su propia hermana; la cual ciertamente se consagró á Dios.

Concluyeron de aquí que San Agustin habia escrito esta carta, para anunciarle la muerte de su madre, y no vacilaron en ponerle por título, unos: *Ad sororem*, y otros *Sorori suæ Perpetuæ Virgini*. Los críticos poco versados aceptaron esta opinion, y la carta fué considerada como original de San Agustin.

Pero esta opinion no es sostenible; el estilo de la carta no es digno del gran Doctor, y las cosas que en ella se dicen, eran sobradamente conocidas ya de la hermana de San Agustin, siendo sobre manera ocioso que este se las refiriese. Hay además en el documento palabras copiadas de las *confesiones*, y muchas inexactitudes en que no hubiera incurrido San Agustin. Por otra parte no estando probado que esta carta fuese dirigida á la hermana del Santo, pudo muy bien serlo á una Virgen cualquiera consagrada á Dios en algun convento que siguiese la Regla de San Agustin, de los que en vida de este, ya existian; y nada impide tampoco que despues de su muerte, para completar sus *Confesiones*, y

revelar al mundo las maravillas que la humildad del gran Doctor habia ocultado, alguno de sus discípulos más íntimos, ó de aquellos que le habian conocido, escribiera esta carta compilando todo lo que por tradicion se sabia de Santa Mónica, dirigiéndola á alguna Virgen consagrada á Dios bajo la Regla de su hijo.

Más aún cuando se quisiera conceder que por su forma revela esta carta posterioridad, y que algun escritor del siglo VII ú VIII, para dar á la narracion de estas tradiciones referentes á Santa Mónica cierto interés y atractivo, hubiese preferido esta forma literaria, simulando una carta que San Agustin dirigiera á su hermana, no puede menos de atribuirse particular valor á este documento, que está tomado de otros positivamente antiguos; y autenticado en el fondo por el acuerdo de todas las liturgias agustinianas, y sostenido, al menos en algunos de sus puntos, por las liturgias romana y galicana de los primeros tiempos, conserva su completa autoridad, á pesar de algunas inexactitudes que le deslucen. Damos, pues, su texto con las observaciones de los Bolandos.

EPISTOLA

SUB NOMINE SANCTI AUGUSTINI AD SOROREM SCRIBENTIS

EDITA DE VITA ET VIRTUTIBUS SANCTÆ MONICÆ

Ex Mss. et Monbratio (a).

1. Hortor te, dilecta sponsa Christi, ut Deo studeas in omnibus placere, sicut et caram matrem novisti perfecisse. Nam dum esset puella, ad ecclesiam fugiebat, diu in angulo permanens, et virginales orationes ad Christum fundebat. Dum autem domum tarde rediret, a bajula sua verberabatur, eo quod extra domum sine pedissequa recessisset, et totum ipsa puella patienter portabat (b). In tota autem pueritia sua, numquam cum puellis ludentibus se miscuit, sed frequenter in nocte adhuc in pueritia de lecto surgebat, et genibus flexis orationes, quas a matre, nomine Facundia (c), didicerat, Domino offerebat. Ab infantia autem cum ea crevit miseratio, et naturali affectione pauperes diligebat. Sæpe panem de mensa in sinu collocabat, et, de paterna domo fugiens, pauperibus tribuebat, hospites et infirmos visitabat, vicinas litigantes reprehendebat, pedes infirmorum sæpe lavabat, et eis ut puella poterat serviebat.

2. Cum autem parentes ejus, more secularium, vestibus delicatis eam ornare voluissent, ipsa contristata respuebat. Et cum esset annorum tredecim, eam nobili Patricio (d) Carthaginensi tradiderunt. Quanto autem timore et honestate, quanta etiam summa pulchritudine Dominus eam dotaverit, quanta etiam pudicitia eam Dominus magnificaverit, certe in brevi dici nullatenus posset. Matrimonium tamen optime conservavit, filios in omni timore Domini sufficienter erudivit, torum immaculatum

custodivit, et maritum ferocissimum cum magno labore in fine lucrata est. Cum autem vixisset cum viro suo fere annis duodecim, respexit Dominus humilitatem ancillæ suæ, et exaudivit lacrymas ejus : nam inspiravit Dominus maritum, ut deinceps uxorem pudicam (*e*) et castam servaret. O mira res! quia cum esset ferocissimus, quanto affectu carnali ab ea divisus est, tanto magis spiritali ei per dilectionem conjunctus est. Cum enim vir ejus esset annorum septuaginta duorum, obiit in pace.

3. Quantis autem salutaribus monitis et jejuniis, quantisque lacrymis et orationibus illam viduam sanctam, castam, sobriam et piam Dominus dotavit, mirum est. Omnia tamen post mortem viri contempsit, omne regnum mundi et omnem ornatum ejus respuit propter Deum; in tantum ut non solum mater pauperum vocaretur, sed ancilla. Et quia dum vir ejus vivebat, potestatem proprii corporis non habebat, ideo eleemosynas non ita largiter tribuebat. Sed postea ita vixit, ut non solum eleemosynas largiter tribueret, sed etiam cicatrices pauperum liniret. Propter quod ei Dominus centuplum reddidit, dum crucem ejus in corde ejus infixit et passionem. Dum autem quadam die præventa et visitata a te, Domine, beneficia tua, quæ tu in carne humano generi clemens exhibuisti, ancilla tua consideraret, tantam gratiam tantamque lacrymarum copiam, torculari tuæ crucis expressam, in passione tua adinvenit, quod vestigia ejus per ecclesiam lacrymæ desuper pavementum defluentes ostendebant : et quanto plus ab effluentia lacrymarum hortabatur desistere, tanto plus fluvius lacrymarum oriebatur.

4. Tanta autem gratia ancilla Christi jejunando alios præcellebat, quod diebus quibus ad cœnam vocabatur, tanquam ad amaram medicinam accedebat. Erat autem ei timor castus in corde, tanquam fascia pectoralis, qua cogitationes constringeret; in ore tanquam frænum, quo linguam reprimeret; in

opere, tanquam stimulus, ne pigritia torperet; in cunctis, tanquam regula, ne modum excederet. Timor autem iste, tanquam scopa, purgabat cor viduæ ab omni duplicitate, os a falsitate, opera ab omni vanitate. Nunquam verbum seculare ab ore ejus recorder me audivisse: sed in omnibus verbis suis et factis semper Christum primo nominabat. Tantum timor Domini mentem ejus occupaverat, quod non solum ab omni specie mali sibi cavebat, sed spiritu pietatis ad omne bonum pro-na erat. Satagebat mirabiliter opera pietatis pro posse cordialiter implere, super omnia infirmis servire, sepulturam mortuis præbere, orphanos custodire ut filios, viduas et maritatas consolari. Quapropter multa de arcanis cœlestibus Domino revelante percepit. Unde tanta ebrietate Spiritus sancti sæpe rapiebatur, quod in ea fere per totum diem quiescens, dum esset Rex in accubitu sui cordis, neque vox, neque sensus in ea audiebatur. Neque mirum: quia illa pax, quæ exuperat omnem sensum, sepeliebat viduæ sensus corporales, in tantum, ut vix matronæ nostræ et etiam vicinæ eam pungentes excitare valerent.

5. In die autem B. Cipriani, dum hæc Christi ancilla mereretur accipere sacramenta, dum esset in domo, fere a terra per cubitum elevata fuit, clamando, quæ quietissima esse consueverat, dicens: Volemus ad cœlum; volemus ad cœlum, fideles. Quam cum post interrogarem quid sibi acciderat, non respondebat, sed tanto gaudio replebatur, quod omnes ad festum perducebat, cantantes cum Propheta: Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. Dum etiam in die Pentecostes esset refecta refectione istius panis, qui de cœlo descendit, post sumptionem sacramenti, tanta satietate repleta fuit, quod per diem ac noctem absque corporali cibo perseveravit.

6. Cum apud Ostia Tiberina infirmaretur, et sacramentum a nobis fideliter peteret, nec dolore

stomachi vexata valeret retinere, visibiliter infans nocte media ad lectum Dei famulae venit (*f*), eamque in pectore amplectens, anima illa sancta ad caelum volavit. Ergo die nona aetatis (*g*), trigesimo tertio anno aetatis meae, anima illa pia et religiosa carne soluta est, die (*h*) quarta maii (*i*).

ANNOTATA BOLLANDIANA.

(*a*) Mombritius in titulo ait, scriptam sorori suae Perpetuae virgini.

(*b*) Ms. Ultrajectinum S. Salvatoris, in quo habebatur vita per Walterum collecta, sed valde contracta, hoc loco interponit breviter narrationem de castigata vinolentia, quam in Ms. Bodecenti deficientem supra proposuimus num. 6 ad signum.

(*c*) Nescio an aliunde hoc nomen innotuerit.

(*d*) An hoc sorori scripsisset frater? Deinde annos 23 nata erat cum peperit Augustinum, ut constat ex aetate n. 37 expressa, et hic liberorum primus potius quam ultimus fuisse videtur.

(*e*) Ex Augustino num. 13 colligimus, quod conversus ad Christum uxori deinceps fidem servavit; sed quod etiam ab illius usu carnali se cohibuerit, non est credibile: quomodo enim tantam, tanque raram virtutem in conjugatu, filius laudare parentes volens, tacuisset? Lacrymae autem S. Monicae pro viro non hoc spectarant, sed ut a Gentilismo tandem aliquando converteretur ad Christum, quod hic non bene dissimulatur.

(*f*) Nec hoc tacuisset Augustinus, si quid tale vel vidisset ipse, vel ex morientis ore postremum accepisset: quare incredibile id nobis videtur.

(*g*) Haec fuissent apud sororem superflua, sunt autem accepta ex Confessionibus.

(*h*) Auctor istius seculi scripsisset, quarto nonas maii. Existimo ego nec ab Augustino, nec ab alio coevo diem notatum, a compilatore autem hic positum esse ex usu Canonicorum Regula-

rium, tali die festum. S. Monicæ agentium, ob eam quam in Commentario prævio indicavi causam.

(i) Subjunguntur, tam in Mss. quam apud Mombritium, loca varia ex Confessionibus collecta tumultuarie quæ supra habentur num. 39, 9, 13, 31, 33. Mombritius porro, nescio an de suo addit: Quanto autem studio et amore B. Monica, ut filius ejus Augustinus ad Deum converteretur, contendit, idem Augustinus in libris Confessionum suarum diligenter inquirenti expressit.

Doctores Lovanienses in sua editione operum D. Augustini totam hanc epistolam ad extremam appendicis calcem rejecerunt, ut certissime non suam, idque jure optimo.

non est de locum. S. Monica gentium ubi
cum quare in locum esse parvo indicat. can-

sa. Substantia, que in Mes. quam apud Mon-

brum. hoc aut ex Confessionibus collecta in-
stante per supra habetur num. 33. p. 13.
34. 35. Monachis parvo modo an de suo ad-

dit. Quanto autem studio et amore S. Monica, ut
illius eius Augustini ad Deum converteretur, con-
fessit. idem Augustinus in libris Confessionum
sacrum diligenter inquirunt expressit.

Doctores Lovanienses in epi. editione operum
S. Augustini totam hanc epistolam ad extremam
apposuerunt. saltem referunt, ut certissime non
sunt, idque non optato.

...

...

...

...

...

NOTA TERCERA.

TRASLACION Á ROMA DEL CUERPO DE SANTA MÓNICA.

I.

TRANSLATIONIS ORDO: MATTEUS VEGGIUS

D. PAPE EUGENII DATARIUS, SCRIPSIT.

Romæ typis Francisi de Cinquinis 1459 ⁽¹⁾

Apud Ostia Tyberina sanctissima Augustini mater Monica ex hac vita migravit, quod divino ita longe prospiciente consilio factum esse credendum est. Nam, cum pervertendi aliquando essent sancti patriæ ejus ritus et instituta, immutandaque rerum facies incolarumque studia, haud indignum visum est tam sanctæ, tamque de omnibus benemeritæ fœminæ ossa incuria posteritatis, locorumque malitia deperire. Quare tali melius loco eam defungi non abs re Deus voluit, ubi haberent Christi cultores cuius sacrum corpus venerarentur, venerantesque maiorem ad devotionem, divinumque ad amorem inflammarentur, atque ut magnitudini meritorum eius, par etiam honor, et gloria redderetur, cum summum Ecclesiæ sanctæ culmen, hæreticorumque domitorem acerrimum Augustinum precibus illa suis, et lacrymis protulisset. Convenire etiam credidit ut ubi Romæ, cum esset utique totius mundi summum culmen omniumque

(1) Biblioteca del convento de San Agustin en Roma.

nationum domitrix acerrima, futuris postea quando melius id expedire videretur temporibus, corpus eius aliquando inferretur. Quod ut facilius commodiusque postmodum suo tempore fieret magno simul ante consilio providit, ut non longe illinc illa decederet, ubi translata demum sempiterno ævo sacra eius ossa quiescerent. Id vero quomodo post tot sæcula contigerit (nam præcipuo Dei nutu cuncta acta sunt) dicendum est. Anno siquidem Domini nostri Jesu Christi 1430, Martini vero V pontificatus anno terdecimo, tot transactis sæculis, cum tempus iam iam advenisse Deus intelligeret, ut populorum devotio, quæ satis tunc tepebat, nova magnarum sanctarumque rerum demonstratione excitaretur, misit in mentem ejusdam Iohannæ religiosissimæ fœminæ, quæ, nulli unquam nupta, caste et sancte per omnem ætatem suam ad longos iam annos perducta ex proposito semper ita vixerat, ut persuaderet fratribus Augustinensibus qui Romæ habitabant, sollicitaque admodum et frequens rogaret eos ut corpus beatissimæ Monicæ, quod certo apud Ostia Tyberina sub altari sanctæ Auræ conditum esse a multis grandioribus natu, maioribusque suis sæpe audierat, receptum traslatumque in urbem irent. Tandem visum est eis qui regimen aliorum habebant ne desiderium pudicissimæ fœminæ omnino negligeretur. Itaque Pontificem adeunt, rem exponunt, rogant, supplicant. Suscipiensque eos audiensque libenter Pontifex annuit plene honestissimis eorum motis, unde læti ocyus illi eo proficiscentes, templumque sanctæ Auræ introeuntes, quæ magna ibi cum incolarum et navigantium devotione colitur, primum altare, quod memoriæ eius dedicatum, in interiori fornice secretius late aperire usque ad extrema fundamenta magna vi diu aggressi sunt. Nihilque prorsus inventientes, frustrati omni spe, infectoque negotio omnes abierunt. Unus tamen remansit qui rem animo altius

fixam habebat perseveranter cœpto operi instans, cupiensque, si Deus annueret, quod tantopere attentaverant, perficere. Cum interim senior quidam incola eius loci magno impetu irruens in eum, quod corpus sanctæ Auræ inde auferre auderet, minas illi pessime intentabat, Quem prudens vir, cum sedato animo dulcibusque verbis se non quidem sanctæ Auræ, sed Monicæ matris Augustini, nec nisi summi Pontificis iussu corpus quærere dixisset, illico repressit, quin, Age ergo, ille inquit, si tamen beatæ Monicæ corpus optas, fac quod libet; sed scito hic frustra tempus contedere, nisi me fallit quod à maioribus nostris indubitata fide, semper accepi, hic subtus altum fornicem extractum esse ubi multorum sanctorum suis quinque tumulis posita corpora requiescunt, atque inter cætera S. etiam Monicæ cuius causa nunc tu tantum insudas. Quare rem oportet te alia aggredi via. Intuere parietem oppositum altari, hunc interius perfodito atque inde exiens qua depressior extra locus patet, iterum perfosso eo introito usque ad fornicem quem dixi tibi sub altari situm esse, is a te etiam perfodiendus erit in quo et quod tu quæris, et quod tibi affirmavi, sicut maioris nostri tradiderunt, præcul dubio invenies. Hæc cum ille audisset, magna affectus lætitia, statim socios advocari fecit qui ad tria iam millia passuum abscedentes iter confecerant. Quorum presentia alacrior etiam factus, quidquid à seniore illo acceperat narrat eis. Tunc læti omnes verba eius opere exequentes non aliter ut ipse dixerat invenerunt. Accensis autem subito cereis, fornicem ipsum subterraneum ingredientiæ quinque ibi tumulos marmoreos, ordinæ dispositos, intuentur, quorum cuilibet apposita plumbea lamina quid contineret, indicabat. Primus quidem corpus S. Lini papæ, secundus S. Austerii martyris, tertius S. Constantiæ, quartus S. Auræ virginis, quintus vero S. Monicæ matris Augustini. Porro qui con-

tinebant corpora Austerii et Constantiæ tumuli, ambo aqua límpidissima pleni erant, ubi vero corpus S. Auræ iacebat tumulus, instar auri renitentem aquam servabat. Reliqui nihil liquoris omnino habebant. Nec mora: exultantes illi meritasque Deo laudes decantantes, dimissis reliquis corporibus, eduxerunt tumulum, in quo iacebat corpus beatæ Monicæ, ac per Tyberin usque ad basilicam S. Pauli summa cum veneratione detulerunt, quieveruntque ibi noctem illam. Cum interim fama tantæ rei totam urbem implere cepit: proxima autem die, quæ fuit Dominica Palmarum quinto idus Aprilis, cum venissent fratres magna cum celebritate, magnoque et solemnitate cum apparatu, et honore deducturi in urbem sanctum Monicæ corpus, mirum quanta ibi confluerit omnis xesus, omnisque ætatis hominum multitudo. Tantus erat affectus, tantum studium, tam incensa omnibus videndi, contingendique tantum digito sacrum sarcophagum; unde et quosdam a demoniis liberatos, nonnullos a lepra mundatos, alios variis languoribus sanatos fuisse omnibus manifestissime constitit. Quo magis etiam auctus est cunctorum amor, et devotio, factusque maior est undique concursus, et exultantium clamor. Ita Roman perlatum est, collocatumque in templo antiquo S. Trifonis, quod est contiguum novo templo S. Augustini, commendatumque curæ fratrum Augustinensium; mansitque ita usque ad tempora Papæ Nicolai V: tunc, Deo volente, impellenteque ita animos hominum, templum S. Augustini longe ante desolatum magna ex parte per Guillelmum de Estoutevilla, cardinalem Rothomagensem, Religionis Augustinianæ protectorem, erigi cœpit; atque ibi per Mattheum Veggium, Domini Eugenii Papæ datarium nobilissimum, mausoleum, mira arte, et ingenio elaboratum, magnoque sumptu, et labore comparatum, quale etiam Roma cæteris suis præclaris ornamentis merito anteposuerit, fabricatum est. Ubi

demum defuncto Nicolao V. succedenteque Callisto III, in principio eius pontificatus, rursum beatissimæ Monicæ corpus IV nonas maii, quæ est die natalis eius, magno debitoque cum honore translatum est. Cui non modo libenter annuit Pontifex, sed insuper septem annorum, totidemque quadragenarum indulgentiam diebus natalium matris Monicæ, et filii Augustini perpetuo ævo duraturam concessit, ut omni ex parte dignus tam præstanti tamque sanctæ fœminæ honor exhiberetur.

II

MARTINUS EPISCOPUS SERVUS SERVORUM DEI,

AD FUTURAM REI MEMORIAM ⁽¹⁾

UNIVERSIS CHRISTIFIDELIBUS

PRESENTES NOSTRAS INSPECTURIS SALUTEM,

ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

§ 1. Pia charitas, atque devotio, qua ex christianæ professionis, et pastoralis officii debito Sanctorum reliquiis afficimur, Nos impellit, ut circa sacrarum reliquiarum conservatione, earumque veneratione omni studio, et diligentia invigilemus, quo fides nostra, sine qua nemo salutem consequi potest, in magnitudine suæ maiestatis conservari, et spirituale incrementum suscipere valeat.

§ 2. Nuper siquidem venerabili fratre nostro Episcopo Electensi, Apostolicæ capellæ Sacristæ, et Confessore nostro, pro parte dilectorum filio-

(1) Ex literis Auditoris Camera, quæ asservantur Romæ in Archivio Ordinis num. 6.—Esta nota precede al decreto que se halla en el Butario de la Orden de Eremitas de San Agustin, al cual se han trascrito las Constituciones Apostólicas conforme al original.

rum Augustini de Roma Prioris Generalis, et universorum fratrum Ordinis Eremitarum sancti Augustini, cuius ipse Episcopus etiam professor extitit, Nobis supplicante corpus Beatæ Monicæ Sti Augustini matris ex certis piis respectibus et causis, præsertim quia corpus dicti sancti ipsius Ordinis Fundatoris, in quadam ecclesia Papiensi dicti Ordinis venerabiliter, prout decet reconditum extitit, à loco civitatis nostræ Ostiensis, ubi sepultum, et reconditum fuerat, ad ecclesiam domus Fratrum dicti Ordinis de Urbe transferendi, et in dicta ecclesia recondendi, et sepeliendi, licentiam concessimus, cuius concessionis auctoritate prædictum corpus in dicta ecclesia debitis caeremoniis, et condigna reverentia die nona aprilis, quæ fuit Dominica Palmarum, translatum, et reconditum extitit,

§ 3. Nos itaque Episcopi, Prioris (generalis) et Fratrum prædictorum devotionem, huiusmodi religiosi personis convenientem approbantes; atque considerantes, quod ob translationem prædictam de sanctitate huiusmodi corporis, maior apud Christianifideles notitia haberi potest, quam si in quovis loco reconditum fuisset, translationem, et repositionem huiusmodi ratas habentes et gratas, eas, ex certa scientia, apostolica auctoritate tenore præsentium confirmamus, et ut erga dictam sanctam Monicam magis inflammetur fidelium ipsorum devotio, quasi patulo præconio ad omnium notitiam adduci volumus per præsentem.

§ 4. Nulli ergo omnino hominum liceat hanc paginam nostræ approbationis, confirmationis, et voluntatis infringere, vel ei ausu temerario contraire: si quis autem hoc attentare præsumperit, indignationem Omnipotentis Dei, et Beatorum Petri et Pauli, Apostolorum eius, se noverit incursum.

Datum Romæ, apud sanctos Apostolos, quinto calendas maii, Pontificatus nostri anno decimo-tertio.

III

MARTYROLOGIUM ROMANUM CÆSARIS BARONII.

Quinto idus aprilis.

Romæ translatio corporis sanctæ Monicæ matris beati Augustini ⁽¹⁾ Episcopi, quod ex Ostiis Tiberinis, Martino Quinto Summo Pontifice, in Urbem delatum, in ecclesia eiusdem beati Augustini honorifice reconditum fuit.

(1) Facta est sub Martino Papa Quinto. extatque diploma in registro anni XIII sui pontificatus. Legimus et sermonem ejusdem Pontificis ad Fratres Augustinianos, quo etiam historia textitur de eadem tum facta translatione, insuper et de miraculis, quæ tunc etiam contigerunt. Est ejus exordium: *Gaudeo mihi quoque, fratres religiosissimi, etc* Facta est hæc translatio anno Domini 1450. (*Nota de Baronio.*)

... ..
... ..
... ..

III

... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

NOTA CUARTA.

DISCURSO DEL PONTÍFICE MARTIN V EN HONOR
DE SANTA MÓNICA.

Publicamos el texto completo de este sermón, tanto porque hoy es sumamente raro, y las Bollandos han publicado solo algunas líneas, cuanto porque este discurso es como la bula de canonización de Santa Mónica.

SERMO

MARTINI QUINTI ROMANI PONTIFICIS IN
HONORE SANTE MONICE.

I. Gaudeo mihi quoque, Fratres religiosissimi, lætitiã hanc communem esse, quæ hodie vestrum universum Ordinem conjungit, quod ejusdem Parentis estis Matrem adepti, cujus et vos secundum spiritum filii esse debetis. Etsi enim cura quam gerimus majorem quemdam titulum nobis afferat, una tamen ac par omnium fidelium charitas corda continet : ubi non extrinseci tituli, non alienæ nuncupationes, non temporanea vocabula valde prosunt, sed ejusdem spiritus communicatio, quæ nos ejusdem regni secundum Jesum Christum Salvatorem nostrum hæredes et cohæredes facit. In hac igitur spe atque exspectatione, in qua simul omnes laboramus tanquam unius Dominici agri cultores, communis nobis fiducia est. Hic igitur, unde fratres

sumus, præsens me delectat Dominici muneris gratia; ac libenter vos mihi consortes in tanto gaudio adsumo, pariter ut omnes eandem lætitiã frequentioribus studiis celebremus. Sic enim decet ut superna jucunditate in unum lætemur, quos necesse est fide, pace, oratione esse conjunctos. Sive igitur ut Ecclesiæ filii ad lætitiã convenistis, sive unanimes spirituali charitate fratres, ego illinc parens, hinc vobiscum frater in hac exultatione congratulor. Nec sane mirum si et ipse vobiscum in Domino frater dici velim, qui me secundum nostri Magistri vocationem et gratiam *Servus omnium* appello. Nullum denique nomen est quod respuam, modo simul omnes charitas una contineat. Quando ipse idem Salvator omnium s; et matrem et fratrem et sororem dixit quisquis ejusdem Patris, qui in cœlis est, voluntatem servat. Ceterum ad vos singularis quædan cura esse debet, qui non tantum fidem, verum etiam religionem, ac vitæ christianæ formam, omnibus postpositis, sancte æmulamini; ut non solum communi apellatione, sed etiam singulari gratia ac studio fraternitatem colatis. Itaque et vobis illud primum convenit quod ad Ephesios: *Quia jam non estis hospites, et advenæ, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei.* Nemo enim vos ad hanc frequentiam convenisse videat, quin in vobis fateatur esse Deum, quos idem Spiritus in unam hanc sollicitudinem conduxerit. Mihi vero illud et placet, et licet dicere, quod Princeps Apostolorum, cujus locum tenemus, Fratribus suis dixit: *Vos estis genus electum, regaleque Sacerdotium.* Sic enim intueor plerosque ex vobis Clericali ac Sacerdotali honore insignitos: quorum tamen una cura et voluntas est simul Deo pro tanti muneris benignitate gratias referre. Neque ego aliud magis optem, quam simul in tanto gaudio lætari, simul in tanta gratia tantaque festivitate eandem animi devotionem profiteri.

II. Undique enim et ipse mihi faciendum inte-

llo, præsertim quod Romam, hoc est, et sedem et patriam nostram video tanta gratulatione exultare, tanquam omnes eandem omnium Parentem nunc primum amplectamur. Quis vero non totis studiis conetur, ut in hanc solemnitatem fidem suam conferat, quam cernit amplitudine gratiæ omnibus communem esse? Nam de illius Matre celebritatem agimus, cujus virtus, cujus gratia et victoria fidem omnium illustrat. Quis enim nescit, aut quis dissimulare potest, unum esse Beatissimi Augustini nomen in Ecclesia, atque in omni christianæ fidei loco celeberrimum? Nemo autem negaverit Matri gloriam, quam dignissime impenderit Filio; nemo a Genitrice separet laudes, quas Genito existimet esse tribuendas; præsertim cum omnes noverimus non carnis magis fuisse Beatissimam Monicam parentem, quam cordis et spiritus. De quo apud Deum illa semper intercessit, nihil aliud sollicita, quam ut unius filii Augustini salutem pareret. Sic enim et ille scribit aliquando sibi Matrem dixisse, nullam rem jam sibi esse ultra hujus vitæ voluptati, cum Filium jam cerneret æternæ vitæ desiderio felicitatis terrenæ contemptorem.

III. Non itaque jure ac merito gaudeam, qui sim tantæ gratiæ administrator, ut Beatissimæ hujus Monicæ Reliquias contingam, reddamque beatum Corpus eisdem, quos tanquam Nepotes Filii genuerit Matri? Quanta vero, aut quantæ dignitatis illa Mater est, quæ tanto Filio in oculis omnium mortalium splendet! Felix sane venter, beata profecto ubera, veneranda brachia, denique totum corpus honorandum, cujus cura et ministerio tantus Filius orbi terrarum clarus est. Sic ferme solet et patrum dignitas conferri filiis, et filiorum gloria prodesse parentibus, quorum maxime unum fuit vitæ studium, ac successiva charitatis diligentia, ne tam corpore et ætate, quam gratia et spiritu videatur filius parentem imitari. Accipite igitur, Religiosi, bonis affectibus, attrectate piis manibus.

Tollite sanctis humeris Matrem, cujus filios vos esse gaudetis. Copulate honorem, jam in duobus unam laudem ac Religionem componite : jam in Matre ac Filio eandem gratiam celebrate. Mihi vero ipsi haud minor gratulatio est, cui datum sit tantæ festivitatis esse participem. Vos, quoque Romani Cives, agite lætitiã : vos, quibus tantum munus venit, accumulate gaudia. Multo enim lætior beatiorque hic dies vobis est, quam cum Matrem Deum, ut ipsi vocabant, ex Phrigia adductam in hanc Urbem acceperunt, cujus muneris qui fuit minister Scipio Nasica fertur maximan gloriam peperisse : tanquam solus in ea ætate justus Romæ esset, quem deceret tantæ religionis obsequium peragere. Major, inquam, justiorque nobis est lætitiæ causa, qui non fictis sacris, non falsa religione. sed sancta ac vera pietate ducimur. Nec turpes Matris Deum reliquias colimus, sed magni ac summi Dei cultricem religioso studio veneramus. Nec præterea Scipionem vanum impuri cultus sacerdotem sequimini, sed Martinum Ecclesiæ ac Fidei nostræ Pontificem, nec minus vestræ charitatis conservum habetis. Hæc omnium una cura est : hæc, ut cerno, totius populi pia ac sedula institutio, Beatæ Monicæ reiteratas exsequias colere.

IV. Omnes dudum noverant Filii nomen : quicumque de Christo, de Fide, de Religione aliquid saperent, omnibus in ore erat Augustinus : ut nihil pene ex Sacris Litteris possit nisi eo duce intelligi, nihil nisi eo interprete explicari. Eo jam auctore factum, ut nec sapientiam philosophis invidemus, nec oratorum eloquentiam desideremus, non studiosorum ingenia requiramus : non denique acumen Aristotelis nobis necessarium sit, non Platonis eloquentia, non prudentia Varronis, non gravitas Socratis, non auctoritas Pythagoræ, non Empedoclis solertia, non cujusquam illius generis hominum scientia ac virtus exemplo aut documento nobis esse debeat. Idem nobis Prophetarum ora-

cula, idem Apostolorum voces refert, idem omnem omnium Scripturarum sensum exprimit. Unus postremo omnium Patrum, sapientiumque ingenia ac studia exhibet. Si veritatem quæris, si doctrinam, si pietatem, quis doctior, quis justior, quis, ut ita dicam, sanctior Augustino?

V. Hunc vero tantum ac talem virum pia Mater Monica genuit. Tanti Patris gloriam hæc Beatissima ministravit: tanta igitur hujus Mulieris dignitas, tam digna et memoranda illius memoria, quantus ille in tot libris splendet, quantus omnium gentium ore ac fama prædicatur. Siquidem, ut ante dixi, hæc illi fuit tot meritorum, tantæ gloriæ; hæc secundum Deum tantæ felicitatis origo, ut jam parum sit, quod hominem genuerit, quod aluerit, quod instituerit, quod communi more mulierum puero fomenta præstiterit. Unigenitus hic fuit Martiri, ut intelligas, non ad unius propagationem, verum ad totius orbis utilitatem eas nuptias quæsitas esse: quippe uno contenta, satis habuit unius vitam omnium gentium beneficio peperisse. Itaque illud est tanti partus emolumentum maximum, quod quem in carne genuit, non protulit carni, quem materno utero, maternis officiis servavit, semper in id visa est intenta, quoniam modo omnium mortalium generi filium efficeret.

VI. At quem non delectet hoc apud Augustinum cognoscere, solitam Matrem illi ex ipsis cunabulis Jesu Christi nomen, quo magis postea per ætatem dulcesceret, infantilibus labiis imprimere? Sic deinde per omnes ætatis gradus gessit, nihil negligens, nihil intermittens, quod ad hominis salutem spectaret. Quis, eodem ipso Augustino referente, omnes clamores explicet, quibus illa dies noctesque pro unius Filii non incolumitate corporis, sed sanitate, hoc est felicitate mentis, et integritate animæ cœlum ac sydera pulsabat? Cum tantæ preces viderentur ad multorum salutem dirigendæ, quantas illa pro unius Filii charitate proferebat! Quis

lacrymas enumeret, quis fletus cogitet, quos illa Mater pro pueri pietate edidit? Nec cessavit, donec cœlitus admonita est, non posse tantarum lacrymarum Filium perire; ac postremo eo fidei ac salutis loco futurum Augustinum, quem illa tenuisset. Itaque deinceps, quanquam ipse multa prætereo, similes curas intendit, quo cœlesti oraculo obsequeretur, semper Augustinum, semper Filium, semper Deo ac Religioni promissum ac devotum meditans, ut ne pedem ab hominis vestigio declinaret.

VII. Neque interim refero, quibus artibus apud Virum, quibus apud Deum meritis ejusdem Viri salutem obtinuerit, ut hoc fieret, quod Apostolus refert prima ad Corinthios: *Salvatus est vir infidelis propter mulierem fidelem*: ne ex omni familiæ numero quisquam in eo loco deesset, ubi salvi atque electi æternis conscriptis recensentur. Illud vero quantæ admirationis, quantæ fidei, quantæ probitatis exemplum est, quod Augustinum per tanta maris ac terrarum spatia sequuta sit: neque una cum eodem Filio perigrinationem aggressa: nam ire cupiens Augustinus, ipse fatetur Matrem elusisse. Verum posteaquam ille hinc Mediolanum est profectus, illa quoque non muliebribus consiliis eadem cepit vestigia, sublatis ex Africa velis ad Filium ubicumque esset plusquam femineis studiis perrectura. Oh vere Phœnissam Mulierem, cui recte illud convenit a Salvatore dici, *Mulier, magna est fides tua!* Nempe quanta fides, qua, illam tam audaci proposito per undas tempestatesque, per tot viarum discrimina intrepidam, atque indubitatam ferret, quousque Mediolani Filium, nihil tale de Matre expectantem complexa est! Ibi vero quis referat quantas curas, non quasi pro filio mater, sed pro Augustino ut sanctus esset, fortissima ac sanctissima Mulier adierit? Tum quibus meritis, qua virtutum fama Ambrosii Simplicianique totque maximorum Virorum ac sanctissimorum Patrum cha-

rissimam familiaritatem attigerit? Nihil apud singulos inquirens aliud quam ut Filii salutem fidelissimis hominibus commendaret. Possem hoc loco multa memorare, quæ illa ut Augustinus ad fidem converteretur omnino super feminam gessit; verum nolo me existimetis hodie hunc sermonem cœpisse, qui vos Beatæ Monicæ merita ac laudes doceam. Tantum vero his officiis valuit, ut quod unum plusquam Filium cupiebat, eundem videret Baptismo ac fidelibus Sacramentis renasci, quasi unius mulieris gemitibus evicta cœlestis Curia, non posset diutius hujus Feminæ suspiriis unigeniti vitam ac salutem negare: ubi præcipue tot Patres in Cœlum votis ac precibus intenderent, *Dimitte illam, quia clamat post nos*. Hinc demum, ut cetera quæ plura his sunt præteream, nunquam apud Filium cœlestibus verbis cessavit usquequaque per Italiam vadentis iter comitata.

VIII. Nec sane ipse magnæ aut parvæ rei quidquam inconsulta Matre agebat. Exstant familiares ejus dialogi, ac pleræque disputationes cum amicis ac discipulis habitæ, in quibus de maximis rebus disputatur. Atque inter cetera quoque hujusmodi sermones referuntur, non quidem ut solent mulierculæ studio garrulitatis alienis colloquiis permisceri: verum ut singulari quodam judicio prædita crebro hæc testis infertur. Sunt omnino illius de Deo, de Paradiso, de nostra Redemptione in nonnullis Augustini voluminibus gravissimæ sententiæ, et quæ maximis quoque ingeniis satis sint; nempe divinitus edocta, quæ disserebat, ea superno testimonio confirmata tuebatur. Habitabat, credo, in illius Mulieris corde alius spiritus, quam qui solet per humanam linguam fari. Quamobrem fere inducitur ab Augustino in ejusmodi colloquiis veluti quædam omnium rerum Magistra, et cui æternus Deus rerum suarum cognitionem et auctoritatem dederit, ut ferme liceret ei dicere: *An experimentum quæritis ejus, qui in me loquitur*

Christus? Ita Arbitror factam illam omnibus, qui in Italia præstantes habebantur, ipsa sapientiæ gravitate notissimam, dum Filium, verior dux quam comes, ex Medialano Romam consequitur. Quo medio tempore Augustinum ferunt, sanctorum hominum consilia quesivisse, quorum præcipue in Tuscia multi fuisse Conventus dicuntur: hodieque apparent apud posteros illorum colloquiorum vestigia. In his vos adhuc frequentibus consortiis habitatis. At nos cum ex Florentia Romam venimus, quædam vidimus in agro Senensi, nec sine magna hujus recordationis voluptate per Fratres illos transivimus, tanquam adhuc vetustissimarum cellararum ac speluncarum vestigia spectaremus.

IX. Sed ad Beatissimam Monicam redeo. Sequuta illa per omnes terras Filium Romam usque, spectatis omnibus, quæ in hac Urbe visenda erant, una cum Filio ad Ostia Tyberina proficiscitur, unde ex Italia in Carthaginem navigatio esset. Verum quid hoc loco dicam, Fratres optimi? Quenam potuit esse causa cur noluerit eam Deus Italia excedere? Nam in loco ultimum diem peregit, eousque Filium sequuta: dum illi fere (ut ita dicam) patriæ muros ostenderet his pene verbis: «Tu quidem hinc abeas, Fili, teque ad op-
»tatam patriam refer; verum ita, ut memineris
»unam esse in Cælo inmortalem ac veram, quæ
»est communis omnium Sanctorum Patria. Nihil
»aliud igitur a me tibi relictum putes, quam ut
»hanc et votis et studiis omnibus prosequaris. Tum
»ego te in sinum meum recipiam. Nam ut te
»longius in his terris sequar, modo Deus prohibet.
»Hic meæ peregrinationis finis: hic meæ mortalitatis limes esto. Vade nostro auxilio nostraque tutela securus. Felix tempus erit, cum simul ambos Filii tui, Filique mei, te in Italiam
»revocato, religiosa pietate servabunt.» Hæc pene mihi videtur illam prophetantem audisse, atque hoc illud tempus esse, quod tanto ante illa præ-

dixit. Quis vero non hic videat Omnipotentis Dei pietatem, misericordiam, providentiam, qui noluerit tam insigni dono Italiam, quin potius terrarum orbem fraudari? Non enim facile credo, si in Africa diem obiisset, fuisset aliquis, qui beatos cineres collegisset, nec potuisset superesse tot Africæ vastationibus tantarum Reliquiarum memoria, Non enim servassent Matrem, qui filium jam toto orbe notum, si non ante translatus esset, perdidissent. Quanquam ne in oppido quidem Ostiensi tuta fuissent Sanctorum Ossa, nisi Dominico præsidio essent custodita. Latuit igitur hoc modo per multas ætates Beatum Corpus, Deo ita providente, uti per vos aliquando illustraretur Mater, qui Filii nomem tanta pietate celebratis. Ego vero et mihi ipsi gratulor, hoc esse temporibus nostris concessum, ut simus apud vos tam præclari muneris auctores. Ac sane puto non aliam ob causam servata esse Ostiæ ruinarum vestigia, quam ut his Reliquiis locus esset qui aliquando referret quasi pignus per tot annos reservatum. Est enim a temporibus Honorii, quando illa ad Cælos migravit, ad hanc nostram ætatem, annus supra quam millesimus, quo Deus nobis suæ misericordiæ benignitatem aperuit. Nam illud quoque multiplicis existit gratiæ, quod dum unum corpus requirimus, multa sunt uno pietatis opere relecta. Quæ quoniam modo se habuerint, jam velim me referent; discant qui forte ea nondum plane audierunt. Si enim spero paulo post hujus gratiæ opus universo terrarum orbe promulgandum, cum hic dies sit, quo, ut cernitis, Roman ex omni quæ sub Cælo est natione concurritur. Atque, ut opinor, id consulto egit Deus, ut solito etiam frequentiores peregrini, et advenæ essent; quorum oculis placuit tantæ supernæ largitatis beneficium ostendere.

X. Jam igitur explicemus, quo ordine, quibusque modis tum quorum ministerio Beatissimæ

Monicæ, Sanctissimi Patris ac Doctoris Augustini Matris Corpus sit nobis concedentibus reperitum. Frater Petrus, homo vestri Ordinis, ac nostrorum Sacrorum Custos, quem etiam fecimus Electensem Episcopum, is sæpe dudum a nobis petiverat, ut hoc præstaremus, quo liceret Beatæ Monicæ Reliquias Romam transferre, aut in alium quempiam locum, ubi congrua ac solemni veneratione colerentur; quippe male haberi, ac servari Ostiæ, qui locus pene desertus esset. Maxime autem orabat, ut eas vestro Ordini tribueremus: sic enim decere conjungi Filio Matrem, et eosdem esse utriusque servatores, qui essent et cultores. Id nos hactenus certis ex causis distulimus, non quasi non judicarem dandum quod postulabat, sed nonnulla erant impedimenta, quæ prius oporteret expediri. Postremo tamen, et precibus et auctoritate multorum victi, annuentibus nostris Fratribus, concessimus iter, quoque modo videretur, ad Urbem eas Reliquias transferret. Vocat ille ad se alium Fratrem Augustinum hunc ipsum præsentem: atque illi operam dat negotii ducendi. Ille vero ut libenter suscepit, ita sine mora omnia quæ viderentur opportuna negotio Idem ceteros sollicitat, parat, ut in rem parati adsint; nam sibi in animo esse, ut in die Palmarum, qui proximus est præteritus, transveherentur. Primum omnium quod erat necessarium Ostiensem hominem convenit, cui soli notus dicebatur locus, ubi erat sepulcrum. Respondet ille se quidem locum nosse, (nam sub Altari in Ecclesia Sanctæ Auræ sic se ab uno Seniorum accepisse, ac semper consulto factum, ut Sepulcrum paucis, ac ferme uni notum esset) ceterum vereri, ne simul et aliorum Sanctorum Ossa in eodem mausoleo clauderentur. Id renunciatum est nobis. Ac nos respondimus: Si hoc ita esset, nec discerni possent. Ossa omnia, quæ in eodem monumento invenirentur, simul haberetis. Cum his man-

datis lætior dimissus Frater Augustinus, Rodolphum Castellanum cum aliis, qui multi numero Romæ tunc erant Fratribus, convocat. Ita omnes Ostiæ ad designatum locum proficiscuntur. Fuit Ostia quondam Romam Colonia, ab Anco Martio quarto Romanorum Rege condita, duodeviginti miliaribus hinc ad mare distans: oppidum olim divis, nunc vix pauca supersunt vestigia. Eo ubi pervenerunt, tendunt cum mandatis nostris ad locum, qui ostendebatur in inferiori aditu Ecclesiæ ubi primum ad dexteram Altaris plus octo pedes effodiunt, ubi invenerunt parvula ossa; super planum lapidem posita erant. Videbantur tamen esse Reliquiæ Sanctorum, etsi res nullo litterarum indicio apparebat. Tum vero omnes ambigunt, quid facto opus sit Non enim existimabant esse Reliquias, quas quærebant. Fornix item erat tam densus ac solidus, ut nec fortibus malleis pulsatus sonitum redderet. Undique igitur tentant, si quis forte sit aditus. Nihil omnino cernitur. Denique ex eo loco saxum movent, ubi priores Reliquiæ inventæ erant, nam præ veneratione timerunt contingere. Tum vero ostiolum apparuit, unde in secretiorem tumulum ibatur. Monumentum in modum cameræ amplum subter erant, usquequaque inter Altare et parientem replens. Ibi plures arcæ in ordine stabant, quarum aliæ aliis majores erant. Ad dexteram tria erant Sanctorum corpora; Primum Lini martyris, qui post Beatum Petrum primus fertur Cathedram tenuisse: Hinc aliud Felicis Pontificis, qui et ipse, Claudio Principe, Martyrii coronam adeptus est: Tum et Asterii Martyris aliud sepulcrum sequebatur. In sinistra erat Beatæ Constantiæ primum sepulcrum, ubi cum Filia jacuerat (nam simul ambæ Matyrium susceperant): Dehinc arcula B. Aureæ Virginis et Martyris Ossa continebat. Huic subjectum erat Beatæ Monicæ sepulcrum, cujus magnitudo hominis staturam implebat. Verum illud omnino intelligen-

dum, ac propterea Deo gratiæ referendæ, qui tam mirabilis in suis Sanctis triumphat, nec patitur ullo tempore misericordiæ suæ expertes esse, qui se sponte pro amore ipsius Martyris obtulerunt. Namque ex ossibus Virginum, ut manifestum erat, perennis liquor exsudabat, qui facile omnium odoramentorum suavitatem vinceret. Quæ igitur Regum ac Tyrannorum jactantia, quod in auro ac marmore sepeliantur, quod imbuantur balsamo, quod magnificis tumulis conditi à populis honorentur? Quid? Quod fuit Fratri Augustino evenit contactu Beatorum Ossium? Nunquam potuit manus sacro odore purgare, donec lavit aqua benedicta; quasi ita Sacramento cederet Sacramentum, quod nequivisset communi lavacro aboleri. Mihi vero magis quoddam indicium præsentis Divinitatis videtur, nulla humana cura Defunctorum Reliquias divinis odoribus distillare. Quippe ut appareat, quemadmodum in vita carnis concupiscentiam nescierunt, ita eos post vera immortalitate insigniri. Neque hoc dubium fuit: siquidem nos hujus rei experimentum nostris oculis conspeximus. Quiescite jam, beata Corpora: manete, o Sanctissimæ Reliquiæ, quibus sanguis ille ob Domini nostri amorem fusus, in cœlestis roris suavitatem convertitur.

XI. Aperto igitur Beatæ Monicæ Sepulcro, Fratres quanta possunt veneratione spectatum atque honoratum Corpus colligunt, simul altissimis vocibus divinarum laudum hymnos decantantes. Hoc modo illi desiderio potiti, ad Urbem multis sequentibus properant: quibus interim nostro jussu obviam procedit ex eodem Ordine Lucas, nunc episcopus in Corsica: tum hic Frater Antonius Legatus ab Rege Aragonum ad nos missus. Illud vero pulcherrimum, ac sane mirum dictu: adventantibus circa sanctum Paulum Reliquiis, tantus ex inaudito per totam Urbem tumultus est erectus, quantus nullo præconio potuisset excitari.

Dominica erat Palmarum, qui dies est Romæ convenarum frequentissimus. Millia peregrinorum undique discurrerant: quidnam hoc esset rogitantibus respondebatur: Beatæ Monicæ Reliquias tum primum in Urbem inferri. Illi qui nesciebant Beatæ Monicæ nomem mirabantur. Ceterum ut audiebant Beatissimi Augustini Matrem fuisse, omnes sine mora e domibus atque hospitibus effundebantur: pleniique concursantium vici, dum alius alium hortatur, impellit, arripit, incredibilis fiebat euntium tumultus. Ibi homo plebius, qui apud Sanctum Paulum restiterat, viso gentium concursu, ut forte potius flexis genibus, Sanctam maximis precibus venerabatur, opem marcido corpori ex-postulans. Nocte insequenti maculis quibus, in modum lepræ universum corpus tegebatur mundatus est. Deinde in Urbem ingrediuntur: nec capaces erant tumultuantium viæ; omnes videre inspicere et tangere cupiebant. Plurimi, quibus non dabatur adcessus, aut capiteis aut zonis, aut huiusmodi rebus jactis, modo aliqua re contigissent devotionem explebant. At per viam homo Romanus cujus oculi pene caligaverant, post orationem factam claro lumini est redditus. Ita personantibus Fratrum ac Sacerdotum hymnis canticisque Matris Corpus ad Filii ecclesiam transfertur. Non deerant vulgi clamores; non totius populi voces, non devotorum, non mulierum orationes ac lacrymæ. Omnes gaudiis, omnes laudibus ac votis satagebant. Neque illo tantum die solemnitas acta est. Omnem illam Hebdomadam, quæ est, uti nostis, sanctissima, pari devotione celebrarunt. Puerulus erat in domo Fratrum, Frater altero oculo derelictus. Hinc mulier cognata habitum applicavit, ut ante Corpus aliquid pueriliter orans flecteretur: atque illa cum paucis mulieribus pueri valetudinem precata paulo post surgens, sanum atque integrum utroque lumine recepit. Eodem modo est de pluribus vulgatum, qui præcipue gloriantur si-

milibus beneficiis, secum illam meruisse. Nec mirum quidem, si hæc Beati Corporis præsentia effecit, quando et ipsum Monumentum, quod paullo post vacuum ex Ostia translatum est, hujusmodi miracula potuit operare; nam ita visum est Beata Ossa id fere desiderare, ut in veteri arcula, tanquam in suo habitaculo servarentur. Effosam igitur gravi devotione per annum deportarunt; ac dum in Ecclesia paululum resideret, Fratribus ad Reliquias profectis, mulier cujus filius erat octavum jam mensem gravi atque implicito morbo ægrotus, arreptum parvulum sincerissima spe, in Arcam imponit: moxque sanum factum, super pedes nitentem jam infantulum statuit. Ista nunc quotidiana sunt, atque oculis omnium gesta; ut nihil non sperare liceat patrocinio illius adfuturum, quod aut corporibus, aut mentibus nostris necessarium fuerit.

XII. Quam igitur gaudendum tibi, ó Roma, quæ hanc Parentem suscepisti? Ego vero quam maxime exultem, vix possum referre, quod nostra ætate tam benigne Deus nostris rebus accesserit. Mihi ipsi haud dubium Patronum Augustinum in Cœlis habiturus videor: siquidem necesse est, et Filium eisdem muneribus debere quibus Mater affecta est. Speciosissimum vero hoc tempore munus, quandoquidem Ecclesia, quantum ad nostra pertinet gubernacula, opulenta pace fruitur. Itaque et hoc in rebus nostris præclarissimum ducemus Sanctis quoque optatam sedem præstitisse; nec tantum ut uni locum dederimus, cum et Augustino et Monicae pariter hoc gratum fuisse existimem. Quid vero ipse charius habere possem, quam inter ceteros Sanctos Beatissimo Augustino gratificari? Cujus tanta exstant erga omnem Catholicam Ecclesiam beneficia, ut nulli pene, ut ita dicam, Sanctorum majora merita debeamus. Quidquid enim simul omnes Apostoli plantaverunt, quidquid Apollo, atque alii Apostolorum sectatores rigaverunt,

hic coronavit, hic tetendit, hic velut circumposito aggere, materiam præbuit, qua ex Deo feliciora crementa susciperet. Totus itaque jam Augustini fio, meque illi quibus possum desideris voveo, cujus opem capiti mihi in primis necessariam arbitror. At vobis quantum gloriari licet, Fratres devotissimi, qui sub tanto Magistro militiam geritis, qui sub tanto nomine Religionem servatis, qui ad speciem tanti præclari exempli vitam exponitis! Tum deinceps honorate in Filio Matrem, duobus æqua religione servite. Ac si fortasse mulieribus hujus Religionis forma placuerit, una erit Beatisima Monica, cujus exemplum imitentur. Una erit Matrona sanctissima, cujus virtutem sequantur; una erit cœlestis Vidua, cujus felicitatem amplectantur.

XIII. Ceterum hinc vos existimate hodie a nobis admonitos nimine licere, ut a data Regula declinetis, quibus tam magna exempla proposita sunt, quibus tot commoditates accessere. Quamquam nec aliis locis pepercit Deus bonitati suæ erga nos, quasi omnino concupiverit munus suum implere, ac prædicatoris sui Augustini omnem gloriam patefacere, vestrum Ordinem extremis beneficiis sublimare. Sic enim audivimus Tiaram Augustini, Litumque illum Pastoralem non ante multos dies reperta, magnoque pretio redempta, in Sardiniam Valentiam translata esse. Ita omnibus locis et rebus bene successit, definiente Deo, ut qui rite præter ceteros Augustinum colitis, soli omnem illius suppellectilem possideatis. Quid enim magis congruit, quam eosdem rerum et corporum custodes esse, qui nominis sunt hæredes? Jam igitur omnem Augustinum habetis, jam universam illius rem et familiam tenetis. Neque deest vobis omni studio Pater, nec deficit in aliquo benefacto Deus. Unum vero est mansuetudinis jugum, unaque humilitatis regula, cui primus ipse fuit subjectus, neque ejus propositi pœniteret. Ex his rebus, mihi credite, vos quoque prima crementa accepistis.

His institutis Majores ac Patres vestri per orbem terrarum clarissimum nomen habuerunt. Siquidem recte putant omnes, non Religionis modo, verum etiam ceterarum virtutum fundamentum in humilitate esse. Quod si quis verbis potius, aut cultu et fronte gloriam suam jactat, a veritate ad superstitionem animum reducens, ejus profecto, ut Apostolus Jacobus inquit, *vana est Religio*. Mea quidem sentantia: Si Patris Augustini præcepta servaveritis, nullum hominum genus fuerit, nullius Regulæ institutio, cujus sanctitati vobis invidendum sit. Verun nescio quid vobis metuum, etc.

Omittimus quæ hic habet Pontifex, Eremitis Augustinentibus propriæ Regulæ observantiam, pacem et humilitatem commendans, quæ quidem fere duas ex his nostris paginis occuparent.

Ita si quid ipsi coetui vestro proficere possumus, Fratres, omnes existimate nobis curæ esse, qui omni opere vestram Religionem foveamus; ut nihil jan interesse placeat inter Presbyteros, et vestræ Regulæ Professores; ne qui estis ad communem Ecclesiæ utilitatem constituti, ex sociis membris indigne damnum feratis. Illa enim prorsus abominanda est insolentia, Religiosis Religionem invidere, aut non posse pauperem inopiam pati, aut denique se meliorem ducere, quod potior quisquam velit haberi. Tantum et ipsa date operam, ut per Conventus vestros quieti sitis, ac quisque Religionis suæ negotium expleat, ac vos præsertim, qui tanto Patre gaudetis.

XIV. Jam enim nulla dubitatio est, quin vobis Augustinus in primis sit, non eo modo, quod illius nomen singulari honore sectamini: verun judicio nostro hoc potissimum causæ est, quod ad vos una cum Filio Mater accessit, tanquam indigne ferret, non iis corpore præsentem esset, qui se digna Religione honorarent. Prospexit credo velut errantes parvulos, ut in sinum ipsa quoque Nepotes acciperet. Nondum enim cuiquam, nisi vobis hæc sancta

dicata est, nec alteri, quam Ordini vestro cessit. Multi tamen ad Augustini omen subiere, jam de ipsa Religionis dignitate certantes; quasi solis hic honor debeat, quem velut primi adfectant. Sed alius hic locus est. Ipsa quidem Mater solos elegit, quos tanquam Filio cognatus adsumeret, sponte in Ordine vestrum succedens. Utinam eo tempore quæsitæ esset, cum majore numero eratis per orbem terrarum frequentiores! Nihil profecto in ore hominum plus esset. Nam quæ mulier Religionem expetens, nolit inter Beatæ Monicae dicatas censerî? Quis hominum sub alio potius debeat, quam sub Augustino capite velle tueri Religionem? Hinc enim reliqua proficiscitur excellentia, modo se velint Fratres facti ad ipsius Patris exemplum conformes facere. Nempe si magna est Philosophorum gloria, ubi clarissimi alicujus Principis discipuli et sectatores dicantur, ut videatur huic magnificum, si se Pythagoricum referat, alteri quod Socraticum aut Platonicum; quanta vobis, et quam merita vestræ Religionis laus est, Augustinum ducem ac Parentem habuisse!

XV. Accipite igitur cum Patre Matrem, accipite cum Filio Genitricem. Utamini quantum juste libet alterutro; nam utriusque eadem fuerit disciplina, eadem regula, eadem institutio. Denique hunc diem vobis solemnem facite, atque ita in posteros, concedentibus, volentibus, suadentibus nobis, transmittite. Hinc quantis potestis vocibus Sanctissimæ hujus Matris præsentiam et gloriam declarete. Postremo omnes quoscunque inveneritis claudos ac debiles ad cœlestia auxilia captanda invitare. Nec silueritis, quæ his diebus Romæ apud beatum hoc Sepulcrum edita sunt. Mulierem nomine Silviam ex intolerabili dolore capitis, facto voto, continuo liberatam. Mariolam aliam vestri Fratris sororem jam tumore mamillarum una et maxima febris mortis pene vicinam, tactu Sepulcri mox sanatam. Puerum illum sumto toxico morientem, a parentibus

huic Sanctæ non prius commendatum, quam sanatum. Aliam nobilem Romanam simul et paralyticam et morbo comitali, quem caducum appellant, vexatam, tacto Sepulcro, mox ad integram sanitatem restitutam. Haud dicam sterilem illam uxorem fabri, qui Sepulcri ejus ferramenta confecerat, expresso ad Sepulcrum voto, paulo post concepisse? Quid eundem fabrum pene cæcum, consimili voto splendidum lumen accepisse? Quid aliam puellam lethalis pestilentiae morbo correptam, ac pro dito gerendi hujus vestri habitus more mulierum voto, continuo ex omni periculo ereptam? Quid alios complures variis morbis ac magnis febris per hujus auxilia dimisos? Præcipue vero quos ex cæcitate ac tenebris in lucem reddidit? Recte hanc opem sibi adsumsit, vel quod illius Doctoris Mater est, qui doctrinæ suæ radiis universum orbem adhuc illustrat; vel item quod propter eundem, ut superna luce servaretur, viginti continuis annis apud Deum piissimas lacrymas effudit, et quæ aliquando mœstis oculis dixit: *Heu, filii mei Augustini mortem plango: nunc dicat: Eia me felicem, quæ per Augustinum filium universo orbi lumen pando.*

XVI, Hæc vos, Fratres mei, auctoribus nobis, nuntiate gentibus; simul ipsi tanto supernæ gratiæ numere gaudete; ac vos præterea dignos, vel tam Beatæ Matris, vel tanti Parentis et Doctoris filios discipulosque gerite. Omnes ita genus vestrum mirentur: omnes vitæ vestræ instituta laudent. Denique omnibus Religio vestra placeat: atque his rebus sperate vobis omnia majora et ampliora succedere. Non deseret enim Deus quos tantis donis insignes fecit; non relinquet Filios, quibus tam beatos, tamque illustres Parentes dedit. Ita fient laborantibus ac devotis omnia parata; modo hinc Religiosæ vitæ formam sumatis; ipsique ceteris exemplo sitis, quo in manibus vestris glorificetur Deus, Ordoque ad insignem numerum, ad dignam Capite nobilitatem celsitudinemque evadat. Tum ipsi

videbimur idoneo loco nostræ concessionis munus statuisse, si diligentes ac sollicitos servandæ hujus gratiæ agnoverimus. Atque illi puto gratissimum ac jocundissimum fuerit intelligenti, se optimorum Filiorum gremio receptum. Hac itaque cogitatione spem vestram erigite; his consiliis Ordinem vestrum confirmate; hac religione charitatem vestram adornate. Ipsi vero læti spectabimus; nos pietatem vestram studiosa sinceritate observabimus; denique vobiscum tantæ felicitatis gaudia celebrabimus.

The first part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The second part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The third part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The fourth part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The fifth part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

NOTA QUINTA.

INAUGURACION DE DOS NUEVOS SANTUARIOS
DEDICADOS Á SANTA MÓNICA;
EL UNO EN TAGASTE, Y EL OTRO EN HIPONA.

El primer Obispo de Constantina, Monseñor Las-Casas, apenas se habia sentado en la restaurada silla de San Agustin, cuando tuvo la inspiracion de ofrecer á las madres cristianas dos nuevos santuarios sobremanera augustos, el uno en Tagaste y el otro en Hipona.

«Vuestra asociacion, Señoras, escribe el Obispo á las madres cristianas, es, segun mi opinion, la asociacion por excelencia de nuestro siglo. No me admiro, pues, de que haya obtenido tan universal aceptacion; ni me sorprende que contando pocos años de existencia, haya conmovido ya las cinco partes del mundo, y reunido en un solo pensamiento é idéntica aspiracion á ciento cincuenta mil madres. Por eso, Señoras, me considero feliz en poder añadir un nuevo estímulo á vuestro celo, abriendo á vuestra Archicofradía dos nuevos Santuarios, en donde vuestras maternales súplicas ostenten, mas que en ningun otro punto, su poder y su fuerza.»

«En Tagaste donde Santa Mónica ha llorado por tanto tiempo, y en Hipona, donde sus lágrimas

mas dieron tan magníficos frutos, hallaréis en adelante dos capillas que os están especialmente consagradas.»

«Establezco y ordeno que en cada uno de dichos santuarios se celebre perpétuamente una misa diaria por la perseverancia ó por la conversion de esos hijos, cuya salud espiritual tan justamente os preocupa.»

«Las indulgencias particulares con que Su Santidad Pio IX se ha dignado enriquecer estas dos nuevas fundaciones, las he pedido para vosotras, para vuestros esposos, y para vuestros hijos sobre todo; las trasmito, pues, á ellos y á vosotras.»

«Oh madres cristianas! de esta tierra en otro tiempo tan grande, de esta playa donde en otros siglos germinaban tantos santos, brotarán, no lo dudeis, clamores de inocencia ó de regeneracion, de fidelidad ó de arrepentimiento, que llegan hasta el Cielo. Agustin hablará, y su voz será escuchada: Mónica gemirá, y sus gemidos operarán conversiones.»

Despues de estas palabras tan penetrantes, el venerable Obispo con una modestia y benevolencia que nos ha conmovido profundamente, añade:

«Me complace en manifestar que la idea que he llevado á cabo, ha sido ya muchas veces indicada por otros.»

«San Francisco de Sales decia á las madres afligidas de su época: señoras, si quereis ser verdaderas madres cristianas, no perdais nunca de vista á Santa Mónica.»—Leed la vida de Santa Mónica, y allí vereis el cuidado que tuvo de su Agustin, y otras muchas cosas que os consolarán.»

«En la biografía de esta ilustre Santa, escrita

por el Abate Bougaud con tanto corazon como talento, he leido un pasage mucho mas explícito aún y que no ha podido menos de interesarme. ¿No es pues esto, en efecto, el presagio y anuncio de lo que acabo de realizar? Desde que las madres cristianas se asociaron á fin de pedir por sus hijos extraviados, era imposible que la dulce y consoladora figura de Santa Mónica, dejára de aparecer en sus reuniones. Pensese en ello desde un principio, y se escogieron seis ó siete patronos, entre los cuales Santa Mónica ocupaba el último puesto; pero á medida que el tiempo avanza, la Santa sale poco á poco de las sombras, sube al horizonte y se reviste de una luz tan dulce y tan pura, que despues de la Santísima Virgen María, á la cual, en el Cielo de la Santidad ningun astro igualará jamás, Santa Mónica viene á ser *la primera confidenta, la patrona, el refugio, el asilo, la gran protectora de todas las madres cristianas.*»

«Vosotras, no lo dudo, sabreis apreciar la importancia del gran presente que os hago. Así me lo dice el gozo de muchas madres, que sabiendo por mí que podrían en lo sucesivo identificar sus temores y confundir sus suspiros y sus lágrimas, con las lágrimas, los suspiros y temores de Santa Mónica, me han dado las gracias con entusiasmo, y no han hallado palabras con qué expresar el valor, la firmeza, y los consuelos que mi piadoso proyecto las habia proporcionado.»

A esta bella inspiracion de un Obispo venerable, que cae sobre nuestro libro como una bendicion, y que va acompañada de un rasgo de exquisita delicadeza, nos hemos apresurado á responder con la espresion de nuestro respetuoso agradecimiento, consignado en la siguiente carta:

Paris 17 de Marzo de 1869.

MONSEÑOR:

Hallarme ausente de Orleans, cuando el Abate Caussanel vino á buscarme de vuestra parte, fué para mi una desgracia que sentí en extremo; pero mi disgusto ha sido mucho mayor al saber que vos mismo habeis querido verme cuando me hallaba predicando la Cuaresma en la Magdalena de París. He perdido pues la ocasion de daros personalmente las mas expresivas gracias por la carta pastoral que habeis tenido la bondad de dirigirme, y áun mas todavía por la generosa inspiracion que os la ha dictado.

Solo á vos, Monseñor, correspondía por muchos títulos el tomar esta preciosa iniciativa, y enriquecer la Asociacion de las Madres cristianas con los dos nuevos Santuarios de Tagaste é Hipona, que en lo sucesivo serán los mas augustos. Vos, Monseñor, que habeis vivido en el mundo, sabeis muy bien si las madres cristianas tienen necesidad de consuelos; y por otra parte, Obispo sucesor de San Agustin, que entre otros dones habeis recibido en la consagracion, el de apreciar los tesoros de vuestra iglesia en sus relaciones con la Iglesia universal; vos mejor que nadie sabeis lo que ha sido Santa Mónica, y lo que en el lenguaje del consuelo y de la esperanza significan estas dos palabras: Tagaste é Hipona.

Tagaste!... personificacion de las penas y de los desencantos de un matrimonio al cual faltó la verdadera union; de las silenciosas lágrimas consiguientes; de las perseverantes oraciones y de las punzadoras inquietudes; pero lugar donde aparecen tambien los goces, las satisfacciones por la conversion de un esposo extraviado, y los inefables consuelos del lecho de un marido santificado. Tagaste

significa el rescate del alma querida de un marido que se salva á fuerza de amor.

Hipona! acaso Santa Mónica la contempló en sus arrobamientos de Ostia; por que ¿quién sabe si la vision que se apoderó de su corazon, y que la hizo morir de gozo, no fué la de esta ciudad? De cualquier modo, Hipona no significa solamente el hijo de tantas lágrimas hallado de nuevo; es la virtud, la santidad, el genio, la penitencia, el amor que florece allí antes de tanto mal y tan tristes ruinas: es Agustin Sacerdote, Obispo, Doctor y el mas grande de los doctores, obtenido para la Iglesia por las lágrimas de una madre!

Las esposas y las madres os bendecirán, Monseñor, eternamente por vuestra feliz idea; y cuando sus ojos bañados en lágrimas se dirijan hacia esos dos Santuarios de Tagaste é Hipona, creados por Vos, y sobre todo, al sentirse reanimadas, consoladas, llenas de fé y de nueva energía, las madres cristianas no olvidarán la tierra africana que les mandó ese consuelo, ni la obra difficilísima que habeis emprendido, ni tampoco las iglesias que deseais edificar, ni las almas que debeis salvar, ni esos huérfanos que el hambre ha puesto en vuestras manos; y tendrán, no lo dudeis, una oracion y una limosna, para aquel que tan bien ha comprendido el corazon de las madres.

Dignaos, Monseñor, aceptar las seguridades de mi más profundo respeto y de mi más religiosa consideracion.

Em. BOUGAUD, *Vicario general.*

... of ... and ...

... the ... of ...

ÍNDICE.

DEDICATORIA.	V
PREFACIO.	VII
INTRODUCCION.	I

CAPÍTULO PRIMERO.

NACIMIENTO Y FAMILIA DE SANTA MÓNICA, PRIMEROS AÑOS DE SU JUVENTUD.—SU MATRIMONIO.	35
Tagaste, hoy Souk-Arras. Su situacion.	36
332.... Por qué Dios colocó allí la cuna de Santa Mónica.	37
Estado de la Iglesia en aquella época.	38
Posicion social de la familia de Santa Mónica.	39
Su primera educacion.	40
Su antigua nodriza.	41
Virtudes nacientes.	42
En medio de ese resplandor de virtud, aparece en Santa Mónica una sombra.. . . .	45
348.... Conversion del pueblo de Tagaste —Piadoso entusiasmo de la Santa.	47
A la par que los dones sobrenaturales, se desarrollan en Santa Mónica los dones naturales.	48
Su espíritu.. . . .	48
Su corazon.	49

348....	Sus cualidades exteriores.	49
	Su modestia.	50
	La Santa es solicitada para el matrimonio.	50
	Cualidades y defectos de Patricio.	51
	Cómo pudieron acceder á semejante matrimonio los padres de Santa Mónica? .	54
353....	Mónica se presenta en el altar con un resplandor de virtud que enternece á todos los presentes	56

CAPÍTULO SEGUNDO.

INTERIOR DE UNA FAMILIA PAGANA.—DULZURA Y PACIENCIA DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA HACIÉNDOLA MADRE TRES VECES.—PRINCIPIO DE LA EDUCACION DE AGUSTIN. 57

353....	Penosa posición de Santa Mónica en el seno de su nueva familia.	57
	Su madre política	57
	Violencias y debilidades de su marido. .	58
	Gran pensamiento de Santa Mónica para sostener su valor.	60
	Su método de dulzura, humildad y discrecion.	62
	Aconseja á todas sus amigas que sigan la misma conducta.	62
	Primeros frutos de este método.	63
354....	En medio de estas aflicciones, Mónica es tres veces madre.	64
	Nuevos dolores, mayores todavía. . . .	67
	Abandonada de su marido, Mónica se consagra por completo á sus hijos. .	67
	Principio de la educacion de Agustin. . .	68
	Mónica se dedica sobre todo á formar la conciencia de Agustin.—Sus admirables principios.	72

361....	Enfermedad de Agustín.—Se ve cuan profunda era ya en el alma de Agustín la impresion de fé y de piedad que su madre quería con empeño infundir en él.	75
	Plan peligroso que le impone la voluntad de su marido, en la educacion de su hijo.	77
	Mónica redobla su paciencia y su dulzura.	79
	Dulcifica el carácter de su suegra.	79
	Gana el corazon de sus criadas.	80
	Despliega, especialmente para con el marido, todos los recursos de su paciencia.	82
	Principio de sus inquietudes por Agustín.	85
	Sus esfuerzos para triunfar del mal en el alma de Agustín cuando se manifiesta por vez primera.	85
367....	En medio de sus inquietudes, Mónica se vé obligada á separarse de su hijo, Patricio le envía á Madaure.	88

CAPÍTULO TERCERO.

JUVENTUD DE AGUSTIN.—PRINCIPIO DE LA CRISIS DE LAS PASIONES.—SUS CAUSAS, SUS PROGRESOS, SUS CARACTERES.—PARA CONSOLAR Á SANTA MÓNICA Y SOCORRER Á AGUSTIN, DIOS PERMITE QUE PATRICIO DÉ SU PRIMER PASO HACIA LA RELIGION CRISTIANA.—PATRICIO ABJURA DE SUS CREENCIAS PAGANAS. 90

367....	Primera revelacion del genio de Agustín.	91
	Primer movimiento de las pasiones.	92
	Malas lecturas.—Frecuenta los teatros.—Imprudencia de los maestros de Agustín.	92
	El veneno empieza á circular en sus venas.	96

367.... Sin inquietarse por este principio del mal pero sí encantado con los adelantos de su hijo, Patricio se dispone á enviarle á Cartago.	97
Peligros de este plan.	97
La crisis de las pasiones se manifiesta en Agustín.	98
Gran cuidado de Agustín en ocultar á su madre los desórdenes.	98
Sus extravíos, y en medio de ellos sus penas.	99
Habia perecido por completo la obra de Santa Mónica?	101
En el momento en que su hijo empezaba á desbordarse, Mónica conseguía que su marido se volviera á Dios.	103
370.... Patricio abjura públicamente los errores paganos, y hace profesion de fé cristiana.	103
Lo que aún faltaba á Santa Mónica para su completa satisfaccion, despues de la conversion de su marido.. . . .	103

CAPÍTULO CUARTO.

CONTINÚA LA CRISIS DE LAS PASIONES.—SANTA MÓNICA SE APERCIBE DE LOS PELIGROS EN QUE SE ENCUENTRA SU HIJO.—SU CONDUCTA.—A MEDIDA QUE AGUSTIN SE ALEJA, DIOS PERMITE PARA CONSOLARLA, QUE SU MARIDO SE CONVIERTA AL CRISTIANISMO.—MUERTE CRISTIANA DE PATRICIO. 109

370.... Progresos del mal infiltrado en el alma de Agustín.	109
Pregúntase con terror ¿qué va á ser de su espíritu, de su corazón y hasta de su génio mismo?	109
Mónica lo comprende; sus emociones.. . . .	111

	DE LAS MATERIAS.	607
370....	Mónica va en busca de su hijo.	112
	Consejos que le da.	112
	Cómo recibe Agustín estos consejos.—Des- precio que hace de las advertencias de su madre.	112
	Marcha de Agustín para Cartago.	118
	Lo que era esta Ciudad.	118
	Gran peligro para el espíritu y corazón de Agustín, que estaban ya tan dañados.	121
371....	Desconsoladora caída de Agustín.	125
	Aflición de Santa Mónica al saber los desórdenes de su hijo.	127
	Temores de que sucumba de pena.	127
	Lo que podría llamarse la fiesta de las lá- grimas de Santa Mónica.	127
	Patricio se asocia á su dolor.—Se convier- te á Dios por completo.	128
	Pide el bautismo y muere cristianamente.	130

CAPÍTULO QUINTO,

SANTA MÓNICA VIUDA.—IMPÓNESE LOS MAYORES SACRIFICIOS
PARA TERMINAR LA EDUCACION DE AGUSTIN.—ROMANIANO
LA AYUDA.—EN MEDIO DE SUS GRANDES AFLICIONES MÓ-
NICA NO PIERDE LA ESPERANZA.—PRIMER ESFUERZO DE
AGUSTIN PARA VOLVER Á LA VERDAD.. . . . 133

371....	Casi todas las grandes santas han envi- dado muy jóvenes; ¿por qué?	133
	Mónica, despues de viuda, se remonta has- ta la virtud mas sublime.	134
	Huye del mundo y se consagra exclusiva- mente á Dios.	135
	Su austera mortificacion.	137
	Su amor á los pobres.	138
	Sus obras de caridad.	139
	Su espíritu de oracion.	143
	Su devocion á los Santos y á los Mártires.	143
	Su entusiasmo al contemplar el misterio de la Pasion de Nuestro Señor.	144

- 372.... Inquietudes de Mónica al descubrir que por la muerte de su marido acaso se vería en la necesidad de que Agustín suspendiera sus brillantes estudios. . . . 146
- Lo que era entonces el genio de Agustín. . . . 147
- Su corazón y su carácter. 149
- Su exterior y su fisonomía. 149
- Disgusto de Mónica al ver que no podía hacer los gastos necesarios para la educación de Agustín. 151
- Romaniano viene en su ayuda. 152
- Gratitud del hijo y de la madre. 152
- 373.... Agustín emprende de nuevo sus trabajos. —Lee el *Hortensio* de Cicerón y queda admirado. 153
- Qué habría sucedido si esta conmoción la hubiese sentido un año antes.—Dos cosas le resfrían poco á poco en el estudio de la filosofía antigua. 156
- Lee las Santas Escrituras. 159
- No las comprende por falta de humildad y de pureza de corazón. 159
- Lo que era el alma de Agustín á la edad de diez y nueve años. 161

CAPÍTULO SESTO.

PRINCIPIO DE LA CRISIS MANIQUEA.—AGUSTÍN, DESPUES DE HABERSE APROXIMADO UN INSTANTE AL CRISTIANISMO, CAE EN EL MANIQUEISMO POR FALTA DE HUMILDAD Y DE PUREZA.—CONDUCTA INCOMPARABLE DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA.—ES IMPOSIBLE QUE PEREZCA EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS. 163

- 373.... Origen del Maniqueismo. 163
- ¿Qué encantos tiene una doctrina tan absurda, para seducir á la juventud? . . . 167

374.... San Agustín sucumbe, y abdica públicamente la fé de su infancia.	168
Hácese el apóstol del Maniqueísmo y arastra tras de sí á casi todos sus amigos.	170
Asombro y dolor de Santa Mónica.	173
Su energía incomparable.—Arroja á Agustín de su casa.	174
Solo Dios puede dar consuelo en semejantes aflicciones.—Sueño que envía á Santa Mónica.	175
Agustín deja á Cartago y traslada su residencia á Tagaste.	177
Conducta de Santa Mónica para con su hijo, y de este para con su madre.	178
Mónica pide á un Obispo venerable por su ancianidad, que éntre en relaciones con Agustín.	178
Bellas palabras de este Obispo.	179
Mónica queda consolada y con firmísima esperanza.	183

CAPÍTULO SÉTIMO.

RESTOS DEL FUEGO SAGRADO. LLEGADA DE FAUSTO. EMPIEZA Á VERSE LO QUE PUEDEN LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE.—FIN DE LA CRISIS MANIQUEA. 185

377.... Restos del fuego sagrado en el corazón de Agustín	185
En su espíritu.	186
En su carácter.	188
De la manera con que Agustín llenaba sus deberes.	188
La muerte de un jóven amigo hace brotar de sus ojos un manantial de lágrimas, manifestando así que su corazón no está enteramente gastado.	190

378....	Deja Agustín á Tagaste y vuelve á Car- tago, no ya convertido, pero sí entre- viendo la vanidad de este mundo. . .	195
	El canto de la muerte.—Sus dos partes. . .	195
	Agustín escribe su primera obra. . .	198
	Lo que de aquí debió inferir Santa Mónica.	199
	A los importantes estudios de la poesía y del arte une Agustín el estudio de las ciencias.	200
	Como su madre habia previsto, insinua- se por este medio en el corazón de Agustín un principio de duda sobre la verdad del maniqueismo.	200
	Inquietud de Agustín.	201
	A fin de calmarle, anuncian los Mani- queos la próxima llegada de uno de sus Obispos, llamado Fausto.	204
	Nuevo pesar de Santa Mónica al saber esta noticia.	204
	Llegada de Fausto.—Su retrato.	205
	Impresion que su presencia produce en Agustín.	205
	Sus diferentes visitas á Fausto.	207
381....	Pierde sus ilusiones por el Maniqueismo. . .	209
	A que fué debido este resultado.	209
	Admirables palabras de San Agustín refe- rentes á su madre.	209

CAPÍTULO OCTAVO.

	SALE AGUSTÍN PARA ROMA.—SU ENFERMEDAD EN ESTA CIU- DAD.—CADA VEZ SE VE MAS Á LAS CLARAS CUANTO VA- LEN LAS LAGRIMAS DE UNA MADRE.—NUEVA CRISIS, MAS TERRIBLE QUE LAS ANTERIORES.—LA DUDA ABSOLUTA.— APRESÚRASE MÓNICA Á IR EN SOCORRO DE SU HIJO. . .	213
383....	Nobles motivos que determinan á Agus- tín á trasladarse á Roma.	213

383 ...	Al saber Mónica esta noticia, su corazón recibe un terrible golpe.—Lo que era Roma en esta época.	213
	Mónica decide que su hijo no partirá, ó en otro caso que ella irá en su compañía.	215
	No era este el deseo de Agustin.—¿Por qué?	215
	Medios que emplea Mónica para impedir la marcha de su hijo.	216
	Agustin engaña á su madre.	216
	Al saber Mónica que su hijo ha partido, enloquece de dolor.	218
	Llegada de Agustin á Roma.	220
	Sus últimas creencias desaparecen.	221
	Estado de la Iglesia en estos momentos.	222
	Si Agustin hubiese dirigido sus miradas hacia la Iglesia, habria quedado admirado.—Por qué no lo hizo.	223
	Ultimo abismo; la duda absoluta.	224
	Apodérase de él una profunda tristeza.—Cae enfermo.	225
	Inmenso peligro que corre su alma.	226
	Se salva por las lágrimas de su madre.	227
	Doctrina incomparable de San Agustin.	227
	Hace oposicion á una cátedra de elocuencia en Milán, la obtiene y parte para esta ciudad.	230
385....	Mónica llena de inquietud, deja el Africa para ir en su busca.	231
	Llega á Roma cuando Agustin acababa de salir para Milán.	232
	Le sigue.	233
	Por qué Dios la trae en este momento al lado de Agustin.	234

CAPÍTULO NOVENO.

ULTIMA CRISIS.—LAS DUDAS DE AGUSTIN LLEGAN HASTA EL ESTREMO.—SANTA MÓNICA LLAMA EN SU AYUDA Á SAN AMBROSIO, Y REDOBLA SU FERVOR PARA ADQUIRIR LA SEGURIDAD DE QUE SALVARÁ Á SU HIJO. 235

- 385.... A mas de haber dispuesto Dios que Santa Mónica viniera al lado de Agustin, habiale preparado á San Ambrosio.—
 ¿Porqué? 235
 Retrato de San Ambrosio. 236
 Primera entrevista de San Agustin y de San Ambrosio. 239
 Agustin le oye hablar en público.—Sus impresiones. 240
 Mónica llega á Milán en estos momentos. 242
 Sus temores y sus esperanzas. 242
 Mónica va á visitar á San Ambrosio. 244
 Se pone bajo su direccion.. . . . 244
 Se esfuerza á fin de que las relaciones de Agustin con San Ambrosio fuesen mas intimas.. . . . 246
- 386.... Persecucion de la Emperatriz Justina contra San Ambrosio.. . . . 249
 Grandeza de alma de este Santo. 250
 Introduccion del canto de los salmos en la Iglesia de Milán. 253
 San Agustin se entusiasma al presenciar estas cosas. 255
 Grande y profunda alegría de Santa Mónica al ver que San Ambrosio obra como un héroe y como un santo.. . . . 257

CAPÍTULO DIEZ.

EMPIEZAN Á SER OIDAS LAS ORACIONES DE SANTA MÓNICA.—PRIMEROS RAYOS DE LUZ EN EL ALMA DE AGUSTIN.—PROFUNDIDAD DEL PLAN ADOPTADO POR SAN AMBROSIO, Y SEGUIDO POR SANTA MÓNICA.—LA TEMPESTAD. 259

- 386.... Agustín va en compañía de su madre á las instrucciones de San Ambrosio. . . 259
- Aún cuando Agustín no tuviese ninguna de las disposiciones necesarias, la luz iba penetrando en él poco á poco. . . 260
- Primer rayo de luz, dulcísimo y casi insensible. 261
- Segundo rayo de luz, mas vivo y brillante. 263
- Agustín empieza á fijarse en la marcha de la Iglesia. 267
- Resuélvese á permanecer simple catecúmeno de la Iglesia Católica, hasta que se muestre la luz en todo su esplendor. 269
- Lo que habría necesitado Agustín para apresurar su conversion; pero San Ambrosio, al parecer, no se ocupaba de ello. 269
- Al contrario, parece que deja pasar todas las ocasiones. 271
- Esplicacion de este misterio. 273
- Comprendiendo Mónica la profundidad del plan, se asocia á él. 274
- Los acontecimientos vienen á justificar la conducta de San Ambrosio. . . . 275
- Lucha incomparable de la pasion y de la conciencia en el corazon de Agustín. 275
- Fuerzá admirable que han recibido las madres para suscitar tales tempestades en el corazon de sus hijos. . . . 281

CAPITULO ONCE.

EL VERDADERO OBSTÁCULO.—ENERGÍA Y DELICADEZA CON
QUE SANTA MÓNICA PROCURA REMOVERLE.—NACE LA
FÉ EN EL ALMA DE AGUSTIN. 281

386.... En qué consistía el verdadero obstáculo.	283
Buenos consejos de Alipio.—Agustin los rechaza.	284
Profunda enfermedad del corazon de Agustin.—Solo habia un remedio posible.	285
Mónica piensa en él incesantemente.. . . .	286
Sus ardientes oraciones.	286
Esfuérzase por casar á su hijo.. . . .	287
Dolor de Agustin al separarse de la madre de Adeodato.	288
Admirable conducta de esta.	288
Libre de tal yugo, Agustin tiene un momento de paz.	289
Su sueño.	290
Nueva caida de Agustin, mas ignominiosa que la primera.	292
Se despiertan todas sus pasiones.	294
Agustin suspira por el materialismo mas grosero.	294
Felizmente su conciencia protesta.	295
Y su madre llora.	296
Agustin rompe esta segunda cadena.	297
Dos nuevas y mas extensas luces son la recompensa de este sacrificio.	298
Cúan oscurecida estaba en su espíritu la idea de Jesucristo.. . . .	298
La lectura de Platon hace que empiece á correrse el velo.. . . .	299
Admirable doctrina de Platon sobre el Verbo.. . . .	299

	DE LAS MATERIAS.	615
386....	Emocion de Agustin.	301
	San Pablo acaba de correr el velo mos- trándole el Verbo Encarnado.	307
	Nueva emocion de San Agustin, mas gran- de todavia.	308
	Llora.	310
	Puede preverse que Agustin no tardará en convertirse.	312

CAPÍTULO DOCE.

ULTIMAS INQUIETUDES DE SANTA MÓNICA ANTE LAS VACILACIONES DE AGUSTIN, NO POR FALTA DE LA LUZ QUE ÉL YA POSEE, SINO POR MIEDO Á LA VIRTUD. LAS LÁGRIMAS DE ESTA MADRE INCOMPARABLE SE CONVIERTEN EN GOZO.—CONVERSION DE SAN AGUSTIN. 313

386....	Agustin iluminado, pero no convertido.	313
	Lo que le falta para convertirse.	313
	Cúanto sufre Santa Mónica por este retar- do.	314
	Dos alas, sin las cuales no es posible ele- varse hasta Dios.	314
	Agitado é indeciso, Agustin se resuelve á ir á consultar con un Santo Sacerdote	319
	Quien era Simpliciano.	319
	El Santo anciano refiere á Agustin la conversion de Victorino.	320
	Este ejemplo causa en Agustin una gran conmocion.	322
	Mónica cree á su hijo convertido.—Su decepcion y su tristeza.	324
	Visita de Potenciano.	325
	Historia que cuenta.	329
	Al oir Agustin referirla, estalla en su corazon una gran tempestad.	331
	Advertida Mónica se pone en oracion pa- ra sostener á su hijo en este último combate.	333

386.... Palabras ardientes de Agustín y de Alipio.	334
La tempestad que ruje en su corazón, lleva á Agustín á un jardín que tocaba con la casa de su madre.	334
Última lucha.	335
Sus antiguas pasiones le retienen aún.	335
Se le representa la casta hermosura de la continencia en aquello mismo en que más tenía puesta la atención.	336
Se avergüenza y vacila.	338
Suscítase en su corazón una tempestad espantosa, cargada de gran lluvia de lágrimas.	338
Agustín se sienta en el suelo á la sombra de una higuera.	338
Oye una voz que canta: <i>Toma y lee.</i>	339
Abre las Epístolas de San Pablo.—Lo que encuentra en ellas.	340
Convertido, corre en busca de su madre.	341
Gozo del hijo.	342
Gozo de la madre.	343
Se enseña aún en Milán los sitios donde tuvieron lugar estas conmovedoras escenas.	344

CAPÍTULO TRECE.

CASIACO.—SANTA MÓNICA VA CON SU HIJO Á UNA CASA DE CAMPO PARA PREPARARLE Á RECIBIR EL SANTO BAUTISMO.—MÓNICA ASISTE Á LAS CONFERENCIAS FILOSÓFICAS DE AGUSTÍN Y SUS AMIGOS.—LA MADRE DEL PLATÓN CRISTIANO. 347

386.... Primeras efusiones de alegría y de reconocimiento en el corazón de Agustín.	347
Mónica feliz.	348

386....	Madre é hijo habrían querido estar solos, para entregarse libremente á sus sentimientos..	349
	Razones que determinan á Agustín á esperar las vacaciones para ausentarse de Milán.	349
	Retírase á Casiaco con su madre.	352
	Además siguen á Agustín varios jóvenes amigos suyos.	354
	Adeodato.	355
	Navigio.	356
	Alipio.	356
	Licencio y Trigencio.	357
	Lastidiano y Rustico.	358
	Faltaban dos amigos que por desgracia debían faltar siempre, Nebridio y Verrecundo.	359
	Santa Mónica era el Apóstol de este pequeño cenáculo.	361
	Para prepararse al Santo Bautismo, Agustín emprende la lectura de los Salmos de David—Impresion profunda.	363
	Mónica le dirige en esta lectura.	366
	Después de haber empleado la mañana en la oracion, Agustín consagra lo restante del día á sus estudios filosóficos..	367
	Háse llamado á Agustín el Platon cristiano. Lo fué sin duda en Casiaco.	368
	Exige Agustín que su madre asista á las conferencias filosóficas.	370
	Razones concluyentes que dá para ello.	370
	Santa Mónica tomaba algunas veces la palabra en las conferencias.	375
	Conferencia tenida el 13 de Noviembre del año 386..	376
	Claro ingenio de Mónica.	388

CAPÍTULO CATORCE.

BAUTISMO DE SAN AGUSTÍN.—MÓNICA SE CONTEMPLA FELIZ ASISTIENDO Á ESTA CEREMONIA.—FRUTOS DEL BAUTISMO EN EL HIJO Y EN LA MADRE. 393

387.... Agustín permanece seis meses en Casiacó, para prepararse á recibir el bautismo.	393
Su arrepentimiento.	393
Su humildad.	393
El amor divino empieza á consumirle.	394
Su admirable confianza en los méritos de Nuestro Señor.	397
Sus deseos de mortificaciones corporales.	398
Triste estado de su salud agotada por el trabajo.	398
Gran dolor curado por las oraciones de su madre.	399
Siente crecer en sí el amor que tenía á Dios.	400
Mónica gozosa atiza el fuego que ella misma ha prendido en el corazón de su hijo.	402
Aproximándose la Cuaresma, Agustín vuelve á Milán y asiste á las explicaciones del Catecismo.	403
Ceremonia del Bautismo.	403
El <i>Te-Deum</i>	407
Agustín sale transfigurado de las aguas sagradas del Bautismo.	408
Torrentes de lágrimas manan de sus ojos.	409
Sus deseos del Cielo.	410
Santa Mónica mas transfigurada todavía.	411
Su fé.	412
Su esperanza.	412

DE LAS MATERIAS.		619
387....	Su paz.	413
	Su amor á Dios.	414
	Lo que constituye la inefable belleza de este amor.	415
	Sus éstasis.	415
	Agustin vuelve á ocuparse del proyec- to de vida religiosa, que concibió en otro tiempo.	417
	Salida de Milán.	418

CAPÍTULO QUINCE.

SANTA MÓNICA MUERE DE GOZO VIENDO Á SU HIJO CON- VERTIDO.		421
387....	Poco antes de su salida de Milán, San- ta Mónica tuvo un arrobamiento.	421
	La idea del Cielo no la abandona ya.	422
	Mónica parece que se traslada al Afri- ca. En realidad se traslada al Cielo.	423
	San Agustin y su madre se detienen en las inmediaciones de Pisa para vi- sitar á los solitarios.	423
	Llegada á Civita-Vecchia.	424
	Entrada en Roma.	425
	Santa Mónica conduce su hijo desde Ro- ma á Ostia.	426
	Segundo arrobamiento.	426
	Despues de este, empieza Santa Mónica á despedirse de su hijo.	431
	Habla de la muerte con grande entu- siasmo.	431
	Su desprendimiento de la tierra.	431
	Mónica cae enferma.	433
	Tercer arrobamiento.	433
	Recógese Mónica para esperar á la venida del Esposo.	435
	Agustin al pié del lecho de muerte de su madre.	435

387....	Ultimas palabras de Santa Mónica.	436
	Su muerte.	436
	Dolor de Agustin.	437
	Sus esfuerzos para no llorar.	438
	Funerales de la Santa.	440
	Al dia siguiente al despertarse Agustin y verse solo, no puede contener su dolor..	441
	Riega su lecho con lágrimas.	441
	Este luto le acompaña toda su vida.	441
	Oraciones por su madre.	441
	Ultima página de Agustin referente á su madre, de una belleza incomparable....	443

CAPÍTULO DIEZ Y SEIS.

	EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS.	447
387-430.	Continuar estudiando á la madre será estudiar el genio y la santidad del hijo.	447
	Agustin reside un año en Roma despues de la muerte de su madre.—Las visitas que hace á la tumba de su madre, no son estrañas al progreso de virtud que en él se observa.	447
388....	Parte para el Africa, é inaugura á las intermediaciones de Tagaste la vida monástica.	449
	Ordénase de Sacerdote en Hipona.	450
	Virtud creciente.	451
	Conducta admirable de su anciano obispo.	452
	Principio de los grandes trabajos literarios de Agustin.—Poniéndolos en órden puede reconstruirse el monumento que ha levantado, y que es acaso el más sublime que se ha construido en honor de Dios.	454
	En el frontispicio, Dios y el alma.	454
	Despues la religion.	459

388....	Y en el centro de la religion, Jesucristo. . .	464
	Y para continuar Jesucristo, la Iglesia. . .	465
	Establecidas sólidamente estas primeras bases, entra en el exámen profundo de los dogmas.	468
	La Trinidad.	468
	La creacion.	469
	La caida.	470
	El origen y la naturaleza del mal.	470
	Las dos Ciudades.—La de Dios, la del demonio.—Su nacimiento, su progreso y su fin	472
	Después para entrar en la Ciudad de Dios y vivir en ella santamente, la gracia... .	475
	Grandeza é influencia de los libros de Agustin sobre esta terrible cuestion. La Iglesia entusiasmada le ha proclamado el doctor de la gracia.	475
	Después de haber estudiado la naturaleza de la gracia, examina los diferentes canales por donde, sus aguas vivas se infiltran en las entrañas de la humanidad	478
	El Bautismo.	478
	La Confirmacion.	478
	La Penitencia.	478
	La Santa Eucaristia.	479
	El Matrimonio.	479
	La Estremauncion.	479
	Después expone los resultados de esta irrigacion divina de la humanidad.. .	480
	La fé, la esperanza, el amor.	480
	La castidad, la pobreza, la obediencia.	480
	La penitencia.	480
	El perfeccionamiento social del mundo, transformado por el Evangelio.. . . .	480
	Entusiasmo de los católicos al ir descubriendo las partes de este admirable monumento.	482

388....	Entusiasmo mayor aún, al saber que este génio extraordinario era el mas dulce, el mas humilde, el mas puro, y el mas santo entre los cristianos..	482
	Su pobreza.	482
	Su pureza.	482
	Su humildad.	482
	La autoridad y la ternura de su celo..	485
	Su amor al prógimo.	485
	La grandeza de su amor á Dios.	486
430....	Muere Agustin consumido de tristeza, por los males de su país.	490
	Alipio, su antiguo amigo, le cierra los ojos, y Mónica su Santa madre viene á recibir su alma.	490

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE.

PRINCIPIO DEL CULTO DE SANTA MÓNICA.—INVENCION Y TRASLACION DE SUS RELIQUIAS Á ROMA.—EL PAPA MARTIN V RECONOCE SU AUTENTICIDAD.	494
---	-----

Santa Mónica permanece por muchos siglos en la tumba que debe á su hijo, sin recibir culto. Por qué?..	494
No es colocada en los altares hasta mediados del siglo XV.	496
1430... El Papa Martin V manda buscar sus reliquias.	497
Escavaciones practicadas en Ostia.	498
Descúbrese la tumba de la Santa.	499
Trasládase su cuerpo á Roma, en medio del entusiasmo popular.	500
Carácter de los milagros que acompañan á esta traslacion.	503
Martin V. ordena una fiesta extraordinaria.	504

- 1430.. Va él mismo á celebrar el Augusto Sa-
crificio sobre la tumba de la Santa. 504
Sermon de Martin V. que es como la
bula de canonizacion de Santa Mónica. 504
Despues de este sermon, Martin V pro-
cede á la traslacion de los precio-
sos restos á un sarcófago de mármol
blanco. 512
- 1446... Eugenio IV establece una cofradía de
señoras piadosas, bajo la advocacion
de Santa Mónica. 514
- 1480... Construccion de una gran Iglesia
para depositar la tumba de Santa Mó-
nica.. . . . 515
Descripcion de las pinturas de esta
Iglesia. 516
- 1566... Tristísimo estado de la sociedad en el
momento en que se terminan estas
pinturas; Santa Mónica aparece en
medio de la tempestad, como el ar-
co iris. 517

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO.

DESARROLLO DEL CULTO DE SANTA MÓNICA EN LOS TIEM-
POS MODERNOS.—ARMONÍA DE ESTE CULTO CON NUES-
TRAS NECESIDADES Y NUESTRAS DESGRACIAS. . .

- 1576-1866. Durante el siglo XVI, la devocion
á Santa Mónica no cesa de crecer. . 518
Testimonios de piedad y de veneracion
que Santa Mónica obtiene de los gran-
des santos de los siglos XVI y XVII. 520
En particular de S. Francisco de Sales. 520
Qué puesto queria el Santo que ocu-
para Santa Mónica en el corazon de
una madre cristiana.. . . . 522
Y muy particularmente en el de Santa
Chantal. 523

1576-1866. En el siglo XIV es cuando mas debia desarrollarse el culto de Santa Mónica.	528
Carácter de este siglo.	528
1850.. Nacimiento de la Asociacion de madres cristianas.. . . .	529
Desarrollo repentino y magnífico de este pensamiento.. . . .	530
En seis años la asociacion de madres cristianas se estendió por todo el mundo... .	531
Qué puesto ocupa Santa Mónica en esta asociacion.	532
Discurso de Monseñor Sibour, arzobispo de París.	532
La bella figura de Santa Mónica aparece cada dia mas radiante en las reuniones de madres cristianas.	535
Vendrán dias mejores. Dios no dejará perecer una generacion de jóvenes empapados en las lágrimas de sus madres.	535
Conclusion.	535

APÉNDICE.

NOTAS Y DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS DE LA HISTORIA DE SANTA MÓNICA.

NOTA 1. ^a —Souk-Arras (la antigua Tagaste) .. .	539
NOTA 2. ^a —Tradiciones relativas á Santa Mónica.. .	555
NOTA 3. ^a —Documentos relativos á la traslacion del cuerpo de Santa Mónica.. . . .	569
NOTA 4. ^a —Sermon de Martin V en honor de Santa Mónica.	577
NOTA 5. ^a —Inauguracion de dos nuevos Santuarios dedicados á Santa Mónica, el uno en Tagaste y el otro en Hipona.	597

ERRATAS.

Pág.	Lineas.	Dice.	Léase.
XIII	12 y 13	Augustines. . .	Agustinos..
	1 4	del amor mas profundo. . .	{ de amor el mas pro- fundo. . . } fundo.
	1 10	contradiciones. .	contradicciones.
	8 15	y en la duracion.	ni en la duracion.
	14 23	que Dios.	por lo que Dios.
	55 9	extremecido. . .	estremecido.
	91 23	Homoro.	Homero.
	94 25	recompensadas..	recompensados.
	344 4	cancelarla. . . .	consolarla.
	444 16	concedézmele. .	concedédmelo.
	463 15	brazó.	abrazó.
	468 20	precede.	procede.
	496 23	á honor.	en honor.
	497 20	Husistas.	Husitas.
	533 17	despues hacerlas	despues de hacerlas.
	566 24	tanque.	tamque.
	id. 28	Chistum.	Christum.
	572 16	xesus.	sexus.
	584 21	Causa.	causa
	592 13	Erimitis Augus- tinentibus. . .	{ Eremitis Augus- tinentibus. . . } tinentibus.
	594 15	lucen.	lucem.

